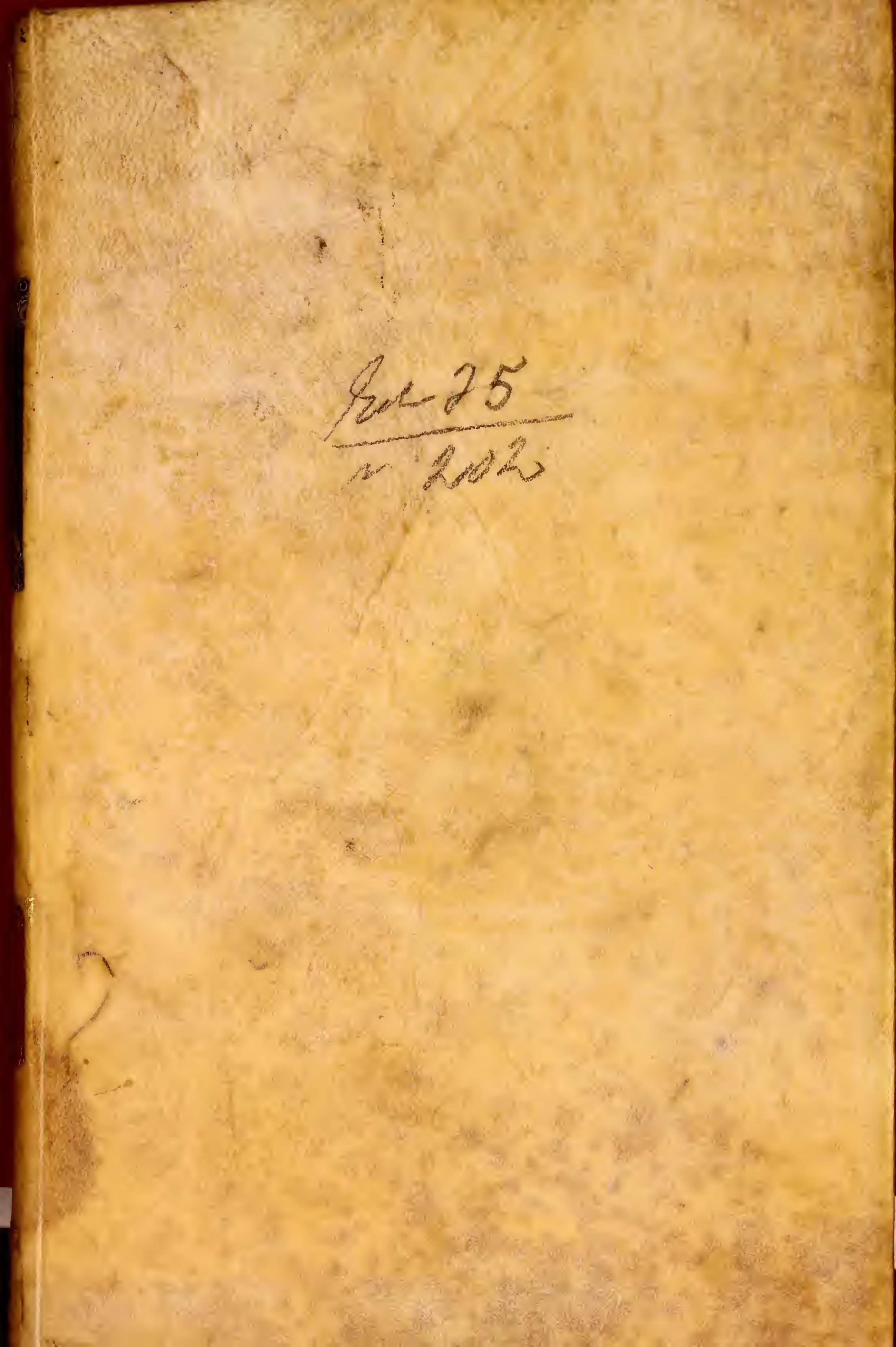
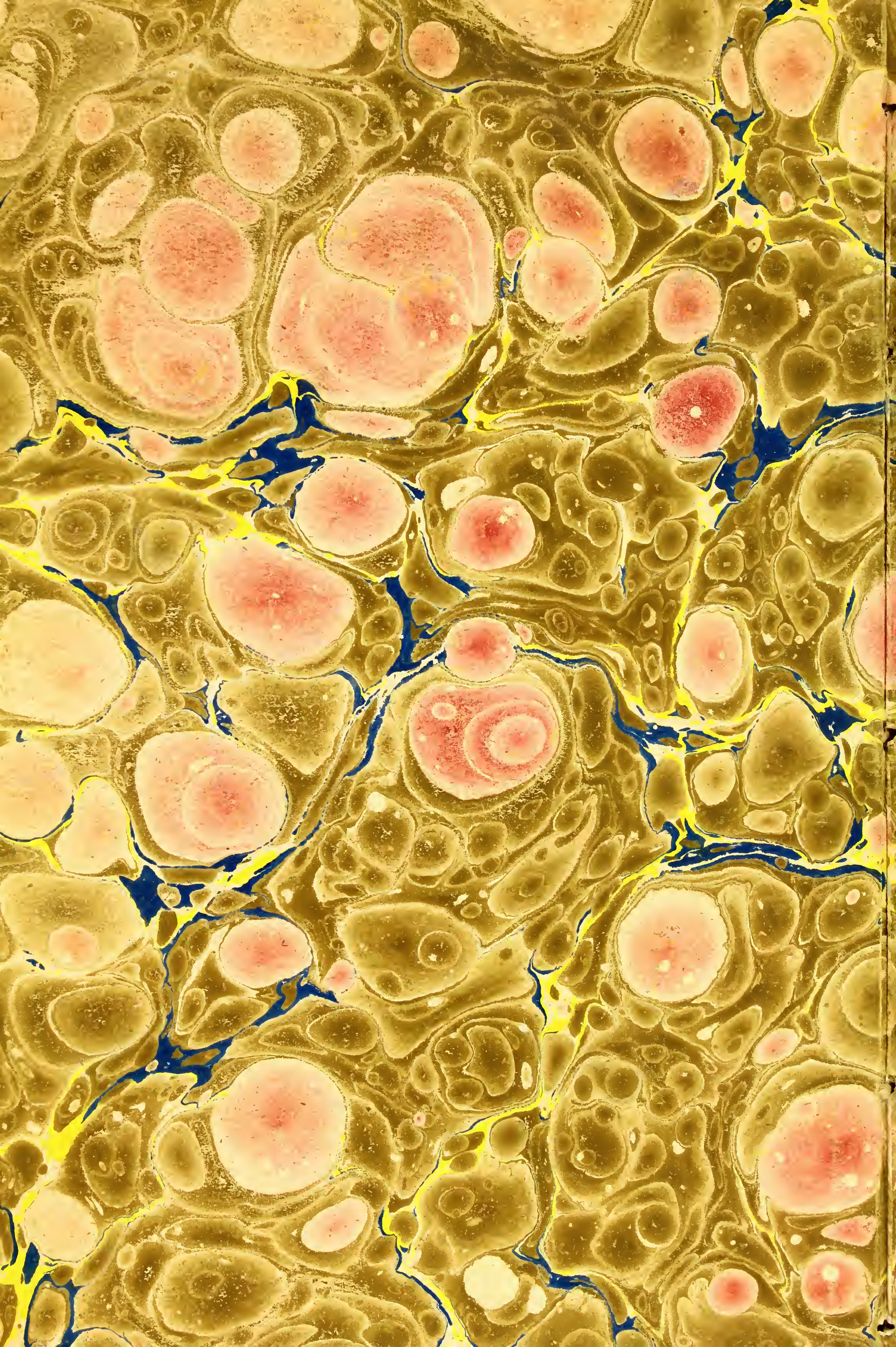
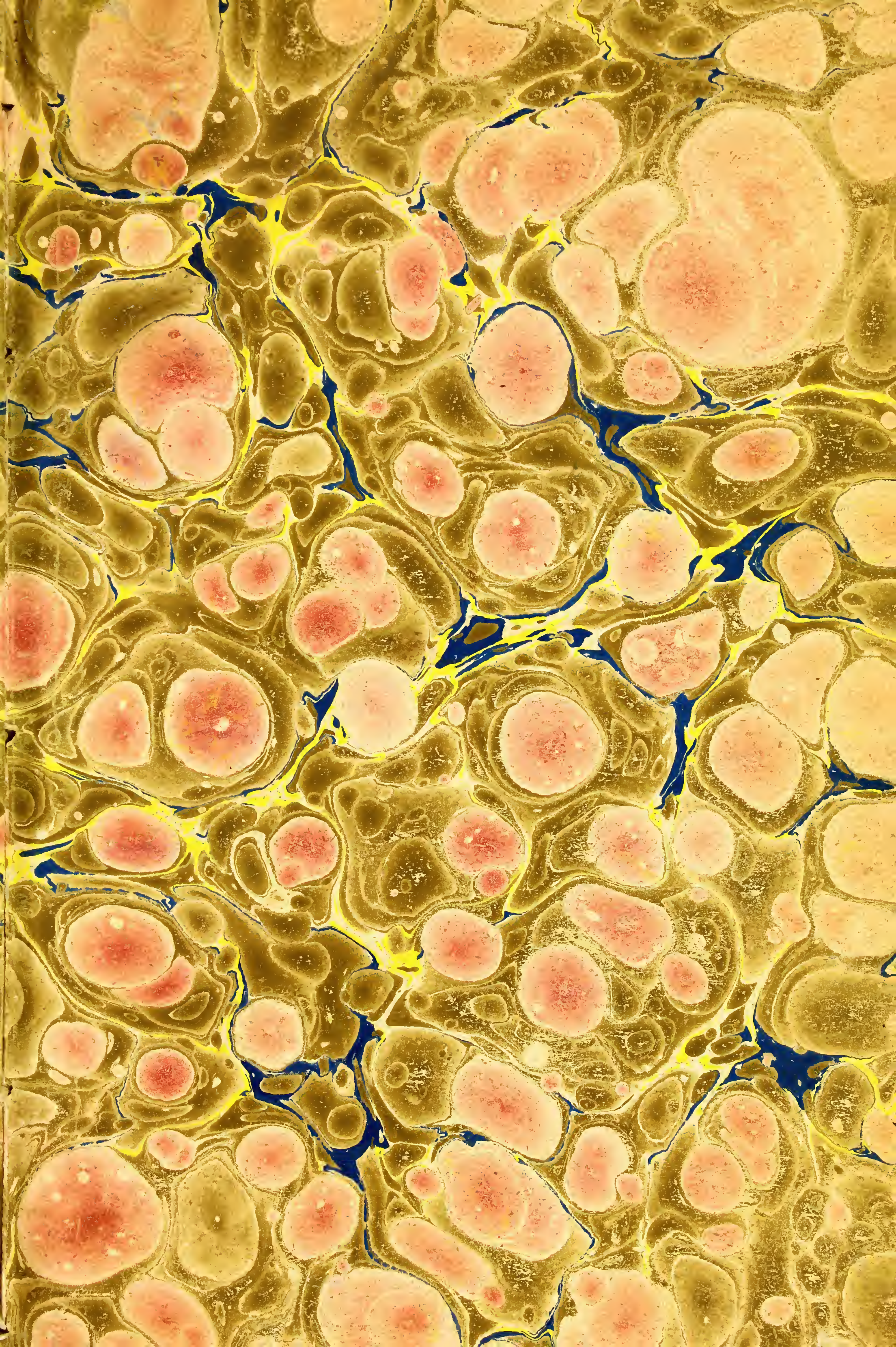






HISTORIA

DE LA

DECADENCIA Y RUINA

DEL

IMPERIO ROMANO.

HISTORIA

DE

LA DECADENCIA Y RUINA

DEL

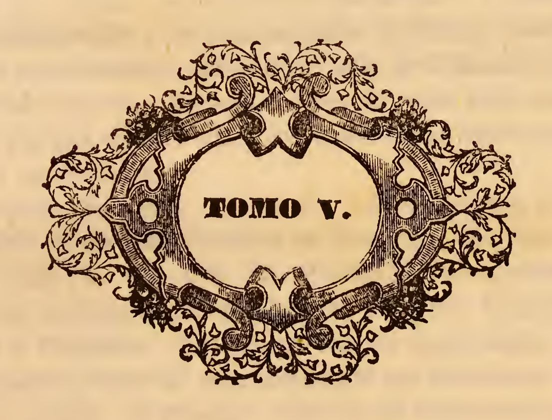
IMPERIO ROMANO,

POR

EDUARDO GIBBON.

TRADUCIDA DEL INGLÉS DE LA RECIENTE DE H. H. MILMAN, CON TODAS LAS NOTAS DEL AUTOR Y LAS DE AQUEL Y GUIZOT;

POR DON JOSÉ MOR DE FUENTES.



BARCELONA.

POR DON JUAN OLIVERES, IMPRESOR DE S. M.,

CALLE DE MONSERRATE, NÚM. 10.

1846.

HISTORIA
DE LA
DECADENCIA Y RUINA
DEL
IMPERIO ROMANO.

CAPITULO XXXIX.

Zenon y Anastasio, emperadores de Oriente.—Nacimiento, educacion y primeras hazañas de Teodorico el Ostrogodo. — Invasion y conquista de Italia.—Reino godo de Italia.—Estado del Occidente.—Gobierno militar y civíl.—El senador Boecio.—Ultimos hechos y muerte de Teodorico.

Derribado el imperio romano de Occidente, media un plazo de medio siglo hasta el reinado memorable de Justiniano, y apenas asoman los nombres desconocidos y los escasos anales de Zenon, Anastasio y Justino, que fueron sucesivamente subiendo al solio de Constantinopla. En la misma temporada revivió y floreció el reino de Italia bajo un Godo que mereciera tal vez una estatua entre los Romanos antiguos mas descollantes en virtud y en denuedo.

El Ostrogodo Teodorico, el catorceno en la alcurnia real de los Amalos (1), nació en las inmediaciones de Viena (2), dos años despues de la muerte de Atila (A. 455-475). (*a*). Habian los Ostrogodos recobrado con una victoria reciente su independencia; y los tres hermanos Walamiro, Teodimiro y Widimiro, que gobernaron de mancomun aquella nacion belicosa, habian planteado separadamente sus mansiones en la provincia fértil, pero asolada, de Panonia. Seguian los Hunos amagando á sus desmandados súbditos; mas rechazó su atropellado avance Walamiro por sí solo, y la noticia de su victoria llegó á los reales lejanos de su hermano en el trance venturoso de dar á Teodimiro su concubina predilecta un niño y heredero. A la edad de ocho años tuvo que ir, á pesar del padre, cediendo al interés público, por prenda de una alianza con Leon, emperador de Oriente, que la compraba con un subsidio anual de trescientas

libras de oro. Esmeróse Constantinopla en educar halagüeñamente al rejio rehen, labrando su cuerpo con todos los ejercicios militares, y despejando su entendimiento con incesantes y cultos coloquios; frecuentaba las escuelas de los maestros mas consumados, pero esquivó ú desatendió las artes de la Grecia, y permaneció siempre tan ajeno de todo rudimento científico, que se inventó una rúbrica tosquísima para hacer las veces de firma por el idiota rey de Italia (3). Devuelto, en los asomos de la mocedad, á sus ansiosos Ostrogodos, cuyo afecto trataba el emperador de granjearse con sus larguezas y su confianza, habiendo muerto Walamiro en una batalla, y el hermano menor Widimiro habiendo llevado consigo un ejército á Italia y Galia, aquellos bárbaros con la nacion entera reconocieron por rey al padre de Teodorico. Pasmábanse los feroces súbditos con su forzudo y ajigantado príncipe (4), y luego les evidenció que no desmerecia un quilate de la heroicidad de sus antepasados. Deja el campamento, capitaneando seis mil voluntarios, en busca de aventuras, navega Danubio abajo hasta Sinjiduno ú Belgrado, y regresa luego al padre con los despojos de un rey Sármata vencido y muerto por su mano. Mas las resultas de tales trofeos suenan en la nombradía, y los invencibles Ostrogodos se hallan desnudos y hambrientos. Acuerdan unánimes desamparar los campamentos de Panonia, é internarse denodadamente hasta las cercanías templadas y ricas de Bizanzio, cuya corte estaba manteniendo con vistoso boato tantas partidas de Godos confederados. Hostilizan y demuestran su trascendencia como enemigos, y venden á precio muy subido su reconciliacion y hermandad; aceptan un donativo de tierras y dinero, y se les confia el resguardo del Danubio inferior bajo el mando de Teodorico, que, muerto el padre, se entroniza como heredero de los Amalos (5).

Un héroe descendiente de reyes debió menospreciar al ruin Isaurio revestido con la púrpura romana, sin realce de cuerpo ú alma, y sin la ventaja de cuna real ó requisito eminente. Fenecida la alcurnia de Teodosio, abonaban hasta cierto punto la eleccion de Pulqueria y del senado las prendas de Marciano y de Leon; pero este afianzó y deshonró su reinado con la matanza alevosa de Aspar y sus hijos, que le estrechaban para el pago de su agradecimiento y obediencia. Recayó pacíficamente la herencia de Leon y del Oriente en su nieto, aun en mantillas, hijo de su hija Ariadna; y su marido Isaurio, el venturoso Trascaliseo, trocó tan bárbaro apellido en el nombre griego de Zenon. A la muerte del primer Leon, acercóse con acatamiento impropio al trono de su hijo, recibió rendidamente como un agasájo la segunda jerarquía del imperio, y luego dió márjen para maliciar (con la muerte repentina y temprana de su compañero mozo, cuya vida le era ya inservible) su maldad ambiciosa. Pero influjo mujeril y pasiones afeminadas avasallaban y estremecian el pala-

cio de Constantinopla; y Verina, viuda de Leon, reclamando su imperio como propio, pronunció sentencia de deposicion contra el sirviente indigno y desagradecido, á quien ella sola habia regalado el cetro del Oriente (6) (A. 474.—491.—febr., abril 9). Suena la novedad en los oidos de Zenon; huye á carrera hasta las serranías de Isauria, y el senado servíl proclama unánimemente á Basilisco, hermano de Verina, tan desconceptuado ya por su espedicion africana (7). Breve y revuelto fué el reinado del usurpador, quien arrojándose á asesinar al amante de su hermana, se propasó á lastimar al íntimo de su esposa, el erguido é insolente Harmacio, que rebosando de lujo asiático, ostentaba el traje, el ademan y el dictado de Aquíles (8). Conspiran los descontentos; traen á Zenon de su destierro; ejércitos, capital y Basilisco quedan vendidos, y toda la familia sale condenada á la agonía larguísima del frio y del hambre por el vencedor inhumano, que carecia de pecho para arrostrar ó perdonar á un enemigo (*b*). No cabia aun en la altanería de Verina rendimiento ni sosiego; atiza la enemistad de un jeneral predilecto, se declara por su causa apenas lo desairan, crea un nuevo emperador en Siria y Ejipto (*c*), levanta un ejército de sesenta mil hombres, y persevera hasta el postrer aliento en su rebeldía infructuosa, que, segun la moda de aquel siglo, habian predicho los ermitaños cristianos y los májicos del paganismo. Acosado el Oriente con los ímpetus de Verina, descuella su hija Ariadna con sus virtudes mujeriles de mansedumbre y fidelidad; tras de seguir al marido en el destierro, implora luego su clemencia á favor de la madre. Muere Zenon, y Ariadna, hija, madre y viuda del emperador, da su diestra y el dictado imperial á Anastasio, criado anciano del palacio, que disfrutó su ensalzamiento mas de veinte y siete años (A 491—518, ab. 11, jul. 8.), y cuya índole encarece la aclamacion del pueblo: « ¡Reina como viviste! (9) (*d*). »

Derramó Zenon cuantas finezas cupieron en su recelo ó en su afecto sobre el rey de los Ostrogodos: jerarquía de patricio y cónsul, mando de las tropas palatina, estatua ecuestre, tesoro de miles libras de oro y plata, nombre de hijo y promesa de consorte rica y honorífica. Mientras se avino Teodorico á servir, sostuvo con denuedo y lealtad la causa de su bienhechor; contribuyó su marcha veloz al restablecimiento de Zenon, y en la segunda rebelion, los *Walamiros*, como los llamaban, acosaron á los rebeldes Asiáticos hasta franquear la victoria á los imperiales (10). Mas trocóse repentinamente el servidor oficioso en implacable enemigo, que fué encendiendo la llama de la guerra desde el Adriático hasta Constantinopla (A. 475-488), quedaron varias ciudades florecientes reducidas á cenizas, y feneció la agricultura en Tracia por la crueldad de los Godos, que cercenaban á sus cautivos la mano derecha conductora del arado (11). Con tales antecedentes cupo á Teodorico el baldon fundado

de ingratitud, deslealtad y codicia insaciable, tan solo disculpable con lar urjencias de su situacion. Reinaba, no como monarca, sino como ministro de un pueblo feroz, con el ánimo ajeno de toda servidumbre y mal hallado con toda violencia aparente ó efectiva. No habia recurso para sus escaseces; pues los donativos mas cuantiosos se malgastaban en boato desatinado, y los territorios mas pingües se esterilizaban en sus manos; menospreciaban y envidiaban á los hacendados laboriosos, y en escaseándoles los abastos, acudian los Ostrogodos á su arbitrio tan usual de guerras y rapiñas. Ansiaba Teodorico (así lo declaró á lo menos) llevar una vida pacífica, arrinconada y obediente por los confines de Escitia, hasta que la corte bizantina con promesas grandiosas y fementidas le echó para embestir á una tribu confederada de Godos, partidaria de Basilisco. Marcha desde su apostadero de Mesia, bajo el concepto positivo de que antes de llegar á Adrinópolis se hallaria colmadamente abastecido, y que además se le incorporaria un refuerzo de ocho mil caballos y treinta mil infantes, mientras las lejiones de Asia acampaban hácia Heraclea para allanar sus operaciones. Zelos mutuos desbaratan estas disposiciones, pues el hijo de Teodimiro, al internarse por la Tracia, se encuentra en una soledad desprovista; y sus secuaces godos, con su tren grandioso de caballos, mulos y carruajes, van traidoramente descarriados por los guias hácia los peñascales y derrumbaderos del monte Sondis, donde les asalta Teodorico, hijo de Triario, con armas y baldones. Desde un cerro inmediato, el astuto competidor arenga al campamento de los Walamiros, y tizna á su caudillo con los apodos afrentosos de niño, de frenético, de traidor, perjuro, enemigo de su sangre y de su nacion. «¿Ignoras,» esclama el hijo de Triario, «que la política arraigada de los Romanos se cifra en esterminar á los Godos con sus mutuos aceros? ¿Se te oculta que el vencedor en esta desalmada contienda ha de quedar espuesto, y muy justamente, á su venganza implacable? ¿Dónde están esos guerreros, mis deudos y los vuestros, cuyas viudas se están ahí lamentando de que sacrificastes sus vidas á tu ambicion temeraria? ¿Dónde están las riquezas que atesoraban tus soldados cuando los atrajistes de sus moradas solariegas para alistarlos bajo tus estandartes? Tenia entonces cada uno tres ó cuatro caballos, y ahora te van siguiendo á pié como esclavos por los yermos de la Tracia; los esperanzastes, para engancharlos, de medir el oro á celemines, á esos varones de cuenta has engañado, que son tan libres y tan nobles como tú mismo.» Habla tan jenial para los Godos los alborotó y descompuso; y el hijo de Teodimiro, temeroso de quedarse solo, tuvo que abrazar á sus hermanos é imitar el ejemplo de la alevosía romana (12) (*e*).

Descollaba á todo trance Teodorico en cordura y entereza, ya que acaudillase, amenazando á Constantinopla, á los Godos confederados, ó

que se retirase con un tercio leal á la serranía y las playas del Epiro. Al fin la muerte casual del hijo de Triario (13) destruyó el equilibrio que los Romanos ansiaban conservar, pues la nacion entera reconoció la supremacia de los Amalos, y la Corte bizantina firmó un tratado afrentoso y arruinador (14). Ya tenia espuesto el senado que se hacia forzoso el escojer un partido entre los Godos, puesto que no alcanzaba el imperio á contrarestar sus fuerzas reunidas; requeríanse para el menor de sus ejércitos dos mil libras de oro y la paga muy pingüe para trece mil hombres (15); y los Isaurios, guardas, no del imperio, sino del emperador, disfrutaban, sobre el ensanche de sus rapiñas, una pension anual de hasta cinco mil libras. La perspicacia de Teodorico luego se hizo cargo de que era ya odioso á los Romanos y sospechoso á los bárbaros; llegó á sus oidos la hablilla popular de que los súbditos estaban padeciendo la intemperie en sus heladas chozas, mientras su rey se empapaba regaladamente en el lujo de la Grecia, y precavió la alternativa congojosa de estrellarse como campeon del imperio con los Godos, ó capitanearlos en campaña contra Zenon. Abalanzándose á empresa digna de su denuedo y su ambicion, habló Teodorico al emperador en estos términos: « Aunque este sirviente se regala de sobras con vuestras larguezas, tened á bien oir mis anhelos entrañables. La Italia, herencia de vuestros antecesores, y la misma Roma, cabeza y dueña del orbe, yacen ahora bajo la planta atropelladora de un Odoacro, el asalariado. Disponed de mí y de estas mis tropas nacionales contra el tirano: si fenezco, quedais descargado de un amigo incómodo y costoso; si campeo con el favor divino, gobernaré en vuestro nombre y para gloria vuestra, el senado romano y la parte de la república rescatada de su servidumbre por mis armas victoriosas. » Aceptó la Corte bizantina la propuesta de Teodorico, sujerida tal vez por ella misma; pero la forma del encargo ú otorgamiento se espresó estudiadamente con ambigüedad para luego entenderla segun los acontecimientos, y quedó en duda si el rescatador de Italia reinaria como lugarteniente, vasallo ú aliado del emperador de Oriente (16).

Enardeciéronse todos al eco del caudillo y de la guerra; crecieron los *Walamiros* con los enjambres de Godos, ya alistados, ó establecidos por las provincias del imperio; y cuantos bárbaros donodados oian elojios de la riqueza y hermosura de Italia tenian en poco los trances mas arriesgados, á trueque de señorear tantísimo embeleso. Debe conceptuarse la marcha de Teodorico cual emigracion de un pueblo entero; trasportábanse desveladamente mujeres, niños y padres ancianos con sus alhajas, y desde luego se formará cabal juicio del bagaje grandioso que seguia al campamento por la pérdida de dos mil carruajes que se padeció en el quebranto de una refriega en la guerra del Epiro. Dependia la subsistencia de los Godos de los almacenes de trigo molido en molinillos por-

tátiles para sus mujeres; de la leche y la carne de sus rebaños; del producto casual de la caza, y de las contribuciones que pudieran ir imponiendo á cuantos se arrestasen á atajarles el paso ú les escaseasen su asistencia. En medio de tanta precaucion estuvieron espuestos á los apuros del hambre en una marcha de mas de doscientas leguas emprendida en la crudeza de un invierno estremado. Derrocado ya el poderío romano, no asomaban ya por Dacia y Panonia, ciudades populosas, campiñas amenas ni carreteras magníficas en grandiosa perspectiva; imperaban de nuevo la barbarie y la asolacion, y las tribus de Búlgaros, Jépidos y Sármatas, dueñas ya de aquel desamparo, á impulsos de su fuerza y á instancias de Odoacro, trataban de contrarestar al enemigo. Venció Teodorico en varias y desconocidas refriegas, hasta que por fin, con su teson y maestría, arrollando tropiezos, se apeó de los Alpes Julianos y tremoló sus pendones invictos en el confin de Italia (17).

Habia Odoacro, competidor en tantísimo armamento, aposentado sus fuerzas proporcionadas en el punto aventajado y muy sabido del rio Soncio, junto á las ruinas de Aquileya, acaudillando una hueste poderosa (A. 489, agosto 28), cuyos *reyes* independientes (18) ó adalides se desentendian de toda subordinacion y miramiento. Descansa Teodorico un tanto con su caballería atropellada, asalta denodadamente las fortificaciones del enemigo; esfuerzan mas su ahinco los Ostrogodos en ganar las campiñas de Italia que los asalariados en defenderlas, y el galardon de la primera victoria es la posesion de la provincia Veneciana hasta los muros de Verona. A la cercanía de esta ciudad, sobre los ribazos empinados del rápido Adijio, tropieza con un nuevo ejército, mejorado en el número é igual en la valentía; es mas reñida la contienda, pero mas decisivo el suceso; huye Odoacro á Ravena, adelántase Teodorico hasta Milan, y la tropa vencida aclama á su vencedor con protestas ruidosas de acatamiento y fidelidad (setiembre 27). Mas adolecen de inconstancia ú de mala fe, y lo esponen á peligro inminente: su vanguardia, con varios condes godos, fiados temerariamente á un desertor, queda vendida y destrozada junto á Faenza por aquella doble traicion. Aparece de nuevo Odoacro con ínfulas de dueño del campo; y el estranjero, atrincherado poderosamente en sus reales de Pavía, tiene que acudir al auxilio de una nacion parienta, los Visigodos de la Galia. El afan mas desalado por la guerra quedará satisfecho de sobras en el discurso de la historia presente, ni hay porque lamentarse de que la escasez lóbrega de nuestros materiales no suministre relacion mas circunstanciada de las desdichas de Italia y de la refriega desesperada que al fin quedó zanjada por el valor, la esperiencia y maestría del rey Godo (A. 490, agosto 11). Al asomar el trance de la batalla de Verona, pasó á la tienda de su madre y hermana (19) para encargarles que en dia tal, el mas festivo de su vida, lo

engalanasen con las ropas primorosas que habian labrado con sus propias manos. « Mutua é inseparable es nuestra gloria, » dice, « conocida sois en el orbe como madre de Teodorico, y á mí me compete el demostrar que soy de la prole castiza de aquellos héroes con quienes blasono de entroncarme. » Brotaba en la esposa ó concubina de Teodimiro la gallardía de las matronas jermanas, que sobreponian el pundonor de sus hijos á su propio resguardo, y se cuenta que en una refriega desahuciada, arrebatado ya Teodorico en el raudal de un tropel fujitivo, les salió denodad mente al encuentro á la entrada del campamento, y con sus baldones jenerosos los arrojó de nuevo sobre las espadas enemigas (20).

Reinaba ya Teodorico, por derecho de conquista, desde los Alpes hasta el estremo de la Calabria: rindiéronle los embajadores Vándalos la isla de Sicilia, como apéndice lejítimo de su reino (A. 493, marzo 5), y fué vitoreado como libertador de Roma por el senado y el pueblo, que habia cerrado las puertas al usurpador fugitivo (21). Solo Ravena, al resguardo de sus fortificaciones naturales y añadidas, sostuvo un sitio de cerca de tres años, y las salidas denodadas de Odoacro acosaban el campamento godo con sustos y matanzas. Por fin, desabastecido y desahuciado aquel monarca infelíz, se rindió á los sollozos de los súbditos y á los clamores de sus soldados. Negoció el obispo de Ravena un tratado; quedaron los Ostrogodos en la ciudad, y los reyes opuestos se avinieron y juramentaron á dominar de mancomun las provincias de Italia. El resultado de tal convenio se deja alcanzar: dedicados algunos dias á la apariencia de júbilo é intimidad, Odoacro, en medio de un banquete, fué traspasado por mano, ó á lo menos de órden, de su competidor. Ya se habian despachado de antemano disposiciones secretas y ejecutivas; los mercenarios desleales y robadores quedaron todos muertos á un tiempo sin resistencia, y se tremoló y pregonó la soberanía de Teodorico por los Godos con la anuencia tardía, repugnante y enmarañada del emperador de Oriente. Achacósele, como se acostumbra, al tirano ya difunto el intento de una conspiracion; pero su inocencia y la culpa del vencedor (22) se evidenciaron obviamente con el tratado ventajoso que la *fuerza* no otorgara de corazon, ni la *flaqueza* quebrantara temerariamente. Los zelos del poderío y las fatalidades de la desavenencia suministrarian apolojía mas decorosa, y cabe sentenciar menos justicieramente un delito indispensable para plantear en Italia la unidad y la pública bienandanza. Elojiaron desvergonzadamente al autor de tanta felicidad, aun en vida y en su presencia, oradores profanos y sagrados (23); pero la historia, muda y ajada en su tiempo, no dejó materiales que retraten al vivo los acontecimientos que ostentaron las prendas ó nublaron las tachas de Teodorico (24). Quédanos un rastro de su

nombradía en las cartas de Casiodoro, compuestas en su real nombre, mereciéndose mas absoluto crédito del que al parecer les corresponde (25). Estas manifiestan las formalidades, mas no la esencia de aquel gobierno, y en vano intentarémos apurar los impulsos voluntarios del bárbaro entre la hojarasca y erudicion de un sofista declamador, los anhelos de un senador romano, el carril de su empleo, y las jeneralidades y protestas que en todas las cortes y con cualquier motivo llenan el lenguaje de un ministro discreto. El concepto de Teodorico estriba mas fundadamente en la paz y prosperidad patente de un reinado de treinta y tres años, el aprecio unánime de su propio tiempo, y el recuerdo de su tino y denuedo, de su humanidad justiciera, estampada hondamente en el ánimo de los Godos é Italianos.

El reparto de las tierras de Italia, cuya tercera parte señaló Teodorico á sus soldados, se tacha como la única sinrazon de su vida entera *(f)*, y aun cabe sincerar este hecho con el ejemplo de Odoacro, los derechos de conquista, el verdadero interés de los Italianos, y la obligacion sagrada de abastecer á todo un pueblo que, fiado en sus promesas, se habia trasladado á países lejanos (26). Bajo el reinado de Teodorico, y en el clima venturoso de Italia, se fueron luego multiplicando los Godos hasta la formidable hueste de doscientos mil hombres (27), y es fácil computar el padron de sus familias con el aumento corriente de mujeres y niños. El asalto á la propiedad en una parte ya vacante se disfrazó con el dictado harto impropio de *hospedaje;* estos estranjeros desabridos estaban desparramados acá y acullá por toda la Italia, y la suerte de cada bárbaro era proporcionada á su nacimiento y empleo, á su séquito mas ó menos crecido, y á sus haberes rústicos de esclavos y ganado. Quedaron deslindados el noble y el plebeyo (28); pero las tierras de los libres quedaron exentas de pechas *(g)*, disfrutando la regalía imponderable de obedecer tan solo á las leyes de su patria (29). La moda y la comodidad recabaron luego de los conquistadores el vestir el traje mas airoso de los naturales; mas insistieron en el uso de su idioma nativo, celebrando el mismo Teodorico su menosprecio de las escuelas latinas, que halagaba las preocupaciones de ellos ó las suyas propias, manifestando que todo niño que habia temblado por la varilla, nunca osaria mirar á una espada (30). El desamparo tal vez precisaria á los Romanos á afectar los modales bravíos que iban orillando los bárbaros ricos y lujosos (31); mas estas mutuas conversiones jamás merecieron el estímulo de un monarca que perpetuó la separacion entre Italianos y Godos, apropiando los primeros á las artes pacíficas, y empleando á los segundos en la guerra. Para consumar este intento, se esmeró en amparar á los súbditos industriosos, y en quebrantar la bronquedad de su soldadesca sin enervar su valor, como indispensable para la defensa pú-

blica. Cupiéronles terrenos y beneficios á título de paga militar: en sonando el clarin, estaban aparejados para marchar á las órdenes de sus caudillos provinciales, y la Italia toda estaba dividida en los respectivos cuarteles de un campamento en regla. Desempeñábase el servicio, tanto de palacio como de la raya, por nombramiento ó por turno, y todo recargo de fatiga se remuneraba con aumento de paga ó el agasajo, de algun donativo. Tenia Teodorico enterados á sus valerosos compañeros de que un imperio se granjea y se resguarda con las mismas artes. Competian por sobresalir á su remedo en el uso, no solo de la lanza y la espada, instrumentos de sus victorias, sino en el de las arrojadizas, que propendian á desatender, y en los ejercicios diarios y reseñas anuales de la caballería, se estaba presenciando la imájen viva de la guerra. Una disciplina de entereza suave los habituaba al comedimiento, á la obediencia y la templanza, y se encargaba á los Godòs que mirasen por el pueblo, respetasen las leyes, alternasen decorosamente en la sociedad, y se desentendiesen del bárbaro desenfreno de las peleas jurídicas y venganzas personales (32).

Sobresaltáronse en gran manera los bárbaros de Occidente con la victoria de Teodorico; mas hecho cargo de que se satisfacia con su conquista y ansiaba la paz, trocóse el temor en respeto, y se allanaron á mediacion tan poderosa, que se encaminaba todo al intento benéfico de zanjar sus reyertas y civilizar sus costumbres (33). Pasmábanse cuantos embajadores asomaban por Ravena de lo mas remoto de Europa de su talento, magnificencia (34) y cortesanía, y si solia admitir esclavos ó armas, caballos blancos, ó animales estraños, el regalo de un cuadrante, de un reloj de agua ó de un músico evidenciaba á los príncipes de la Galia la maestría de sus súbditos italianos. Sus enlaces domésticos (35) de mujer, dos hijas, una hermana y una sobrina, emparentaron su familia con los reyes de los Francos, los Borgoñones, Visigodos, Vándalos y Turinjios, y contribuyeron para conservar la armonía, ó á lo menos el equilibrio de la gran república de Occidente (36). Arduo se hace dar alcance á las emigraciones de los Hérulos emboscados por sus lobregueces de la Jermania y la Polonia, pueblo bozal que esquivaba toda armadura y sentenciaba á muerte á las viudas y ancianos, y aun á los desvalidos (37). El rey de aquellos irracionales belicosos aspiró á la amistad de Teodorico, quien lo elevó á la jerarquía de hijo, segun el rito bárbaro de una adopcion militar (38). De las playas del Báltico, los Estios y los Livonios postraron sus ofrendas de ámbar (39) á las plantas de Teodorico, cuya nombradía los habia movido á emprender un viaje desconocido y azaroso de quinientas leguas. Seguia frecuente y amistosa correspondencia con la patria de la nacion goda (40), arropábanse los Italianos con las ricas pellizas de Suecia (41); y uno de sus so-

beranos, tras su renuncia voluntaria ó forzada, halló albergue y agasajo en el palacio de Ravena. Habia reinado sobre una de las trece tribus reducidas en que se dividia la gran península de la Escandinavia, á la cual se apellidó Tule indeterminadamente. Aquella rejion septentrional se habia rejistrado, ú estaba tal vez poblada hasta sesenta y ocho grados de latitud, donde los naturales del círculo polar disfrutan ó carecen de la presencia del sol, en cada solsticio de verano ú de invierno, durante el plazo igual de cuarenta dias (42). La dilatada noche de su ausencia ó muerte era la estacion enlutada del afan y el desamparo, hasta que los mensajeros enviados á las cumbres divisaban los primeros destellos del regreso de la luz, y pregonaban á las faldas la festividad de la resurreccion (43).

La vida de Teodorico es el fenómeno envidiable de un bárbaro que envainó el acero en medio de la ufanía de su victoria y en la lozanía de su edad. Vinculóse el reinado de treinta y tres años en el desempeño de su gobierno civil, y las hostilidades en que se vió á veces enmarañado quedaban luego terminadas por el tino de sus lugartenientes, la disciplina de la tropa, las armas de sus aliados, y aun el terror de su nombre. Amoldó á un gobierno arreglado y activo los países inservibles de Recia, Nórico, Dalmacia y Panonia, desde los manantiales del Danubio y el territorio de los Bávaros (44) hasta el reinezuelo planteado por los Jépidos sobre los escombros de Sirmio. No cabia en su cordura el encargar el baluarte de Italia á vecinos tan endebles y desmandados, y en su justicia cabia el reclamar parte de las tierras que estaban tiranizando, ya como porcion de su reino, ya por herencia del padre. El engrandecimiento de un sirviente apellidado alevoso, por cuanto era feliz, enceló al emperador Anastasio, y encendióse la guerra en la frontera Dácica, por el patrocinio que el rey godo, en las vicisitudes de los negocios humanos, franqueaba á un descendiente de Atila. Sabiniano, jeneral esclarecido por sus propios méritos y los de su padre, se adelantó capitaneando diez mil Romanos, y los abastos y armamento que cuajaban una larguísima fila de carruajes se fueron repartiendo á las tribus mas desalmadas de los Búlgaros; mas las fuerzas orientales quedaron derrotadas por inferiores de Godos y Hunos en la campiña de Margo; quedó irreparablemente guadañada la flor y aun la esperanza de los ejércitos romanos, y tan sumo era el comedimiento que tenia Teodorico infundido á sus tropas victoriosas, que no habiéndoles dado el caudillo la señal del saqueo, le pusieron intactos á las plantas los pingües despojos del enemigo (45). La Corte bizantina, airada con este descalabro, envió (A. 509) doscientas naves con ocho mil hombres á talar las playas de Calabria y Apulia; asaltaron la ciudad antigua de Tarento, desconcertaron el comercio y la agricultura de aquel país venturoso, y regresaron ufanísi-

mos con sus piraterías contra jentes á quienes seguian conceptuando como romanos (46). Quizás la actividad de Teodorico aceleró su retirada; resguardó la Italia con una escuadra de mil bajeles veleros (47), construidos ejecutivamente, y su entereza moderada le acarreó luego el logro de una paz sólida y honorífica. Su diestra pujante sostenia el equilibrio de Occidente, hasta que por fin lo dió al través la ambicion de Clodoveo, y aunque no le cabia acudir á su deudo temerario y desventurado, el rey de los Visigodos, salvó los restos de su familia y pueblo, y atajó á los Francos en medio de su carrera victoriosa. No es mi ánimo el esplayarme mas ó segundar (48) la narracion de los acontecimientos militares, por cierto los menos interesantes del reinado de Teodorico, y me ceñiré á añadir que apadrinó á los Alemanes (49), castigó reciamente una correría de Borgoñones, y que la conquista de Arles y Marsella franqueó su comunicacion con los Visigodos, que lo reverenciaban como su amparador nacional, y como tutor del nietecillo, el hijo tierno de Alarico. Bajo este concepto grandioso, restableció el rey de Italia la prefectura pretoriana de la Galia, reformó abusos en el gobierno civil de España, y admitió el tributo anual y el rendimiento aparente de su gobernador militar, quien cuerdamente se negó á confiar su persona en el palacio de Ravena (50). Quedó planteada la soberanía goda desde la Sicilia hasta el Danubio, desde Sirmio ú Belgrado hasta el Océano Atlántico; y los mismos Griegos han venido á reconocer que Teodorico reinó sobre lo mas aventajado del imperio occidental (51).

Unidos Godos y Romanos, pudieron vincular en sí duraderamente la felicidad transitoria de la Italia, y la primera nacion, pueblo nuevo de súbditos libres y soldados instruidos, hubiera podido ir descollando con la competencia de sus prendas respectivas. Pero no cupo al reinado de Teodorico el logro de encabezar ó corroborar tamaña novedad, carecia del númen ó de la proporcion de lejislar (52), y al franquear á los Godos el ensanche de su libertad bravía, fué remedando rastreramente en sus disposiciones y sus abusos el sistema político planteado por Constantino y sucesores. Por sobrada condescendencia con las preocupaciones ya decrépitas de Roma, se desentendió el bárbaro del dictado, púrpura y diadema de los emperadores; mas ejerció, bajo el título hereditario de rey, la suma plenitud, todo lo sustancial de las prerogativas imperiales (53). Era su correspondencia con el solio oriental comedida y ambigua; ensalzaba pomposamente la armonía de entrambas repúblicas, engrandecia su propio gobierno cual norma de un imperio único y concentrado, y requeria sobre los reyes de la tierra la idéntica preeminencia que modestamente concedia á la persona ó jerarquía de Anastasio. Sonaba la amistad de Oriente y Occidente en el nombramiento anual y unánime de dos cónsules; mas el italiano elejido por Teodorico aceptaba

al parecer la revalidacion formal del soberano de Constantinopla (54). Remedaba el palacio godo de Ravena el dechado de la corte de Teodosio ú Valentiniano. El prefecto pretoriano, el de Roma, el cuestor, el maestre de los oficios con los tesoreros públicos y patrimoniales *(h)*, relumbran en las pinceladas retóricas de Casiodoro, con sus funciones y actos solemnes de ministros de estado; y el desempeño subalterno de la justicia y de las rentas estaba encargado á siete consulares, tres correctores y cinco presidentes, que gobernaban las quince rejiones de Italia, segun los principios y fórmulas de la jurisprudencia romana (55). Las mañas pausadas de los procedimientos judiciales quebrantaban el ímpetu ó lo burlaban en los conquistadores; la administracion civil, con sus timbres y adealas, se vinculaba en los Italianos, y el pueblo seguia conservando su traje y su idioma, sus leyes y costumbres, su libertad personal y dos tercios de las haciendas *(i)*. Esmeróse Augusto en encubrir el establecimiento de la monarquía, y Teodorico echó el resto en disfrazar el reinado de un bárbaro (56). Si á veces volvian en sí los súbditos de su soñado embeleso del gobierno romano, les redundaba mayor ventaja de la índole de un príncipe godo, que tenia perspicacia para penetrar y entereza para granjearse su interés propio y el del público. Amaba Teodorico las prendas que atesoraba y el injenio de que carecia, pues ascendió al cargo de prefecto del pretorio á Liberio por su lealtad en la causa desventurada de Odoacro. Reflejos son de su reinado las lumbreras del saber de Casiodoro (57) y Boecio, ministros suyos. Casiodoro, con mas tino ú mas dicha que su compañero, sin desmerecer en su propia conciencia, conservó su privanza, y despues de campear con timbres mundanos por espacio de treinta años, disfrutó otros tantos de sosiego en la soledad estudiosa y devota de Esquilace *(j)*.

Interesaba y correspondia al rey godo, como padrino de la república, granjearse el afecto del senado y del pueblo (58). Lisonjeaban á los nobles de Roma dictados retumbantes y protestas formales de miramiento á que se habian hecho mas acreedores sus antepasados. Disfrutaba el pueblo, sin riesgo ni zozobra, las tres ventajas de una crecida capital, arreglo, abundancia, y recreos públicos. Aparece una rebaja palpable de su número, aun en los rasgos de largueza (59); pero entrojaba Roma el trigo tributario de la Apulia, Calabria y Sicilia; repartíanse sus raciones de pan y viandas á los menesterosos, realzando como honoríficos cuantos empleos se encaminaban al esmero de su sanidad y bienestar. Los juegos públicos, cuales pudo elojiarlos un embajador Griego, venian á ser una imitacion escasa de la magnificencia de los Césares; pero las artes, como la música, la jimnástica y la pantomina, no estaban absolutamente olvidadas; las fieras del Africa seguian ejercitando el denuedo y la maestría de los cazadores; y el Godo condescendiente ó toleraba con

sufrimiento ó enfrenaba con blandura los bandos verde y azul, cuyas contiendas solian alborotar y aun ensangrentar el circo (60). Visitó Teodorico, en el séptimo año de su pacífico reinado (A. 500), la antigua capital del mundo: adelantáronse en solemne procesion el senado y el pueblo á festejar al segundo Trajano, ó un nuevo Valentiniano, y desempeñó esclarecidamente su papel aclamando su gobierno como legal y justificado (61), en un discurso que tuvo la entereza de pronunciar en público, y de estampar en una lámina de bronce. Resplandeció Roma con los postreros destellos de una gloria menguada en aquella augusta ceremonia; y un santo, al presenciar su boato, pudo tan solo esperanzar en su fantasía enfervorizada que la sobrepujase la nueva Jerusalen (62). En su permanencia de seis meses, la nombradía, la persona y la cortesanía del rey godo pasmaron á los Romanos, y él no cesó de contemplar con afan y con asombro los monumentos que aun quedaban de su antigua grandeza. Estampó sus huellas de conquistador en el cerro Capitolino, y confesó que cada dia estaba viendo con embeleso nuevo el foro de Trajano y su encumbrada columna. Desmoronado ya el teatro de Pompeyo, aparecia cual un cerro grandioso, horadado, bruñido y realzado por el injenio humano, y prorumpió el príncipe que se debió agotar un rio de oro para encumbrar el teatro ajigantado de Tito (63). Desembocaban catorce acueductos un rio cristalino para derramarse por todos los ámbitos de la ciudad; entre aquellos, el agua Claudia, que brotaba á doce leguas en las montañas Sabinas, acudia por un declive suave, pero invariable, de arcos solidísimos, á la cumbre del cerro Aventino. Permanecia intacto el alcantarillado con sus bóvedas subterráneas y grandiosas despues de doce siglos; maravilla mas portentosa que cuantas descuellan patentes en Roma (64). Los reyes godos, tan injustamente zaheridos como asoladores de la antigüedad, se esmeraron ansiosamente en conservar los monumentos de la nacion recien avasallada (65). Pregonáronse edictos para precaver los abusos, el abandono y el robo de los mismos ciudadanos, aplicándose, además de un arquitecto espreso, la suma anual de doscientas libras de oro, veinte y cinco mil tejas y el producto de los derechos del puerto Lucrino para el reparo corriente de los muros y edificios públicos. Alcanzó la providencia á las estatuas de metal ó de mármol de hombres y animales. El brio de los caballos con que modernamente apellidaba el monte Quirinal, pasmaba á los bárbaros (66), restableciéronse esmeradamente los elefantes de cobre de la *Via Sagrada* (67); el decantado novillo de Miron engañaba al ganado al conducirlo por el foro de la Paz (68); y se nombró un empleado para el resguardo de aquellos artefactos, que Teodorico conceptuaba como las galas mas esclarecidas de su reino.

A ejemplo de los últimos emperadores, Teodorico se avecindó en Ra-

vena, donde cultivaba una huerta con sus propias manos (69); en estando amagado su reino (pues nunca fué invadido) por los bárbaros, se trasladaba con su corte á Verona (70) sobre la raya septentrional; y la estampa de su palacio, conservada en una medalla, representa el dechado mas auténtico de la arquitectura gótica. Estas dos capitales, como tambien Pavía, Espoleto, y Nápoles, con las demás ciudades de Italia, se hermosearon en aquel reinado con esplendorosos adornos de iglesias, baños, acueductos, pórticos y palacios (71). Pero descollaba principalmente la felicidad individual en los afanes y la industria, y en el aumento rapidísimo y disfrute anchuroso de los caudales sobrantes. Los senadores romanos seguian retirándose de las enramadas de Tibur y Prenesto á invernar por las solanas halagüeñas y manantiales saludables de Baya; y sus quintas que allá se internaban sobre sólidos arrecifes por la bahía de Nápoles, señoreaban la perspectiva teatral del cielo, tierra y agua. Asomó una nueva Campania, por la parte oriental del Adriático, en la hermosa y pingüe provincia de Istria, que se comunicaba con el palacio de Ravena por medio de la navegacion cómoda de treinta y cuatro leguas. Trocábanse los productos preciosos de la Lucania y comarcas inmediatas en la fuente Mancilia, donde anualmente se celebraba feria de tráfico, beodez y supersticion. En la soledad de Como, vivificada con la índole suave de Plinio, un estanque cristalino de mas de veinte leguas estaba todavía retratando al vivo la campiña amena que encajonaba el lago Lario; y el plantío redoblado de olivos, vides y castaños iba faldeando los cerros pintorescos (72). Floreció la agricultura á la sombra de la paz, y se acrecentaron los labriegos con la redencion de cautivos (73). Se beneficiaron esmeradamente las minas de hierro de Dalmacia y una de oro en Brucio, y los cenagales Pontinos y los de Espoleto se desaguaron por empresarios particulares cuyo reintegro remoto estriba en la permanencia de la prosperidad pública (74). Cuando desayudaban las estaciones, la cautela mal segura de almacenes y tasacion del trigo acreditaba á lo menos el desvelo del gobierno; mas era tan colmada la abundancia que un pueblo vividor cosechaba en aquel suelo pingüe, que un azumbre de vino se solia vender por Italia á menos de dos cuartos, y una fanega de trigo por doce reales (75). Pais que atesoraba tantísimos productos esquisitos atrajo luego traficantes del orbe entero, abrigando Teodorico garbosamente su crecida granjería. Se restableció y engrandeció el trato mútuo y franco entre las provincias; jamás se cerraban ni de dia ni de noche las puertas de la ciudad, y el proverbio vulgar de que un bolsillo de oro se podia dejar en el campo, espresaba el desahogo inalterable de los habitantes.

La diversidad de relijion suele redundar en desavenencias entre el príncipe y su pueblo, pues el conquistador godo se habia educado en el

arrianismo, y estaba la Italia entrañablemente encariñada con la fé Nicena; mas no emponzoñaban fervores el pecho de Teodorico, y se atenia relijiosamente á la herejía de sus padres, sin allanarse á contrapesar las sutilezas, y tranquillas de la metafísica teolójica. Dándose por satisfecho con la tolerancia personal de sus secuaces arrianos, se conceptuaba atinadamente el amparador del culto público; y su miramiento para con una supersticion que menospreciaba pudo alimentar en su ánimo la indiferencia saludable de un estadista y de un filósofo. Reconocian, quizá á su pesar, los Católicos de tan dilatados dominios, el sosiego de la iglesia: agasajaba Teodorico en su palacio al clero todo, segun los quilates de su mérito y jerarquía; apreciaba la santidad en vida de Cesario (76) y de Epifanio (77) obispos acendrados de Arles y de Pavía, y tributó su decorosa ofrenda ante el túmulo de San Pedro, sin escrupulizar un átomo acerca de la creencia del Apóstol (78). Consentia á sus godos predilectos, y aun á su madre, el seguir la fé de Atanasio: en todo su reinado no asoma ejemplar de un católico italiano descarriado de su relijion por voluntad ó con violencia (79). La pompa y arreglo del culto relijioso edificaba al pueblo y á los mismos bárbaros; encargábase á los majistrados su miramiento con las debidas inmunidades de los eclesiásticos y de sus fincas; celebraban los obispos sus sínodos, los metropolitanos ejercian su jurisdiccion, y los privilejios de santuario se sostenian ó moderaban segun el sistema de la jurisprudencia Romana (80). Constituyóse padrino y superior legal de la Iglesia, y su desempeño cabal restableció ú estendió ciertas prerogativas provechosas desatendidas por los apocados emperadores de occidente. Estaba hecho cargo del señorío y trascendencia del Pontífice Romano, al cual se le habia ya apropiado el dictado reverente de Papa. Estribaban la paz ó el trastorno de Italia en el albedrío de un obispo acaudalado y popular, que se alzaba con tantísimo dominio en el cielo y en la tierra, declarado ya, en un sínodo muy concurrido, impecable y escento de todo juicio (81). Cuando Simaco y Laurencio, batallando por la cátedra de San Pedro, acudieron citados ante el tribunal de un monarca Arriano, confirmó este la eleccion del candidato mas digno, ú mas avenible; y hácia el fin de su vida, en un arranque de zelos ó de enojo, se anticipó á la eleccion de los Romanos nombrando un papa en el palacio de Ravena; y enfrenó blandamente el peligro y los disparos de un cisma, y se actuó el postrer decreto del senado, para anonadar, si fuese dable, la venalidad escandalosa de las elecciones papales (82).

Placentero me ha sido el esplayarme sobre el estado venturoso de Italia, mas no tiene que acalorarse la fantasía soñando edades poéticas de oro, con jente sin devaneos ni desdichas, para embelesarse con la conquista goda. Nublóse á temporadas la perspectiva; descarriábase la

cordura de Teodorico, contrastábase su poderío, y se mancilló la edad caduca del monarca con odios populares y sangre patricia. En las primeras ínsulas de la victoria incurrió en defraudar á todo el partido de Odoacro de todos los derechos civiles, y aun de los naturales, de la sociedad (83), un impuesto cargado sobre todas las calamidades de la guerra; á la agricultura, asomante de la Liguria y un estancamiento no menos intempestivo y violento del trigo só color de alivio para el pueblo, estremara los apuros de la Campania. El pundonor y la elocuencia de Epifanio y Boecio, orillaron intentos tan perniciosos, pues abogaron entrambos á porfía, y con éxito por el pueblo en presencia del mismo Teodorico (84); mas si el eco de la verdad hallaba acojida en los oidos réjios, no siempre acuden santos y filósofos á los costados de los reyes. La doblez italiana y la violencia goda solian abusar de la proporcion del empleo, de la jerarquía ó la privanza; y la codicia del sobrino del rey quedó tiznada al pronto por la usurpacion, y luego por la restitucion de los estados que se apropiara de los vecinos toscanos. Hasta doscientos mil bárbaros, pavorosos hasta á su mismo dueño, estaban aposentados por el corazon de Itália; desesperábanse con los miramientos de la paz y de la disciplina, desmandábanse siempre, y solian acarrear desquites en sus marchas; y como se hacia muy aventurado el castigo, habia que disimular los disparos de su ferocidad nativa. Al condonar Teodorico dos tercios del impuesto en Liguria, se allanó á manifestar los apuros de su situacion, y á lamentarse de las gravísimas pechas que cargaba á los súbditos para su propia defensa (85). Aquellos súbditos ingratos jamás llegaron á hermanarse de corazon allá con el oríjen, la relijion y aun las prendas de su vencedor; yacian en el olvido los quebrantos anteriores, y encarnaba mas la sosobra de nuevas tropelías con la felicidad que estaban disfrutando.

Hasta la tolerancia relijiosa que Teodorico tuvo el lauro de entablar en el orbe cristiano, servia de pesadumbre y agravio al fervor estremado de los italianos. Estaban acatando la herejía armada de los godos; mas asestaron su saña devota en los ricos é indefensos judíos avecindados en Roma, Nápoles, Ravena, Milan y Génova para injeniarse con su tráfico y bajo el resguardo de las leyes (86). Atropellados, saqueados, incendiadas sus sinagogas por el populacho desenfrenado de Ravena y de Roma, se les achacaban demasías frívolas y disparatadas. El gobierno que se desentendiera de tamañas tropelías, merecia padecerlas. Entabláronse pesquisas ejecutivas; pero quedaron los reos revueltos en la chusma y se cargó el importe al vecindario entero, azotando el verdugo por las calles á los místicos tercos que se negaban á pagar sus cuotas de contribucion (*k*). Enconáronse mas y mas los católicos por esta demostracion justiciera que encarecian el mérito y padecimientos de aquellos confesores santos; trescientos púlpitos estuvieron deplorando la persecucion

de la iglesia, y si la capilla de san Estévan en Verona quedó arrasada de órden de Federico, es de suponer que se ostentó algun milagro enemigo de su nombre, y señorío en aquel teatro sagrado. A fines de su carrera esclarecida, echó de ver el rey de Italia, que se habia acarreado la ojeriza de un pueblo, cuya felicidad habia estado esmeradamente promoviendo, y su ánimo se agrió de ira, de zelos y amargura por su cariño mal pagado. Allanóse el conquistador Godo á desarmar los desaguerridos naturales de Italia, vedando todo instrumento ofensivo, escepto un cuchillito para los usos caseros. Se tildó el libertador de Roma de conspirar con los ínfimos delatores contra la vida de senadores, á quienes sospechaba de corresponderse encubierta y alevosamente con la corte Bizantina (87). Muerto Atanasio, habian ceñido la diadema á un caduco; mas la pujanza del gobierno pasaba en manos de su sobrino Justiniano, que estaba ya ideando el estermínio de la herejía y la conquista de Italia y Africa. Publicóse en Constantinopla una ley violentísima para reducir con el temor de los castigos á todo Arriano al regazo de la Iglesia, y Teodorico se airó sobremanera, requiriendo para sus hermanos malparados en oriente la idéntica blandura que habia por tanto tiempo usado con los católicos de sus dominios (*l*). Manda ceñuda y ejecutivamente embarcar al pontífice romano, y cuatro senadores *esclarecidos* para una embajada, de la cual debia temer igualmente el malogro ú éxito. Castigó el zeloso monarca á fuer de atentado, el rendido agasajo que mereció el primer papa, que visitaba á Constantinopla; la negativa terminante y fementida de la corte Bizantina, podia disculpar igual represalia y aun acarreársela mucho mayor, y se dispuso un decreto vedando desde un plazo fijo, el ejercicio del culto católico. Los súbditos y enemigos por su ceguedad estrecharon al príncipe mas tolerante hasta el disparador de la persecucion, y fué sobrado larga la vida de Teodorico, puesto que llegó á condenar á los virtuosos Boecio y Simaco (88).

El senador Boecio (89) es el último romano á quien Tulio ú Caton reconocieran por compatricio. Como huérfano acaudalado, heredó los blasones y el patrimonio de la familia Anicia, apellido codiciado por los reyes y emperadores de aquel tiempo, y el sobrenombre de Manlio estaba acreditando su entronque con una alcurnia de cónsules y dictadores que rechazaron los Galos del Capitolio y sacrificaron sus hijos á la disciplina de la República. No yacian aun desamparados los estúdios de Roma en la mocedad de Boecio, pues todavía hay un Virjilio enmendado por la mano de un cónsul (90) y la largueza de los Godos conservaba sus privilejios y sueldos á los catedráticos de gramática, retórica y jurisprudencia. Mas no saciaba la erudicion latina su curiosidad, y se cuenta que Boecio se dedicó afanadamente por espacio de diez y ocho años en las escuelas de Atenas (91) sostenidas con esmero, intelijencia y cariño por Pro-

clo y sus discípulos. Por dicha el tino y la relijiosidad del alumno Romano se preservaron del contajio de los arcanos y la majia, que estaban mancillando las alamedas de la academia; mas se empapó en los arranques y remedó el método de sus maestros vivos y difuntos que trataron de hermanar el brio y la sutileza de Aristóteles con lás sublimidades contemplativas de Platon. Vuelto á Roma, y casado con la hija de su amigo el patricio Simaco, continuó Boecio en su palacio de mármol y de marfil dedicándose á los mismos estudios (92). Edificada quedó la Iglesia con su defensa trascendental del credo acendrado contra las herejías Arriana, Eutiquía y Nestoriana; y la unidad Católica quedó desentrañada por ápices en su tratado espreso, con la *indiferenzia* de las tres personas diversas aunque consustanciales. Amainó su númen hasta la llaneza de enseñar, en beneficio de sus lectores latinos, los primeros elementos de las artes i ciencias de la Grecia. La pluma incansable del senador trasladó y despejó la jeometría de Euclides, la música de Pitágoras, la aritmética de Nicomace, la maquinaria de Arquímedes, la astronomía de Tolomeo, la teolojía de Platon, y la lójica de Aristóteles con el comentario de Porfirio. En él solo se vinculaba el desentrañar los primores de las artes, un cuadrante, un reloj de agua, y una esfera representando los movimientos de los planetas. De tareas tan recónditas se allanaba, ó mas bien se encumbraba al desempeño de la vida pública ó privada; su largueza acudia al menesteroso, y su elocuencia, que la lisonja parangonaba con la de Demóstenes ó Ciceron, se empleaba invariablemente en escudar la inocencia y la humanidad. Aquel príncipe atinado deslindó y premió tan descollante mérito, realzándolo con los dictados de cónsul y de patricio, y se valió de su desempeño en el cargo trascendental de maestre de los oficios. En medio de las pretensiones de Levante y Poniente, sus dos hijos quedaron nombrados en su mocedad cónsules para el mismo año (93). En el dia memorable de su instalacion, salieron de su palacio en ostentosa pompa para el foro, al eco de las aclamaciones del senado y el pueblo; y su padre, ufanísimo, el verdadero cónsul de Roma, despues de prorumpir en albricias con elojios de su rejio bienhechor, repartió un agasajo triunfal en los juegos del circo. Dichoso en haberes y nombradía, en sus honores públicos y enlaces particulares, y dichosísimo en atesorar ciencia y pundonor, pudiera Boecio apellidarse absolutamente feliz, si este dictado volandero cupiese en el hombre antes del trance postrero de su ecsistencia.

Un filósofo de suyo desprendido y atareado pudiera prescindir de timbres, oro y empleos, y se merece algun crédito Boecio, afirmando que obedeció mal de su grado al divino Platon, que encarga á todo ciudadano pundonoroso que acuda á rescatar el estado de la usurpacion de la ignorancia y devaneo. Habia su autoridad refrenado las ínsulas y tropelías

de los empleados rejios, y su elocuencia habia libertado á Paulino de los canes de palacio. Condolióse siempre, y remedió á veces los apuros de las provincias, exhaustas con las rapiñas públicas y privadas, y solo Boecio tuvo denuedo para contrarestar la tiranía de los bárbaros, engreidos con la conquista, estimulados por la codicia, y, segun se lamenta, insolentados con la impunidad. Allá su ánimo se remontó en estas contiendas honoríficas sobre todo asomo de zozobra, y, quizás de cordura, y podemos enterarnos por el ejemplo de Caton de que la virtud castiza é inflexible está mas propensa á descarriarse con la preocupacion, á enardecerse con el entusiasmo, y á equivocar enconos privados con la justicia pública. Podia el alumno de Platon abultar los achaques de la naturaleza y los desbarros de la sociedad, y aun la planta mas graciable de gobierno gótico, aun el peso del vasallaje y agradecimiento se haria intolerable al desenfado de un patriota romano. Mas la privanza y lealtad de Boecio fueron menguando al par de la felicidad pública, y se le asoció un compañero indigno para el desempeño, ú mas bien atalaya, del maestre de los oficios. Hízose cargo de que en la temporada última y nublosa de Teodorico era bochornosamente esclavo, mas como su dueño tan solo podia disponer de su vida, arrostró sin armas y sin zozobra al airado bárbaro, á quien habian descarriado hasta conceptuar de que la seguridad del senado era incompatible con la suya. Citaron y renunciaron al senador Albino, por allá *esperanzar*, segun se decia, la libertad de Roma. «Si Albino es criminal» esclama el orador «el senado y yo mismo, todos somos reos del mismo delito, pero si somos inocentes, Albino es igualmente acreedor al arrimo de las leyes.» No cabia en las leyes el castigo de un anhelo recóndito y estéril de un logro inasequible, mas guardarian la misma blandura á la confesion temeraria de Boecio, de que si le constase alguna conspiracion jamás se la franquearia al tirano (94). Abogar por Albino era incurrir en el mismo riesgo y delito; su firma (qué negaron, como falsa, acompañaba á la instancia orijinal, brindando al emperador á libertar la Italia de los Godos, y tres testigos condecorados, aunque de concepto tal vez menos acendrado, atestiguaron los intentos alevosos del patricio romano (95). Mas es de presumir su inocencia, puesto que Teodorico le imposibilitó el sincerarse encarcelándolo en la torre de Pavía; mientras el senado, á distancia de cerca de doscientas leguas, pronunció sentencia de confiscacion y muerte contra su miembro mas esclarecido; mandando ademas los bárbaros que se tiznase la ciencia oculta del filósofo con los dictérios de sacrilejio y majia (96). Un afecto entrañable y pundonoroso al senado quedó tachado de criminal por los lábios trémulos de los senadores mismos, y su ingratitud mereció el deseo ú la prediccion de Boecio, de que nadie, tras él, se hallaria reo del mismo delito (97).

Mientras aherrojado Boecio estaba esperando la sentencia y trance de

la muerte, estuvo componiendo en la torre de Pavia la *Consolacion de la filosofía*, librito de oro, acreedor de suyo al aprecio de un Platon ó de un Julio; pero que se granjea sumo realce con la barbarie de la época y la situacion del autor (A. 524). El norte sobrehumano que solia invocar en Roma y en Atenas, se dignó entonces iluminar su mazmorra, robustecer su teson y embalsamar sus llagas. Se estuvo rasgueando el parangon de su dilatada prosperidad con su nuevo desamparo, y esperanzar en la inconstancia misma de la suerte. Alcanzaba ya su entendimiento la insubsistencia de aquellos dones fementidos; los desengaños le patentizaron su precio baladí; habíalos disfrutado sin desliz, podia orillar suspiros al desasirse de aquellos, y menospreciar serenamente el encono de sus enemigos desvalidos para defraudarle de la dicha, puesto que le quedaba la virtud. Encumbróse Boecio de la tierra al firmamento en busca del Bien Supremo, fué rastreando el laberinto metafísico del acaso y del destino, de la providencia y el libre albedrío, del tiempo y de la eternidad; y se arrojó gallardamente á hermanar los atributos cabales de la Divinidad con el descontento aparente de su gobierno físico y moral. Arranques de consuelo tan obvios, tan volátiles y tan recónditos, no alcanzan á contrarestar la pujanza de los impulsos naturales; mas cabe embotar el quebranto de la desventura con el afan del entendimiento, y el sabio que acertó á entretejer en el mismo contesto las amenas sublimidades de la filosofía, poesía y elocuencia, debia estar ya atesorando aquella serenidad incontrastable que aparentaba apetecer. Tranzóse por fin aquella incertidumbre, lo sumo de la desdicha, por los sayones que cumplieron, y quizá se propasaron del mandato inhumano de Teodorico. Ciñéronle la cabeza con recios cordeles, apretándolos hasta casi hacerle saltar los ojos de sus cuencas, y aun aparece menos horrendo el macearlo hasta que espirase (98) mas sobrevivió su númen para despedir destellos de saber sobre lo mas lóbrego del mundo latino. Tradujo sus escritos el rey mas esclarecido de Inglaterra (99), y el emperador Odon tercero trasladó á sepulcro mas honorífico los huesos de un santo católico, que se granjeó con la persecucion de los Arrianos el blason del martirio, y el eco de sus milagros (100). Consolóse un tanto Boecio en su trance postrero con el salvamento de esposa, los dos hijos, y el suegro Simaco; mas este prorumpió con su quebranto en indiscreciones y desacatos, y arrojándose á llorar la muerte de un amigo atropellado, podia incurrir en arranques de venganza. Arrebatósele aherrojado de Roma al palacio de Ravena, y alla las zozobras de Teodorico tan solo pudieron aplacarse con la sangre de un senador anciano é inocente (101) (A. 525).

Propende la humanidad á fomentar cuanto suena á predominio de la conciencia y remordimiento de los reyes, y sabido es en filosofía que las estantiguas mas pavorosas se enjendran en los disparos de una fantasía

desenfrenada y en la debilidad de un cuerpo achacoso. Encaminábase ya Teodorico al sepulcro con vergonzosos atentados tras una vida pundonorosa y esclarecida. Postrábase su ánimo con la contraposicion de lo pasado, y se sobresaltaba fundadamente con el terror de lo venidero ó invisible. Cuéntase que una velada al colocar en su mesa la cabeza de un pez enorme (102) prorrumpió repentinamente en que estaba viendo el rostro airado de Simaco; sus ojos flechando saña y venganza, y su boca colmilluda en ademan de asirle y devorarle. Levantóse arrebatadamente el monarca para su aposento, y tendido y trémulo de calofríos bajo un cúmulo de colchas, manifestó susurrando á pausas al médico Elpidio su entrañable arrepentimiento por la muerte de Boecio y Simaco (103). Agravóse su dolencia, y despues de tres dias de disenteria, espiró en el palacio de Ravena, á los treinta y tres años, ó si se computa por la invasion de Italia, á los treinta y siete de su reinado. A los asomos de su fallecimiento dividió sus tesoros y provincias entre sus dos nietos, y los deslindó con el Ródano (104). Recobró Amalarico el trono de España; cupo la Italia con todas las conquistas de los Godos á Atalarico, de diez años, pero idolatrado como el postrer vástago del tronco de los Amalos, del breve matrimonio de su madre Amalasunta con un fujitivo real de la misma alcurnia (105). El monarca moribundo presenció el compromiso de los caudillos Godos y majistrados Italianos, juramentándose con el mancebo príncipe y su madre tutora; encargándoles en aquel trance solemne, la disposicion benéfica de mantener las leyes, y amar al senado y pueblo de Roma, y cultivar la amistad del emperador con decoroso acatamiento (106). Levantó la hija Amalasunta á Teodorico un monumento en situacion aventajada señoreando la ciudad de Ravena, su bahía y playas inmediatas. Coronaba á una capilla redonda de mas de treinta piés de diámetro un cimborio de una sola pieza berroqueña; de su centro subian cuatro columnas que sostenian en una urna de pórfido los restos del rey Godo, cercada por las estatuas de cobre de los doce apóstoles (107). Su alma, mediante la penitencia debida hubiera podido terciar con los bienhechores del linaje humano, si un Italiano ermitaño no hubiese presenciado en una vision la condenacion de Teodorico (108), cuyo espíritu por los ministros de la venganza divina quedó allá empozado en el volcan de Lipari, una de las bocas flamantes del mundo infernal (109).

NOTAS

correspondientes al capítulo trijésimo nono.

(1) Jornandes (de Rebus Geticis, c. 13, 14 p. 629, 630, edic. Grot.) derivó de Gapt. la jenealojía de Teodorico, uno de los *Anses* ó semi-dioses, que vivian en tiempo de Domiciano. Casiodoro, el primero que ensalzó la raza real de los Amali (Variar. VIII, 5, IX, 25, X, 2, XI, 1) considera al nieto de Teodorico como el décimoseptimo descendiente. Peringsciold (el comentador sueco de Cochlæus, vit. Theodoric, p. 271, etc. Estokolmo, 1699) trabaja en arreglar esta jenealojía con las leyendas y tradiciones de su pais (*).

(2) Mas correctamente en las orillas del lago Pelso (Nieusiedler-see) cerca de Carnuntum, casi en el mismo sitio en que Marco Antonino compuso sus meditaciones (Jornandes, c. 52, p. 659. Severin. Pannonia Illustrata, p. 22. Cellario, Geograph. Antig. tom. I, p. 350).

(a) La fecha del nacimiento de Teodorico no está bien determinada. Difícilmente se puede errar, dice Manso, colocándolo entre los años 453 y 456. Manso Geschichte des Ost. Gothischen Reich., p. 14.—M.

(3) Las cuatro primeras letras de su nombre (ΘΕΟΔ), estaban grabadas en una plancha de oro, que fijada sobre el papel, el rey recorria con la pluma los intervalos (Anonym. Valesian. ad calcem Amm. Marcellin. p. 722). El hecho auténtico, con el testimonio de Procopio, ó al menos en de los Godos contemporáneos (Gothic. l. I, c. 2. p. 311) es mas que suficiente para contrapesar las alabanzas vagas de Enodio (Sermond. Opera, tom. I, p. 1596) y Teofanes (Chronograph, p. 112) (*).

(*) Amala era un nombre de santidad y honor hereditario entre los Ostrogodos. Forma parte de los nombres Amalaberga, Amala suinta (swinthei significa fuerza), Amalafredo, Amalarico. En el poema del Nibelungen, escrito trescientos años antes, llaman á los Ostrogodos los Amilungen. Segun Wachter significa, sin mancha, del privativo a, y malo manchado. Amala, inmaculatus es sanscrit puro. Schlegel. Indische Bibliothek. I, p. 233.—M.

(*) Le Beau y su comentador, M. San Martin, sostiene, aunque no con mucha evidencia, la opinion contraria. Pero lord Mahon (Vida de Belisario) se

(4) Statura est quæ resignet proceritate regnantem (Enodio, p. 1614. El obispo de Pavia (Quiero decir el eclesiástico que aspiraba á ser obispo) sigue luego ensalzando la complexion, ojos, manos, etc., de su soberano.

(5) El estado de los Ostrogodos, y los primeros años de Teodorico se hallan en Jornandes (c. 52-56. p. 689-696) y Malco (Excerpta Legat., p. 78-80), quien le llama erroneamente el hijo de Walamiro.

(6) Teofanes (p. 111) inserta una copia de sus cartas *sagradas* á las provincias: ἴστε ὅτι τὸ βασίλειον ἡμέτερόν ἐστι.... καὶ ὅτι προχειρησάμεθα βασιλέα Τρασκαλλισαῖον, etc. Semejantes pretensiones de una mujer hubieran pasmado á los esclavos de los *primeros* Césares.

(7) Vol. IV, p. 204-209.

(8) Suidas, tom. 1, p. 332, 333, edic. Kuster.

(b) Acusa Juan Lido á Zeno de timidez ó, mas bien, de cobardía: pues compró una paz ignominiosa de los enemigos del imperio, con quienes no se atrevió á guerrear; empleando el tiempo en confiscaciones y ejecuciones. Lido, de Magist. III, 45, p. 230. —M.

(c) Llamado Ilo.—M.

(9) Ya no existen las historias contemporáneas de Malco y Candido; pero se han salvado algunos fragmentos por Focio (LXXVIII, LXXIX, p. 100-102) Constantino Porfirojenito (Excerpt. Leg. p. 78-97), y en varios artículos del Lexicon de Suidas. Las Crónicas de Marcelino (Imago Historiæ) son orijinales de los reinados de Zeno y Anastasio; y debo manifestar mi agradecimiento, al menos por la última época, á las estensas y esmeradas colecciones de Tillemont (Hist. des Empereurs, tom. VI, p. 472-652).

(d) El panejírico de Procopio de Gaza (impreso por Villoison en su Anécdota Græca, y reimpreso en la nueva edicion de los Historiadores bizantinos por Niebuhr, en el mismo tomo con Dexipo y Eunapio, VIII, p. 488, 516) era desconocido á Gibbon. Es vago y pedantesco, encerrando muy pocos hechos. El mismo juicio se puede formar del panejírico poético de Prisciano, impreso del manuscrito de Bobbio por Ang. Mai. Deduce Niebuhr de esta obra, que el gramático Prisciano, debió haber nacido en la Cesarea africana, y no en ninguna de las asiáticas. Pref. p. XI. — M.

(10) In ipsis congressionis tuæ foribus cessit invasor, cum *profugo* per te sceptra redderentur de salute dubitanti. Enodio luego (p. 1596, 1597, tom. I, Sirmond.) trasporta su héroe (¿en un dragon alado?) á Etiopía, allende el trópico de Cancer. El testimonio del Fragmento Valesiano

vale de un argumento mucho mas fuerte, la educacion bizantina de Teodorico.—M.

(p. 717), Liberato (Breu. Eutych., c. 25, p. 118), y Teofanes (p. 112). es mas natural.

(11) Esta costumbre cruel se imputa á los Godos *Triarianos*, menos bárbaros, segun parece, que los *Walamiros*: pero al hijo de Teodomiro se achaca la ruina de muchas ciudades romanas (Malco, Excerpt. Leg., p. 95).

(12) Jornandes (c. 56, 57, p. 696) manifiesta los servicios de Teodorico, confiesa sus recompensas; pero desfigura su revolucion, de la que Malco (Excerpt. Legat., p. 78-97) nos ha conservado los pormenores mas interesantes. Marcelino, un sirviente de Justiniano, bajo cuyo cuarto consulado (534) compuso su Crónica (Escalíjero, Thesaurus Temporum, P. II, p. 34-57), descubre su agravio y enojo: in Græciam debacchan debacchantem..... Zenonis munificentia pene pacatus..... beneficiis nunquam satiatus, etc.

(a) Gibbon omitió muchas de las intrigas de la corte bizantina en tiempo de los dos Teodoricos. El débil emperador trató de enemistarlos, y fué á su vez insultado, y talado el imperio, por entrambos. Los pormenores de las sucesivas alianzas y revueltas, de hostilidad y union, entre los dos jefes góticos, para imponer condiciones al emperador, se hallan en Malco.—M.

(13) Cabalgaba en su mismo campamento, cuando un caballo indómito lo arrojó contra la punta de una lanza que colgaba á la puerta de una tienda, ó estaba atada á un carro (Marcelino, in Chron. Evagrius, L. III, c. 25).

(14) Véase Malco (p. 91) y Evagrio (L. III, c. 35).

(15) Malco, p. 85. En una sola accion que se decidió por la habilidad y disciplina de Sabiniano, Teodorico perdió 5000 hombres.

(16) Jornandes (c. 57, p. 696, 697) compendió la gran historia de Casiodoro. Véase y compárese, Procopio (Gothic., L. I, c. 1), el Fragmento Valesiano (p. 718), Teofanes (p. 113) y Marcelino (in Chron.).

(17) La marcha de Teodorico la aclara Enodio (p. 1598-1602), una vez traducida su pomposa oracion en el lenguaje del sentido comun.

(18) Tot reges, etc. (Enodio, p. 1602). Debemos tener presente lo degradado y comun que era este título real, y que los mercenarios de Italia eran los restos de muchas tribus y naciones.

(19) Véase Enodio, p. 1603, 1604. Puesto que el orador podia en presencia del rey mencionar y enzalzar á su madre, podemos deducir que la magnanimidad de Teodorico no se ofendia por las reconvenciones de concubina y bastarda (*).

(*) Gibbon afirma aquí que la madre de Teodorico era la concubina de Teodomiro, lo que deja dudoso en el texto.—M.

(20) Esta anécdota la refiere el moderno aunque respetable testimonio de Sigonio (Op. tom. I, p. 580. De Occident. Imp., L. XV): son curiosas sus palabras: «¿Quereis volver?» etc. Desplegó aquí toda su enerjía (*).

(21) Hist. Miscell., l. XV, una historia romana desde Jano hasta el siglo nueve, un Epítome de Eutropio, Paulo Diacono, y Teofanes, que publicó Muratori de un manuscrito de la librería Ambrosiana (Script. Rerum Italicarum, tom. I, p. 100).

(22) Procopio (Gothic., l. I, c. 1) se acredita de escéptico imparcial; φασὶ.... δολερῷ τρόπῳ ἔκτεινε. Casiodoro (in Chron) y Enodio (p. 718) son francos y crédulos, y el testimonio del Fragmento Valesiano (p. 1604) justifica su creencia. Marcelino vomita el veneno de un súbdito griego— perjuriis illectus, interfectusque est (in Chron.).

(23) El discurso sonoro y adulador de Enodio se pronunció en Milan ó Ravena en los años 507 ó 508 (Sirmond, tom. I, p. 1615). Dos ó tres años despues recompensaron al orador con el obispado de Pavía, que conservó hasta su muerte en el año 521. (Dupin Bibliot. Ecclés., tom. V, p. 11-14. Véase Saxii Onomasticon, tomo II, p. 12).

(24) Nuestros mejores materiales son apuntes sacados de Procopio y del fragmento Valesiano, descubierto por Sirmond y publicado al fin de Amiano Marcelino. El nombre del autor es desconocido, y su estilo bárbaro: pero en los varios hechos manifiesta la verdad, sin la parcialidad de contemporáneo. El presidente Montesquieu formó un plan de una historia de Teodorico, que de léjos parece un interesante asunto.

(25) La mejor edicion del *Variarum Librii* XII, es la de Juan Garrecio (Rotomagi, 1679, in Opp. Cassiodor 2 vols. in fol.); pero merecian y requerian un editor como el marqués de Maffei, que pensó en publicarlas en Verona. El *Barbara Eleganza* (como la llama injeniosamente Tiraboschi) no es nunca sencillo y rara vez claro.

(f) Compárese Gibbon, c. XXXVI, p. 209, etc.— Dice Manso que esta division no se hizo de un modo violento é irregular, sino legalmente. El bárbaro, que no podia mostrar el título de concesion de los oficiales de Teodorico, ó el derecho prescriptivo de treinta años, dado caso que hubiese obtenido la propiedad antes de la conquista ostrogoda, fué espulsado del estado. Comprende que los estados demasiado pequeños para poder dividirse pagan la tercera parte de su producto. —Geschichte des Ost Gothischen Reiches, p. 82. —M.

(26) Procopio, Gothic. l. I, c. 1. Variarum, II. Maffei (Verona Illus-

(*) La autoridad de Sigonio apenas tendria valor para Gibbon, escepto para una indecente anécdota. Me acuerdo que en una de las guerras de Italia hay un cuento semejante.—M.

trata, P. I, p. 228) exajera la injusticia de los godos, á quienes aborrecia como noble italiano. El plebeyo Muratori se arrastra bajo su espresion.

(27) Procopio, Goth., l. III, c. 421. Describe Enodio (p. 1612, 1613 el arte militar y el número progresivo de los Godos.

(28) Cuando Teodorico dió su hermana al rey de los Vandalos, salió de Africa con una guardia de 1000 nobles godos, y cada uno llevaba cinco criados armados (Procop. Vandal. l. I, c. 8). La nobleza goda debió ser tan numerosa como valiente.

(g) Manso (p. 100) cita dos pasajes de Casiodoro para mostrar que los Godos no carecian de reclamaciones fiscales. — Casiodoro, I, 19, IV, 14.—M.

(29) Véase el reconocimiento de la libertad goda. (Var. V, 30).

(30) Procopio, Goth. l. I, c. 2. Los niños romanos aprendian el idioma (Var. VIII, 21) de los Godos. Su ignorancia jeneral no está destruida por las escepciones de Amalasunta, mujer que podia estudiar con aprovechamiento, ó la de Teodato, cuya sabiduría provocó la indignacion y el desprecio de sus conciudadanos.

(31) Un dicho de Teodorico estaba fundado en la esperiencia: «Romanus miser imitatur Gothorum; et utilis (*dives*) Gothus imitatur Romanum.» (Véase el Fragmento y Notas de Valesio, p. 719).

(32) La idea de un establecimiento militar de los Godos en Italia está tomada de las Epístolas de Casiodoro (Var. I, 24, 40. III, 3, 24, 48, IV, 13, 14. V, 26, 27. VIII. 3, 4, 25). Están ilustradas por el instruido Mascou (Hist de los Jermanos, l. XI, 40-44. Anotacion XIV) (*).

(33) Véase la claridad y enerjía de sus negociaciones en Enodio (p. 1607), y Casiodoro (Var. III, 1, 2, 3, 4. IV, 13. V. 43, 44), quien le da las diferentes denominaciones de amistad, consejo, razonamiento, etc.

(34) Aun de su mesa (Var. VI, 9) y palacio (VII, 5). La admiracion de los estranjeros se mira como la causa racional para justificar estos gastos supérfluos, y para estimular la actividad de los oficiales á quienes estaban confiadas aquellas provincias.

(35) Véanse las alianzas públicas y privadas del monarca godo, con los Borgoñones (Var. I, 45, 46), con los Francos (II, 40), con los Turinjios (IV, 1), y con los Vándalos (V, 1); cada una de estas epístolas suministra algunos curiosos apuntes sobre la administracion y costumbres de los Bárbaros.

(36) Su sistema político puede verse en Casiodoro (Var. IV, 1. IX, 1),

(*) Compárese Manso, Geschichte de Ost. Gothischen Reiches, p. 114. — M.

Jornandes (c. 58, p. 698, 699), y el Fragmento Valesiano (p. 720, 721). Paz, paz honrosa, era el constante deseo de Teodorico.

(37) El curioso lector puede contemplar los Hérulos de Procopio (Goth. l. II, c. 14), y el lector desocupado puede engolfarse en las oscuras y minuciosas investigaciones de M. de Buat (Hist. des Peuples Anciens, tom. IX, p. 348-396) (*).

(38) Variarum, IV, 2. Casiodoro manifiesta el objeto y formas de esta institucion marcial; pero parece haber traducido únicamente los sentimientos del rey gótico en el idioma de la elocuencia romana.

(39) Casiodoro, que cita á Tácito á los Estianos, salvajes ignorantes del Báltico (Var. V, 2), describe el ambar que ha hecho célebres aquellas playas, como la goma de un árbol endurecida por el sol, y purificada y arrojada á la playa por las olas. Cuando los químicos analizan esta estraña sustancia, da un aceite vejetal y un ácido mineral.

(40) Escanzia ó Tule, se halla descrita por Jornandes (c, 3, p. 610-613) y Procopio (Goth., l. II, c. 15). Ni el Godo ni el Griego habian

(*) Compárese Manso, Ost. Gothische Reich. Beylage, VI. Malte-Brun los deriva de Escandinavia: sus nombres, los únicos restos de su idioma son góticos. « Peleaban casi desnudos, como los Berserkires de Islandia: Su valor rayaba en demencia: eran pocos en número, y casi todos de sangre real. ¡Qué ferocidad! ¡qué licencia sin límites, empañaba el brillo de sus victorias! Los Godos respetaban la iglesia, los sacerdotes, el senado; los Hérulos lo confundian todo en la matanza: ni compadecian la ancianidad, ni la castidad hallaba refujio seguro. Entre ellos reinaba la misma ferocidad: ponian fin á los dias de los enfermos y ancianos, á su propia peticion, durante una solemne festividad; la viuda terminaba sus dias ahorcándose en el árbol plantado al pié de la tumba de su marido. Todas estas circunstancias, tan notables para el que está familiarizado con la historia escandínava, nos hace mirar á los Hérulos no como una nacion, sino como una confederacion de príncipes y nobles ligados por el juramento de vivir y morir juntos con las armas en la mano. Su nombre algunas veces escrito Hérulo ó Erulo, otras Aérulo, significa, segun un antiguo autor (Isid. Hispal. in gloss., p. 24, ad calc. Lex. Philolog. Martini, 11), *nobles* y parece tener mas relacion con la palabra escandínava iarl ó earl, que con ninguna de las numerosas derivaciones propuestas por los etimolojistas. Malte-Brun, vol. I, p. 400. (Edic. 1831). De todos los Bárbaros que se arrojaron sobre las ruinas del imperio romano, es muy difícil el describir el oríjen de los Hérulos. Parece que nunca han sido muy poderosos como nacion, y se hallan ramas de ellos en paises muy remotos unos de otros. En mi opinion pertenecen á la raza gótica y tienen mucha afinidad con los Escirros ó Hirros. Probablemente eran una fraccion de aquella nacion. A menudo se les confunde con los Alanos. Aunque valientes y temibles, nunca fueron numerosos, ni fundaron ningun estado. San Martin, vol. VI, páj. 375. — M.

visitado el pais; pero habian conversado con los naturales en su destierro en Ravena ó Constantinopla.

(41) *Sapherinas pelles*. En tiempo de Jornandes, habitan los *Suetanos*, la verdadera Suecia; pero aquella hermosa raza de animales ha sido poco á poco arrojada á la parte oriental de la Siberia. Véase Buffon (Hist. Nat., tom. XIII, p. 309-313 edic. en 4°.); Pennant (System of Quadrupeds, vol. I, p. 322-328); Gmelin (Hist. Gen. des Voyages, tom. XVIII, 257, 258); y Levesque (Hist de Russie, tom. V, p. 165, 166, 514, 515).

(42) En el sistema ó romance de M. Bailly (Letres sur les Sciences et sur l' Atlantide, tom. I, p. 249-256, tom. II, p. 114-139), el fenix del Edda, y la muerte y resureccion anual de Adonis y Osiris, son los símbolos alegóricos de la ausencia y vuelta del sol en las rejiones arcticas. El injenioso escritor es un apreciable discípulo del gran Buffon; ni es fácil á la imajinacion mas serena el contrarrestar la majia de su filosofía.

(43) Αὕτη τε Θουλίταις ἡ μεγίστη τῶν ἑορτῶν ἐστι, dice Procopio. En el dia un rudo maniqueismo (bastante jeneroso) reina entre los Samoyedos en Groenlandia y en Laplandia (Hist. des Voyages, tom. XVIII, p. 108, 109, tom. XIX, p. 105, 106, 527, 528); con todo, segun Crocio, Samojutæ cælum atque astra adorant, numina haud aliis iniquiora (de Rebus Belgicis, l. IV, p.338. edic. en folio), sentencia que Tácito no hubiera negado.

(44) Véase Hist. des peuples Anciens, etc., tomo IX, p. 255-273, 396-501. El conde de Buat, ministro francés en la corte de Baviera, se dedicó á investigar las antigüedades del pais, y el resultado fué el jérmen de doce gruesos volúmenes.

(45) Véanse las transacciones góticas sobre el Danubio é Ilírico, en Jornandes (c. 58, p. 699) Enodio (p. 1607-1610), Marcelino (in Chron., p. 44, 47, 48) y Casidoro (in Chron, y Var. III, 2, 3, 50. IV, 3. VII, 4, 24. VIII, 9, 10, 11, 21. IX. 8, 9).

(46) No puedo menos de copiar el estilo clásico y liberal del conde Marcelino: Romanus comes domesticorum, et Rusticus comes scholariorum cum centum armatis navibus, totidemque dromonibus, octo milla millitum armatorum secum ferentibus, ad devastanda Italiæ littera processerunt, et usque ad Farentum antiquissimam civitatem aggressi sunt, remensoque mari inhonestam victoriam quam piratico ausu Romani ex Romanis rapuerunt, Anastasio Cæsari reportarunt (in Chron., p. 48). Véase Variar. I. 16, II. 38.

(47) Véanse las órdenes é instrucciones reales (Var. IV. 15, V. 16, 20). Estos botes armados debian ser aun menores que los mil buques de Agamenon en el sitio de Troya (Manso, p. 121).

(48) Vol. IV, p. 303-306.

(49) Enodio (p. 1610) y Casiodoro, en nombre del rey (Var. II, 41), recuerdan su útil proteccion á los Alemanes.

(50) Las transacciones góticas en Galia y España se hallan descritas con alguna perplejidad en Casiodoro (Var. III, 32, 38, 41, 43, 44. V. 39, Jornandes (c. 58, p. 698, 699), y Procopio (Goth., l. I, c. 12). No quiero oir, ni aun hermanar los largos y contradictorios argumentos del abate Dubos y del conde Buat, sobre las guerras de Borgoña.

(51) Teofanes, p. 113.

(52) Procopio afirma que no se promulgó ninguna ley por Teodorico y los reyes sucesivos de Italia (Goth., l. II, c. 6). Querrá decir en idioma gótico. Aun existe un edicto latino de Teodorico en ciento cincuenta artículos (*).

(53) La imájen de Teodorico está estampada en las monedas: sus modestos sucesores se contentaron con añadir su nombre al busto del emperador (Muratori Antiquitat. Italia medii Ævi, tom. II, dissert. XXVII, p. 577-579. Giannone Istoria Civile di Napoli, tom. I, p. 166).

(54) La alianza entre el emperador y el rey de Italia se halla descrita por Casiodoro (Var. I, l. II, 1, 2, 3. IV, 1) y Procopio (Goth., l. II, c. 6. l. III, c. 21), que celebran la amistad de Atanasio y Teodorico; pero el estilo figurado de cumplimiento se interpretó de bien diferente modo en Ravena y Constantinopla.

(h) Todas las causas entre Romanos se juzgaban por las antiguas cortes romanas. Las comes Gothorum entendian en los asuntos entre Godos y Godos. Entre Godos y Romanos (sin considerar cual era el que presentaba la queja), las comes Gothorum, con un jurista romano como asesor, formaban una especie de jurisdiccion mixta, que siempre propendia en favor del Godo. Savagny, vol. I, p. 290. —M.

(55) A las diez y siete provincias de la Noticia, Pablo Warnefrido el diacono (De Reb. Longobard., l. II, c. 14-22) ha añadido otra, el Apenino (Muratori Script. Rerum Italicarum, tom. I, p. 431-433). Pero de estas Cerdeña y Córcega estaban en poder de los Vándalos, y las dos Recias, así como los Alpes Cotianos han sido entregados á un gobierno militar. El estado de estas cuatro provincias que ahora forman el reino de Nápoles, se halla descrito por Giannone (tom. I, p. 172, 178) con un esmero digno de elojio.

(i) Enumera Manso y presenta los siguientes ingresos que formaban la renta de Teodorico: 1. Un dominio, bien por sucesion de Odoacro, ó parte del tercio de las tierras, se reservaba para el patrimonio real. 2.

(*) Véase Manso, 92. Savigny, vol. II, p. 164 y sig.—M.

Regalía, inclusas minas, bienes monstrencos y confiscaciones. 3. Contribuciones sobre tierras. 4. Aurarium, como el Chrysargyrum, un impuesto sobre ciertos ramos de comercio. 5. Concesion de Monopolios. 6. Siliquaticum, pequeño impuesto sobre la venta de objetos de comodidad. 7. Portoria, aduanas. Manso, 96, 111. Savigny (I, 285) supone que en muchas ocasiones la propiedad volvía al poseedor primitivo quien pagaba su tercia, la tercera parte de su producto, á la corona, vol. I, p. 285.—M.

(56) Véase la historia gótica de Procopio (l. I, c. 1, l. II, c. 6.), las Epístolas de Casiodoro (passim, pero particularmente los libros V y VI, que contiene las *formulæ*, ó patentes de oficios) y la Historia Civil de Giannone (tom. I, l. II, III). Los condes góticos, que dice habia en todas las ciudades de Italia, los anula, con todo, Maffei (Verona Illustrata, P. I, l. VIII, p. 227); porque los de Siracusa y Nápoles (Var. VI, 22, 23) eran comisiones especiales y temporales.

(57) Dos Italianos con el nombre de Casiodoro, padre (Var. I, 24, 40) é hijo (IX, 24, 25), fueron empleados sucesivamente en la administracion de Teodorico. El hijo nació en el año 479: sus varias epístolas como cuestor, maestre de oficios y prefecto pretoriano, alcanzan desde 509 hasta 539, y vivió treinta años como fraile (Tiraboschi, Storia della Letteratura Italiana, tom. III, p. 7-24. Fabricio, Bibliot. Lat. Med. Ævi, tom. I, p. 357, 358, edic. Mansi).

(j) Casiodoro era de una familia antigua y respetable; su abuelo se habia distinguido en la defensa de Sicilia contra las correrías de Jenserico: su padre tenia un alto puesto en la corte de Valentiniano tercero, gozaba la amistad de Aecio, y era uno de los embajadores enviados para contener los progresos de Atila. El mismo Casiodoro al principio fué tesorero privado de Odoacro, luego «conde de las dádivas sagradas.» Aviniéndose con el resto de los Romanos al dominio de Teodorico, figuró en la sumision de la Sicilia; fué sucesivamente gobernador de sus provincias de Brucio y Lucania, cuestor, magister palatii, prefecto pretoriano, patricio, cónsul, secretario privado, y al fin primer ministro. Cinco veces fué prefecto pretoriano bajo diferentes soberanos, la última vez en el reinado de Vitijes. Esta es la teoría de Manso, que no encierra muchas dificultades. M. Buat supone que el padre de Casiodoro fué el que disfrutó el primer empleo. Compárese Manso, p. 85, etc., y Beylage, VII. Verdaderamente parece imposible que Casiodoro á los veinte años fuese conde de las dádivas sagradas.—M.

(58) Véase su miramiento por el senado en Cochlæus (Vit. Theod., VIII, p. 72-80).

(59) No mas que 120,000 *modii* ó treinta y dos mil fanegas (Anonym. Valesian., p. 721, y Var. I, 35; VI, 18. XI, 5, 39).

(60) Véase su miramiento é induljencia por los espectáculos del circo, el anfiteatro, y el teatro, en la crónica y Epístolas de Casiodoro (Var. I, 20, 27, 30, 31, 32. III, 51, IV, 51. ilustrado por la anotacion catorce de la historia de Mascou), quien ha manejado el asunto con ostentoso aunque agradable talento.

(61) Anonym. Vales., p. 721. Mario Aventicensis in Chron. En la escala del mérito público y personal, el conquistador gótico es al menos tan superior á Valentiniano, como parece inferior á Trajano.

(62) Vit. Fulgentii in Baron. Annal. Eccles. A. D. 500, N.º 10.

(63) Casiodoro en su estilo pomposo describe el foro de Trajano (Var. VII, 6), el teatro de Marcelo (IV, 51) y el anfiteatro de Tito (V, 42); y sus descripciones merecen la pena de leerse. Segun los precios modernos el abate Barthelemy computa que la parte de albañilería del coliseo costaria en el dia veinte millones de libras francesas (Mém. de l' Academie des inscriptions, tom. XXVIII, p. 585, 586). ¡Qué pequeña parte de aquel estupendo edificio!

(64) En cuanto á los acueductos y cloacas, véase Estrabon (l. V, p. 360), Plinio (Hist. Nat. XXXVI, 24), Casiodoro (Var. III, 30, 31. VI, 6), Procopio (Goth., l. I, c. 19), y Nardini (Roma Antica, p. 514-522). Es aun un problema como podia el rey de Roma ejecutar tales obras (*).

(65) Sobre la conservacion gótica de edificios y estatuas, véase Casiodoro (Var. I, 21, 25. II, 34. IV. 30. VII, 6, 13, 15) y el Fragmento Valesiano (p. 721).

(66) Var. VII, 15. Estos caballos de Monte Cavallo habian sido trasportados de Alejandría á los baños de Constantino (Nardini, p. 188). Desdeña su escultura el abate Dubos (Reflexiones sobre la Poesía y la Pintura, tom. I, seccion 39), y la admira Winkelman (Hist. del Arte, tom. II, p. 159).

(67) Var. X, 10. Eran probablemente un fragmento de algun carro triunfal (Cuper de Elephantis, II, 10).

(68) Procopio (Goth. IV, c. 21) refiere un cuento tonto de la vaca, de Miron, celebrado con poca agudeza por treinta y seis epígramas griegas (Antholog., l. IV, p. 302-306 edic. Hen. Steph.; Ausan. Epigram. LVIII-LXVIII).

(*) Véase Niebuhr, vol. I, p. 402. Estas obras estupendas se hallan entre las confirmaciones mas notables de las miras de Niebuhr de la temprana historia de Roma; al menos parecen justificar su enérjica sentencia: —« Estas obras y la construccion del Capitolio atestiguan que la Roma de los antiguos reyes era la capital de un grande estado.» Páj. 410.—M.

(69) Véase una epígrama de Enodio (II, 3, p. 1893-1894, sobre este jardin y su real jardinero.

(70) El epiteto de « Verona tua » y la leyenda del héroe prueban su cariño por aquella ciudad; Maffei (l. IX, p. 230-236) le retrata con sabiduría y placer en su pais nativo bajo el nombre bárbaro de Dietrich de Bern (Peringsciold y Cochlæum, p. 240).

(71) Véase Maffei (Verona Ilustrata, part. I, p. 231, 232, 308, etc.). Achaca la corrupcion de la arquitectura gótica, del idioma, y de la escritura, etc., no á los Bárbaros, sino á los mismos Italianos. Compárense sus ideas con las de Tiraboschi (tom. III, p. 61) (*).

(72) Las villas, clima y campiña de Baia (Var. IX, 6. Véase Cluverio, Italia Antig., l. IV, c. 2, p. 1119, etc.), Istria (Var. XII, 22, 26) y Como (Var. XI, 14 compárese con las dos villas de Plinio, IX, 7), se hallan agradablemente descritas en las epístolas de Casiodoro.

(73) In Liguria numerosa agricolarum progenies (Enodio, p. 1678, 1679, 1680). San Epifanio de Pavia redimió de los Borgoñones de Lion y Savoya á 6000 cautivos por medio de oraciones ó rescate. Semejantes hechos son los mejores milagros.

(74) La economía política de Teodorico (véase Anonym Vales., p. 721, y Casiodoro, in Chron.) puede delinearse distintamente bajo los siguientes títulos: mina de hierro (Var. III. 23); mina de oro (IX, 3); pantanos Pontinos (II, 32, 33); Espoleto (II, 21); grano (I, 34, X, 27, 28, XI, 11, 12); comercio (VI, 7, VII, 9, 23); feria de Leucothoe ó San Ciprian en Lucania (VIII, 33); abundancia (XII, 4); el curso, ó puesto público (I, 29. II, 31. IV, 47. V, 5. VI, 6. VII, 33); el camino Flaminio (XII, 18) (*).

(*) M. Hallam (vol. III, p. 432) observa que Maffei no dibujó el palacio de Teodorico de una moneda, sino de un sello. Compárese D'Agincourt (Storia dell'arte, *Ital. Transl.*, Architettura, Plate XVII, núm. 2 y Pittura, Plate XVI, núm. 15) en donde hay tambien un grabado de un mosaico en la iglesia de San Apolinario en Ravena, representando un edificio reservado para Teodorico en aquella ciudad. Segun observa M. Hallam ninguno de ellos se aproxima á lo que se llama el estilo gótico. Es indudablemente una dejeneracion de la arquitectura romana, ó mas bien las tentativas de nuestros arquitectos para retroceder del estilo gótico al clásico griego. Uno de ellos recuerda la posada cuadrangular de Iñigo Jones en el Colejio de San Juan de Oxford. Compárese Hallam y D'Agincourt, vol. I, p. 140-145.—M.

(*) La inscripcion que recuerda la desecacion de los pantanos Pontinos se halla en varias obras: en Gruter Inscript. Ant. Heidelberg, p. 152, núm. 8. Con variaciones, en Nicolai De'bonificamenti delle terre Pontine, p. 103. En Sartorio, en su ensayo sobre el reinado de Teodorico, y Manso, Beylage, XI.—M.

(75) LX modii tritici in solidum ipsius tempore fuerunt, et vinum XXX amphoras in solidum (Fragment. Vales.). El grano se distribuia de los graneros á XV ó XXV modios por una moneda de oro, y el precio era aun moderado.

(76) Véase la vida de San Cesareo en Baronio (A. 508, N°. 12, 13, 14). El rey le regaló 300 solidos de oro y un disco de plata del peso de sesenta libras.

(77) Enodio in Vit. Sant. Epiphanii, in Sirmond Op. tom. I, p. 1672—1690. Teodorico hizo algunos favores á este obispo, quien hacia veces de consultor tanto en paz como en guerra.

(78) Devotisimus ac si Catholicus (Anonym. Vales., p. 720); con todo su oferta no fué mas que de dos candeleros de plata (*cerostrata*) del peso de setenta libras, muy inferior al oro y pedrería de Constantinopla y Francia (Anastasio in Vit. Pont. in Hormisda, p. 34, edic. Paris).

(79) El sistema tolerante de su reinado (Enodio, p. 1612. Anonym. Vales., p. 719. Procop. Goth., l. I, c. 1. l. II, c. 6) puede estudiarse en las epístolas de Casiodoro, bajo los siguientes títulos: *obispos* (Var. I, 9. VIII, 15, 24, XI, 23); *inmunidades* (I, 26. II, 29, 30); *tierras de la iglesia* (IV, 17, 20); *santuarios* (II, 11. III, 47); *plata de la iglesia* (XII, 20); *disciplina* (IV, 44); lo que al mismo tiempo prueba que era la cabeza de la iglesia, así como la del estado. (*).

(80) Debemos desechar el cuento de que hizo decapitar á un diácono católico que se habia vuelto arriano (Theodor. Lector, N.° 17). ¿Porqué es Teodorico llamado *Afer*? ¿De *Vafer*? (Vales. ad loc.). Conjetura muy poco fundada.

(81) Enodio, p. 1621, 1622, 1636, 1638. Su *libelo* fué aprobado y rejistrado (synodaliter) por un concilio romano (Baronio, A. 503. N.° 6. Francisco Pagi in Breviar. Pont. Rom., tom. I, p. 242).

(82) Véase Casiodoro (Var. VIII, 15. IX, 15, 16), Anastasio (en Simaco, p. 31) y la anotacion diez y siete de Mascou. Baronio, Pagi, y la mayor parte de los doctores católicos, confiesan con enfado esta usurpacion gótica.

(83) Los inhabilitaba a licentia testandi; y toda la Italia se aflijia — lamentabili justitiæ. Supongo que estas penas solo se imponian á los rebeldes que habian faltado á su juramento de fidelidad; pero el testimonio de Enodio (p. 1675-1678) es de mayor peso, pues vivió y murió en el reinado de Teodorico.

(84) Enodio, in Vit. Epiphan., p. 1689-1690. Boecio de Consolatione Philosophiæ, l. I, pros. IV, p. 45, 46, 47. Respeta, pero examina

(*) Recomienda la misma tolerancia al emperador Justino.—M.

las pasiones del santo y del senador, y fortifica ó suaviza sus quejas por los varios apuntes de Casiodoro (II, 8, IV, 36, VIII, 5).

(85) Immanium expensarum pondus..... pro ipsorum salute, etc.; con todo estas no son mas que palabras.

(86) Los Judíos estaban avecindados en Nápoles (Procopio, Goth., l. I, c. 8), en Jénova (Var. II, 28. IV, 33), Milan (V. 37), Roma (IV, 43). Véase tambien Basnage, Hist. des Juifs, tom. VII, c. 7, p. 254.

(k) Véase Hist. de los Judíos, vol. III, p. 217.—M.

(87) Rex avidus communis exitii, etc. (Boecio, l. I, p. 59): rex dolum Romanis tendebat (Anonym. Vales. p. 723). Estas palabras son duras: espresan las pasiones de los Italianos y (temo) las de Teodorico.

(l) Gibbon no debió haber suprimido las espresiones floridas de Teodorico en una carta dirigida á Justino: — Que pretender dominar la conciencia es usurpar la prerogativa de Dios; que por el órden natural de las cosas el poder de los soberanos se reduce al gobierno esterior; que no tienen derecho para castigar sino á aquellos que turban la paz pública, pues á ellos está encomendada su conservacion; que la herejía mayor en un soberano es el separar de sí una parte de sus súbditos porque no piensan como él. Compárese Le Beau, vol. VIII, p. 68.—M.

(88) He trabajado para formar una narracion de los varios apuntes oscuros y concisos del Fragmento Valesiano (p. 722, 723, 724), Teofanes (p. 145), Anastasio (in Johanne, p. 35), y la Hist. Miscella (p. 103, edic. Muratori). Una presion suave y parafrasis de sus palabras no es violencia. Consúltese tambien Muratori (Annali d'Italia, tomo IV, p. 471-478), con los Anales y Breviario (tom. I, p. 259-263) de los dos Pagi, tio y sobrino.

(89) Le Clerc compuso una vida crítica y filosófica de Anicio Manlio Severino Boecio (Bibliot. Choisie, tom. XVI, p. 168-275); y ambos Tiraboschi (tom. III) y Fabricio (Bibliot. Latin) pueden consultarse útilmente. La fecha de su nacimiento puede fijarse sobre el año 470 y su muerte en 524, en una prematura vejez (Consol. Phil. Metrica, I, p. 5).

(90) En cuanto á la edad y valor de este manuscrito hoy dia en la librería Médica de Florencia, véase la Cenotafia Pisana (p. 430-447) del cardenal Noris.

(91) Los estudios atenienses de Boecio son dudosos (Baronio, A. 510, N.° 3 de un tratado espureo, De Disciplina Scholarum) y el término de diez y ocho años es demasiado largo, pero el simple hecho de una visita á Aténas está confirmado por una autoridad mas fidedigna (Brucker, Hist. Crit. Philosoph., tom. III, p. 524-527) y por una espresion (aunque vaga y ambigua) de su amigo Casiodoro (Var. I. 45), «longè positas Athenas introisti.»

(92) Bibliothecœ comptos eborc ac vitro (*) parietes, etc. (Consol. Phil., l. I, pros. V, p. 74). Las epístolas de Enodio (VI, 6. VII, 13, VIII, 1, 31, 37, 40) y Casiodoro (Var. I, 39. IV, 6. IX, 21) suministran muchas pruebas de la gran reputacion de que gozaba en aquellos tiempos. Verdad es, que el obispo de Pavía le compró una casa vieja en Milan, y que quizá las alabanzas fueron prodigadas y aceptadas como parte del pago.

(93) Pagi, Muratori, etc. concuerdan en que Boecio fué cónsul en el año 510, sus dos hijos en 522, y en 487, quizá su padre. El deseo de atribuir este último consulado al filosófo, hace dudosa la cronolojía de su vida. En sus honores, alianzas, é hijos, celebra su propia felicidad — su pasada felicidad (p. 109, 110).

(94) Si ego scissem tu nescisses. Boecio adopta esta contestacion (l. I, pros. 4, p. 53) de Julio Cano, cuya muerte filosófica describe Séneca (De Tranquillitate Animi, c. 14).

(95) El carácter de sus dos delatores, Basilio (Var. II, 10, 11, IV, 22) y Opilio (V, 41. VIII, 16) está descrito no muy ventajosamente en las epístolas de Casiodoro, quien menciona tambien á Decorato (V, 31), el apreciable colega de Boecio (l. III, pros. 4. p. 193).

(96) Se hacia una escrupulosa investigacion del crímen de majia (Var. IV, 22, 23, IX, 18); y se creia que muchos nigrománticos se habian escapado volviendo locos á los carceleros : por *loco*, leeria *ebrio*.

(97) Boecio habia compuesto su propia apolojía (p. 53), quizá mas interesante que su consolacion. Debemos quedar satisfechos con la relacion de sus honores, principios, persecucion, etc., (l. I, pros. 4. p. 42-62), que puede compararse con las palabras breves y auténticas del Fragmento Valesiano (p. 723). Un escritor anónimo (Sinner, Catalog. manuscrito Bibliot. Bern., tom. I, p. 287) le imputa traicion honrosa y patriótica.

(98) Fué ejecutado en Agro Calventiano, Calvenzano, entre Mariñano y Pavia). Anonym. Vales, p. 723, por órden de Eusebio, conde de Ticino ó Pavia. El sitio de su destierro se llama el *bautisterio*, edificio y nombre peculiar de las catedrales. La tradicion perpetua de la iglesia de Pavia lo reclama. La torre de Boecio subsistió hasta el año 1584 y el diseño aun se conserva (Tiraboschi, tom. III, p. 47, 48).

(99) Véase la Biografía Británica Alfredo. tom. I, p. 80, 2ª. edicion. La obra tiene aun mas mérito si se ejecutó bajo la inspecion de Alfredo por sus doctores estranjeros. Sobre la reputacion de Boecio en la edad média, consúltese á Brucker (Hist. Crit. Philosoph., tom. III, p. 565, 566).

(*) Gibbon traduce vitro, mármol, suponiendo que el cristal era desconocido.—M.

(100) La inscripcion de su nueva tumba fué compuesta por el preceptor de Oton III, el erudito papa Silvestre II, quien, como Boecio, fué tenido por májico por la ignorancia de la época. El mártir católico llevó su cabeza en sus manos un trecho considerable (Baronio A. 526, N.º 17, 18); con todo, una señora conocida mia dijo hablando de un cuento semejante, « La distance n' y fait rien ; il n' y a que le premier pas qui coûte (*) ».

(101) Boecio ensalza las virtudes de su padrasto (l. I, pros. 4, p. 59. l. II, pros. 4, p. 118), Procopio (Goth., l. I, c. 1), el Fragmento Valesiano (p. 724) y la Historia Miscella (l. XV, p. 105) concuerdan en elojiar la inocencia ó santidad de Símaco; y segun la leyenda, el crímen de su asesinato es igual al encarcelamiento de un papa.

(102) En la ideal elocuencia de Casiodoro, la variedad de los pescados de mar y rio atestiguan la gran estension del dominio, y en la mesa de Teodorico se presentaban los peces del Rin, de Sicilia y del Danubio (Var. XII, 14). El monstruoso rodaballo de Domiciano (Juvenal. Satir., III, 39) habia sido cojido en las orillas del Adriático.

(103) Procopio, Goth., l. I, c. 1. Pero podia habernos informado si esta curiosa anécdota la sabia por la voz pública, ó de boca del médico real.

(104) Procopio, Goth., l. I, c. 1, 2, 12, 13. Esta particion habia sido arreglada por Teodorico, aunque no se llevó á cabo hasta despues de su muerte. Regni hereditatem superstes reliquit (Isidor. Chron., p. 721, edic. Grot.).

(105) Berimundo, el tercer descendiente de Hermanrico, rey de los Ostrogodos, se habia retirado á España, en donde vivió y murió en la oscuridad (Jornandes, c. 33, p. 202, edic. Muratori). Véase el descubrimiento, bodas y muerte de su nieto Eutarico (c. 58, p. 220). Sus juegos romanos podian haberle hecho popular (Casiodoro, in Chron.), pero Eutarico era asper in religione (Anonym. Vales., p. 722, 723).

(106) Véanse los consejos de Teodorico, y las profesiones de su sucesor, en Procopio (Goth. l. I, c. 1, 2), Jornandes (c. 59, p. 220, 221) y Casiodoro (Var. VIII, 1-7).

(107) Anonym. Vales., p. 724. Agnellus de Vitis. Pont. Raven. en Muratori Scrip. Rerum Ital., tom. II, P. I, p. 67. Alberti Descrizione d' Italia, p. 311. (*)

(108) La leyenda está referida por Gregorio I (Dialog. IV, 36) y aprobada por Baronio (A. 526, N.º 28); y entrambos papa y cardenal son

(*) Madama de Dessant. Esta espresion tan adecuada se refiere al milagro de San Dionisio.—G.

doctores instruidos, y bastantes para establecer una opinion *probable*.

(109) Teodorico ó mas bien Casiodoro, describió en estilo trájico los volcanes de Lipari (Cluver, Sicilia p. 406-410) y el Vesubio (IV, 50).

CAPITULO LX.

Ensalzamiento de Justino el mayor. — Reinado de Justiniano. — I. La Emperatriz Teodora. — II. Bandos del circo y sedicion de Constantinopla. — III. Comercio y manufactura de la seda. -- IV. Hacienda é impuestos. — V. Edificios de Justiniano. — Iglesia de Santa Sofía. — Fortificaciones y fronteras del imperio oriental. — Abolicion de las escuelas de Atenas y del Consulado de Roma.

Nació (1) el emperador Justiniano junto á las ruinas de Sárdica (la moderna Sofía) de una ralea (2) desconocida de bárbaros (3) (A 482. Mayo 6. ó A. 483. Mayo 11.) moradores de unas malezas desamparadas, á las cuales se les ha ido apellidando Dardania, Dacia ó Bulgaria succesivamente. Su ensalzamiento se fué labrando con el afan aventurero de su tio Justino, que con otros dos aldeanos y compañeros dejó el ejercicio mas provechoso de labrador y vaquero, por la profesion de las armas (4). Marcharon los tres mozos por la carretera de Constantinopla, á pié y mal provistos de galleta en sus mochilas, y por su estatura y robustez quedaron luego alistados en la guardia del emperador Leon. Descolló el venturoso campesino, bajo los dos reinados siguientes con riquezas y blasones, atribuyéndose despues su salvamento de trances mortales al ángel de la guardia que está en vela por la suerte de los reyes. Sus servicios dilatados y eficaces en las guerras de Isauria y Persia, no rescataran del olvido el nombre de Justino, mas fueron proporcionándole ascensos por el espacio de medio siglo: tribuno, conde, jeneral, senador, se fué por grados encumbrando hasta mandar la guardia con brillantez, especialmente en el sumo trance del fallecimiento del emperador Anastasio. Quedó escluida del solio la parentela poderosa que habia enriquecido y ensalzado; y el eunuco Amancio, mandarin palaciego, tenia á sus solas ceñir la diadema al mas rendido de sus ahijados. Púsose al intento un donativo cuantioso en manos del comandante de la guardia para afianzar su partido; mas Justino se aplicó alevosamente aquel medio eficacísimo en ventaja propia,

y no asomando competidor, quedó el labriego Tracio revestido con la púrpura, con aceptacion de la soldadesca que lo tenia por valeroso y agradable, del clero y pueblo que lo conceptuaban católico, y del paisanaje que tributaba ciego y rastrero acatamiento al albedrío de la capital (A. 578. Jul. 10.). Justino el mayor, pues así se le diferencia de otro emperador de la misma alcurnia y nombre, subió al trono Bizantino á los sesenta y ocho años, y si se manejara absolutamente por sí mismo en el discurso de los nueve años de su reinado, estuviera siempre demostrando á los súbditos el desacierto de su eleccion. Corria parejas, en punto á ignorancia, con Teodorico, y se hace reparable que en un siglo de cierta instruccion, dos monarcas contemporáneos careciesen de los rudimentos del abecedario (*a*). Mas quedábanse los alcances de Justino mucho mas cortos que los del Rey Godo, pues en su carrera militar no le habilitaban para el desempeño de su imperio; y aunque personalmente valeroso, el desengaño de su propia insuficiencia le acarreaba desde luego dudas, desconfianzas y zozobra en lo político. Acudia al despacho atinado y ejecutivo de los espedientes el cuestor Proclo (5), y el anciano emperador se prohijó el injenio y la ambicion de su sobrino Justiniano (A. 527. Ab. 1. ó Ag. 1.) mozo desalado que habia traido de las soledades montaraces de Tracia el tio, para educarlo en Constantinopla como heredero de sus haberes particulares, y luego del imperio oriental.

Defraudado el eunuco Amancio de su caudal, habia que quitarlo de en medio; se acudió al arbitrio obvio de suponerle, ó tacharle una conspiracion, y se les participó á los jueces, por via de recargo á lo principal, que era allá reservadamente afecto á la herejía Maniquea (6) (A. 520.—527). Degollóse á Amancio, y se castigó á tres de sus compañeros empleados en palacio, con destierro ú muerte, y su desventurado candidato para la púrpura feneció empozado en una mazmorra á pedradas, arrojándolo luego y sin funerales al mar. Mas árdua se hacia la ruina de Vitelino; pues aquel caudillo godo se habia bienquistado en la guerra civil que denodadamente sostuvo contra Anastasio en defensa del Catolicismo, y tras la conclusion de un tratado ventajoso permanecia en la inmediacion de Constantinopla capitaneando una hueste formidable de bárbaros. Cebáronle con el resguardo deleznable de los juramentos, para dejar aquella situacion aventajada y confiarse personalmente en el recinto de la ciudad, cuyo vecindario, con especialidad el bando *azul*, estaba arteramente enconado con él en memoria aun de sus devotas hostilidades. Abrazáronle el emperador y el sobrino como campeon leal y dignísimo de la Iglesia y del Estado, agraciándole oficiosamente con los dictados de cónsul y jeneral; mas á los siete meses de consulado, quedó traspasado con diez y siete heridas en el banquete réjio (7), y se tildó á Justiniano, heredero de sus despojos, de asesino de su hermano espiritual, con quien acababa de comprometer su

fé en la participacion de los misterios cristianos (8). Separado el competidor, fué promovido, sin antecedentes de servicio militar, al cargo de maestre jeneral de los ejércitos orientales, que debia acaudillar en campaña contra el enemigo público. Mas era dable que en su carrera, tras nombradia, malograse su actual predominio sobre la edad y apocamiento de su tio, y en vez de granjearse con trofeos escitas ó persas la aceptacion de sus patricios (9), el taimado guerrero se internaba en su privanza por las iglesias, el circo y el senado de Constantinopla. Los católicos eran apasionados del sobrino del emperador, que entre las herejías nestoriana y eutiquia iba siempre hollando el estrechísimo sendero de la pureza inflexible é intolerante (10). Fomentó y agasajó desde los primeros dias del nuevo reinado el entusiasmo popular contra la memoria del emperador difunto. Amansó tras un cisma de treinta y cuatro años la airada altanería del pontífice romano, y arraigó entre los latinos la hablilla favorable de su acatamiento relijioso á la silla apostólica. Ceñian las mitras de oriente sienes católicas afectas á su interés, sus larguezas afianzaban el clero y los monjes, y se encargaron al pueblo plegarias por el soberano venidero, esperanza y columna de la relijion acendrada. Ostentaba Justiniano su magnificencia en el boato de los espectáculos, punto no menos sagrado y trascendental para la muchedumbre que el credo de Niza ó de Calcedonia; regulóse el coste de su consulado en cerca de trescientas mil piezas de oro: rujieron en un mismo tiempo en el anfiteatro hasta veinte leones y treinta leopardos, y se hizo el regalo estraordinario de una porcion de caballos riquísimamente enjaezados á los corredores victoriosos del circo. Al agasajar al pueblo de Constantinopla y recibir obsequios de de reyes lejanos, acudia el sobrino del emperador á festejar la intimidad del senado. Aquel dictado venerable habilitaba al parecer á sus vocales para manifestar el concepto de la nacion y arreglar la sucesion del trono imperial: el apocado Anastasio habia dado lugar á que la pujanza del gobierno parase formal y sustancialmente en mera aristocracia, y los militares encumbrados á la jerarquía de senadores se acompañaban con su guardia particular, ó piquete de veteranos, cuyas armas ó aclamaciones podian ceñir, en un alboroto, la diadema á su caudillo.

Derramáronse los tesoros del Estado en cohechar votos de senadores, y su dictámen unánime para que tuviese á bien asociarse á Justiniano sonó en los oidos del emperador. Mas este acuerdo, que le avisaba su fin cercano, desagradó al monarca celoso y anciano, ansiando siempre afianzar la potestad que no acertaba á ejercer; y Justino, asiendo la púrpura con ambas manos, les encargó que antepusieran, puesto que tan urjente era un nombramiento, algun otro candidato. En medio de esta reconvencion, procedió el senado á condecorar á Justiniano con el dictado real de *nobilísimo*, y el tio por afecto ú por zozobra tuvo que revalidar su decreto.

Despues de algun tiempo, la flojedad de ánimo y de cuerpo que le acarreó una herida incurable en el muslo, le precisó indispensablemente acudir á un auxiliar. Citó al patriarca y á los senadores, colocó solemnemente la diadema en la sien de su sobrino, quien fué acompañado del palacio al circo, donde lo estuvo el pueblo aclamando gozosa y redobladamente. Vivió todavía Justino como cuatro meses; mas desde el trance de la ceremonia se le conceptuó difunto para el imperio, que reconoció á Justiniano, á los cuarenta y cinco años de edad, por soberano lejítimo del Oriente (11).

Desde su ensalzamiento hasta su muerte gobernó Justiniano el imperio de Roma treinta y ocho años, siete meses y trece dias (A. 527. Ab. 1. 565. Nov. 14.). El secretario de Belisario, retórico deudor á su elocuencia de la jerarquía de senador y de la prefectura de Constantinopla, historió aquel reinado, cuyos acontecimientos embargan nuestra curiosidad por su número, su variedad y su trascendencia. Estuvo Procopio (12), segun los vaivenes de entereza ó servidumbre, de privanza ó arrinconamiento, componiendo la *historia*, el *panejírico* ú la *sátira* de su tiempo. Los ocho libros de las guerras Persa, Vandálica y Goda (13) continuados en los cinco de Agatias, se hacen acreedores á nuestro aprecio, como remedio trabajoso y atinado de los escritores áticos, ó cuando menos asiáticos de la antigua Grecia. Van sus hechos recopilados por la esperiencia propia, la conversacion desahogada de un militar, un estadista ó un viajero; su lenguaje, siempre esmerado, suele tambien ser elegante y brioso, sus reflexiones, con especialidad en las arengas, que menudean sobremanera, atesoran conocimientos de política trascedental; y el historiador, estimulado con el afan jeneroso de agradar é instruir á la posteridad, menosprecia al parecer las vulgaridades del pueblo y las lisonjas de los estrados. Leyeron y celebraron los contemporáneos (14) los escritos de Procopio (15); pero por mas que los rindiese al pié del trono, debió lastimarse el engreimiento de Justiniano con las alabanzas de un héroe que estaba de continuo nublando la gloria de su apoltronado soberano. El concepto pundonoroso de su propia independencia se postró ante las esperanzas y zozobras de un esclavo, y el secretario del caudillo se estuvo afanando tras el indulto y el galardon en los seis libros de los *edificios* imperiales. Escojió mañosamente campo esplendoroso donde esplayarse en el númen la magnificencia y relijiosidad de un príncipe que, tanto como guerrero cuanto como lejislador, habia sobrepujado las prendas aniñadas de Temístocles y de Ciro (16). El malogro incitaria al adulador á venganza recóndita, y el menor asomo de fineza pudo de nuevo inclinarle a suspender ó anonadar un libelo (17) donde el Ciro romano queda tiznado de tirano, odioso y despreciable; donde el emperador y su esposa Teodora aparecen retratados á par de Satanases que se habian aperso-

nado á lo humano para el esterminio de nuestro linaje (18). Inconsecuencia tan ruin debe indudablemente mancillar el concepto y desautorizar la pluma de Procopio; pero desfogada ya la ponzoña de su malignidad, el residuo de sus *anécdotas*, y aun los hechos mas afrentosos, algunos van ya honradamente apuntados en su historia pública, quedan evidenciados por sí mismos, ó los monumentos auténticos de aquel tiempo (19) (*b*). Con tantísimos materiales para ir historiando el reinado de Justiniano, que se hace muy acreedor á nuestro dilatado ensanche. Abarcará este capítulo el ensalzamiento é índole de Teodora, los bandos del circo, y el réjimen pacífico del soberano de Oriente. En los tres capítulos siguientes vendré á referir las guerras de Justiniano, conquistadoras de Africa é Italia, y continuaré con las victorias de Belisario y de Narsés, sin disfrazar lo infructuoso de sus triunfos, ni la pujanza enemiga de los héroes Persas y Godos. En los ámbitos de este tomo se desentrañarán tambien la jurisprudencia y teolojía del emperador; las controversias y sectas que están todavía enemistando la iglesia oriental, con la reforma de la lejislacion romana, obedecida ó acatada por las naciones modernas de Europa.

I. El primer arranque de Justiniano, en el desempeño de su poderío, fué el compartirlo con su idolatrada esposa, la célebre Teodora (20), cuyo peregrino ensalzamiento no cabe encarecerse como triunfo de su recato. Encargóse, bajo el reinado de Atanasio, el cuidado y sobrestantía de las fieras, mantenidas por el bando verde en Constantinopla á Acacio, isleño de Chipre, quien por su empleo se apellidó maestro de osos. A su muerte pasó el honorífico cargo á otro candidato, contrastando la eficacia de su viuda, provista ya de marido y sucesor. Quedábanle tres hijas de Acacio, Comito (21), Teodora y Anastasia, siendo aun la mayor de siete años. La madre, á impulsos de su ira y desconsuelo, envió en traje de suplicantes á las tres huérfanas desvalidas al bullicio del teatro en una festividad concurridísima; mirólas el bando verde con menosprecio, y los azules con lástima, y esta diferencia que se encarnó para siempre en el ánimo de Teodora, descolló mucho despues en el réjimen del imperio. Al ir creciendo en corpulencia y hermosura, las tres hermanas se fueron sucesivamente dedicando al galanteo público y particular del pueblo Bizantino; y Teodora, despues de ir siguiendo á Comito por las tablas en traje de esclava, con un banquillo sobre la cabeza, ya llegó á lucir por sí sola sus primores. Ni cantaba, ni danzaba, ni flauteaba, vinculando su desempeño en la pantomima, y sobresaliendo en los papeles chocarreros, cuantas veces la fantasía hinchaba sus carrillos, y se lamentaba ridículamente, y hacia contorsiones por los sopapos que le descargaban, todo el teatro de Constantinopla retumbaba de algazara y palmoteo. Su hermosura (22) era blanco de alabanzas mas lisonjeras, y

manantial de mas regaladas delicias. Sus facciones eran finas y agraciadas; su tez un tanto descolorida, era naturalmente tersa, sus ojos flechaban ejecutivamente todas las emociones de su interior; su garbo era todo gracejo y daba realce á su escasa estatura, y sea pasion ó lisonja, no alcanzaba ni la poesía ni la pintura á retratar al vivo sus esquisitos primores, mas desdoraban su atractivo tanta publicidad y tan estremada mancebía. Venal para el ciudadano y el estranjero de toda clase y profesion, el amante venturoso con el logro de una noche ansiada tenia que ceder su lecho á la pujanza ó el caudal de un advenedizo, y en asomando por las calles era prudencia el sortear el escándalo ó el desliz. No se sonrojó (23) el historiador satírico de retratar al vivo la desnudez marcial que Teodora ostentó descaradamente en el teatro (24). Tras de apurar los mínimos quilates de la sensualidad (25), zaheria ingratamente á la naturaleza por sus escaseces (26); mas dejarémos sus murmullos y sus deleites entoldados bajo el telon de una lengua sabia. Tras decampear algun tiempo como el embeleso y el escarnio de la capital, se allanó á acompañar á Ecébolo, natural de Tiro, y recien nombrado gobernador de la Pentápolis Africana; mas fué muy frájil é insubsistente aquella intimidad, pues Ecébolo despidió en breve á una concubina infiel y costosísima; quedó en Alejandría reducida al sumo desamparo, y en su afanado regreso á Constantinopla, todas las ciudades del Oriente fueron encareciendo y disfrutando á la beldad de Chipre, cuyas perfecciones pregonaban su descendencia de la isla solariega de Venus. El redoble incesante de Teodora y sus específicos abominables la estuvieron preservando del escollo que tanto recelaba; mas por fin una vez, absolutamente única, vino á ser madre. Salvó el padre y educó al niño en Arabia, á quien participó al morir que era hijo de una emperatriz. Acudió el candoroso mozo en alas de su ambicion al palacio de Constantinopla, y se le admitió á la presencia de su madre, y como jamás se pareció en lo sucesivo, aun despues del fallecimiento de Teodora, se hace merecedora del afrentoso cargo de empozar con aquella vida un secreto tan injurioso á su virtud imperial.

En el estado ínfimo de su concepto y suerte, alguna vision soñada ó apetecida habia susurrado á Teodora el halagüeño anuncio de que estaba destinada á ser consorte de un monarca poderoso. Asomada á tanta grandeza, volvió de Pallegonia á Constantinopla, ascendió como actriz aventajada á papel mas decoroso, acudia á sus urjencias con la industria recomendable de hilandera de lana, aparentando recato y soledad en una vivienda escasa, que convirtió luego en un templo suntuoso (27). Su hermosura, con los realces del artificio y del acaso flechó luego, cautivó y vinculó al patricio Justiniano que estaba ya reinando despóticamente bajo el nombre de su tio. Ideó quizás arbitrios para realizar un don que habia

estado franqueando sin distincion á todos; tal vez con demoras honestas, y luego con halagos sensuales, inflamó las ansias de su amante, que por naturaleza ó por devocion era afecto á trasnochar y escasear sus alimentos. Tras los primeros arrobos, continuó con el mismo predominio sobre su pecho, por medio de las prendas mas sólidas del comedimiento y el despejo. Complacíase Justiniano en aseñorear y enriquecer el objeto de su cariño; yacian á sus plantas los tesoros del Oriente, y acordó el enamorado, quizás por escrupulosidad intensa, otorgar á su manceba el dictado y colocacion legal de consorte. Mas vedaban terminantemente las leyes de Roma el enlace de un senador con esclava ó farsanta; la emperatriz Leipcia ó Eufemia, bárbara, de modales cerriles, pero de pundonor ileso, se negó á tener por sobrina á una ramera; y aun Vijilancia, la madre supersticiosa de Justiniano, celebrando la beldad y agudeza de Teodora: entró en suma zozobra de que la liviandad y arrogancia de aquella querida tan taimada estragase la relijiosidad y la dicha de su hijo. El teson incontrastable de Justiniano arrolló todos los tropiezos, estuvo esperando sufridamente la muerte de la emperatriz, menospreció las lágrimas de su madre, que se postró luego á la amargura de su desconsuelo, y se promulgó una ley en nombre del emperador Justino que abolia la jurisprudencia rigorosísima de la antigüedad. Arrepentimiento esclarecido (así habla el edicto) se franquea á toda mujer desventurada que haya prostituido su persona en el teatro, siendoles lícito el enlazarse legalmente con los Romanos mas esclarecidos (28). Disfrutóse luego esta franquicia en los desposorios de Justiniano con Teodora, la cual tras esta solemnidad se fué por grados ensalzando hasta el encumbramiento de su enamorado, y no bien revestido con la púrpura por Justino, ciñó el patriarca de Constantinopla la diadema en las sienes del emperador y de la emperatriz del Oriente. Mas no alcanzaban los timbres vulgares que la entereza romana habia otorgado á las esposas de los príncipes á saciar la ambicion de Teodora y desalado cariño de Justiniano. Sentóla pues en el solio á fuer de compañera igual é independiente en la soberanía del imperio, juramentándose los gobernadores de las provincias en nombre de entrambos (29). Postróse allá el mundo oriental ante el númen y la estrella de la hija de Acacio, y la ramera que en presencia de un auditorio inmenso habia mancillado el teatro de Constantinopla, se vió idolatrada como reina en la misma ciudad, por majistrados circunspectos, obispos católicos, jenerales victoriosos y monarcas avasallados (30).

Cuantos opinan que la índole femenina se malea rematadamente con el desenfreno, se empaparán con ansia en todos los baldones de la envidia particular y del encono público, desdorando las prendas de Teodora, abultando sus devaneos y condenando severamente los deslices venales y voluntarios de la lozana manceba. A impulsos de su rubor ó de su me-

nosprecio, solia esquivar los sentimientos rastreros de la muchedumbre, huia del esplendor odioso de la capital, y pasaba la mayor parte del año en los palacios y pensiles placenteramente situados por las playas de Propóntida y del Bósforo. Allá sus horas recónditas se vinculaban en el esmero cuerdo y halagüeño de su beldad, el regalo del baño ú de la mesa, y los sueñecillos dilatados de la noche y la madrugada. Cuajaban su vivienda reservada sus doncellas íntimas y sus eunucos, por cuyos intereses é inclinaciones orillaba la justicia; los personajes mas esclarecidos del estado tenian que agolparse en una antecámara lóbrega y abrasadora, y cuando por fin, trás angustiosa espectativa, les cabia besar el pié de Teodora, solian esperimentar segun el temple del dia la muda arrogancia de una emperatriz, ó la liviandad antojadiza de una comedianta. Su desalada codicia en atesorar mas y mas sin coto ni miramiento, podrá disculparse con la zozobra del fallecimiento de su mando, en cuyo trance no cabia arbitrio entre el solio y el esterminio; y luego el recelo y la ambicion pudieron airar á Teodora contra dos jenerales que en una dolencia del empeardor habian temerariamente declarado que no estaban en ánimo de avenirse al albedrío de la capital. Pero el cargo de crueldad tan ajeno de sus vicios halagüeños ha tiznado con un borron perpetuo la memoria de Teodora. Sus atalayas innumerables andaban acechando, y ansiosamente le referian cualquier ademan, palabra ó mirada descomedida con la dueña real. Empozábase al acusado en sus mazmorras particulares (51) inaccesibles á las pesquisas de los tribunales; y segun hablillas se martirizaban con el potro ú el azote presenciándolo una tirana empedernida contra las plegarias y la compasion (52). Allá fenecieron varias de aquellas víctimas desventuradas en calabozos profundos y mal sanos; al paso que á otros, tras la pérdida de sus miembros, de sus potencias ó de sus haberes, se les franqueaba el asomar al mundo cual monumentos vivos de venganza, la cual solia alcanzar á la prole de cuantos habia reconvenido y atropellado. En sentenciando Teodora un senador ó un obispo á muerte ó destierro, se entregaban los reos á un encargado de confianza, aguijando su desempeño con la amenaza de su propia boca «si faltas un ápice á lo mandado, juro por todo un Dios, que se te ha de desollar vivo (53).»

Si Teodora no empañara su creencia con herejías, su devocion ejemplarísima contrapesara, en el concepto de sus contemporáneos á su altanería, su crueldad y su codicia; mas si medió con su influjo para amansar el ímpetu intolerante del emperador, el siglo actual atribuirá algun mérito á su relijion é indultará sus errores teóricos (54). Asomaba el nombre de Teodora al par con el de Justiniano en todas las fundaciones piadosas y caritativas, y el establecimiento mas afectuoso de su reinado se puede suponer un arranque de la emperatriz á favor de sus hermanas

menos venturosas, que por seduccion ó por violencia yacieron encenagadas en el trato de la mancebía. Trocóse un alcázar, á la parte asiática del Bósforo, en monasterio grandioso y acomodado, señalando un mantenimiento aventajado para quinientas mujeres recojidas por las calles y burdeles de Constantinopla. Cabíales con el resguardo y la santidad encierro perpetuo, y la desesperacion de algunas que se arrojaron de bruces al mar, quedaba empozada con el agradecimiento de las penitentes, preservadas de sus liviandades y escasezes por su jenerosa bienhechora (35). Encarece el mismo Justiniano la cordura de Teodora, y se atribuyeron sus leyes á los consejos atinados de su preciosa consorte, á quien reverenciaba como agasajo de la misma Divinidad (36). Descolló su denuedo, en un alboroto, sobre toda la corte despavorida; consta su recato desde el punto de su enlace por el silencio de sus enemigos implacables, y aunque podia la hija de Acacio estar ya ahita de amoríos, siempre merece elojio la entereza de un alma que acertó á sacrificar el deleite y la costumbre al impulso principal de su interés y su decoro. No lograron los anhelos y plegarias de Teodora la dicha de un hijo lejítimo, y tuvo que enterrar una niña, único fruto de su enlace (37). En medio de este malogro conservó su despótico predominio; afianzó con arterías ó merecimientos el cariño de Justiniano, y sus desavenencias aparentes solian redundar en desventura de los palaciegos que las conceptuaban entrañables. Quebrantó acaso su sanidad con el desenfreno de sus tempranos devaneos, pero siempre vivió enfermiza y acudió por dictamen de los facultativos, á los baños Pitios cálidos. Escoltaron á la emperatriz en el viaje el prefecto pretoriano, el gran tesorero, varios condes y patricios, y una comitiva esplendorosa de cuatro mil acompañantes; habilitáronse las carreteras para su tránsito; edificóse un palacio para aposentarla, y al pasar por la Bitinia fué repartiendo limosnas cuantiosas á las iglesias, á los monasterios y á los hospitales, para que recabasen del cielo el recobro de su salud (38). Por fin, á los veinte y cuatro años de su matrimonio, y veinte y dos de su reinado, un cáncer (39) (A. 548. junio 11.) vino á roerle la entraña, y lloró tan irreparable quebranto su marido, quien por cierto, en vez de una ramera teatral, pudo entresacar la doncella mas castiza y esclarecida de todo el Oriente (40).

II. Adviértese suma diferencia entre los juegos de la antigüedad, pues los Griegos mas descollantes eran actores, y los Romanos meramente mirones. Patente se estaba mostrando el estudio Olímpico á la opulencia, al mérito, y á la ambicion, y si los aspirantes se conceptuaban con maestría y desempeño personal; podian, siguiendo las huellas de Diomedes y Menelao, conduzir sus propios alazanes en la rápida carrera (41). Permitíase el partir á un mismo tiempo á veinte y hasta cuarenta carruajes: una corona de hojarasca era el galardon del vencedor, y su nombradía con

la de su alcurnia y patria, resonaba en cantares líricos mas duraderos que el mármol y el bronce. Pero un senador, y aun cualquiera ciudadano, engreido con su jerarquía, se sonrojara de poner su persona ó sus caballos en el circo de Roma. La república, los majistrados, ó los emperadores costeaban los juegos; pero manos siervas empuñaban las riendas, y si la cuota de un conductor predilecto sobrepujaba á veces á la de un abogado, se debia mirar como una extravagancia del populacho, y el crecido salario de una profesion deshonrosa. A los principios la carrera se reducia á una mera competencia de dos carruajes, cuyos conductores se diferenciaban por sus libreas *blancas* y *rojas*: añadiéronse luego otros dos colores, el *verde claro* y el *azulado*, y como la carrera constaba de veinte y cinco vueltas, ostentábase en un solo dia el boato de cien carruajes. Granjeáronse luego los cuatro *bandos* establecimiento legal y oríjen misterioso, y sus colores allá arbitrarios se deducian de los varios aspectos de la naturaleza en las cuatro estaciones del año: la encendida canícula, el nevado invierno, el sombrío otoño, y la verde y lozana primavera (42). Anteponia otra interpretacion los elementos á las estaciones, y se suponia que el vaiven del verde y el azul estaba representando la contienda de la tierra y el mar. Sus victorias respectivas presajiaban mies abundante ó navegacion favorable, y la oposicion de labriegos y marineros solia ser menos desatinada que el ciego ahinco del pueblo romano, que allá comprometian sus vidas y sus haberes al color que endiosaban. Los príncipes ajuiciados toleraban con menosprecio tal desvarío, pero los nombres de Caligula, Neron, Vitelio, Vero, Comodo, Caracala y Eliogábalo estaban alistados en las facciones verde ó azul del circo; frecuentaban sus caballerías, elojiaban á sus predilectos, perseguian á sus contrarios, y se granjeaban el aprecio del populacho con el remedo natural ó aparente de sus costumbres. Siguió la contienda arremolinada y sangrienta alborotando las festividades públicas hasta la temporada postrera de los espectáculos en Roma, y Teodorico, á impulsos de su justicia ó de su afecto, solia interponer su autoridad para escudar los verdes contra la violencia de un cónsul ó de un patricio, que eran parciales desalados del bando azul del circo (43).

Prohijó Constantinopla los devaneos, mas no las virtudes de la antigua Roma; y las mismas demasías que alborotaban el circo, se manifestaron con redoblado ímpetu en el hipodromo. El fervor relijioso inflamó mas y mas este frenesí en el reinado de Anastasio, y los verdes encubriendo piedras y dagas en los cestos de frutas, asesinaron en una funcion solemne tres mil contrarios azules (44). Contajióse con el achaque de la capital el Oriente por todas sus ciudades y provincias, y el distintivo placentero de los dos colores acarreó dos bandos recios é irreconciliables, que vino á desquiciar el apocado gobierno (45). Las desavenencias populares, dimanadas de inte-

rés trascendental, ó pretesto sagrado, apenas han podido igualar á la tenacidad de discordia tan antojadiza, que deshermanó las familias, enconó amigos y deudos, y atrajo al sexo tierno, aunque por maravilla asomase en el circo, hasta á banderizarse con sus amantes, ó estrellarse con sus maridos. Hollábanse leyes divinas y humanas; y descollando el partido se desatendian miramientos públicos y particulares. Reinó el desenfreno sin los ensanches de la democracia en Antioquía y en Constantinopla, y se hacia imprescindible el arrimo de algun bando para el logro de una colocacion civil ó eclesiástica. Se achacaba á los verdes apego allá reservado á la alcurnia ó secta de Anastasio; estaban los azules empapados en la causa del Catolicismo y de Justiniano (46), y su caudillo agradecido abrigó por mas de cinco años las demasias de un bando, cuyos alborotos aplazados avasallaban el palacio, el senado, y las capitales del Oriente. Desmandados con su privanza tremolaban para arredrar allá un traje bárbaro y particular, la cabellera larga de los Hunos, sus mangas ajustadas, vestidos anchurosos, andar erguido y voz campanuda. Ocultaban de dia sus puñales dobles; pero en anocheciendo se agolpaban armados en cuadrillas desbocadas y crecidas, dispuestos á toda tropelía y robo. Aquellos forajidos nocturnos despojaban ó malherian á los verdes y á los ciudadanos inocentes; y era espuestísimo el llevar botones ó ceñidores de oro, ó asomar á deshora por las calles de una capital pacífica. El arrojo fué creciendo con la impunidad, se propasó á atropellar el sagrado de las casas particulares, y se valian del fuego para allanarlas ó encubrir sus atentados. No cabia paraje reservado ni en salvo contra sus salteamientos; derramaban desalmadamente la sangre mas virtuosa; mancillaban iglesias y altares con sus atroces desafueros, y andaban los asesinos blasonando de tan certeros; que traspasaban mortalmente de una sola estocada. La juventud mas disoluta de Constantinopla vistió la librea azul del desenfreno; enmudecieron las leyes, y se relajaron los vínculos sociales; tenian los acreedores que entregar sus documentos, los jueces que revocar sus sentencias, los dueños que libertar sus esclavos, padres que dar pábulo á los desbarros de sus hijos; matronas principales se prostituian á sus sirvientes, arrebatábanse niños de los brazos de sus padres, y mujeres, sino preferian una muerte voluntaria, se veian atropelladas en presencia de sus maridos (47). Desamparados los verdes por sus majistrados y perseguidos por sus enemigos, acudieron á la desesperacion para su defensa, y tal vez para sus represalias; mas cuantos sobrevivian á la refriega paraban en el cadalso, y los desventurados fugitivos, salvándose de heridas y mazmorras, se desenfrenaban sin compasion contra la sociedad que los arrojaba. Los majistrados justicieros y animosos que arrostraban el encono de los azules paraban en víctimas de su zelo indiscreto; un prefecto de Constantinopla acudió á refugiarse al santo sepulcro; un conde del

Oriente fué afrentosamente azotado, y un gobernador de Cilicia ahorcado por disposicion de Teodora sobre el túmulo de dos asesinos, á quienes habia condenado por la muerte de su palafren, y por el asalto desalmado á su misma persona (48). Un aspirante ansioso apetecerá tal vez revueltas para encumbrarse, mas al soberano interesa y debe esmerarse en el cumplimiento de las leyes. El edicto primero y repetido, y aun á veces ejecutado de Justiniano, proclamaba su ánimo incontrastable de sostener la inocencia y castigar al culpado, prescindiendo de su partido ú *color*; mas siempre se tenia la balanza de la justicia á favor del bando azul, por el afecto recóndito, la costumbre y la zozobra del emperador; allanábase su equidad tras un conato aparente, sin repugnancia á las implacables pasiones de Teodora, y nunca la emperatriz olvidó ni perdonó los agravios de la comedianta. Al advenimiento de Justino el menor, el pregon de justicia igual y rigurosa zaheria indirectamente la parcialidad del reinado anterior. « ¡Hola, azules, murió ya Justiniano! ¡Hola, verdes, todavía vive (49)! »

La hermandad aparente y encono mútuo de los bandos abortó una asonada que casi redujo á cenizas la gran Constantinopla. Estaba Justiniano en el quinto año de su reinado, celebrando la festividad del año nuevo (A 532. enero). Destempláronse los verdes, y no cesaron de perturbar los juegos; mantúvose adustamente silencioso el emperador hasta la carrera veinte y dos, hasta que cediendo á su impaciencia se allanó á entablar en ímpetus cortados, por boca de un pregonero, el diálago mas peregrino (50) que medió jamás entre un príncipe y sus mismos súbditos. Fueron las primeras quejas comedidas y sumisas, pues tildaron á los dependientes subalternos por su opresion y vitorearon con repetidos vivas al emperador. « Reportaos ya chanceros desbocados » prorumpió Justiniano, callad Judíos, Samaritanos y Maniqueos » Insistieron mas y mas los verdes en su afan de moverle á compasion. « Somos menesterosos, somos inocentes y estamos atropellados; ni aun nos atrevemos á andar por las calles, acosados todos por nuestro nombre y color. Muramos ó emperador, pero muramos por vuestra disposicion y en servicio vuestro. » Pero tras un raudal de baldones que á su parecer desdoraban la majestad de la púrpura, se desentendieron de todo acatamiento á un príncipe que prescindia de la justicia para con su pueblo; se lamentaron de que su padre hubiera nacido, y tiznaron al hijo con los apodos afrentosos de homicida, jumento, tirano y perjuro « ¿No haceis caso de vuestras vidas? vocea el airado monarca: levántanse furiosos los azules; estremece su clamor el hipodromo, y sus contrarios desamparando tan desigual contienda van derramando el pavor y la desesperacion por las calles de Constantinopla. En aquel crítico lance asoman siete asesinos de profesion de entrambos partidos, condenados por el prefecto y

conducidos luego á ser ajusticiados en la plaza acostumbrada del arrabal de Pera. Degüellan inmediatamente á cuatro, ahorcan al quinto; quiébrase el dogal con los dos restantes; caen vivos al suelo; favorece el populacho su huida, y los monjes de San Conon, saliendo del convento cercano, se los llevan en una barquilla al santuario de la iglesia (51). Como el uno de los reos vestia la librea azul y el otro la verde, se enconan igualmente ambos partidos, el uno contra la crueldad de su atropellador, y el otro por la ingratitud de su padrino, y fraguan allí una breve tregua hasta que se les entreguen los ajusticiados y satisfagan su venganza. Abrasan el palacio del prefecto porque ataja el torrente de los sediciosos; matan su guardia y sus empleados; allanan las cárceles, y ponen en plena libertad á cuantos solo podian usarla para el esterminio público. La muchedumbre, que por instantes va creciendo en número y en desenfreno, arrostra armada á la fuerza militar que acude á defender el magistrado civil, y los Hérulos, los bárbaros mas bravios del servicio del imperio, arrollan al clero, que con sus reliquias, por humanidad se habia temerariamente interpuesto á los contendientes sangrientos para aplacarlos. Crece de punto el alboroto con este sacrilegio; pues el vecindario pelea con entusiasmo por la causa de Dios; diluvian las mujeres desde las ventanas y los terrados piedras á las cabezas de los soldados que arrojaban tizones á las casas, y las llamas, encendidas en varios puntos por mano de naturales y estraños, cunden sin contraste por todo el ámbito de la ciudad. Abarca el incendio la catedral de Santa Sofía, los baños de Zeuxipo, parte del palacio desde el atrio hasta el ara de Marte y el dilatado pórtico desde el palacio hasta el foro de Constantino; un grandioso hospital con sus dolientes queda abrasado; yacen por el suelo iglesias y edificios suntuosos, y derrítese malogradamente un tesoro inmenso de oro y plata. Horrorizados y despavoridos con tamaño desastre, huyen los ciudadanos pudientes y sensatos á la parte asiática del Bósforo, y por espacio de cinco dias, fué Constantinopla campo de batalla de los bandos, cuya señal la voz *Nika*, *vence*, apellidó así aquella sedicion memorable (52).

Mientras se mantuvieron divididas lás parcialidades, los azules triunfadores y los verdes desahuciados miraban al parecer con la misma indiferencia los trastornos del estado. Zaherian de mancomun los cohechos de la justicia y de la hacienda, y los dos ministros responsables, el solapado Treboniano, y el rapiñador Juan de Capadocia, eran los que sonaban por donde quiera como causadores de las desdichas públicas. Orilllábanse las hablillas pacíficas del vulgo; pero ya merecian, incendiada la ciudad, mas consideracion; quedaron inmediatamente depuestos el cuestor y el prefecto, y sus destinos se pusieron al cargo de dos senadores de cabal concepto. Hecha esta concesion, pasó Justiniano al hipódro-

mo, donde confesó sus desaciertos, y aceptó el arrepentimiento de sus agradecidos súbditos; mas desconfiaron de sus protestas aun, juramentadas sobre los santos Evanjelios; y sobresaltado el emperador con tamaña desconfianza, se retiró atropelladamente á la fortaleza de su alcázar.

Achacóse entonces la tenacidad de la asonada á conspiracion recóndita y ambiciosa, y se malició que los amotinados, con especialidad los verdes, se movian armados y pagados por Hipazio y Pompeyo, dos patricios, que ni podian olvidar con decoro, ni recordar con seguridad que fuesen sobrinos de Anastasio. La liviandad zelosa del monarca los estuvo antojadizamente favoreciendo, desdorando y luego indultando como lealmente postrados ante el sólio; afianzóseles á fuer de rehenes de entidad en los cinco dias del alboroto, y hasta que al fin descollando en Justiniano las zozobras sobre la cordura, miró á entrambos hermanos bajo el concepto de espiones, y aun quizá de asesinos, y los arrojó ceñudamente de su palacio. Tras hacerle presente que su desaire podia arrebatarlo á una traicion involuntaria, se retiraron á sus albergues, y á la madrugada del sexto dia se halló Hipazio cercado y asido por el pueblo, el cual menospreciando su resistencia pundonorosa y los lloros de su consorte, arrebató á su querido al foro de Constantino, y en vez de diadema, le ciñeron en la sien un collar preciosísimo. Si el usurpador que alegó luego el merecimiento de su demora, se conformara con el dictámen de su senado, y enardeciera el ímpetu de la muchedumbre, fuera su primer conato incontrastable, y volcara allá á su trémulo competidor. Lograba el palacio Bizantino comunicacion espedita con la marina; amarrábanse los bajeles sobre la gradería de los jardines, y acordóse reservadamente trasladar al emperador con su familia y tesoros á paraje seguro y á cierta distancia de la capital.

Perdido era Justiniano si la ramera que alzó de las tablas no se desprendiera del apocamiento mujeril al par del recato jenial de su sexo. En medio de un consejo, presenciado por Belisario, tan solo Teodora ostentó la bizarría de un héroe, y solo ella, desentendiéndose del encono venidero, pudo salvar al emperador de aquel peligro inminente y de su indecoroso susto. « Si la huida prorumpió la esposa de Justiniano, es el único rumbo de salvamento, ni aun así, me avengo yo á huir. Morir es pension del nacer; mas quien llegó á reinar, nunca debe sobrevivir á la pérdida de su encumbramiento y su señorío. Allá os imploro, cielos, para que nunca asomen mis sienes y mis miembros sin la diadema y la púrpura, y para que jamás vea yo la luz, sino me han de saludar con el dictado de reina. Si determinas huir, ó César, tesoros tienes; mira el mar, tienes naves; pero tiembla, y mira que el afan de vivir no te esponga á vil destierro y á muerte afrentosa. Por mi parte, allá me atengo á la máxima de la antigüedad, que el sólio es un túmulo esclareci-

do». Tamaña entereza en una mujer, reinfundió denuedo para recapacitar y deponer, y el arrojo luego acierta con recursos para la situacion mas rematada. Obvio y terminante era el arbitrio de enemistar mas y mas los bandos; pasmáronse los azules de su propio desbarro y devanéo, en que un leve desaire los armase de mancomun contra su bienhechor graciable y dadivoso; pregonaron de nuevo la majestad de Justiniano, y los verdes con su emperador flamante, vinieron á quedar solos en el hipodromo. Dudosa estaba la lealtad de la guardia, pero estribaba la pujanza militar de Justiniano en tres mil veteranos curtidos en valor y la disciplina en las guerras de Persia y del Ilirico. Marcharon calladamente en dos divisiones desde el palacio, á las órdenes de Belisario y de Mundo; se franquearon rumbo encubierto por tránsitos angostos, llamas apagadizas y edificios ruinosos y allanaron á un mismo tiempo las dos puertas contrapuestas del hipodromo. En aquella estrechez no fué capaz la caterva despavorida y revuelta de contrarestar por ambas partes el avance denodado y sostenido; descolló rabiosamente el arrepentimiento de los azules, y se regulan en mas de treinta mil personas las que fenecieron en la matanza revuelta y desapiadada de aquel dia. Arrastraron de su solio á Hipazio, y lo condujeron con su hermano Pompeyo á las plantas del emperador: imploraron su clemencia, pero estaba patente su culpa y mal averiguada su inocencia, y no cabia indulto tras el sumo pavor de Justiniano. Á la madrugada, ambos sobrinos de Anastasio, con diez y ocho cómplices *ilustres* de jerarquía patricia ó consular, fueron acuchillados particularmente por la soldadesca; arrojaron sus cadáveres al mar, confiscando sus bienes y arrasando sus palacios. Hasta el mismo hipodromo tuvo que enmudecer por algunos años; restablecidos los juegos, retoñaron los trastornos, y los bandos verde y azul siguieron plagando el reinado de Justiniano, y alterando el sosiego del imperio oriental (53).

III. Aquel imperio estaba todavía abarcando las naciones que habia conquistado allá Roma, ya de nuevo bárbara, tras el Adriático, y hasta los confines de Etiopía y de Persia. Reinaba Justiniano sobre sesenta y cuatro provincias, y cerca de mil ciudades (54); favorecia la naturaleza á sus dominios por suelo, situacion y clima, y las mejoras del injenio humano se habian ido incesantemente esplayando por las costas del Mediterráneo y las márjenes del Nilo, desde la antigua Troya, hasta la Tebas ejipcia. Rebosó la colmada abundancia del Ejipto hasta las escaseces de Abrahan (55); el mismo pais, en su tirada corta y populosa, extraia anualmente mas de trescientas mil fanegas de centeno para Constantinopla (56), y las manufacturas de Sidon surtian la capital de Justiniano quince siglos despues de haber sonado en los poemas de Homero (57). La pujanza vejetativa, en vez de amainar con dos mil cosechas, se reno-

vaba y robustecia con labranza atinada, abono pingüe y descanso oportuno. Prosperaba sin términos la cria de ganados; plantios, edificios, instrumentos de artes, y de lujo, mas duraderos que el plazo de la vida humana, se iban haciendo con el esmero de repetidas jeneraciones. Conservaba la tradicion y simplificaba la práctica, el manejo de las herramientas; enriqueciase la sociedad con la subdivision de las tareas y la facilidad de los cambios, y un romano se albergaba, vestia y alimentaba con el afan vividor de mil brazos. La relijiosidad prohija á los dioses el invento del telar y la rueca. En todos tiempos un sin número de productos, pelo, lana, pieles, cáñamo, algodon, y despues *seda*, se fueron labrando maestramente para el regalo ú realce del cuerpo humano; empapábanse en infusiones de colores permanentes, y acudió el pincel á estremar primores sobre el sencillo lienzo. Al entresacar los matices (58) que van remedando las galas de la naturaleza, se condescendia con el albedrío del gusto ú de la moda; pero la púrpura subida que los Fenicios (59) esprimian de un marisco, quedó vinculada á la persona sagrada del emperador, y se castigaba como traidor á todo ambicioso que osase usurpar las prerogativas del sólio (60).

No me pararé á desmenuzar que la *seda* (61) se va hilando de las entrañas de una oruga, que se labra luego el sepulcro, sobre el cual resucita el gusano con arreos de mariposa. Vinculábanse en la China aquellos vivientes que se alimentan con las hojas de la morera; abundaban las de pino, haya, y encina en las selvas de Asia y de Europa, mas como su cria es mas trabajosa, y su producto mas aventurado, se solian desatender, escepto en la isla de Leos, junto á la costa de Alica. Resultaban tan solo unas gasillas finas, y aquella manufactura Cea, invento de una mujer, era muy encarecida en el Oriente y en Roma. Por mas ilaciones que se quieran sacar de los ropajes de Medos y Asirios, Virjilio es el escritor mas antiguo, que menciona espresamente la lanilla que se iba cardando de los árboles por los Seres ó Chinos (62); y este yerro mas obvio y menos portentoso que la realidad, se fué pausadamente desvaneciendo con el desengaño y el conocimiento del peregrino insecto, artífice sumo del lujo de las naciones. Zaheria la gravedad Romana aquel primor estraño en el reinado de Tiberio, y Plinio con elocuencia vehemente, aunque afectada, satiriza el afan codicioso que iban á escudriñar lo mas remoto de la tierra, con el intento malvado de transparentar con vistosa lencería la desnudez de las matronas (63) (c). Vestido que estaba mostrando el corte de los miembros y el viso de la tez, podia halagar la presuncion y mover el apetito; las sedas tejidas tupidamente en la China, solian destejerse por las Fenicias, y así se dilataba el material clareando la trama é interpolando hilaza de lino (64). Dos siglos despues de Plinio aun se vinculaba el uso de la seda pura ó mezclada al sexo femenino, hasta que los

ciudadanos acaudalados de Roma, y de las provincias se fueron luego familiarizando con el ejemplo de Eliogábalo, el primero que con su traje afeminado avillanó el señorío de un emperador y de un hombre. Lamentábase Aureliano de que una libra de seda se vendiese en Roma á doce onzas de oro; mas creció el abasto con los pedidos, y así se fué abaratando el jénero por grados. Si por fracasos ó monopolios sobrepujaba tal vez el precio aun á la cuota de Aureliano, los fabricantes de Tiro ó de Berito tenian tambien, por iguales motivos, que contentarse con el noveno de aquel importe disparatado (65). Conceptuóse precisa una ley para deslindar el traje de un senador del de un comediante; y la seda estraida de su país nativo se consumia la mayor parte entre los súbditos de Justiniano. Estaban todavía mas impuestos en las propiedades de otro marisco del Mediterráneo llamado gusano del mar. La delgada lanilla ó cabellera con que la madre-perla se afianza á su peñasco, se labra ahora mas bien por curiosidad que con provecho, y un vestido de materiales tan estraños era el regalo de un emperador Romano á los sátrapas de Armenia (66).

Una mercancía preciosa y de poco bulto costea el trasporte por tierra, y las caravanas atravesaban la anchura del Asia en cerca de nueve meses, desde el Océano chino hasta la costa de Siria. Los traficantes Persas entregaban en derechura la seda á los Romanos (67) que frecuentaban las ferias de Armenia y de Nisabis; pero este comercio, entorpecido aun en las temporadas de tregua por los zelos y la codicia, quedaba absolutamente atajado con las guerras dilatadas de monarquías tan opuestas. Podia el gran rey empadronar entre sus provincias engreidamente la Sogliana y aun la *Sérica*, pero el Oxo era el lindero positivo de sus dominios, y su comunicacion provechosa con los Sogdoitas allende el rio, dependia del albedrío de sus conquistadores los Hunos blancos y los Turcos, que fueron reinando sucesivamente sobre aquel pueblo industrioso. Pero el mando mas irracional no habia desarraigado las semillas de la agricultura y del comercio en una rejion decantada como uno de los cuatro jardines del Asia; las ciudades de Samarcanda y Bochara están ventajosamente situadas para el trueque de sus diversos productos, y sus fabricantes feriaban á los Chinos (68) la seda cruda ó labrada para transportarla á Persia, que la trasponia á los Romanos. Agasajábase en la capital vanagloriosa de la China á las caravanas Sogdianas á fuer de embajadas obsequiosas de reinos tributarios, y si regresaban con felicidad el arrojo, quedaba galardonado con una ganancia exorbitante. Pero el tránsito espuesto y trabajosísimo desde Samarcanda hasta la primera poblacion de Shensi, no se trasponia en menos de sesenta, ochenta ó cien dias; en atravesando el Yapartes se engolfaban en el desierto, y las rancherías errantes, á no enfrenarlas ejércitos ó guarniciones, siempre han conceptuado al ciudadano

y al viandante como objetos de lejítima presa. Para sortear á los salteadores Tártaros y á los tiranos de Persia, los traficantes de seda escudriñaron un camino mas meridional; tramontaron las serranías del Tibet; bajaron por los rios del Ganjers ó del Indo, y estuvieron resignadamente esperando en los puertos de Guzarate y Malabar las flotas anuales del Occidente (69). Mas conceptuaron los peligros del desierto menos insufribles que el afan, el hambre y la tardanza; por maravilla se repitió el intento, y el único Europeo que ha seguido aquel solitario rumbo, blasona de dilijente en haber asomado al embocadero del Indo á los nueve meses de su salida de Pekin. Patente se mostraba sin embargo el Océano para la comunicacion espedita del jénero. Desde el gran rio hasta el trópico de cáncer, sojuzgaron y civilizaron los emperadores del Norte, las provincias de la China, pobladas por el tiempo de la era cristiana, de ciudades y jente, de moreras y habitadores preciosísimos de ellas, y si los Chinos, con su conocimiento de la brújula, atesoran el númen de los Griegos y Fenicios, pudieran estender sus descubrimientos hasta el hemisferio meridional. No me hallo capaz, ni estoy propenso á creer sus lejanos viajes al golfo Pérsico ó el Cabo de Buena Esperanza; pero los antepasados pudieron igualar los afanes y el éxito de la jeneracion actual, y los ámbitos de su navegacion se esplayarian desde las islas del Japon hasta los estrechos de Malaca, las columnas, si podemos aplicar tal dictado, del Hércules oriental (70). Podian sin perder la tierra de vista marcar sobre la costa hasta el último promontorio de Aquin, visitando ahora anualmente por diez ó doce naves cargadas con artefactos y aun con artífices de la China; apuntáronse allá en bosquejo la isla de Sumatra y la península contrapuesta (71), como la rejiones del oro y la plata, y los emporios citados en la jeografía de Tolomeo vienen á significar que sus riquezas no se vinculaban en las minas. Como cien leguas distan directamente Ceilan y Sumatra; el vuelo de las aves y los vientos periódicos conducian á los navegantes Indios y Chinos, y surcaban á su salvo el Océano, en bajeles cuadrados, afianzando su trabazon, en vez de hierro, con cuerdas finísimas de coco. Dividíase Ceilan, Serendib ó Trapobana entre dos príncipes enemigos; poseia el uno las montañas, los elefantes y el carbusno reluciente, y disfrutaba el otro los haberes mas sólidos de industria casera, comercio extranjero, y la bahía de Trinquemalo, que abarcaba escuadras enteras de poniente y levante. En aquella isla hospedadora, á igual distancia (como se regulaba) de sus respectivos paises, los traficantes Chinos de seda que acopiaban en sus viajes acíbar, clavo, nuez moscada, y sándalo, mantenian un comercio libre y ventajoso con los habitantes del Golfo Pérsico. Los súbditos del gran rey encarecian sin competidores su poderío y magnificencia, y el Romano, que ajaba su vanagloria con el objeto de su moneda baladí, con una medalla de oro del emperador

Anastasio, habia navegado meramente de pasajero á Ceilan en un buque etiopio (72).

Siendo ya imprescindible el uso de la seda, hízose eficazmente cargo el emperador Justiniano, de que los Persas tenian embargado por mar y por tierra este importantísimo abasto desangrando así á los súbditos aquella nacion idólatra y enemiga. Un gobierno brioso despejara el comercio del Ejipto y la navegacion del mar Rojo, decaida al par del imperio todo, y los bajeles romanos pudieran aportar y feriar su seda en Ceilan, Malaca y aun en la China. Acudió Justiniano á mas desairado arbitrio, y solicitó el auxilio de sus aliados cristianos los Etiopios ó Abisinios, recien impuestos en la navegacion y el comercio; y posesionados del puerto de Adulis (73) (*d*), condecorada todavía con los trofeos de un conquistador griego. Siguiendo la costa de Africa, se engolfaron hasta el ecuador en busca de oro, esmeraldas, y aromas, mas evitaron cuerdamente una competencia desigual, en que se les anticiparian los Persas con su vecindad á los mercados de la India, y el emperador se estaba ya conformando con este malogro, cuando quedaron colmados sus anhelos con un acontecimiento inesperado. Habíase ya predicado el Evanjelio á los Indios; estaba rijiendo un obispo á los Cristianos de Santo Tomás sobre la costa de las Especias en el Malabar; edificóse una iglesia en Ceilan, y los misioneros fueron siguiendo las huellas del comercio hasta los estremos del Asia (74). Dos monjes persas habian residido en la China, y quizás en en la ciudad real de Nankin, solar de un monarca afectísimo á supersticiones estranjeras, y que á la sazon recibió una embajada de la isla de Ceilan. En medio de sus afanes místicos, fueron curioseando el traje habitual de los Chinos, las fábricas de seda y las millaradas de gusanos de seda, cuya cria (ya en los árboles, ya en las viviendas) se conceptuó algun tiempo tarea de reinas (75). Comprendieron desde luego la imposibilidad de trasportar un insecto de tan corta vida, y que con sus huevecillos infinita prole pudiera conservarse y multiplicar en climas remotos. Preponderó la relijion ó sea el interés en los monjes, al amor de la patria, y tras dilatado viaje llegaron á Constantinopla, participaron su intento al emperador, quien los alentó sobre manera con sus dádivas y promesas. Conceptuaron los historiadores de aquel príncipe que una campaña á las faldas del Cáucaso era mas acreedora á relatarse por ápices, que el afan de aquellos misioneros del comercio, que vueltos á la China trampearon á un pueblo celoso ocultando la semilla de los gusanos en sus bordones, y regresaron triunfantes con los despojos del oriente. Empolláronse bajo su direccion y en la debida temporada los huevecillos, con el temple artificial del estiércol, vivieron y fabricaron los gusanos en clima estraño; sobrevivió suficiente número de mariposillas para propagar la casta, y se plantearon árboles para ir abasteciendo á las nuevas jeneracio-

nes. La esperiencia atinada fué enmendando los desaciertos de la bisonéz, y en el reinado siguiente reconoció ya el embajador Sogdiano, que en nada desmerecian ya los Romanos de los Chinos en punto á la cria de los gusanos y en la fábrica de la seda; pero la Europa moderna ha dejado ya muy en zaga por ambos respectos á la China y á Constantinopla. Estoy hecho cargo del provecho que acarrea el lujo primoroso, mas conceptuo que si los introductores de la seda nos trajeran ya la imprenta corriente á la sazon en la China se eternizaran las comedias de Menandro y las décadas cabales de Tito Livio con las ediciones del sesto siglo. Un rejistro mas esplayado de todo el orbe encumbrara las ciencias especulativas, pero la jeografía se desentrañaba á viva fuerza de testos de la escritura, y el estudioso de la naturaleza adolecia siempre de achaque de incredulo. La Fe católica acorralaba los habitantes del globo en una sola Zona templada, y representaba la tierra como una haz esquinada, con cuatrocientas jornadas de larga y doscientas de ancha, por el Océano y cobijada por el firmamento sólido y cristalino (77).

IV. Mal hallados se mostraban los súbditos de Justiniano con su tiempo y con el gobierno. Plagaban los bárbaros la Europa, y los monjes el Asia con sus correrías. Con el desamparo del Poniente se desplomaron el comercio y las manufacturas de Levante; los sirvientes improductivos de la iglesia, del estado y del ejército consumian el fruto de todos los trabajos, menguaron mas y mas los capitales detenidos y en jiro, que constituyen la riqueza nacional. Las economía de Atanasio alivió los quebrantos públicos, y aquel emperador sensato, atesoró inmenso caudal descargando á su pueblo de los impuestos mas gravosos y repugnantes (e). El agradecimiento universal celebró sobremanera la abolicion del *oro* del *desconsuelo*, tributo personal sobre la industria del menesteroso (78); pero mas intolerable al parecer por el modo que por la realidad, puesto que la ciudad floreciente de Edesa solo pagaba ciento y cuarenta libras de oro, que se recojia en cuatro años de diez mil artesanos (79). Mas tan parco era Atanasio en sus disposiciones atinadas, que en un reinado de veinte y siete años, ahorró la enorme cantidad de trescientas veinte mil libras de oro, ú setenta millones de duros (80). Desatendióse su ejemplo, y feneció su tesoro en manos de Justiniano. Allá volaron en limosnas, edificios, guerras ambiciosas y afrentosos tratados. Sus gastos eran desproporcionados á las rentas; todo se volvia mañas para desentrañar al pueblo el oro y la plata que luego iba derramando á manos llenas desde Persia hasta Francia (81); sobresalió su reinado en vaivenes, ó mas bien por sus choques entre la rapiña y la codicia, entre la ostentacion y la escasez; vivió tildado de encubridor de tesoros (82) y legó al sucesor el pago de sus deudas (83). El pueblo y la posteridad han tachado fundadamente semejante ndole; pero el descontento público suele ser crédulo; las hablillas parti-

culares temerarias y el amante de la verdad tiene que leer desconfiadamente las anécdotas instructivas de Procopio. El historiador secretista se vincula en los devaneos de Justiniano, tiznándolos todavía con su pincel ponzoñoso. Achacábanse los actos dudosos ó móviles torpes, equivocando yerros con culpas, acasos con intentos y leyes con abusos: abarca con el desbarro de un trance estudiadamente el réjimen de treinta y dos años: carga sobre el emperador la odiosidad entera de sus empleados, de su época y de todos sus estragados súbditos, y aun los desastres naturales de epidemias, terremotos é inundaciones, vienen á ser abortos de Luzbel que se apersonó diabólicamente en la estampa de Justiniano (84).

Bajo esta cautela voy á compendiar sus disposiciones avarientas y atropelladoras en los siguientes encabezamientos. I Era tan espendedor Justiniano que no le cabia ser liberal. Los empleados tanto militares como civiles, al entrar en la servidumbre palaciega se alistaban en jerarquía decorosa con sueldo moderado; iban luego ascendiendo por antigüedad en paga y descanso; las pensiones anuales, abolidas las mas altas por Justiniano, componian hasta dos millones de duros; y esta economía casera redundaba en lamento de los palaciegos venales y menesterosos como el sumo baldon para la majestad del imperio. Correos, médicos y alumbrados eran puntos de mayor trascendencia, y tenian los pueblos motivo para quejarse de que se les desapropiaba de los fondos aplicados á tan provechosos destinos. Perjudicábase á la soldadesca, y tan desalentada yacia, que la atropellaban sin zozobra. Le retiró el emperador el donativo corriente de cinco piezas de oro por quinquenio, redujo los veteranos á pordiosear el sustento, y consintió que ejércitos enteros se disolviesen por su desamparo en las guerras de Italia y de Persia. II Habia la humanidad de sus antecesores condonado siempre en algun logro aventajado de su gobierno, los rezagos del tributo jeneral, y se amañaban á encarecer la dignacion de desprenderse de recaudaciones impracticables. « Nunca Justiniano en sus treinta y dos años manifestó semejante agasajo, y varios de los súbditos han hecho dejacion de fincas, cuyo producto no alcanza á cubrir las demandas del erario ». Ofreció Atanasio á las ciudades atropelladas en la guerra, su descargo jeneral por siete años. Asolaron Persas, Arabes, Hunos y Esclavonios las provincias de Justiniano, pero su dispensa ridícula y soñada de un solo año se ha ceñido á los pueblos poseidos ya por el enemigo. « Así habla el escudriñador de interioridades, negando espresamente que se concediese algun alivio á la Palestina tras la rebelion de los Samaritanos; imputacion falsa y odiosa; puesto que consta auténticamente el descargo de mil y trescientos centenares de oro, (cerca de trescientos mil duros) otorgada á aquella provincia asolada, por la mediacion de San Sabas (85). III. No ha tenido á bien Procopio desentrañar el sistema de impuestos que á manera de turbion y

pedrisco, caia sobre las campiñas, y como pestilencia matadora sobre los moradores, mas vendríamos á ser cómplices de su iniquidad si achacásemos á Justiniano solo el principio añejo, aunque violento, de que todo un distrito debia aprontar el malogro parcial en personas y haberes. El abasto de trigo pàra el ejército y la capital, era una exaccion arbitraria y gravosa, que quizás sobrepujaba diez veces los alcances del cortijero, agravando mas y mas su quebranto con la desigualdad de pesos y medidas, costeando además el desembolso y trabajo del acarreo lejano. En una temporada de escasez, practicóse un embargo en las provincias inmediatas de Francia, Bitinia y Frijia; pero los dueños, tras un viaje trabajoso y navegacion arriesgada, lograron un pago tan mezquino, que prefirieran el entregar el jénero y su valor á la puerta de sus trojes. Parece que tantísima cautela denota sumo afan por el bienestar de la capital; mas esta no se libertaba del despotismo apresador de Justiniano. Patentes permanecieron hasta su reinado los estrechos del Bósforo y del Helesponto á la libertad y el comercio, sin mas veda que la de estraccion de armas para los bárbaros. Residia un pretor á cada una de aquellas entradas, como ministro de la codicia imperial; cobrábanse crecidos derechos á bajeles y mercancías; aquel recargo iba á parar sobre el desvalido consumidor; acosaba al menesteroso la escasez maliciosa con el exorbitante precio de los mercados, y un vecindario enseñado á vivir de las larguezas del príncipe, carecia lamentablemente del pan y del agua (86). El tributo *aereo*, sin nombre, ley, ni objeto determinado, era un don anual de ciento veinte mil libras que el emperador aceptaba del prefecto del pretorio, y allá quedaban al albedrío del majistrado poderoso los medios de su reintegro. IV. Aun era menos insufrible este impuesto que el privilejio de los monopolios (*f*) que enfrenaba la competencia desahogada de la industria, y por el afan de una ganancia escasa ó indecorosa, recargaba un peso arbitrario sobre las urjencias ó el lujo de los súbditos. « Luego que él (voy copiando las anécdotas) pasó en manos del tesoro imperial, todo un pueblo, los fabricantes de Tiro y Berito, quedaron reducidos al sumo desamparo, y perecieron de hambre, ó huyeron á los dominios enemigos de Persia. » Quebranto era para una provincia el malogro de sus manufacturas, mas desatiende Procopio en este particular la ventaja que redundó al imperio todo del ahinco de Justiniano. El recargo de un séptimo á la moneda de cobre puede tambien disculparse por el mismo rumbo, pues la alteracion, sobre parecer acertada, pudo ser inocente, puesto que ni rebajó la ley, ni varió su correspondencia con la moneda de oro, cuyo valor fijo servia de pauta legal para los pagos públicos y particulares (87). V. La prepotencia ámplia de los recaudadores ó asentistas para cumplir sus pactos, puede mirarse siniestramente, puesto que tenian en sus manos vidas y haciendas de los conciudadanos; y aun se celebró su-

basta formal de empleos y honores en el mismo palacio, con el permiso, ú por lo menos la anuencia, de Justiniano y Teodora. Orillábanse merecimientos y aun privanza, y parecia puesto en razon el contar con que el osado empresario de una majistratura tratase de reintegrarse por la afrenta, el afan, el peligro y las deudas contraidas y el rédito que estaba pagando. Presenciando tanto desdoro y estrago que acarreaba aquella venalidad, volvió por fin en sí el adormecido pundonor de Justiniano, é intentó acudir á juramentos y castigos (88) para recobrar el concepto de su gobierno; pero al año de tanto perjurio, quedó suspendido el edicto violento, y allá el cohecho se disparó en alas de su triunfo contra el desvalimiento de las leyes. VI. El testamento de Eulalio, conde de los domésticos, declaraba al emperador heredero único, bajo condicion, sin embargo, de que satisfaciese sus deudas y mandas, otorgase á sus tres hijas un mantenimiento decoroso, y concediese á cada una al tiempo de su enlace un dote de diez libras de oro. Mas el juego habia dado al través con los haberes grandiosos de Eulalio, y su inventario se reducia á la suma insignificante de quinientas sesenta y cuatro piezas de oro. Un ejemplar idéntico en la historia de Grecia estaba advirtiendo al emperador la oportunidad de un remedo esplendoroso. Enfrenó las hablillas interesadas de la tesorería, encareció la confianza de su amigo, cumplió con las mandas y deudas, educó á las tres niñas á la vista de la emperatriz Teodora, y duplicó el dote que el cariño paternal conceptuaba suficiente (89). Algun elojio merece la humanidad de un príncipe (puesto que no les cabe ser jenerosos), mas aun este rasgo pundonoroso asoma la práctica añeja de desbancar al heredero lejítimo y natural, la cual Procopio achaca al reinado de Justiniano. Corrobora este cargo con apellidos ilustres y ejemplares escandalosos; ni la viudez, ni la horfandad estaban en salvo, y el arte de solicitar, fementir y estafar testamentos corria provechosamente por cuenta de los palaciegos. Esta tiranía ruin y desalmada emponzoñó las interioridades domésticas; y el monarca una vez cebado en la ganancia no tardará en ir abreviando plazos de herencias, en conceptuar la riqueza como delincuente, y de trocar el derecho á una sucesion en la potestad de confiscarla. VII. Cabe á un filósofo el colocar en clase de rapiña la conversion de toda riqueza pagana á herética para el uso de los fieles, mas en tiempo de Justiniano este saqueo sagrado solo merecia el anatema de los descarriados que yacian víctimas de la codicia católica (90).

Todo el desdoro venia á recaer sobre la persona de Justiniano; pero los culpados y gananciosos eran los ministros, que lejos de ascender por sus prendas, no siempre eran de los alcances competentes para sus respectivos desempeños (91). Se justipreciarán los merecimientos de Triboniano mas adelante al desentrañar la reforma de las leyes Romanas, pero el ré-

jimen del Oriente corria por cuenta del prefecto pretoriano, y comprueba Procopio sus anécdotas retratando al natural en su historia pública las maldades notorias de Juan de Capadocia (92) (*g*). Ni habia asomado por las escuelas (93), ni eran apenas lejibles sus escritos; pero descollaba por su pujanza nativa para aprontar acertadas disposiciones, y ante todo arbitrios ejecutivos en las situaciones mas desahuciadas, compitiendo la vileza de su corazon estragado, con el sumo despejo de su entendimiento. Aunque indíciado de májia y de superstición persa, se mostraba empedernido para el temor de Dios, y las reconvenciones de los hombres, labrando su encumbrada fortuna sobre la muerte de miles, el desamparo de millones, la ruina de pueblos, y la asolacion de provincias. Desde el amanecer hasta el punto de sentarse á la mesa, allá se afanaba en enriquecer á su amo y á si mismo, á costa del orbe Romano; la tarde y noche se dedicaban á regalos y torpezas (*h*), y por fin al recojerse temblaba de zozobra por el asalto de algun asesino. Su desempeño, y quizás su relajacion, fué el sobrescrito para su privanza con Justiniano; cedió este á su pesar al ímpetu del pueblo, mas ostentó su triunfo reponiendo inmedíatamente al enemigo público, quien se cebó diez años en venganzas, ó mas bien en tropelías sin escarmentar con sus desventuras. Las hablillas robustecieron mas y mas su privanza con Justiniano; pero engreido por ella se indispuso con Teodora, esquivó á un poderío ante el cual se doblaban todas las rodillas, y se arrojó á sembrar zizaña entre los supremos consortes. La misma Teodora tuvo que disimular para estar acechando el trance, y por medio de una conspiracion artificiosa constituir á Juan de Capadocia volcador de su misma prepotencia (*i*). Mientras Belisario, á no ser un héroe, tenia que parar en rebelde, su mujer Antonina, íntima de la emperatriz, comunicó su desabrimiento supuesto á Eufemia, hija del prefecto; la niña candorosa participó á su padre el azaroso intento, y Juan, que debia estar enterado de la futilidad de promesas y juramentos, se allanó á un avistamiento nocturno y casi alevoso con la esposa de Belisario. Dispone Teodora una celada de guardias y eunucos; abalánzanse con espada en mano sobre el ministro delincuente; sálvase al arrimo de sus acompañantes, pero en vez de acudir á un soberano graciable que le tenia advertido su peligro, huye cobardemente al santuario de la iglesia. Quedó el valido sacrificado al cariño conyugal y sosiego doméstico, convirtiéndole en sacerdote para empozar su ambicion descompasada, pero la intimidad con el Emperador embalsamó siempre su quebranto, y retuvo en el retiro apacible de Císico una porcion cuantiosa de sus haberes. No fué para Teodora cabal la venganza, pues su encono se abalanzó á la coyuntura decorosa del asesinato del obispo de Císico, enemigo inveterado de Juan, y este mismo, merecedor por sus demasías de mil muertes, fué condenado por un delito de que era inocente. Un ministro

supremo revestido allá con los timbres de cónsul y de patricio, fue afrentosamente azotado como un forajido rematado; quedóle una ropa andrajosa únicamente de todos sus haberes; embarcósele para su destierro en Andrinópolis del Alto Ejipto; y el prefecto de Oriente anduvo luego mendigando el pan por las mismas ciudades que habian temblado á su nombre. Durante su destierro de siete años la crueldad tiznadora de la emperatriz fué delatando y encrudeciendo su vida, y cuando cupo á Justiniano con su viudez le franqueó el ensanche de rehacerse con un sirviente á quien habia desamparado á su pesar, quedó la ambicion de Juan de Capadocia vinculada en el desempeño humildísimo de su profesion sacerdotal. Sus muchos sucesores fueron desengañando á Justiniano de que aun cabian mejoras y sublimidades en las tropelías con la travesura y la esperiencia; campeó el engaño en el manejo de la hacienda por un asentista Siríaco, y el ejemplar del prefecto sirvió esmeradamente de pauta al cuestor, al tesorero jeneral y particular, al gobierno de las provincias, y á los majistrados principales del imperio oriental (94).

V. Labrábanse los *edificios* de Justiniano con la sangre y el caudal de su pueblo; mas aquellas moles suntuosas estaban al parecer pregonando la prosperidad del imperio, y ostentaban en realidad la maestría de sus artífices. Apadrinaban los Emperadores la teórica y la práctica de las artes que estriban en las matemáticas y en la maquinaria; compitieron con Arquímedes en nombradía Proclo y Antenio, y si los circunstantes fueran capaces de ir desentrañando aquellos milagros, ofrecerian ahora anchuroso campo á las investigaciones, en vez de acarrear la desconfianza de los filósofos. Consta por tradicion que la escuadra romana quedó reducida á cenizas en el puerto de Siracusa por los espejos ustorios de Arquímides (95), y se asegura que Proclo se valió del mismo arbitrio para esterminar las naves godas en la bahía de Constantinopla, y escudar á su bienhechor Anastasio contra el arrojo de Viteliano (96). Afianzóse una máquina sobre las murallas de Constantinopla que se componia de un espejo exágono y pulimentado, con varios polígonos menores y movibles, para recibir los destellos del mediodía, y flechaba la llama abrasadora á mas de setenta varas (97). El silencio de los historiadores mas auténticos desmiente la verdad de estos dos hechos estraordinarios, sin que se acudiese á los espejos ustorios en el ataque ó defensa de las plazas (98); sin embargo, los esperimentos asombrosos de un filósofo francés (99) tienen ya demostrada la posibilidad de semejantes espejos, y siendo asequibles, me atengo mas bien á la invencion de los mayores matemáticos de la antigüedad, que á suponer el mérito de su ficcion á la desencajada fantasía de un monje ó de un sofista. Segun otra relacion, Proclo se valió del azufre, para la quema de las naves godas (100), la imajinacion moderna al eco del azufre va desde luego á parar á la pólvora, y esta presuncion

tiene el arrimo de los secretos de Antemio (101). Tenia un ciudadano de Frales en Asia cinco hijos, que descollaron todos en sus respectivas carreras. Sobresalió Olimpio en el conocimiento y práctica de la jurisprudencia romana: Dióscoro y Alejandro fueron médicos eminentes, y el primero dedicó su ciencia al provecho de sus conciudadanos, mientras su hermano, mas ambicioso, se granjeó caudales y nombradía en Roma. La reputacion de Metrodoro el gramático y de Antemio matemático y arquitecto llegó á oidos de Justiniano, quien los atrajo á Constantinopla, y mientras el uno imbuia la mocedad en la elocuencia, fué cuajando el otro la capital y las provincias de monumentos mas duraderos de su arte. Habia quedado vencido en un pleito baladí sobre paredes y ventanas de sus casas contiguas, por la elocuencia de su vecino Zenon, mas fué arrollado luego por la travesura inocente torpemente esplicada por Agatias. Antemio fue colocando en un aposento bajo, varias vasijas ó calderos de agua, cubierto cada cual con un tubo anchuroso de cuero, cuyo paradero venia á ser la medianería y los aleros de la vecindad. Fogueó los calderos, subió el vapor de los hervores por los tubos; estremecióse la casa con el empuje del aire encajonado, y trémulos sus moradores estrañaron que la ciudad no percibiera tan gran terremoto. En otra ocasion los amigos que con Zenon estaban comiendo, quedaron deslumbrados con el destello irresistible que les flechaban los espejos centellantes de Antemio: pasmáronse con el estruendo que fraguaban unas particulillas menudísimas con sus estrellones mútuos, y el orador manifestó con entonacion trájica ante el senado, que un simple mortal tenia que rendir parias á un contrincante, que conmovia la tierra con el tridente de Neptuno y remedaba los truenos y rayos del mismo Jove. Fomentador y utilizador del númen de Antemio y de su compañero Isidoro el Milesio, un príncipe maniático y malgastador en el ramo de arquitectura. Sus artífices predilectos sujetaban sus planos y tropiezos al mismo Justiniano, y confesaban agudamente que sobrepujaba en gran manera á sus cavilosos afanes el alcance intenso y aquella inspiracion sobrehumana de todo un emperador, cuyas miras se asestaban vinculadamente á la dicha del pueblo, la gloria de su reinado y la salvacion de su alma (102).

Dos veces, la primera despues del destierro de Juan Crisóstomo, la segunda con dos bandos azul y verde, quedó arrasada la iglesia principal de Santa Sofía, ó á la sabiduría eterna, obra del fundador mismo da Constantinopla. Tras aquel alboroto esterminador, el populacho cristiano prorumpió en lamentos con su temeridad sacrílega, mas ufanáranse con la catástrofe, si pudieran prever el esplendor del nuevo templo, que á los cuarenta dias emprendió ahincadamente la relijiosidad de Justiniano (103). Despejóse el solar, delineóse otra planta mas grandiosa, y como se requeria la avenencia de algunos propietarios, quedaron

satisfechos con exorbitancia por el anhelo desalado y la conciencia timorata del monarca. Fraguaba Antemio el diseño, y su maestría iba dirijiendo las manos de diez mil operarios, cuyo pago en piezas de plata finísima se verificaba todas las tardes. El emperador en persona, con una túnica de lino, presenciaba diariamente su ejecutiva diligencia, redoblándola con su familiaridad, su afan y sus premios. Consagróse la nueva catedral de Santa Sofía, á los seis años de su primer cimiento, por el patriarca, y prorumpió Justiniano, en medio de la solemnidad, con rústica vanagloria. « Alabado sea Dios, que me conceptuó digno de cumplir tan grandiosa obra; logré vencerte, ¡ oh! Salomon (104) » Ajó el engreimiento del Salomon Romano, antes de los veinte años un terremoto que volcó la parte oriental del cimborio. Restableció sin embargo su brillantez la perseverancia del mismo príncipe, y á los treinta y seis años de su reinado, celebró Justiniano la segunda dedicacion de un templo que permanece despues de doce siglos, pregonando su nombradía. Remedo de Santa Sofía, convertida ahora en mezquita principal, es la arquitectura de los sultanes Turcos, y la asombrosa mole sigue pasmando y enamorando á los Griegos, y embargando la racionalidad de los viajeros europeos. Disuenan al atinado escudriñador con su perspectiva chata las medias naranjas y techumbres rápidas: la fachada occidental, que es la preferente, carece de sencillez y de magnificencia, y el ámbito de sus dimensiones queda ya muy sobrepujado por varias catedrales latinas; pero siempre aquel primer arquitecto que encumbró la cúpula *aerea* es acreedor al elojio de su arrojado intento y maestría práctica. Formóse el cimborio de Santa Sofía con veinte y cuatro lumbreras en una pechina ó curva rebajada, siendo su profundidad tan solo el sesto de su diámetro; este tiene veinte y cinco pies, y el empinado centro donde la media luna ha desbancado á la cruz, está perpendicularmente como á doscientos pies del pavimento. El círculo que ciñe la media naranja estriba lijeramente sobre cuatro arcos poderosos que arrancan de cuatro machones muy macizos, robustecidos aun con el arrimo, por el Norte y Mediodía, de otras cuatro columnas de berroqueña ejipcia. Una cruz griega inscrita en un cuadrángulo viene á representar la planta del edificio; su anchura es de doscientos y sesenta pies, y de menos de trescientos su largo desde el santuario en el Oriente hasta las nueve puertas occidentales que se abren sobre el átrio, y luego al *marthex* ú pórtico esterior. Allí moraban rendidamente los penitenciados. La nave ó cuerpo de la iglesia era para la congregacion de los fieles; mas deslindábanse los sexos, pues ambas galerías alta y baja se reservaban para la devocion mas recojida de las mujeres. Tras los machones del Norte y Mediodía, una barandilla, terminada por ambos estremos con los tronos del emperador y del patriarca, separaba la nave del coro, y todo aquel espacio ú presbiterio se cuajaba con el clero ú los cantores. El mis-

mo altar, nombre ya familiarísimo á los Cristianos, estaba colocado en la capilla oriental, construida espresamente en forma cilíndrica; y este santuario se comunicaba por varias puertas con la sacristía, el vestuario y el batisterio, y las construcciones inmediatas servian ó para la pompa del culto, ó para viviendas de los dependientes. Teniendo presentes los desastres anteriores, acordó Justiniano escluir toda madera escepto en las puertas, del nuevo edificio, y se fueron apropiando alternativamente los materiales, segun lo requerian la pujanza, la lijereza ó la brillantez de sus partes respectivas. Los machones sostenedores de la cúpula se componian de sillares grandiosos cuadrados ó triangulares, robustecidos con abrazaderas de hierro y afianzados con betun de cal y plomo; mas el peso de la cúpula estaba descargado por la liviandad de su construccion, consistiendo, ya en piedra pomez que se aguanta sobre el agua, ó de ladrillo de Rodas, un quinto menos pesado que los ordinarios. El conjunto del edificio era de ladrillo, pero este material vulgar se encubrió con un revestimiento de mármol, y el interior de Santa Sofía, la cúpula, las dos mayores y las seis menores medias naranjas, las paredes, las cien columnas y el pavimento, embelesan aun los ojos de los bárbaros con sus matices y visos peregrinos. Un poeta (105) que estuvo viendo la brillantez primitiva de Santa Sofía se para á contar los colores, sombras y lunares de diez ó doce mármoles, jáspes y pórfidos que la naturaleza echó el resto en variar; y que aparecian embebidos y contrapuestos como por la mano de un pintor habilísimo. Engalanóse el triunfo de Cristo con los postreros despojos del Paganismo, pero la mayor parte de esta costosísima sillería salió de las canteras del Asia Menor, de las islas y continente de la Grecia, Ejipto, Africa y Galia. Brindó la relijiosidad de una matrona romana con ocho columnas de pórfido que Aureliano habia colocado en el templo del sol; el afan ambicioso de los majistrados de Efeso envió otras ocho de mármol verde; asombrosas unas y otras por su tamaño y hermosura, aunque sus chapiteles desdicen de todas las órdenes de arquitectura. Campeaban en los mosaicos figuras y realces vistosísimos, y las efijies de Cristo, de la Virjen, de los santos y ánjeles, borradas por el fanatismo turco estaban espuestamente de manifiesto á la ciega supersticion de los Griegos. Los metales preciosos se empleaban en hojuela ó en macizo, segun la cantidad de cada objeto. La barandilla del coro, los chapiteles de las columnas, los adornos de las puertas, y las galerías eran de bronce dorado; centelleaba y deslumbraba la cúpula, contenia el santuario cuarenta mil libras de plata, y los vasos sagrados y los frontales del retablo eran de oro finísimo salpicado de pedrería. Antes que la obra tuviese vara y media sobre el suelo, iban ya gastados mas de doscientos mil duros, y toda la empresa ascendió á mas de un millon: cada lector, segun su creencia, podrá conceptuar su importe por libras de plata

ú oro, pero el cómputo mas humilde suma el total de un millon de duros. Un templo suntuoso es siempre un monumento recomendable del gusto y la relijion nacional, y el devoto que contemplaba el cimborio de Santa Sofía exhalaria impulsos fervorosos presenciando con la misma Divinidad el parto de su Omnipotencia. Mas, ¡cuán mezquino es el invento! ¡cuán baladí la ejecucion, parangonada con la formacion del insectillo ínfimo que se va arrastrando por la techumbre del mismo templo!

Nos hemos esplayado disculpablemente en el pormenor de un edificio subsistente, en comprobacion de las obras innumerables de menor cuantía y permanencia, tanto en la capital como por las provincias (106). Solo en Constantinopla y arrabales dedicó hasta veinte y cinco iglesias á Cristo, la Vírjen y los Santos; realzabánlas el mármol y el oro, y se escojia atinadamente su colocacion en una plaza concurrida ó algun sotillo ameno, ó ya en la playa, ó sobre alguna loma grandiosa que oteaba al par la Europa y el Asia. Parece que la iglesia de los Santos Apóstoles en Constantinopla, y la de San Juan en Efeso se ajustaron á la misma norma. Sus cimborios se encumbraban al remedo de las cúpulas de Santa Sofía; pero el retablo se colocó mas acertadamente bajo el centro de la media naranja y al enlace de los cuatro pórticos grandiosos que se apropiaban mejor á la figura de una cruz griega. Podia engreirse la Vírjen de Jerusalen con su templo empinado por su devoto imperial en paraje desabrido, sin solar ni materiales para el intento. Alzóse un terraplen sobre la honda cañada para nivelar el asiento con el cerro elevado. Labróse esmeradamente la cantería de una peña inmediata: conducíanse los sillares ó peñascos en carruajes particulares tirados por cuarenta poderosos bueyes, ensanchando la carretera para el tránsito de pesos tan descomunales. Suministró el Líbano sus descollantes cedros para las maderas de la iglesia, y el descubrimiento oportunísimo de una vena de mármol rojo aprontó sus columnas peregrinas, dos de las cuales, estribos del pórtico esterior; se conceptuaban las mayores del orbe. Derramóse por la Tierra santa la munificencia suma del emperador, y si la racionalidad está ahora desaprobando los monasterios de ambos sexos edificados ó restablecidos por Justiniano, la humanidad no puede menos de elojiar los pozos abiertos y los hospicios fundados para el alivio ú regalo de los asendereados peregrinos. Poco acreedor se hacia á la dignacion rejia el destemple cismático del Ejipto, mas se acudió en Siria y Africa á remediar los estragos de guerras y terremotos, y tanto Cartago como Antioquía renaciendo de sus escombros, debieron reverenciar el nombre de su bienhechor graciable (107). Casi á todos los santos del calendario cupo el obsequio de un templo: casi todas las ciudades del imperio lograron la ventaja sólida de puentes, acueductos y hospitales, mas la ca-

bal largueza del príncipe se desentendió de halagar al pueblo con el lujo de baños y teatros. Mientras se afanaba Justiniano en servicio del público no trascordaba su propio decoro y desahogo, pues restableció con magnificencia su palacio Bizantino, mal parado con el incendio, y desde luego se conceptuará por mayor el edificio por el atrio ú patio, que tal vez con respecto á las puertas ó á la techumbre se apellidaba *cales* ó el bronce. El cimborio de un cuadrángulo anchuroso, estribaba sobre machones macizos; el pavimento y las paredes estaban revestidas de mármoles jaspeados; el verde esmeralda de Laconia, el rojo de fuego, y el frijio blanco cuarteado con venas de verde mar; los mosáicos apersonados de la media naranja y los costados estaban representando las glorias triunfales de Italia y Africa. En la costa asiática de la Prepóntida á Levante y á corta distancia de Calcedonia, se dispusieron á toda costa el alcázar y los pensiles del Hereo (108) para veranear Justiniano y mas particularmente su Teodora. Entonaron los poetas de aquella época la hermandad peregrina de la naturaleza y el arte, la armonía de las ninfas emboscadas, de los manantiales y sus corrientes, mas la caterva de servidumbre que acompañaba la corte se quejaba de su ruin albergue (109), y solian las ninfas sobresaltarse con la asomada del famoso Porfirion, un ballenato de ocho varas de ancho y veinte y cinco de largo que se encalló á la embocadura del rio Sangarís, despues de haber estado infestando por mas de medio siglo los mares de Constantinopla (110).

Redobló Justiniano las fortificaciones de Europa y Asia, pero reflexionadamente aquel mismo ahinco redunda en comprobacion de la flaqueza del imperio (111). Desde Belgrado hasta el Euxino, desde la confluencia del Save hasta la embocadura del Danubio se estendia un cordon de mas de ochenta plazas por la orilla de aquel gran rio. Meras torres de atalaya quedaron convertidas en grandiosas ciudadelas; murallones solitarios estrechados ó engrandecidos por los injenieros segun la disposicion del terreno, se cuajaron de colonias ó guarniciones; una gran fortaleza escudaba los escombros del puente de Trajano (112) y varios apostaderos aparentaban ostentar el orgullo del nombre romano allende el Danubio; mas no era ya aterrador aquel apellido, pues los bárbaros pasaban y repasaban con menosprecio anualmente por delante de aquellos baluartes inservibles, y los rayanos, en vez de resguardarse con la sombra de la defensa jeneral, tenian que estar á toda hora vijilantes para preservar sus moradas desunidas. Se avecindaron ó repoblaron las ciudades antiguas, las fundaciones nuevas de Justiniano se granjearon con sobrado atropellamiento los dictados de inespugnables y populosas, y el solar venturoso de su nacimiento mereció el acatamiento agradecido á un príncipe en estremo vanaglorioso. Apellidándose *Justiniana prima* la aldea arrinconada de Tauresio fué el solar de un arzobispo y un prefecto cuya

jurisdiccion abarcaba siete provincias belicosas del Ilírico (113) y la dominacion corrompida de *Jiurtendil* está todavía señalando, á siete leguas al sur de Sofía la residencia de un sanjac turco (114). Construyéronse ejecutivamente catedral, palacio y acueducto para el uso de los compatricios del emperador; correspondian los edificios públicos y particulares á la grandiosidad de una ciudad real, y la fortaleza de sus murallas rechazó durante la vida de Justiniano los torpísimos asaltos de los Hunos y los Eslavones. Atajados quedaron por el pronto sus pasos, y frustradas sus esperanzas de saqueo con los castillos que en las provincias de Dácia, Epiro, Tesalia, Macedonia y Tracia, estaban al parecer cubriendo de estremo á estremo el país. Edificó ú reparó el emperador hasta seiscientos de dichos fuertes, pero se deja alcanzar que se reducian los mas á una torre de piedra ó ladrillo en medio de una plaza ó ámbito circular, cercado de foso y valla, y proporcionaba en el trance algun resguardo á los campesinos y ganados de las aldeas vecinas (115). Mas aquellas obras militares, que desangran el erario, no alcanzan á despejar las zozobras ni del emperador ni de los súbditos. Afianzáronse los saludables baños calientes de Anguialó, pero la caballería Escita se regaló por las dehesas pingües de Tesalónica; atronaba á toda hora el estruendo de la guerra el valle amenísimo de Tempe, á cien leguas del Danubio (116), y no habia punto descubierto, por lejano y recóndito que fuese, donde se disfrutasen sin peligro las venturas de la paz. Las gargantas de Termópilas que al parecer resguardaban y burlaron tantísimas veces el sosiego de la Grecia, se fortificaron afanosamente por Justiniano. Se corrió un valladar fuertísimo desde la playa por cañadas y bosques hasta las cumbres de Tesalia, atajando todos los boquetes accesibles. Guarneciéronlo, en vez de guerrillas bisoñas, tres mil soldados; almacenóse trigo, se labraron aljibes para el agua, y con una cautela acarreadora de la cobardía que estaba previendo, se fueron colocando fortalezas para su retirada. Restableciéronse esmeradamente las murallas de Corinto, volcadas por un terremoto, y los baluartes desmoronados de Atenas y de Platea; desmayaron los bárbaros con tanta repeticion de trabajosos sitios, y las poblaciones indefensas del Peloponeso se escudaban con las fortificaciones del Istmo de Corinto. Al estremo de Europa, otra península, el Quersoneso de Trácia, corre por espacio de tres jornadas al mar, para formar con las playas adjuntas del Asia, el estrecho del Helesponto. Cuajaban el intermedio de once ciudades populosas, empinados bosques, praderas lozanas y tierras labrantías; y el istmo de legua y media de largo se habia fortificado por un jeneral espartano nueve siglos antes del reinado de Justiniano (117). En la época de la libertad y el denuedo, el mas leve resguardo precave de una sorpresa, y Procopio al parecer no se hace cargo de la superioridad de los tiempos antiguos, puesto que encarece la construccion sólida y el parape-

to doble de un vallado, cuyos fuertísimos brazos abarcaban todo el trecho de mar á mar, pero no alcanzaba con toda su fortaleza á resguardar el Quersoneso, si todas las ciudades, y con especialidad Galipoli y Serto, no se afianzaban con sus propias fortificaciones. El vallado largo como huecamente se le apellidaba, era obra tan indecorosa en el intento como grandiosa en el desempeño. Los caudales de toda capital se revierten sobre su comarca, y el territorio de Constantinopla, aquel paraiso de la naturaleza, campeaba con el realce de pensiles y quintas lujosas de senadores y ciudadanos opulentos. Mas aquella riqueza era el cebo de los bárbaros denodados y salteadores; los Romanos mas esclarecidos, apoltronados allá en el regazo de su pacífico letargo, iban aherrojados al cautiverio escítico, y su soberano estaba viendo desde el palacio la llamarada enemiga que se esplayaba desenfrenadamente hasta las puertas de la ciudad imperial. Tuvo Anastasio que plantear tan solo á doce leguas su postrer frontera; su largo vallado de veinte leguas desde la Propóntida hasta el Euxino, estuvo pregonando el desvalimiento de sus armas, y estrechando mas y mas el peligro, la cordura incansable de Justiniano fué añadiendo nuevas fortificaciones (118).

Rendidos los Isaurios (119), quedó el Asia menor sin enemigos ni fortificaciones, pero aquellos desaforados bozales, que se negaron á ser súbditos de Galieno, se aferraron mas y mas por espacio de doscientos años en su vida desmandada y salteadora. Los príncipes mas prepotentes respetaron la aspereza de sus montañas, y la desesperacion de los naturales; desembravecíase su fiereza á veces con dádivas ó bien con amagos, y un conde militar con tres lejiones tenia su perpetuo y afrentoso apostadero en el centro de las provincias romanas (120): mas apenas se adormecia ó descaminaba aquella vijilancia, los escuadrones armados á la lijera y siempre en el disparador, se descolgaban de sus serranías y se abalanzaban á la abundancia pacífica del Asia. Ni en estatura ni en denuedo descollaban los Isaurios, pero el hambre los envalentonaba, y el ejercicio los estaba amaestrando en sus campañas guerrilleras. Asaltaban recónditos y veloces las aldeas y pueblos indefensos; internábanse en partidas sueltas hasta el Helesponto, el Euxino y las puertas de Tarso, Antioquía y Damasco (121) y allá encastillaban su presa en las cumbres inaccesibles antes que la tropa romana recibiese órdenes, ni la provincia lejana se enterase de su propio quebranto. El delito de rebeldía y saqueo los apeaba del derecho de enemigos nacionales; y se impuso á los majistrados por medio de un edicto, que el proceso y castigo de un Isaurio, aun en medio de la Pascua, era un acto meritorio de justicia y relijion (122). Si de cautivos quedaban esclavos domésticos, se ladeaban con su espada ó daga á sus dueños para defenderlos á todo trance, y se tuvo por conveniente para el sosiego público la prohibicion de tan aciagos

acompañantes. Cuando su compatricio Tassalisco ú Zenon ascendió al solio atrajo una gavilla leal y formidable de Isaurios, que atropellaban la corte y la ciudad, y se les agasajaba anualmente con un regalo de cinco mil libras de oro. Mas esperanzados de medros, despoblaron sus montañas, el lujo fué estroncando su pujanza de cuerpo y alma, y al paso que se avecindaban por los pueblos se imposibilitaban de vivir aisladamente libres y menesterosos. Muerto Zenon, sucedióle Anastasio, que los privó de sus pensiones, los espuso á la venganza del pueblo, los arrojó de Constantinopla, y los redujo á sostener una guerra con la alternativa imprescindible de victoria ó servidumbre. Un hermano del emperador difunto usurpó el dictado de Augusto, robusteció su causa con las armas, tesoros y almacenes acopiados por Zenon, y los Isaurios solariegos formarian el número menor de los ciento cincuenta mil bárbaros que fueron bajo su bandera, santificada por la primera vez con la presencia de un obispo guerrero. El denuedo y maestría de los Godos dió al través con aquella hueste revuelta, pero una guerra de seis años vino á desalentar al emperador (123); retrajéronse los Isaurios á sus quebradas; se fueron sitiando y destruyendo sus fortalezas; se les atajó la comunicacion con el mar; fenecieron en las lides sus prohombres; sus demás caudillos se arrastraron aherrojados en vida por el hipodromo; trasplantóse á Tracia una colonia de su juventud, y el pueblo restante se humilló al gobierno romano. Mediaron sin embargo jeneraciones antes que sus ánimos se postrasen á la esclavitud; rebozaron las aldeas populosas del monte Tauro de jinetes y ballesteros; y resistiéndose al pago de tributos, fueron luego reforzando los ejércitos de Justiniano, y sus majistrados civiles, el procónsul de Capadocia, el conde de Isauria, y los pretores de Licaonia y Pisidia, acaudillaban fuerzas militares para atajar su desenfreno en robos y asesinatos (124).

Si tendemos la vista desde el trópico hasta la embocadura del Tanais, advertirémos por una parte las disposiciones de Justiniano para doblegar á los montaraces de Etiopia (125); y por otra los dilatados valladares que fué construyendo por la Crimea para escudar á sus intimos Godos, colonia de tres mil pastores y guerreros (126). Desde la península de Trebisonda el sesgo levante del Euxino se afianzó con fuertes alianzas y creencias; y la posesion de *Lazica*, el Cólcos de la jeografía antigua y la Mingrelia de la moderna, acarreó una guerra de entidad. Trebisonda, solar despues de un imperio novelesco, mereció á las larguezas de Justiniano iglesia, acueducto y castillo, cuyos fosos se labraron en el mismo peñasco. Desde aquella ciudad marítima cabe tirar una línea fronteriza de cerca de doscientas leguas á la fortaleza de Circesio, postrer apostadero de los Romanos sobre el Eufrates (127). Sobre Trebisonda á continuacion y hasta siete jornadas al Sur, el pais se va enriscando y embos-

cando, tan montaraz, mas no tan encumbrado como los Alpes ó los Pirineos. En aquel clima (128) tan crudo, en donde por maravilla se derriten las nieves, son los frutos tardíos y desabridos, y hasta la miel ponzoñosa: la labranza mas esmerada tiene que ceñirse á algunos valles placenteros, y las tribus pastoriles vivian muy escasamente de la carne y leche de sus ganados. Los *Cálibes* (129) se apellidaban y conjeniaban con el suelo herrumbroso, y desde el tiempo de Ciro podian alegar, bajo el nombre de Caldeos ó Zanios, su dilatada posesion de guerras y saqueos. Reconocieron bajo el reinado de Justiniano el Dios y el emperador de los Romanos, y se edificaron siete fortalezas en los tránsitos mas accesibles para cortar los vuelos ambiciosos al monarca persa (130). Derrúmbase el manantial mayor del Eufrates de las montañas Calibias, y va corriendo al parecer hácia el Poniente y el Euxino: sesgando luego al Sud-oeste, lame los muros de Sátula y Melitene (restablecidos por Justiniano para baluarte de la Armenia inferior), y se va acercando al mar Mediterráneo, hasta que al fin, rechazado por el monte Tauro (131) soslaya su larga y sesga carrera al Sud-este y al golfo de Persia. Entre las ciudades romanas allende el Eufrates asoman dos fundaciones modernas, apellidándose de Teodosio y de las reliquias de los Mártires, y dos capitales descollantes en todos los siglos, Amida y Edesa. Fortaleciólas Justiniano con proporcion á los peligros de sus asientos. Estacada y foso eran suficientes para la torpeza de la caballería escítica; pero se requerian obras de mas afan y entidad para contrastar en sitio formal las armas y tesoros del gran rey. La maestría de sus injenieros socavaba el terreno y levantaba espaldones al nivel de las murallas: los embates de sus máquinas falseaban las almenas, y á veces se adelantaban al asalto en una línea de torres movibles sobre lomos de elefantes. En las ciudades crecidas de Oriente la desventaja de ámbitos y tal vez de situacion se compensaba con el afan del vecindario, que auxiliaba á la guarnicion en la defensa de su patria y creencia, y la promesa fabulosa del Hijo de Dios, sobre que nunca Edesa seria tomada, enardecia á los ciudadanos con esforzada confianza y entorpecia á los sitiadores con incertidumbre y desaliento (132). Fortificáronse esmeradamente los pueblos subalternos de Armenia y Mesopotamia, y los parajes que señoreaban la campiña y el agua se iban coronando de castillejos fundamentalmente de piedra, ó bien fabricados ejecutivamente con tierra y ladrillo. Escudriñaba la vista de Justiniano todos los puntos, y su cautela inhumana acarreaba tal vez la guerra á valles recónditos, cuyos pacíficos moradores, enlazados con el comercio y el parentesco, ignoraban las discordias nacionales y las indisposiciones de los príncipes. Espláyanse al oeste del Eufrates arenales desiertos hasta mas de doscientas leguas sobre el mar Rojo. Habia la naturaleza yermado el intermedio de dos imperios competidores; pues los Arabes hasta que asomó Mahometo

solo se hacian temibles como salteadores y en la bonanza altanera de la paz, quedaron desatendidas las fortificaciones de la Siria por la parte mas enfermiza.

Habíase suspendido, á lo menos en sus efectos, el encono nacional por una tregua que fué durando hasta ochenta años. Un embajador del emperador Zenon iba acompañando al temerario y desventurado Perozes (*j*.) (A 482) en su espedicion contra los Neftalites, ó (*k*) Hunos blancos, cuyas conquistas habian venido á dilatarse desde el mar Caspio hasta el corazon de la India; cuyo trono estaba tachonado de esmeraldas (153), y cuya caballería se escuadronaba al arrimo de una línea de dos mil elefantes (154). Quedaron dos veces acorralados los Persas (*l*) en situacion que inutilizaba el valor é imposibilitaba la fuga, coronando los Hunos con un ardid ambas victorias. Despiden al cautivo rejio luego que se allana al paso de adorar la majestad de un bárbaro, y se trampea ridículamente el rendimiento con la sutileza casuística de los Magos, quienes imponen á Perozes en acertar su intento al sol saliente (*m*). El sucesor airado de Ciro aventa su peligro y su agradecimiento; renueva disparadamente la refriega, y pierde ejército y vida (155). Muerto Perozes, yace la Persia en el desamparo á merced de sus enemigos propios y estraños (*n*), mediando allá doce años de revueltas hasta que su hijo Cabades ó Cobad pueda entablar algun plan de ambicion ó de venganza (A 102-105). La mezquindad desatenta de Anastasio da motivo ú pretesto para guerrear como los Romanos (156); alístanse Hunos y Arabes en las banderas de Persia, cuando las fortificaciones de Armenia y Mesopotamia estaban ruinosas y descabaladas. Agradece el emperador al gobernador y pueblo de Marinópolis su rendicion instantánea de una ciudad indefensa, y la quema de Teodosiópolis abona la conducta de sus vecinos mas cuerdos. Sostiene Amida un sitio dilatado y asolador; á los tres meses, perdidos ya cincuenta mil soldados de Cabades, desahuciado de compensacion con su éxito, en vano los Magos lo infieren de la deshonestidad de las mujeres (*o*) que habian manifestado sus interioridades mas recónditas desde las murallas. Por fin á deshora de la noche, trepan sijilosamente á la torre mas accesible, guardada tan solo por algunos monjes, rendidos al sueño tras la tarea y el vino de una festividad. Amanece, se arriman las escalas, la presencia de Cabades, su ceñudo mando y espada centellante precisaron á que venciesen los Persas, y antes que envainasen sus aceros ochenta mil moradores purgaron la muerte de los demás soldados. Duró todavía tres años la guerra tras el sitio de Amida, y el territorio fronterizo estuvo siempre acosado de un cúmulo de quebrantos. Llegó tarde el oro de Anastasio, repetíanse los jenerales y menguaban las tropas, despoblábase el país y vivos y difuntos yacian al desamparo y á merced de las fieras. Resistióse Edesa, escasearon los despojos, y el ánimo de Caba-

des se fué inclinando á la paz; ferió sus conquistas con exorbitancia, y ambos imperios vinieron á quedar con el mismo deslinde, rematado todo de matanza y asolacion. Para imposibilitar nuevos desastres acordó Anastasio fundar una colonia tan fortalecida, que retase á todo el poderío de la Persia, y tan internada en la Asiria, que la tropa de aquel apostadero resguardase la provincia entera con el amago ú la ejecucion de una guerra ofensiva. Poblóse suntuosamente con este intento la ciudad de Dara (157), á cinco leguas de Nísibis y á cuatro jornadas del Tigris; acabaló la perseverancia de Justiniano las obras arrebatadas de Anastasio, y sin hacer alto en plazas de menor entidad, en las fortificaciones de Dara, viene á cifrarse en la arquitectura militar de aquel tiempo. Cercaban el recinto dos murallas, y el intermedio de entrambas, á cincuenta pasos, proporcionaba resguardo á la ganadería de los sitiados. Era el muro interior norma de fortaleza i hermosura; alzábase á sesenta pies sobre el terreno y las torres hasta ciento; menudeaban las aspilleras precisas para disparar á su salvo las arrojadizas; tendíase la tropa por las murallas al resguardo de galerías dobles, y allá se encumbraba sobre las torres un terradillo desahogado y seguro. Parece que la muralla esterior, aunque de menor elevacion se aventajaba en solidez, resguardando luego las torres con sus respectivos baluartes cuadrados. El terreno, todo berroqueño, rechazaba la herramienta del minador, y por el Sud-este donde el suelo era menos peñascoso, se alejaban los avances con una nueva obra muy internada sobre el enemigo en forma de media luna. Anegaba una corriente el doble ó triple foso, y se aprovechaba ventajosísimamente el rio para abastecer el vecindario y empantanar á los sitiadores sin zozobra de inundaciones naturales ni artificiales. Cumplió Dara por mas de sesenta años el anhelo de sus fundadores, i retó los zelos de la Persia, que se estuvo mas y mas quejando que tan inespugnable antemural se habia construido atropellando á las claras el tratado de paz entre los dos imperios (*p*).

Entre el Euxino y el Caspio, los paises de Cólcos, Iberia, y Albania van faldeando los diversos ramales del Cáucaso, y las dos *puertas* ó *pasos* principales suelen confundirse en la geografía tanto antígua como moderna. El nombre de puertas *Caspias* ó *Albanias*, se aplica propiamente al Derbend (158), que abarca el pendiente breve entre los riscos y el mar; la ciudad, si damos crédito á tradicion solariega, era fundacion de Griegos; y aquel embocadero peligrosísimo estaba fortificado por los reyes de Persia, con un malecon, muralla doble y puertas de hierro. Forman las puertas *Iberias* (159) (*q*) un tránsito angosto de dos leguas en el monte Cáucaso, que abriéndose por la parte del norte de Iberia ó Jeorjia desemboca en la llanura hasta el Tanais ó el Volga. Una fortaleza, ideada tal vez por Alejandro, ó algun sucesor suyo, para señorear aquel paso

tan importante, habia recaido por conquista ó herencia á un príncipe de los Hunos que brindó con ella por un precio moderado al emperador; pero mientras Anastasio se emperezaba calculando allá el coste y la distancia, se entrometió un competidor mas desvelado, y Cabades se aposentó á viva fuerza en los estrechos del Cáucaso. Las puertas Albanias é Iberias escluian la caballería escítica del rumbo mas breve y transitable, y todo el frente de las montañas estaba ceñido con el antemural de Gog y de Magog, valladar dilatado que movió la curiosidad de un califa Arabe (140) y de un conquistador Ruso (141). Segun descripcion moderna, sillares descomunales, gruesos de siete á ocho pies con mas de veinte de largo, estaban empalmados sin abrazaderas ni argamasa, y componian una valla de mas de cien leguas desde las playas del Derbend por cerros y valles en el Darguestand y Jeorjia. Prescindiendo de visiones, podia la política de Cabades emprender tamaña obra, y su hijo podia igualmente acabalarla sin milagros, siendo tan formidable bajo el nombre Córroes, y tan idolatrado por los Orientales con el apellido de Nuzhirvan. Empuñaba el monarca Persa las llaves de la paz y de la guerra, pero pactaba en todos los tratados que Justiniano habia tambien de costear el antemural comun, escudo al par de entrambos imperios contra las correrías de los Escitas (142).

VII. Abolió Justiniano las escuelas de Atenas y el consulado de Roma, que tantísimos sabios y héroes dieran al mundo. Ambos institutos habian en gran manera dejenerado de su blason primitivo; mas adolece de codicia i de envidia un príncipe cuya diestra acabó de volcar aquellos grandiosos escombros.

Prohijó Atenas, tras sus triunfos pérsicos, la filosofía de Jonía y la retórica de Sicilia, y aquellos estudios se vincularon en una ciudad cuyos moradores, como treinta mil varones, embargaron en una sola jeneracion el númen de siglos y de millones. Nos engreimos con la grandiosidad de la naturaleza humana en recapacitando que Isocrates (143) se ladeaba con Platon y Jenofonte; que asistió, quizás con el historiador Tucídides á la primera representacion del Edipo de Sófocles, y de la Ifijenia de Eurípides, y que sus alumnos Esquines y Demóstenes batallaron por la corona del patriotismo en presencia de Aristóteles maestro de Teofrasto, enseñando en Atenas con los fundadores de las sectas Estoica y Epicurea (144). La juventud castiza del Atica se empapaba en la educacion culta que rebosaba sin melindre sobre los pueblos competidores. Hasta dos mil discípulos estaban escuchando las lecciones de Teofrasto (145), debieron concurrirse todavía mas las escuelas de retórica que las de filosofía, y la sucesiva asistencia de estudiantes fué redoblando la nombradía de sus maestros por todos los ámbitos del idioma y del nombre griego. Las victorias de Alejandro dilataron mas y mas sus linderos; sobrevinieron las artes de

Atenas á su libertad y su prepotencia, y las colonias griegas que plantearon los Macedonios en Ejipto y cundieron por el Asia, emprendian largas y frecuentes peregrinaciones para idolatrar las musas en su templo predilecto sobre las márjenes del Ilizo. Escuchaban con acatamiento los conquistadores latinos las instrucciones de sus cautivos ó súbditos, matriculáronse los nombres de Ciceron y de Horacio en las escuelas de Atenas, y sentado ya arraigadamente el imperio romano, los naturales de Italia, Africa ó Bretaña; se espaciaban por las alamedas de la academia conversando con sus lejanos condiscípulos del Oriente. Conjenian los estudios de la filosofía y elocuencia con un estado popular, que estimula los ensanches de toda investigacion y tan solo se rinde a la persuasiva. El habla era en las repúblicas de Grecia y Roma la palanca triunfadora del patriotismo y de la ambicion, y las escuelas de retórica desembocaban colonias de estadistas y lejisladores. Atajadas las contiendas políticas, abogaba el orador decorosamente por la inocencia i la justicia; podia desmerecer con panejíricos interesados y los mismos documentos habilitaban para las sofisterías baladíes y para los primores grandiosos de la historia. Los sistemas que se engolfaban en desentrañar la naturaleza de Dios, del hombre y del universo, cebaban el afan de los alumnos afilosofados, quienes segun sus respectivos temples podian dudar con los Escepticos, sentenciar con los Estoicos, encumbrarse á las sublimidades de Platon, ó argumentar con la tirantez de Aristóteles. El engreimiento de las sectas contrapuestas habia allá clavado un blanco inasequible de cabal bienaventuranza y perfeccion, mas era siempre benéfica y esclarecida la carrera; enseñábanse al par los discípulos de Zenon á obrar y padecer, y no iba la muerte de Petronio en zaga á la de Séneca para ajar á un tirano presenciando su propio desvalimiento. No cabia embargar los destellos de la sabiduría en el recinto de Atenas, pues sus injenios incomparables se encaraban con el linaje humano; peregrinaban sus maestros vivos por la Italia y el Asia; empapóse despues Berito en el estudio de las leyes, cultivábanse en el museo de Alejandría la física y la astronomía; pero las escuelas Atenienses de retórica y filosofía siguieron conservando su encumbrado concepto hasta el reinado de Justiniano. Atenas, aunque situada en terreno estéril, gozaba ambiente puro, navegacion espedita y monumentos de las artes antiguas. Ni quehaceres de comercio, ni de gobierno, solian desasosegar las enramadas sacrosantas, y el ínfimo Ateniense descollaba con su chistoso despejo, su gusto y lenguaje castizo, sus modales, cultos y rastros, á lo menos en el habla, de la magnanimidad de sus antepasados. En los arrabales, la *academia* de los Platónicos, el *liceo* de los Peripatéticos, el *portico* de los Estoicos, y el *jardin* de los Epicureos estaban arbolados y esclarecidos con estátuas, y los filósofos en vez de emparedarse en claustros, derramaban su enseñanza por pa-

seos amenos y anchurosos, dedicados en diversas horas á recreos ya del ánimo ya del cuerpo. Apersonábase todavía el númen de los fundadores en aquellos sitios venerables; el afan de ir sucediendo á los maestros de la humana sabiduría estimulaba ansiosa competencia, un pueblo ilustrado votaba libremente á cada vacante el mérito de los aspirantes. Eran los alumnos los contribuyentes de los profesores atenienses; parece que segun el desempeño y los alcances mutuos fué variando el precio desde una mina á un talento, esto es, de veinte duros hasta mas de mil; y el mismo Isócrates que está escarneciendo la codicia de los sofistas exijia lo menos tres mil reales de cada uno de sus cien alumnos de retórica. Justo es y honrado el salario de toda industria, y sin embargo aquel idéntico Isócrates, derramó lágrimas al recibir el primer estipendio; sonrojaríase el estoico al verse alquilado para estar perorando sobre el menosprecio de las riquezas, y superaria el averiguar que, Platon ó Aristóteles bastardearon respecto á su Sócrates, hasta el punto de feriar su ciencia en cambio de oro. Vinculáronse sin embargo fincas lícitamente; y hubo legados de amigos difuntos para las cátedras filosóficas de Atenas. Dejó Epicuro á sus discípulos los jardines comprados en unos mil duros, y fondo suficiente para su decorosa subsistencia, y las funciones mensuales (146) y el patrimonio de Platon contaba anualmente un sueldo que en ocho siglos fué creciendo desde tres hasta mil piezas de oro (147). Los príncipes romanos mas pundonorosos apadrinaban las escuelas de Atenas. La librería fundada por Adriano estaba colocada en un pórtico realzado con pinturas, estátuas y techumbre de alabastro, sostenido por cien columnas de mármol frijio. El ánimo esplendoroso de los Antoninos situó sueldos públicos, y cada catedrático de política, de retórica, ó de filosofía platónica, Peripatética, Estoica y Epicurea cobraba anualmente una dotacion de diez mil dracmas, ó cerca de mil y doscientos duros (148). Muerto Marco, aquellos señalamientos garbosos, con las regalías ajenas á los *tronos* de la ciencia, fenecieron, retoñaron, crecieron y menguaron, y aun en los sucesores de Constantino asoman rasgos de largueza rejia y su nombramiento arbitrario de un aspirante indigno inclinaba tal vez á los filósofos de Atenas á suspirar tras el tiempo de la escasez y la independencia (149) Hácese muy reparable que la privanza desapasionada de los Antoninos abarcase las cuatro sectas contrapuestas de filosofía, conceptuándolas igualmente provechosas, é igualmente inculpables. Habia sido allá Sócrates el blason y el desdoro de su patria, y las primeras lecciones de Epicuro escandalizaron en tan gran manera los oidos relijiosos de los Atenienses, que con su destierro y el de sus antagonistas, enmudeció toda contienda acerca de la naturaleza de los dioses. Revocaron al año sin embargo el decreto atropellado, restablecieron el desahogo de las escuelas, y quedaron desengañados palpablemente de que al pundonor de los filó-

sofos no desmerece un ápice por la contraposicion de sus arranques teolójicos (150).

Menos aciagas fueron las armas godas para las escuelas de Atenas que el establecimiento de una relijion nueva, cuyos ministros orillaban los fueros de la razon, andaban resolviendo toda cuestion con artículos de fe, y abrasaban allá al infiel ó al escéptico para siempre. Afanábanse en mas y mas tomos de contiendas en demostrar la flaqueza del entendimiento y el estragamiento del corazon, hallaban en los sabios de la antigüedad la naturaleza humana, y velaban todo conato filósofico, tan contrario á la enseñanza, ó por lo menos a la índole de un rendido creyente. La secta prevaleciente de Platónicos, á quienes Platon se sonrojara de apellidarles, barajaban desatinadamente sublimidades teóricas con la práctica de su májica y superstición; y como vinieron a quedar aislados en medio del mundo cristiano, abrigaban un encono recóndito contra la iglesia y el gobierno, cuyos rigores seguian enarbolados sobre sus cervices. Como un siglo despues del reinado de Juliano (151) Proclo (152) logró permiso para enseñar en la cátedra filosófica de filosofía, y se amañó con tal ahinco, que solia dar cinco lecciones en un dia, escribiendo hasta setecientos renglones. Calaba su perspicacia las cuestiones mas recónditas morales y metafísicas, y se arrojó á dar á luz diez i ocho argumentos contra la doctrina cristiana de la creacion del mundo. Pero en los intermedios del estudio solia conversar personalmente con Pan, Esculapio y Minerva, en cuyos misterios estaba reservadamente iniciado, y cuyas estátuas volcadas seguia siempre adorando, eficazmente empapado en la creencia de que un filósofo, como ciudadano del universo, debe ser el sacerdote de sus varias divinidades. Anunció un eclipse de sol su fin cercano, y su vida con la de su alumno Isidoro (153) está mostrando una pintura lamentable de la segunda niñez de la razon humana. Mas la cadena de oro, como enamoradamente se apellidaba, de la descendencia platónica, siguió aun cuarenta y cuatro años desde la muerte de Proclo hasta el edicto de Justiniano (154), que impuso silencio perpetuo a las escuelas de Atenas, y traspasó de pesar y de ira á los pocos amantes que aun quedaban de la ciencia y superstición griega. Siete amigos y filósofos, Diogenes y Homias, Eulalio y Priscano, Damacio, Isidoro y Simplicio, quienes ajenisímos de la relijion de su soberano, acordaron resueltamente peregrinar en busca de la libertad de que se les defraudaba en su patria. Habian oido i creido ciegamente, que estaba la república de Platon realizada en el gobierno despótico de la Persia, y que un rey patriota se hallaba reinando sobre la nacion mas pundonorosa i bienhadada de la tierra. Quedaron luego atónitos al presenciar que la Persia se daba la mano con los demás paises; que Córroes apellidándose filósofo, era vanaglorioso, inhumano y ambicioso; que los Magos eran de suyo

supersticiosos é intolerantes ; que eran los nobles altaneros, rastreros los palaciegos e injustos los majistrados, libertadores á veces de los criminales y por lo mas atropelladores de la inocencia. El desengaño de los filósofos vino á destemplarlos hasta desconocer las prendas efectivas de los Persas, escandalizándose mas de lo que tal vez correspondia á sus alcances de la pluralidad de mujeres ó mancebas, enlaces incestuosos, y costumbre de entregar los cadáveres á perros i buitres, en vez de encubrirlos en la tierra ó consumirlos con fuego. Acreditaron su arrepentimiento con su atropellado regreso, prorumpiendo á voces en que anteponian el morir al confin del imperio, al goce de las riquezas y privanzas de un bárbaro. Redundó sin embargo el viaje en un logro suyo que da sumo realce á la índole de Córroes. Ofició á Justiniano para que los sabios visitadores de la corte de Persia quedasen esceptuados de las leyes promulgadas contra sus súbditos paganos, y esta exencion pactada espresamente en un tratado de paz, fué válida al arrimo de un medianero vijilante y poderoso (155). Simplicio y sus compañeros vivieron ya arrinconados y pacíficos, y no dejando discípulos, terminan el largo catálogo de filósofos griegos, acreedores al elojio de ser, en medio de sus nulidades, la flor de sus contemporáneos. Nos quedan los escritos de Simplicio; pero sus comentarios físicos y metafísicos sobre Aristóteles se arrinconaron ya con el gusto de aquel tiempo, pero su interpretacion moral de Epicteto se conserva en las librerías como un libro clásico, en estremo á propósito para despejar la voluntad, acrisolar el corazon, y robustecer el entendimiento con una confianza cabal en la naturaleza de Dios y del hombre.

Por el mismo tiempo en que inventó Pitágoras la denominacion de filósofo, fundó el primer Bruto la libertad y el consulado de Roma. Las alteraciones del cargo consular que pueden conceptuarse bajo los visos diversos de realidad, sombra y nombre, se han ido mencionando obviamente en el discurso de la presente historia. Nombraba el pueblo á los primeros majistrados de la república, para desempeñar en el senado y en campaña la potestad de la paz y de la guerra, que luego se trasladó á los emperadores. Mas Romanos y bárbaros acataban aquel concepto del señorío antiguo, en tanto grado, que un historiador godo encarga el consulado de Teodorico allá como lo sumo de la gloria y el encumbramiento temporal (156); el mismo rey de Italia está congratulando á aquellos predilectos de la suerte que se empapaban en los timbres, sin adolecer de los afanes del sólio ; y despues de mas de mil años los soberanos de Roma y de Constantinopla seguian nombrando sus dos cónsules con el único objeto de fechar el año y festejar al pueblo. Mas el desembolso de aquellas funciones, en que el acaudalado y el vanaglorioso se esmeraban en sobrepujar á sus antecesores, vino por puntos á remontarse has-

ta la enorme cantidad de mas de trescientos mil duros ; y así los senadores sensatos se desentendian de blasones arruinadores para sus familias, y á esta repugnancia debemos achacar los repetidos huecos que al postrer siglo asoman en los *Fastos* consulares. Solian los antecesores de Justiniano acudir con caudal público al decoro de los candidatos menos acaudalados, mas aquel príncipe codicioso se atuvo al arbitrio mas cómodo y adecuado de una cuota y un dictámen (157). Su edicto redujo las carreras ó espectáculos, de carruajes ó caballos, los recreos atléticos, la música y pantomima del teatro, y la caza de fieras á siete; y sustituyó atinadamente monedillas de plata á las piezas de oro, siempre acarreadoras de beodez y alborotos, en derramándolas á manos llenas sobre el populacho. En medio de tantas cautelas y de su propio ejemplo, finó la sucesion de cónsules el año trece de Justiniano (A 541), cuya índole despótica paladearia la terminacion muda de un dictado, que recordaba á los Romanos su libertad antigua (158). Sin embargo, seguia viviendo el consulado anual en la jeneralidad del pueblo, esperando siempre ansiosamente su restablecimiento ejecutivo; vitoreaban la condescendencia graciable de los príncipes sucesivos que lo usaban en su primer año, y aun mediaron tres siglos despues de la muerte de Justiniano antes que aquella dignidad anticuada, desatendida ya por la costumbre, quedase abolida por la ley (159). Aquel método impropio de distinguir los años por el nombre de un majistrado se mejoró con la fecha de una era permanente: adoptaron los griegos la creacion del mundo, segun la version de los Setenta (160) y los latinos desde el tiempo de Carlo-Magno, computan el tiempo desde el nacimiento de Jesucristo (161).

NOTAS

correspondientes al capítulo cuadrajésimo.

(1) Hay algunas dudas sobre la fecha de su nacimiento (Ludewijio in Vit. Justiniani p. 125); pero ninguna sobre el sitio — el distrito Bederiana — la aldea Tauresio, que luego decoró con su nombre y esplendor (D' Anville, Hist. de l' Académie etc. tom. XXXI, p. 287, 29).

(2) Los nombres de estos aldeanos dárdanos es gótico, y casi inglés: *Justiniano* es una traduccion de *uprauda* (*upright* íntegro); su

padre *Sabacio* (en griego bárbaro *stipes*) se nombraba en su aldea *Istoch* (*Stock* proveer) su madre Bigleniza se suavizó en Vijilancia.

(3) Ludewijio (p. 127-135) trata de justificar el nombre aniciano de Justiniano y Teodora, y relacionarlo con una familia de la cual desciende la casa de Austria.

(4) Véanse las anécdotas de Procopio (c. 6.) con las notas de N. Alemanus. El satírico no hubiera querido admitir la denominacion vaga de γέωργος, y βούκολος σύφορβος de Zonaras. Con todo ¿por qué son estos nombres vergonzosos? — ¿y qué baron jermano no se hubiera envanecido de descender del Eumeo de la Odisea? (*)

(*a*) San Martin duda del hecho en ambos casos. La ignorancia de Justino descansa en la historia secreta de Procopio, vol. VIII, p. 8. Notas de San Martin sobre Le Beau. — M.

(5) Procopio ensalza sus virtudes (Persic., l. I., c. 11). El cuestor Proclo era amigo de Justiniano, y enemigo de cualquiera otra adopcion.

(6) Maniqueo significa Eutiquiano. Oiganse las furiosas aclamaciones de Constantinopla y Tiro, la primera á los seis dias de la muerte de Anastasio. Esta causó la muerte del eunuco; la segunda la aplaudió (Baronio, A. 518, P. II, N.º 15. Fleury, Hist. Ecles., tom. VII, p. 200, 205, de los Concilios, tom. V., p. 182, 207).

(7) Su poder, carácter é intenciones, están perfectamente esplicados por el conde de Buat (tomo IX. p. 54, 81). Era nieto de Aspar, príncipe hereditario de la Escitia Menor, y conde de la federacion gótica de Tracia. Los Besios, sobre los que tenia influencia, son los Godos menores de Jornandès (c. 51).

(8) Justiniani patricii factione dicitur interfectus fuisse (Victor Turunensis, Chron. in Thesaur. Temp. Scaliger, P. II., p. 7). Procopio (Anécdot., c. 7), le denomina tirano, pero confiesa el ἀδελφοπιστια, que está bien esplicado por Alemanus.

(9) En su juventud (plane adolescens) habia estado algun tiempo como huésped de Teodorico. Sobre este hecho curioso cita Alemanus (ad Procop., Anecdot., c. 9, p. 34 de la primera edicion) una historia manuscrita de Justiniano, por su preceptor Teófilo. Ludewijio (p. 143) desea que sea soldado.

(*) Es bastante estravagante que, en nuestros dias, haya quien, aunque sea de chanza, reclame su descendencia directa del porquerizo divino, no la persona de un baron jermano, sino la de un profesor de la universidad Jonia. Constantino Koliades, ó algun burlon bajo este nombre, escribió un libro en fóleo para probar que Ulises era Homero, y el descendiente, el heredero, del Eumeo de la Odisea.—M.

(10) La historia eclesiástica de Justiniano se enseñará mas adelante. Véase Baronio, A. 518—521, y el estenso artículo *Justinianus* en el índice del tomo VII. de sus anales.

(11) El reinado de Justino el mayor puede hallarse en las tres crónicas de Marcelino, Victor y Juan Malala (tom. II., p. 130—150) el último de los cuales á (despecho de Hody, Prolegom. N.º 14, 39, edic. Oxon.) vivió poco despues de Justiniano. (Observaciones de Jortin, etc. vol. IV. p. 383). (*) en la Historia Eclesiástica de Evagrio (l. IV., c. 1., 2, 3, 9), y el Excerpta de Teodoro Lector (N.º 37), y en Cedreno (p. 362—366) y Zonara (l. XIV. p. 58—61), que puede mirarse como original.

(12) Véanse los caracteres de Procopio y Agatias en La Mothe le Vayer (tom. VIII, p. 144—174) Vosio (de Historicis Grœcis, l. II. c. 22), y Fabricio (Bibliot. Grœcis, l. V, c. 5., tom. VI, p. 248 278). Su relijion, un honroso problema, descubre conformidad con una secreta aficion al paganismo y á la filosofía.

(13) En los siete primeros libros, dos persas, dos vándalos y tres góticos, Procopio tomó de Apiano la division de las provincias y las guerras: el libro VIII, aunque lleva el nombre de gótico, es una miscelánea y suplemento hasta la primavera del año 553, desde el cual lo continua Agatias hasta 559 (Pagi, Crítica, A. 579, Nº 5).

(14) La fama literaria de Procopio ha sido algo desgraciada. 1. Sus libros de Bello Gothico se los robó Leonardo Aretin, y los publicó (Fulginii, 1470. Venet. 1471, apud Janson. Mattaire, Annal. Typograph. tom. I. edic. posterior, p. 290, 304, 279, 299) en su propio nombre (véase Vosio de Hist. Lat., l, III, c. 5 y la débil defensa de la Venice Giornale d' Letterati, tom. XIX, p. 207.) 2. Sus obras fueron mutiladas por los primeros traductores latinos Crisóstomo Persona (Giornasle, tom. XIX, p. 340—348) y Rafael de Volaterra (Huet, de Clari-Interpretibus, p. 166), quienes ni aun consultaron el manuscrito de la librería Vaticana, de que eran prefectos (Aleman. in Præfat. Anecdot.) 3. El texto griego no fué impreso hasta 1607, por Hoesquelio de Augsburgo (Diccionario de Bayle, tom. II, p. 782). 4. La edicion de Paris fué imperfectamente ejecutada por Claudio Maltret, jesuita de Tolosa (en 1663) muy inferior á la prensa de Louvre y del manuscrito del Vaticano, del cual, no obstante, obtuvo algunos suplementos. Sus prometidos comentarios, etc. nunca vieron la luz. El Agatias de Leyden (1594) ha sido esmeradamente reimpreso por el editor de París, con la version

(*) Dindorf, en su prefacio á la nueva edicion de Malala, p. VI, coincide con esta opinion de Gibbon, que era tambien la de Reiske, con respecto á la edad del cronista.—M.

latina de Buenaventura Vulcanio, instruido intérprete (Huet, p. 176) (*).

(15) Agatias in Præfat., p. 7, 8, l. IV. p. 137. Evagrio, l. IV. c. 12. Véase tambien Focio, cod. LXIII, p. 65.

(16) Κύρου παιδεία dice, Præfat. ad 1, de Edificiis περὶ κτισμάτων no es mas que Κύρου παιδία un equívoco. En estos cinco libros, Procopio afecta un estilo cortés y cristiano.

(17) Procopio se manifiesta (Præfat. ad Anecdot., c. 1, 2, 5) y las anécdotas están referidas en el libro nueve por Suidas (tom. III. p. 186, edic. Kuster.) El silencio de Evagrio es una pobre objecion. Baronio (A. 548, N.º 24) siente la pérdida de esta historia secreta: estaba entonces en la librería vaticana, bajo su custodia, y se publicó por primera vez diez y seis años despues de su muerte, con las notas eruditas y parciales de Nicolás Alemanus (Lugd. 1623).

(18) Justiniano un asno,—la imájen perfecta de Domiciano.— Anécdot., c. 8.—Los amantes de Teodora arrojados de su lecho por los demonios sus rivales;—su casamiento predicho con un gran demonio;—un fraile vió al príncipe de los demonios en el trono en lugar de Justiniano;—los criados que velaban vieron un rostro con otras facciones, un cuerpo sin cabeza que se paseaba, etc. etc. Procopio declara su opinion y la de sus amigos sobre estos cuentos diabólicos (c. 12.)

(19) Montesquieu (Considérations sur la Grandeur et la Decadence des Romains, c. XX) da crédito á estas anécdotas, por hallarse en relacion, 1. con la debilidad del imperio, y 2. con la instabilidad de las leyes de Justiniano.

(b) La anécdota de Procopio, comparada con las primeras obras del mismo autor, me parece la obra mas desgraciada de la literatura. Las guerras que describe en los primeros libros como gloriosas y necesarias, han sido inútiles y locos asesinatos; los edificios que elojia, como construidos en honor inmortal del gran emperador y su admirable reina, bien como embellecimiento de la ciudad, ó útiles fortificaciones para la defensa de la frontera, son obras de vana prodigalidad y mera ostentacion. Dudo si Gibbon ha hecho una concesion suficiente para la «malignidad» de la anécdota; en todo caso, el sumo abandono de Teodora en su juventud depende enteramente de este libelo virulento. — M.

(20) En cuanto á la vida y costumbres de la emperatriz Teodora, véanse las anécdotas; particularmente c. 1, 5, 9, 10, 15, 16, 17 con las instruidas notas de Alemanus,—referencia que siempre se infiere.

(21) Comito se casó luego con Sitas, duque de Armenia, el padre,

(*) Procopio forma parte de la nueva coleccion bizantina bajo la superintendencia de Dindorf.—M.

quizá, al menos ella podia ser la madre de la emperatriz Sofía. Dos sobrinos de Teodora debian ser los hijos de Anastasia (Aleman., p. 30, 31).

(22) Su estatua se colocó sobre una columna de pórfiro en Constantinopla. Véase Procopio (de Edif., l. I, c. 11), que hace su retrato en las anécdotas (c. 10). Aleman. (p. 47) copia uno de un mosáico de Ravena, adornado con perlas y alhajas, y aun hermoso.

(23) Alemanus suprimió un fragmento de las anécdotas (c. 9.), algo desnudo, aunque está en el manuscrito vaticano; y en las ediciones de París y Venecia no se ha correjido este defecto. La Motte le Vayer (tom. VIII., p. 155) fué el primero que habló de este pasaje curioso y original (Observaciones de Jortin, vol. IV, p. 336) que recibió de Roma, y desde entonces se ha publicado en la Menajiana (tom. III, p. 254-259) con una version latina.

(24) Procopio despues de mencionar un estrecho cinturon (pues ninguno podia presentarse enteramente desnudo en el teatro), prosigue así: ἀναπεπτωκυία τε ἐν τῷ ἐδάφει ὑπτία ἔκειτο. Θῆτες δὲ τινὲς.... κρίθας αὕτη υπερθεν τῶν αἰδοιῶν ἔῤῥιπτον, ἅς δε οἱ ἐς τοῦτο παρεσκευάσμενοι ἐτύγχανον, τοῖς στόμασιν ἔνθενδε κατὰ μίαν ἀνελὸμενοι εἴσθιον. He oido que un prelado instruido, ahora difunto, se complacia en citar este pasaje en su conversacion (*).

(25) Teodora aventajaba la Crispa de Ausonio (Epígram. LXXI), quien imitaba el capitalis luxus de las hembras de Nola. Véase Quintiliano Institut., VIII, 6; y Torrencio ad Horat. Sermon., l. I. sát. 2. v. 101. En una cena célebre, treinta esclavos servian á la mesa; diez jóvenes se regocijaban con Teodora. Su caridad era *universal*.

Et lassata viris, necdum satiata, recessit.

(26) Ἥδε κἀκ τρίων τρυπημάτον ἐργαζομένη ἐνεκάλει τῇ φύσει, δυσφορουμένη ὅτι δὲ μὴ καὶ τίττους αὕτη εὐρύτετον ἢ νῦν εἴσι τρυπῶη, ὅπως δυνάτη εἴη καὶ ἐκείνῃ ἐργάζεσθαι. Deseaba un *cuarto* altar en que pudiera hacer sus libaciones al dios del amor.

(27) Anonym. de Antiquitat. C. P., l. III, 132, in Banduri Imperium Orient., tom. I, p. 48. Ludewijio (p. 154) dice que Teodora no hubiera inmortalizado un burdel; pero aplicó este hecho á su segunda y mas casta residencia en Constantinopla.

(28) Véase la antigua ley en el Código Justiniano (l. V, tít. 5, ley 7, tít. XXVII, ley 1) en los años 336 á 454. El nuevo edicto (sobre el año 521 ó 522, Aleman. p. 38-96) rechaza torpemente nada mas que

(*) Gibbon debió recordar el axioma que cita en otra parte: Scelera ostendi oportet dum puniantur, abscondi flagitia.—M.

la cláusula de mulieres *scenicæ*, libertinæ, tabernariæ. Véanse las novelas 89 y 117 en un rescrito griego de Justiniano á los obispos. (Aleman. p. 41).

(29) Juro por el Padre, etc. por la vírjen María, y por los cuatro Evanjelios, quæ in manibus teneo, y por los santos arcánjeles Miguel y Gabriel, puram conscientiam germanumque servitium me servaturum, sacratissimis DD NN. Justiniano et Theodoræ conjugi ejus (Novell. VIII, tít. 3). ¿El juramento hubiera servido en favor de la viuda? Communes tituli et triumphi, etc. (Aleman. p. 47, 48).

(30) «Let greatness own her, and she's mean no more, etc. Sin el telescopio crítico de Warburton, nunca hubiera echado de ver, en la pintura jeneral del vicio triunfante, ninguna alusion personal á Teodora.

(31) Sus prisiones, un laberinto, un Tártaro (Anecdot., c. 4) estaban debajo del palacio. La oscuridad es propia para la crueldad; pero tambien es favorable á la calumnia y la ficcion.

(32) Saturnino fué azotado por suponerse que habia dicho que su mujer, favorita de la emperatriz, no se habia hallado ἄτρητος (Anecdot., c. 17.)

(33) Per viventem in sæcula excoriari te faciam. Anastasio de Vitis Pont. Roman. in Virjilio, p. 40.

(34) Ludewijio, p. 161-166. Le doy crédito por su tentativa caritativa, aunque su jenio no lo era.

(35) Compárense las Anécdotas (c. 17) con el Edifices (l. I, c. 9)— de cuan diferente modo puede sentarse el hecho. Juan Malala (tom. II, p. 174, 175 dice, que en esta ocasion ó en otra semejante, libró y vistió las muchachas que habia sacado del burdel á cinco aurei cada una.

(36) Novel. VIII, 1. Una alusion á Teodora. Sus enemigos leian el nombre Dœmonodora (Aleman. p. 66).

(37) San Sabas rehusó rogar por un hijo de Teodora, á menos que señalase un hereje mayor que Anastasio (Cyril. in Vit. S. Sabbæ, apud Aleman., p. 70, 109).

(38) Véase Juan Malala, tom. II. p. 174. Teofanes, p. 158. Procopio de Edific., l. V, c. 3.

(39) Theodora Chalcedonensis synodi inimica canceris plaga toto corpore perjura vitam prodigiose finivit. (Victor Turunensis in Chron.) En semejantes ocasiones, un entendimiento ortodojo se endurece contra la piedad. Alemanus (p. 12, 13) entiende el εὐσεβῶς ἐκοιμήθη de Teofanes como lenguaje civil, que no encierra ni piedad ni arrepentimiento; con todo, dos años despues de su muerte, se celebró Santa Teodora por Pablo Silenciario (in Proem. v. 58-62).

(40) Como habia perseguido á los papas, y desechado un concilio, Baronio agota los nombres de Eva, Dalila, Herodias, etc. tras los cuales recurre á su diccionario infernal, civis inferni—alumna dœmonum—satanico agitata spiritu—œstro percita diabolico, etc. etc. (A. 548, N.º 24).

(41) Léase el libro XXIII de la Iliada, en que hay un vivo retrato de las costumbres, pasiones, y la forma y carácter de la raza de los carros. La disertacion de West sobre los Juegos Olímpicos (sect. XII—XVII) suministra muchos apuntes curiosos y auténticos.

(42) Los cuatro colores, *albati*, *russati*, *prasini*, *veneti*, representan las cuatro estaciones, segun Casiodoro (Bar. III, 51), quien abunda en talento y elocuencia sobre este misterio teatral. Los tres primeros colores pueden traducirse *blanco*, *encarnado* y *verde*. *Venetus* se esplica por *cœruleus*, palabra variada y vaga; es propiamente el celaje reflejado en la mar; pero el uso y la conveniencia han adoptado el *azul* como un equivalente (Robert. Stephan. sub voce. Polymetis de Spence, p. 228).

(43) Véase Onufrio Panvinio de Ludis Circensibus, l. I. c. 10, 11; la anotacion XVII sobre la historia de los Jermanos por Mascou; y Aleman ad c. VII.

(44) Marcellin. in Chron., p. 47. En vez de la palabra vulgar *veneta*, echa mano del término mas escojido *cœrulea* y *cœrealis*. Baronio (A. 501, N.º 4, 5, 6), está contento porque los azules eran ortodojos; pero Tillemont se irrita á esta suposicion, y no quiere conceder ningun mártir en un teatro (Hist. des Emp., tom. VI, p. 554).

(45) Véase Procopio (Perisic., l. I, c. 24). Al describir los vicios de las facciones y del gobierno, el público no se muestra mas favorable que el secreto historiador. Aleman. (p. 26) cita un hermoso pasaje de Gregorio de Nazianzeno, que prueba lo inveterado del mal.

(46) La parcialidad de Justiniano por los azules (Anécdot., c. 7), está confirmada por Evagrio (Hist. Ecles., l. IV, c. 32), Juan Malala (tom. II, p. 138; 139), especialmente por Antíoco, y Teofanes (p. 142).

(47) Una mujer (dice Procopio), que fué cojida y casi arrebatada por un azul, se arrojó en el Bósforo. Los obispos de la segunda Siria (Aleman p. 26) deploran un suicidio semejante, al crímen ó gloria de la castidad femenina, y nombran la heroina.

(48) El crédito dudoso de Procopio (Anecdot., c. 17) está sostenido por el menos parcial de Evagrio, quien confirma el hecho, y especifica los nombres. Juan Malala (tom. II, p. 139) refiere el trájico fin del prefecto de Constantinopla.

(49) Véase Juan Malala (tom. II, p. 147) con todo confiesa que Jus-

tiniano estaba unido á los azules. Procopio (Anécdot., c. 40) mira quizá con demasiados zelos á la aparente desavenencia entre el emperador y Teodora. Véase Aleman. Prefat., p. 6.

(50) Este diálogo, conservado por Teofanes, manifiesta el lenguaje popular, así como las costumbres de Constantinopla en el siglo sexto. Su griego está mezclado con muchas palabras bárbaras y estrañas, á las cuales Ducange no siempre halla un significado ó etimolojía.

(51) Véase esta iglesia y monasterio en Ducange, C. P. Christiana, l. IV, p. 182.

(52) La historia de la sedicion de *Nika* está estractada de Marcelino (in Chron). Procopio (Persic., l. I, c. 26), Juan Malala (tom. II, p. 213-218), Chron. Paschal. (p. 336-340), Teofanes (Chronograph., p. 154-158), y Zonaras (l. XIV, p. 61-63).

(53) Marcelino dice en términos jenerales: innumeris populis in circo trucidatis. Procopio enumera 30,000 víctimas, y las 35,000 de Teofanes se aumentan hasta 40,000 por el mas reciente Zonaras. Tal es el progreso usual de la exajeracion.

(54) Hiérocles, contemporáneo de Justiniano, compuso su Σύνδεχμος (Itineraria, p. 631) ó revista de las provincias y ciudades orientales, antes del año 535 (Wesseling., in Præfat. y Not. ad p. 623, etc.)

(55) Véase el libro del Jénesis (XII, 10) y la administracion de Josefo. Los anales de los Griegos y Hebreos concuerdan sobre las artes y abundancia de Ejipto; pero esta antigüedad supone una larga serie de adelantos; y Warburton, que se halla casi ahogado por el hebreo, llama á gritos por la cronolojía samaritana (Divine Legation, vol. III, p. 29, etc. (*).

(56) Ocho millones de modios romanos, además de una contribucion de 80.000 aurei para los gastos de la conduccion del agua, de la que el súbdito estaba exento. Véase el Edicto XIII de Justiniano: los números están verificados por la concordancia de los textos griego y latino.

(57) Iliada de Homero, VI, 289. Estos velos, πέπλοι παμποκίλοι, estaban hechos por las mujeres de Sidonia. Pero este pasaje hace mas honor á las manufacturas que á la navegacion de Fenicia, de donde habian sido introducidos en Troya por barcos frijios.

(58) Véase en Ovidio (de Arte Amandi, III, 269, etc.) una lista poé-

(*) Los estraordinarios descubrimientos hechos recientemente de antigüedades ejipcias confirman fuertemente el alto grado de la civilizacion ejipcia, y exije un período mas largo para su desarrollo. La cronolojía hebrea comun, en cuanto es posible el demostrarlo, me parece que ha sido arreglada, por una mira particular, por los Judíos de Tiberias. No era la cronolojía de los Samaritanos, ni la de los Setenta, ni la de Josefo, ni la de San Pablo. – M.

tica de doce colores tomados de las flores, los elementos etc. Pero es casi imposible el diferenciar con palabras los varios matices tanto del arte como de la naturaleza.

(59) Con el descubrimiento de la cochinilla, etc. aventajamos los colores de la antigüedad. Su púrpura real tenia un olor muy fuerte y un color oscuro como sangre de toro:—obscuritas ruberis (dice Casiodoro, Var, 1, 2) nigredo sanguinea. El presidente Goguet (Orígine des Lois et des Arts, part. II, l. II, c. 2, p. 184-215) entretiene y satisface al lector. Dudo que este libro, particularmente en Inglaterra, sea tan conocido como merece.

(60) Se han producido pruebas históricas de estos zelos y pudieran añadirse otras muchas; pero los actos arbitrarios de despotismo se justificaban por las declaraciones moderadas y jenerales de la ley (Codex Theodosian., l. X, tít. 21, leg. 3. Codex Justinian., l. XI, tít. 8, leg. 5). Habia una restriccion necesaria para conceder el permiso vergonzoso á las *mimæ*, bailarinas (Cod. Theodos., l. XV, tít. 7, leg. 11).

(61) En la historia de los insectos (mucho mas maravillosa que las metamórfosis de Ovidio) el gusano de seda está colocado en un punto sospechoso. El sedero de la Isla de Ceos, está descrito por Plinio (Hist. Natur. XI, 26, 27, con las notas de dos instruidos jesuitas, Hardouin y Brotier); puede ser aclarado por unas especies semejantes de la China (Memoires sur les Chinois, tom. II, p. 575-579); pero nuestro gusano de seda y la morera eran enteramente desconocidos á Teofrasto y Plinio.

(62) Georgic. II, 121. Serica quando venerint in usum planissimè non scio: suspicor tamen in Julii Cæsaris ævo, nam ante non invenio, dice Justo Lipsio (Excursus I, ad Facit. Annal., II, 32). Véase Dion Casio (XLIII, p. 358, edic. Reimar), y Pausanias (l. VI, p. 519), el primero que describió aunque de un modo estraño, el insecto de Seric.

(63) Tam logingue orbe petitur, ut in publico matrona transluceat.... ut denudet fæminas vestis (Plin, VI, 20, XI, 21). Varron y Publio Siro habian representado en el Toga vitrea, ventus terilis, y nebula línea (Horat. Sermon. I, 2, 101, con las notas de Florencio y Dacier).

(c) Gibbon debió escribir telas *trasparentes* y matronas *desnudas*. Aunque es á veces afectado, nunca es inexacto.—M.

(64) Sobre el tejido, colores, nombres y uso de la seda, y adornos de hilo de la antigüedad, véanse las profundas, difusas y oscuras observaciones del gran Salmacio (in Hist. August., p. 127, 309, 310, 339, 341, 342, 344, 388, 391, 395, 513), que ignoraba el comercio mas usual de Dijon ó Leydena

(65) Flavio Vopisco in Aurelian., c. 45, in Hist. August., p. 224. Véase Salmasio ad. Hist. Aug., p. 392 y Plinian. Exercitat. in Solinum,

p. 694, 695. Las anécdotas de Procopio (c. 25) establecen de un modo imperfecto y parcial el precio de la seda en tiempo de Justiniano.

(66) Procopio de Edifi., l. III, c. 1. Estas *pinnes de mer* se hallan cerca de Esmirna, Sicilia, Corsica y Minorca; y al papa Benedicto XIV le regalaron un par de guantes de su seda.

(67) Procopio, Persic, l. I, c. 20, l. II, c. 25. Gothic., l. IV, c. 17. Meneando in Exerpt. Legat., p. 107. Isidoro de Charax (in Stathmis Parthicis, p. 7, 8, in Hudson, Geograph. Minor, tom. II) marcó los caminos del império pártico ó persa, Aniano Marcelino (l. XXIII, c. 6, p. 400 enumera las provincias (*).

(68) La ciega admiracion de los jesuitas confunde los diferentes períodos de la historia china. M. Guigues (Hist. des Huns, tom. I, part. I en las tablas, part. II, en la Jeografía. Mémoires de l' Académie des Inscriptions, tom. XXXII, XXXVI, XLII, XLIII) los distingue mas críticamente, y descubre los progresos graduales de la verdad de los Anales y la estension de la monarquía, hasta la era cristiana. Ha investigado con curiosidad las conexiones de la China con las naciones de Occidente; pero estas conexiones son lijeras, casuales i oscuras; ni los Romanos sospecharon que los Seres ó Sinæ poseyesen un imperio de ningun modo inferior al suyo (**).

(69) Los caminos de China á Persia y el Indostan pueden investigarse en las relaciones de Hackluyt y Thevenot (los embajadores de Sharckh, Antonio Jenkinson, el Padre Greuber, etc. Véanse tambien los Viajes de Hamvay, vol. I, p. 345-357). Ultimamente los soberanos ingleses de Bengala han esplotado una comunicacion por Thibet.

(70) Sobre la navegacion china á Malaca y Aquin quizá á Ceylon, véase Renaudot (los dos Viajeros Mahometanos, p. 8-11, 13-17, 141-157), Dampier (vol. II, p. 136). la Hist. Philosophique des deux Indes (tom. I, p. 98), y Hist. Générale des Voyajes (tom. VI, p. 201).

(71) El conocimiento, ó mas bien la ignorancia de Estrabon, Plinio, Tolomeo, Arriano, Marciano, etc. de los paises orientales del Cabo Comorin, está esmeradamente ilustrado por D. Anville (Antiquité Géographique de l' Inde, particularmente p. 161-198). Nuestra jeografía de la la India se ha mejorado por el comercio y las conquistas; y ha sido ilustrada por los escelentes mapas y memorias del mayor Rennel. Si estien-

(*) Véase San Martin. Mém. sur l' Arménie, vol. II, p. 41.—M.

(**) En la nueva edicion de Malte-Brun (vol. VI, p. 368, 383) se halla un estracto de las varias opiniones de los escritores modernos é instruidos, Gosselin, Mannert, Lelewel, Malte-Brun, Heeren y La Treille, sobre la Serica y el Thinœ de los antiguos.

de la esfera de sus investigaciones con el mismo talento y sagacidad, alcanzará y aun aventajará al primer jeógrafo moderno.

(72) La Taprobane de Plinio (VI, 24), Solino (c. 53), y Salmas., Pliniana Exercitat. (p. 781, 782), y la mayor parte de los antiguos, que á menudo confunden las islas de Ceylan y Sumatra, está mas claramente descrito por Cosmas Indicopleustes; y aun el topógrafo cristiano ha exajerado sus dimensiones. Su informe sobre el comercio indio y chino es raro y curioso (l. II, p. 138, l. II, p. 337, 338, edic. Montfaucon).

(73) Véase Procopio, Persic. (l. II, c. 20). Cosmas nos suministra algunos conocimientos interesantes del puerto y la inscripcion de Adulis (Topograph. Christ., l. II, p. 138, 140-143) y del comercio de los Arumitas á lo largo de la Costa africana de Barbaria ó Zinji (p. 138, 139), y hasta Taprobane (l. XI, p. 339).

(d) M. Salt obtuvo noticias de unas ruinas de una antigua ciudad cerca de Zulla, llamada Azoole, que corresponde á la situacion de Adulis. M. Salt cayó enfermo y envió en su lugar á M. Stuart; pero los zelos de los naturales le impidieron el investigar estas ruinas: no queda ninguna duda acerca de su existencia. Segundo Viaje de Salt, p. 452.—M.

(74) Véanse las misiones cristianas en la India, en Cosmas (l. III, p. 178, 179, l. XI, p. 337), y consúltese Asseman. Bibliot. Orient. (tom. IV, p. 413-548).

(75) La invencion, manufactura, y uso jeneral de la seda en China, puede verse en Duhalde (Description générale de la Chine, tom. II, p. 165, 205-223) La provincia de Chekian es la mas nombrada tanto en cantidad, como en cualidad.

(76) Procopio (l. VIII, Gotich. IV, c. 17. Teofanes Byzant. apud Phot. Cod. LXXXIV, p. 38. Zonaras, tom. II, l. XIV, p. 69). Pagi (tom. II, p. 602) asigna al año 552 esta memorable importacion. Meneandro (in Excerpt. Legat., p. 107) menciona la admiracion de los Sogdoytes: y Teofilacto Simocatta (l. VII, c. 9) representa confusamente los dos reinos rivales en *(China)* el pais de la seda.

(77) Cosmas llamado el Indicopleustes, ó el navegante indio, verificó su viaje sobre el año 522 y compuso en Alejandría entre los años 535 y 547 la Topografía cristiana (Montfaucon, Præfat. c. 1), en la que refuta la impía opinion, que la tierra es un globo; y Focio leyó esta obra que encierra (Cod. XXXVI, p. 9, 10) las preocupaciones de un fraile, con el talento de un comerciante, la parte mas apreciable se publicó en francés y en griego por Melchisedec Thevenot (Relations Curieuses, part. 1) y desde entónces se ha publicado el todo en una hermosa edicion por el Padre Montfaucon (Nova Collectio Patrum, Paris, 1707, 2 vols. in folio,

tom. II, p. 113-346). Pero el editor, un teólogo, debia sonrojarse de no haber descubierto la herejía nestoriana de Cosmas, que ha sido revelada por La Croze (Christianisme des Indes, tom. I, p. 40-56).

(e) Véase el carácter de Anastasio en Joannes Lydus, de Magistratibus, l. III, c. 45, 46, p. 230-232. Dicen que su economía dejeneró en parsimonia. Se le acusa de haber quitado á las autoridades municipales (los decuriones) de las ciudades del Oriente el cobro de las contribuciones y pago de la tropa, confiándolo á un oficial llamado Mano. Pero confiesa que la renta imperial se aumentó con esta medida. Se erijió á Anastasio una estátua de hierro en el Hipodromo, en la que una mañana apareció este pasquin.

Εἰκόνα σοὶ, βασιλεῦ κοσμόφθορε, τήνδε σιδήρου
Στήσαμεν, ὡς χαλκῆς (οὖσαν,) ἀτιμοτέραν (πολλόν, Anth.),
Ἀντὶ φόνου, πενίης τ' ὀλοῆς, λιμοῦ τε καὶ ὀργῆς
Ἧ (οἷς, Anth.) πάντα φθείρει σὴ φιλοχρημοσύνη.
Γείτονα δὴ Σκύλλης ὁ λοὴν ἀνέθεντο Χάρυβδιν,
Ἄγριον ὠμηστὴν τοῦτον Ἀναστάσιον.
Δείδιθι καὶ σὺ, Σκύλλα, τεαῖς φρεσὶ, μή σε καὶ αυτὴν
Βρώξῃ, χαλκείην δαίμονα κερματίσας.

Este epígrama se halla tambien en la Antolojía. Jacobo, vol. IV, p. 104, con algunos otros pasajes mejores.

This iron statue meetly do we place,
To thee, world wasting king, than brass more base.
For all the death, the penury, famine, woe,
Than from thy wides destroying avarice flow.
This fell Charybdis, Scylla, near to thee,
This fierce devauring Anastasius, see;
And tremble, Scylla! on thee, too, his gred,
Coining thy brazen deity, may feed.

Pero Lido, con la inconsecuencia acostumbrada de semejantes escritores, pinta el carácter de Anastasio como adornado con casi todas las virtudes, sin esceptuar la mayor liberalidad. La muerte le impidió de aliviar enteramente á sus súbditos del derecho de capitacion que habia disminuido considerablemente. — M.

(78) Evagrio (l. III, c. 39 40) es minucioso y agradecido; pero se enoja con Zósimo porque calumnia al gran Constantino. En recopilando todas las obligaciones y rejistros de la contribucion, la humanidad de Anastasio era activa y astuta, los padres á veces se veian obligados á prostituir á sus hijas (Zósimo Hist. l. II, c. 38, p. 165, 166, Lipsiæ, 1784). Timoteo de Gaza escojió este pasaje como asunto de una trajedia

(Suidas, tom. III, p. 475), lo que contribuyó á la abolicion de la contribucion (Cedreno, p. 35), un ejemplo afortunado (si es verdad) para el teatro.

(79) Véase Josua Stylites, en la Biblioteca Orientalis de Asseman (tom. I, p. 268). La crónica de Edesa menciona muy por encima este derecho de capitacion.

(80) Procopio (Anecdot., c. 19) fija esta suma del rejistro de los mismos tesoreros. Tiberio tenia *vicies ter millies*; pero su imperio era muy diferente del de Anastasio.

(81) Evagrio (l. IV, c. 30) en la jeneracion siguiente, era moderado y bien informado; Zonaras (l. XIV, c. 61); en el siglo doce, habia leido con cuidado y aun sin preocupacion, con todos sus colores son tan oscuros como los de las Anécdotas.

(82) Procopio (Anecdot., c. 30) refiere las conjeturas de la época. La muerte de Justiniano, dice el historiador secreto, espondrá su riqueza ó pobreza.

(83) Véase Coripo de Laudibus Justini Aug, l. II, 260, etc. 384, etc.

«Plurima sunt vive nimium neglecta parenti,
«Unde tot exhaustus contraxit debita fiscus.»

Se llevaron centenares de oro por brazos robustos al Hipodromo:

«Debita persolvit, genitoris cauta recepit.»

(84) Las Anécdotas (c. 11-14, 18, 20-30) suministra muchos hechos y mas quejas. (*)

(*) La obra de Lido de Magistratibus (publicada por Hase en Paris, 1812, y reimpresa en la nueva edicion de los historiadores bizantinos), se escribió durante el reinado de Justiniano. Esta obra de Lido no aclara mucho la temprana historia de la majistratura romana, pero trae algunos detalles curiosos de los cambios y supresiones de empleos del estado, durante su época. La historia personal del autor, con la relacion de sus rápidos adelantos y los emolumentos de los diferentes empleos que disfrutó, con el amargo sentimiento que manifiesta, al hallarse á la altura que ambicionaba, en un cargo sin paga, es una escelente ilustracion de este gobierno. Gibbon anteriormente, c. IV, n.º 45, y c. XVII, n.º 112, describe el progreso de un ciudadano romano en los honores del estado durante el imperio; los pasos por los que Lido llegó á su humilde encumbramiento, puede tambien aclarar el servicio civil en aquella época. Fué recibido primero en el despacho del prefecto pretoriano; luego notario en el mismo despacho, y en un año recojió 1.000 solidi de oro, y esto sin estorsion. Su colocacion é influencia le proporcionó una esposa que le trajo en dote 400 libras de oro. Fué nombrado jefe cartulario, con un estipendio anual de 24 solidi, y considerables emolumentos por los varios servicios que hacia. Ascendió á un Au-

(85) Uno para Escitópolis, capital de la segunda Palestina, y doce para el resto de la provincia. Aleman. (p. 59) copia este hecho de un manuscrito de la vida de San Sabas, por su discípulo Cirilo; en la librería vaticana, y publicado desde entónces por Cotelerio.

(86) Juan Malala (tom. II, p. 232) menciona la carencia de pan, y Zonaras (l. XIV p. 63) las pipas de plomo, que Justiniano, ó sus sirvientes, robaron de los acueductos.

(j) Hullman (Geschichte des Byzantinischen Handels, p. 15) dice que el despotismo del gobierno se agravaba por la insaciable rapacidad de los oficiales. Este monopolio, aun del grano, vino y aceite, estaba en su mayor fuerza por el tiempo de la primera cruzada. —M.

(87) Por un aureo, la sexta parte de una onza de oro, en vez de 210 no daban mas que 180 folles, ó onzas de cobre. Una desproporcion en la moneda mas baja que el precio del mercado debe producir muy luego la escasez de la moneda menuda. En Inglaterra, *doce* dineros en cobre, no se hubieran vendido mas que por *siete* dineros (Investigaciones de Smith sobre la riqueza de las Naciones, (vol. I, p. 49). Sobre la acuñacion del oro de Justiniano, véase Evagrio (l. IV, c. 30).

(88) El juramento esta concebido en los términos mas formidables (Novell. VIII, tit. 3). Los perjuros imprecaban sobre sí mismos, quicquid habent telorum armamentaria cœli; la parte de Judas, la lepra de Jiezi, el temblor de Cain, etc. además de los sufrimientos temporales.

(89) Luciano de Eudamidas de Corinto refiere un acto de amistad semejante, ó aun mas jeneroso (in Toxare, c. 22, 23, tom. II, p. 530),

gustalis, y finalmente á la dignidad de Cornículo, el puesto mas elevado y lucrativo en el departamento. Pero el prefecto pretoriano habia sido depuesto gradualmente de su poder y sus honores. Perdió la superintendencia del suministro y construccion de armas; el cargo sin intervencion de los puestos públicos; el reclutamiento de las tropas; el mando del ejército en tiempo de guerra, cuando el emperador dejaba de mandarlo nominalmente, pues realmente siempre lo hacia el prefecto pretoriano; el cuidado de la manutencion de las tropas que recayó en el magister aulæ. Al fin este empleo quedó tan reducido en sus funciones, que fué casi abolido (véase de Magist., L. III, c. 40, páj. 220, etc.). Esta disminucion en el empleo del prefecto privó á los oficiales subordinados de sus emolumentos, y Lido no solo no sacó ningun provecho de su dignidad, sino que gastó para sostenerla todos sus ahorros.

Lido refiere gravemente esta calamidad, y segun él la considera, degradacion fatal del cargo pretoriano en la alteracion del estilo en los documentos oficiales de latino en griego; refiriéndose á una profecía de un tal Fonteyo, que atribuye la ruina del imperio romano al abandono de su idioma. Lido debia únicamente sus acensos al conocimiento del latin.—M.

y la historia produjo una comedia de Fontenelle, injeniosa, aunque sin enerjía.

(90) Juan Malala, tom. II, p. 101, 102, 103.

(91) Uno de estos, Anatolio, pereció en un terremoto sin duda alguna un juicio. Las quejas y clamores del pueblo en Agathias (l. V, p. 146, 147) son casi el eco de la anécdota. El aliena pecunia reddenda de Coripo (l. II, p. 381, etc.) no hace mucho honor á la memoria de Justiniano.

(92) Véase la historia y carácter de Juan de Capadocia en Procopio (Persic., l. I, c. 24, 25, l. II, c. 30. Vandal., l. I, c. 13. Anecdot., c. 2, 17, 22). Lo acorde que está la historia con las anécdotas es una herida mortal para la reputacion del prefecto.

(g) Esta ojeada particularmente sobre la crueldad de Juan de Capadocia, está confirmada por el testimonio de Juan Lido que era empleado subalterno del prefecto, y testigo de los tormentos que hacia sufrir á los miserables deudores, ó supuestos, del estado. Cita el ejemplo de un anciano respetable, á quien conocia particularmente, y que habiéndosele sospechado que tenia dinero, fué colgado por las manos hasta que espiró. Lido de Magist. lib. III, c. 57, p. 254. —M.

(93) Οὐ γὰρ ἄλλο οὐδὲν ἐς γραμμαστιστοῦ φοιτῶν ἔμαθεν, ὅτι μὴ γράμματα, καὶ ταῦτα κακὰ κακῶς γράψαι.

(h) Juan Lido es difuso sobre este asunto, lib. III, c. 65, p. 268. La virtud indignada de Lido parece estimularse con la pérdida de sus empleados, que atribuye á las innovaciones del ministro. —M.

(i) Segun Lido, Teodora manifestó á Justiniano los crímenes é impopularidad del ministro; pero el emperador no tuvo valor para destituir y reemplazar á un servidor, bajo cuyo cuidado sus rentas parecian prosperar. Atribuye la sedicion é incendio llamado νίκα (véase p. 84) al resentimiento popular contra la tiranía de Juan, lib. III, c. 70, p. 278. Desgraciadamente hay una gran laguna en su obra en este período. —M.

(94) La cronolojía de Procopio es oscura; pero con ayuda de Pagi veo que Juan fué nombrado prefecto pretoriano de Oriente en el año 530; que fué destituido en enero de 522 repuesto antes de junio de 533, desterrado en 541, y vuelto á llamar entre junio de 548 y abril de 549. Aleman (p. 96, 97) da la lista de sus diez sucesores una serie rápida en parte de un solo reinado (*).

(95) Luciano (in Hippia, c. 2) y Galeno (l. III de Temperamentis, tom. I, p. 81, edic. Basil.) colocan este incendio en el siglo segundo. Mil años despues, afirma positivamente Zonaras (l. IX, c. 424 apoyándose

(*) Lido da una idea aventajada de Focas su sucesor, t. III, c. 75, p. 288.-M.

en la autoridad de Dion Casio, por Tzetzes (Chiliad II, 119 etc.) Eustaquio (ad Iliad. E. p. 338), y el escolástico de Luciano. Véase Fabricio (Bibliot. Grœc., l. III, c. 22, tom. II, p. 551, 552) á quien estoy mas ó menos obligado por varias de estas citas.

(96) Zonaras (l. XIV, p. 55) afirma el hecho, sin citar ningun testimonio.

(97) Tzetzes describe el artificio de estos cristales ardientes, que habia leido, quizá sin mucha inteligencia, en un tratado de matemáticas de Antemio. Este tratado περὶ παραδόξων μηχανημάτων, ha sido publicado últimamente traducido é ilustrado por Mr. Dupuys, estudiante y matemático (Mémoires de l' Académie des Inscriptions, tom. XLII, p. 392-451).

(98) En el sitio de Siracusa, por el silencio de Polibio, Plutarco, y Livio; en el sitio de Constantinopla, por el de Marcelino y todos los contemporáneos del siglo sexto.

(99) Sin previo conocimiento de Tzetzes ó Antemio, el inmortal Buffon habia ideado y compuesto una porcion de cristales ardientes, con los que podia incendiar la madera á la distancia de 200 pies (Supplement à l' Hist. Naturelle, tom. I, p. 399-483, 4.ª edicion). ¿Qué milagros no hubiera obrado su jénio en beneficio del público, con los gastos pagados por el erario, y bajo la influencia del ardiente sol de Constantinopla ó Siracusa?

(100) Juan Malala (tom. II, p. 120-124), refiere el hecho; pero parece confundir los nombres de Proclo y Marino.

(101) Agathas, l. V, p. 149-152. Procopio (de Edif. l. I, c. 1). y Paulo Silenciario (part. I, 134, etc.) ensalza el mérito de Antemio como arquitecto.

(102) Véase Procopio (de Edificiis, l. I, c. 1, 2, l. II, c. 3). Refiere una coincidencia de sueños, que hace sospechar algun fraude en Justiniano ó su arquitecto. Ambos vieron en una vision, el mismo plan para contener la inundacion en Dara. Se le reveló al emperador una cantera cerca de Jerusalen (l. V, c. 6): se engañó á un ángel con la custodia perpetua de Santa Sofía (Anonym. de Antig. C. P. l. IV. p. 70).

(103) Entre el sin número de antiguos y modernos que han celebrado el edificio de Santa Sofía, distinguiré los siguientes: 1. cuatro espectadores é historiadores originales: Procopio (de Edific., l. I, c. 1), Agatius (l. V. p. 152, 153), Pablo Silenciario (en un poema de 1026 hexámetros, ad calcem Annæ Comnen. Alexiad.), y Evagrio (l. IV, c. 31). 2. Dos leyendistas griegos de un período mas moderno; Jorje Codino (de Origin. C. P. p. 64-74), y el escritor anónimo de Banduri (Imp. Orient. tom. I, l. IV, p. 65-80). 3. El gran anticuario bizantino, Du-

cange (Comment. ad Paul Silentiar., p. 525-598, y C. P. Christ., l. III. p. 5-78). 4 Dos viajeros franceses, el uno, Pedro Jilio (de Topographie C. P., l. II, c. 3, 4) en el XVI; el otro, Grelot (Voyage de C. P. p. 95-164, Paris, 1680, en 4.º): ha dado planos, prospectos y vistas interiores de Santa Sofía; y sus planos, aunque en escala menor, parecen mas correctos que los de Ducange. He adoptado y reducido las medidas de Grelot; pero como ningun cristiano puede hoy dia subir á la cúpula, la altura está tomada de Evagrio, comparada con Jilio, Greaves, y el jeógrafo oriental.

104) El templo de Salomon está rodeado de patios, pórticos, etc.; pero la verdadera estructura de la casa de Dios no era mas que (si tomamos el cúbito ejipcio ó hebreo de 33 pulgadas) 55 piés de alto, $36^{2}/_{3}$ de ancho y 110 de largo una pequeña iglesia parroquial, dice Prideaux (Conexion, vol. I, p. 144 folio); pero pocos santuarios podrian valuarse en veinte ó veinte y cinco millones de duros (*).

(105) Pablo Silenciario, en lenguaje oscuro y poético, describe las varias piedras y mármoles empleados en el edificio de Santa Sofía. (P. II, p. 129, 133, etc. etc.,): 1 La *Caristia* pálida con venas de hierro. 2. La *Frigia*, de dos clases, ambos de un fondo rosa; la una con vetas blancas, la otra de púrpura, con flores de plata. 3. El *Porfiro de Egipto* con estrellas pequeñas. 4. El *mármol verde de Laconia*. 5. El *Cario* del monte Iasis, con venas oblícuas blancas y encarnadas. 6. El *Lidio* pálido con flor encarnada. 7. El *Africano* ó *Mauritano*, con un fondo de oro ó azafran. 8. El *Céltico*-negro con venas blancas. 9. El *Bósforo* blanco con cantos negros. Además el Proconesiano, que forma el pavimento; el *Tesaliano* y *Molosiano*, etc. que no están tan notablemente pintados.

(106) Los seis libros de Edificiis de Procopio están así distribuidos: el *primero*, se limita á Constantinopla; el *segundo*, incluye Mesopotamia y Siria; el *tercero*, Armenia y el Euxino; el *cuarto*, Europa; el *quinto*, Asia Menor y Palestina; el *sexto*, Egipto y Africa. Italia queda olvidada por el emperador ó el historiador, que publicó esta obra de adulacion antes de la fecha (A. 555) de su conquista final.

(107) Justiniano dió una vez cuarenta y cinco centenarios de oro (900.000 duros) para reparar los daños causados en Antioquía por un terremoto (Juan Malala, tom, II, p. 146-149).

(108) Sobre el Heræum, el palacio de Teodora, véase Jilio (de Bósphoro Thracio, l. III, c. XI), Aleman. (Not. ad Anec. p. 80, 81, quien cita varias epígramas de la Antolojía), y Ducange (C. P. Christ., l. IV, c. 13, p. 175, 176).

(1) Hist. de los Judíos, vol. I, páj. 257.—M.

(109) Compárese en el Edifices (l. I, c. 11) y en las Anécdotas (c. 8, 15), los diferentes estilos de adulacion y malevolencia: despojado de la pintura, ó limpio de la suciedad, el hecho me parece que viene á ser el mismo.

(110) Procopio, l. VIII, 29; probablemente un estranjero y viandante, como el Mediterráneo no cria ballenas. Balænæ quoque in nostra maria penetrant (Plin. Hist. Natur. IX, 2). Entre el círculo polar y el trópico, los animales cetáceos del Océano tienen 50, 80 ó 100 piés de largo (Hist. des Voyages, tom. XV, p. 289. Zoología Británica de Pennant, vol. III, p. 35).

(111) Montesquieu observa (tom. III, p. 503. Considerations sur la Grandeur et la Décadence des Romains, c. XX), que el imperio de Justiniano era como la Francia en la época de las incursiones de los Normandos, nunca tan débil como cuando todas las aldeas estaban fortificadas.

(112) Procopio afirma (l. IV, c. 6) que el curso del Danubio fué interrumpido por las ruinas del puente. Si Apolodoro, el arquitecto, hubiese dejado una descripcion de su propia obra, las fábulas, maravillosas, de Dion Casio (l. XVIII, p. 1129) hubieran sido rectificadas por la reseña orijinal. El puente de Trajano constaba de veinte ó veinte y dos pilares de piedra con arcos de madera; el rio no es caudaloso, la corriente mansa, y todo el trecho no mas que de 443 (Reimar ad Dion, de Marsigli) á 515 *toesas* (D' Anville, Geographie Ancienne, tom. I, p. 305).

(113) De las dos Dacias, *Mediterranea* y *Ripensis*, Dardania, Prevalitana, la segunda Mæsia, y la segunda Macedonia. Véase Justiniano (Novell. XI), quien habla de su castillo pasado el Danubio, y de homines semper bellicis sudoribus inhærentes.

(114) Véase D' Anville (Mémoires de l' Académie, etc., tom. XXXI, p. 289, 290; Rycaut, Actual Estado del Imperio Turco, p. 97, 316) Marsigli (Stato Militare del Imperio Ottomano, p. 130). El ganjakde Jiustendil es uno de los veinte bajo el beglerbeg de Rumelia, y su distrito sostiene 48 *zaims* y 588 *timariots*.

(115) Estas fortificaciones pueden compararse á los castillos en Mingrelia (Chardin, Voyages en Perse, tom. I, p. 60, 131), una pintura natural.

(116) El valle de Tempe está situado á lo largo del rio Peneo, entre los montes de Osa y Olimpo: no tiene mas que cinco millas de largo y en algunos puntos solo 120 piés de ancho. Plinio (Hist. Natur., l. IV, 15) describe elegantemente las bellezas de los campos, y Eliano (Hist. Var., l. III, c. 1), lo hace aun mas minuciosamente.

(117) Jenofonte Hellenic., l. III, c. 2. Tras la larga y tediosa conversacion con los declamadores bizantinos, cuan grata es la verdad, la sencillez y elegancia de un escrito ático.

(118) Véase el estenso muro en Evagrio (l. IV, c. 38) Todo este artículo está sacado del libro cuarto del Edifices, escepto Anquialo (l. III, c. 7).

(119) Vuélvase al Vol. I, p. 476. En el curso de esta historia, he mencionado algunas veces y á menudo insinuado, las correrías de los Isaurios, que no tuvieron ningun éxito.

(120) Trebelio Polio in Hist. August., p. 107, que vivió bajo Diocleciano ó Constantino. Véase tambien Pancirolo ad Notit. Imp. Orient. c. 115, 141. Véase Cod. Theod. l. IX, tit. 35, leg. 37, con una abundante anotacion colectiva de Gofredo; tom. III, p. 256, 257.

(121) Véase toda la estension de sus correrías en Filostorjio (Hist. Escles., l. XI, c. 8), con las instruidas disertaciones de Gofredo.

(122) Cod. Justinian., l. IX, tit. 12, leg. 10. Los castigos son severos; una multa de cien libras de oro, degradacion, y aun la muerte. La paz pública ofrecia un pretesto; pero Zenon deseaba monopolizar el valor y servicios de los Isaurios.

(123) La guerra isauria y el triunfo de Anastasio están concisa y oscuramente descritos por Juan Malala (tom. II, p. 106, 107), Evagrio (l. III, c. 35), Teófanes (p. 118-120), y la crónica de Marcelino.

(124) Fortes ea regio (dice Justiniano) viros habet, nec in ullo differt ab Isauria, aunque Procopio (Persic., l. I, c. 18) señala una diferencia notable entre su carácter militar; con todo en los tiempos primitivos los Licaonianos y Pisidianos habian defendido su libertad contra el gran rey (Jenofonte, Anabasis, l. III, c. 2). Justiniano presenta alguna erudicion falsa y ridícula del antiguo imperio de los Pisidianos, y de Licaon quien, tras visitar á Roma (mucho antes de Eneas), dió un nombre y pueblo á Licaonia (Novell. 24, 25, 27, 30).

(125) Véase Procopio, Persic:, l. I, c, 19. El altar de la Concordia nacional, en el que se hacian sacrificios anuales y se renovaban los juramentos, que Diocleciano habia hecho erijir el la isla Elefantina, fué demolido por Justiniano con menos policía que celo.

(126) Procopio de Edificiis, l. III, c. 7. Hist., l. VIII c. 3, 4. Estos Godos sin ambicion habian rehusado seguir el estandarte de Teodorico Por los siglos XV y XVI, el nombre y la nacion podian hallarse entre Caffa y el estrecho de Azof (D' Anville, Mémoires de l' Academie, tom. XXX, p. 240). Merecian la curiosidad de Busbequio (p. 321-326); pero parece que han sido suprimidas de la relacion posterior de las Misiones del Levante (tom. I), Tott, Peysonnel, etc.

(127) En cuanto á la jeografía y arquitectura de esta frontera armenia, véanse las Guerras Persas y Edifices (l. II, c. 4-7, l. III, c. 2-7) de Procopio.

(128) El pais está descrito por Tournefort (Voyage au Levant, tom. III, lettres XVII, XVIII). Aquel hábil botánico luego descubrió la planta que infecta la miel (Plin. XXI, 44, 45): dice, que los soldados de Lúculo bien podian estrañar el frio, puesto que, aun en la llanura de Erzero, en junio á veces nevaba, y la cosecha no se recojia hasta setiembre. Los montes de Armenia están bajo los cuarenta grados de latitud; pero en el pais montañoso en que vivo, es bien sabido que algunas horas de ascension conduce al viajero del clima de Langüedoque al de Norsvay; y se ha establecido como una teoría jeneral, que, bajo la línea, una elevacion de 2.400 *toesas* es equivalente al frio del círculo polar (Remond, Observation sur les Voyages de Coxe dans la Suisse, tom. II, p. 104).

(129) La identidad ó proximidad de los Chalibianos, ó Caldeos, puede verse en Estrabon (l. XII, p. 825, 826), Celario (Jeografía antigua, tom. II, p. 202-204), y Freret (Mém. de l' Académie, tom. IV, p. 594). Jenofonte supone en su romance (Cyropœd., l. III), los mismos Bárbaros contra quienes peleó en su retirada (Anabasis, l, IV).

(130) Procopio, Persic., l. I, c. 15. De Edific. l. III, c. 6.

(131) Ni Taurus obstet in nostra maria venturus (Pomponio Mela, III, 8). Plinio poeta así como naturalista (Vi. 20), personifica el rio y la montaña, y describe su combate. Véase el curso del Tigris y Eufrates, en el escelente tratado de D' Anville.

(132) Procopio (Persic, l. II, c. 12), refiere la historia con el tono medio escéptico y medio supersticioso de Herodoto. La promesa no fué en tiempo de Eusebio, sino que fecha al menos desde el año 400, y una tercera mentira, la *Verónica*, se levantó luego sobre las dos primeras (Evagrio, l. IV, c. 27). Como Edesa fué tomada, Tillemont no *debe* reclamar la promesa (Mém. Ecclés., tom. I, p. 362, 383, 617).

(j) Firuz el Conquistador, desgraciadamente así llamado. Véase San Martin, vol. VI, p. 439.-M.

(k) Mas bien Heptálites.—M.

(133) Se compraban á los mercaderes de Adulis que comerciaban con la India (Cosmas, Topograph. Crist., l. XI, p. 339), con todo, en la estimacion de las piedras preciosas, la esmeralda escitia era la primera, la bactriana la segunda, y la etiópica la tercera únicamente (Teofrasto de Hill, p. 61, etc. 92). La produccion, minas, etc. de esmeraldas, están envueltas en la oscuridad; y es dudoso si poseemos alguna de las doce clases conocidas de los antiguos (Goguet, Origine des Lois, etc., part. II, l. II, c. 2, art. 3). En esta guerra los Hunos ganaron, ó á lo menos Perozes perdió, la perla mas hermosa del mundo, sobre la cual Procopio refiere un cuento ridículo.

(134) Los Indo-Escitas continuaron reinando desde el tiempo de Augusto (Dionisio Perieget., 1088, con el Comentario de Eustacio, in Rudson, Geograph. Minor tom. IV), hasta el de Justino el Mayor (Cosmas, Topograph. Christ., l. XI, p. 338, 339). Sobre su oríjen y conquistas, véase D' Anville (sur l' Inde, p. 18, 45, etc., 69, 85, 89). En el siglo segundo eran dueños de Laria ó Guzerat.

(m) En la crónica manuscrita de Tabary, se dice que Mubedan Mebed ó Gran Pontífice, se opuso con toda su influencia á la violacion del tratado. San Martin, vol. VII, p. 254.—M.

(n) Cuando Firoze se adelantó, Hhoosh-Vuaz (el rey de los Hunos) le presentó en la punta de una lanza el tratado que habia jurado, y le exhortó á que desistiese de perder para siempre su reputacion. Malcolm, vol. I, p. 103.—M.

(135) Véase la suerte de Firuz ó Perozes, y sus consecuencias, en Procopio (Persic., l. I, c. 3-6), que puede compararse con los fragmentos de la historia oriental (D' Herbelot, Bibliot. Orient., p. 351, y Texeira, Historia de Persia, traducida y abreviada por Stephens, l. I, c. 32, p. 132-138). La cronolojía está hábilmente rectificada por Asseman (Bibliot. Orient., tom. III, p. 396-427).

(136) La guerra persa bajo los reinados de Anastasio y Justino, puede verse en Procopio (Persic. l. I, c. 7, 8, 9,) Teofanes (in Chronograph. p. 124-127), Evagrio (l. III, c. 37), Marcelino (in Chron, p. 47.), y Josué Stylites (apud Asseam, tom. I, p. 272-281).

(o) Gibbon debió escribir «algunas prostitutas.» Proc. Pers., vol. I, p. 7.—M.

(137) Procopio (Persic., l. I, c. 10, l. II, c. 13. De Edific., l. II, c. 1, 2, 3, l. III, c. 5); hace una descripcion amplia y correcta de Dara. Véase la situacion en D' Anville (l' Euphrate et le Tigre, p, 53, 54, 55), aunque parece duplicar el intervalo entre Dara y Nisibis.

(p) La situacion (de Dara) no parece haber sido muy fuerte, porque estaba dominada por tres lados por las montañas; pero despejada por la parte del Sur hácia las llanuras de Mesopotamia. Los cimientos de estos muros y torres, construidos de piedra labrada, que cruzan el valle, descansan sobre un número de peñascos que parten del pié del monte Masio. La circunferencia creo que es de dos millas y media; y un arroyuelo que atraviesa por el medio aquel sitio, ha inducido á varios Curdos y familias armenias á fijar su residencia dentro de las ruinas. Además de los muros y torres, los restos de otros muchos edificios atestiguan el primitivo esplendor de Dara; la mayor parte del espacio dentro de los muros está con arcos y debajo bóveda, y en un sitio se ve una gran caverna, sostenida por cuatro columnas macizas, que se asemeja algo á la

gran cisterna de Constantinopla. En el centro de la ciudad están las ruinas de un palacio (probablemente el que menciona Procopio), ó iglesia de cien pasos de largo y sesenta de ancha. Los cimientos, que están bien conservados, consisten en un número prodijioso de cuartos embovedados, á las cuales se entra por un estrecho corredor de cuarenta pasos de largo. La puerta aun se conserva, una parte considerable del muro ha resistido á la destruccion del tiempo, etc. Viaje de M' Donald Hinneir, p. 438. —M.

(138) Sobre la ciudad y paso de Derbend, véase D' Herbelot (Bibliot. Orient., p. 157, 291, 807), Petit de la Croix (Hist. de Jenjiscan,) l. IV, c. 9). Historia Jenealójica de los Tártaros (tom. I, p. 120), Oleario (Voyage en Perse, p. 1039-1041) y Corneille le Bruyn (Voyages, tom. I, p. 146, 147); su descripcion puede compararse con el plan de Oleario, que supone que el muro estaba hecho de conchas y arena endurecida por el tiempo.

(139) Procopio, aunque con alguna confusion, los denomina siempre Caspios (Persic., l. I, c. 10). El paso se llama ahora Tartar-topa, la Puerta tártara (D' Anville, Géographie Ancienne, tom II, p. 119, 120).

(*q*) Matte-Brun, tom. VIII, p. 12 forma tres pasos: 1. El central que conduce desde Mosdok á Teflis, el πύλαι καυκάσιαι. 2. El Albanio, mas internado que el paso de Derbend. 3. El Derbend, las Puertas del Caspio. Pero la narracion de Col. Monteith en el Diario de la sociedad Jeográfica de Lóndres, vol. III, p. I, p. 39, manifiesta claramente que no hay mas que dos pasos entre el Mar Negro y el Caspio, el central, el Cáusaso, ó como le llama Col. Monteith, las Puertas del Caspio, y el paso de Derbend, aunque es posible dar vueltas á esta posicion (de Derbend) por un camino á pocas millas de distancia, atravesando los montes, p. 40.—M.

(140) La fortificacion imaginaria de Gog y Magog, que un califa del siglo IX, creyó efectiva y mandó investigar, parece se derivó de las puertas del monte Cáucaso, y de una relacion vaga de la muralla de la China Geograph. Nubiensis, p. 267-270. Mémoires de l' Académie, tom. XXXI, p. 210-219).

(141) Véase una disertacion erudita de Baier, *de muro Caucaseo*, in Comment. Acad. Petropol. ann. 1726, tom. I, p. 425-463; pero carece de mapa ó plan. Cuando le czar Pedro I, se apoderó de Derbend, en el año 1722, se halló que el muro tenia 3285 *orgyiæ* rusas, cada una de siete piés; en todo algo mas de cuatro millas de largo.

(142) Véanse las fortificaciones y tratados de Cósroes y Nushirwan, en Procopio (Persic., l. I, c. 16, 22, l. II) y D' Herbelot (p. 682).

(143) La vida de Isócrates se estiende desde Olymp. LXXXVI, 1. hasta CX, 3 (ante Christ. 436 338). Véase Dionisio Halicarnaseo, tom, II, p. 149, 150, edia Hudson, Plutarch (sive anonymus), in Vit. X, Oratorum, p. 1538-1543, edic. H. Heph. Phot. cod. CCLIX, p. 1453.

(144) Las escuelas de Aténas están concisamente representadas en el Fortuna Attica de Meursio (c. VIII. p. 59-73, in tom. I, Opp.). Sobre el estado y artes de la ciudad, véase el libro primero de Pausanias, y un pequeño tratado de Diceaico (en el tomo segundo de los Jeógrafos de Hudson), que escribió sobre Olymp. CXVII, (Disertaciones de Dodivell secc. 4).

(145) Diogen. Laert. de Vit. Philosoph, l. V, segun 37, p. 289.

(146) Véase el Testamento de Epicuro en Diogen. Laert., l. X, segun 16-20, p. 611, 612. Una sola epístola (ad Familiares, XIII, 1) manifiesta la injusticia del Areópago, la fidelidad de los Epicúreos, la sagaz política de Ciceron, y la mezcla de aprecio y desprecio con que los senadores romanos consideraban la filosofía y los filósofos de Grecia.

(147) Damascio, in Vit. Isidor. apud Phostium, cod. CCXLII, p. 1054.

(148) Véase Luciano (in Eunuch, tom. II, p. 350-359, edic. Reitz, Filostrato (in Vit. Sophist., l. II, c. 2), y Dion Casio, ó Xifilino (l. LXXI, p. 1195), con sus editores Du Soul, Oleario, y Reimar, y sobre todos, Salmasio (ad Hist. August., p. 72). El juicioso filósofo (Riqueza de las Naciones de Smith, vol. II, p. 340-374) prefiere el donativo voluntario de los estudiantes al estipendio fijo del profesor.

(149) Brucher, Hist. Crit. Philosoph., tom. II, p. 310, etc.

(150) El nacimiento de Epicuro está fijado en el año 342 antes de Cristo (Bayle) Olympiad CIX, 3; y abrió su escuela en Aténas, Olymp. CXVIII, 3, 306 años antes de la misma era. Esta ley intolerante (Athemæus, l. XIII, p. 610, Diógen., Laercio, l. V, 1. 38, p. 290. Julio Pollux, IX, 5) fué decretada en el mismo año ó en el siguiente (Sigonio Opp, tom. V, p. 62. Menajio, ad Diogen. Laert., p. 204, Corsini Fasti Attici, tom. IV, p. 67, 68). Teofrasto, jefe de los Peripatéticos y discípulo de Aristóteles, fué comprendido en el mismo destierro.

(151) Esta no es una era imajinaria: los Paganos cuentan sus calamidades desde el reinado de su héroe. Proclo, cuyo nacimiento está señalado en su horóscopo (A. 412, febrero 8, en C. P.), murió 124 años ἀπὸ Ἰ ουλιανοῦ βασιλέως, A. 485 (Marin. in Vita Procli, c. 36).

(152) La vida de Proclo, por Marino, la publicó Fabricio (Hamburgo, 1700, et ad calcem Bibliot. Latin. Lond. 1703). Véase Suidas (tom. III, p. 185, 186). Fabricio (Bibliot. Græc., l. V, c. 26. p. 449-552) y

Brucher (Hist. Crit. Philosoph., tom. II, p. 319-326).

(153) La vida de Isidoro compuesta por Damascion (apud Photium, cod. CCXLII, p. 1028-1076). Véase la última época de los filósofos paganos en Brucher (tom. II, p. 541-551):

(154) Juan Malala (tom. II, p. 187, sub Decio Cos. Sol), menciona la supresion de las escuelas de Aténas, y una crónica anónima en la librería vaticana (apud Aleman p. 106).

(155) Agatias (l. II, p. 69, 70, 71) refiere este cuento curioso: Cosroes ascendió al trono en el año 531, é hizo el primer tratado de paz con los Romanos á principios de 533, fecha mas compatible con su reciente fama y la edad avanzada de Isidoro (Asseman. Bibliot. Orient., tom. III, p. 404. Pagi, tom. II, p. 543, 550).

(156) Cassiodor. Variarum Epist. VI, 1. Jornandes, c. 57, p. 696, edic. Gro. Quod summum bonum primumque in mundo decus edicitur.

(157) Véanse las regulaciones de Justiniano (Novell. CV), fecha en Constantinopla, 5 de julio, y dirijidas á Estratejio, tesorero del imperio.

(158) Procopio, in Anecdot. c. 26. Aleman., p. 106. En el año XVIII tras el consulado de Basilio, segun Marcelino, Victor, Mario, etc., se compuso la historia secreta, y en tiempo de Procopio, se abolió totalmente el consulado.

(159) Por Leon el filósofo. (Novell. XCIV, A. 886-911). Véase Pagi (Dissertat. Hypatica, p. 325-362) y Ducange (Gloss. Græc. p. 1635, 1636). Hasta el título fué envilecido: consulatus codicilli..... vilescunt, dice el mismo emperador.

(160) Segun Julio Africano, etc. el mundo fué creado en primero de setiembre, 5588 años, tres meses y veinte y cinco dias antes del nacimiento de Cristo (véase Pezron, Antiquité des Temps défendue, p. 20-28), y de esta era se sirvieron los Griegos, los Cristianos orientales y aun los Rusos, hasta el reinado de Pedro I. Este período, aunque arbitrario, está claro. De los 7.296 años que se suponen trascurridos desde la creacion, hallamos 3.000 de ignorancia y oscuridad; 2.000 bien fabulosos ó dudosos; 1.000 de historia antigua, empezando en el imperio persa, y las repúblicas de Roma y Aténas; 1.000 desde la caida del imperio romano en Occidente hasta el descubrimiento de América; y los 296 restantes casi completan tres siglos del estado moderno de la Europa y del jénero humano. Siento que no se use esta cronolojía, preferible á nuestro método de contar los años antes y despues de la era cristiana.

(161) La era del mundo prevaleció en el Oriente hasta el VI concilio jeneral (A. 681), La era cristiana se inventó en Occidente en el siglo sexto: en el VIII se propagó por medio de los escritos y autoridad del venerable Bede; pero hasta el X no se hizo legal y popular. Véase l'Art

de vérifier les Dates, Dissert. preliminaire, p. III, XII. Dictionnaire Diplomatique, tom. I; p. 329-337: las obras de una laboriosa sociedad de monjes benedictinos.

CAPITULO XLI.

Conquistas de Justiniano en el Occidente. — Indole y campañas primeras de Belisario. —Invade y sojuzga el reino vándalo de Africa. — Su triunfo. — La guerra goda. — Recobra la Sicilia, Nápoles y Roma. — Sitio de Roma por los Godos. — Su retirada y pérdidas. — Rendicion de Ravena. — Gloria de Belisario. — Su afrenta doméstica y desventuras.

Al subir Justiniano al solio, á medio siglo de la ruina del imperio occidental, los reinos de godos y vándalos se habian planteado arraigadamente en Europa y en Africa con visos de legalidad. Los títulos que tremolaba Roma triunfadora se aventaron con igual derecho por la espada de los bárbaros, y su salteamiento afortunado se fué mas acatadamente sancionando con el tiempo los tratados y los juramentos de fidelidad repetidos mas y mas por segunda y tercera jeneracion de súbditos obedientes. La esperiencia y el cristianismo habian arrollado la esperanza supersticiosa de que los dioses habian fundado á Roma para reinar sin término sobre las naciones de la tierra. Pero aquellos arranques altaneros de señorío perpetuo é incontrastable, robustecidos con su gallarda soldadesca, sonaban mas que nunca en boca de los estadistas y letrados, cuyos dictámenes han retoñado á veces y cundido en las escuelas modernas de jurisprudencia. Despojada la misma Roma de la púrpura imperial, cargaron los príncipes de Constantinopla con el cetro sagrado y único de la monarquía; pidieron por herencia indisputable, las provincias avasalladas por los cónsules, ó poseidas por los Césares, y aspiraron desmayadamente á rescatar sus fieles súbditos de Occidente, de la usurpacion de los herejes ó los bárbaros. El desempeño de tan esplendoroso intento, quedaba, hasta cierto punto reservado, á Justiniano, quien estuvo, en los cinco primeros años de su reinado, sosteniendo á su pesar una guerra costosísima é infructuosa contra los Persas, hasta que su orgullo tuvo que rendir parias á su ambicion, feriando por dos millones de duros una tregua vo-

landera, que en el lenguaje de ambas naciones quedó realzada con el dictado de paz *interminable*. Afianzado una vez el Oriente cupo al emperador asestar su poderío contra los Vándalos, cuando el estado interior del Africa brindaba con motivo decoroso y arrimo pujante á las armas Romanas (1) (A.533).

El reino del Africa, al tenor del testamento de su fundador, habia recaido directamente en Hilderico, primojénito de los príncipes Vándalos (523 530). Su índole apacible inclinó al hijo de un tirano y nieto de un conquistador á anteponer dictámenes de clemencia y de paz, y su advenimiento descolló con un delito benéfico restableciendo á doscientos obispos en sus iglesias, franqueando la profesion manifiesta del credo de Atanasio (2). Mas recibieron los católicos tibia y pasajeramente fineza tan escasa para sus anhelos, y las virtudes de Hilderico lastimaban á sus paisanos preocupados. Llegó el clero arriano á conceptuarlo desviado de su fé, y la soldadesca se lamentaba sin rebozo, que desdecia del denuedo de sus antepasados. Se malició el malogro y desaire de una embajada á la corte Bizantina, y su jeneral, el Aquiles (3), como le llamaban, de los Vándalos, perdió una batalla contra los moros desnudos y agavillados. Fogueaba el desabrimiento jeneral, Jelimero, cuya edad, alcurnia y nombradía militar, le entroncaban al parecer la sucesion; empuñó con dictámen de su nacion las riendas del gobierno, y su soberano desventurado se empozó desde el sólio en una mazmorra, donde se le custodiaba desveladamente con un consejero leal y el sobrino malquisto el Aquiles de los Vándalos. Mas la dignacion de Hilderico para sus católicos súbditos lo recomendaba eficazmente al aprecio de Justiniano, quien por afecto á su secta, se ladeaba con la tolerancia relijiosa: su intimidad, mientras este permaneció en su esfera privada se fué consolidando con agasajos y regalos, y el emperador quedó airoso como príncipe y como amigo. Encargó en dos embajadas al usurpador que se arrepintiese de su traicion, ó por lo menos tratase de abstenerse ya de toda tropelía que le acarrease el desagrado de Dios y de los Romanos; acatar las leyes del parentesco y de la sucesion y consentir que un anciano achacoso acabase sus dias pacíficamente ya en el sólio de Cartago, ú ya en el palacio de Constantinopla. El anhelo y aun la cordura precisaron á Jelimero para que desechase tales requirimientos que se le intimaban con imperio y amenazas, y sinceró su empeño en términos desoidos en la corte Bizantina, alegando el derecho de un pueblo árbitro en castigar á un primer majistrado que habia delinquido en el desempeño de su cargo rejio. Tras esta reconvencion infructuosa se agravó la estrechez al monarca preso, se cegó al sobrino, y el Vándalo inhumano, confiando en su poder y en la distancia, escarneció el amago hueco y los pausados preparativos del emperador de Oriente. Acordaron Justiniano libertar ó desagraviar á su

amigo, y Jelimero aferrarse en su usurpacion, y estalló la guerra, al estilo de las naciones civilizadas, con solemnísimas protestas de que ambos partidos estaban entrañablemente ansiosos por la paz.

El eco de la guerra africana halagó tan solo al populacho haragan y vanaglorioso, cuyo desamparo le eximia de todo tributo, y cuya cobardía le alejaba del servicio militar; mas los ciudadanos sensatos, conceptuando lo venidero por lo pasado, recapacitaban el quebranto inmenso, en jente y en dinero, que habia padecido el imperio en la espedicion de Basilisco. La tropa que tras cinco campañas trabajosísimas acudia de Persia, temia el mar, el clima y las armas de un enemigo desconocido. Regulaban los ministros de Hacienda, en cuanto les cabia, el desembolso para una guerra africana; los impuestos que se habrian de recargar para corresponder á pedidos interminables, y la zozobra de que sus propias vidas, ó por lo menos sus empleos muy productivos, fuesen responsables de toda escasez inevitable. A impulsos de su propio interés (pues no le hemos de suponer el mas mínimo afecto al bien público,) se arrestó Juan de Capadocia á contrastar en consejo público al albedrío de su dueño. Confesó que victoria de tan suma entidad seria barata á cualquiera precio, pero hizo presente en un discurso fundamental la certidumbre de los tropiezos y lo aventurado del éxito. «Os empeñais,» dijo el prefecto, «en sitiar á Cartago; la distancia por tierra es de ciento y cuarenta jornadas; por mar, mediará un año entero (4) antes que recibais noticias de la escuadra. Avasallada el Africa, no cabe conservarla sin el resguardo de la Sicilia y la Italia. Con el logro se contrae precision de nuevos afanes, y un solo descalabro aboca al golpe los bárbaros al corazon del imperio.» Hízose cargo Justiniano de la trascendencia de este dictámen atinado; se lastimó con el desahogo desacostumbrado de un sirviente rendido, y se orillara quizás el intento de la guerra, y no reviviera su denuedo con una voz que acalló las dificultades de la razon profana. «He estado viendo una vision,» esclamó un obispo de Oriente fanático y mañoso. «Es la voluntad del cielo, ó emperador, que no arrinconeis empresa tan sagrada para la redencion de la Iglesia Africana. El Dios de las batallas será el adalid de vuestras banderas, y allá aventará á vuestros enemigos, que lo son de su hijo.» Conformóse irresistiblemente el emperador, y los consejeros tuvieron que dar crédito á revelacion tan oportuna, mas se atuvieron á esperanzas mas fundadas con la rebelion que los parciales de Hilderico habian movido en la raya de la monarquía vándala. Pudencio, súbdito africano, habia participado con reserva, y un refuerzo escaso restableció la provincia de Trípoli á la obediencia de los Romanos. Se habia confiado el gobierno de Cerdeña á Godas, un bárbaro valeroso: suspendió el pago del tributo, se desentendió para todo del usurpador, y dió audiencia á los emisarios de Justiniano, que lo hallaron dueño de aquella isla fértil,

acaudillando su guardia, y allá engreido en sus insignias reales. Quebrantadas yacian las fuerzas de los Vándalos con sus desavenencias y recelos; el denuedo de Belisario enardeció la hueste romana, adalid heróico cuyo nombre suena en todos los siglos y naciones.

El Africano de la nueva Roma nació y tal vez se educó entre los labradores de Trácia (5) ajeno de las proporciones que engrandecieron á uno y otro Escipion, como alcurnia esclarecida; estudiar cultos y competencias republicanas. Atengámonos al silencio de un secretario decidor para conceptuar que la mocedad de Belisario no dió el menor campo á los elojios: guerreó positivamente con valentía y opinion en la guardia personal de Justiniano, y ascendido el jefe al solio promovió al dependiente á un mando militar. Tras una correría denodada por la Persarmenia, en que partió su gloria con un compañero, y se vió atajado por un enemigo, acudió Belisario al apostadero trascedental de Dara, donde aceptó los primeros servicios de Procopio, su compañero leal é historiador esmerado de sus hazañas (6). Adelantóse el Mitranes de Persia con cuarenta mil hombres selectos para arrasar las fortificaciones de Dara, y advirtió el dia y la hora en que los ciudadanos debian disponerle un baño para refrescarse tras los afanes de la victoria (A 529—532). Tropezó con un contrincante igual, con el nuevo dictado de jeneral del Oriente; superior en pericia, pero muy desigual en el número y temple de la tropa, que ascendia tan solo á veinte y cinco mil Romanos y estranjeros, quebrantados en disciplina y gallardía con los postreros descalabros. No cabian ardides ni emboscadas en las llanuras despejadas de Dara, y así tuvo Belisario que resguardar su frente con trinchera honda, perpendicular en el arranque y luego paralela, para escudar sus alas, donde la caballería estaba señoreando aventajadamente los costados enemigos; y al cejar el centro romano, su embestida atinada y ejecutiva tranzó la refriega: arrojó la infantería sus broqueles, y ocho mil vencidos yacieron en el campo de batalla. En la campaña siguiente fué invadida la Síria por la parte del desierto, y Belisario, con veinte mil hombres, acudió atropelladamente á su resguardo. Sus disposiciones incontrastables burlaron durante el estío (*a*), todos los intentos del enemigo: estrechaba mas y mas el alcance en sus retiradas y se aposentaba todas las noches en su campamento del dia anterior, y aun afianzara una victoria sin quebranto, si pudiera enfrenar el ardimiento de la soldadesca. Correspondió mal en el trance á sus retos: el ala derecha quedó descubierta con la desercion alevosa ó cobarde de los Arabes Cristianos; los Hunos, con su tercio valeroso de ochocientos hombres, quedaron atropellados; se atajó la huida á los Isaurios; al paso que la infantería romana se mantuvo inmóvil á la izquierda, pues apeándose Belisario, les manifestó que su salvamento se cifraba en una desesperacion denodada. Vuelve toda, la espalda al Eufrates, y el

rostro al enemigo; rasbalan infructuosamente miles y miles de flechas por la techumbre cerrada y lisa de sus broqueles, una línea impenetrable de lanzas se contrapone á los repetidos avances de la caballería persa, y tras una resistencia de largas horas se embarca hábilmente la demas tropa con la oscuridad de la noche. Retírase el caudillo Persa con desconcierto y desdoro para rendir estrecha cuenta de las vidas de tantísimos soldados fenecidos en una victoria estéril. La nombradía de Belisario no quedó mancillada con una derrota, en la cual él solo habia salvado el ejército de las resultas de su propia temeridad; sobrevinó la paz y quedó descargado del resguardo de la raya oriental, y su desempeño en la asonada de Constantinopla le dejó airoso con todas las finezas del emperador. Al hacerse la guerra de Africa el tema de las hablillas públicas y de las deliberaciones recónditas, todos los jenerales romanos adolecian mas de zozobra que de ansia por aquel timbre tan arriesgado; mas apenas Justiniano manifestó su preferencia del mérito mas descollante, se enconó la envidia con el aplauso unánime por el nombramiento de Belisario. El achaque de la corte Bizantina da campo para maliciar que el héroe tuvo por arrimo encubierto á su esposa, la linda y taimada Antonina, que fué alternativamente predilecta y odiada de la emperatriz Teodora. Era Antonina de ruin esfera y de ralea de carruajeros, y en cuanto á su recato padeció torpes borrones; mas imperaba sin contraste sobre el pecho de su esclarecido consorte, y se desentendia de melindres en lealtad conyugal; profesaba cariño varonil á Belisario, acompañándolo denodadamente en todos los trances y penalidades de la vida militar (7).

No correspondian los preparativos de la guerra africana á la postrer contienda entre Roma y Cartago (A 533.) La flor y gala de la hueste se cifraba en la guardia de Belisario, que segun la condescendencia perniciosa de aquel tiempo, se comprometian y juramentaban personalmente con su caudillo. Su estatura y pujanza por las cuales se les entresacaba, su sobresalencia en caballo y armamento y su incesante ejercicio de maniobras les afianzaba todos los arranques de su denuedo, enardecido mas y mas con su jerarquía pundonorosa, y la ambicion personal de medros y privanza. Acaudillaba el ardiente y leal Tares á cuatrocientos Hérulos sobresalientes; costeábase su brio indómito á mayor precio que la mansedumbre rendida de los Griegos y Siriacos; y se conceptuaba de tantísima entidad el refuerzo de seiscientos Masajetas ó Hunos que se acudió al ardid y al engaño para emplearlos en una espedicion naval. Embarcáronse en Constantinopla, para la conquista de Africa, cinco mil caballos y diez mil infantes, pero estos, alistados principalmente en Tracia é Isauria, se desnivelaban con la caballería mas predominante y afamada, y los ejercitos romanos tenian entónces que cifrar su confianza fundamental en el arco Escitico. Con el afan recomendable de ensalzar su empresa, aboga

Procopio por la soldadesca de su tiempo contra los críticos descontentadizos, que tributaban justo aprecio á los guerreros tan recargados de la antigüedad, y zahiere siniestramente á Homero, porque usa la voz *ballestero* (8) en tono de menosprecio; este correspondia tal vez á la juventud desnuda que asomó á pié por las campiñas de Troya, encubierta con un túmulo ú el broquel de un amigo, armaba el arco sobre el pecho (9) y disparaba un flechazo endeble y exánime. Pero nuestros ballesteros (continua el historiador) son jinetes que cabalgaban con maestría; el morrion y el escudo resguardan su cabeza y hombros; cubren con botines de hierro las piernas, y el cuerpo con su cota de malla. Cuélgales sobre el costado derecho la aljava y la espada al izquierdo, y sabe su diestra empuñar la pica ó lanza al venir á las manos. Recios y pesados son sus arcos; flechan sobre todos los rumbos, avanzando, cejando, al frente, á la espalda, ó de uno y otro costado; y por cuanto tienden el arco, no sobre el pecho sino á la oreja derecha, mal podrá armadura alguna resistir el ímpetu de su disparo.» Reuniéronse en la bahía de Constantinopla hasta quinientos transportes, tripulados con veinte mil marineros de Ejipto, Cilicia y Jonica. El menor de estos bajeles seria de treinta toneladas, y el mayor de quinientas; y el total, regulado ancha mas no escesivamente, vendrá á componer cien mil toneladas (10) para la cabida de treinta y cinco mil soldados y marineros, de cinco mil caballos, armas, abastos, máquinas y aguada para un viaje tal vez de tres meses. Desaparecieron las grandiosas galeras con centenares de remos, ya mucho antes de todo el Mediterráneo, y la escuadra de Justiniano, solo llevaba la escolta de noventa y dos bergantinillos resguardados de las arrojadizas enemigas, y esquifado con la juventud mas robusta y bizarra de Constantinopla. Se nombran hasta veinte y dos jenerales que luego descollaron en las guerras de Italia y Africa; mas el mando en jefe de mar y tierra se puso en manos de Belisario solo, con potestad absoluta de obrar á su discrecion, cual si el mismo emperador estuviera presente; pero el deslinde actual de la milicia naval y terrestre es al mismo tiempo efecto y causa de los adelantos modernos en la ciencia de la navegacion y de la guerra marítima.

Escuadronóse con marcial boato delante de los jardines de palacio, la armada toda de seiscientas naves, en el séptimo año del reinado de Justiniano, por el solsticio de verano (A 533 Junio). Echó el patriarca su bendicion, pronunció el emperador sus órdenes postreras: sonó el clarin del jeneral la señal de leva, y todos los pechos segun sus zozobras y sus anhelos, se desalaban tras los agüeros del éxito ú del malogro. Hízose alto en Perinco ú Heraclea, donde Belisario estuvo esperando algunos caballos de Tracia, regalo militar de su soberano. Surcó luego la Propóntida; pero al asomar al Helesponto los vientos contrarios le atajaron la emboca-

dura del estrecho, teniendo que pararse cuatro dias en Abido, donde el jeneral mostró un ejemplar memorable de entereza y severidad. Dos de los Hunos que en una reyerta beoda habian muerto á un compañero, quedaron luego colgados en una horca empinada á la vista de todo el ejército. Enconáronse sus paisanos, que se desentendian de las leyes justicieras del imperio, y clamaban por el ensanche de Escitia, donde una multilla era la pena de toda demasía de embriaguez ó de ira. Mas aplacóse el amago de alboroto con la autoridad y elocuencia del jeneral; evidenciando ante la soldadesca agolpada la precision de la justicia, el poderío de la disciplina, el galardon del comedimiento pundonoroso, y el delito imperdonable del homicidio, agravado en su concepto, mas bien que disculpado con el achaque de la embriaguez (11). En el tránsito desde el Helesponto al Peloponeso, que los Griegos, tras el sitio de Troya habian hecho en cuatro dias (12), la escuadra de Belisario iba siguiendo el rumbo de la almiranta, que resplandecia con su velámen encarnado de dia, y de noche con las antorchas que centelleaban sobre la cima del mástil mayor. Encargóse particularmente á los pilotos, al surcar entre las islas y doblar el cabo de Malea y el Tenario, guardar formacion y distancias competentes entre aquel sin número de bajeles; acertados fueron sus afanes, pues las tropas desembarcaron en salvo en Metona sobre la costa Mesenia, para rehacerse un tanto de su fatiga y mareo. Allí palparon hasta que punto la codicia revestida de autoridad alcanza á menospreciar la vida de millares que estan arrostrando la muerte por la patria. Segun la práctica militar, la galleta á bizcocho de los Romanos se recocia segunda vez en el horno, y descontaba el quebranto de una cuarta parte del peso en aquella operacion. En pos de una ganancia mezquina y del ahorro de leña, habia dispuesto Juan de Capadocia que el amasijo de la harina se chamuscase pasajeramente con el mismo fuego que calentaba los baños de Constantinopla, y al abrir los sacos se repartió una masa blanda y enmohecida al ejército. Aquel alimento nocivo, y el calor del clima y de la estacion causaron una enfermedad epidémica que acabó con quinientos soldados. Se recobró la sanidad con la eficacia de Belisario que ajenció pan fresco en Metona, y manifestó sin rebozo su enojo tan humano como fundado. Oyó el emperador la queja, alabó al jeneral, mas no castigó al ministro. Desde el puerto de Metona los pilotos fueron bajando la costa occidental del Peloponeso hasta la isla de Zacinto ú Zante, antes de emprender el viaje (muy árduo en su concepto) de cien leguas por el mar jónico. Sobrevinieron calmas, y costó quince dias la pausada navegacion; y hasta el jeneral padeciera infinito de la sed sin la cautela de Antonina que llenó redomas de agua y las soterró en la arena, y en el paraje de la nave preservado del ardor del sol. Por fin se aportó á Caucana, fondeadero seguro y amistoso (13) por la parte meridional de Sicilia. Los

oficiales Godos, que estaban gobernando la isla en nombre de la hija y el nieto de Teodorico, obedecieron sus órdenes indiscretas de agasajar á la tropa de Justiniano como amiga y aliada: la abastecieron cumplidamente, remontaron la caballería (14) y volvió luego Procopio de Siracusa muy enterado de la situacion é intentos de los Vándalos. Con su informe atropelló Belisario sus disposiciones, favoreciendo los vientos á su atinada impaciencia. La escuadra perdió de vista á la Sicilia, pasó por la inmediacion de Malta, descubrió los promontorios de Africa, costeó las playas con viento recio del Nord-Este, y ancló por fin en el cabo de Caputrada á cinco jornadas al Sur de Cartago (15).

Sabedor Jelimero de la venida del enemigo, orillara la conquista de Cerdeña para acudir á la defensa de su persona y reino. Una division de cinco mil soldados y ciento y veinte galeras se incorporara con las demás fuerzas de los Vandalos, y el descendiente de Jenserico sorprendiera y arrollara una escuadra de transportes empachados, inhábiles para la pelea y de bergantinillos dispuestos únicamente para la fuga. Temblaba interiormente Belisario al ir oyendo hablillas de soldados en el tránsito, alentándose mutuamente para confesar sus zozobras; puestos en tierra volverian por su honor, mas lidiando á bordo no se corrian de manifestar que se acobardaban de tener que arrostrar á un tiempo vientos, olas y bárbaros (16). Hecho cargo Belisario de tales arranques, acordó aportar en el primer punto de Africa que se le deparase, y desechó cuerdamente en un consejo de guerra el dictámen de hacer vela para la bahía misma de Cartago (*b*). A los tres meses de su salida de Constantinopla, jente, caballos, armas y pertrechos, desembarcaron felizmente dejando cinco soldados de guardia en cada nave, formándose todas sobre la costa en semicírculo. Ocupó la hueste en la playa un campamento fortificado, segun la antigua disciplina, con foso y valla, y el hallazgo de un manantial de agua fresca para apagar regaladamente la sed, fomentó la confianza supersticiosa de los Romanos. A la madrugada se saquearon algunas huertas inmediatas; y Belisario, castigando á los agresores, echó mano de esta leve coyuntura para encargar justicia, moderacion y política verdadera. « Al admitir el mando para sojuzgar el Africa, confié mucho menos, » dijo el jeneral, » en el número y valentía de mis tropas, que en la inclinacion amistosa de los naturales, y su perpetua enemiga de los Vándalos. Solo vosotros me podeis defraudar de mi esperanza; si os empeñais en arrebatar á viva fuerza, cuanto os pudierais proporcionar con alguna monedilla, semejante tropelía hermanará á los enemigos irreconciliables, y se mancomunará en liga justa y sagrada contra los asoladores de su patria. Corroboró su encargo con estrechísima disciplina, cuyos efectos saludables y ejecutivos celebró luego la soldadesca misma. Los habitantes en vez de huir de sus hogares y ocultar su trigo, brindaban á los Romanos

con mercado pingüe y garboso: los empleados civiles de la provincia siguieron ejerciendo sus funciones en nombre de Justiniano, y el clero, á impulsos de su conciencia é interés se afanó con ahinco en esforzar la causa de un emperador católico. Logró el pueblecillo de Sulecta (17), á una jornada del campamento, el timbre de estrenarse en franquear sus puertas, y allanarse á su obediencia contigua. Imitaron aquel ejemplo de lealtad las ciudades crecidas de Leptes y Adrameto, al asomar Belisario, y se adelantó sin tropiezo hasta Grase, palacio de los reyes Vándalos, á quince ó diez y seis leguas de Cartago. Esplayáronse los Romanos quebrantados al fresco de las arboledas sombrías, manantiales cristalinos y frutas regaladas, y la preferencia que Procopio tributa á estos jardines sobre cuantos habia visto en Levante ó Poniente, puede atribuirse al gusto ú al cansancio del historiador. La prosperidad y la templanza del clima, habian destroncado la pujanza briosa de los Vándalos, que pararon luego en lujosísimos. En sus quintas y huertas, acreedoras al nombre persa de *paraisos* (18) estaban disfrutando sosiego culto y apacible, y tras el baño diario, se empapaban los bárbaros con los regalos peregrinos y abundantes de mar y tierra. Tremolaban sus ropajes de seda recamados de oro al estilo de los Medos: caza y galanteo eran sus afanes, entreteniendo el ocio con pantomimas, carreras de caballos, y la música y danza del teatro.

Desvelábase mas y mas Belisario en su marcha de diez ó doce dias, contra un enemigo encubierto que en todo tiempo y lugar, podia asaltarle repentinamente. Encabezaba la vanguardia Juan el Armenio con trescientos caballos; seiscientos Masajetas iban cubriendo á cierta distancia el costado izquierdo, y la armada, siguiendo la costa, permanecia por lo mas á la vista del ejército que solia andar cuatro leguas al dia, y paraba por la noche en campamentos fortificados ó pueblos amigos. Acongojó y aterró á Jelimero el asomo de los Romanos sobre Cartago, y trató de ir dilatando advertidamente la guerra, hasta que el hermano con su tropa veterana volviese de la conquista de Cerdeña, y vino á lamentarse de la política temeraria de sus antepasados, quienes arrasando las fortalezas del Africa, le habian reducido al recurso azaroso de aventurar una batalla á las puertas de su capital. Los conquistadores Vándalos, desde su número primitivo de cincuenta mil se habian aumentado, no incluyendo mujeres ni niños, hasta ciento y sesenta mil combatientes (*c*), y tamañas fuerzas, con denuedo y avenencia soterraron en el desembarco los escasos y quebrantados cuerpos de Belisario. Pero los parciales del rey cautivo estaban mas propensos á aceptar los brindis que á atajar los pasos del jeneral Romano, y muchos de aquellos bárbaros altaneros con el sobrescrito vistoso de aversion al usurpador encubrian la que estaban profesando á la guerra. Juntó sin embargo Jelimero con su autoridad y sus pro-

mesas una hueste formidable, y no carecian sus planes de pericia militar. Espidió una órden á su hermano Amatas para reunir todas las fuerzas de Cartago y embestir la vanguardia romana á tres leguas de la ciudad; encomendóse á su sobrino Jibamundo el avance sobre la izquierda con dos mil hombres; y el monarca mismo, que seguia calladamente, se arrojaria á la retaguardia, en paraje lejano del ausilio y aun de la vista de la escuadra; pero la temeridad de Amatas es muy aciaga para él y para los suyos, pues anticipa la hora de su ataque, se traspone á sus pausados secuaces, y cae mortalmente herido, tras de haber muerto con su propia mano hasta doce de sus contrarios mas esforzados. Huyen sus Vándalos á Cartago; la carretera por espacio de tres leguas queda cuajada de cadáveres, y parece increible que tal muchedumbre espire á los filos de trescientos Romanos; los seiscientos Masajetas, allá tras una leve escaramuza derrotan al sobrino de Jelimero con menos de un tercio de sus fuerzas; pero arde cada Escita al remedo de su caudillo, que usó esclarecidamente del privilejio jineteando al frente y disparando el primer flechazo contra el enemigo. Entretanto Jelimero, ajenísimo de tamaño acontecimiento, y descarriado por las ensenadas de la Serranía, propasa inadvertidamente al ejército romano, y llega al paraje de la refriega donde habia caido Amatas; llora la suerte de su hermano y de Cartago, se abalanza disparadamente á los escuadrones adelantados, y puede arrebatar quizás y decidir la victoria, á no malograr el trance imponderable en cumplir con el empeño de recojer los difuntos. Quebrantado ya su ánimo con aquel ejercicio piadoso, oye el clarin de Belisario, quien dejando á su Antonina con la infantería en los reales, se atropellaba con su guardia y la caballería restante para rehacer á sus fujitivos y recobrar el éxito de la jornada. Poquísima cabida tiene en tan revuelta contienda la maestría del jeneral; pero vuela el rey al encuentro del héroe, y los Vándalos habituados tan solo á enemigos Moriscos, mal podian contrarestar las armas y disciplina de los Romanos. Engólfase Jelimero á carrera en el desierto de Numidia, mas logra el consuelo de saber que sus órdenes reservadas para la ejecucion de Hilderico, y sus amigos cautivos se han cumplido puntualmente, venganza de tirano que solo redunda en ventaja de sus enemigos. Conduélese el pueblo de la muerte de su príncipe lejítimo; su vida desatentaba á los Romanos victoriosos, y el Lugarteniente de Justiniano por medio de un delito que no comete, queda inmune de la alternativa violenta de mancillar su pundonor, ó desentenderse de la conquista.

Despejado por fin el vaiven de la batalla, las diversas porciones del ejército se fueron participando mutuamente las estrañezas de la jornada, y Belisario acampó en el mismo sitio de la victoria (A. 533. Set. 15), al cual la miliaria décima desde Cartago habia latinamente apellidado el *dé-*

cimo. Maliciando atinadamente ardides y recursos en los Vándalos, marchó el dia siguiente en formacion de batalla, hizo alto por la tarde á las mismas puertas de Cartago, y concedió una noche para descanso, á fin de no esponer, con la obscuridad y el trastorno, la ciudad al desenfreno de la soldadesca, y la misma tropa á las celadas recónditas del pueblo. Mas la zozobra de Belisario era parte de su serenidad y cordura, pues luego quedó enterado de que podia sin peligro empaparse en el júbilo y los agasajos de la capital. Centelleaba Cartago con innumerables antorchas, y resonando todo en albricias se quitó la cadena que atajaba la entrada del puerto; abriéronse las puertas, y el vecindario aclamando á sus libertadores se disparaba en ímpetus de agradecimiento. Participóse á la ciudad la derrota de los Vándalos, y la libertad del Africa la víspera de San Cipriano, cuando la iglesia estaba ya engalanada con jeneral iluminacion por la festividad del mártir, á quien tres siglos de superstician habian casi endiosado. Hechos cargo los Arrianos de que su reinado habia fenecido allá, traspasaron el templo á los católicos, quienes redimiendo su santo de manos profanas, celebraron los ritos sagrados, y entonaron pomposamente el credo de Atanasio y de Justiniano. Trance sublime que volcó la suerte de los contendientes. Los Vándalos recien estragados con los vicios de conquistadores, se refujiaban rendidamente en el santuario de la Iglesia, mientras los traficantes de Oriente quedaban en libertad por el despavorido alcaide que se acojia al amparo de sus presos, y les estaba enseñando por un resquicio de la pared el velámen de la escuadra Romana. Los caudillos navales, despues de la separacion del ejército habian procedido cauta y pausadamente, hasta que al llegar al promontorio Hermeo, se enteraron de la victoria de Belisario. Iban á arribar, por atenerse á sus instrucciones, á siete leguas de Cartago, pero los marinos mas prácticos manifestaron el peligro de la playa, y las señales de una tormenta eminente. Ajenos sin embargo de la revolucion, no intentaron temerariamente romper la cadena del puerto, y tan solo la bahía y arrabal de Mendracio padecieron el saqueo de un oficial que se propasó desviándose de los caudillos. Mareó por fin la escuadra imperial, y con viento favorable embocó el estrecho de la Goleta, y ancló á su salvo en el fondeadero seguro y anchuroso de Tunez á dos leguas de la capital (19). Sabedor Belisario de su llegada, envió órden para que la mayor parte de los marinos se desembarcasen para incorporarse en el triunfo y abultasen el número de los Romanos. Antes de franquearles la entrada en Cartago, los amonestó en un razonamiento digno de él, y de la coyuntura para que no empañasen el esplendor de sus armas; recordando que los Vándalos eran los tiranos y ellos los *libertadores* de los Africanos, acreedores á todo miramiento, como súbditos voluntarios y afectuosos de su soberano comun. Atravesa-

ron los Romanos las calles en formacion, prontos á batallar con el enemigo que asomase, y así guardaron todos el órden que les imponia el jeneral sin desman alguno, y en medio de un siglo avezado á santificar las demasías de las conquistas, la gallardía pundonorosa de un individuo, enfrenó los ímpetus de un ejército victorioso. Ni sonó queja ni amenaza, ni sobrevino suspension en el comercio de Cartago; mientras estaba el Africa mudando de dueño y de gobierno, siguieron las tiendas abiertas y concurridas, y la tropa se encaminó comedidamente á sus respectivos alojamientos. Hospedóse Belisario en el palacio, sentóse en el solio de Jenserico, aceptó y repartió el despojo de los bárbaros: concedió la vida á los Vándalos llorosos, y se afanó en reparar el daño que el arrabal de Mandracio habia padecido en la noche anterior. Agasajó por la noche á la oficialidad principal con el aparato y las formalidades de un banquete rejio (20). Tuvieron los palaciegos cautivos que servir rendidamente al vencedor; y en el rato de júbilo, mientras los circunstantes imparciales ensalzaban la dicha y los merecimientos de Belisario, sus aduladores envidiosos iban reservadamente emponzoñando cuantas palabras y ademanes podian enconar á un monarca suspicaz y zeloso. A un dia se redujo el boato de aquella funcion provechosa y acarreadora de la veneracion popular; mas la eficacia de Belisario que entre las ínfulas de la victoria aun divisaba allá alguna derrota, tenia ya dispuesto que el imperio Romano en Africa no estuviese pendiente de las armas y la inclinacion del pueblo. Quedaron esentas las fortificaciones de Cartago (*d*) del derribo jeneral, pero los desaliñados y soñolientos Vándalos las dejaran menoscabar por espacio de un siglo; pero un conquistador mas advertido restableció con desalada dilijencia los muros y fosos de la ciudad. Sus larguezas estimulaban á los operarios, y así, soldados, marineros y ciudadanos competian en su afan importantísimo, y Jelimero, que habia temido el confiar su persona á un pueblo indefenso, supo con asombro y desesperacion el engrandecimiento ejecutivo de una fortaleza inespugnable.

El desventurado monarca, perdida su capital, se afanó en recojer las reliquias de su ejército, disperso mas bien que esterminado en la batalla anterior; y fueron acudiendo algunas cuadrillas moriscas, esperanzadas de saqueo, á las banderas de Jelimero. Acampó en los términos de Bula, á cuatro jornadas de Cartago; se desmandó con su capital atajándole su acueducto; propuso un galardon crecido por cada cabeza romana; aparentó contemplaciones con las personas y fincas de los Africanos súbditos, y entabló reservadamente negociaciones con los sectarios Arrianos y los Hunos confederados. En aquel trance la conquista de Cerdeña agravó sus conflictos; recapacitó con entrañable despecho que habia malogrado en aquella empresa inservible, cinco mil de sus soldados selectos, y leyó con rubor y desconsuelo las cartas triunfadoras de su hermano Zanon (*e*) que

se esplayaba en rasgos de confianza de que el rey á ejemplo de sus mayores, habria escarmentado ya la temeridad del advenedizo. « ¡ Ay de mí ! hermano del alma » contesta Jelimero « se declaró el cielo contra nuestra nacion desventurada, mientras avasallas la Cerdeña se perdió el Africa. Asoma Belisario con un ejercitillo, y la pujanza y prosperidad desaparecen de la causa de los Vándalos. El sobrino Jibamundo y el hermano Amatas fenecieron por cobardía de los suyos. Caballos, naves, Cartago misma, el Africa toda, para en poder del enemigo, y entretanto yacen los Vándalos en afrentoso abandono, olvidados de esposos, niños, riquezas y libertad. Nada nos queda sino el campo de la Bula y la esperanza en su valor. Desampara la Cerdeña ; corre, vuela en nuestro auxilio ; restablece nuestro imperio, ó muere á nuestro lado. » Recibida esta carta, comunicó Zanon su quebranto á los Vándalos principales, encubriendo cuerdamente el aviso á los naturales de la isla. Embarcóse la tropa en ciento y veinte galeras en el puerto de Calliarí, ancló al tercer dia en el confin de la Mauritania, y continuó atropelladamente su marcha á incorporarse con el estandarte real en el campamento de Bula. Desconsolado fue el avistamiento ; abrazáronse los hermanos ; lloraron á sus solas ; no se mentó la victoria en Cerdeña ; no mediaron preguntas acerca de las desventuras en Africa ; presenciando estaban el estremo de su desdicha, y la ausencia de mujeres y niños demostraba con sumo desconsuelo su muerte ó su cautiverio. Rehiciéronse por fin los Vándalos y se fueron reuniendo á instancia del rey, con el ejemplo de Zanon, y el peligro que estaba amagando á su monarquía y su relijion. La fuerza militar de la nacion marchó á la batalla, y tan ejecutivos fueron sus medios, que antes de llegar á Tricameron, á siete leguas de Cartago, podian blasonar, aunque tal vez abultadamente, de que sobrepujaban en diez tantos las escasillas fuerzas de los Romanos. Mas iban estos á las órdenes de Belisario, quien hecho cargo de su prepotencia, consintió en que los bárbaros lo salteasen á deshora. Armanse instantáneamente los Romanos ; resguardan su frente con un arroyuelo compuesto de caballería, y sostenido por Belisario capitaneando quinientos guardias ; colocóse la infantería en segunda línea á cierta distancia y los desvelos del jeneral, atalayan en diverso punto y mal segura lealtad á los Masajetas, que allá interiormente reservaban su ausilio para el vencedor. Inserta el historiador, y puede suplir obviamente las arengas (24) de los caudillos, quienes con razones adecuadas á la situacion recomendaban la importancia de la victoria, y el menosprecio de la vida. Zanon con sus tropas de la espedicion á Cerdeña, se colocan en el centro, y permaneciera el trono de Jenserico, si la muchedumbre de los Vándalos remedara su denodado teson. Arrojan lanzas y flechas, esgrimen las espadas y esperan el avance ; pasa la caballería romana tres veces el arroyo ; recházanla otras tantas, y arde mas y mas la

refriega hasta que cae Zanon y tremolan el estandarte de Belisario. Retírase Jelimero á su campamento; siguen los Hunos el alcance, y desnudan lòs vencedores á los difuntos. Mas solo se hallan cincuenta Romanos y ochocientos Vándalos en el campo de batalla: tan baladí fué la matanza en una jornada que acabó con una nacion y traspuso el imperio del Africa. Por la tarde condujo Belisario su infantería al ataque del campamento, y la huida cobardísima de Jelimero demostró la insubsistencia de esclamacion reciente; que para el vencido era la muerte un rescate, la vida una carga y la afrenta el único objeto temible. Ocultó su fuga, pero apénas la echaron de ver sus Vándalos, se dispersaron atropelladamente, ansiosos únicamente de su salvamento, y ajenos de cuanto puede interesar al jénero humano. Entraron los Romanos sin tropiezo en los reales, y la lobreguez de la noche, encubrió los estremos de trastorno y desenfreno que se cometieron. Mataron á cuantos bárbaros les salieron al frente sin compasion; esposas, hijas, herederas ricas y mancebas hermosas, padecieron igual tropelía por la soldadesca desbocada, y hasta la misma codicia vino casi á saciarse con los tesoros de oro y plata, producto agolpado de conquistas y economías, durante dilatado plazo de paz y de prosperidad. En aquel afan desaforado hasta las tropas de todo un Belisario se desentendieron de miramientos y respetos. Embriagados en su desenfreno fueron escudriñando en partidas sueltas y á solas la campiña contigua, bosques, peñascos, cuevas, y cuantos parajes podian encubrir el logro ansiado: con la carga de su presa desampararon las filas, y vagaron sin caudillo por la carretera de Cartago, y si los fujitivos acertaran á revolver sobre ellos, poquísimos se salvaran de sus manos. Noche de zozobra fué para Belisario la que pasó en el campo de batalla, con el vaiven del peligro y de la afrenta; tremoló al amanecer su estandarte sobre un cerro, llamando así á su guardia y á los veteranos, y restableciendo por grados el comedimiento y la obediencia en sus reales. Interesaba igualmente al jeneral el avasallar al bárbaro cuando enemigo, y el salvarlo ya postrado; y los Vándalos llorosos que únicamente se pudieron hallar por las iglesias, quedaron por su disposicion protejidos, desarmados y detenidos separadamente, para que ni pudieran alterar el órden público, ni parar en víctimas de la venganza popular. Destacó un cuerpo lijero en pos del rey, se adelantó á diez jornadas hasta Hipo Rejio, que carecia ya de las reliquias de San Agustin (22). La estacion, y el aviso positivo de que Jelimero habia huido al territorio inaccesible de los Moros, retrajo á Belisario de su infructuoso alcance, y le hizo sentar sus reales de invierno en Cartago, y desde allí envió á su inmediato en el mando para informar al emperador como en el término de tres meses habia redondeado la conquista de Africa (A 534).

Verdad decia Belisario; rindieron los Vándalos armas y libertad sin

contraste; allanáronse las cercanías de Cartago á su presencia, y aun las provincias mas arrinconadas se dejaron progresivamente sojuzgar al eco de su victoria. Se robusteció el vasallaje voluntario de Trípoli; Cerdeña y Córcega se postraron ante un oficial, que en vez de espada les presentó la cabeza del valeroso Zanon, y las islas de Mallorca, Menorca é Ibiza, se avinieron á ser dependientes humildes del reino africano. Cesarea, ciudad rejia, que en jeografía menos esmerada puede equivocarse con el Arjel moderno, estaba á treinta jornadas al poniente de Cartago: infestaban el tránsito los Moros por tierra, mas estaba el mar espédito y lo dominaban los Romanos. Un tribuno entendido y eficaz, navegó hasta el estrecho, donde ocupó á Septem ó Ceuta (23) que se encumbra contrapuesto á Jibraltar, sobre la costa de Africa. Realzó y fortificó despues Justiniano aquel sitio distante, esplayando al parecer su ambicion vanagloriosa, estendiendo su imperio hasta las columnas de Hércules. Recibió el mensaje de su victoria en vísperas de dar á luz las Pandectas de la lejislacion romana; y el emperador zeloso ú devoto engrandeció la bondad divina, y confesó calladamente el desempeño esclarecido del venturoso jeneral (24). Desalado por abolir la tiranía temporal y espiritual de los Vándalos, se esmeró desde luego en el restablecimiento cabal de la Iglesia católica. Recobró anchamente jurisdiccion, riquezas é inmunidades, quizá lo mas precioso de la relijion episcopal: quedó suprimido el culto Arriano; vedadas las juntas de Donatistas (25) y el sínodo de Cartago al eco de doscientos diez y siete obispos, (26) ensalzó sobre manera represalias tan santas. En tal coyuntura se deja discurrir que faltasen muchos prelados católicos, y la escasez comparativa de su número, que allá en concilios anteriores solia ser doble ó triple, arguye sin disputa el menoscabo de la iglesia y del estado. Engreido Justiniano con su defensa de la Fé, abrigaba ya la esperanza grandiosa de que su victorioso Lugarteniente ensancharia ejecutivamente la estrechez de sus dominios por los ámbitos que tenian antes de la invasion de Moros y Vándalos, y encargó á Belisario la creacion de cinco *duques* ó comandantes en los apostaderos oportunos de Ceptis, Cirta, Cesarea, Trípoli y Cerdeña, y regular la fuerza militar de *Palatinos* ó *Adelantados* que fuese suficiente para el resguardo del Africa. No dejaba de ser acreedor á la presencia de un prefecto pretoriano, y se nombraron cuatro consulares y tres presidentes para administrar las siete provincias bajo su jurisdiccion civil. Se formó un padron individual de sus dependientes, amanuenses, mensajeros ó asistentes, trescientos noventa y seis para el prefecto mismo, y cincuenta para cada uno de sus lugartenientes, y el deslinde esmerado de multas y salarios era mas ejecutivo para afianzar el derecho que para precaver abusos. Podian tantos majistrados atropellar mas no estarse ociosos, y las contiendas sutilillas de justicias y venganzas cundieron mas y mas

bajo el nuevo gobierno que blasonaba de resucitar el desahogo y equidad de la república romana. Ansiaba el conquistador socorrerse colmadamente con los súbditos africanos, y les otorgó toda instancia, aun en tercer grado y por línea colateral las fincas arrebatadas por los bárbaros. Tras la partida de Belisario que obraba con especial y elevada comision, nada se actuó para colocar un maestre jeneral de las fuerzas; mas el cargo de prefecto pretoriano se confió á un guerrero; y la potestad civil y militar se hermanaron, segun práctica de Justiniano, en el gobernador principal; y luego el representante del emperador, tanto en Italia como en Africa, se distinguió con el dictado de Exarca (27).

No quedaba cabal la conquista de Africa, hasta que el soberano anterior cayese vivo ó muerto en manos de los vencedores. Jelimero, llevado de su zozobra, habia dispuesto reservadamente la traslacion de sus tesoros á España, donde contaba con abrigo seguro en la corte del rey de los Visigodos; pero acasos y alevosías frustraron tales intentos, y luego el alcance denodado de los enemigos que le atajaron las playas y aventaron al desventurado monarca, con algunos secuaces leales, hácia las serranías quebradísimas de Papua (28), por el interior de la Numidia. Sitióle ejecutivamente Taras, oficial tan encarecido por su pundonor como por su sobriedad, prendas estrañísimas entre los bárbaros mas estragados como eran los Hérulos. Dió Belisario encargo de tan suma entidad á la vijilancia, y tras el quebranto de ciento y veinte hombres en el asalto de la montaña, esperó las resultas del conflicto y del hambre en su sitio de invierno para el ánimo del rey Vándalo. Tras tanto regalado deleite, tras el mando sin coto sobre la industria y la opulencia, yacia reducido al desamparo de los Moros (29), tan solo tolerable para ellos por su ignorancia total de una vida amena. En sus toscas chocillas de barro y zarzo que aprisionaban el humo y despedian la luz, dormian por el suelo revueltos con mujeres, niños y ganado, tal vez sobre algunas pieles. Eran sus ropas escasas y sucias; desconocian el pan y el vino, y aquellos bozales hambrientos allá devoraban casi crudas las tortas de centeno ú avena que envolvian en el rescoldo. Quebrantárase la salud de Jelimero con tamañas y desusadas penalidades, prescindiendo aun de sus causales; pero acibaraba mas y mas sus desdichas la cavilacion de su señorío pasado, el incesante desacato de sus abrigadores, y la zozobra fundada de que los volubles y venales Moriscos se aviniesen á fementir las leyes del hospedaje. Enterado Taras de su situacion, le dijo en carta humana y amistosa: « Soy al par de vos un bárbaro idiota, pero hablo á impulsos de cierta racionalidad, y de un pecho pundonoroso. ¿A qué es el aferrarse en una terquedad desahuciada? ¿Os empeñais en simaros á vos mismo, á los vuestros y á la nacion? ¿Es todo afan de independencia, y horror á la esclavitud? ¡Ay amado Jelimero! ¿no estais ya siendo el in-

fimo esclavo, el siervo de la vil nacion morisca? ¿No es preferible el desamparo y la servidumbre en Constantinopla, que el ser ahí rey de la sierra de Papua? ¿Teneis á desdoro el ser súbdito de Justiniano? súbdito suyo es Belisario, y nosotros mismos, cuyo nacimiento en nada desmerece del vuestro, no nos sonrojamos en obedecer al emperador Romano. Aquel príncipe jeneroso os franqueará rico patrimonio, en tierras, lugar en el senado, y la jerarquía de patricio: tal es su ánimo graciable, y podeis confiaros sin asomo de zozobra en la palabra de Belisario. Mientras el cielo nos condena á padecer, virtud es el sufrimiento, y si desechamos el rescate con que se nos brinda, allá nos disparamos con desesperacion ciega y desatinada.» «Estoy hecho cargo» replicó el rey de los Vándalos «de la racionalidad cariñosa de vuestra advertencia; mas no acabo de avenirme á ser esclavo de un enemigo injusto, que me está mereciendo un odio implacable. Jamás le agravié de palabra, y no obstante ha enviado contra mí, no sé de donde un tal Belisario, que me volcó desde la cumbre del trono hasta este abismo de desventura; hombre es Justiniano, y es príncipe, ¿no le cabe recelar para sí mismo igual cambio de desventura? No puedo escribir mas; el pesar me traspasa. Os ruego encarecidamente, que me envieis, amado Taras, una lira (30), una esponja y un mendrugo de pan.» Enteróse Taras, por los mensajeros Vándalos, del motivo de tan peregrina demanda. Hacia tiempo que el rey de Africa no comia pan; habíale cargado á los ojos una fluxion de la fatiga y el lloro incesante, y ansiaba desahogar sus quebrantos entonándolos al eco de la lira. Condolióse la humanidad de Taras; envió los tres regalos estrañísimos, pero su misma humanidad le movió á estremar la vijilancia de su guardia para precisar mas ejecutivamente al cercado á tomar el partido mas ventajoso para los Romanos y saludable para él. Doblegóse por fin la pertinacia de Jelimero, pues la razon y el conflicto solemnizada toda seguridad de conservacion y trato decoroso y revalidada en nombre del emperador por el embajador de Belisario, se apeó el rey de los Vándalos de su cumbre. El primer avistamiento público fué en un arrabal de Cartago, y al acercarse el cautivo rejio á su vencedor disparó una carcajada. El jentío opinó naturalmente que el sumo pesar le habia trastornado las potencias; pero en aquel desconsuelo, tan intempestiva risa demostró á los circunstantes mas agudos, que el boato insubstancial y volandero de las grandezas humanas no era jamás acreedor al aprecio de la racionalidad (31).

Aquel menosprecio quedó luego sincerado con una comprobacion nueva de la mayor trivialidad, á saber, que la lisonja se estrecha con el poderío, y la envidia con el mérito esclarecido. Se engreian y nivelaban los caudillos romanos al par del héroe. Sus pliegos particulares afirmaban malvadamente que el conquistador de Africa, robustecido con su nombradía y el cariño, trataba allá de encaramarse al sólio de los Vándalos.

Escuchaba Justiniano con oidos intensos, y enmudecia de zelos y no de confianza. Quedó al albedrío honorífico de Belisario la alternativa honorífica de permanecer en la provincia, ó de regresar á la capital, mas infirió atinadamente, por correspondencia interceptada y por la índole del soberano, que debia aventurar su cabeza tremolando el estandarte, ó bien arredrar á los enemigos con su presentacion y rendimiento. Embarcóse en alas de su denuedo y su inocencia con la guardia, cautivos y tesoros, y fué tan venturosa la navegacion, que al aportar en Constantinopla, ni aun habia empezado á sonar su partida de Cartago. Con tan espresiva lealtad, Justiniano despejó sus zozobras, enmudeció la envidia, pero se enconó con el agradecimiento público, y cupo al tercer Africano el timbre de un triunfo ceremonial que jamás la ciudad de Constantino habia presenciado, y que la antigua Roma tenia ya reservado desde el tiempo de Tiberio, para las armas y los auspicios de sus Césares (52). Desde el alcázar de Belisario siguió la carrera por las calles principales hasta el hipodromo; y aquel dia memorable estuvo al parecer desagraviando á los Romanos por los desacatos vergonzosos de Jenserico. Ostentóse la riqueza de las naciones, en trofeos de lujo afeminado ú guerrero; armaduras peregrinas, tronos de oro, y las carrozas de aparato que solian usar las reinas Vándalas; las vajillas macizas de los banquetes rejios, brillantísimas piedras preciosas; estatuas y vasijas de primor esquisito, el tesoro mas sólido de oro, y los vasos sagrados del templo de Israel, que tras larguísima peregrinacion venian por fin á depositarse en la iglesia cristiana de Jerusalen. Una grandiosa comitiva de nobles Vándalos iba pesarosamente manifestando su ajigantada estatura y garbo varonil. Adelantóse pausadamente Jelimero, vestido de púrpura, y en ademan todavía majestuoso. No asomó lágrima alguna por sus ojos, ni se exhaló suspiro por sus labios; mas su altanería ó su relijiosidad lograron algun desahogo, repitiendo las palabras de Salomon (53) ¡Vanidad, vanidad! ¡Todo es vanidad! En vez de ensalzarse sobre carroza triunfal, tirada por cuatro alazanes ó elefantes, á pié marchaba el recatado vencedor capitaneando á sus valerosos compañeros; podia su tino desentenderse de un realce sobrado descollante para un súbdito, y podia su magnanimidad fundadamente menospreciar timbres mancillados por tiranos inmundos. Asomó el esplendoroso acompañamiento al hipodromo; aclamóle desaladamente el senado y el pueblo, y se detuvo ante el solio, donde entronizado Justiniano y Teodora recibieron el acatamiento del cautivo monarca y del héroe victorioso. Tributaron ambos la adoracion acostumbrada, y postrándose en el suelo tocaron reverenciadamente la tarimilla de un príncipe que jamás desenvainó la espada, y de una ramera que habia danzado en el teatro; de modo que fué preciso alguna violencia para doblegar el engreimiento del nieto de Jenserico, y aun el númen de Belisario, enca-

llecido ya en la servidumbre, debió indisponerse interiormente. Proclamósele en seguida cónsul para el año inmediato, y el dia de su inauguracion (A. 535 enero 1), vinó á tremolar ínfulas de segundo triunfo, llevaban allá Vándalos cautivos sobre sus hombros la silla curul, y se derramaron con profusion sobre el populacho, copas de oro, preciosos tahalíes y demas despojos de la guerra.

Pero el galardon mas entrañable para Belisario se cifraba en el cumplimiento puntualísimo de un tratado, cuya prenda era un pundonor para el rey de los Vándalos. Jelimero, adicto al arrianismo, escrupulizaba incompatiblemente con la jerarquía de senador ó patricio; pero recibió del emperador grandiosos estados en la provincia de Galacía, adonde el apeado monarca se retiró con su familia y amigos disfrutando paz, abundancia y tal vez recreo (34). Tratóse á las niñas de Hilderico cual requerian su edad y desventura con agrado decoroso, y Justiniano y Teodora se ufanaron con el timbre de educar y enriquecer la descendencia femenina del gran Teodosio. Repartiéronse los valentones de la juventud Vándala en cinco escuadrones de caballería que se apellidaron de su bienhechor y sostuvieron en las guerras pérsicas la gloria de sus antepasados. Esccpciones muy escasas, y premio del nacimiento y del valor que no acaban de esplicar el paradero de una nacion, cuyo número antes de una guerra breve y sin sangre, ascendia á mas de seiscientas mil personas. Con el destierro del rey y los nobles, la chusma servíl desecharía inclinaciones, relijion é idioma, y su juventud bastarda se iria imperceptiblemente barajando con la grey jeneral de súbditos africanos; mas aun en el dia, y en el corazon de la Morisma, un viajero escudriñador ha descubierto la tez nevada y la cabellera ondeada de una ralea septentrional (35) y creyóse desde lo antiguo que los Vándalos mas arrojados fueron allá huyendo del poderío y aun del conocimiento de los Romanos, para empaparse en su independencia solitaria por las playas del Océano Atlántico (36). Africa fué su imperio y luego su cárcel; ni les cabia esperanzar ni ansiar su regreso ó las orillas del Elba, donde sus hermanos menos viandantes seguian emboscados y vagarosos. Era imposible para cobardes el arrollar la valla de mares desconocidos y bárbaros enemigos: lo era tambien para hombres pundonorosos el patentizar su derrota y desamparo á la vista de sus compatricios, retratarles los reinos que habian perdido, y acudir á una partecilla de la escasa herencia, de que allá en horas mas felices se habian casi unánimemente desprendido (37). En el paso que abarcan el Elba y el Oder habian tenido los Vándalos varias aldeas populosas de la Lutacia; conservan todavía su idioma y costumbres con su castiza sangre: se avienen desabridamente al yugo sajon ó prusiano: acatan voluntaria y rendidamente al descendiente de sus antiguos reyes, que en traje y haberes se equivoca con el ínfimo de sus vasallos (38). El nombre

y la situacion de este pueblo desventurado están apuntando su entronque con los conquistadores de Africa, pero el uso de un dialecto eslavon los señala mas positivamente como la reliquia postrera de las nuevas colonias posteriores á los Vándalos castizos desparramados ya ó destruidos en tiempo de Procopio (39).

Si adoleciera Belisario de achaque de un desleal, pudiera aferrarse aun contra el mismo emperador en el compromiso indispensable de resguardar el Africa contra enemigos mas bárbaros que los mismos Vándalos. Yace allá en tinieblas el oríjen de los Moros; no conocian las letras (40) ni habia deslinde para sus mansiones, ni coto para sus pastoratas; estaciones y pastos eran los móviles de su trashumancia, y allá peregrinaban con igual desembarazo, armas, chozas, ajuar, familias y rebaños de ovejas, bueyes y camellos (41). Durante el poderío romano, se retrajeron lejana y respetuosamente de Cartago y de las playas; en el reinado endeble de los Vándalos, asaltaron las ciudades de Numidia, ocuparon la costa desde Tanjer hasta Cesarea, y acamparon á su salvo en la provincia pingüe de Bizancio. La pujanza formidable y conducta mañosa de Belisario afianzaron la neutralidad de los príncipes moriscos, cuya vanagloria aspiró á recibir en nombre del emperador las insignias de la dignidad real (42). Pasmólos aquel acontecimiento tan ejecutivo, y temblaban á la vista del conquistador; pero á los asomos de su partida orilló aquel pueblo bravío y supersticioso sus zozobras; sobrándoles mujeres prescindian de sus niños en rehenes, y al desplegar el jeneral Romano su velámen en el puerto de Cartago, pudo casi estar oyendo los alaridos y mirando las llamaradas de la provincia inconsolable. Aferróse sin embargo en su ánimo, y dejando tan solo parte de su guardia para refuerzo de las escasas guarniciones, confió el mando del Africa al Eunuco Salomon (43), quien se acreditó de digno sucesor de Belisario. Al primer avance fueron sorprendidos algunos destacamentos con dos oficiales de mérito; junta Salomon ejecutivamente su tropa, sale de Cartago, se interna en el pais, y arrolla en dos grandes batallas á sesenta mil bárbaros; sus montañas, su lijereza y su muchedumbre son su resguardo, y la traza y los hálitos de sus camellos causaron algun desconcierto en la caballería Romana (44); pero se apea, menosprecia este tropiezo, trepa la columna por los cerros, y las armas centellantes y evoluciones atinadas deslumbran y aterran la chusma desnuda y desbaratada; cumpliéndose una y otra vez el amago de sus profecías de que un contrincante *barbilampiño* aventaria á los Moros. Adelántase el Eunuco victorioso hasta seis jornadas de Cartago, y sitia el monte Arasio (45), la ciudadela y al mismo tiempo el pensil de Numidia. Aquel cordon de cerros que se entroncan con el grande Atlas, abarca en el circuito de cuarenta leguas suma variedad de terreno y clima, y las cañadas y los páramos abundan de pingües dehesas, arroyos incesantes y de fruta

grandiosa y regalada. Realzan la peregrina soledad los escombros de Lambeca, ciudad allá romana, asiento de una lejion y residencia de cuarenta mil habitantes. Cercan el templo jónico de Esculapio aduares moriscos, y el ganado suele estar ahora paciendo en medio de un anfiteatro á la sombra de columnas corintias. Encúmbrase sobre el páramo allá un picacho tajado, donde los príncipes africanos depositaban sus mujeres y tesoros, y es proverbio entre Arabes que comerá fuego quien trepe á los riscos, y arrolle á los naturales del monte Arasio. Abalanzóse dos veces á tanto arrojo el Eunuco Salomon y la primera padeció algun desdoro, y ya en la segunda su teson y sus abastos iban de remate, y en el punto de retirarse, á impulsos de su denuedo disparado escaló ante los Moros despavoridos, la montaña, el campamento y la cumbre del peñasco Jeminio. Levantóse una ciudadela para afianzar conquista de tan suma entidad y recordar á los bárbaros su vencimiento; y luego Salomon, siguiendo su marcha hácia Poniente reengarzó la provincia de Mauritania de Sitifi, perdida hacia largo tiempo en el imperio romano. Siguió la guerra morisca por algunos años despues de la partida de Belisario; mas cuantos laureles cupieron á su leal lugarteniente, fueron hijuelas de su triunfo.

Suele el desengaño enmendar yerros personales en la madurez, mas no alcanza á enmendar las jeneraciones venideras. Las naciones antiguas, prescindiendo allá cada una de las demás, fueron quedando vencidas y avasalladas por los Romanos. Leccion tan grandiosa, pudiera haber enseñado á los bárbaros de Occidente á contrarestar con disposiciones oportunas y una confederacion pujante la ambicion ilimitada de Justiniano; mas repitióse el desbarro y resultaron las idénticas consecuencias. Los Godos, tanto de Italia como de España, desentendiéndose del peligro, estuvieron mirando con indiferencia, y aun con júbilo, el vuelco repentino de los Vándalos. Faltando la alcurnia real, Teudes caudillo poderoso y esforzado, subió al trono de España, que ya antes habia gobernado en nombre de Teodórico y de su tierno nieto. Sitiaron los Visigodos bajo su mando la fortaleza de Ceuta en la costa Africana; pero mientras estaban celebrando la festividad en desahogado sosiego asaltó una salida de la ciudad aquel afan devoto, y aun el mismo rey apenas pudo ponerse en salvo de manos del sacrílego enemigo (46). Sin mediar mucho tiempo halagó su orgullo y su encono una embajada rendida del desventurado Jelimero, implorando en tan sumo conflicto el ausilio del monarca español; pero en vez de sacrificar impulsos tan ruines á dictámenes de pundonor y de cordura, anduvo Teudes entreteniendo á los embajadores, hasta que se cercioró reservadamente de la entrada en Cartago, y entónces los despidió con advertencias enmarañadas y desdeñosas, para que se volviesen allá en busca de noticias positivas acerca de los Vándalos (47). Con la

continuacion de la guerra italiana se fué dilatando el castigo de los Visigodos, y falleció Teudes antes que le amargasen los frutos de su errada política. A su muerte sobrevino guerra civil por el cetro de España; el aspirante mas menesteroso acudió á Justiniano, firmando con ruin ambicion un tratado de alianza que lastimaba en estremo la independencia y los intereses de su patria. Cedíanse á las tropas romanas varias ciudades tanto sobre el Océano como sobre el Mediterráneo, y luego no cupo libertar aquellas prendas, fuesen de resguardo ó de cobranza, y reforzándose mas y mas con destacamentos del Africa, se aferraron en sus apostaderos inespugnables, con el intento dañado de estar enconando las desavenencias civiles y relijiosas de los bárbaros. Mediaron setenta años (A. 550 — 620), hasta que se logró desencarnar de las entrañas de la monarquía aquel punzante abrojo, y mientras los emperadores retuvieron porcion de aquellas posesiones lejanas é inservibles, su vanagloria colocaba á la España en el padron de sus provincias y en clase de vasallos á los sucesores de Alarico (48).

Menos disculpable fué todavía la torpeza de los Godos reinantes en Italia que la de sus hermanos españoles, y así fué mas ejecutivo y pavoroso su escarmiento. A impulsos de venganzas personales, proporcionaron á su enemigo mas ocasionado el esterminio de su aliado mas apreciable. Una hermana del Gran Teodorico (A. 554) se habia enlazado con Trasimundo, rey de Africa (49): con este motivo se cedió la fortaleza de Libeo (50) en Sicilia á los Vándalos, y la princesa Amalafrida llevó la comitiva marcial de mil nobles y cinco mil soldados godos, que descollaron en las guerras moriscas. Encumbrábalos sobre manera su propio engreimiento, desatendiéndoles tal vez los Vándalos: envidiaban el pais y menospreciaban á sus conquistadores; pero una matanza atajó su conspiracion supuesta ó efectiva, fenecieron los Godos, y acompañó luego al cautiverio de Amalafrida su muerte encubierta y sospechosa. Esmeróse la pluma elocuente de Casiodoro en afear aquella violacion sangrienta á la corte vándala atropelladora de todo vínculo social y sagrado; mas cuantas amenazas pregonaba en nombre de su soberano, quedarian burladas á su salvo, mientras los mares resguardasen el Africa, pues los Godos carecian absolutamente de armada. Desvalidos y ciegos en su despecho, aclamaron la venida de los Romanos, agasajaron á la escuadra de Belisario en los puertos de Sicilia, y luego se complacieron ó se sobresaltaron, al saber que su desagravio sobrepujaba á sus esperanzas y sus anhelos. Debió el emperador á su amistad el reino de Africa, y los Godos debian conceptuarse acreedores á recobrar un peñasco estéril recien separado en arras nupciales de la isla de Sicilia. Desengañólos presto el mandamiento desentonado de Belisario, con arrepentimiento tardío é infructuoso. «Pertenecian,» dijo el jeneral romano, «la ciudad y el promon-

torio de Lilibeo á los Vándalos, y uno y otro reclamo por derecho de conquista. Vuestro allanamiento os recomendará al emperador; la tenacidad os acarreará su desagrado, y luego una guerra que tendrá por único paradero vuestro esterminio. Si nos precisaseis á tomar las armas, pelearémos por no recobrar la posesion de un solo pueblo, sino para desalojaros de cuantas provincias estais indebidamente usurpando á su soberano lejítimo.» Nacion de doscientos mil combatientes pudiera sonreirse al necio amago de Justiniano ó su Lugarteniente, pero hervia Italia en desavenencias y enconos, y estaban los Godos muy mal hallados con el desdoro de un reinado mujeril (51).

Entroncó el nacimiento de Amalasunta, rejenta y reina de Italia (52) las dos mas esclarecidas ramas de los bárbaros. Descendia su madre, hermana de Cledoveo, de los reyes cabelludos de la alcurnia *Merovinjia* (53), y descollaba mas la sucesion de los *Amalos* en la jeneracion oncena por su padre el gran Teodorico, cuyas prendas ennoblecieron la prole mas plebeya. Quedaba la hija escluida del solio godo por su sexo; pero su cariño solícito para con su familia y pueblo (A. 522—534.) descubrió allá el último heredero de la alcurnia real, cuyos antepasados se habian refugiado en España, y el venturoso Eurico, se encumbró de repente á la jerarquía de cónsul y de príncipe. Breve fué la temporada de su embeleso con Amalasunta de esperanzas de succesion, y su viuda, despues de la muerte del marido y del hermano, quedó de tutora de su hijo Atalarico, y del reino de Italia. A los veinte y ocho años descollaba al par con sus prendas cabales de cuerpo y de entendimiento. Su beldad, que aun en concepto de la misma Teodora podia competir por la conquista de todo un emperador, resplandecia mas y mas con su sensatez varonil, despejo y denuedo. Habia con la educacion y la esperiencia engrandecido su injenio, sin envanecerse con sus estudios filosóficos, aun cuando se esplicase con igual primor y soltura en griego y en latin, y hasta en la lengua goda, la hija de Teodorico guardaba en los consejos silencio discreto é impenetrable. Con el recuerdo fiel de sus virtudes resucitó la prosperidad de aquel reinado, esmerándose filialmente en evitar los yerros y en borrar el tizne de su memoria en los años de su edad caduca. Recobraron los hijos de Blecio y de Sismaco la herencia paterna; su plácido temple jamás toleró que se impusiesen multas ni castigos corporales á los súbditos Romanos, y siempre desestimó gallardamente el clamor de los Godos, que tras cuarenta años, estaban conceptuando al pueblo de Italia como su esclavo y enemigo. Ideaba sus atinadas disposiciones Casiodoro, celebrándolas con su elocuencia; solicitó y mereció la amistad del emperador, y los reinos de Europa seguian respetando en paz y en guerra la majestad del solio godo. Pero la dicha venidera de la reina y de la Italia estribaba toda en la educacion de su hijo, á quien

incumbia por su nacimiento el desempeño de los papeles diversos y casi incompatibles de caudillo de un campamento bárbaro y de majistrado supremo de una nacion civilizada. Desde la edad de diez años (54) se fué instruyendo esmeradamente á Atalarico en las artes y en las ciencias ya provechosas ó ya graciables para un príncipe Romano, y se echó mano de tres godos venerables para empapar el pecho del rey moro en los arranques pundonorosos de la verdadera virtud. Mas si el alumno desconoce la trascendencia de la educacion se encona con su freno, y el afán de la reina, cuyo estremado cariño enardecia y formalizaba mas y mas aquel empeño, desencajaba rematadamente el destemple del hijo y de los súbditos. En una funcion solemne celebrada por los Godos en el palacio de Ravena, huyó el niño de la estancia de la reina, y con lágrimas de ira y altivez, se estuvo lamentando de un bofeton que le acababa de dar la madre en castigo de su terca desobediencia. Agraviáronse los bárbaros por el baldon causado á su rey, y acriminaron á la rejenta como conspiradora contra su corona y vida, y pidieron desaforadamente que se rescatase el nieto de Teodorico de la enseñanza ruin de mujeres y maestrillos, para educarlo como valeroso godo en el trato de sus iguales, y la esclarecida ignorancia de sus antepasados. Tuvo Amalasunta que doblegar su entereza racional á clamor tan bravío, corroborado aferradamente como voz de la nacion, sacrificando así el anhelo mas entrañable de su pecho. Engolfóse el rey de Italia en el vino, en las mujeres y en recreos montaraces; y el menosprecio descomedido del ingrato mancebo estaba manifestando los intentos malvados de sus predilectos. Sitiada por sus enemigos domésticos entabló una negociacion reservada con el emperador Justiniano, logró la seguridad de su agasajo, y tenia ya depositada en Derraquio en el Epiro un tesoro de doscientos mil duros. ¡Venturosa mil veces si se desviara apaciblemente de una parcialidad bárbara al sosiego y brillantez de Constantinopla! Pero ardia Amalasunta en ambicion y venganza, y estando sus naves á punto para dar la vela, estuvo pendiente del éxito de un delito que su ceguedad conceptuaba como acto de justicia. Tres de los mas ocasionados descontentos, recien desviados socolor de mando y confianza al confin de Italia, fueron asesinados por sus emisarios particulares, y la sangre de aquellos tres Godos esclarecidos reentronizó á la reina madre en la corte de Ravena acarreándole el odio de un pueblo libre. Lamentara antes los desbarros de su hijo, y luego tuvo que llorar la pérdida irreparable, y la muerte de Atalarico, quien á los diez y seis años falleció estragado por sus destemplanzas, la dejó sin arrimo para su autoridad legal; pero en vez de conformarse con las leyes patrias, que mandaban por máxima fundamental que nunca la succesion pasase de la lanza á la rueca, la hija de Teodorico ideó el intento inasequible de compartir con un primo el dic-

tado régio, aferrando en su propia diestra la esencia de la potestad suprema. Recibió la propuesta con rendido acatamiento y con estremos de agradecido, y el elocuente Casiodoro participó al senado y al emperador que Amalasunta y Teodato habian subido al solio de Italia. Su nacimiento, (pues era su madre hermana de Teodorico) no se conceptuaba como título cabal, y la eleccion de Amalasunta se la dictó el menosprecio de su codicia y apocamiento, nulidades que le desmerecian el cariño de los Italianos y la opinion de los Bárbaros. Pero se enconaba Teodato por aquel menosprecio tan debido; habíasele enfrenado y reconvenido por sus tropelías con los Toscanos confinantes; y los Godos principales, hermanados por sus demasías comunes y sus reuniones, se aunaron para enardecer su temple pausado y temeroso. Apenas se habian remitido las cartas de parabienes, cuando la reina de Italia quedó aprisionada en una islilla del lago Bolsena (55) donde, tras breve encierro, se la ahogó en el baño, de órden ó con anuencia del nuevo rey que iba enseñando á los súbditos desmandados á derramar la sangre de sus soberanos (A 534. Abr. 30).

Gozoso estaba mirando Justiniano las desavenencias de los Godos, y su brindis de medianero encubria y fomentaba las miras ambiciosas del conquistador. Sus embajadores en la audiencia pública pidieron la fortaleza de Lilibeo, diez bárbaros fujitivos y una compensacion adecuada por el saqueo de un pueblecillo sobre la raya Ilirica; pero negociaban encubiertamente con Teodato la entrega de Toscana, y cebaban á Amalasunta para desenmarañarse de sus peligros é incertidumbres con la rendicion de Italia (A 535. Dic. 54). Firmó á su pesar la reina cautiva una carta servil y fementida, pero las manifestaciones de los senadores romanos enviados á Constantinopla, patentizaban el estremo de su situacion lastimera; y Justiniano enviando un nuevo embajador intercedió eficacísimamente por su vida y libertad (*f*). Mas las instrucciones reservadas del mismo enviado iban pautadas por los celos inhumanos de Teodora, que estaba recelosa de la presencia y atractivo superior de su enemiga. Apuntó allá encubierta y estudiadamente algunas especies, y al saber aquella atrocidad tan provechosa para los Romanos (56) prorumpió en ímpetus de ira y pesadumbre, y declaró en nombre de su hueste guerra perpetua al alevoso asesino. Sinceraba el delito de un usurpador tanto en Italia como en Africa las armas de Justiniano; mas las fuerzas que iba juntando eran desproporcionadas para el derrumbo de un reino poderoso, á no enardecer y multiplicar el desempeño del héroe, número brio y prepotencia. Escoltaba á la persona de Belisario una guardia selecta de caballería, armada con lanzas y broqueles; componian además su caballería doscientos Hunos, trescientos Moros, y cuatro mil confederados, consistiendo la infantería solo en tres mil Isaurios. Mareando por el mismo

rumbo que la vez anterior, ancló el cónsul romano sobre Catania en Sicilia, para otear las fuerzas de la isla, y acordar si debia ó no intentar su conquista. Halló terreno pingüe y vecindario amigo. En medio del menoscabo de la agricultura, seguia la Sicilia abasteciendo á Roma; vivian los asentistas inmunes de alojamientos, y los Godos, confiando la defensa del país á los naturales, pudieron fundadamente lamentarse de confianza tan mal correspondida. En vez de acudir al arrimo del rey de Italia, se avinieron gozosos á la primera intimacion de rendimiento; y aquella provincia, primer producto de las guerras púnicas, se reincorporó, tras dilatada separacion, en el imperio romano (57). Intentó resistir la guarnicion goda de Palermo, pero se entregó en breve por un ardid muy estraño. Internó Belisario sus naves en lo mas íntimo de la bahía, y despues de izar afanosamente con aparejos y poleas las lanchas hasta la cima de los mástiles las cuajó de ballesteros que desde aquel encumbramiento despejaron las murallas de la ciudad. Tras campaña tan llana y venturosa, entró el vencedor en Siracusa en triunfo acaudillando sus tropas victoriosas; repartiendo medallas de oro por el pueblo en el mismo dia en que tan esclarecidamente terminaba el año de su consulado. Invernó en el palacio de los antigüos reyes, entre las ruinas de una colonia griega que abarcó allá hasta siete leguas (58); mas á la primavera, por la festividad de la Pascua, una asonada peligrosa de las fuerzas de Africa atajó sus intentos. La presencia de Belisario que desembarcó repentinamente con mil guardias (*g*), salvó á Cartago. Dos mil soldados mal seguros se allanaron ante su antiguo caudillo, quien marchó cerca de veinte leguas en busca de un enemigo, que con su denuedo compadecia y menospreciaba. Temblaron ocho mil rebeldes á su asomo, y su maestría los aventó al primer encuentro; y esta victoria sin blasones restableciera la paz al Africa, sino tuviera el vencedor que acudir á Sicilia para aplacar un alboroto movido en los propios reales durante su ausencia. (59). Achaques eran del tiempo las revueltas y la desobediencia, pues el númen del mando, y la prenda de la subordinacion, estaban vinculados en el pecho de Belisario.

Descendia Teodato de una alcurnia de héroes, é ignoraba el arte y odiaba los peligros de la guerra; y en medio de su aficion á los escritos de Platon y Marco Tulio, nunca su filosofía acertó á despegar de su ánimo las dos pasiones ruines de la codicia y el miedo. Habia feriado un cetro con ingratitud y homicidio: al primer amago de un enemigo, desdoró su propia majestad y la de una nacion que estaba ya menospreciando á un indigno soberano. (A 534. Octubre — 536. Agosto) Despavorido con el ejemplo reciente de Jelimero, ya se estaba viendo aherrojado por las calles de Constantinopla: reforzaba aun el pavor que llevaba consigo Belisario la elocuencia de Pedro el embajador Bizantino: y aquel osado y mañoso negociador recabó de él un tratado harto afrentoso para servir

de asiento á una paz duradera. Se pactó que en las aclamaciones del pueblo romano precediese siempre el nombre del emperador al rey godo, y que á cuantas estatuas se erijiesen á Teodato en bronce ó mármol, se colocase á su derecha la efijie divina de Justiniano. El rey de Italia tenia que solicitar, en vez de conferir, los honores del senado, y se requeria la anuencia del emperador antes de ejecutar sentencia alguna de muerte ó de confiscacion contra cualquiera senador ó sacerdote. Se desprendió el apocado monarca de la posesion de Sicilia; ofreció en muestra anual de su vasallaje una corona de oro del valor de mil y quinientos duros, comprometiendose á acudir con tres mil Godos ausiliares, siempre que se le requiriese al ausilio del imperio. Ufanísimo con tamañas concesiones, el ajente de Justiniano atropelló su regreso garboso á Constantinopla, pero al llegar á la quinta Albana (60) le alcanzó un ansioso llamamiento de Teodato, y el diálogo que sobrevino entre el rey y el embajador merece trasladarse en su sencillez primitiva. «¿Conceptuais que el emperador ha de revalidar el tratado? — Tal vez si lo orilla, ¿cuáles serán las resultas? — *La guerra.* — ¿Y será semejante guerra cabal y fundada? — Por supuesto; cada cual obrará segun su temple. — ¿Qué significa eso? — *Sois filósofo....... Justiniano es emperador de los romanos: seria impropio que un discípulo de Platon derramase la sangre de miles por una contienda particular; el sucesor de Augusto tiene que volver por sus derechos, y recobrar con las armas las provincias antiguas de su imperio.*» Este raciocinio no seria convincente pero si asustante y arrollador de la flaqueza de Teodato, quien luego se postró hasta el rendido ofrecimiento de ceder por una pension de doscientos mil duros el reino de los Godos y de los Italianos, y emplear lo restante de su vida en los recreos inocentes de la filosofía y de la agricultura. Pararon ambos tratados en manos del embajador, bajo el frájil resguardo de un juramento para no manifestar el segundo hasta despues de quedar terminantemente desechado el primero. Ya se deja discurrir el paradero, pues Justiniano requirió y aceptó la renuncia del rey Godo. Volvió el ajente ejecutivo de Constantinopla á Ravena, con instrucciones amplias y una carta primorosa, en alabanza de la filosofía y jenerosidad del filósofo rejio, concediendo la pension con la seguridad de cuantos honores pudiera disfrutar un súbdito y católico, y reservando advertidamente la ejecucion total del tratado para la presencia y autoridad de Belisario. En este intermedio las tropas godas derrotan y matan á dos jenerales romanos recien internados en la provincia de Dalmacia, y Teodato ciego y postrado ya en su desesperacion se enajena arrebatadamente con aéreo y aciago engreimiento (61), propasándose á recibir con amago y menosprecio al embajador de Justiniano que reclamaba la promesa, requeria la sumision de los súbditos, y alegaba denodadamente los fueros de su carácter. Marcha Belisario y

aventa aquellas soñadas ínfulas, y como la primer campaña tuvo que emplearse en el allanamiento de la Sicilia (62) deja Procopio la invasion de Italia para el segundo año de la guerra goda (63).

Resguarda Belisario con sus guarniciones competentes á Palermo y Siracusa, embarca su tropa en Mesina, y la traslada sin resistencia á la playa contrapuesta de Réjio (A 537). Un príncipe Godo reciencasado con la hija de Teodato, se hallaba con un ejército para contrarestar por allí la entrada en Italia, mas no escrupulizó en remedar á su tan fementido soberano, en su pundonor privado como para el desempeño público. El alevoso Ebermor desierta con sus secuaces al campamento Romano, y pasa á disfrutar los honores serviles de la corte Bizantina (64). Desde Rejio á Nápoles la escuadra y tropa de Belisario, avistándose casi de continuo, se adelanta como cien leguas sobre la costa; el pueblo de Brucio, Lucania y Campania, aborreciendo ya el nombre y la relijion de los Godos, se atienen á la disculpa decorosa de que sus muros se hallan desmoronados é indefendibles: abona la soldadesca sin abastos abundantes, y así el artesano como el labrador tan solo por curiosidad interrumpen tal vez sus afanes. Encumbrada Nápoles á capital crecida y populosa, vivió muy pagada con su idioma y costumbres de colonia griega (65), y la eleccion de Virjilio habia realzado aquel sitio primoroso, embeleso de todo amante del sosiego y el estudio, y aborrecedor del estruendo, la humareda y el boato angustioso de Roma (66). Cercada ya la plaza por mar y tierra, dió Belisario audiencia á los diputados del pueblo, quienes le amonestaron á que se desentendiese de una conquista impropia de sus armas, fuese en busca del rey Godo por el campo de batalla, y una vez victorioso, imponer como ya soberano de Roma el rendimiento de las ciudades dependientes. «Cuando estoy tratando con mis enemigos,» replicó el caudillo Romano con altanera sonrisa «suelo dar mas bien que recibir dictámen, pero traigo en mi diestra esterminio inevitable, y en la izquierda paz y desahogo, como lo está disfrutando la Sicilia.» Con el afan de la prontitud se manifestó garboso, y su pundonor afianzaba el convenio; pero se dividió Nápoles en dos bandos, y los oradores andaban acalorando la democracia griega, representando con denuedo y verosimilitud á la muchedumbre, que los Godos acudirian á castigar su desvío, y que el mismo Belisario apreciaria su brio y lealtad. No les cabia sin embargo deliberar á sus anchuras, por cuanto los estaban mandando ochocientos bárbaros, cuyas mujeres y niños se hallaban por rehenes en Ravena, y aun los judíos ricos y numerosos se oponian desesperadamente á las leyes de Justiniano. En la circunferencia de Nápoles; en época muy posterior (67), de solos dos mil trescientos y sesenta y tres pasos (68); resguardaban la fortificacion derrumbaderos y costa brava; si se le atajaban los acueductos, se abastecia de pozos y manantiales, y los acopios eran sufi-

cientes para frustrar el aguante de los sitiadores. A los veinte dias, impacientísimo ya Belisario, y casi avenido con el desdoro de tener que levantar el sitio, para marchar antes del invierno contra Roma y el Rey Godo, vino á desahogarle un Isaurio, que escudriñando con afan denodado el cauce enjuto de una cañería, le participó como era dable horadar un tránsito para una hilera de tropa armada, é internarla en la ciudad. Dispuesta reservadamente la empresa, aventuró la humanidad del jeneral el descubrimiento de su secreto, con la amonestacion postrera é infructuosa del eminente peligro. A deshora de la noche, se introducen cuatro cientos soldados por el acueducto, encaramándose con una cuerda afianzada á un olivo en la casa ó huerto de una matrona solitaria, resuenan los clarines, sorprenden á los centinelas, y atraen á los compañeros que por todas partes van escalando la muralla y abren de improviso las puertas de la ciudad. Cuantas atrocidades suele castigar la justicia, se cometieron por derecho de la guerra. Descollaron los Hunos en crueldad y sacrilejios, y solo Belisario asomó por las calles de Nápoles para aliviar los quebrantos que tenia predichos. « El oro y la plata » andaba clamando y repitiendo « son el galardon de vuestro denuedo; pero dejad á los habitantes que son cristianos, están suplicando, y son ya súbditos como vosotros. Devolved los niños á sus padres, las mujeres á sus maridos, y manifestadles con vuestra jenerosidad de que amigos se han estado defraudando á sí mismos. » Salvóse la ciudad por el pundonor y el predominio del caudillo (69) y al volver los Napolitanos á sus hogares lograron el consuelo de hallar sus tesoros ocultos. Alistóse la guarnicion bárbara al servicio del emperador; la Apulia y la Calabria, libres ya de la presencia odiosa de los Godos, reconocieron su autoridad, y los hocicos del jabalí Caledonio que todavía se están enseñando en Benevento, se hallan esmeradamente descritos en el historiador de Belisario (70).

Los leales soldados y vecinos de Nápoles habian estado esperando su rescate de un príncipe que permaneció apoltronado y casi indiferente con su esterminio. Resguardó Teodato su persona tras las murallas de Roma, mientras su caballería se adelantó doce leguas por la via Apia y acampó en los cenagales Pontinos, que por una zanja de tres leguas se acababan de desaguar y convertir en lozanísimos pastos (71). Pero las fuerzas principales de los Godos andaban dispersas por Dalmacia, Venecia y Galia y el ánimo apocado de su rey, yacia allá postrado con el malogro de una adivinanza que al parecer estaba presajiando el vuelco del imperio (72). Los esclavos mas rastreros son los mas acriminadores de los desbarros y flaquezas de todo dueño malhadado. Las hablillas de un campamento bárbaro se empeñaron en ir ociosa y desenfrenadamente zahiriendo la índole de Teodato: se le sentenció como indigno de su alcurnia, de su nacion y de su trono (A. 540. Ag.), y con aplauso universal elevaron los compañeros

sobre sus broqueles al jeneral Vitijes, cuyo denuedo habia descollado en la guerra Ibérica. Al primer anuncio, huyó el apeado monarca de la justicia de su patria, pero venganzas personales lo alcanzaron. Un godo á quien habia agraviado en sus amores, lo asió en la via Flaminia, y desoyendo sus cobardes alaridos, y lo traspasó postrado en el suelo, como víctima (dice el historiador) al pié del ara. La eleccion de un pueblo es el cimiento mejor y mas poderoso para reinar en él; mas tales son las vulgaridades en todos tiempos, que Vitijes se mostró ansioso de volver á Ravena donde pudiera afianzar, con la diestra repugnante de la hija de Amalasunta, allá cierto viso de derecho hereditario. Celebróse luego consejo nacional, y el nuevo monarca recabó del temple díscolo de los bárbaros su avenencia á un desdoro que el desgobierno de su antecesor hacia ya atinado é indispensable. Allanáronse los Godos á retirarse de la presencia de un enemigo victorioso; á dilatar hasta la primavera el embate de la guerra ofensiva, á desamparar los puntos muy desviados y confiar hasta la misma Roma al desempeño de su vecindario. Quedó Lenderis, guerrero veterano en la capital con cuatro mil soldados, guarnicion endeble, propia para robustecer el impulso, pero insuficiente para contrarestar el anhelo de los Romanos. Brotó sin embargo en sus ánimos una ráfaga de entusiasmo patriótico y relijioso, y prorumpieron desaforadamente en que ni el triunfo, ni aun la tolerancia del Arrianismo debian ya profanar mas el solio apostólico; que la irracionalidad del Norte no habia ya de hollar los túmulos de los Césares, y sin hacerse cargo de que el paradero de Italia seria el de una provincia de Constantinopla, vitoreaban desaladamente el restablecimiento de un emperador Romano como nueva era de próspero desahogo. Diputados del papa y del clero, del senado y del pueblo, brindaron al Lugarteniente de Justiniano con su rendimiento voluntario y con la entrada en la ciudad, cuyas puertas hallaria abiertas de par en par á su llegada. Fortificadas las nuevas conquistas de Nápoles y Cuma, se adelantó Belisario siete leguas hasta las orillas del Vulturno, estuvo viendo el desmoronamiento de la gran Capua y se detuvo en la encrucijada de las dos vias Catina y Apia. La obra del Censor tras nueve siglos de incesante batidero, conservaba todavía su primitiva hermosura, sin que asomase un quebranto en los sillares grandiosos y pulimentados que tan sólidamente constituian aquella incontrastable, aunque angosta carretera (73). Antepuso sin embargo Belisario el rumbo Latino que á cierta distancia del mar, iba faldeando los montes por espacio de cuarenta leguas. Desaparecieron los enemigos, y apénas asomó por la puerta Asinaria (A. 536. Dic. 10.) se marchó la guarnicion sin atropellamiento por la via Flaminia, y así la ciudad, tras sesenta años de servidumbre, quedó libre del yugo de los bárbaros. Solo Lenderis, por altanería ó desabrimiento, se retrajo de acompañar á los fujitivos, y el caudillo Godo, como

trofeo tambien de la victoria, fué enviado, con las llaves de Roma, al solio del emperador Justiniano (74).

Dedicáronse los primeros dias, que correspondian á los antiguos Saturnales, á mútuos parabienes y regocijos, y los católicos anduvieron disponiendo la celebracion de la festividad cercana del nacimiento de Cristo, sin zozobra de competencia. Conversando familiarmente con aquel héroe, fueron los Romanos formando algun concepto de las prendas que la historia estaba atribuyendo á sus antepasados. Edificóles el acatamiento que Belisario estaba mostrando al sucesor de San Pedro, y la entereza de su disciplina afianzaba mas y mas en medio de la guerra las escelencias del sosiego y de la justicia. Vitoreaban los redoblados logros de sus armas que recorrian la comarca hasta Narni, Perania y Espoleto, pero senado, clero y pueblo desaguerrido, oyeron trémulos que iba á sostener y padecer muy en breve un sitio contra todo el poderío de la monarquía Goda. Puso por obra Vitijes sus intentos con eficacia y tino durante el invierno, agolpando desde sus rincones montaraces y guarniciones lejanas, los Godos en Ravena para la defensa de su patria; y tan subido era su número, que tras haber destacado todo un ejército al socorro de la Dalmacia, seguian marchando con el estandarte real hasta ciento y cincuenta mil combatientes. Fué el Rey Godo repartiendo armas, caballos, regalos y promesas á raudales, segun la jerarquía y los merecimientos del agraciado: adelantóse por la via Flaminia, desentendiéndose de los sitios inservibles de Perania y Espoleto, respetó el peñasco inespugnable de Narni y llegó hasta una legua escasa de Roma, al embocadero del puente Milvio. Fortificóse aquel tránsito angosto con una torre, y Belisario justipreció el importe de veinte dias que debian desperdiciarse en la construccion de otro puente; pero despavorida la soldadesca de la torre, huyendo ú desertando frustró sus esperanzas y espuso su misma persona á un riesgo eminentísimo. El jeneral Romano, capitaneando mil caballos, desembocó por la puerta Flaminia para delinear una posicion aventajada y otear el campamento de los bárbaros; mas conceptuándolos todavía allende el Tiber, se vió repentinamente cercado y embestido por sus escuadrones innumerables. Pendiente estaba la suerte de Italia de su vida, y los désertores lo iban señalando sobre su caballo vistoso, de color bayo (75) y cabeza blanca que cabalgaba en aquel dia memorable. « Apuntar al bayo » era el alarido jeneral. Arcos y venablos, todo se asestaba contra el objeto descollante, y miles y miles, andaban repitiendo la órden cuyo motivo ignoraban. Los valentones bárbaros estrechaban la pelea al trance mas horroroso de la espada y lanza, y los elojios de un enemigo han realzado la caida de Visando el alférez (76) que se mantuvo avanzado siempre hasta que yació traspasado de trece heridas, quizás de mano del mismo Belisario. Maestría, denuedo y fortaleza campeaban en el jeneral

Romano; iba descargando á diestro y siniestro golpes tremendos y mortales; remedaba leal su guardia tantísimo valor, y escudaba su persona, y los Godos, tras la pérdida de mil hombres, huyeron á carrera del héroe. Persiguióseles temerariamente hasta su campamento, y los Romanos, acosados con la muchedumbre, fueron haciendo ya pausada, ya luego atropelladamente, su retirada hasta las puertas de la ciudad; cerráronse estas á los fujitivos, y se agravó el pavor jeneral con la voz de que habian muerto á Belisario. Desfigurado estaba en efecto con el sudor el polvo y la sangre, ronca era su voz, y casi postrada yacia su pujanza; pero descollaba mas y mas su denuedo y siguió trasponiéndolo á sus casi desmayados compañeros, y allá al avance postrero se alejaron los bárbaros cual si estuviesen presenciando la llegada de un ejército lozano, y cabal recien salido de la ciudad. Patente ya la puerta Flaminia, allí se agolpó un triunfo *efectivo*; pero antes acudió Belisario á todos los puntos, providenció cuanto conducia á la seguridad pública, para avenirse al fin á las instancias de su esposa y los amigos, y tomar el refrijerio imprescindible del alimento y el sueño. Perfeccionado ya el arte militar, por maravilla cabe al jeneralísimo el trance de apelar á sus proezas personales de soldado; mas puede añadirse el ejemplar de Belisario á los de Enrique IV, de Pirro y de Alejandro.

Tras el malogro de su primer ensayo, atravesó todo el ejército godo el Tíber, y formalizó aquel sitio de la ciudad que duró mas de un año hasta su levantamiento final. Prescindiendo de ámbitos ideales, el jeógrafo ajustadamente señaló la circunferencia de Roma en el recinto de cuatro leguas y trescientos y cincuenta pasos, y esta delineacion ha permanecido idéntica é invariable desde el triunfo de Aureliano, hasta el reinado pacífico y arrinconado de los papas modernos (77). Pero en aquellos dias de su encumbramiento descollaba el recinto con edificios, y hervia de moradores, y allá el centro comun flechaba á manera de rayos los arrabales populosos, que cuajaban en gran parte las carreteras. Aventó la adversidad las galas esteriores, y dejó asolada y desnuda gran parte aun de los siete cerros. Mas Roma, aun en aquella temporada, podia enviar á campaña mas de treinta mil varones de edad militar (78); y en medio de su bisoñez y torpeza, la mayor parte curtidos con la escasez, podian empuñar las armas en defensa de su patria y relijion. Acudió el tino de Belisario á este arbitrio trascedental. Relevaba el pueblo con fervorosa eficacia á la tropa, velando cuando esta dormia, y trabajando mientras descansaba; aceptó el brindis de la mocedad mas valiente y menesterosa de Roma, y las compañías de ciudadanos solian hacer veces de veteranas al tener estas que emplearse en algun servicio preferente. Pero estribaba naturalmente su confianza en los aguerridos con él en Persia y en Africa, y aunque la gallarda huestecilla quedaba reducida á cinco mil hombres,

empeñóse con tan escaso número en defender un circuito de cuatro leguas contra un ejército de ciento y cincuenta mil bárbaros. Aun asoman en las murallas de Roma que construyó ú restableció Belisario, los materiales de la arquitectura antigua y (79) se redondeó la fortificacion cabal, escepto en un gran portillo, patente todavía, entre las puertas Pinciana y Flaminia que la preocupacion de Godos y Romanos dejó al cargo del Apóstol S. Pedro (80). Las almenas ó torreones formaban ángulos agudos; foso ancho y hondo resguardaba el pié de la muralla y sobre ella ausiliaba la maquinaria á los ballesteros; la *balista*, arco de cruz muy poderoso que disparaba flechas cortas pero macizas; los *anagros* ó asnos silvestres, que con el empuje de una honda arrojaban piedras y bolas de grandísimo tamaño (81); se cruzó el Tíber con una cadena; se atajó el tránsito por los acueductos, y la mole ó sepulcro de Adriano (82) vino por la vez primera á convertirse en ciudadela. Aquel recinto venerable que atesoraba las cenizas de los Antoninos, era un torreon circular que descollaba sobre una base cuadrangular; cubríalo mármol blanquísimo de Paros y lo condecoraban estatuas de dioses y héroes; y el amante de las artes leerá suspirando, que los primores de Praxiteles y Lisipo, desencajados de sus grandiosos pedestales allá iban por los fosos asestados á las cabezas de los sitiadores (83). Señaló Belisario á cada uno de sus tenientes la defensa de una puerta, con el encargo atinado y terminante de que en medio de todo arrebato, cada cual se mantuviese aferrado en su punto respectivo, confiando en el jeneral para el salvamento de Roma. La hueste descomunal de los Godos aun no abarcaba los ámbitos grandiosos de la ciudad: de las catorce puertas solo se asestaron á siete, desde la via Prenestina hasta la Flaminia, y Vitijes repartió su tropa en seis campamentos resguardados todos con foso y vallado. Por la parte del rio que mira á Toscana, se formó un séptimo campamento sodre el solar ó circo del Vaticano, con el intento trascendental de señorear el puente Milvio y el cauce del Tíber; pero se acercaron devotamente á la iglesia contigua de San Pedro, y el umbral de los santos Apóstoles quedó intacto por el enemigo cristiano durante el sitio. Allá en los siglos victoriosos al decretar el senado alguna conquista lejana, pregonaba el cónsul las hostilidades patentizando con solemnísimo boato las puertas del templo de Jano (84). La guerra interior inutilizaba la advertencia, y se arrinconó aquel ceremonial con el establecimiento de una relijion nueva. Pero descollaba siempre el templo de Jano, todo de bronce en el foro, del tamaño preciso para abarcar la estatua del Dios, de cinco codos de altura, de estampa humana, pero con dos rostros encarados á Levante y Poniente. Las puertas dobles eran tambien de bronce y el empeño infructuoso de jirarlas sobre sus quicios, descubrió el secreto escandaloso de que habia aun Romanos afectos á la supersticion de sus antepasados.

Emplearon los sitiados diez y ocho dias en habilitar los medios de embestida que inventó la antigüedad; disponiendo hazes para llenar los fosos y escalas para trepar á las almenas. Los árboles mas corpulentos de las selvas suministraron madera para cuatro arietes; armaron sus testuces de hierro y cincuenta hombres ponian á cada uno de ellos en movimiento. Las torres empinadas de madera andaban sobre ruedas ó rollos, y formaban como una plataforma anchurosa al nivel de los muros A la madrugada del dia diez y nueve, allá se disparó el avance jeneral desde la puerta Prenestina hasta el Vaticano; adelantáronse al asalto siete columnas godas con sus máquinas militares, y los Romanos que ceñian la muralla estaban escuchando con zozobra y desconfianza las placenteras seguridades del caudillo. Al asomar el enemigo sobre el foso, el mismo Belisario disparó el primer flechazo, y tal fué su pujanza y maestría que traspasó al mas avanzado de los jefes bárbaros. Mil vivas de victorioso aplauso resonaron de estremo á estremo de las murallas dispara segundo flechazo con igual éxito, y los mismos vitores. Dispone el jeneral Romano que los ballesteros asesten sus tiros á las yuntas de bueyes; quedan al golpe cuajuados de heridas mortales; quedan las torres que venian tirando inmobles é inservibles, y un solo trance desbarata los afanosos intentos del rey de los Godos. Tras este malogro, Vitijes se aferra, ú aparenta seguir en el asalto de la puerta Salaria, para embargar la atencion de su contrario, mientras sus fuerzas principales se empeñan reciamente contra la puerta Prenestina, y el sepulcro de Adriano, distantes una legua entre sí. Junta á la primera el vallado doble del Vívero (85) está bajo y quebrantado; las fortificaciones del segundo carecen de competente resguardo; estimulan el denuedo de los Godos esperanzas de victoria y despojo, y si un solo punto flaquea, los Romanos y la misma Roma quedan irreparablemente perdidos. Aquel dia arriesgadísimo es el mas esclarecido de la vida entera de Belisario. Entre el alboroto y desaliento su despejo abarca todo el plan del ataque y la defensa; acecha las novedades mas instantáneas, justiprecia todas las ventajas asequibles, se engolfa en lo mas árduo del trance, y va traspasando su propio denuedo con órdenes terminantes y sosegadas. Sostiénese desaforadamente la refriega desde la madrugada hasta el anochecer, quedan rechazados por todas partes los Godos, y cada Romano puede blasonar de que ha vencido á treinta bárbaros, en no contrapesando á tantísima desproporcion la sobresalencia de un solo individuo. Fenecieron treinta mil Godos, segun confesion de sus propios caudillos, en esta sangrientísima contienda, y el sin número de heridos correspondió al de los muertos. Al ir al asalto arremolinados no habia un tiro desperdiciado, y al retirarse la chusma de la ciudad se incorporaba en el alcance, é iba llagando á su salvo las espaldas del enemigo fujitivo.

Sale Belisario de las puertas, y mientras la soldadesca entona sus loores y escelencias las máquinas godas quedan reducidas á cenizas; y es tal el quebranto y pavor de los Godos, que desde aquel dia el sitio de Roma vino á reducirse á un bloqueo flojo pero angustioso, hostilizándolos de continuo el jeneral Romano, y matándoles en varias salidas mas de cinco mil de sus mas floridas tropas. Era lega su caballería en el manejo del arco, sus ballesteros eran de á pié, y divididas estas fuerzas no podian arrostrar á las contrarias, cuyas lanzas y flechas de cerca ó de lejos eran igualmente incontrastables. La maestría sin par de Belisario afianzaba las coyunturas favorables, y escojiendo hora y sitio, embistiendo ú cejando (86) por maravilla malograban sus escuadrones el lance; ventajas parciales que envalentonaron la soldadesca y el vecindario, que iban igualmente rehuyendo las penalidades de un sitio, y menospreciando el trance de una refriega jeneral. Cada plebeyo se conceptuaba un héroe, y la infantería que con el menoscabo de la disciplina habia desmerecido su colocacion en la línea de batalla, aspiraba ya á los timbres de la lejion romana. Elojió Belisario el denuedo de sus tropas, desaprobó su engreimiento, se allanó á sus clamores, y dispuso de antemano el reparo de una derrota que él solo tenia aliento para maliciar. Sobrepujaron los Romanos por el fuerte del Vaticano, y á no malograr el trance irreparable con el saqueo del campamento, pudieron posesionarse del puente Milvio y atacar por la retaguardia la hueste goda. Adelantóse Belisario desde las puertas Pinciana y Solaria por la otra orilla del Tíber, pero su ejercitillo, quizás de cuatro mil hombres, quedó engolfado en una llanura anchurosa; cercado y acosado por nuevos refuerzos que reponian sus quebrantos; no sabian vencer los caudillos valerosos de la infantería; murieron; la retirada fué un tanto atropellada, pero resguardóla el tino del jeneral, y los vencedores cejaron despavoridos al ver un murallon encrespado de armas. No mancilló esta derrota la nombradía de Belisario, y el desatinado engreimiento de los Godos no fué menos provechoso á sus intentos que el arrepentimiento y recato de la tropa Romana.

Desde el punto en que Belisario acordó sostener un sitio, desvelóse sobremanera en abastecer á Roma, para precaver el hambre, mas temible que las armas godas. Trájose de Sicilia un acopio crecidísimo de trigo; arrebatáronse á viva fuerza las cosechas de Campania y Toscana para el consumo de la ciudad, y se atropellaron los derechos de la propiedad; con el móvil poderoso de la salvacion pública. Era muy óbvio el corte de los acueductos por el enemigo, y la parada de los molinos de agua fué el primer quebranto, que luego se remedió amarrando barcos capaces, y colocando las muelas en la corriente del rio. Quedó luego el raudal empachado con los troncos de árboles y corrompido con

los cadáveres, mas fueron tan eficaces las cautelas del jeneral Romano que las aguas del Tíber siguieron dando movimiento á los molinos y bebida al vecindario: los barrios lejanos se socorrian con pozos caseros y una ciudad sitiada podia sobrellevar sin destemple la privacion de los baños públicos. Una gran tirada de Roma, desde la puerta Prenestina hasta la iglesia de San Pablo, nunca padeció avance de los Godos; atajábanles las tropas moriscas sus correrías, el cauce del Tíber y las vias Latina, Apia y Ostia, quedaron siempre espeditas y afianzadas para los abastos de trigo y carne, y la ida de los vecinos que se refujiaban por la Campania ó en Sicilia. Afanado Belisario por descargarse de una muchedumbre consumidora é inservible, pregonó bandos terminantes para la salida de mujeres, niños y esclavos, exijió de sus soldados el despido de sus asistentes varones ó hembras, y fijó su haber la mitad en comestibles y la otra en dinero. Se patentizó luego su acierto con la escasez jeneral de resultas de haberse los Godos aposentado en dos puntos importantes por las cercanías de Roma. Con la pérdida del puerto, ó como ahora se llama la ciudad del Porto, quedó defraudado de la comarca á la derecha del Tiber y de la comunicacion mas ventajosa con el mar, y recapacitó con amarga ira, que trescientos hombres, si le cupiera desprenderse de tan corta fuerza, pudieran resguardar sus obras inespugnables. Como á dos leguas de la capital, entre las vias Apia y Lucina, dos acueductos principales estraviándose una y otra vez abarcaban con sus arcos encumbrados y macizos un ámbito fortificado (87) donde Vitijes colocó un campamento de siete mil Godos, para interceptar los convoyes de Sicilia y Campania. Los acopios de Roma se iban apurando, y la comarca yacia asolada á hierro y fuego, y si se lograba algun socorrillo era á costa de sangre y de riquezas; nunca faltó pienso al caballo ni pan al soldado, pero en los últimos meses del sitio se vió el vecindario acosado de escasezes, alimentos dañinos y dolencias contajiosas (88). Belisario se enteraba y condolia de tanto padecimiento, pero habia previsto el menor cabo de su lealtad y acechaba los pasos de su desabrimiento descomedido. Habian los desengaños de la adversidad apeado á los Romanos de sus soñadas ínfulas de libertad y encumbramiento, demostrándoles amarga y desairadamente el ningun resultado para su bienestar de que sus soberanos se apellidasen Godos ó Latinos. Escuchaba el Lugarteniente de Justiniano sus lamentos menospreciando todo asomo de huida ó capitulacion; enfrenaba su vocinglero afan de refriega; los embelesaba con perspectivas de rescate pronto y positivo, y se afianzaba respecto á sí mismo y á la ciudad contra los arranques de la desesperacion ó la alevosía. Mudaba dos veces al mes la oficialidad de las puertas; se valia de cautelas, patrullas, sobrerondas, contraseñas, luminarias y músi

cas, para enterarse por puntos de cuanto estaba pasando en el ámbito de las murallas; colocábanse avanzadas y escuchas fuera de los fosos, y el desvelo constante de mastines solia suplir á la lealtad incierta de los racionales. Interceptóse una carta que aseguraba al rey de los Godos, como la puerta Asinaria, contigua á la iglesia Luterana se franquearia á sus tropas (A 537. Noviembre 17) reservadamente. Varios senadores, indiciados de traicion, fueron desterrados, y el papa Silverio tuvo que acudir ante el representante de su soberano, á sus reales en el palacio Pinciano (89). Detúvose á los acompañantes por las antesalas (90) y solo él fué admitido á la presencia de Belisario. Estaba el vencedor de Roma y Cartago modestamente sentado á los pies de Antonina recostada en su lecho imperial: callaba el jeneral; pero se disparó el raudal de la reconvencion y del amago de boca de su mujer avasalladora. Estrechado por testigos fidedignos, y por el testimonio de su propia firma, quedó el sucesor de San Pedro despojado de sus vestiduras pontificales, vestido con un hábito burdo de monje, y embarcado sin demora para un destierro lejano en el Oriente (*h*). El clero de Roma, por mandato del emperador procedió al nombramiento de nuevo obispo, y tras su invocacion solemnísima al Espíritu Santo, elijió al diácono Viplio que habia cohechado el solio papal con doscientas libras de oro. Achacóse la logrería, y por consiguiente la culpa de esta simonía á Belisario; mas estaba el héroe á las órdenes de su esposa, pues Antonina daba pábulo á los impulsos de la emperatriz, y Teodora derramaba tesoros esperanzada allá de lograr un pontífice enemigo ú indiferente con el concilio de Calcedonia (91).

Participó la carta de Belisario al emperador su victoria, su peligro y su ánimo. « En cumplimiento de vuestras disposiciones nos hemos internado en el señorío de los Godos y señoreado la Sicilia, la Campania y la ciudad de Roma, y el malogro de estas conquistas redundaria en mayor desdoro que cuanta gloria nos ha podido acarrear su adquisicion. Hasta aquí hemos ido arrollando un sinnúmero de bárbaros; pero su muchedumbre pudiera al fin sobrepujar. Don de la Providencia es la victoria, pero la nombradía de reyes y jenerales estriba en el acierto ú el malogro de sus intentos. Tened á bien me esplique sin rebozo; si anhelais nuestra conservacion, enviadnos subsistencias, y si aspirais á que venzamos enviadnos armas, caballos y jente. Nos han recibido los Romanos como amigos y libertadores; mas en el conflicto actual ó van á zozobrar por su confianza, ó á esterminarnos con su traicion y su odio. En cuanto á mí, en vuestro servicio está cifrada mi vida, y á vos toca el recapacitar si mi muerte en tal situacion redundaria en gloria y prosperidad de vuestro reinado. » Quizás fuera igualmente próspero aquel reinado, si el dueño pacífico del Oriente, se desentendiera de la conquista de Africa é Italia;

mas como Justiniano era ambicioso de nombradía, puso algun conato, aunque endeble y apocado, en sostener y rescatar á su jeneral victorioso. Llegaron Martin y Valeriano acaudillando un refuerzo de mil y seiscientos Hunos y Eslavones, y como descansaron durante el invierno por los puertos de la Grecia, no padeció mareo ni quebranto así la jente como la caballería en el viaje, descollando al contrario con su denuedo desde la primera salida contra los sitiadores. Por el rigor del estío desembarcó Eutalio en Terracina con cuantiosos caudales para el pago de la tropa: fué adelantando cautamente por la via Apia, é introdujo su convoy en Roma por la puerta Capena (92); mientras Belisario por la parte contrapuesta entretenia á los Godos con una escaramuza briosa y acertada. Estos ausilios oportunos, aplicados y encarecidos enteramente por el jeneral Romano, envalentonaron, ó á lo menos esperanzaron á la soldadesca y al vecindario. Partió el historiador Procopio con el encargo importante de recojer cuantas tropas y abastos pudiera suministrar la Campania, ó procedieran de Constantinopla; siguióle luego la misma Antonina (93) y atravesando denodadamente por los puertos del enemigo, volvió con ausilios orientales al socorro de su mando y de la ciudad sitiada. Una escuadra con tres mil Isaurios ancló en la bahía de Nápoles y luego en Ostia: aportaron en Tarento mas de dos mil caballos, en parte Tracios, y unidos quinientos soldados de Campania y una porcion de carruajes cargados de vino y harina, se encaminaron por la via Apia, desde Capua á las cercanías de Roma. Incorporáronse las fuerzas de mar y tierra á la embocadura del Tíber, y Antonina juntó un consejo de guerra. Acordóse contrarestar á remo y vela el raudal del rio, y los Godos se retrajeron de entorpecer con hostilidades temerarias la negociacion escuchada mañosamente por Belisario. Creyeron neciamente que estaban tan solo viendo la vanguardia de una armada y ejército que venian ya cuajando el mar Jónico y las llanuras de Campania: embeleso allá sostenido con el ademan altanero del jeneral Romano al dar audiencia á los enviados de Vitijes. Tras un razonamiento decoroso encareciendo la justicia de su causa, manifestaron que por amor á la paz, estaban prontos á desprenderse de la Sicilia. «No es menos jeneroso el emperador» replicó su Lugarteniente con una sonrisa desdeñosa «en cambio de un don que ya no poseeis, os brinda con una provincia antigua del imperio, pues allá entrega á los Godos la soberanía de la isla de Bretaña.» Desechó Belisario con igual entereza y menosprecio el ofrecimiento de un tributo; pero otorgó á los embajadores godos el oir de la misma boca de Justiniano la suerte que les estaba reservada, y aparentando suma repugnancia se avino á una tregua por tres meses, desde el solsticio del invierno hasta el equinoccio de la primavera. No era cordura el atenerse á juramentos ni rehenes de bárbaros; pero la sobresalencia innegable del caudillo Romano, descolló en la colocacion de sus tropas.

Luego que la zozobra ó el hambre precisaron á los Godos para evacuar Alba, Porto y Centumcela, quedaron ejecutivamente reemplazados; reforzáronse las guarniciones de Nami, Espoleto y Peracia, y los siete campamentos de los sitiadores vinieron á quedar acosados con los quebrantos de un sitio. No fueron infructuosas las plegarias y la romería, y logró mil Tracios é Isaurios, para corroborar el alzamiento de la Liguria contra su déspota Ariano. Al mismo tiempo Juan el Sanguinario (94), sobrino de Vitaliano, salió destacado con dos mil caballos selectos, primero á Alba y el lago Fucino, y luego á la raya del Piceno y del mar Adriático. « En esa provincia, » dijo Belisario, « han depositado los Godos sus familias y tesoros sin resguardo ni zozobra de peligro. Por supuesto quebrantarán la tregua; haced que palpen vuestra presencia antes que oigan vuestros movimientos; mirad por los Italianos; cuidado con no dejar plaza alguna fortificada á la espalda, y guardad fielmente los despojos para su reparto cabal entre todos. «No cabria en razon, » añadió riendo, «que mientras nos afanamos acá por acabar con los zánganos, nuestros hermanos mas venturosos se regalasen á solas con la miel. »

Habiase agolpado la nacion entera de los Ostrogodos sobre Roma, y vino á fenecer en su sitio. Si merece crédito un testigo despejado cuando menos un tercio de su hueste descomunal quedó en la demanda con las refriegas incesantes y sangrientas que se estuvieron trabando bajo los muros de la ciudad. El ambiente, ya muy notado de pernicioso por el estío, se deterioró mas y mas con el menoscabo de la agricultura y la poblacion, y las plagas del hambre y la epidemia se fueron agravando con el desenfreno y la desavenencia de los naturales. Mientras Vitijes las habia con la suerte y titubeaba entre su desdoro ú esterminio, sobresaltos caseros atropellaron su retirada. Acudieron desalentados mensajeros á participarle que Juan el Sanguinario estaba allá dilatando su asolacion desde el Apenino hasta el Adriático, que las preciosidades é innumerables cautivos del Piceno se hallaban en las fortificaciones de Rimini, y que el formidable caudillo habia derrotado á su tio, desacatado á su capital y mancillado con su correspondencia reservada la fidelidad de su consorte, aquella hija engreida de Amalasunta. Echó sin embargo el resto Vitijes á su despedida, para asaltar ó sorprender la ciudad. Descubrióse un tránsito oculto por uno de los acueductos; se cohechó á dos vecinos del Vaticano para que embriagasen la guardia de la puerta Aureliana; se ideó un ataque á la muralla por allende el Tíber, en un sitio que carecia de torres, y allá se adelantaron ya los bárbaros con hachones y escalas al asalto de la puerta Pinciana. Frustraron todo el intento los desvelos denodados de Belisario y sus veteranos, que en los trances no echaban menos á sus compañeros; y los Godos, desahuciados y hambrientos, clamaron desaforadamente por la partida, antes que espirase la tregua y se reincor-

porase la caballería Romana. Al año y nueve dias de sitio, aquel ejército tan grandioso y triunfante, quemó sus tiendas y despasó el puente Milvio (A 538. Marzo); mas no lo atravesó á su salvo, pues agolpada y comprimida la muchedumbre en la estrechez, ya su propio sobresalto, ya el alcance del enemigo, la fué ciegamente precipitando al Tíber, y el jeneral Romano disparándose por la puerta Pinciana, le causó un descalabro mortal y afrentoso en su retirada. La marcha dilatada y á pausas de una hueste enferma y despavorida iba siguiendo la carretera Flaminia, de la cual tenia á trechos que desviarse, temerosa de estrellarse con las guarniciones que le atajaban el paso para Rimini ó Ravena, mas era todavía tan poderoso el ejército fujitivo que entresacó Vitijes hasta diez mil hombres para el resguardo de las ciudades que mas ansiaba conservar, y destacó á su sobrino Uraya con fuerza competente para el castigo de la rebelde Milan. Acaudillando su cuerpo principal sitió á Rimini, distante tan solo once leguas de la capital Goda. Mantúvose con muros endebles y escasillo foso Juan el Sanguinario, tal era su maestría y denuedo, alternando en el afan y el peligro con el ínfimo soldado, compitiendo en teatro menos esclarecido con las prendas militares de su gran caudillo. Se inutilizaron las torres, máquinas y arietes de los bárbaros, y se rechazaron sus ataques; y luego dilatándose el bloqueo y hambreando la guarnicion hasta lo sumo, se dió tregua para que se juntase y acudiese el ejército Romano. Sorprendió una escuadra á Ancona, y luego siguió costeando el Adriático hasta el socorro de los sitiados. Desembarcó el eunuco Narces en el Piceno con dos mil Herulos y cinco mil de los mejores soldados del Oriente. Se forzó el peñasco del Apenino; diez mil veteranos fueron faldeando las montañas á las órdenes del mismo Belisario, y un nuevo ejército, cuyos reales centelleaban con un sin número de antorchas, asomó por la carretera Flaminia. Atónitos y desesperados los Godos, desampararon el sitio de Rimini, sus tiendas, estandartes y caudillos, y Vitijes que diz si siguió el ejemplo de la huida, no hizo alto hasta escudarse con las murallas y pantanos de Ravena.

A este punto y á algunos otros, sin mútuo resguardo, vino entonces á reducirse la monarquía goda; ya las provincias de Italia seguian el bando del emperador, y su ejército reforzado ya hasta el número de veinte mil hombres, acabalara en breve la conquista, á no padecer su poderío incontrastable el sumo quebranto de la discordia entre los caudillos Romanos (A 538). Antes de la terminacion del sitio, un acto sanguinario, mal motivado y voluntarioso, habia mancillado la nombradía tersa de Belisario. Presidio, Italiano leal, y fujitivo de Ravena para Roma, fué violentamente detenido por Constantino, gobernador de Espoleto, y despojado en medio de la iglesia de dos dagas primorosamente tachonadas de oro y pedrerías. Apenas cesó el peligro jeneral, se querelló Presidio del que-

branto y la tropelía; dióselc oidos, pero el usurpador engreido y avariento desobedeció el mandato de restitucion. Destemplado con la demora, Presidio desaforadamente detuvo el caballo del jeneral al atravesar el foso, y con el denuedo de ciudadano pidió el amparo comun de las leyes Romanas. Comprometido se hallaba el pundonor de Belisario, junta consejo, requiere la obediencia del subalterno, y tras la avilantez de su respuesta, llama á su guardia. Al verla entrar Constantino, dándose por muerto, desenvaina su espada, se abalanza al jeneral, que sorteó velozmente el golpe al resguardo de sus amigos; desarman al ciego asesino, lo arrastran á una estancia contigua, y lo ejecutan, ó mas bien lo destrozan los guardias por disposicion arbitraria de Belisario (95). En aquel atropellamiento quedó trascordado el desafuero de Constantino; achacóse la desesperacion y muerte de aquel oficial valeroso allá á las venganzas de Antonina, y todos sus compañeros, reos de iguales tropelías, se recelaron igual paradero. La zozobra del enemigo comun atajó los ímpetus de la envidia y el desabrimiento; pero con las alas de la victoria ya cercana, incitaron á un competidor poderoso para contrarestar al conquistador de Africa y Roma. Encumbrado Narses repentinamente al mando de un ejército, desde el servicio palaciego como eunuco, y de la administracion de rentas privadas, con su denuedo heróico que llegó á igualar el mérito y nombradía de Belisario, fué tan solo conducente para enmarañar y entorpecer los pasos de la guerra goda. El bando desabrido atribuyó á sus atinados dictámenes el rescate de Rimini, acalorando á Narses para apropiarse un mando separado é independiente. Imperábale Justiniano en verdad su obediencia al jeneralísimo en su carta, pero la escepcion aciaga de «en cuanto conduzca al servicio público» franqueaba ensanches al sagaz privado, que acababa de alejarse de la conversacion *sagrada* y familiar de su soberano. En el desempeño de aquellas facultades mal deslindadas, siempre el eunuco discordaba del parecer de Belisario, y tras de avenirse con repugnancia al sitio de Urbino, desertó del ejército á deshora, y se encaminó á la conquista de la provincia Emiliana. Guerreaban con Narses las tropas bravías y formidables de los Hérulos (96); recabó de diez mil romanos y confederados que siguieron sus pendones; todo díscolo asía la coyuntura de vengar sus agravios personales ó imajinarios, y las demas fuerzas de Belisario andaban divididas y dipersas desde las guarniciones de Sicilia hasta las playas del Adriático. Su teson y maestría arrollaron todos los tropiezos. Tomóse Urbino; se emprendieron y adelantaron esforzadamente los sitios de Térula, Orvieto y Auximo, y por fin el eunuco Narses tuvo que acudir á sus quehaceres palaciegos. Atajáronse las desavenencias, y toda contraposicion yació á las plantas del comedido jeneral Romano, á quien sus émulos tenian que tributar aprecio, y Belisario iba mas y mas encargando la advertencia

provechosa de que las fuerzas del estado debian aunarse en un solo cuerpo, y animarse por una alma. Mas lograron los Godos un respiro con el vaiven de estas discordias; malogróse la estacion aventajada; Milan quedó asolada y una inundacion de Francos vino á plagar las provincias septentrionales de Italia.

Al idear Justiniano la conquista de Italia, envió embajadores á los reyes de los Francos, amonestándolos por el mancomun de su relijion y alianza, para acompañarle en su santa empresa contra los Arrianos (A. 538—539). Los Godos, por cuanto eran mas urjentes sus apuros, acudieron á otra persuasiva mas eficaz, y se empeñaron en vano, por medio de territorios y dinero, en feriar la amistad, ó por lo menos la neutralidad de nacion tan liviana y alevosa (97). Mas apenas las armas de Belisario y el alzamiento de los Italianos habian quebrantado la monarquía goda, Teodeberto de Austrasia, el mas guerrero y poderoso de los reyes Merovinjios, se avino á aliviar sus conflictos con un ausilio indirecto y oportuno. Diez mil Borgoñones, sus nuevos súbditos, sin esperar la anuencia de su soberano, bajaron de los Alpes, y se incorporaron con las tropas enviadas por Vitijes para castigar la rebeldía de Milan. Tras un sitio porfiado, tuvo la capital de la Liguria que rendirse por hambre, sin que mediase mas capitulacion que la retirada en salvo de la guarnicion romana. Dacio, el obispo católico que habia arrebatado sus feligreses á la rebeldía (98), y al esterminio, allá huyó en pos del boato y los timbres de la corte Bizantina (99); mas el clero, quizás Arriano, feneció al pié de sus mismos altares por los defensores del catolicismo. Se *cuenta* que murieron hasta trescientos mil varones (100); cediéronse las hembras á los Borgoñones con los mejores despojos, y las casas, ó á lo menos las murallas de Milan quedaron arrasadas. Desagraviáronse los Godos en su trance postrero esterminando á una ciudad segunda Roma en vecindario y opulencia, y en la estension y brillantez de su caserío, y solo Belisario se condolió de la suerte de sus entrañables y desamparados amigos. Engreido con este logro, la primavera inmediata, el mismo Teodeberto anegó las llanuras de Italia con un ejército de cien mil bárbaros (101). Cabalgaban, armados de lanzas, el rey y su propia comitiva; la infantería, sin arcos ni picas, se contentaba con broquel, espada y hacha doble, que en sus manos era una arma certera y mortal. Tembló Italia al asomo de los Francos; y el príncipe Godo y el jeneral Romano al par esperanzados ó despavoridos, acudieron igualmente tras la amistad de aliados tan azarosos. Disimuló su intento el nieto de Clodoveo, hasta tener afianzado el tránsito del Pó con el puente de Pavía, y entónces su declaracion fué asaltar casi al mismo tiempo los campamentos contrapuestos de Romanos y Godos. Huyeron igual y atropelladamente en vez de juntar sus fuerzas, y las provincias pingües pero asoladas de la Ligu-

ria y la Emilia quedaron patentes al desenfreno de una hueste bárbara, cuya saña no amainaba con pensamientos de conquista ó permanencia. Cuéntase Génova, no de mármol todavía, entre las ciudades arruinadas, y parece que la mortandad de millares segun achaque de la guerra, horrorizó menos que los sacrificios idólatras de mujeres y niños, que se verificaron bárbaramente en los reales de un rey cristianísimo. Sino mediase la verdad lastimera de que siempre los sumos padecimientos recaen sobre la inocencia desvalida, se engreiria la historia con el desamparo de los conquistadores, que, en medio de sus riquezas, carecian de pan y de vino teniendo que beber las aguas del Pó, y que comer la carne de ganados enfermizos. Arrebató la disentería un tercio de la hueste, y el afan de los súbditos que clamaban por tramontar los Alpes inclinó á Teodeberto para oir con acatamiento los exhortos comedidos de Belisario. Perpetuóse en las monedas de la Galia la memoria de campaña tan desairada y asoladora, y Justiniano, sin desenvainar la espada, ostentó el dictado de vencedor de los Francos. Lastimó la vanagloria del emperador el príncipe Merovinjio, quien aparentó condolerse de la postracion de los Godos, y corroboró su ofrecimiento fementido de hermandad íntima con la promesa de apearse de los Alpes, acaudillando á quinientos mil hombres. Descomunales y quizás soñados eran sus planes de conquista amagando castigar á Justiniano, asomar á las puertas de Constantinopla (102) cuando lo volcó y mató (103) un toro silvestre (104) en su cazadero de las selvas Béljicas ó Jermanas.

Espedito ya Belisario de enemigos propios y estraños, dedicó todo su ahinco al allanamiento de la Italia entera. En el sitio de Osimo iba á quedar traspasado de un flechazo, cuando uno de sus guardias atajó el golpe mortal; oficiosidad entrañable que le cortó el uso de su mano. Los Godos de Osimo *(i)*, hasta cuatro mil guerreros, con los de Térula y los Alpes Corianos, fueron de los últimos que sostuvieron su independencia, y su gallardísima defensa, al paso que estremaba el sufrimiento se granjeó el aprecio del vencedor. No se avino su cordura á concederles el salvo conducto que pedian para incorporarse con sus hermanos en Ravena; pero rescataron con su capitulacion decorosa, cuando menos, la mitad de sus riquezas; con la alternativa á su albedrío de retirarse pacíficamente á sus estados, ó servir al emperador en sus guerras de Persia. La muchedumbre que aun seguia las banderas de Vitijes estaba sobrepujando con mucho al número de la tropa romana; pero ni instancias, ni recelos, ni el sumo peligro de sus mas leales súbditos pudieron recabar del Rey Godo que dejase las fortificaciones de Ravena. Eran estas á la verdad inespugnables para el arte y la prepotencia, y al plantear su sitio Belisario luego se hizo cargo de que solo el hambre alcanzaba á doblegar el teson de los bárbaros. Mar, tierra y cauces del Pó quedaron atajados con el sumo desvelo

del jeneral Romano, y su moralidad daba á los derechos de la guerra el ensanche de envenenar las aguas (105) é incendiar sijilosamente los graneros (106) de una ciudad sitiada (107). Mientras estaba estrechando el bloqueo de Ravena, sobrecojióle la llegada de dos enviados de Constantinopla con un tratado de paz que acababa de firmar torpemente Justiniano, sin dignarse contar con el fraguador de su victoria. Por aquel convenio desairado é insubsistente, dividíanse la Italia y el tesoro godo, quedándole las provincias allende el Pó, con el dictado real, al sucesor de Teodórico. Esmeráronse los enviados en realizar su benéfico arreglo; el acorralado Vitijes aceptó gozosísimo el inesperado brindis de una corona el pundonor pudo menos con los Godos que la urjencia y afan de alimento, y los caudillos Romanos murmuradores ya de la continuacion de la guerra, se rindieron absolutamente á las disposiciones del emperador. Si Belisario atesorara tan solo el denuedo de un soldado, el desbarro de un dictámen apocado y envidioso le arrebatara los laureles de su mano; mas en aquel trance decisivo, se arrojó con la magnanimidad de un estadista á cargar con el peligro ú el mérito de la desobediencia. Todos sus oficiales fueron estendiendo por escrito su parecer de que el sitio de Ravena era inasequible y en suma desahuciado, y entónces el jeneral desechó el tratado de la particion y manifestó su resolucion de llevar á Vitijes aherrojado á las plantas de Justiniano. Retiráronse los Godos con zozobra y desaliento, pues aquella denegacion terminante los defraudaba de la única firma fidedigna, y les acabó de persuadir que el enemigo perspicasísimo estaba enterado muy cabalmente de su conflicto. Fueron parangonando la nombradía y los aciertos de Belisario con la flaqueza de su mal aventurado monarca, y dimanó del cotejo un intento descompasado al cual tuvo que avenirse Vitijes con aparente conformidad. Toda particion era un quebranto de pujanza, y el destierro un desdoro para la nacion, pero brindaban con sus armas, tesoros, y fortaleza de Ravena, si Belisario se desentendia de su soberano, y admitia el nombramiento de los Godos, revistiéndose, como merecia, del reino de Italia. Si el oropel de la diadema cohechase á un súbdito leal, su tino debia manifestarle la inconstancia de los bárbaros, y su ambicion discreta, habia de anteponer la jerarquía sólida y relevante de un jeneral Romano. Hasta el sufrimiento y la complacencia estudiada con que alternó en un coloquio de alevosía, podria dar salida á interpretaciones malvadas; pero engreiase el Lugarteniente de Justiniano con su entrañable pundonor; se engolfó por un sendero emboscado, para recabar de los Godos un rendimiento voluntario, y su maestría les llegó á convencer que se avendria á sus anhelos, sin ofrecerse á formalizar un ajuste que interiormente estaba aborreciendo. Pactóse el dia de la rendicion de Ravena con los mensajeros Godos: se encamina una escuadra cargada de abastos, afuer de

huésped halagüeño, á las íntimas entradas de la bahía: ábrense las puertas al soñado rey de Italia, y Belisario sin tropezar con ningun enemigo, fué entrando triunfalmente por las calles de una ciudad inespugnable (108) (A. 539 Dic.). Atónitos quedaron los Romanos con tamaño logro; la muchedumbre de bárbaros membrudos y ajigantados se corrió al presenciar su propio allanamiento; y las mujeres varoniles escupiendo al rostro de sus hijos y maridos, prorumpieron en amarguísimos denuestos contra los traidores de su señorío avasallándose á los enanillos del mediodía tan despreciables por su número como por su menguada estatura. Antes que los Godos volvieran en sí de su primer asombro, y requiriesen el cumplimiento de sus mal seguras esperanzas, afianzó el vencedor su poderío en Ravena contra todo asomo de arrepentimiento y rebeldía. Vitijes que tal vez intentó fugarse, estuvo honoríficamente custodiado en su Palacio (109); se entresacó la flor de la juventud goda para el servicio del emperador, se franqueó á los restantes su regreso pacífico á las habitaciones propias por las provincias del Mediodía, y se brindó á los Italianos para acudir y formar una colonia en reemplazo del vecindario descaminado. Fueron los pueblos y aldeas de Italia remedando en la sumision á su capital aun sin asomar á sus confines los Romanos; y los Godos independientes que permanecian armados en Pavía y Verona se desalaron por avasallarse á Belisario; pero su lealtad incontrastable tan solo como substituto de Justiniano pasó á juramentarlos, sin que se agraviara por la reconvencion de sus diputados de querer ser mas bien esclavo que rey.

Tras la segunda victoria de Belisario, siguió secreteando la envidia, Justiniano escuchando, y se llamó al adalid. (A. 520 etc.) «Ya lo restante de la guerra goda no merecia su presencia, desalábase graciable el soberano por galardonar sus servicios, y acudir á su sabiduría, y solo él alcanzaria á escudar el Oriente contra los ejércitos innumerables de la Persia» Enteróse Belisario del recelo, se conformó con el pretesto, embarcó en Ravena despojos y trofeos, y demostró con su ejecutiva obediencia que su remocion tan disparada del gobierno de Italia, era no menos injusta que podia ser desestimada. Recibió el emperador con agasajo honorífico tanto á Vitijes, como á su mas esclarecido compañero; y avenido el rey Godo con la creencia Atanasia, le cupo una grandísima hacienda en Asia; con la jerarquía de patricio y senador (110) todos los circunstantes contemplaban á su salvo el brio y estatura de la juventud bárbara, la cual adorando el solio prometió derramar su sangre en servicio de su bienhechor. Depositó Justiniano en su palacio Bizantino los tesoros de la monarquía Goda, y se franqueaban á veces al senado absorto y lisonjero mas se encubrian siempre á la jeneralidad del vecindario; y el conquistador de Italia careció sin murmullo, y quizás sin un ay del agasajo dig-

nísimamente devengado de su segundo triunfo. Descollaba con efecto su gloria sobre todo jénero de boato, y el acatamiento y asombro de su patria, aun en época tan esclava, arrollaba las alabanzas palaciegas estudiadamente melindrosas, pues se mostraba colgado el pueblo entero al asomar Belisario por las calles ó plazas de Constantinopla. Gallardo y majestuoso correspondia al concepto que infundia su heroismo; graciable y cariñoso alternaba con los ínfimos ciudadanos, y la comitiva marcial que le acompañaba le iba dejando mas accesible que en medio de una refriega. Servíanle siete mil jinetes, á cual mas descollante en brillantez y denuedo mantenido á sus espensas (141). Incontrastables al par en lid personal, ú en la vanguardia de una formacion, aclamábanlos todos como los arrolladores de la hueste bárbara en el sitio de Roma. Reclutábanse mas y mas con los valentones y leales sobresalientes entre los enemigos, y sus cautivos ya venturosos competian, Vándalos, Moros y Godos, en su afan con los secuaces mas íntimos. Tan dadivoso como justiciero encariñó á sus soldados sin malquistarse con el paisanaje. Acudia con medicamentos y caudales á los dolientes y heridos, y mucho mas eficazmente con las visitas risueñas y esplayadoras del mismo caudillo. Reponíase al golpe el malogro de una arma ó de un caballo, y el regalo honorífico de un collar ó de un brazalete era el galardon de alguna proeza, realzado con el tino cabal de todo un Belisario. Los labradores disfrutando paz y abundancia á la sombra de sus banderas lo estaban á porfía idolatrando. Las marchas de un ejército Romano, en vez de perjudicarles redundaban siempre en ventaja de las campiñas, y tan esmerada era la disciplina en los campamentos, que ni se cojia una manzana en los árboles, ni asomaba un sendero por las mieses. Era Belisario recatado y parco, pues ni en los ensanches de la vida militar se le vió jamás beodo, ni admitió beldad alguna Vándala ó Goda, con que le brindaban como cautiva, volviendo la espalda á su embeleso y conservando lealtad inviolable á su consorte Antonina. El historiador que estuvo presenciando sus hazañas, echó siempre de ver, que en los trances mas críticos era valeroso sin temeridad, cuerdo sin zozobra, pausado ú ejecutivo, segun lo requerian los lances, que en los sumos conflictos descubria ó aparentaba esperanzas, y que en la cumbre de su prosperidad seguia manifestándose candoroso y comedido. Con tantísimas prendas igualó ú sobrepujó á los maestros antiguos del arte militar, y la victoria por mar y por tierra acompañó siempre á sus armas. Sojuzgó el Africa, la Italia y su Isla; aherrojó en cautiverio á los sucesores de Jenserico y Teodórico: atesoró en Constantinopla las alhajas de sus palacios, y en el término de seis años recobró la mitad de las provincias del imperio Occidental. En mérito y nombradía, en haberes y poderío, descolló entre los súbditos Romanos; tan solo la envidia pudo abultar su grandiosa trascendencia, y podia el

emperador engreirse de su atinado discernimiento en haber descifrado, y engrandecido el númen de Belisario.

Costumbre fué de los triunfos Romanos el colocar en zaga de la carroza un esclavo para recordar al vencedor la instabilidad de la suerte, y los achaques de la naturaleza humana. Allanóse Procopio en sus anécdotas á tan ruin y desabrido encargo. Podrá el lector pundonoroso arrojar lejos de sí el libelo, mas el testimonio de los hechos quedará estampado en su memoria, y tendrá que confesar á su despecho el tizne en la nombradía y las prendas de Belisario que le acarrearon las liviandades y desafueros de su mujer, y que se apellidó el héroe con un apodo de sonido indecoroso para la pluma de un historiador.

Era la madre de Antonina una ramera teatral (112) y padre y abuelo, profesaron en Tesalónica y Constantinopla el ejercicio deshonrible, aunque ganancioso, de carruajeros. En los redoblados vaivenes de la suerte fué ya compañera, ya enemiga, sirvienta y valida de la emperatriz Teodora: amistólas el idéntico rumbo de sus deleites, anhelos y voluntariedades; desviáronse por zelos en sus devaneos, pero luego las reconcilió la participacion en su desenfreno. Tuvo Antonina, antes de su enlace con Belisario un marido y un sin número de amantes; Focio, hijo del primer desposorio sobresalió ya de tierna mocedad en el sitio de Nápoles, y hallábase allá en la otoñada de su edad y hermosura cuando se estrechó escandalosamente (113) con un mancebo Trácio. Habíase educado Teodosio en la herejía Eunomia; realzóse el viaje Africano con el bautizo y el apellido propicio del primer soldado en el embarque y los padres espirituales (114) Belisario y Antonina prohijaron de todo punto al ahijado en su propia familia. Bastardeó antes de aportar en Africa, el parentesco sagrado con intimidad sensual, y como luego Antonina traspasó los linderos del miramiento y recato, solo el jeneral Romano vivia ajeno de su propia deshonra. Sobrecojiólos en Cartago allá en una bodega solos, acalorados y casi desnudos. Ardian sus ojos en ira: «Con la ayuda de esta mano,» prorumpió Antonina sin inmutarse, «estaba aquí poniendo nuestras alhajas á buen recaudo para ocultarlas á Justiniano,» Vistióse el mancebo, y el marido condescendiente se avino á descreer el testimonio de su propia vista. La oficiosidad de Macedonia apeó en Siracusa á Belisario de aquel halagüeño y tal vez voluntario embeleso, y la sirvienta despues de afianzarse bajo juramento, citó á dos camareras que habian igualmente solido presenciar los adulterios de Antonina. Con su fuga desalada al Asia sorteó el amante la justicia del marido agraviado, quien lo habia mandado matar á uno de su guardia; pero los lloros de Antonina y sus halagos fementidos, desimpresionaron al crédulo héroe de su demasía, y se avillanó, contra su compromiso y concepto, hasta desamparar á los amigos indiscretos que habian osado manifestar

ó maliciar los descarríos de su mujer. La venganza de una mujer delincuente es de suyo implacable y sanguinaria; el ejecutor de sus atrocidades prendió sijilosamente en Macedonia á los dos testigos, les cortó la lengua, fué desmenuzando sus cuerpos, y arrojó los restos al mar de Siracusa. Un dicho atinado, pero temerario, de Constantino: «antes castigara yo á la adúltera que al mancebo,» encarnó hondamente en el ánimo de Antonina, y dos años despues, cuando la desesperacion disparó al infeliz contra su jeneral, su dictámen homicida tranzó y atropelló su ejecucion. Ni aun perdonó la madre á las iras de Focio, pues el destierro del hijo, fué labrando el regreso del amante; y Teodosio se allanó á las instancias encarecidas y sumisas del conquistador de Italia. Arbitro en la mayordomía de su casa, y en comisiones grandiosas de paz y guerra (115), el íntimo mancebo medró ejecutivamente hasta el haber de dos millones de duros, y aun vuelto á Constantinopla siguió el desenfreno de Antonina con la misma violencia; pero zozobras, escrúpulos y tedio tal vez, formalizaron los pensamientos de Teodosio. Temeroso del escándalo ya tan sonado por la capital y de los ciegos ímpetus de la enamorada, se desenlazó de su intimidad y retirándose á Efeso, se afeitó la cabeza, y se refugió en el santuario de la vida monástica. Se disparó la nueva Ariadne con estremos tan solo disculpables por la muerte del marido; lloró, se desgreñó y atronó el palacio con sus alaridos, pues «habia malogrado el amigo mas entrañable, mas leal y mas desalado;» pero ni sus ruegos acalorados, robustecidos con las instancias de Belisario, alcanzaron á desprender al santo monje de las soledades de Efeso, y tan solo al partir el jeneral para la campaña de Persia, se recabó de Teodosio su regreso á Constantinopla, y el breve plazo hasta la partida de la misma Antonina, se dedicó todo, y sin rebozo, al cariño y al deleite.

Cabe en un filósofo el compadecer y perdonar los achaques de la naturaleza femenina que no le redundan en quebranto efectivo, mas se hace menospreciable todo marido que está viendo y tolerando su propia afrenta en la de una esposa. Siguió Antonina acosando á su hijo con saña implacable, y el gallardo Focio (116) estuvo padeciendo sus persecuciones recónditas aun allá en los reales allende el Tigris. Airado con tanta tropelía, y con la afrenta de su linaje, orilló por su parte todo afecto natural, y reveló á Belisario la bastardía de una mujer holladora de los vínculos de madre y de consorte. Asombrado y sañudo el jeneral, estuvo demostrando su injenua ceguedad, estrechó en sus brazos al hijo de Antonina y le amonestó á tener mas presentes sus obligaciones que su nacimiento, confirmando ante las aras sus protestas sacrosantas de venganza y defensa recíproca. La ausencia quebrantó el predominio de Antonina, y al presentarse á Belisario á la vuelta de Persia, la encarceló amenazándola de muerte. Focio, mas acalorado y menos propenso al indulto

acudió á Efeso, se enteró por un eunuco fiel de su madre de todas sus demasías; afianzó á Teodosio y sus tesoros en la iglesia de San Juan Apóstol, y ocultó sus cautivos, reservando su ejecucion para una fortaleza arrinconada y segura de Sicilia. Era irremisible este desafuero tan violento, y la emperatriz se declaró por Antonina, cuya privanza nueva dimanaba de haberla servido en la deposicion reciente de un prefecto, y el destierro y muerte de un papa. Llamóse, al fin de la campaña, á Belisario, quien obedeció como siempre al mandamiento imperial. Ni cupo en su ánimo rebeldía, ni á pesar del atropellamiento de su pundonor, asomó un impulso de insubordinacion en su pecho, y al abrazar á su esposa por disposicion, y tal vez en presencia de la emperatriz, el marido afectuoso se mostró propenso á indultar y á quedar perdonado. La dignacion de Teodora tenia reservada para su compañera otra fineza mas aventajada: «he hallado» prorumpió, «otra joya de imponderable valor; jamás la vieron ojos mortales, pero su vista y posesion corresponden á mi amiga del alma» (*j*). Enardecida y desalada de curiosidad Antonina, se abre de repente la puerta de un aposento y mira á su amante descubierto y sacado de su prision recóndita por la eficacia de los eunucos. Pasmada y muda al pronto, prorrumpe en esclamaciones disparadas de agradecimiento y regocijo, apellidando á Teodora su reina, su bienhechora y su glorioso amparo. Mimaron y engalanaron esmeradamente en palacio al monje de Efeso, pero en vez de encargarse, como le ofrecieron, del mando de las huestes Romanas, falleció Teodosio con los estremos de su primer encuentro amoroso (*k*), y el quebranto de Antonina tan solo podia templarse con los padecimientos del hijo. Mozo de gerarquía consular y de complexion enfermiza, fué castigado sin sumaria, á manera de salteador ó de esclavo, mas fué tal su teson, que aguantó el tormento del látigo y el potro (*l*) sin quebrantar la fé jurada á Belisario. Tras esta crueldad infructuosa, mientras la madre se estaba holgando con la emperatriz, quedó empozado en una mazmorra de perpetua noche. Huyó por dos veces á los santuarios mas venerables de Constantinopla Santa Sofía y la Vírgen; mas tan empedernidos estaban sus tiranos para la piedad, como para la relijion, y en medio de los clamores del clero y el vecindario, se le arrastró de nuevo del altar á la mazmorra. Mas venturosa fué la tercera tentativa, pues á los tres años el profeta Zacarías, ó algun amigo entrañable, apront ó los arbitrios para su fuga, burló los atalayas y guardas de la emperatriz, y tomó el hábito de monje; y muerto Justiniano, el abad Focio se dedicó á hermanar y arreglar las iglesias del Ejipto. Padeció el hijo cuanto puede dañar un enemigo, pero el sufrido esposo cargó con el martirio mas intenso, de quebrantar su promesa y desamparar á su amigo.

Salió Belisario de nuevo en la campaña inmediata para la Persia; salvó

el Oriente, pero agravió á Teodora, y quizá al mismo emperador. Enfermó Justiniano y motivó la hablilla de su fallecimiento, y bajo el supuesto de aquel acontecimiento verosímil, se espresó con arranques de ciudadano y de guerrero. Su compañero Buzes, en carrera y en dictámenes, perdió su jerarquía, su libertad y su salud con las persecuciones de la emperatriz; pero el arrinconamiento de Belisario se suplia con el señorío de su índole y el influjo de su mujer, que anhelaba sojuzgar mas no destruir al partícipe de su engrandecimiento. Aun se cohonestó su remocion con la protesta de que el menoscabo padecido en Italia cifraba su restablecimiento únicamente en la presencia de su vencedor. Mas no bien asomó solo y desvalido, cuando se envió una comision enemiga al Oriente, para embargar sus tesoros y acriminar sus pasos; repartiéronse sus guardias y veteranos que seguian su bandera particular, entre los demas caudillos del ejército, y hasta sus eunucos se desmandaron en términos de sortearse sus dependientes en campaña. Al atravesar con escasa y desaliñada comitiva las calles de Constantinopla, todo se volvia asombro y lástima en el vecindario. Recibiéronle Justiniano y Teodora con despegada ingratitud; la caterva palaciega con insolente menosprecio, y por la tarde se retiró con trémulos pasos á su palacio desierto. Encerróse en su estancia Antonina, por indisposicion efectiva ó aparente, y se estuvo paseando con desdeñoso silencio por un pórtico inmediato, mientras Belisario se tendió sobre su lecho, con tártagos de amargura y pavor, esperando la muerte que habia tantas veces arrostrado, bajo los muros de Roma. Ya muy anochecido, llega un mensajero de la emperatriz: abre con ansiosa congoja la carta portadora de su sentencia. «No podeis ignorar lo muchísimo que habeis merecido mi desagrado; agradezco los merecimientos de Antonina, y á ellos y á su intercesion os conservo la vida, con gran parte de esos tesoros que correspondian al estado. Acreditad en lo venidero vuestro agradecimiento, no con palabras, sino con obras, como es muy debido.» No me cabe creer ni referir el embeleso con que se cuenta recibió el héroe tan afrentoso indulto. Postróse ante su mujer, besó los piés de su salvadora, y prometió compunjidamente profesarse de por vida esclavo rendido y agradecidísimo de Antonina. Impusiéronle una multa de seiscientos mil duros, y con el cargo de conde y caballerizo mayor, aceptó el mando de la guerra de Italia. Al partir de Constantinopla, sus amigos y el público dieron por sentado, que en recobrando su libertad, orillaria todo disimulo, y que su mujer, Teodora, y quizás el mismo emperador, quedarian sacrificados al justísimo desagravio de un rebelde pundonoroso. Burló sus esperanzas, y el sufrimiento y lealtad incontrastable de Belisario asoman allá como *inferiores* ó sea *superiores* á la esencia del *Hombre* (117).

NOTAS

correspondientes al capítulo cuadrajésimoprimo.

(1) Procopio refiere la serie completa de la guerra vándala en una narracion arreglada y elegante (l. I, c. 9-25, l. II, c. 1-15); afortunado seria si pudiese seguir siempre las huellas de semejante guia. La investigacion del texto griego me da derecho para decir, que no se puede fiar mucho en las versiones francesa y latina de Grocio y Cousin; con todo el presidente Cousin ha sido á menudo alabado, y Hugo Grocio el primer estudiante de una época esclarecida.

(2) Véase Ruinart, Hist. Persecut. Vandal. c. XII, p. 589. El mejor testimonio está sacado de la vida de San Fuljencio, compuesta por uno de sus discípulos, copiada en los anales de Baronio, é impresa en varias colecciones (Catalog. Bibliot. Bunavianæ, tom. I, vol. II, p. 1258).

(3) ¿Porqué cualidad del cuerpo ó del entendimiento? ¿Por su actividad, hermosura, ó valor?—¿En qué idioma habian leido los Vándalos á Homero?—¿Hablaba aleman?—Habia cuatro traducciones en latin (Fabric. tom. I, l. II, c. 3, p. 297): con todo, á pesar de las alabanzas de Séneca (Consol. c. 26), parece que fueron mas afortunados en imitar que en traducir los poetas griegos. Pero el nombre de Aquiles podia ser célebre y popular, hasta entre los Bárbaros iliteratos.

(4) *Un año*, absurda exajeracion. La conquista de Africa puede fecharse del A. 533, setiembre 14. Justiniano la celebra en el prefacio de sus Institutas, que se publicaron en 21 de noviembre del mismo año. Comtando el viaje de ida y vuelta, semejante cómputo puede muy bien aplicarse á *nuestro* imperio indio.

(5) Ὥρμητο δὲ ὁ Βελισάριος ἐκ Γερμανίας, ἣ Θρακῶντε καὶ Ἰλλυριῶν μεταξὺ κεῖται (Procop. Vándal., l. I, c. 11). Aleman. (Not. ad Anecdot. p. 5), un Italiano, podia muy bien desechar la vanidad jermana de Jifanio y Velsero, que desean reclamar el héroe; pero en las listas civiles ó eclesiásticas de las provincias y ciudades, no he podido hallar su Jermania, metrópoli de Tracia (*).

(*) M. Van Hammer (en una ojeada sobre la Vida de Belisario, por lord

(6) Las dos primeras campañas persas de Belisario elocuente y estensamente referidas por su secretario (Persic., l. I, c. 12-18).

(a) La batalla fué dada el domingo de Pascua, 19 abril, no á fines del verano. La fecha está tomada de Juan Malala por lord Mahon; p. 47. —M.

(7) Véase el nacimiento y carácter de Antonina, en las Anécdotas, c. 1, y las notas de Alemano, p. 3.

(8) Véase el Prefacio de Procopio. Los enemigos de la arquería pueden citar las reconvenciones de Diodeme (Iliad., Λ. 385, etc.) y el permittere vulnera ventis de Lucano (VIII, 584); con todo los Romanos no podian despreciar las flechas de los Partos; y en el sitio de Troya, Pandaro, Paris y Teuses, traspasaron á aquellos orgullosos guerreros que los insultaban como mujeres ó niños.

(9) Νευρὴν μὲν μαζῷ πέλασεν, τόξῳ δὲ σίδηρον (Iliad. Δ. 123). ¡Qué concisa, qué exacta, qué hermosa es toda la descripcion! Veo las actitudes del arquero, oigo resonar el arco.

Λίγξε βιὸς, νευρὴ δὲ μέγ' ἴαχεν δ' ὀϊστὸς.

(10) El texto parece conceder á los buques mayores, 50.000 medimnos 3.000 toneladas (puesto que el *medimno* pesaba 160 libras romanas, ó 120 de 16 onzas). Le he dado una interpretacion mas racional, suponiendo que el estilo ático de Procopio oculta el *modio* legal y popular, la sexta parte del *medimno* (Hooper, Medidas antiguas, p. 152, etc.) Una estraña y contradictoria equivocacion se ha entrometido en una oracion de Dinarco (contra Demosthenem, in Reishe Orators Grœc., tom. IV, P. II, p. 34). Reduciendo el *número* de buques de 500 á 50, y traduciendo μεδίμνοι por *mines* ó libras, Cousin concede jenerosamente 500 toneladas para toda la flota imperial.—¿Pensó alguna vez?

(11) He leido que un lejislador griego, imponia doble pena á los crímenes cometidos en un momento de acaloramiento; pero parece que esta era mas bien una ley política que moral.

(12) Y aun en tres dias, puesto que la primera noche andaban en la isla vecina de Tenedos; el segundo dia se dirijian á Lesbos, el tercero al promontorio de Eubæa, y el cuarto llegaban á Argos (Homer, Odyss. L, 130-183. Ensayo de Wood sobre Homero p. 36. — 40). Un pirata hizo la travesía del Helesponto á un puerto de Esparta en tres dias (Zenophon, Hellen., l. II, c. 1).

(13) Caucana, cerca de Camarina, está á lo menos á 50 millas (350 ó

Mahon, en el Vienna Jahrbucher), dice que el nombre de Belisario es una palabra esclavona, Beli-tzar, el Príncipe Blanco, y que el lugar de su nacimiento era una aldea de Iliria, que aun conserva el nombre de Jermania.—M.

400 estadios) de Siracusa (Cluver. Sicilia Antiqua, p. 191) (*).

(14) Procopio, Gothic., l. I, c. 3. Tibi tollit limnitum apta quadrigis equa, en los pastos sicilianos de Grosfo (Horat. Carm. II, 16). Acragas..... magnamimum quondam generator equorum (Virjil. Æneid, III, 704).

(15) El Caput Vada de Procopio (en donde despues Justiniano fundó una ciudad, de Edific. l. VI, c. 6) es el promontorio de Amon de Estrabon, el Barchodes de Tolomeo, el Capaudia de los modernos, una lengua estrecha de tierra que se adelanta en el mar. (Viajes de Shaw, p. 111).

(16) Un centurion de Marco Antonio manifestó, aunque de un modo mas comedido, la misma aversion á la mar y á los combates navales (Plutarco en Antonio, p. 1730, edic. Hen. Steph).

(b) Mas bien en el actual lago de Tunez. Lord Mahon, p. 92.—M.

(17) Sallecte es quizá el Turris Annibalis, un antiguo edificio, hoy dia tan estenso como la Torre de Lóndres. La marcha de Belisario á Leptis, Adrumeto, etc. está ilustrada por la campaña de César (Hircio, de Bello Africano, con el Análisis de Guichardt) y los Viajes de Shaco (p. 105-113) en el mismo pais.

(18) Πἀράδεισος κάκλιστος άπάντων ὧν ἡμεῖς ἴσμεν. Los paraísos, nombre y moda tomada de Persia, puede representarse por el jardin real de Ispahan (Voyage d' Olearius, p. 774): Véase, en los romances griegos, su modelo mas perfecto (Longo, pastoral, IV, p. 99-101. Aquiles Tacio, l. I, p. 22, 23).

(c) 80.000 μυρίαδες όκτὼ. Hist. Arc., c. 18. Gibbon ha sido alucinado por la traduccion. Véase lord Mahon, p. 99.—M.

(19) La mar, la tierra y los rios de las cercanías de Cartago han variado casi tanto como las obras del hombre. El istmo de la ciudad está hoy dia confundido con el continente; el puerto es una llanura enjuta; y el lago ó stagnum, un pantano, en cuyo centro no hay mas que seis ó siete piés de agua. Véase D' Anville (Géographie Ancienne, tom. III, p. 82), Shaw (Viajes, p. 77-84), Mármol (Description de l'Afrique, tom. II, p. 465), y Tuano (LVIII, 12, tom. III, p. 334).

(20) De Delfi, se dió el nombre de Délfico, tanto en griego como en latin, á una trípode; y por analojía esta denominacion se estendió en Roma, Constantinopla, y Cartago, á los salones destinados á celebrar los banquetes reales (Procopio, Vandal., l. I, c. 21. Ducange, Gloss. Græc. p. 277- Δέλφικον, y Alexiad. p. 412.

(*) Lord Mahon (Vida de Belisario, p. 88) da algunas razones fundadas para leer Catana, el antiguo nombre de Catania.—M.

(*d*) Y algunos otros (ὀλίγα ἄττα), estampa Procopio en su obra de Edificiis, l. VI, vol. I, p. 5.—M.

(*e*) Gibbon no se acuerda que el portador de las « cartas victoriosas de su hermano » arribó al puerto de Cartago; y que las cartas cayeron en poder de los Romanos, Procop. Vandal., l. I, c. 23.—M.

(21) Estas oraciones espresan siempre el sentido de las épocas y á veces el de los actores. He tomado este sentido y puesto á un lado la declamacion.

(22) Los obispos africanos llevaron consigo á su destierro sardo las reliquias de San Agustin (A. 500); y se supone, que Luitprando, rey de los Lombardos, las trasportó en el siglo octavo (A. 721) de Cerdeña á Pavía. En el año 1695, los frailes agustinos de aquella ciudad *encontraron* un arco de ladrillo, un sepulcro de mármol, una caja de plata, una cubierta de seda, huesos, sangre, etc, y quizá una inscripcion de Agustin, en letras góticas. Pero este útil descubrimiento ha sido disputado por la razon y la envidia (Baronio, Anal. A. 725, N.º 2-9. Tillemont, Mém. Ecclés., tom. XIII, p. 944. Montfaucon, Diarium Ital. p. 26-30. Muratori, Antig. Ital, Medii Ævi, tom. V, dissert. LVIII, p. 9; quien habia compuesto un tratado por separado antes del decreto del obispo de Pavía y el papa Benedicto XIII).

(23) Τὰ τῆς πολίτειας προοίμια, es la espresion de Procopio (de Edific., l. VI, c. 7). Ceuta, que ha sido arruinada por los Portugueses, florecia en nobles, palacios, agricultura y manufacturas, bajo el próspero reino de los Arabes (El Africa de Marmol, tom. II, p. 236).

(24) Véase el segundo y tercer preámbulo del Dijesto ó Pandectas, promulgado en el A. 533, diciembre 16. A los títulos de *Vandalicus* y *Africanus*, Justiniano, ó mas bien Belisario, habia adquirido un justo derecho: *Gothicus* era prematuro y *Franciscus* falso y ofensivo á una gran nacion.

(25) Véanse las actas orijinales en Baronio (A. 535, N.º 21-54). El emperador alaba su propia clemencia con los herejes, cum sufficiat eis vivere.

(26) Dupin (Geograph. Sacra Africana, p. LIX, ad Optat. Mileo.) habla de este decaimiento episcopal y lo siente. En la época mas próspera de la iglesia, habia contado 690 obispados; pero por arregladas que estuviesen las diócesis, no es probable que existiesen todos á un mismo tiempo.

(27) Las leyes africanas de Justiniano están ilustradas por su biógrafo jermano (Cod., l. I, tit, 27. Novell. 36, 37, 131. Vit. Justinian., p. 349-377).

(28) D' Anville (tom. III, p. 92, y Tabul. Imp. Rom. Occiden.) co-

loca el monte Pasma cerca de Hippo Regios y la mar; con todo esta posicion no concuerda con la larga persecucion mas allá de Hippo y las palabras de Procopio (l. II, c. 4) ἐν τοῖς Νουμιδίας ἐσχάτοις (*).

(29) Shaw (Viajes, p. 220) refiere esmeradamente las costumbres de los Beduinos y Hábiles, los últimos de los cuales por su idioma, son el resíduo de los Moros: con todo cuan mudados—¡cuán civilizados son estos salvajes modernos! —abundan entre ellos las provisiones, y el pan es muy comun.

(30) Procopio le llama una *lira*; quizás *arpa* hubiera sido mas nacional. Venancio Fortunato distingue asi los instrumentos:—

Romanusque *lirâ* tibi plaudat, Barbarus *arpâ*.

(31) Herodoto describe elegantemente los estraños efectos del dolor en otro cautivo real, Psamético de Ejipto, que lloraba por el menor contratiempo, y guardaba un profundo silencio en las grandes calamidades (l. III, c. 14). En la entrevista de Paulo Emilio y Perses, Belisario habria estudiado su papel; pues es probable que nunca habia leido á Livio ni á Plutarco; y es indudable que su jenerosidad no necesitaba de guia.

(32) Despues que el título de *imperator* habia perdido su antiguo sentido militar, y que los *aruspices* romanos habian sido abolidos por la cristiandad (véase la Bleterie, Mém. de l' Académie, tom. XXI, p. 302 332) podia concederse un triunfo con mas seguridad á un jeneral particular.

(33) Si el Ecclesiastes es verdaderamente obra de Salomon y no, segun el poema de Prior, una composicion piadosa y moral de una época mas reciente, en su nombre y sobre el asunto de su arrepentimiento. El instruido y despreocupado Grocio (Opp. *Theolog. tom.* I, p. 258) es de esta última opinion, y en verdad que el Ecclesiastes y Proverbios patentizan una esperiencia é intelijencia mas estensa de la que corresponde á un Judío ó un rey (**).

(34) En el Belisario de Marmontel, el rey y el conquistador de Africa se encuentran, cenan y conversan juntos sin reconocer uno á otro. Esta es seguramente una gran nulidad en aquella novela, pues no solo el héroe, sino todos los demás de quienes era bien conocido, parecen haber perdido la vista y la memoria.

(*) Compárese lord Mahon, 120. Creo que Gibbon tiene razon.—M.

(**) Rosenmuller, arguyendo sobre la diferencia de estilo de la mayor parte del libro de Proverbios, y de su aproximacion al dialecto aramaico mas que ningun otro libro del Antiguo Testamento, apunta como época de la publicacion del Ecclesiastes, algun período entre Nehemia y Alejandro el Grande. Schol. in Vet. Test. IX. Proemium ad Eccles., p. 19.—M.

(35) Shaw p. 59. Con todo, desde entónces Procopio (l. II, c. 13) habla de unos habitantes del Monte Atlas, distinguidos por su color blanco y cabellos rubios, este fenómeno (que se observa tambien en los Andes del Perú, Buffon, tom. III, p. 504) puede atribuirse naturalmente á la elevacion del terreno y á la temperatura.

(36) El jeógrafo de Ravena (l. III, c, XI, p. 129, 130, 131. Paris 1688) describe la Mauritania *Gaditana* (en frente de Cádiz), ubi gens. Vandalorum, á Belisaria devicta in Africa, fugit, et nunquam comparuit.

(37) Una sola voz protestó, y Jenserico despidió á los Vándalos de Jermania, sin una contestacion formal; pero los de Africa se burlaron de su prudencia, y afectaron despreciar la pobreza de sus bosques (Procopio, Vandal., l. I, c. 22).

(38) Tolio describe, de boca del grande elector (en 1687), la soberanía secreta y el espíritu rebelde de los Vándalos de Brandenburgo, que podian pasar revista á cinco ó seis mil soldados, que se habian ajenciado cañones, etc. (Itinerar. Hungar. p. 42 apud Dubo Hist. de la Monarchie Françoise, tom. I, p. 182, 183). La veracidad, no del elector, sino de Tolio, puede con fundamento ser sospechosa (*).

(39) Procopio (l. I, c. 22) estaba en una total oscuridad—οὔτε μνήμε τις, οὔτε ὄνομα ἐς ἐμὲ σώζεται. Bajo el reinado de Dagoberto (A. 630), las tribus esclavonas de los Sorbas y Venedos, se establecieron en las fronteteras de la Turinjia (Mascou, Hist. de los Jermanos, XV, 3, 4, 5).

(40) Salustio representa á los Moros como los restos del ejército de Hércules (de Bell. Jugurth. c. 21) y Procopio (Vandal., l. II, c. 10) como la posteridad de los Cananeos que escaparon del ladron Josué (λήστης) Cita dos columnas con una inscripcion fenicia. Doy crédito á las columnas, dudo de la inscripcion, y desecho la jenealojía (**).

(*) La poblacion wendisca de Brandenburgo es ahora mejor conocida: pero los Wendes son seguramente de la raza esclavona; los Vándalos probablemente de la teutónica y casi aliados con los Godos.

(**) Se ha supuesto que Procopio es el único, ó al menos el autor mas antiguo que habló de esta estraña inscripcion, de modo que está uno dispuesto á atribuir la invencion al mismo Procopio. Con todo Moses de Chorene (l. I, c. 18), que vivió y escribió mas de un siglo antes de Procopio, la menciona en su historia armenia. Esto basta para dar á conocer, que esta traduccion corresponde á una fecha anterior. La misma inscripcion se halla en Suidas (sub. voc. Χανάαν) tomada sin duda de Procopio. Segun la mayor parte de los escritores árabes, que han adoptado una tradicion casi idéntica, los indíjenas del norte de Africa eran los habitantes de Palestina espulsados por David, que pasaron al Africa acaudillados por Goliat, á quien llaman Djalout. Es imposible el ad-

(41) Virjilio (Georgic., III, 339) y Pomponio Mela (I, 8) describen la vida vagabunda de los pastores africanos, por el estilo de la de los Arabes y Tártaros; y Shaw (p. 222) es el mejor comentador del poeta y del jeógrafo.

(42) Las dádivas de costumbre eran un cetro, una corona ó gorro, una capa blanca, una túnica empersonada y zapatos, todo adornado con oro y plata; pero tambien aceptaban estos preciosos metales acuñados (Procop. Vandal. (l. I, c. 25).

(43) Véase el gobierno africano y la vida militar de Salomon, en Procopio (Vandal., l. II, c. 10, 11, 12, 13, 19, 20). Fué llamado y repuesto otra vez; y su última victoria es del año XIII de Justiniano (A. 539). Un descuido en su infancia le habia hecho eunuco (l. I, c. 11); los otros jenerales romanos estaban provistos de pobladas barbas, πωγωνος ἐμπιπλαμένοι (l. II, c. 8).

(44) Los antiguos afirman esta antipatía natural del caballo al camello (Jenofonte, Cyropœd., l. VI, p. 438, 492, edic Hutchinson. Polyæn. Stratagem., VII, 6, Plin. Hist. Nat. VIII, 26. Ælian de Natur. Animal., l. III, c. 7); pero la esperiencia diaria lo desaprueba, los Orientales como los mejores jueces se burlan de ello (Voyage d' Oleario, p. 553).

(45) Procopio es el primero que describe el monte Aurasio (Vandal., II, c. 13. De Edific., l. VI, c. 7). Puede comparársele con Leon Africano (dell' Africa, parte V, en Ramusio, tom. I, fol. 77 recto, Mármol (tom. II, p. 430), y Shaw (p. 56-59).

(46) Isidor. Chron., p. 722, edic. Grot. Mariana, Hist. Hispan., l. V, c. 8, p. 173. Con todo, segun Isidoro, el sitio de Ceuta, y la muerte de Teudes, acaeció en el A. Æ. H. 586-A. D. 548; y la ciudad fué defendida, no por los Vándalos, sino por los Romanos.

(47) Procopio, Vandal., l I, c. 24.

(48) Véase la crónica orijinal de Isidoro y los libros V y VI de la Historia de España por Mariana. Los Romanos fueron totalmente espulsados por Suintila, rey de los Visigodos (A. 621-626), tras su reunion á la iglesia católica.

(49) Véase el casamiento y suerte de Amalafrida en Procopio (Vandal. l. I, c. 8, 9), y en Casiodoro (Var. IX, 1) la queja de su real hermano. Compárese tambien la Crónica de Victor Turunensis.

mitir tradiciones que tienen un carácter tan fabuloso. San Martin, tom. XI, p. 324. — A menos que mi memoria no me sea fiel, he leido en las obras de Lightfoot una tradicion judía por este estilo; pero me he olvidado de la referencia y no puedo recordar el pasaje.—M.

(50) Lilibeo fué construida por los Cartajineses, Olimp. XCV, 4; y en la primera guerra púnica, su fuerte posicion, y su escelente puerto hizo que esta plaza fuese un punto interesante para ambas naciones.

(51) Compárense los diferentes pasajes de Procopio (Vandal. l. II, c. 5, Gothic. l. I, c. 3.

(52) Sobre el reinado y carácter de Amalasonta, véase á Procopio (Gothic., l. I, c. 2, 3, 4 y Anecdot. c. 16 con las notas de Alemano), Casiodoro (Var. VIII, IX, X y XI, 1) y Jornandes (de Rebus Geticis, c. 59 y De Successione Regnorum, in Muratori, tom I, p. 241).

(53) El casamiento de Teodorico con Audefleda, hermana de Clodoveo, puede colocarse en el año 495, tras la conquista de Italia (De Buat, Hist. des Peuples, tom. XI, p. 213). Los desposorios de Eutarico y Amalasonta se celebraron en 515 (Casiodor. in Chron., p. 453).

(54) A la muerte de Teodorico, su nieto Atalarico, segun Procopio, era un muchacho de unos ocho años ὀκτὼ γεγονὼς ἔτη. Casiodoro con fundamento añade dos años mas á esta edad, infantulum adhuc vix decennem.

(55) El lago, en las cercanías de las ciudades de Etruria, se le llamaba ó bien Vulsiniensis (hoy dia de Bolsena) ó Tarquiniensis. Está rodeado de peñas blanquecinas y cuajado de peces y aves silvestres. Plinio el Menor (Epist. II, 96) pondera dos islas de madera que fluctuan en sus aguas: si es falso ¡cuán crédulos eran los antiguos! y si cierto ¡cuán descuidados los modernos! Con todo, despues de Plinio, puede haberse planteado la isla gradualmente.

(f) Amalasonta ya no existia, cuando llegó á Italia este nuevo embajador, Pedro de Tesalónica: por consiguiente no podia contribuir secretamente á su muerte. « Pero (dice M. de Sainte-Croix) no está fuera de lo posible que Teodora entrase en alguna trampa criminal con Gundelinao; porque la esposa de Teodato le escribió implorando su proteccion, recordándole la confianza que ella y su marido habian puesto siempre en sus promesas. Véase en Amalasonta y en los autores de su muerte una escelente disertacion de M. de Sainte Croix en el Archives Litteraires publicados por M. Vandenburgo, N.° 50, tom. XVII, p. 216.—G.

(56) Procopio desacredita su propio testimonio (Anecdot. c. 16) confesando que en su historia pública no habia dicho la verdad. Véanse las epístolas de la reina Gundelina á la emperatriz Teodora (Var. X, 20, 21, 23 y obsérvese una palabra sospechosa: de illa persona, etc.) con el escelente comentario de Buat (tom. X, p. 177-185).

(57) Sobre la conquista de Sicilia, compárese la narracion de Procopio con las quejas de Totila (Gothic., l. I, c. 5, l. III, c. 16). La reina gótica habia últimamente aliviado á esta isla ingrata (Var. IX, 10, 11).

(58) La antigua estension y magnificencia de los cinco cuarteles de Siracusa están descritas por Ciceron (in Verrem., actio II, l. IV, c. 52, 53), Estrabon (l. VI, p. 415), y D' Orville, Sicula (tom. II, p. 174-202). La nueva ciudad, restablecida por Augusto, se hundió del lado de la isla.

(g) Ciento (no habia mas sitio á bordo). La traduccion de Cousin ha engañado otra vez á Gibbon. Lord Mahon, p. 157.—M.

(59) Procopio (Vandal., l. II, c. 14, 15) refiere tan claramente el regreso de Belisario á Sicilia (p. 146, edic. Hœschelii,) que estraño la mala inteligencia y reconvenciones de un crítico instruido (Œuvres de la Mothe le Vayer, tom. VIII, p. 162, 163).

(60) La antigua Alba se arruinó en la primera época de Roma. En el mismo sitio ó al menos en sus cercanías, se levantaron sucesivamente, 1. La ciudad de Pompeya, 2. Un campamento de las cohortes pretorianas. 3. La moderna ciudad episcopal de Albanum ó Albano (Procop. Goth., l. II, c. 4. Cluver. Ital. Antig., tom. II, p. 914).

(61) Un oráculo sibilino estaba siempre dispuesto á pronunciar, Africa capta *mundus* cum nato peribit; sentencia de portentosa ambigüedad (Gothic., l. I, c. 7), que se publicó en caractéres desconocidos por Opsopeo, editor de los oráculos. El padre Maltret prometió un comentario; pero todas su promesas fueron vanas.

(62) Procopio en su cronolojía, igual en parte á la de Tucídides, renueva cada primavera los años de Justiniano y de la guerra gótica; y su primera era coincide con el 1.° de abril de 535, y no 536, segun los Anales de Baronio (Pagi Orit. tom. II, p. 555, á quien imita Muratori y los editores de Sigonio). Con todo, en algunos parajes no sabemos como conciliar las fechas de Procopio con él mismo, y con la Crónica de Marcelino.

(63) Procopio (l. I, c. 5-29. l. II, c. 1 30. l. III, c. 1) refiere las series de la primera guerra gótica hasta la cautividad de Vitijes. Con ayuda de Sigonio (Opp. tom. I, de Imp. Occident. l. XVII, XVIII) y Muratori (Annali d' Italia, tom. V), he recojido algunos hechos adicionales.

(64) Jornandes, de Rebus Geticis, c. 60, p. 702, edic. Grot. y tom. I, p. 221. Muratori, de Success. Regn. p. 241.

(65) Nero (dice Tácito, Anal. XV, 35) Neapolim quasi Græcam urbem delegit. Ciento y cincuenta años despues, en tiempo de Séptimio Severo, Filóstrato ensalza el Helenismo de los Napolitanos: γένος Ἕλληνες καὶ ἀστυκοὶ, ὅθεν καὶ τὰς σπουδὰς τῶν λόγων Ἑλλήνικοι εἰσι (Icon. l. I, p. 763, edic. Olear).

(66) Los poetas romanos Virjilio, Horacio, Silio Italico y Estacio celebran el ocio de Nápoles (Claver. Ital. Ant., l. IV, p. 1149, 1150). Estacio en una elegante epístola (Sylv., l. III, 5, p. 94-98, edic. Mar-

kland) emprende la difícil tarea de separar á su mujer de los placeres de Roma, y conducirla á aquel pacífico retiro.

(67) Esta providencia la tomó Rojer I tras la conquista de Nápoles (A. 1139), que creó capital de su nuevo reino (Giannone, Istoria Civile, t. II, p. 169). Aquella ciudad, la tercera en la Europa cristiana, tiene hoy en dia al menos doce millas de circunferencia (Jul. Cæsar, Capaccii Hist. Neapol., l. I, p. 47), y contiene mas habitantes (350.000) en un espacio dado, que en ningun otro punto del mundo conocido.

(68) No pasos jeómetricos, sino comunes de 22 pulgadas francesas (D' Anville, Mesures Itinéraires, p. 7, 8): los 2363 no hacen la milla inglesa.

(69) El papa Silverio reprobó á Belisario la matanza. Repobló á Napoles, y trajo colonias de cautivos africanos á Sicilia, Calabria y Apulia (Hist. Miscell., l. XVI, en Muratori, tom. I, p. 106, 107).

(70) Benevento fué construida por Diodemo, sobrino de Meleagro (Cluver. tom. II, p. 1195-1196). La caza caledonia es un retrato de la vida bravía (Ovid. Metamorph., l. VIII). Treinta ó cuarenta héroes se ligan contra un cerdo: los brutos (no el cerdo) pelearon con una señora por la cabeza.

(71) Cluverio (tom. II, p. 1007) confunde el *Decennovium* con el rio Ufenes. Era verdaderamente un canal de diez y nueve millas, desde Forum Appii á Terracina, en el que Horacio se embarcó de noche. El Decennovium, mencionado por Lucano, Dion Casio y Casiodoro, se arruinó, fué recompuesto y olvidado (D' Anville, Analyse de l' Italie, p 185 etc.).

(72) Un Judío manifestaba su desprecio y odio á *todos* los Cristianos, encerrando tres piaras de cerdos, cada una de diez, distinguiéndolos con los nombres de Godos, Griegos y Romanos. Los de la primera se hallaron casi todos muertos, los de la segunda casi todos vivos, y los de la tercera la mitad muertos y el resto sin cerdas. Emblema bastante apropiado al acontecimiento.

(73) Bergier (Hist. des Grands Chemins des Romains, tom. I, p. 221-228. 440-444) examina la estructura y materiales en tanto que D' Anville (Analyse d' Italie, p. 200-213) define la línea jeográfica.

(74) Es seguro que el primer recobro de Roma fué en el año 536, mas bien por la serie de acontecimientos que por el texto corrompido é interpolado de Procopio: el mes (diciembre) está confirmado por Evagrio (l. IV, c. 19); y el dice (el décimo) puede admitirse por el lijero testimonio de Nicéforo Calisto (l. XVII, c. 13). Esta esmerada cronolojía la debemos á la actividad y criterio de Pagi (tom. III, p. 559, 560) (*).

(*) Compárese la nota de Maltret, en la edicion de Diudorf: el dia es el noveno, segun se lee.—M.

(75) Un caballo bayo ó rojo los Griegos lo denominaban φάλιος los Bárbaros balan y los Romanos espadix. Honesti spadices, dice Virjilio (Georgic., l. III, 72, con las Observaciones de Martin y Heyne). Σπαδιξ y βαίον, significa una rama de palmera, cuyo nombre φοινιξ, es sinónimo de *encarnado* (Aulo Jelio, II, 26).

(76) Interpreto βανδαλάριος, no como un nombre propio, sino un empleo, porta estandarte, de *bandum* (vexillum), palabra bárbara adoptada por los Griegos y Romanos (Pablo Diacon., l. I, c. 20, p. 760, Grot. Nomina Gothica, p. 575. Ducange, Gloss. Latin. tom. I, p. 539, 540).

(77) M. D' Anville, en las Memorias de la Academia para el año 1756 (tom. XXX, p. 198-236), da un plano de Roma en una escala menor pero mucho mas exacto que el que delineó en 1738 para la historia de Rollin. La esperiencia le habia enseñado; y en vez de valerse de la topografía de Rossi, echó mano del nuevo y escelente mapa de Nolli. La antigua medida de Plinio de XIII millas debe reducirse á VIII. Es mas fácil el alterar el texto que remover montes ó edificios (*).

(78) En el año 1709, Labat (Voyages en Italie, tom. III, p. 218) calcula 138, 568 almas cristianas, además 8.000 ó 10.000 Judías—¿sin almas?—En el año 1763 pasaban de 160.000.

(79) La vista perspicaz de Nardini (Roma Antica, l. I, c. VIII, p. 91) podia distinguir el tumultuarie opere di Belisario.

(80) La hendidura é inclinacion de la parte superior de la muralla, de que habla Procopio (Goth. l. I, c. 13), está patente aun hoy dia (Donat. Roma Vetus, l. I, c. 17, p. 53, 54).

(81) Lipsio (Opp. tom. III, Poliorcet. l. III) ignoraba este pasaje notable de Procopio (Goth. l. I, c. 21). La bomba se llamaba ὄναγρος á calcitrando (Hen. Steph. Thesaur. Linguæ Græc. tom. II, p. 1340, 1341, tom. III, p. 877). He visto un injenioso modelo, ejecutado por el jeneral Melville, que igualaba ó sobrepujaba el arte de la antigüedad.

(82) La descripcion de este mausoleo, ó mole, en Procopio (l. I, c. 22) es la primera y mas perfecta. La altura sobre las murallas σχεδόν τι ἐς

(*) Compárese Gibbon, c. XI. nota 43, y XXXI, 67, y c. LXXI. « Es bien claro,» dice Sir J. Hobhouse, «que todas estas mediciones difieren (en la primera y segunda es de 21, en el texto 12 y 345 pasos, en la última 10) con todo, es igualmente claro que el historiador confiesa que son todas la misma.» La actual estension de 12¾ casi concuerda con la segunda medicion de Gibbon. Sir J. Hobhouse dice tambien que Constantino hizo prolongar las murallas; pero no cabe duda en que el circuito ha sido muy alterado. Illust. de Childe Harold, p. 180.—M.

λίθου βολήν. En el gran plano de Nolli, los costados tenian 260 piés ingleses (*).

(83) Praxiteles sobresalia en Faunos, y el de Aténas era su obra maestra. Hoy dia Roma tiene sobre treinta de la misma clase. Cuando en tiempo de Urbano VIII se limpió el foso de San Anjelo; los trabajadores hallaron el Fauno durmiente del palacio Barberini; pero esta hermosa estatura tenia rota una pierna y el brazo derecho (Winkelman, Hist. de l' Art., tom. II, p. 52, 53, tom. III, p. 265).

(84) Procopio dió la mejor descripcion del templo de Jano, deidad nacional de Lacio (Heyne, Excurs. V, ad l. VII Æneid.). Habia sido una puerta de la ciudad primitiva de Romulo y Numa (Nardini, p. 13, 256, 329). Virjilio describió el antiguo rito, como poeta y anticuario.

(85) *Vivarium* era un ángulo en el nuevo muro cerrado para tener las fieras (Procopio, Goth. l. I, c. 23). Este sitio se ve palpablemente en Nardini (l. IV, c. 2, p. 159; 160) y en el gran plano de Roma por Nolli.

(86) Sobre la trompeta romana y sus varios tonos, consúltese á Lipsio, de Militia Romana (Opp. tom. III, l. IV. Dialog. X, p. 125-129). Procopio recomienda el modo de distinguir la *carga* por medio del clarin de cobre sólido, y la *retirada* con la corneta de cuero y madera lijera, y Belisario lo habia adoptado (Goth. l. II, c. 23).

(87) Procopio (Goth. l. II, c. 3) olvidó el citar estos acueductos, ni puede fijarse esta doble interseccion, á semejante distancia de Roma, de los escritos de Frontino, Fabreth y Esquinardo, de Aquis y de Agro Romano, ó de los mapas locales de Lameti y Cingolani. A siete ú ocho millas de la ciudad (50 estadios), en el camino de Albano, entre las carreteras latina y apiana, distingo los restos de un acueducto (probablemente el Septimanio), una serie (630 pasos) de arcos de veinte y cinco piés de alto (ὑψηλῶ ἐς ἄγαν).

(88) Hacian salchichas, ἀλλᾶντας, de carne de mula: muy mal sanas, si los animales habian muerto de la peste. Por lo demas, las famosas salchichas de Bolonia se dice que están hechas de carne de asno. (Voyages de Labat, tom. II, p. 218).

(89) El nombre del palacio, del monte, y de la puerta que estaba cerca, se deriva del senador Pincio. Se han hecho desaparecer los vestijios recientes de templos é iglesias en el jardin de los Mínimos de Trinidad

(*) Donato y Nardini suponen que el sepulcro de Adriano fué reforzado por Honorio; se le unió al muro por hombres de antiguo (παλαιοὶ ἄνθρωποι, Procopio in loc.). Gibbon equivocó el ancho con la altura, sobre las murallas. Hobhouse Illust. de Childe Harold, p. 302.—M.

del monte (Nardini, l. IV, c. 7, p. 196. Esquinardo, p. 209, 210, el antiguo plano de Buffalino, y el grande de Nolli). Belisario habia fijado su residencia entre el *Pinciano* y las puertas salarianas (Procop. Goth., l. I, c. 15).

(90) El citar el primum et secundum velum, da á entender que Belisario, hasta en un sitio, representaba al emperador, y conservaba el orgulloso ceremonial del palacio bizantino.

(*h*) Le Beau, como buen católico, dice que el papa fué víctima de una malvada tramoya. Lord Mahon (p. 225) con quien estoy de acuerdo, pega contra él.—M.

(91) En este acto sacrílego, Procopio (Goth, l. I, c. 25) es un testigo muy conciso. Las narraciones de Liberato (Breviarium, c. 22) y Anastasio (de Vit. Pont. p. 39) son características, pero acaloradas. Prestad atencion á las execraciones del cardenal Baronio (A. 536, n.º 123. A. 538. N.º 4—20): portentum, facinus omni execratione dignum.

(92) La antigua Capena fué removida por Aureliano á la puerta moderna de San Sebastian, ó cerca (véase el plano de Nolli). Aquel sitio memorable ha sido consagrado por el bosque Ejeriano, la memoria de Numa, arcos triunfales, los sepulcros de los Escipiones, Metelos, etc.

(93) La espresion de Procopio propende á la envidia τύχην ἐκ τοῦ ἀσφαλοῦς τὴν σφίσι ξυμβησομένην παραδοκεῖν Goth. l. II, c. 4). Con todo habla de una mujer.

(94) Anastasio (p. 40) conservó este epiteto de *Sanguinarius*, que pudiera honrar á un tigre.

(95) Este trance está referido en la historia pública (Goth. l. II, c. 8) con sencillez ó precaucion; en las anécdotas (c. 7) con malevolencia ó libertad; pero Marcelino, ó mas bien su continuador (in Chron), habla de la muerte de Constantino como de un asesinato premeditado. Habia hecho grandes servicios en Roma y Espoleto (Procop. Goth. l. I, c. 7, 14); pero Alemano lo confunde con un Constantinus comes stabuli.

(96) Tras su partida rehusaron el servir; vendieron sus cautivos y ganado á los Godos; y juraron no pelear nunca mas contra ellos. Procopio estampa una curiosa digresion sobre las costumbres y aventuras de esta nacion errante, una parte de la cual emigró al fin para Tule ó Escandinavia (Goth. l. II, c. 14, 15).

(97) Esta reconvencion nacional de alevosía (Procop. Goth., l. II, c. 25) ofende al oido de la Mothe le Vayer (tom. VIII, p. 163—165), quien critica, como si no hubiese leido el historiador griego.

(98) Baronio aplaude su traicion, y sincera á los obispos católicos —qui ne sub heretico principe degant omnem lapidem movent— útil

precaucion. Muratori (Annali d' Italia, tom V, p. 54) mas racional, afea el crímen de perjurio, y condena al menos la *imprudencia* de Dacio.

(99) San Dacio fué mas afortunado contra los demonios, que contra los Bárbaros. Viajó con numeroso séquito, y en Corinto habitaba una gran casa. (Baronio, A. 538, N.º 89. A. 539, N.º 20).

(100) Μυρίαδες τριάκοντα (compárese Procopio, Goth., l. II, c. 7, 21). Con todo, semejante poblacion se hace increible; y la segunda ó tercera ciudad de Italia (*) escusa censurar si adicionamos solamente los números del presente texto. Tanto Milan como Jénova revivieron en menos de treinta años (Pablo Diacon, de Gestis Longobard. l. II, c. 38).

(101) Además de Procopio, quizá muy Romano, véanse las Crónicas de Mario Marcelino, Jornandes (in Success. Regn. in Muratori, tom. I, p. 241), y Gregorio de Turs (l. III, c. 32, in tom. II, de los Historiadores de Francia). Gregorio supone que Belisario fué derrotado en Aimoin (de Gestis Franc., l. II, c. 23, in tom. III, p. 59), en donde los Francos lo mataron.

(102) Agatias, l. I, p. 14, 15. Si hubiese podido seducir, ó sujetar, á los Jépidos ó Lombardos de Panonia, el historiador griego está seguro de que hubiera sido destruido en Francia.

(103) El Rey enristró su lanza;—el toro derribó un árbol que cayó sobre su cabeza;—espiró el mismo dia. Tal es la historia de Agatias; pero los historiadores orijinales de Francia (tom. II, p. 202, 403, 558, 667) achacan su muerte á una fiebre.

(104) Sin meterme en el intrincado laberinto de nombres y especies —los aurocos, uros, bisontes, búbalos, bonasos, búfalos, etc. (Buffon, Hist. Nat. tom. XI y Suplement., tom. III, VI), es cierto que en el siglo sexto se cazaron gran número de ganado bravío en las selvas de los Vosjes, en Lorena, y en las Ardenas (Greg. Turon., tom. II, l. X, c. 10, p. 369).

(*i*) Auximo, p. 137.—M.

(105) En el sitio de Auximo, trató primero de demoler un antiguo acueducto, y luego arrojar en el arroyo, 1. cadáveres; 2. yerbas venenosas; y 3. cal viva, que se llama (dice Procopio, l. II, c. 27) τίτανος por los antiguos; por los modernos ἄσβεστος. Con todo, ambas palabras las usan como sinónimos Galeno, Dioscórides y Luciano en Steph. Thesaur. Ling. Græc., tom. III, p. 748).

(*) Procopio dice claramente que Milan era la segunda ciudad del Occidente. ¿Cuál supone Gibbon que competia con ella, Nápoles ó Ravena? En la pájina siguiente la llama la segunda.—M.

(106) Los Godos maliciaban que Matasuinta era cómplice en este crímen, ocasionado quizás por un incendio accidental.

(107) En exacta filosofía, el limitar los derechos de la guerra parece tonto y contradictorio. Grocio pierde inutilmente el tiempo en hacer una distincion entre el jus naturæ y el jus gentium, entre el veneno y la infeccion. Coloca en una balanza los pasajes de Homero (Odys. A. 259 etc) y Floro (l. II, c. 20, N.º 7, últ.); y en la otra, los ejemplos de Solon (Pausanias, l. X, c. 37) y Belisario. Véase la grande obra: De Jure Belli et Pacis, l. III, c. 4, s. 15, 16, 17 y en la version de Barbeyrac, tom. II, p. 257, etc. Con todo, no puedo comprender el beneficio y validez de un convenio, tácito ó espreso, mutuo para abstenerse de ciertas especies de hostilidad. Véase el juramento Amfictionico en Eschines, de Falsa Legatione.

(108) Ravena fué tomada, no en el año 540, sino á fines del 539; y Pagi (tom. II, p, 569) está rectificado por Muratori (Annali d' Italia, tom V, p. 62), quien prueba de una acta orijinal en papiro (Antiquit. Italiæ Medii Ævi, tom, II, disert. XXXII, p. 999—1007 Maffei, Istoria Diplomat. p. 155-160), que antes del 3 de enero de 540, estaba restablecida la paz y el libre tráfico entre Ravena y Faenza.

(109) Fué cojido por Juan el Sanguinario; pero se prestó un juramento ó sacramento para su seguridad en la basílica Julii (Hist. Miscell., l. XVII, en Muratori, tom. I, p. 107). Anastasio (in Vit. Pont., p. 40) da una relacion oscura, pero probable. Mascow (Hist. de los Jermanos, XII, 21) cita á Montfaucon por un escudo votivo representando la captividad de Vitijes, y hoy dia en la coleccion del Signor Landi de Roma.

(110) Vitijes vivió dos años en Constantinopla, y imperatoris in afectu *convictus* (ó conjunctus) rebus excessit humanis. Su viuda, *Matasuinta*, la esposa y madre de los patricios, el Jermano mayor y menor, unieron la sangre de Aniciano y Amali (Jornandes, c. 60, p. 221. en Muratori, tom. I).

(111) Procopio, Goth., l. III, c. 1. Aimoin, fraile francés del siglo XI, que obtuvo, y desfiguró, un informe auténtico de Belisario, menciona, en su nombre, 12.000 *pueri* ó esclavos,—quos propriis alimus stipendiis;—además 18.000 soldados (Historiadores de Francia, tom. III. De Gestis Franc., l. II, c. 6, p. 48).

(112) La actividad de Alemano podia añadir muy poco á los cuatro primeros capítulos. Los mas interesantes de las Anécdotas. Una parte de estas estrañas Anécdotas, puede ser verdad, porque es probable;— y parte verdad, porque es improbable. Procopio debió *saber* la primera, y la última apenas podia *inventarla* (*).

(*) La malicia del escándalo de la corte es proverbialmente *inventiva*; y de

(113) Procopio dice (Anecdot. c. 4) que, cuando Belisario regresó á Italia (A. 543), Antonina tenia sesenta años. Una construccion violenta, pero mas política, que hace concordar aquella fecha con el momento en que escribia (A. 559), seria compatible con la mocedad de Focio (Gothic,, l. I, c. 10) en 536.

(114) Compárese la Guerra Vandálica (l. I, c. 12) con las Anécdotas (c. 1) y Alemano (p. 2, 3). Leon el filósofo renovó la fórmula de la adopcion bautismal.

(115) En noviembre de 537, Focio detuvo al papa (Liberat. Brev. c. 22, Pagi, tom. II, p. 562). A fines del año 539, Belisario envió á Teodosio τὸν τῇ οἰκίᾳ τῇ αὐτοῦ ἐφέστωτα, á Ravena con una comision importante y lucrativa (Goth., l. II, c. 18).

(116) Teofanes (Chronograph., p. 204) le llama *Tocino*, yerno de Belisario; y está copiado por la Historia Miscella y Anastasio.

(j) Esta y la mayor parte del escándalo particular en la Anécdota es muy dudoso. ¿Quién refirió todas estas conversaciones privadas, y como llegaron á oidos de Procopio?—M.

(k) Este es un estraño modo de desfigurar—murió de una disentería; ni aparece que fuese *inmediatamente*, despues de esta escena. Antonina propuso elevarlo al grado de jeneralísimo del ejército ἀλλά τις προτερήσασα δίκη νόσῳ ἁλόντα δυσεντερίας ἐξ ἀνθρώπων αὐτὸν ἀφανίζεν. Procop. Anecdot., p. 14. La causa de su muerte fué sin duda el cambio repentino de la rigurosa abstinencia de un fraile á la abundancia de la corte. -M.

(l) La espresion de Procopio no me parece que quiere dar á entender esta especie de tormento, Φώτιον δὲ αἰκισμοῖς τε ἄλλοις ἀνδραποδώδεσ. περιβαλοῦσα, καὶ ξάνρσα κατά τε τῶν νόμων (léase ὤμων) καὶ τοῦ νώτου πολλάςι Ibid.—M.

(117) El continuador de la Crónica de Marcelino da en cortas y decentes espresiones, la sustancia de las Anécdotas: Belisarius de Oriente evocatus, in offensam periculumque incurrens grave, et invidiæ subjacens, rursus remittitur in Italiam (p. 54).

semejante escándalo la « Anécdota » puede ser un hermoso recuerdo.—M.

CAPITULO XLII.

Estado de los bárbaros. — Establecimiento de los Lombardos sobre el Danubio. — Tribus y correrías de los Eslavones. — Oríjen, imperio y embajadas de los Turcos. — Huida de los Avaros. — Cosroes I, ó Nurihivan rey de Persia. — Su próspero reinado y guerras con los Romanos. — La guerra Colchia ó Lática. — Los Etíopes.

Nuestro concepto del mérito personal se deslinda por los alcances humanos. Justiprecíanse los ímpetus del númen ó del pundonor, así en la práctica como en la teórica, no tanto por su encumbramiento positivo, como por su sobresalencia en su pais y su época, pues la estatura que ni asoma apenas entre una ralea de jigantes, descuella entre los pigmeos. Allá exhalaron sus vidas Leonidas y sus compañeros en Termópilas, pero la educacion desde la niñez, la mocedad y aun la edad varonil, habian ido labrando y disponiendo aquel sacrificio memorable, y cada espartano aprobaba sin pasmo aquel desempeño que él mismo y sus ocho mil conciudadanos abrigaban en su pecho (1). Podia el gran Pompeyo rotular sus trofeos con dos millones de enemigos arrollados y mil y quinientas ciudades sojuzgadas, desde el lago Meotis al mar Rojo (2); pero la suerte de Roma iba allá guiando al vuelco sus águilas; aherrojaban á las naciones sus propias zozobras, y las lejiones invencibles que estaba mandando eran parto de otras conquistas y de la disciplina de los siglos. Bajo este concepto debe justicieramente sobreponerse el alma de Belisario á los adalides de las repúblicas antiguas. Adoleció de los achaques de su tiempo: sus prendas eran propias, como don ínclito de la naturaleza y de su tino; encumbróse sin maestro ni competidor, y le desnivelaban en tanto grado las armas que vino á capitanear, que cifró toda preponderancia en el desatinado engreimiento de sus contrarios. A su impulso merecieron los súbditos de Justiniano repetidamente apellidarse Romanos, pero los Godos altaneros los apodaban de Griegos allá como desaguerridos, sonrojándose afectadamente de tener que lidiar por el reino de Italia con una estragada nacion de comediantes, pantomimos y piratas (3). No raya con efecto el denuedo en el clima de Asia á la altura que en Europa; lujo,

despotismo y supersticion se aunaron para destroncar aquellos países populosos, y los monjes sobrepujaban en número y en costo á los soldados del Oriente. Las fuerzas disciplinadas del imperio llegaron á ascender á seiscientos cuarenta y cinco mil hombres; redujéronse en tiempo de Justiniano á ciento y cincuenta mil, y aun este número, crecido como aparece, tenia que clarearse desparramadamente por mar y tierra, en España é Italia, en Africa y Ejipto, sobre las márjenes del Danubio, la costa del Euxino, y la raya de Persia. Hambreaban al par ciudadano y soldado, y á esto se le cohonestaba su desamparo, con el ensanche perniciosísimo de la rapiña y la flojedad, pues le descaminaban y consumian sus pagos los ajentes malvados que, sin riesgo ni pujanza, se prohijan los productos de la guerra. La escasez pública y privada iba reclutando los ejércitos, pero en campaña, y mas al frente del enemigo, menguaba siempre su número. Se suplia el denuedo nacional con la fe volandera y el servicio desconcertado de la barbarie asalariada. Yacia exánime el pundonor militar que suele sobrevivir á la virtud y á la independencia, y los jenerales ya sin número, se esmeraban tan solo en desairar y obscurecer á sus compañeros; y estaban palpando diariamente, que si el mérito acarreaba zelos, el desacierto y aun el delito solia merecer la blandura de un emperador graciable (4) Centellean sobremanera en tal siglo los tríunfos de Belisario y luego los de Narses, pero los estan nublando en torno suma lobreguez, afrenta y desventura. Mientras el Lugarteniente de Justiniano estaba sojuzgando los reinos Godos y Vándalos, apocado, aunque ambicioso, el emperador (5) iba contraponiendo mutuamente las fuerzas de los bárbaros, enconaba sus desavenencias con lisonjas fementidas; y brindaba con sus larguezas y sufrimiento á la repeticion de mas y mas demasías (6). Llegaron á manos del conquistador las llaves de Cartago, Roma y Ravena en el trance de estar los Persas asolando á Antioquía, y Justiniano temblando por su Constantinopla.

Hasta las victorias godas de Belisario redundaron en quebranto del estado, puesto que arrasaron la valla importantísima del Danubio superior, tan desveladamente custodiada por Teodorico y su hija. Acudieron los Godos á la defensa de Italia, desamparando la Panonia y el Norico, que se hallaban en estremo florecientes; reclamaba el emperador de los Romanos su soberanía, franqueando su posesion á la osadia del primer viniente. Poseian en la parte opuesta del Danubio las llanuras de la Hungría alta y los cetros de la Transilvania, desde la muerte de Alela, tribus de Jépidas que acataban las armas Godas, y menospreciaban, no tanto el oro de los Romanos como el móvil de los subsidios anuales. Aposentáronse prontamente aquellos bárbaros en las fortificaciones vacantes del rio; tremolaron sus banderas en los muros de Sirmio y Belgrado, y el desentono irónico de su descargo agravó su desacato á la majestad del imperio.

« Tan dilatado es, ó César, vuestro señorio, tantísimas vuestras ciudades, que os es fuerza andar á caza de naciones para dejarles en paz ó en guerra vuestras posesiones inservibles. Los Jépidas son vuestros aliados valerosos y leales, y si se anticipan á la formalidad de la dádiva, cuentan desde luego con vuestra dignacion ». El desagravio que usó Justiniano, disculpa aquel engreimiento, pues en vez de esforzar los derechos de todo un soberano, para el resguardo de los súbditos, brindó el emprender á un pueblo estraño para internarse y posesionarse de las provincias Romanas entre el Danubio y los Alpes, y atajó la ambicion de los Jépidas con la nombradía y potestad ya descollante de los Lombardos (7). Esta nacion ya descarriada se fué dilatando en el siglo trece por los mercaderes y negociantes, posteridad Italiana de aquellos guerreros tan bravíos, pero el nombre primitivo de Longobardos está significando la moda particular de sus larguísimas barbas. No es mi ánimo pararme á descreer ó comprobar su oríjen Escandinavio (8), ni andar siguiendo las marchas y contramarchas de aquellos Lombardos, por desconocidas rejiones, con aventuras portentosas. Desde el tiempo de Augusto y de Trajano ya empieza á rayar entre su lobreguez cierto destello histórico, y asoman por la vez primera entre el Elba y el Oder. Aun mas bozales que los Jermanos, se afanaban en propagar la creencia pavorosa de que sus cabezas eran como de perros, y que chupaban la sangre de cuantos enemigos vencian en la refriega. Acrecian su corto número adoptando á sus esclavos mas esforzados, y solos, encajonados entre vecinos poderosos, defendian á todo trance su independencia. En las tormentas del norte, que allá simaron tantos nombres y naciones, mareó siempre por las olas el barquillo de los Lombardos; fueron bajando sucesivamente al sur del Danubio, y tras cuatro siglos remanecen con su antiguo denuedo y nombradía. En nada amainaba su ferocidad, pues asesinaron á un huésped rejio en presencia y por mandato de la hija del rey, airada por ciertas espresiones insultantes, y por la pequeñez del novio, y el hermano rey de los Hérulos cargó un tributo á los Lombardos en pago de la sangre derramada. Sobrevino con la adversidad algun comedimiento justiciero, y aquellas ínfulas de soberanía, quedaron escarmentadas con la derrota absoluta y la dispersion irreparable de los Hérulos que moraban en las provincias meridionales de la Polonia (9). Victoriosos los Lombardos se hicieron acreedores al aprecio del imperio, y pasaron á instancias de Justiniano el Danubio, para avasallar al tenor de su tratado, las ciudades del Nórico y las fortalezas de Panonia. Mas á impulsos de su codicia arrollaron luego aquellos linderos anchurosos, esplayáronse por las costas del Adriático hasta Dirraquio, y se propasaban con cerril familiaridad, hasta internarse por los pueblos y viviendas de sus aliados Romanos, apresando los cautivos que se habian salvado de sus manos desaforadas. Estas demasías de hostili-

dad, arranque segun suponian de algunos aventureros desmandados, quedaban desautorizadas por la nacion y disculpadas por el emperador, mas se formalizó una contienda de treinta años con las armas Lombardas, la cual tuvo por paradero el esterminio total de los Jépidas. Solian las naciones contrapuestas acudir á litigar ante el solio de Constantinopla, y el taimado Justiniano que estaba odiando casi por igual á los bárbaros, pronunció una sentencia parcial y enmarañada, dilatando mañosamente la guerra con pausados é inservibles ausilios. Formidable seria aquel poderío, puesto que los mismos Lombardos que salian á campaña con largos *millares* de soldados, iban aun, como mas endebles, en pos del arrimo de los Romanos. Denodados eran de suyo, mas es la valentía tan deleznable, que ambos ejércitos quedaron igual y repentinamente despavoridos, y huyendo uno de otro, los reyes competidores vinieron á quedar solos con sus guardias en medio de una llanura desierta. Medió una breve tregua, mas reenconáronse de nuevo, y el recuerdo de su mengua hizo el primer encuentro mas sangriento y desesperado. Hasta cuarenta mil bárbaros fenecieron en la refriega decisiva, volcó la potestad de los Jépidas, trasladó las zozobras y anhelos de Justiniano, y sacó á luz al descollante Alboin, el príncipe mozo de los Lombardos, y conquistador venidero de Italia (10).

La jente montaraz que residia ó vagaba por las llanuras de Rusia, Lituania y Polonia, pueden abarcarse, en tiempo de Justiniano, bajo las dos grandísimas raleas de Búlgaros y Eslavones (11). Segun los autores griegos, los primeros, entre el Euxino y el lago Meotis, descendian y se apellidaban de los Hunos, y es muy escusado el repetir aquí el cuadro ya consabido de las costumbres tártaras. Eran flecheros arrojados y duchos, se alimentaban con la leche y la carne de sus veloces é incansables caballos, cuyas manadas ó rebaños seguian ó mas bien señalaban los campamentos mudables, y para cuyas algaradas no habia pais lejano é inasequible, amaestrados en la fuga, y sin asomo de zozobra. Dividíase la nacion en dos tribus poderosas y enemigas que se estaban acosando con el encono del parentesco. Competian desaladamente por la amistad, ó mas bien por las dádivas del emperador, y el deslinde que estampó naturaleza entre el perro leal y el lobo robador, salió de boca de un embajador que tan solo traia instrucciones verbales de su príncipe idiota (12). Los Búlgaros de todas raleas se cebaban igualmente con las riquezas Romanas; apellidábanse así confusamente para descollar sobre los Eslavones, y sus carreras arrebatadas tan solo hacian alto en el mar Báltico, y á los asomos del hielo y el desamparo del Norte. Mas la propia casta de Eslavones se posesionó al parecer por todos los siglos de los mismos países. Sus crecidas tribus, aunque lejanas y encontradas, usaban el mismo idioma (bronco y desconcertado) y se daban á conocer por la semejanza de su estampa,

que se desviaba del atezado Tártaro, y se acercaba á la gallarda estatura y tersa tez del Jermano, sin alcanzarla. Hasta cuatro mil y seiscientas aldeas (13) asomaban allá desparramadas por las provincias de Rusia y Polonia, fabricando arrebatadamente sus chozas de madera tosquísima, por carecer de piedra y de hierro. Emboscados en lo mas recóndito de sus selvas, por las orillas de rios y pantanos, no les cabe sin adularlos el parangon de los castores arquitectos, asemejándose tan solo en las dos entradas de agua y tierra, para ponerse á buen recaudo el irracional semi-hombre, viviente menos aseado, espedito y sociable que el cuadrúpedo portentoso. La feracidad del terreno, y no el afan de los brazos, franqueaba copiosos esquilmos á los Eslavones. Eran crecidos sus rebaños lanares y vacunos, y las campiñas que sembraban de mijo y de maíz (14) les proporcionaban, en vez de pan, sustento mas tosco y menos nutritivo. Tenian que enterrar sus bienes por el salteamiento incesante de sus vecinos, pero al asomar un huésped se le brindaba por jentes de suyo é inesperadamente recatadas, sufridas y agasajadoras. Adoraban por númen supremo á un árbitro invisible del trueno, y luego obsequiaban tambien á los rios y las ninfas, celebrando el culto popular con votos y sacrificios. Desentendíanse los Eslavones de todo déspota, príncipe ó majistrado, pues carecian de alcances y se disparaban con ímpetus escesivos para formalizar un sistema de leyes desiguales y de resguardo jeneral. Guardaban algun miramiento voluntario con la edad y el denuedo, pero cada tribu ó aldea vivia allá como república separada, y habia que recabar la avenencia donde no mediaba el predominio. Peleaban á pie y casi desnudos, sin mas arma defensiva que un broquel descomunal; eran las ofensivas un arco, una aljaba con flechillas envenenadas y una cuerda larga que arrojaban maestramente desde lejos, y ensogaban al enemigo con un lazo corredizo. En campaña la infantería eslavona arredraba por su ajilidad, su dilijencia y su aguante : nadaban, buzeaban, y permanecian debajo del agua alentando por el hueco de una caña, y solia ser un rio ó un lago, el sitio de una emboscada. Mas con estas proezas guerrilleras, desconocian los Eslavones el arte militar, y así ni sonaba su nombre, ni resplandecian sus conquistas (15). He ido escasamente bosquejando en jeneral á los Eslavones y Búlgaros, sin empeñarme en deslindar sus respectivos linderos, que ni aun discernian ni respetaban los bárbaros mismos. Abultaban mas al paso que se iban acercando al imperio; ocupando las llanuras de Moldavia y Valaquia los Antes (16) tribu Eslavona, que sonaba, en los dictados de Justiniano, bajo el concepto de conquista (17). Levantó contra ellos las fortificaciones del bajo Danubio, y se afanó en ajustar alianza con un pueblo establecido en el rumbo directo de las inundaciones septentrionales; en un intermedio de setenta leguas, entre las serranías de Transilvania y el Ponto Euxino. Mas no cabia en los Antes ni poderío, ni voluntad, para

atajar aquel raudal disparado, y los Eslavones armados tan á la lijera, con su centenar de tribus, iban siguiendo casi con velocidad igual las huellas de la caballería Búlgara. Con el pago de una piececilla de oro por cabeza, se afianzaban desahogadamente la retirada por el país de los Jépidas que estaban mandando en el tránsito del alto Danubio (18). Esperanzas ó zozobras de los bárbaros; su concordia ó desavenencia; el acaso de un rio helado ó vadeable; la perspectiva de miés ó vendimia; la prosperidad ó el menoscabo de los Romanos; eran las causas acarreadoras de visitas uniformes y anualmente repetidas (19), cansadísimas para la historia y arruinadoras en sus resultados. Por el mismo año, y quizás el idéntico mes de la rendicion de Ravena, viene á sonar una invasion de los Hunos ó Búlgaros, tan en estremo pavorosa que casi borró de la memoria sus embestidas anteriores. Fuéronse derramando desde los arrabales de Constantinopla al golfo Jónico, arruinaron treinta y dos ciudades ó castillos, arrasaron á Potidea, planteada por Aténas y sitiada por Filipo y despasaron el Danubio arrastrando por las pezuñas de sus caballos ciento y veinte mil súbditos de Justiniano. En el avance siguiente arrollaron la valla del Quersoneso Tracio, esterminaron viviendas y moradores, y atravesaron denodadamente el Helesponto, y se reincorporaron con sus compañeros cargados de los despojos del Asia. Otra porcion conceptuada de muchedumbre por los Romanos, se internó sin tropiezo por el estrecho de Termópilas hasta el istmo de Corinto, y el postrer esterminio de la Grecia, cual si fuera objeto baladí, no asoma entre los pormenores de la historia. Cuantas obras fué levantando el emperador para el resguardo, y á espensas de los súbditos, solo condujeron para poner de manifiesto la flaqueza de algun punto desatendido, y las murallas que la lisonja graduó de inespugnables, yacieron desiertas por las guarniciones, ó escaladas por los bárbaros. Tres mil Eslavones con la avilantez de dividirse en dos algaradas, estuvieron patentizando la endeblez y desamparo de un reinado triunfante. Atravesaron el Danubio y el Hebro, vencieron á los jenerales Romanos que intentaron atajarlos, y saquearon á su salvo las ciudades del Ilirico y de Tracia, cada una de las cuales poseia armas y fuerzas para hollar á tan despreciables salteadores. Por mas elojios que merezca el denuedo de los Eslavones, lo mancillaron con la crueldad antojadiza y premeditada que se cuenta usaban con sus prisioneros. Sin distincion de jerarquía, edad ó sexo los empalaban ó desollaban vivos, los colgaban entre cuatro postes, los machucaban con sus mazos hasta que espirasen, ó encerrados en edificios espaciosos, los abrasaban con los despojos ó ganados que podian entorpecer la marcha de vencedores tan bravíos (20). Quizás relaciones mas imparciales apocarian el número y desentrañarian los móviles de actos tan horrorosos, y tal vez podrian disculparse con las leyes inhumanas de represalias. En el sitio de Topiro (21) cuya porfiada

defensa habia enconado á los Eslavones, mataron hasta quince mil varones, perdonando á mujeres y niños: reservaban los cautivos de cuenta para el trabajo ú el rescate; no era violencia la servidumbre, y los términos del dueño prontos y moderados. Pero así el súbdito como el historiador de Justiniano prorumpia con fundada ira en quejas y cargos, afirmando Procopio sin rebozo, que en un reinado de treinta y dos años, cada invasion *anual* de los bárbaros esterminó doscientos mil habitantes del imperio Romano. La poblacion total de la Turquia europea, que viene á equivaler á las provincias de Justiniano, quizás no alcanzaria á suministrar los seis millones de individuos que resultan de este cómputo increible (22).

En medio de estas fatalidades mal averiguadas, padeció la Europa el embate de una novedad que dió por la primera vez al mundo el nombre y la nacion de los Turios *(a)* (A. 545 etc.). Al par de Rómulo, el fundador *(b)* de aquel pueblo guerrero mamó de una loba, y vino luego á encabezar una crecidísima alcurnia, y al tremolar aquel viviente en las banderas Turcas, conserva la memoria, ó mas bien rodeó el pensamiento de una fábula soñada sin mucho arte, por los pastores del Lacio y los vaqueros de Escitia. A igual distancia de setecientas leguas del mar Caspio, el Glacial, el de China y de Bengala, descuellan cumbres que son el centro y quizás lo mas eminente del Asia, que en el idioma de diversas naciones se apellidó Imaüs y Caf (23) y Altai, montañas de oro *(c)* y el Ceñidor de la tierra. Producian sus faldas minerales, y las fraguas de hierro (24) para pertrechos de guerra, se manejaban por los Turcos, ínfimos esclavos del gran Khan de Yeugaen. Mas no podia durar su servidumbre sino hasta que descollase un caudillo denodado y elocuente para imbuir á sus paisanos en que las mismas armas que estaban fraguando para sus dueños, pudieran en sus manos venir á ser instrumentos de independencia y de victoria. Se apean de sus riscos (25); un cetro es el galardon de su dictámen, y la ceremonia anual en que se enalbaba una barra de hierro y empuñaban por su órden el príncipe y los nobles un martillo de herrero *(d)* recordaron por siglos la profesion rastrera y el engreimiento sensato de la nacion Turca. Bertezena *(e)*, el primer caudillo, sobresalió con el denuedo propio y el de los suyos en refriegas aventajadas con las tribus vecinas; mas ensoberbecido hasta el punto de pedir en desposorio la hija del gran Khan, quedó desechada, como desacato, la peticion de un esclavo y un artesano con sumo menosprecio. Quedó arrollado el desaire por el enlace esclarecido con una princesa de China, y la batalla decisiva que casi esterminó la nacion de los Yeujenes planteó en la Tartaria el imperio nuevo y mas poderoso de los Turcos *(f)*. Reinaban en el Norte, pero estaban comparando la multitud de sus medros, con su apego tenaz á la montaña de sus padres. Por maravilla perdian

sus reales de vista la cumbre de Altai, de donde se descuelga el rio Irish para regar las pingües praderías de los Calmucos (26), que crian el ganado lanar y vacuno mas grandioso del orbe. Pingüe suelo y clima apacible, sin asomo de terremotos ni epidemias, el solio del emperador vuelto al Oriente, un cerco de oro en el bote de una pica, estaba al parecer guardando la entrada de su tienda. Cebóse uno de los sucesores de Bertezeno con el lujo y la superstición de la China; pero la sabiduría llana de un consejero bárbaro aventó sus proyectos de edificar ciudades y templos. «Los Turcos,» dijo, «no llegan á la centésima parte de los habitantes de la China. Si contrarestamos su poderío y sorteamos sus ejércitos, es porque vagamos sin vivienda fija, guerreando y cazando. Si preponderamos, insistimos y vencemos; si flaqueamos, nos retiramos y escondemos. Encerrados los Turcos en el recinto de ciudades, en perdiendo una batalla, feneció su imperio. Los Bonzos están predicando siempre sufrimiento, humildad y desapropio del mundo. Esa no es, ó Rey, la relijion de los héroes». Aviniéronse con menos repugnancia á la doctrina de Zoroastro, pero el globo de la nacion se atuvo, sin averiguaciones, á las opiniones, ó mas bien á la práctica, de sus antepasados. Reservábanse los cultos del sacrificio para la Deidad suprema, reconociendo en toscos himnos sus obligaciones al aire, al fuego, al agua y la tierra; y sus sacerdotes gananciaban algun tanto con el arte de la adivinacion. Eran sus leyes verbales pero rigurosas y equitativas, castigábase el robo con el diez tantos de la prenda, el adulterio, la traicion, y el homicidio con pena de muerte, y no hallaban severidad suficiente para el delito rarísimo é insoldable de la cobardía. Las naciones avasalladas tenian que marchar bajo la bandera Turca, y así su caballería, tanto por jinetes como por los animales, se abultaba engreidamente hasta millones: una de sus huestes ascendia efectivamente á cuatrocientos mil soldados, y en menos de cincuenta años se relacionaron en paz y en guerra con los Romanos, los Persas y los Chinos. En sus linderos septentrionales asoman algunos rastros de la forma y situacion del Kamschatka, de un pueblo todo cazador y pescador, cuyos trineos corrian tirados por perros, y cuyas viviendas eran subterráneas. Ignoraban los Turcos la astronomía, pero la observacion hecha por algun sabio chino con un gnomon de ocho piés, deslinda sus reales á la latitud de cuarenta y nueve grados, y señala su mayor avance no ya en tres, sino por lo menos, á los diez grados del círculo polar (27). Entre sus conquistas posteriores, la mas descollante fué la de los Neftalitas ó Hunos blancos, pueblo culto y guerrero, que mandaban en las ciudades comerciantes de Bocara y Samarcand, que habian vencido al monarca persa, y tremolaron sus banderas victoriosas por las orillas y quizás hasta el desembocadero del Indo. Por el Occidente, se asomó la caballería Turca al lago Meotis, y lo pasó luego sobre el hielo. El Khan,

desde su morada á la falda del monte Altai, dupuso el sitio del Bósforo (28) ciudad voluntariamente sujeta á Roma, y cuyos príncipes habian sido allá amigos de Atenas (29). Por el Oriente solian los Turcos invadir la China, en quebrantándose la pujanza del gobierno, y aun allá en la historia de aquel tiempo se lee que iban guadañando á sus enemigos sufridísimos, á manera de cáñamo ú heno, y los mandarines decantaron la sabiduría de un emperador que rechazó á tales bárbaros con lanzas de oro. Los ámbitos de aquel imperio bravío precisaron al monarca Turco á plantear tres príncipes subordinados de su propia sangre, qûe trascordaron luego su agradecimiento y vasallaje. Destroncó á los conquistadores el lujo siempre estragador, menos en un pueblo industrioso; estimuló la política de la China á las naciones avasalladas para que recobrasen su independencia, y el poderío de los Turcos quedó ceñido al plazo de doscientos años; pues su renacimiento y señorío por los paises meridionales del Asia, corresponde á otros acontecimientos posteriores, y las dinastías que fueron sobreviniendo allá en sus reinos primitivos, pueden yacer en el olvido, puesto que su historia no se roza con el menoscabo y vuelco del imperio Romano (30).

Los Turcos en el vuelo de sus conquistas arrollaron la nacion de los Ogores ó Varconitas (g) sobre las orillas del rio Til, que se apellidaba negro por su raudal obscuro y sus lóbregas selvas (31). Feneció el Khan de los Ogores con trescientos mil súbditos, quedando sus cadáveres desparramados por espacio de cuatro jornadas; los moradores restantes reconocieron la pujanza y la compasion de los Turcos, y tan solo una porcion corta, como de veinte mil guerreros, antepuso el destierro á la servidumbre. Fueron siguiendo el camino trillado del Volga, abrigaron el yerro de las naciones que los equivocaban con los Avares, y anduvieron aterrando con aquel dictado falso pero decantado, que sin embargo no habia eximido á los lejítimos dueños del yugo de los Turcos (32). Los nuevos Avares, tras dilatada y victoriosa marcha, llegaron á las faldas del Cáucaso, en el país de los Alanos y Circasianos (33) donde vinieron luego á enterarse de la brillante flaqueza del imperio Romano. Instaron rendidamente á su confederado, el príncipe de los Alanos, que los guiase hácia aquel manantial de riquezas, y su embajador con la anuencia del gobernador de Lática, pasó por el Ponto Euxino á Constantinopla. Acudió el vecindario entero á curiosear despavoridamente la traza de un pueblo estraño. Sus largas cabelleras, trenzadas y encintadas sobre la espalda, les agraciaban la cabeza, pero iban en el traje al remedo de los Hunos. Llegados á la audiencia de Justiniano (A. 558), su principal embajador Candish, se encaró al emperador con las siguientes razones: «Estais viendo aquí, príncipe poderoso, á los representantes de la nacion mas pujante y populosa, de los invictos é incontrastables Avares. Nos alista-

remos gustosos en vuestro servicio, como capaces de vencer y anonadar á cuantos enemigos os estan ahora desasosegando. Mas contamos, en pago de nuestra alianza y como galardon de nuestra valentía, con dádivas cuantiosas, subsidios anuales y posesiones pingües: » Contaba por entonces Justiniano mas de treinta años de reinado y setenta y cinco de edad; yacia quebrantado de cuerpo y ánimo, y conquistada ya el Africa y la Italia, desatendiendo los intereses trascendentales de su pueblo, solo trataba de acabar sus dias en el regazo de una paz desairada. Esmeróse estudiadamente en manifestar al senado su determinacion de disimular el desacato y feriar la amistad de los Avares, y el senado entero, al par de los mandarines de la China, aclamó la prevision y sabiduría sin par de su soberano. Dispusiéronse al punto prendas galanas para embelesar á los bárbaros, ropajes de seda, lechos mullidos y esplendorosos, y cadenas y collares engarzados en oro. Retiráronse los embajadores muy pagados con el espléndido agasajo, y Valentino, de la guardia del emperador, pasó con la misma categoría á su campamento en las faldas del Cáucaso. Como su esterminio ó su preponderancia podian igualmente redundar en logro del imperio, recabó de ellos que embistiesen á los enemigos de Roma, y con dones y promesas se avinieron pronto á cebar su propension jenial. Aquellos fujitivos de las armas turcas, atravesaron el Tanais y el Boristenes, se adelantaron denodadamente al corazon de Jermania y Polonia, atropellando leyes y naciones y desmandándose con la victoria. En menos de diez años sentaron sus reales sobre el Danubio y el Elba; borráronse de la tierra muchos nombres Búlgaros y Eslavones, y las tribus restantes asoman allá como tributarias y vasallas acatando las banderas de los Avares. El Chagan, dictado propio de su rey, aparentaba seguir siempre galanteando al emperador, y aun Justiniano trató de plantearlos en Panonia, para contrapesar el poderío ya preponderante de los Lombardos. Pero el pundonor, ó la alevosía, de un Avar sacó á luz el encono recóndito y los intentos ambiciosos de sus paisanos, y se quejaron vocingleramente de la política apocada y zelosa de estar deteniendo á sus embajadores, negándoles las armas, cuya compra se les habia franqueado en la capital del imperio (54).

La variacion aparente en el ánimo del emperador podria tal vez achacarse á la embajada que le llegó de los vencedores de los Avares (55) (A. 563 — 582). La distancia inmensa que burló sus armas, no alcanzó á desarraigar su encono. Los embajadores Turcos fueron siguiendo las huellas de los vencidos al Jaik, al Volga, al monte Cáucaso, al Ponto-Euxino y á Constantinopla, y por fin se presentaron al sucesor de Constantino, para amonestarle que no se hermanase con sus rebeldes fujitivos. Tuvo tambien su cabida el comercio en aquella negociacion importante, y los Sogdoitas, á la sazon tributarios de los Turcos, aprovecharon la

coyuntura ventajosa para abrir por el norte del Caspio, un nuevo rumbo, por donde traer las sedas de China al imperio Romano. Los Persas, anteponiendo la navegacion de Ceilan, habian atajado las caravanas de Bocara y Samarcand, cuyas sedas quemaron con menosprecio; fallecieron algunos embajadores Turcos en Persia, con sospechas de veneno, y el gran Khan se avino á que su vasallo leal Maniaco, príncipe de los Sogdoitas, propusiera á la corte Bizantina un tratado de alianza contra sus enemigos comunes. Descollaron en gran manera Maniaco y sus compañeros sobre los bárbaros montaraces del Norte, por su aparato esplendoroso y riquísimos presentes, parto del lujo oriental; sus cartas en letra y lengua Escita estaban manifestando un pueblo asomado á los arcanos de la ciencia (56); fueron relatando las conquistas y brindando con la amistad y el ausilio de los Turcos, comprobando su veracidad con tremendas imprecaciones, si acaso se les tachaba de fementidos, sobre sus propias cabezas y la de Dizabal su dueño. Agasajó el príncipe griego con sumo obsequio á los embajadores de un monarca lejano y poderoso: la vista de los gusanos de seda y de los telares desesperanzó á los Sogdoitas; el emperador se retrajo, ú lo aparentó, de los Avares fujitivos, aceptando la alianza de los Turcos, y un encargado Romano pasó á la falda del monte Altai con la ratificacion del tratado. Este enlace de las dos naciones siguió bajo los sucesores de Justiniano con relaciones frecuentes y entrañables; los vasallos predilectos gozaron el ensanche de remedar á su Khan, y ciento y seis Turcos que con varios motivos acudieron á Constantinopla, se marcharon á su pais. No se espresa la duracion del viaje y distancia de la corte Bizantina al monte Altai, pues se hacia muy arduo el ir demarcando el camino por los yermos desconocidos, serranías, rios y pantanos de la Tartaria; mas se conserva un pormenor curioso del recibimiento de los embajadores romanos en el campamento real. Despues de purificados con incienso y llamaradas, segun el ritual que todavía se está practicando bajo los descendientes de Zinjis (*h*) se les introdujo á la presencia de Dizabul. Hallaron en un valle de la Montaña Dorada, al gran Khan sentado en su tienda sobre una silla de ruedas, á la cual, segun las ocurrencias se podian enganchar un caballo. Entregados los regalos á sus correspondientes empleados, fueron esponiendo en un razonamiento florido los anhelos del emperador Romano, para que la victoria fuese siempre acompañando á las armas de los Turcos, que su reinado prosperase dilatadamente, y que una alianza íntima, sin envidia ni engaño, se mantuviese por siempre entre las dos naciones mas poderosas de la tierra. Correspondió la contestacion de Dizabul á tan finas protestas, y sentó los embajadores á su lado en un banquete que vino á durar casi todo el dia, estaba la tienda engalanada con colgaduras de seda, y sirvieron á la mesa un licor tártaro que era, cuando menos, tan embriagador

como el vino. Sobrepujó todavía en suntuosidad el festin del dia siguiente: las colgaduras de seda estaban bordadas en realce con varias figuras, y la silla real, las copas y vasijas eran de oro. Sostenian columnas de madera sobredorada el tercer pabellon; asomaba un lecho de oro puro y macizo sobre cuatro pavos reales del mismo metal, y á la entrada de la tienda, platos, palanganas, y estatuas de plata maciza, primorosamente labradas, estaban ostentosamente hacinadas en carruajes, como testimonios de valor mas bien que de injenio. Al acaudillar Dizabul sus huestes contra las fronteras de Persia, sus aliados Romanos fueron siguiendo por muchos dias las marchas del campamento Turco, ni se les despidió hasta que difrutaron su precedencia sobre el enviado del gran Rey, cuyo recio y descompasado alboroto interrumpió el silencio del banquete rejio. El poderío y la ambicion de Cosroes robustecieron la concordia de Turcos y Romanos, que encajonaban sus dominios, mas aquellas dos naciones tan desviadas se atenian á sus respectivos intereses desentendiéndose de juramentos y tratados. Al estar el sucesor de Dizabul celebrando las exequias de su padre, cupo á los embajadores de Tiberio el cumplimentarle, proponiéndole una invasion en la Persia, y sosteniendo con entereza las reconvenciones coléricas y tal vez fundadas de aquel bárbaro altanero. «Aquí estais viendo mis diez dedos,» dijo el gran Khan, arrimándoselos á la boca, «pues vosotros Romanos soleis hablar con otras tantas lenguas, y todas engañosas y perjuras. Hablais en unos términos conmigo y en otros con mis súbditos, y así las naciones van quedando burladas con vuestra alevosa elocuencia. Allá estais disparando vuestros aliados á la guerra y al peligro, y disfrutando sus afanes, desatendeis á vuestros bienhechores. Volveos, cuanto antes, participad á vuestro Señor, que un Turco es incapaz de hablar y de perdonar falsedades, y que luego le cabrá el castigo que le corresponde. Mientras está galanteando mi amistad con espresiones lisonjeras y huecas, se avillana en una confederacion con mis fujitivos Varconitas. Si me allano á marchar contra esclavos tan baladíes, temblarán al chasquido de nuestros látigos, quedarán hollados como un hormiguero bajo los pies de mi caballería inumerable. Estoy sabedor del camino que han seguido para invadir vuestro imperio, ni me alucina el alegato de que el monte Cáucaso es la valla inespugnable de los Romanos. Sé la carrera del Niester, del Danubio, y del Hebro; las naciones mas guerreras rinden parias á las armas de los Turcos, y desde el Oriente al Ocaso, la tierra es herencia mia.» En medio de tanto amago, enterados mutuamente de sus respectivas ventajas, renovaron Turcos y Romanos su alianza, pero allá el orgullo del gran Khan descolló sobre el encono, y al participar una conquista importante á su amigo el emperador Mauricio, se apellidaba dueño de siete alcurnias, y señor de los siete climas del orbe (37).

Se solian suscitar contiendas en los reinos del Asia sobre el dictado de Rey del mundo, mientras el mismo empeño estaba demostrando que á ninguno de los contendientes pertenecia. El reino de los Turcos lindaba con el Oxo y el Jihon, y el *Turan* quedaba separado por aquel gran rio de la monarquía competidora de *Iran* ó Persia, que con menos ámbitos, lograba mayor poblacion y poderío. Los Persas que alternativamente embestian y rechazaban Turcos y Romanos, seguian aun avasallados por la alcurnia de Sasan, que subió al trono tres siglos antes del advenimiento de Justiniano. Su contemporaneo Cabades, ó Kobad, habia arrollado al emperador Anastasio, pero el reinado de aquel príncipe adoleció de turbulencias civiles y relijiosas. Preso en manos de los súbditos; desterrado entre los enemigos de la Persia, recobró su libertad atropellando el pundonor de su esposa, y recobró su reino con el auxilio azaroso y asalariado de los bárbaros matadores de su padre. Maliciaban sus nobles que Kobad nunca indultaria, ni á sus volcadores, ni á sus parciales. El fanatismo de Magdak (38), que establecia la comunidad de las mujeres (39) y la igualdad del linaje humano, iba embaucando y enardeciendo al pueblo, al paso que apropiaba las campiñas mas pingües y las hembras mas lindas al uso de sus secuaces. Al presenciar trastornos acarreados por su ejemplo y sus leyes (40), se acongojó el monarca en su edad caduca; acibarando sus zozobras con el afan de invertir el órden natural y corriente de sucesion, por favorecer á su predilecto hijo tercero, tan afamado luego bajo los nombres de Cosroes ó Nushirvan. Para hacer mas esclarecida su mocedad á la faz de las naciones, se mostró Kobad ansioso de que el emperador Justiniano lo prohijase (*i*) : la corte bizantina, esperanzada de la paz, propendia á la propuesta, y Cosroes pudo granjearse un llamamiento decoroso para la herencia de su padre romano. Mas zanjó aquel descarrío venidero el cuestor Proclo: se atravesó la dificultad de si la adopcion debia formalizarse civil ó militarmente (41); desbaratóse atropelladamente el tratado, y este desdoro encarnó hondamente en el pecho de Cosroes, que ya se habia adelantado hasta el Tígris, por el camino de Constantinopla. Poco sobrevivió el padre al malogro de sus anhelos; leyóse el testamento del soberano en el concurso de los nobles, y un bando poderoso, dispuesto al intento, desentendiéndose de la mayoría de edad, encumbró á Cosroes al solio de Persia. Lo disfrutó por el plazo próspero y dilatado de cuarenta y ocho años (42), y las naciones del Oriente estan todavía decantando, con aujes de alabanza inmortal, la justicia de Nushirvan (A. 531 — 579).

Pero en la justicia de los Reyes se sobreentienden para ellos y aun para los súbditos, allá mil ensanches para el desahogo de sus arranques y sus intereses. El pundonor de Cosroes era el de un conquistador que á fuer de su ambicion, ó su cordura, va midiendo los ámbitos de la paz y de la

guerra, que equivoca el engrandecimiento con la felicidad de las naciones, y aboca millares de vidas á la nombradía, y aun al recreo de un solo individuo. Hasta en el desempeño interno merece, para la acendrada sensibilidad, el apodo de tirano. Habian quedado sus dos hermanos mayores defraudados en su espectativa de la diadema; su existencia venidera entre la jerarquía suprema y la esfera de súbditos, era angustiosa para ellos, y sensible para su soberano: zozobras y venganzas pudieran estimularlos á rebelarse: el mas leve testimonio de conspiracion era ya convincente para su atropellador, y Cosroes acudió á afianzar su sosiego con el esterminio de los príncipes indefensos, sus familias y ahijados. Salvóse un mancebo inocentillo con el miramiento y lástima de un jeneral veterano, y aquel rasgo de humanidad, descubierto por el hijo, preponderó al merecimiento de avasallar doce naciones á la Persia. El afan y el tino de Mebodes habian afianzado la diadema en la sien del mismo Cosroes, pero dilató el acudir al llamamiento rejio hasta haber desempeñado la tarea de una reseña militar, mandándole ejecutivamente subir al padron de hierro (45) que estaba delante de la puerta del palacio, donde no era lícito bajo pena de muerte aliviar ó tocar las víctimas; y Mebodes allí estuvo penando varios dias hasta que el engreimiento inexorable y la ingratitud yerta del hijo de Kobad pronunció su sentencia. Pero el pueblo con especialidad en el Oriente, está propenso á disimular y aun á vitorear crueldades que descargan sobre cervices eminentes, las de aquellos siervos de la ambicion, ansiosos de empaparse en la sonrisa, ó estremecerse con el ceño, de un monarca antojadizo. En cuanto á la ejecucion de leyes que él no habia de quebrantar, y al castigo de escesos que lastimaban su señorío y el bienestar de los individuos, Nushirvan ó Cosroes se hizo acreedor al dictado de *justo*, pues su gobierno fué de teson, severidad y rectitud. El primer afan de su reinado fué, dar por el pié á la teoría azarosa de haberes comunes é iguales, devolviendo las fincas y mujeres usurpadas por los secuaces de Mazual á sus lejítimos dueños, y robusteciendo los derechos sociales con el castigo razonable *(j)* de los fanáticos ó impostores. En vez de endiosarse con un solo privado, estableció cuatro visires sobre las cuatro grandiosas provincias de su imperio, la Asiria, la Media, Persia y Bactriana. Para el nombramiento de jueces, prefectos y consejeros, se esmeraba en desencajarles la máscara que reina en presencia de los reyes; ansiaba anteponer el desempeño de los sujetos al distintivo accidental de nacimiento y haberes; su ánimo era medrar á los desinteresados y desterrar todo cohecho de los escaños de la justicia, así como se arrojaban los perros de los templos de los Magos. Se revalidó el código del primer Artajerjes, y se pregonó como norma de los majistrados, pero la certeza del castigo ejecutivo era el sumo resguardo de su pundonor. Miles de ojos escudriñaban su conducta, y otros tantos oidos es-

taban escuchando sus palabras, atalayándolo todo los ajentes recónditos ó patentes del solio; y desde el confin de la India al de la Arabia, resplandecian las provincias con las visitas frecuentes de su soberano que echaba el resto compitiendo con su hermano celeste en la velocidad de su carrera benéfica. Ponia su especial ahinco en la educacion y la labranza como los quicios del gobierno. Manteníanse en todas las ciudades de Persia á espensas del público los huérfanos y los desamparados, dándoles enseñanza competente: se casaban las niñas con los mas acaudalados de su jerarquía, y se aplicaban los niños, segun su disposicion, respectiva á las artes, ó se les colocaba en puestos honoríficos. Repoblaba las aldeas desamparadas; repartia caballerías y granos á los labradores imposibilitados, franqueándoles apero para su cultivo, y se repartia con esmero y equidad el beneficio precioso del riego por los territorios mas áridos de la Persia (44). La prosperidad del reino estaba pregonando sus prendas; sus vicios iban anejos al despotismo oriental, mas en la competencia dilatada de Cosroes y Justiniano, descolló por lo mas en mérito y en fortuna el monarca bárbaro (45).

Hermanaba Nushirvan el concepto de instruido con el de justiciero, y si acudieron los siete filósofos griegos á su corte al eco de que un discípulo de Platon realzaba el solio de Persia, presto palparon su desengaño. ¿Pudieron soñar acaso que un príncipe empapado en los afanes de la guerra y del gobierno, ventilase con maestría como ellos, las cuestiones recónditas é inapeables que embargaban el ocio de los escolares de Aténas? ¿Cabia que las máximas de la filosofía encaminasen los pasos y enfrenasen los ímpetus de un déspota, cuya niñez se engrió con el concepto de que su albedrío, tan absoluto como voluble, era la única norma de la moralidad (46)? Ostentosos y superficiales eran los estudios de Cosroes, pero su ejemplo inflamó la curiosidad de un pueblo agudo, y los destellos de la ciencia rayaron por el señorío de la Persia (47). Planteóse en Gondi-Sapor, hácia las cercanías de la ciudad real de Susa, una academia de medicina, que fué imperceptiblemente ascendiendo á escuela de poesía, filosofía y retórica (48). Formalizáronse los anales de la monarquía (49) y mientras la historia reciente y auténtica, pudiera aprontar documentos provechosos al príncipe y al pueblo, allá la lobreguez de los primeros siglos se amenizó con los jigantes, dragones y héroes fabulosos de las novelas orientales (50). Todo estranjero instruido ú despejado tenia cabida en la conversacion y en los agasajos del monarca: galardonó garbosamente á un médico griego (51) con el rescate de tres mil cautivos; y los sofistas que se desalaban tras sus finezas, quedaron enojadísimos con las riquezas y el desentono de Uranio su competidor venturoso. Creia, ó á lo menos acataba, Nushirvan la relijion de los Magos, y aun asoman rastros de persecucion en su reinado (52); pero él se esplayaba en parango-

nar la doctrina de sectas encontradas, y las contiendas teolójicas que solia presidir, apocaban la preponderancia del sacerdocio, y despejaban el entendimiento del pueblo. Dispuso la traduccion en lengua persa de los escritores descollantes de la Grecia y la India; en aquel idioma halagüeño y elegante que recomienda Mahoma para el uso de su paraíso, aunque tiznado con los apodos de bronco y montaraz por la ignorancia y el engreimiento de Agatias (53). Cabia sin embargo en el historiador griego estremar el desempeño de una traduccion cabal de Platon y Aristóteles en lengua forastera, que no constaba de elementos para entonar la libertad y desmenuzar sutilezas filosóficas. Y si los raciocinios del Estajirita habian de resultar igualmente enmarañados, ó bien inintelijibles para todos los idiomas, el coloquio teatral, y los argumentos apuradores del discípulo de Sócrates (54) suenan allá como embebidos y vinculados en el sumo gracejo del estilo Atico. Nushirvan al ir en pos de la instruccion universal vino á saber que las fábulas morales y políticas de Pilpay se atesoraban con desalado esmero entre las preciosidades de los reyes de la India. Enviose reservadamente al médico Peroses á las orillas del Ganges, con el encargo de ajenciar á todo trance un traslado de la preciosa obra. Amañóse en estremo y logró copiarla y traducirla, y las fábulas de Pilpay (55) se leyeron con asombro en el congreso de Nushirvan y sus nobles. Desaparecieron allá el orijinal indio y la version persa; pero luego el esmero de los califas Arabes resguardó aquel monumento tan reverenciado, trascendió al persa moderno, al turco, al siriaco, al hebreo y al griego, y por fin tras varios traslados, á las lenguas modernas de Europa. En el dia se nubló la estampa primitiva, y su hermandad con la relijion y costumbres de los Indos; y el mérito efectivo de las fábulas de Pilpay queda muy en zaga de la elegancia lacónica de Fedro y el gracejo candoroso de La-Fontaine. Una sarta de apólogos va desentrañando hasta quince sentencias morales y políticas, pero su conjunto enmarañado y su relacion difusa vienen á parar en unos documentos trillados y áridos. Queda sin embargo al Bracman el realce de inventor de una ficcion halagüeña que engalana la desnudez de la verdad, y suaviza tal vez á un oido rejio el desabrimiento de la instruccion. Con intento parecido en cuanto á advertir á los reyes que su poderío se cifra todo en la fortaleza de los súbditos, inventaron los Indios el juego del ajedrez, introducido igualmente en Persia bajo el reinado de Nushirvan (56).

Halló el hijo de Kobad un reino empeñado en guerra con el sucesor de Constantino, y la zozobra de su situacion interna lo inclinó á avenirse á la suspension de armas que ansiaba feriar Justiniano (A. 533—539). Estuvo Cosroes viendo á los embajadores Romanos postrados á sus plantas, y se agradó de las once mil libras de oro, precio de una paz *inter-*

minable ó indefinida (57); ajustáronse algunos trueques; encargóse el Persa de guardar las puertas del Cáucaso, y se suspendió la demolicion de Dara, bajo el pacto de que nunca fuese la residencia del jeneral de Oriente. La ambicion del emperador ajenció y utilizó eficazmente aquel plazo de sosiego, siendo sus conquistas en Africa el primer fruto del tratado con Persia, y halagando la codicia de Cosroes con una remesa cuantiosa de los despojos de Cartago, que pidieron sus embajadores con razones graciosas y socolor de intimidad (58). Mas ya tanto trofeo de Belisario iba causando desvelos al gran rey, y oyó con pasmo, envidia y zozobra que Sicilia, Italia y la misma Roma, habian quedado avasalladas en tres brevísimas campañas á Justiniano. Bisoño en el arte de atropellar tratados, incitó encubiertamente á su tributario denodado y travieso Almondar, príncipe sarraceno, residente en Hira (59), que no se habia incluido en la paz jeneral, y seguia allá arrinconadamente la guerra contra su competidor Aretas, caudillo de la tribu de Gasan y confederado del imperio. El motivo de su contienda era una dehesa dilatada por el desierto, al sur de Palmira. Un feudo allá inmemorial por la franquicia del pasto parece que abogaba por Almondar, al paso que el Gasaneta se atenia al nombre latino de verata, carretera, como testimonio indisputable de la soberanía de los Romanos (60). Los monarcas sostenian á sus vasallos respectivos, y el Arabe Persa, desentendiéndose de las pautas de un arbitramiento dudoso, fué enriqueciendo su campo volante con el despojo y cautivos de Siria. Justiniano, en vez de rechazar á viva fuerza á Almondar, trató de cohecharlo, llamando de los estremos de la tierra á las naciones de Etiopia y Escitia, para invadir los dominios de su contrario. Pero estaba remoto y continjente el ausilio de tales aliados, y aquella correspondencia alevosa sinceraba las quejas de Godos y Armenios, que acudieron casi al mismo tiempo al amparo de Cosroes. La alcurnia de Arsaces, crecida todavía en Armenia, se vió comprometida para volver por los fueros últimos de la independencia nacional y jerarquía hereditaria; y los enviados de Vitijes habian atravesado encubiertamente el imperio, para manifestar el riesgo inminente y ejecutivo del reino de Italia. Iban sus representaciones acordes, vehementes y palpables: «aquí estamos ante vuestro solio para abogar tanto por vuestro interés como por el nuestro. Aspira allá el ambicioso y aleve Justiniano, á quedar dueño único del orbe. Desde la paz interminable que falseó la libertad comun del linaje humano, aquel príncipe, vuestro aliado en palabras y enemigo en obras, se ha estrellado igualmente con amigos y enemigos, y ha ensangrentado y revuelto la tierra toda. ¿No atropelló los privilejios de la Armenia, la independencia de Colcos, y la libertad bravía de la serranía Trania? ¿No ha usurpado con igual desenfreno la ciudad de Bósforo en el helado Meotis, y el valle de las palmeras sobre las playas del Mar Rojo?

Yacen sucesivamente hollados Moros, Vándalos y Godos, y cada nacion se ha estado inmoble mirando el esterminio de las vecinas. Ea, ¡ó Rey! al trance propicio, pues quedó el Oriente, indefenso mientras los ejércitos de Justiniano y su afamado jeneral están allá embargados por las rejiones lejanas del Occidente. Si titubeais y os deteneis, luego Belisario y sus tropas victoriosas van á revolver del Tíber al Tigris, y la Persia tendrá que consolarse llorosamente, con ser la postrera en yacer al fin devorada» (61). Tales razones recabaron pronto de Cosroes que siguiese el mismo ejemplo que estaba acriminando, pero el Persa, ansioso de nombradía militar, menospreció el sistema poltron de su competidor, que disparaba sus disposiciones sanguinarias desde el regazo incontrastable del alcázar Bizantino.

Por gravísimos que fuesen los agravios de Cosroes, atropelló la fé de los tratados, y tan solo la brillantez de sus victorias, pudiera cohonestar la fealdad de su fementido disimulo (62). El ejército persa, reunido en las llanuras de Babilonia (A. 540), fué advertidamente sorteando las fortalezas de Mesopotamia, y siguiendo la orilla occidental del Eufrates, hasta la poblacion corta, pero muy avecindada, de Dura (*k*) que osó atajar la marcha al gran rey. Abriéronsele las puertas por sorpresa ó alevosía, y apenas empapó Cosroes su cimitarra en la sangre de los moradores, despachó un enviado á Justiniano para participarle donde quedaba el enemigo de los Romanos. Aparentaba el vencedor ínfulas de humano y justiciero, y al estar viendo á una matrona con su niño arrastrada ferozmente por el suelo, prorumpió en suspiros, lloros y raptos á la justicia divina, en demanda de castigo contra el fraguador de tamañas desventuras. Entretanto la grey de doce mil cautivos se rescató con doscientas libras de oro, á cuyo pago se comprometió el obispo cercano de Serjiopolis, y al año siguiente, la codicia empedernida de Cosroes impuso el recargo por una obligacion contraida por jenerosidad é imposible de satisfacer. Seguia internándose por la Siria, al paso que el enemigo endeble desapareciendo siempre de sus alcances, le frustraba el timbre de su victoria, y desesperanzado además de plantear su señorío, todo un rey persa se mostró en aquella correría con la fealdad ruin é insaciable de un salteador. Fué luego sitiando á Hierapólis, Berrea ó Alepo, Apamea y Calcis, las que fueron rescatando su esterminio con oro ú plata, al tenor de sus fuerzas y caudales, estrechando siempre los términos de la capitulacion y ejecutándola á su albedrío. Como alumno de los Magos, no escrupulizaba en punto á sacrilejios, y tras de ir arrancando de una verdadera cruz el oro y la pedrería, devolvió, con visos jenerosos, la reliquia raspada á la devocion de los cristianos de Apamea. Tan solo mediaban catorce años desde el vuelco de Antioquía por un terremoto (*l*), pero la reina del Oriente la nueva Teópolis, quedaba ya realzada con las larguezas de Justiniano;

y el auje grandioso de edificios y vecindario aventó luego la memoria de su catástrofe reciente. Escudábase la ciudad por una parte con la montaña, y por otra con el rio Orontes, pero adolecia, por su lado mas accesible, del padrastro de un cerro: se dejó de acudir á la urjencia por la zozobra baladí de manifestar su flaqueza al enemigo, y Jermano, sobrino del emperador rehuyó la continjencia de arriesgar su persona y señorío en una ciudad sitiada. Iba el pueblo de Antioquía heredando el destemple vanaglorioso y satírico de sus antepasados, y se engrió mas y mas con el refuerzo repentino de seis mil soldados; desechó la oferta de una capitulacion comedida; y aun anduvo insultando vocingleramente desde los muros á la majestad del gran rey. Treparon á su presencia las millaradas Persas por las escalas del asalto; huyeron los Romanos asalariados por la puerta contrapuesta de Dafne, y el teson gallardo de la juventud Antioquena, solo condujo para estremar las desdichas de su patria. Al ir bajando Cosroes, acompañado de los embajadores de Justiniano, de la eminencia, estuvo aparentando en ecos lastimeros, condolerse de la tenacidad de aquel vecindario desventurado, pero no amainaba la rabiosa matanza, y la ciudad, á las órdenes de un bárbaro, quedó entregada á las llamas. Su codicia, no su relijiosidad, conservó la catedral de Antioquía, concedió sin embargo esencion mas honorífica á la iglesia de S. Julian y al barrio donde residian los embajadores; varió el viento y se salvaron algunas calles lejanas, permaneciendo las murallas para resguardar, y luego comprometer, á los nuevos moradores. Habia el fanatismo ajado los reales de Dafne, pero se empapó Cosroes en el ambiente embalsamado de sus manantiales y arboledas, y aun hubo idólatras en su séquito que sacrificaron á su salvo á las ninfas de aquel recinto primoroso, á las seis leguas del cual desagua el Orontes en el Mediterráneo. Fué el altanero Persa visitando el confin de sus conquistas, y despues de bañarse á solas en el mar, tributó en hacimiento de gracias un sacrificio solemne al sol, ó mas bien al criador de aquel astro, adorado por los Magos. Si aquella supersticion repugnó á la preocupacion de los Siriacos, se complacieron en gran manera con el ahinco y cortesanía que manifestó en su asistencia á los juegos del circo, y noticioso de que el emperador era banderizo de los *azules*, al punto dispuso que la victoria recayese en el partido *verde*. De mayor alivio fué para el vecindario la disciplina de sus reales, mediando en vano por el indulto de un soldado, que habia querido remedar muy al vivo las rapiñas de Nushirvan. Abrumado por fin, mas no satisfecho con los despojos de Siria (*m*) se encaminó pausadamente al Eufrates, echó un puente provisional junto á Barbaliso, y en el plazo de tres dias transitó su crecida hueste por entero. A su regreso fundó á una jornada del palacio de Estafonte una ciudad apellidándola para siempre con los nombres juntos de Cosroes y Antioquía. No echaron menos

los cautivos Siriacos sus antiguos albergues, pues baños y un circo suntuoso se construyeron para su uso, y una colonia de músicos y conductores resucitó en Asiria lôs recreos de una capital griega. La munificencia del fundador rejio señaló un situado cuantioso á los desterrados felices, con la regalía preciosa de proporcionar la libertad á cuantos esclavos reconocian por sus deudos. La Palestina luego, con las riquezas sagradas de Jerusalen, cebó la ambicion, ó mas bien la codicia de Cosroes. Ni Constantinopla ni el alcázar de los Césares le parecian ya inexpugnables ni lejanos, y allá su anhelo arrebatado estaba ya cuajado de tropas el Asia Menor, y de bajeles el mar Negro.

Realizáranse quizá tamañas esperanzas, á no acudir oportunamente el conquistador de Italia á la defensa de Levante (65) (A 541). Mientras iba Cosroes adelantando sus intentos ambiciosos por la costa del Euxino, Belisario acaudillando un ejército sin paga ni disciplina, sentó sus reales allende el Eufrates á dos leguas de Nisibis. Estuvo ideando con maestría un arbitrio para desencastillar á los Persas de su inaccesible fortaleza, ó descollando mas y mas por la campiña, ó atajar la retirada ó quizás agolparse á las puertas con los bárbaros fujitivos. Se internó una jornada por el territorio de Persia, rindió la fortaleza de Sisaurane, y envió al gobernador con ochocientos jinetes selectos á servir al emperador en sus guerras de Italia. Destacó á Aretas y sus Arabes, sostenidos por mil y doscientos Romanos, para atravesar el Tigris y talar allá las mieses de Asiria, provincia pingüe y ajena por mucho tiempo de la plaga de la guerra. Pero desbarató los planes de Belisario la índole indómita de Aretas que ni asomó mas por los reales, ni envió el menor aviso de sus movimientos. Clavado se mantenia con espectativa conjogosa el jeneral Romano en el idéntico sitio; se malogró la temporada de obrar: el sol abrasador de Mesopotamia, caldeó la sangre de la soldadesca europea, y la tropa y oficialidad aportada en Siria aparentaba sus zozobras por las ciudades indefensas. Surtió sin embargo su efecto la llamada, pues tuvo Cosroes que regresar atropellada y costosamente, y si el denuedo y la disciplina auxiliaran la maestría de Belisario, sus logros cumplieran colmadamente el afan del público, que estaba pidiendo á su diestra la toma de Ctesifonte y el rescate de los cautivos Antioquenos. Llamóle una corte ingrata, al fin de la campaña á Constantinopla (A 542) mas los peligros de la primavera inmediata al mando; y allá el héroe tuvo que acudir al vuelo y casi á solas, para rechazar con su nombre y su presencia la invasion de la Siria. Halló á los jenerales Romanos, y entre ellos un sobrino de Justiniano, emparedados por su abatimiento en el recinto de Hierápolis; y Belisario arrollando sus zozobras, les mandó que le siguiesen á Europa, donde dispuso juntar sus fuerzas y obrar contra el enemigo segun Dios le fuese inspirando. El ademan de su entereza sobre las márjenes

del Eufrates atajó á Cosroes el rumbo de Palestina, recibiendo con ardid y señorío á sus embajadores, ó mas bien espías. Abarcaban la llanura entre Hierápolis y el rio escuadrones de caballería, á fuer de seis mil cazadores gallardos y membrudos, que iban acosando venados sin la menor zozobra de enemigos. Descubrieron los embajadores por la orilla opuesta mil caballos Armenios, que estaban al parecer guardando el tránsito del Eufrates. Era la tienda de Belisario de lona burda, albergue sencillo de un guerrero hollador del boato oriental, y habia en derredor un cúmulo de naciones revueltas estudiadamente, que seguian sus banderas. Asomaban al frente los Tracios é Ilirios, los Hérulos y Godos al centro, cerrando la perspectiva Moros y Vándalos, y aparentando, con aquel ensanche abultadísimas fuerzas. Era su traje lijero y espedito; aquí un soldado con su látigo, allí otro con espada, con arco y tal vez hacha, y el conjunto estaba rebosando denuedo y desvelo del jeneral. El númen travieso del Lugarteniente de Justiniano, burló y arredró á Cosroes. Enterado de su desempeño y mal informado de sus fuerzas, se retrajo de toda refriega decisiva en pais lejano, donde pudiera no quedar un Persa que noticiase el rematado descalabro. Atropellóse el gran Rey en despasar el Eufrates, y Belisario le estremó el arrebato aparentando contrarestarle un movimiento tan ventajoso para el imperio, y que apenas pudiera haberse proporcionado con un ejército de cien mil hombres. Bien pudo la envidia cebar la ignorancia y el orgullo, con la hablilla de franquear la huida al enemigo público, pero los triunfos africanos y godos son menos esclarecidos que esta victoria cabal y sin sangre, en que ni la suerte ni el denuedo del soldado pueden cercenar ni un ápice á la nombradía del jeneral. La segunda remocion de Belisario (A 543. etc.) de la guerra de Persia á la de Italia, estuvo pregonando su sobresalencia suma, en suplir ó enmendar la carencia de valor y de disciplina. Quince jenerales desavenidos y negados fueron llevando por las montañas de Armenia un ejército de treinta mil Romanos, sin arreglo de señales, graduaciones ni insignias; y cuatro mil Persas atrincherados en su campamento de Dubis vinieron á vencer sin pelea aquella muchedumbre desmandada, que fué cuajando el camino con sus armas inservibles, y desalentando sus caballos en su fuga voladora. Pero los Arabes y el partido Romano preponderaron, volvieron los Armenios á su vasallaje; resistieron las ciudades de Dura y Edesa á un asalto repentino y á un sitio formal, y el azote de una epidemia dió alguna tregua al de la guerra. Un convenio tácito ú espreso entre los soberanos resguardó el sosiego de la raya Oriental, ciñéndose las armas de Cosroes á la guerra Colquia ó Lárica, referida con estremados pormenores por los historiadores de aquel tiempo (64).

La descompasada longitud del ponto Euxino (65), desde Constantinopla hasta la boca del Tasis, puede regularse de un viaje de nueve dias,

y de una tirada de doscientas y treinta leguas. Desde el Cáucaso Iberio, la montaña mas empinada y peñascosa del Asia, se dispara aquel rio con tan recia violencia, que se atraviesa, en corto trecho, por ciento y veinte puentes. Ni amaina, y se hace navegable, hasta que baña el pueblo de Sarapana, á cinco jornadas del Cidno, que se derrama de las mismas cumbres, pero con rumbo contrapuesto, sobre el mar Caspio. La cercanía de sus cauces proporcionó la práctica, ó por lo menos el pensamiento, de transportar las mercancías preciosas de la India por el Oxó bajo, luego por el Caspio, luego Cidno arriba, y al fin con la corriente del Tasis al Ponto Euxino y al mar Mediterráneo. Como va succesivamente recojiendo los rios del llano de Colcos, se amansa el Tasis, acaudalándose mas y mas sin embargo. Su hondura, al desembocar, es de sesenta brazas, y su anchura de media legua, pero se atraviesa una islilla arbolada en medio del cauce; y el agua apenas va depositando allá un poso arcilloso y metálico, corre somera sobre las olas y ya nunca llega á corromperse. En su carrera de mas de treinta leguas, doce de las cuales lo hacen navegable para buques mayores, el Tasis deslinda la rejion afamada de Colcos (66) ó Mingrelia (67), escudada por tres partes con las montañas Iberias y Armenias, y cuya costa marítima se estiende mas de setenta leguas, desde la cercanía de Trebisonda á Dioscurias, y los confines de Circasia. Clima y suelo son improductivos por esceso de humedad; veinte y ocho rios además del Tasis y sus tributarios, desaguan en el mar, y lo hondo del terreno parece que está denotando conductos subterráneos entre el Caspio y el Euxino. En las campiñas donde se cosechan el centeno y la cebada, blandea el terreno, y no aguanta el arado; pero el *gom*, granillo menudo semejante al mijo ó al coriandro, acude á la subsistencia jeneral del pueblo, vinculándose el uso del pan en el príncipe y los nobles. La vendimia es mas aventajada que la miel, y el grueso de las cepas y la calidad del vino, decantan el poderío inexhausto de la naturaleza. Aquella misma pujanza está emboscando el pais; las maderas de sus cerros y el cáñamo de los valles, aprontan materiales para la navegacion; cunden sobre manera venados, caballos, bueyes y cerdos, y el nombre del faisan está diciendo su patria notoria en las riberas del Tasis. Las minas de oro que se estan todavía beneficiando con notable producto, fueron motivo de contienda nacional entre Cosroes y Justiniano; y es muy creible que la vena del metal precioso se irá repartiendo igualmente por todo el ámbito de los cerros, aunque la pereza, ó cordura, de los Mingrelios desatienda ó encubra aquellos rocónditos tesoros. Las aguas cargadas de partecillas de oro, se van aprensando esmeradamente con pieles lanudas ó vellones; pero este arbitrio, cimiento quizá de una fábula portentosa, es un remedo escasísimo de las riquezas estraidas de aquella tierra vírgen con el poder, y la inteligencia de sus antiguos reyes. Sus alcázares de plata y

estancias de oro sobrepujan á nuestra creencia, pero la nombradía de aquella opulencia fué al parecer la incitadora para la empresa codiciosa de los Argonautas (68). Refiere la tradicion, con asomos de probabilidad, que el Ejipto planteó sobre el Tasis una colonia instruida y culta (69), que fabricó lienzos, construyó bajeles é inventó los mapas jeográficos. La inventiva de los modernos ha ido poblando con ciudades y naciones florecientes el istmo que engarza el Mar Euxino y el Caspio (70), y un escritor agudo, advirtiendo la semejanza de clima, y en su concepto, de comercio, no ha titubeado en apellidar á Colcos la Holanda de la antigüedad (71).

Pero las riquezas de Colcos tan solo resplandecen allá entre las lobregueces de conjeturas y tradiciones, y su historia efectiva está de contínuo ofreciendo un cuadro montaraz de estremado desamparo. Si se hablaban ciento y treinta idiomas en el mercado de Diocurias (72) eran los abortos disonantes de otras tantas tribus bozales, ó bien familias, desviadas mútuamente por las cañadas del Cáucaso, y aquel desvío acrecentador del número, minoraba la entidad de sus incultas capitales. En el estado actual de la Mingrelia, una aldea es un conjunto de chozas cercado con un palenque; las fortalezas están allá emboscadas en lo íntimo de las selvas, la ciudad principal de Ata ó Cotatis, consta de doscientas casas, y el único edificio de piedra es solariego de los reyes. Doce bajeles y sesenta barcas de Constantinopla, cargadas con artefactos, fondean anualmente en la costa, y el padron de las salidas ha crecido en gran manera, puesto que los naturales tan solo poseian esclavos y pieles, que trocaban por el trigo y la sal que feriaban de los súbditos de Justiniano. No asoma rastro de artes, instruccion y náutica de los antiguos Colquios, pocos Griegos apetecieron ú osaron seguir las huellas de los Argonautas, y hasta las señales de Colonia Ejipcia desaparecen al escudriñarlos de cerca. Los Mahometanos del Euxino son los únicos que practican la circuncision, y el pelo crespo y el cutis atezado de Africa, ya no afea á la casta humana mas aventajada. En los climas inmediatos de Jeorjia Mingrelia y Circasia, cifró la naturaleza, á lo menos para nuestra vista, el dechado de la beldad, en la hechura de los miembros, el sonrosado de la tez, la simetría de las facciones y el donaire del conjunto (73). Segun el destino de cada sexo, labróse el hombre al parecer para obrar, y la mujer para enamorar, y el suministro incesante de hembras del monte Cáucaso, ha ido acrisolando la sangre, y mejorando la traza de las naciones meridionales del Asia. El distrito propio de Mingrelia, parte solamente del antiguo Colcos, ha estado aprontando por largo plazo hasta doce mil esclavos. El número de prisioneros y reos no alcanzaba al pedido anual, pero el pueblo yace siervo de sus señores; el ejercicio del engaño y la rapiña, se tolera en un jentío desmandado, y el mercado se surte de sobras con el abuso de la autoridad civil ó paterna. Este tráfico (74) nivelador

de la especie humana con la grey, puede ir fomentando los enlaces y la poblacion, puesto que lo crecido de la prole enriquece á los padres codiciosos é inhumanos. Pero semejante manantial de riqueza villana ha de emponzoñar imprescindiblemente las costumbres nacionales, borrar todo asomo de virtud y pundonor, y casi anonadar el instinto de la naturaleza: son los *Cristianos* de Jeorjia y Mingrelia lo sumo de la disolucion; y sus niños, vendidos desde edad muy tierna para esclavitud estranjera, están ya resabiados con la rapiña del padre y la prostitucion de la madre. En medio de su rematada idiotez despuntan los naturales de suyo con injenio y maña, y aunque por falta de union y enseñanza, yacen á merced de vecinos mas poderosos, siempre los Colquios descollaron por su denuedo y travesura. Servian á pie en la hueste de Jerjes, y eran sus armas un estoque ó una pica, una celada de madera y un broquel de cuero en pelo; pero está mas jeneralizado el uso de la caballería en su patria, pues el ínfimo campesino se desdeña de andar; los nobles belicosos poseen hasta doscientos caballos, contándose tal vez mas de cinco mil en la comitiva del príncipe de Mingrelia. El gobierno de Colcos fué siempre un reino meramente hereditario, y no hay mas contraste para la autoridad suprema que el alboroto de los súbditos. En obedeciendo sale con grandioso ejército á campaña, pero no cabe creer que la tribu sola de los Suanios se componia de doscientos mil soldados, y que la poblacion de Mingrelia asciende en el dia á cuatro millones de habitantes (75).

Blasonaban los Colquios de que sus antepasados habian atajado las conquistas de Sesostris, y la derrota del Ejipcio es mas creible que sus adelantos venturosos, hasta las faldas del Cáucaso. Postráronse sin conato reparable, ante las armas de Ciro; fueron siguiendo por guerras lejanas las banderas del gran Rey, brindándole cada quinquenio con cien muchachos y otras tantas niñas sobresalientes (76). Aceptaba el *regalo* como el ébano y el oro de la India, el incienso de la Arabia, y los negros y el marfil de Etiopia; no señoreaba á los Colcos ningun sátrapa, y siguieron disfrutando el nombre y la esencia de la independencia nacional (77). Con el vuelco del imperio Persa, embebió Mitrídates, rey del Ponto, á Colcos en el ámbito de sus dominios sobre el Euxino, y cuando los naturales se arrojaron á pedirle un hijo para su rey, aherrojó con cadenas de oro al mancebo ambicioso, y envió un sirviente en su lugar. Adelantáronse los Romanos en su alcance contra Mitrídates hasta las orillas del Tasis, surcando con sus galeras rio arriba, hasta llegar á los reales de Pompeyo, sus lejiones (78). Pero el senado, y luego los emperadores se desentendieron de abarcar aquella conquista lejana é inservible en clase de provincia. Franqueóse el reino de Colcos y reinos contiguos á la alcurnia de un retórico griego, desde el tiempo de Marco Antonio hasta el de Neron, y estinguida la descendencia de Polemon (79) el Ponto oriental que conservó su

nombre, solo alcanzaba hasta las cercanías de Trebisonda. Fuera de aquellos linderos, los fuertes de Hipso, Apsaro, Jasis, Dioscurias, ó Sebastópolis y Pitio se guardaban con destacamentos suficientes de caballería é infantería, y hasta seis príncipes de Colcos fueron recibiendo sus diademas de los lugartenientes del César. Uno de estos, el elocuente y afilosofado Arriano, rejistró y luego describió la costa Euxina bajo el reinado de Adriano (A 530). La guarnicion que revistó á la desembocadura del Tasis constaba de cuatrocientos lejionarios selectos: las murallas y torres de ladrillo, el foso doble y las máquinas militares sobre las almenas, constituian la plaza inasequible para los bárbaros, pero los arrabales, recien construidos por los traficantes y veteranos, estaban requiriendo, en concepto de Arriano, algun resguardo exterior (80). Con el menoscabo redoblado del imperio, los Romanos apostados sobre el Tasis se retiraron ó fueron arrojados, y la tribu de los Laris (81), cuya posteridad habla un dialecto estraño, y habita por las playas de Trebisonda, dió su nombre y sojuzgó al antiguo reino de Colcos. Luego un vecino formidable arrolló su independencia, granjeándose con armas y tratados la soberanía de Iberia. El rey de Lozika ya dependiente, recibia su cetro del monarca Persa, y los sucesores de Constantino, se allanaron á servidumbre tan torpe, requerida altaneramente como derecho de posesion inmemorial. Restablecióse á principios del siglo sexto su influjo (A 522) con la introduccion del Cristianismo que siguen todavía los Mingrelios con decoroso fervor, sin calar los misterios ni guardar los mandamientos de su relijion. Zato, muerto su padre, se vió ensalzado á la dignidad rejia, por el favor del gran rey, pero la relijiosidad del mancebo se horrorizó con las ceremonias de los Magos, y fué al palacio de Constantinopla en pos de un bautismo católico, de una consorte noble y de alianza con el emperador Justino. Ciñeron solemnemente al rey de Lazica la diadema, y su túnica y manto de seda blanca con cenefa de oro, estaba ostentando en bordado primoroso la estampa de su nuevo padrino, quien aplacó los zelos de la corte Persa y disculpó la rebeldía de Colcos, allá con el sobrescrito decoroso de hospedaje y relijion. El interés de entrambos imperios cargó á los Colquios con la obligacion de guardar las gargantas del Cáucaso, donde un vallado de veinte leguas se está ahora resguardando con el servicio mensual de los mosqueteros de Mingrelia (82).

Mas la codicia ó ambicion de los Romanos estragó luego enlace tan provechoso. Apeóse á los Lazis de la jerarquía de aliados, recordándoles por puntos, con palabras y obras, la dependencia de su estado. A una jornada de Apsaro estuvieron mirando la fortaleza ya descollante de Petra (83), que señoreaba la comarca marítima al mediodía del Tasis. Los asalariados estranjeros, en vez de escudar con su teson á Colcos, lo estaban atropellando con su desenfreno; los réditos del comercio se trocaron en monopolio ruin

y gravosísimo, y Gubares, el príncipe nativo vino á quedar reducido al boato del solio, con el influjo prepotente de los empleados de Justiniano. Desesperanzados de las virtudes cristianas y airados los Lazis, se inclinaron mas confiados á la equidad de un incrédulo. Afianzados reservadamente de que sus enviados no se entregarian á los Romanos, aspiraron desembozadamente á la amistad y auxilio de Cosroes. Enteróse prontamente el monarca perspicaz del provecho é importancia de Colcos, é ideó un plan de conquista, que renovó á los mil años Shah-Abbas, el mas sabio y poderoso de todos sus sucesores (84). Enardeció á su ambicion la esperanza de botar una armada Persa en el Tasis, de señorear la navegacion y tráfico del Euxino, de infestar la costa de Ponto y Bitinia, de acosar y quizá asaltar á Constantinopla, y recabar de los bárbaros de Europa que acudiesen á robustecer sus armas y disposiciones, contra el enemigo del linaje humano. Pretestando guerra en Escitia, acaudilló reservadamente sus tropas hácia Iberia; guias de Colcos debian conducirlos por los bosques y despeñaderos del Cáucaso, y un sendero se trocó á mucha costa en carretera firme y anchurosa, para las marchas de la caballería y aun de los elefantes. Postró Gubares su persona y diadema á las plantas del rey de Persia, á su remedo se rindieron los Colquios, y estremecidas ya las murallas de Petra, capituló la guarnicion Romana para sortear el trance del asalto. Mas presto vinieron á palpar los Lazis, que su destemple les habia acarreado un quebranto mas amargo que cuantas desdichas habian tratado de evitar. Cesó el monopolio efectivamente de sal y trigo con los mismos jéneros. Tras la autoridad de un lejislador Romano, lo estaba orgullosamente hollando un déspota oriental, que miraba con igual menosprecio, los esclavos que habia encumbrado, y los reyes que tenia abatidos ante la tarima de su solio. Afanáronse los Magos para plantear en Colcos la adoracion del fuego: su desenfado intolerante enardeció la relijiosidad de un pueblo cristiano, y lastimaba las preocupaciones de la naturaleza y de la educacion la práctica irracional de empinar los cadáveres de sus padres á la cima de una torre encumbrada para pasto de grajos y buitres (85). Enterado del auje de aquel odio que atrasaba la ejecucion de sus grandiosos intentos, el justiciero Nushirvan habia comunicado órdenes reservadas para asesinar al Rey de los Lazis, trasladar su jente á territorio lejano, y plantear una colonia fiel y guerrera sobre las orillas del Tasis. El desvelo ansioso de los Colquios aterró y frustró el malvado intento, y su arrepentimiento tuvo acojida en la cordura, mas bien que en la clemencia, de Justiniano, pues mandó á Dajisteo que con siete mil Romanos y mil Zanos (*n*) arrojase á los Persas de la costa Euxina.

El sitio de Petra, que emprendió ejecutivamente el jeneral Romano, con el auxilio de los Lazis, es uno de los acontecimientos preponderantes de aquel siglo. Estaba el pueblo situado sobre un risco (A 545. 551.) aso-

mado sobre la marina y se comunicaba con la tierra por un senderillo empinado. Arduo era el acercarse, y el asaltarlo imposible, pues el conquistador Persa habia estremado las fortificaciones de Justiniano, y resguardó con baluartes los puntos menos inaccesibles. El desvelo de Cosroes habia depositado en tan importante fortaleza un almacen de armas ofensivas y defensivas, en número cinco veces mayor que el de la guarnicion y el vecindario. El acopio de harina y sal era proporcionado al consumo de cinco años: se suplia la falta de vino con vinagre y una semilla de donde se esprimia un licor fuertísimo, y tres acueductos burlaban los afanes y aun los barruntos del enemigo. Pero la defensa fundamental de Petra se cifraba en la valentía de mil y quinientos Persas, quienes rechazaban los asaltos de los Romanos, mientras se estaba taladrando encubiertamente una mina, en cierta vena mas blanda de terreno. La muralla sostenida por puntales cenceños y provisionales, quedó colgada en el aire, pero Dajisteo suspendió el avance hasta tener afianzado su galardon, y quedó el pueblo socorrido antes que el mensajero volviese de Constantinopla. Estaba reducida la guarnicion Persa á cuatrocientos hombres, de los cuales tan solo habia cincuenta absolutamente sanos de dolencia ó de heridas; mas fué tan estremado su teson que ocultaban sus pérdidas al enemigo aguantando mudamente la vista y hediondez de los cadáveres de sus mil y cien compañeros. Libertados por fin, cerraron atropelladamente las brechas con sacos ó tierra, macizaron la mina, labraron una nueva muralla de madera compacta, y se relevó la guarnicion con tres mil hombres para sostener los afanes de un segundo sitio. Condujéronse las faenas del ataque y la defensa con pertinaz maestría, y por ambas partes se enmendaron los yerros cometidos y palpados en la vez anterior. Se inventó un ariete manejable y poderosísimo; lo plantaban y servian cuarenta soldados, y en desencajando con su empuje los sillares, se arrebataban de la muralla con garfios descomunales. Diluviaban entretanto desde las almenas las armas arrojadizas sobre la cabeza de los asaltadores, pero les acosaba mas una composicion abrasadora de azufre y betun, que podia con toda propiedad apellidarse en Colcos aceite de Medea. De los seis mil Romanos que treparon por las escalas, el primero fué el jeneral Beras, gallardo veterano de setenta años; el denuedo del caudillo, su vuelco y sumo peligro enardeció mas y mas la incontrastable tropa; y su mayoría en el número holló la pujanza, sin apurar el brio de la guarnicion Persa. Merece la suerte de aquellos valerosos mencion especialísima. Habian fenecido setecientos en el sitio, y les sobrevivian dos mil y trescientos para defender la brecha. Espiraron hasta mil y setenta por el fuego y el acero en el postrer asalto, y si se rindieron setecientos y treinta, diez y ocho tan solos se hallaron sin muestras de heridas honrosas. Los quinientos restantes se salvaron en la ciudadela, defendiéndola desahuciados, desechando los términos mas

honoríficos de capitulacion y servicio, hasta que perecieron en las llamas. Murieron obedeciendo á su príncipe, y tamaños ejemplares de lealtad y bizarría podian estimular á sus compatricios, para hazañas de igual desesperacion y de resultado mas venturoso. Demoliéronse las obras de Petra inmediatamente, confesando así el asombro y la zozobra del vencedor

Encareciera un Espartano condolido el pundonor de tan heroicos esclavos; pero aquellas campañas angustiosas y alternativamente aventajadas para las armas Persas ó Romanas, no alcanzan á embargar la posteridad á la falda del monte Cáucaso. Solian descollar las tropas de Justiniano mas esclarecidamente; pero el gran rey estaba de continuo rehaciendo sus fuerzas, hasta que llegaron á ocho elefantes y setenta mil hombres, incluyendo doce mil Escitas aliados y mas de tres mil Dilemitas, bajados á su albedrío de los cerros de Hircania, y tan esforzados batalladores de cerca como de lejos (A 543-556.). El sitio de Arqueópolis, apellidada ó correjida así por los Griegos, se levantó con arrebato y pérdida, pero estaban los Persas aposentados en las gargantas de la Iberia, quedó Colcos esclavizada con fortines y guarniciones devoradoras del escaso mantenimiento del pueblo, y el príncipe de los Lazis huyó á las montañas. Desconocíanse en los reales Romanos miramientos y disciplina, y los caudillos independientes revestidos de potestad igual, competian por sobresalir en cohechos y devaneos. Seguian los Persas mudamente las disposiciones de un solo jefe, que se atenia estrechamente á las instrucciones del soberano, descollando el jeneral entre los héroes del Oriente por su sabiduría en los consejos y su denuedo en los trances. Ni la edad avanzada de Mermeroes, ni su lisiadura de ambos piés, le retraian un punto de sus desvelos y movimientos, y en la línea de batalla, desde su litera, estaba infundiendo pavor al enemigo y suma confianza á su tropa, siempre vencedora á sus órdenes. A su muerte, recayó el mando en Nacoragan, sátrapa altanero, que en una conferencia con los caudillos imperiales blasonó que tenia tan en su mano la victoria, como el anillo de su dedo. Tamaño engreimiento fué precursor y causa natural de una derrota vergonzosa. Habian arrinconado á los Romanos hasta la misma playa, y su postrer campamento, sobre los escombros de la colonia griega del Tasis, estaba en torno resguardado con recios atrincheramientos, el rio, el Euxino y una escuadra de galeras. La desesperacion hermanó sus intentos y robusteció sus armas: contrarestaron el asalto de los Persas, y la huida de Nacoragan antecedió ú siguió la matanza de diez mil soldados sobresalientes. Salvóse de los Romanos para luego parar en manos de un dueño inexorable que castigó severamente el yerro de su propia eleccion; el desventurado jeneral fué desollado vivo, y su piel embutida en forma humana estuvo colgada sobre una cima; aviso para cuantos en lo sucesivo cargasen con la nombradía y la

suerte de la Persia (86). El tino de Cosroes fué sin embargo orillando la guerra de Colcos, hecho cargo de la imposibilidad de avasallar, ó á lo menos retener, un país remoto contra el albedrío y los conatos de sus moradores. Estremadas pruebas estuvo padeciendo la fidelidad de Gubares, aguantó sufridamente las penalidades de una vida montaraz, y desechó con menosprecio los brindis lisonjeros de la corte Persa (o). Se habia educado en la relijion cristiana; era su madre hija de un senador, habia servido en su mocedad diez años de silenciero en el palacio Bizantino (87) y los rezagos de su sueldo eran motivo de queja y de apego. La continuacion de sus padecimientos le hizo al fin prorumpir en una manifestacion terminante de la verdad, y esta era una reconvencion irremisible para los lugartenientes de Justiniano, que con las demoras de una guerra arruinadora, contemplaban á los enemigos y atropellaban á los aliados. Sus informes siniestros impusieron al emperador en que su vasallo desleal estaba ya ideando nueva alevosía: arrebatósele una órden para enviarlo preso á Constantinopla, con la cláusula fementida de que en caso de resistencia, se le quitase legalmente la vida; y Gubares, sin armas ni recelo de peligro, fué asesinado bajo la salvaguardia de un avistamiento amistoso. Los Colquios, en el ímpetu de su saña y desesperacion, iban á sacrificar patria y relijion á su desagravio; pero el predominio y la persuasiva de los pocos mas atinados pudieron recabar una suspension provechosa, la victoria del Tasis restableció el pavor antiguo de las armas Romanas, y el emperador se mostró ansioso de libertar su concepto del tiznon de aquel atentado. Encargóse á un Juez de jerarquía senatoria el pesquisar la conducta y muerte del rey de los Lazis. Subió á su tribunal ostentoso, cercado de ministros de justicia y castigo; litigóse esta causa estraordinaria en presencia de entrambas naciones, segun las formalidades de la jurisprudencia civil, y se desagravió algun tanto al pueblo ofendido, con la sentencia y ejecucion de los ínfimos reos (88).

En la paz, el rey de Persia andaba siempre escudriñando pretestos para su rompimiento, y apenas tomaba las armas ya estaba manifestando anhelos de un tratado seguro y honorífico. En lo mas reñido de la contienda, ambos monarcas tenian siempre entabladas negociaciones engañosas (A. 540–561); y en tanto grado se sobreponia Cosroes, que mientras estaba tratando á los enviados Romanos con descoco y menosprecio, lograban sus embajadores en la corte imperial agasajos peregrinos. Se engreia el sucesor de Ciro con la majestad de sol oriental, y franqueaba allá graciablemente á su hermano menor Justiniano el reinado de Occidente con el reflejo escaso y macilento de la luna. Isdiguno, camarero suyo era el sostenedor pomposo y elocuente de tan descompasado lenguaje. Su esposa é hijas, con una comitiva de eunucos y camellos, iban siguiendo los pasos del embajador, marchaban entre sus secuaces dos sátrapas con diademas de

oro, escoltábanle quinientos jinetes, los mas valerosos de la Persia, y el gobernador Romano de Dara se negó cuerdamente á recibir mas de veinte de tan guerrera y amenazadora caravana. Isdiguno, despues de saludar y entregar sus presentes al emperador, pasó hasta diez meses en Constantinopla sin formalizar el menor asunto. En vez de emparedarlo, en su palacio, y entregarle agua y abastos por mano de los Aposentadores, visitó á sus ensanches la capital, sin atalayas ni celadores; su servidumbre disfrutaba libertad de conversacion y tráfico, lastimando así las preocupaciones del siglo, en que se observaba estrechamente la ley de las naciones sin confianzas ni cortesanía (89). Hasta el intérprete con sin par condescendencia, aunque empleado inferior á un majistrado Romano, se llegó á sentar á la mesa de Justiniano, junto á su principal, señalándole mil libras de oro para su viaje y mantenimiento. Sin embargo el redoblado afan de Isdiguno, tan solo pudo alcanzar una tregua parcial y escasa, feriada siempre con los tesoros, y renovada á instancias de la corte Bizantina. Mediaron largos años de asolacion infructuosa, antes que Justiniano y Cosroes tuviesen con mútuo cansancio que mirar por el sosiego de su edad quebrantada. En una conferencia celebrada en la raya, ambas partes, sin contar con la creencia de los contrarios, estuvieron ensalzando el poderío, la justicia y los intentos pacíficos de sus soberanos respectivos; pero la precision y el interés dictaron el tratado de paz por el término de cincuenta años, estendido esmeradamente en griego y en persa, y testimoniado con los sellos de doce intérpretes. Deslindóse puntualmente la libertad de comercio y relijion; comprendiendo á los aliados de entrambas partes en el beneficio y obligacion correspondiente, y se escrupulizó hasta lo sumo en providenciar cautelas, para precaver y zanjar cuantas desavenencias accidentales pudieran sobrevenir en los confines de dos naciones contrapuestas. Tras veinte años de guerra asoladora, aunque endeble, los linderos vinieron á quedar intactos, y por fin se recabó de Cosroes su renuncia á la posesion azarosa, ó soberanía, de Colcos y sus dependencias. Atesorando ya las preciosidades del Oriente, se acaudaló mas y mas esprimiendo á los Romanos el pago anual de treinta mil piezas de oro, y la cortedad de la suma estuvo pregonando la afrenta de un tributo, en su torpe desnudez. En una contienda anterior, sonaron la carroza de Sesostris y la rueda de la fortuna, aplicándolas uno de los empleados de Justiniano, advirtiendo que la rendicion de Antioquía y algunas ciudades Siriacas, habian engreido sobre manera á los bárbaros, ya de suyo ufanos y ambiciosos. «Os equivocais,» replicó el mirado Persa, «el rey de los reyes, el señor del linaje humano, mira allá con menosprecio tan menguados objetos, y de las diez naciones vencidas por sus armas invencibles, conceptua como la mas baladí á la Romana (90)» Estendióse el imperio de Nushirvan, segun los Orientales, desde Fer-

ganah en la Transtoriana, hasta el Yemen ó la Arabia Feliz. Sujeto á los rebeldes de Hircania, avasalló las provincias de Cabul y Zablestan, sobre las márjenes del Indo, quebrantó el poderío de los Eutalitas, zanjó la guerra turca con un tratado honorífico, y colocó á la hija del gran Khan entre sus esposas lejítimas. Victorioso y acatado entre los príncipes del Asia, dió audiencia en su alcázar de Madain, Ctesifonte, á los embajadores del orbe. Sus regalos ó tributos, armas, jaeces ricos, perlas, esclavos, ó aromas, se le iban presentando al pié del solio rendidamente, y se allanó á recibir del rey de la India diez quintales de aloes, una muchacha de siete codos de altura, y un tapete mas suave que la seda, la piel, segun se referia de una serpiente descomunal (91).

Afeósele á Justiniano su alianza con los Etíopes, por cuanto venia á internar una casta de negros bozales, en medio de la sociedad civilizada; pero los amigos del imperio Romano, los Ayumitas ó Abisinios, se diferencian de suyo de los naturales primitivos del Africa (92). Acható la naturaleza á los negros, emboscó su cabeza con lanas revueltas, y atezó su piel con negrura empapada é indeleble. Pero la tez aceitunada de los Abisinios, sus cabellos, su hechura y facciones, los están deslindando como colonia de los Arabes, corroborándose el entronque con la semejanza de idioma y costumbres; el eco de una emigracion antigua, y el trecho corto entre las playas del mar Rojo. Habia el Cristianismo desnivelado la nacion de la barbárie africana (93), su trato con el Ejipto y los sucesores de Constantino (94) les habia traspasado cierto asomo de artes y ciencias, sus bajeles traficaban hasta la isla de Ceilan (95), y hasta siete reinos obedecian al Negus, ó príncipe supremo de Abisinia. La independencia de los Homeritas (*p*) que reinaban en la rica y feliz Arabia, zozobró con un conquistador Etíope; se entroncaba en demanda de su herencia con la reina de Sheba (96), y el fervor relijioso santificó su ambicion. Habian los Judíos, poderosos y eficaces en su destierro, embelesado el ánimo de Duncan, príncipe de los Homeritas, para desagraviarlos de la persecucion fulminada por las leyes imperiales sobre sus hermanos desventurados, se atropelló á varios traficantes Romanos, y diferentes Cristianos de Negra (97) lograron la corona del martirio (98). Imploraron las iglesias de Arabia el amparo del monarca Abisinio; atravesó el Negus el mar Rojo con armada y ejército, quitó al alumno judío reino y vida, y esterminó la alcurnia de unos príncipes que habian señoreado por mas de dos mil años la rejion arrinconada de la mirra y el incienso. Pregonó en seguida el vencedor el triunfo del Evanjelio, demandó un patriarca puramente católico, y se enfervorizó tanto en sus protestas de amistad con el imperio Romano, que ya Justiniano se lisonjeó con la esperanza de acanalar el tráfico de la seda por la Abisinia, y de mover allá las fuerzas de la Arabia contra el rey de Persia. Nonoso, descendiente de una familia de embajadores, fué el nom-

brado por el emperador para el desempeño de este encargo importante (A. 533). Se desvió acertadamente del rumbo mas breve pero azaroso de los arenales desiertos de la Nubia; subió por el Nilo, atravesó el mar Rojo y aportó felizmente en Adulis. No median desde allí mas que cincuenta leguas, en línea recta, hasta la ciudad rejia de Axurne, pero las revueltas de la Serranía detuvieron quince dias al embajador, y al irse emboscando vió y reguló por mayor hasta cinco mil elefantes bravíos. La capital, segun su relacion, era crecida y populosa, y todavía descuella la aldea de Axurne por la coronacion de los reyes, por los escombros de un templo cristiano, y por diez y seis ó diez y siete obeliscos entallados con caractéres griegos (99). Pero el Negus (*q*) le dió audiencia en campo raso, entronizado en un carruaje altísimo, tirado por cuatro elefantes galanamente enjaezados, y cercado de sus nobles y sus músicos. Estaba vestido con un ropaje y gorro de lino, empuñando dos picas, y embrazando una adarga, y aunque en su desnudez mal disimulada, estaba ostentando el boato bárbaro de cadenas de oro, collares y brazaletes engarzados con perlas y piedras preciosas. Arrodillóse el embajador, alzóle el Negus y lo abrazó, besó el sello, leyó la carta, aceptó la alianza Romana, y blandiendo sus armas, pregonó guerra implacable contra los idólatras del fuego. Desentendióse no obstante de la propuesta del comercio de seda, y á pesar de las seguridades y quizá los anhelos de los Abisinios, todo aquel aparato de amenazas paró en anuncio. Repugnaba á los Homeritas el desamparar sus arboledas aromáticas para ir á escudriñar un desierto arenoso, y estrellarse tras un mundo de fatigas con una formidable nacion, que jamás los habia agraviado personalmente. En vez de dilatar sus conquistas, era el rey de Etiopía incapaz de resguardar sus posesiones; Abrahah (*r*), esclavo de un tratante Romano de Adulis, empuñó el cetro de los Homeritas, el regalo del clima relajó á las tropas del Africa, y Justiniano apeteció la amistad del usurpador, que honró con un leve tributo la soberanía de su príncipe. Tras larga serie de prosperidades, se desquició el poderío de Abrahah á los umbrales de la Meca; el conquistador Persa, despojó á sus hijos, y por fin los Etíopes quedaron arrojados del continente de Asia. Estas particularidades acerca de acontecimientos allá recónditos y lejanos, vienen á darse la mano con el menoscabo y vuelco del imperio Romano; si permaneciera una potencia cristiana en Arabia, estrellárase Mahometo en su cuna, y la Abisinia hubiera frustrado una revolucion que mudó el estado civil y relijioso del orbe (100) (*s*).

NOTAS

correspondientes al capítulo cuadrajésimosegundo.

(1) Es un recreo y no un trabajo el leer á Herodoto (l. VII, c. 104, 134, p. 550, 615). La conversacion de Jerjes y Damarato en Thermopylas es una de las escenas mas interesantes y morales en la historia. Era un tormento para el real espartano el ver, con angustia y remordimiento, la virtud de su pais.

(2) Véase esta orgullosa inscripcion en Plinio (Hist. Natur., VII, 27). Pocos hombres habian esperimentado tanto la gloria y la desgracia; ni podia Juvenal (Satir. X) presentar un ejemplo mas adecuado de las vicisitudes de la suerte, y de la vanidad de los deseos humanos.

(3) Γραικοὺς... ἐξ ὧν τὰ πρότερα οὐδένα ἐς Ἰταλίαν ἥκοντα εἶδον, ὅτι μὴ τραγῳδοὺς, καὶ ναύτας λωποδύτας. Este último epiteto de Procopio está demasiado noblemente traducido por piratas; la verdadera espresion es ladrones navales; destrozadores de prendas, bien para insultar ó injuriar (Demóstenes contra Conon. in Reiske Orator. Græc. tom. II, p. 1264).

(4) Véanse los libros tercero y cuarto de la Guerra Gótica: el escritor de las Anécdotas, no puede agravar estos abusos.

(5) Agatias, l. V, p, 157, 158. Atribuye esta debilidad del emperador y el imperio, á la edad avanzada de Justiniano, pero ¡ay de mí! nunca fué jóven.

(6) Esta policía perniciosa, que Procopio (Anecdot., c. 19) imputa al emperador, está revelada en su carta á un príncipe escita, que era capaz de entenderle. Ἄγαν προμηθῆ καὶ ἀγχινούστατον, dice Agatias (l. V, p. 170, 171).

(7) Gens Germana feritate ferocior, dice Veleyo Paterculo de los Lombardos (II, 106). Langobardos paucitas nobilitat. Plurimis ac valentissimis nationibus cincti, non per obseqium, sed præliis et periclitando, tuti sunt (Tacit. de Moribus German. c. 40). Véase tambien Estrabon (l. VII, p. 446). Los mejores jeógrafos los colocan mas allá del Elba, en el obispado de Magdeburgo y en el centro de la Marca de Brandeburgo; y su situacion se avendrá con observaciones patrióticas del conde de Hertzberg, que la mayor parte de los conquistadores bárbaros salieron

de los mismos paises que hoy en dia produce los ejércitos de Prusia (*).

(8) Pablo Warmefrido, llamado el Diácono, manifiesta el oríjen escandinavo de los Godos y Lombardos Cluverio (Jermania Antigua, l. III, c. 26, p. 102, etc.), natural de Prusia, le contradice, y Grocio (Prolegom. ad Hist. Goth., p. 28, etc.), embajador sueco, lo defiende.

(9) Dos hechos hay en la narracion de Pablo el Diácono (l. I, c. 20) que espresan las costumbres nacionales: 1. Dum *ad tabulam* luderet, mientras jugaba á las damas. 2. Camporum viridantia *lina*. El cultivo del lino supone propiedad, comercio, agricultura, y manufacturas.

(10) He echado mano de los pasajes de Procopio (Goth., l. II, c. 14 l. III, c. 33, 34, l. IV, c. 18, 25), sin tratar de avenir á Pablo el Diácono (de Gestis Longobard., l. I, c. 1-23. en Muratori, Script. Rerum. Italicarum, tom. I, p. 405-419) y Jornandes (de Success. Regnorum, p. 242). El lector curioso puede sacar algun provecho de Mascou (Hist. de los Jermanos, y Annotat., XXIII) y De Buat (Hist. des Peuples, etc. tom. IX, X, XI).

(11) He adoptado esta denominacion de Búlgaros, de Enodio (in Panegyr. Theodorici, Opp. Sirmond, tom. I, p. 1598, 1599), Jornandes (de Rebus Geticis, c. 5, p. 194 et de Regn. Successione, p. 242), Teofanes (p. 185) y las Crónicas de Casiodoro y Marcelino. El nombre de Hunos es demasiado vago; las tribus de los Cutturgurianos y Utturgurianos son demasiado minuciosas y rudas (**).

(*) Véase Malte-Brun, vol. I, p. 402.—M.

(**) Los Búlgaros son los primeros mencionados por los escritores del Occidente en el Panejírico de Teodorico por Enodio, obispo de Pavía. Aunque quizá tomaron parte en las conquistas de los Hunos, no se adelantaron hácia el Danubio, sino tras el desmembramiento de aquella monarquía á la muerte de Atila. Pero los escritores armenios mencionan mucho antes á los Búlgaros. Sobre 600 años antes de Cristo, una tribu de Búlgaros, arrojada de sus posesiones nativas, mas allá del Caspio, ocupó una parte de la Armenia, al norte del Axares. Eran de la raza fenicia: una parte de la nacion en el siglo quinto se adelantó hácia el Occidente, y llegó á la Bulgaria moderna; otra permaneció á orillas del Volga, llamado Eteb, Etib ó Atib, en todos los dialectos tártaros, pero segun los Búlgaros, el Volga. El poder de los Búlgaros de Oriente fué derribado por Batou, hijo de Tchingiz Khan; el de Occidente se presentará en el curso de la historia. De San Martin, vol. VII, p. 141. Malte-Brun al contrario supone que los Búlgaros tomaron su nombre del rio. Segun los historiadores bizantinos eran de una rama de los Ougres (Thunmann, Hist. of the People to the East of Europe), pero se semejan mas á los Turcos. Su primitivo pais, la Gran Bulgaria, fué destruida por las aguas del Volga. Cerca de Kasan aun se ven algunos restos de su capital. Luego se fijaron en Kuban, y finalmente en las orillas del Danubio, en donde sujetaron (sobre el año 500) los Eslavo-Servia-

(12) Procopio (Goth. l. IV, c. 19). Su mensaje verbal (confiesa que es un bárbaro sin conocimientos literarios) está arreglado en forma de epístola. El estilo es grotesco, figurado y orijinal.

(13) Esta suma es el resultado de una lista particular hallada en la librería de Milan, en un curioso manuscrito fragmento del año 550. La oscura jeografía de aquella época provoca y pone á prueba la paciencia del conde de Buat (tom. XI, p. 69-189). El ministro francés con frecuencia se pierde en tales laberintos, que requiere un guia sajon ó polaco.

(14) Panicum, *milium*. Véase Columela, l. II, c. 9, p. 430, edic. Gerner. Plin. Hist. Natur. XVIII, 24, 25. Los Sármatas hacian una papilla de mijo, mezclado con leche de yegua ó sangre. Hoy dia en el gobierno doméstico, el mijo sirve para alimentar á las aves, y no á los héroes. Véanse los diccionarios de Bomare y Miller.

(15) Sobre el nombre, nacion, situacion y costumbres de los Eslavones, véase el testimonio orijinal del siglo VI, en Procopio (Goth., l. II, c. 26, l. III, c. 14), y el emperador Mauricio (Stratagemat., l. II, c. 5, apud Mascou, Annotat. XXXI). Las Estrajemas de Mauricio no se han impreso, segun creo, mas que al fin de las Tacticas Arrianas en la edicion de Scheffer, en Upsal, 1664 (Fabric. Bibliot. Græc. l. IV, c. 8, tom. III, p. 278), obra para mí casi inaccesible.

(16) Antes eorum fortissimi..... Taysis qui rapidus et verticosus in Histri fluenta furens devolvitur (Jornandes, c. 5, p. 194, edic. Muratori. Procopio, Goth. l. III, c. 14 et de Edific. l. IV, c. 7). Con todo el mismo Procopio habla de los Godos y Hunos como vecinos, γειτονοῦντα, al Danubio (de Edific., l. IV, c. 1.)

(17) El título nacional de *Anticus*, en las leyes é inscripciones de Justiniano, fué adoptado por sus sucesores, y sincerado por el piadoso Ludevijio (in Vit. Justinian, p. 515). Habia puesto en gran confusion á los jurisconsultos de la edad media.

(18) Procopio, Goth., l. IV, c. 25.

(19) Procopio pone en relacion una correría de los Hunos, con un cometa, quizás el de 531 (Persic. l. II, c. 4). Agatias (l. V, 154, 155) toma de su predecesor algunos hechos.

(20) Procopio (Goth., l. III, c. 29, 38) refiere y abulta las cruel-

nos establecidos en el bajo Danubio. Sujetos á su vez al poder de los Avaros, recobraron su libertad en el año 635; entónces se agregaron á su imperio los Cutturgurianos, los restos de los Hunos establecidos en el Palus Mæotis. La Bulgaria Danubia, una fraccion de este vasto estado, fué por largo tiempo formidable al imperio bizantino. Malte-Brun, Préc. de Géog. Univ. vol. I, p. 419. —M.

dades de los Eslavones. Sobre su conducta moderada con los prisioneros, debemos acudir á un testimonio algo mas reciente, el del emperador Mauricio (Stratagem., l. II, c. 5).

(21) Topiro estaba situado cerca de Filipos en Tracia, ó Macedonia, á la parte opuesta de la isla de Tasos, á doce dias de Constantinopla (Celario, tom. I, p. 676, 840).

(22) Segun el malévolo testimonio de las Anécdotas (c. 18), estas incursiones habian reducido las provincias del sur del Danubio al estado de fiereza escita.

(a) Debe recordarse que el nombre de los Turcos se estiende á toda una familia de la raza asiática, y que no está ceñido á los Assenas ó Turcos del Altai.—M.

(b) Assena (el lobo) era el nombre de este jefe, Klaproth, Tabl. Histor. de l' Asie, p. 114.—M.

(23) Desde Caf á Caf; lo que una jeografía mas racional hubiera interpretado, desde el Imao, quizás, al Monte Atlas. Segun la filosofía religiosa de los Mahometanos, la basa del Monte Caf es una esmeralda, cuyo reflejo produce el azul del celaje. La montaña está dotada de una gran sensibilidad, en sus raices ó nervios; y su vibracion, á la voluntad de Dios, produce los terremotos (D' Herbelot, p. 230, 231),

(c) Altai, *i. e.* Altun Tagh, la Montaña de Oro. Von Hammer. Osman. Geschicehte, vol. I, p. 2.—M.

(24) El hierro de Siberia es el mejor y el que mas abunda en el mundo; y en la parte del sur hoy dia los Rusos están beneficiando sobre sesenta minas (Strahlenberg, Hist. de Siberia, p. 342-387. Viaje á Siberia por el Abate Chappe de Auteroche, p. 603-608, edic. en 12.°, Amsterdam, 1770). Los Turcos ofrecian hierro en venta; pero los embajadores romanos, se empeñaban en creer que era una burla, y que su pais no lo producia (Menandro in Excerpt. Leg. p. 152).

(25) De Irgana-kon (Abulghazi Khan, Hist. Généalogique des Tatars, P. II, c. 5, p. 71-77, c. 15, p. 155.) La tradicion de los Mogoles, que dice pasaron en las montañas 450 años, concuerda con los períodos chinos de la historia de los Hunos y Turcos (De Guignes. tom. I, part. II, p. 376), y las veinte jeneraciones, desde su restauracion hasta Linjis.

(d) El Mogol Temujin es tambien, aunque erróneamente esplicado por Bubruquis, un herrero. Schmidt, p. 376.—M.

(e) Aquí hay la misma confusion. Bertezena (Bertè, Scheno) es mirado como el fundador de la casta mogola. Su nombre significa lobo cano (blauliche). Verdaderamente, la misma tradicion del oríjen de un lobo parece comun entre Mogoles y Turcos. El mogol Bertè, Scheno, de la curiosa Historia Mogola, publicada y traducida por M. Schmidt de Pe-

tersburgo, está sacado de Tibet. M. Schmidt considera esta tradicion de la decadencia tibetana de la raza real de los Mogoles, como mucho anterior á su conversion al Lamaismo; con todo parece muy dudosa. Véase Klaproth, Tabl. de l' Asie, p. 159. El Turco Bertezena, Klaproth (p. 115); le llama Thoumen. En 552 Thoumen tomó el titulo de Kha-Khan, y se le llamó Il Khan.—M.

(f) La Gran Bucaria se le denomina Turkistan, véase Hammer, 2. Incluye todo el terreno al pié del Altay. El nombre es el mismo que el del Turan de Persia, leyenda poética.—M.

(26) El pais de los Turcos, hoy dia de los Calmucos, está perfectamente descrito en la historia de la Jenealojía, p. 521-562. Las curiosas notas del traductor francés, están aumentadas y correjidas en el segundo tomo de la version inglesa.

(27) Visdelou, p. 141, 151. El hecho, aunque pertenece esclusivamente á una tribu subordinada y sucesora, puede colocarse aquí.

(28) Procopio, Persic. l. I, c. 12, l. II, c. 3. Peyssonel (Observations sur les Peuples Barbares, p. 99-100) define la distancia entre Caffa y el antiguo Bósforo en diez y seis leguas tártaras.

(29) Véase, en una Memoria de M. de Boze (Mém. de l' Académie des Inscriptions, tom. VI, p. 549-565), los antiguos reyes y medallas del Bósforo Cimeriano; y la gratitud de Aténas, en la oracion de Demóstenes contra Leptines (en Reiske, Orator. Graæc. tom. I, p. 466, 467).

(30) Los pormenores chinescos sobre el oríjen y revoluciones del primer imperio turco, están tomados de De Guignes (Hist. des Huns, t. I, P. II, p. 367-462) y Visdelou (Supplément á la Bibliothéque Orient. D'Herbelot, p. 82-114). Los apuntes griegos y romanos están recopilados en Menandro (páj. 108-164) y Teofilacto Simocatta (lib. VII, c. 7, 8).

(g) Los Ogores ó Varquonitas, de Varrio (en relacion con el nombre Avar), no deben confundirse con los Uigures, los Turcos del Oriente (v. Hammer, Osmanische Geschichte, vol. I, p. 3), que tienen un idioma, muy parecido á los modernos dialectos turcos. Compárese Klaproth, pájina 121. Son los antecesores de los Turcos Usbeques. Estos Ogores de la misma ralea fenicia que los Hunos; y las 20.000 familias, que tras la invasion turca, huyeron hácia el Occidente, eran de la misma raza que aquellos que permanecieron al oriente del Volga, los verdaderos Avaros de Teofilacto.—M.

(31) El rio Til ó Tula, segun la jeografía de De Guignes (tom. I, p. II, p. LVIII y 352), es un pequeño y agradable riachuelo del desierto, que desagua en el Orhon, Selinga, etc. Véase Bell, Viaje de Petersburgo á Pekin (vol. II, p, 124); con todo, su descripcion del Keat, por el

cual desembocó en el Oby, representa el nombre y atributos del *rio negro* (p. 139) (*).

(32) Teofilacto, l. VII, c. 7, 8. Y aun sus *verdaderos* Avaros están invisibles á la vista de M. De Guignes; y ¿qué puede ser mas célebre que lo *falso*? El derecho del fujitivo Ogores á aquella denominacion nacional lo confiesan los mismos Turcos (Menandro, p. 108).

(33) Los Alanos se hallan aun en la Historia Jeneolójica de los Tártaros (p. 617), y en los mapas de D' Anville. Opusiéronse á la marcha de los jenerales de Zinpis en derredor del mar Caspio, y fueron derrotados en una gran batalla (Hist. de Jenjiscan, l. IV, c. 9, p. 447).

(34) Las embajadas y primeras conquistas de los Avaros se hallan en Menandro (Excerpt. Legat. p. 99, 100, 154, 155), Teófanes (p. 196), ls Historia Miscelania (l. XVI, p. 109), y Gregorio de Turs (l. IV, c. 23; 29 en los Historiadores de Francia, tom. II, p. 214, 217).

(35) Teófanes (Chron. p. 204), y la Hist. Miscelania (l. XVI, p. 110), segun lo entiende De Guignes (tom. I, part. II, p. 354), parece hablar de una embajada turca à Justiniano; pero la de Maniaco, en el año cuarto de su sucesor Justino, es verdaderamente la primera que llegó á Constantinopla (Menandro, p. 108).

(36) Los Rusos han hallado caractéres, toscos jeroglíficos, en el Irtio y Yenisea, en medallas, sepulcros, ídolos, peñascos, obeliscos, etc. Strahlenberg, Hist. de Siberia, p. 324, 346, 429). El Dr. Hyde (de Religione Veterum Persarum, p. 521, etc.) ha dado dos alfabetos de Tibet y de los Eigures. Hace tiempo que abrigo una aprension; que *toda* la ciencia escitia, y *parte*, quizá *mucha* de la India, está tomada de los Griegos de Bactriana (**).

(*) M. Klaproth (Tableaux Historiques de l' Asie, p. 274) supone que este rio seria un afluente oriental del Volga, el Kama, el cual, por el color de sus aguas, puede llamársele negro. M. Abel Remusat (Recherches sur les Langues Tartares, vol. I, p. 320) y M. S. Martin (vol. IX, p. 373) creen que sea el Volga al que todas las tribus turcas llaman Atel ó Etel. Menandro le denomina Atilas y el fraile Ruysbroek Etilia (1253). Véase Klaproth, Tabl. Hist., p. 247. Esta jeografía es mucho mas clara y sencilla que la adoptada por Gibbon de De Guignes y sujerida de Bell.—M.

(**) Los descubrimientos modernos no confirman esta sospecha. El carácter de la ciencia india, así como su literatura y mitolojía, indican un orijen particular. El arte griego puede haberse introducido casualmente en la India. Una ó dos esculturas, en la relacion de Col. Tod sobre los templos de Jain, si está correcta, presentan unos contornos mas delicados y mayor hermosura, de la que es propia á la India, en donde siempre predominaba lo monstruoso á lo sencillo y natural.—M.

(h) Este rito es tan curioso, que pongo aquí su descripcion: — Cuando estos (exorcizadores, los Shamans) se acercaron á Zemarco, cojieron nuestro equipaje y lo colocaron en el centro. Luego, encendieron fuego con ramas de incienso, murmuraron algunas palabras bárbaras en escitio, al son de una especie de campana (un gong) y un tambor, pasaron por encima del equipaje las ojas del incienso ardiendo, y al mismo tiempo volviéndose como frenéticos, empezaron á saltar acá y acullá, conjurando á los malos espíritus. Habiendo de este modo, segun creian, aventado toda desgracia, condujeron al mismo Zemarco á través del fuego. Menandro en la Hist. Bizant. por Niebuhr, p. 581. Compárense los Viajes de Carpini. Los príncipes de la raza de Zinjis Khan se avinieron á recibir á los embajadores del rey de Francia, á fines del siglo trece, sin pasar por este rito humillante. Véase Correspondencia, publicada por Abel Remusat, Nouv. Mém. de l' Académ. des Inscript., vol. VII. Sobre la embajada de Zemarco, compárese Klaproth, Tableaux de l' Asie, p. 116.—M.

(37) Todo el pormenor de estas embajadas turcas y romanas, tan interesantes en las historias de las costumbres humanas, están sacados de los estractos de Menandro (p. 106-110, 151-154, 161-164), en los que á menudo echamos menos la debida coordinacion.

(38) Véase D' Herbelot (Bibliot. Orient., p. 568, 929); Hyde (de Religione Vet. Persarum, c. 21, p. 290, 291); Pocock (Specimen Hist. Arab., p. 70, 71); Eutiquio (Annal., tom. II, p. 176); Texeira (in Stevens, Hist. de Persio, l. I, c. 34) (*)

(*) Mazdak era un Arquimago, que nació en Istakhar ó Persépolis, segun Mirkhond (traducida por De Sacy, p. 353 y Maleolm, vol. I, p. 104) y una historia inédita y anónima, el Modjmal-alte-warikh en la librería real de Paris, citada por S. Martin, vol. VII, p. 322, en Nischapur en el Corasan; el nombre de su padre era Bamdadan. Se anunció como el reformista del Zoroastrianismo, y estremó mucho la doctrina de los dos principios. Predicaba la completa indiferencia en las acciones humanas, la perfecta igualdad de clases, la comunidad de bienes y mujeres, los casamientos con los parientes mas cercanos: prohibia el alimento animal, proscribia el abuso de matar animales para servir de alimento, y obligaba á una dieta vejetal. Véase S. Martin, vol. VII, p. 322. Malcolm. vol. I, p. 104. Mirkhond traducido por De Sacy. Es bastante notable que la doctrina de Mazdak se estendiese por todo el Occidente. Dos inscripciones halladas en Cirene, en 1823, y esplicadas por M. Jenesio, y por M. Hamaker de Leyden, prueban claramente que sus doctrinas habian sido adoptadas con afan por los restos de los antiguos gnósticos; y Mazdak fué alistado con Tot, Saturno, Zoroastro, Pitágoras, Epicuro, Juan y Cristo, como el maestro de la verdadera sabiduría gnostica. Véase S. Martin, vol. VII, p. 338. Gesenius de Inscriptione Phœnicio-Græca in Cyrenaica nuper reperta, Halle, 1825. Hamaker, Carta á M. Raul Rochette, Leyden, 1825.—M.

(39) La celebridad de la nueva ley para la comunidad de las mujeres se estendió muy luego en Siria (Asseman. Bibliot. Orient., tom. III, p. 402) y Grecia (Procop. Persic., l. I, c. 5).

(40) Ofreció al profeta su mujer y su hermano; pero los ruegos de Nushirvan salvaron á su madre; y el monarca indignado, nunca perdonó la humillacion que su piedad filial le habia hecho sufrir: pedes tuos deosculatus (dice á Mazdak) cuyus fœtor adhuc nares occupat (Pocock, Specimen Hist. Arab., p. 71).

(*i*) Saint Martin niega esta adopcion; arguye contra su ninguna probabilidad: y supone que Procopio interpretando mal alguna tradicion popular, ó el recuerdo de alguna negociacion sin efecto que se entablase por aquella época, tomó, por un tratado de adopcion, alguno de resguardo ó proteccion con el fin de afianzar la corona, tras la muerte de Kobad, en su hijo predilecto Cosroes, vol. VIII, p. 32. Con todo los historiadores griegos están acordes en cuanto á la propuesta: los persas debe suponerse que guardan silencio sobre este punto.—M.

(41) Procopio, Persic. l. I, c. 11. ¿No era Proclo sabio en demasía? ¿No era el peligro imajinario?—La escusa, al menos, era injuriosa á una nacion que no desconocia la literatura; οὐ γράμμασιν οἱ βάρβαροι τοὺς παῖδας ποιοῦνται, ἀλλ' ὅπλων σκευῇ Dudo mucho que en Persia se usase ninguna forma de adopcion.

(42) Pagi (tom. II, p. 543, 626), segun Procopio y Agatias, probó que Cosroes Nushirvan ascendió al trono el año quinto de Justiniano (A. 531, abril 1.—A. 532, abril 1). Pero la verdadera cronolojía, que está en armonía con los Griegos y Orientales, la confirma Juan Malala (tom. II, 211). Cabades, ó Kobad, tras un reinado de cuarenta y tres años y dos meses, enfermó el 8 y murió el 13 de setiembre, A. 531, de edad de ochenta y dos años. Segun los anales de Eutiquio, Nushirvan reinó cuarenta y siete años y seis meses; y su muerte por consiguiente debe colocarse en marzo, A. 579.

(43) Procopio, Persic. l. I, c. 23. Bisson de Reng. Pers. p. 494. La puerta del palacio de Ispahan es, ó era, el sitio fatal de la desgracia ó la muerte (Chardin, Voyage en Perse, tom. IV, p. 312, 313).

(*j*) Esta es una espresion muy estraña. Nushirvan se valió de un estratajema parecido á la de Jehu, 2. Kings, X, 18-28, para separar el séquito de Mazduk del resto de sus súbditos, y con una parte de sus tropas los pasó á todos á cuchillo. Los escritores griegos concuerdan con el persa en esta relacion de la conducta *moderada* de Nushirvan. Teófanes, p. 146. Mirkhond, p. 362. Eutiquio, Ann. vol. II, p. 179. Abalfeda, en una parte inédita, consultada por S. Martin, así como en un pasaje citado anteriormente. Le Beau, vol. VIII, p. 38. Malcolm, vol. I, p. 109.—M.

(44) En Persia, el príncipe de las aguas es un empleado del gobierno. El número de pozos y canales subterráneos ha disminuido mucho, y con él la fertilidad del terreno: 400 pozos se agotaron últimamente en las cercanías de Tauris, y en la provincia del Khorasan se contaban 42.000 (Chardin, tom. III, p. 99, 100. Tavernier, tom. I, p. 416.)

(45) El carácter y gobierno de Nushirvan se halla representado á veces en las palabras de D' Herbelot (Bibliot. Orient., p. 680, etc. de Khondemiro), Eutiquio (Anal., tom. II, p. 179, 180—muy abundante), Abulfarajio (Dynast. VII, p. 94, 95.—muy pobre), Tarikh Schikard (p. 144-150), Texeira (en Steven, l. I, c. 35), Asseman (Bibliot. Orient, tom. III, p. 404-410), y el abate Fourmont (Hist. de l' Académie des Inscriptions, tom. VII, p. 325-334), quien tradujo un testamento espúreo ó jenuino de Nushirvan.

(46) Mil años antes de su nacimiento, los jueces de Persia habian dado una solemne opinion—τῷ βασιλέοντι Περσέων ἐξεῖναι ποιέειν τὸ ἂν βούληται (Herodot., l. III, c. 31, p. 210, edic. Wesseling). Esta máxima constitucional no se despreció como una teoría inútil y desnuda.

(47) Agatias (l. II, c. 66, 71) presenta muchos informes y fuertes preocupaciones sobre el estado literario de la Persia, las versiones griegas, los filósofos, los sofistas, y la sabiduría ó ignorancia de Cosroes.

(48) Asseman. Bibliot. Orient., tom. IV, p. DCCXLV, VI, VII.

(49) El Shah Nameh, ó Libro de los Reyes, es quizás el recuerdo orijinal de la historia que fué traducido en griego por el intérprete Serjio (Agatias, l. V, p. 141) conservado tras la cōnquista mahometana, y puesto en verso, en el año 994, por el poeta nacional Ferdousi. Véase D' Anquetil (Mém. de l' Académie, tom. XXXI, p. 379), y Sir Guillermo Jones (Hist. de Nadir Shah, p. 161).

(50) En el siglo quinto, era familiar entre los Armenios, el nombre de Restom, ó Rostam, héroe cuya fuerza equivalia á la de doce elefantes (Moses Chorenensis, Hist. Armen., l. II, c. 7, p. 96, edic. Whiston). A principios del séptimo fué aplaudido en Meca el romance persa de Rostam y Isfendiar (Sale's Koran, c. XXXI, p. 335). Con todo esta esposicion de ludicrum novæ historiæ no se halla en Maracci (Refutat. Alcoran, p. 544-548).

(51) Procop. (Goth., l. IV, c. 10). Kobad tenia por privado á un médico griego, Estévan de Edessa (Persic., l. II, c. 26). La costumbre era antigua; y Herodoto refiere las aventuras de Democedes de Crotona (l. III, c. 125-137).

(52) Véase Pagi, tom. II, p. 626. En uno de los tratados se insertó un honroso artículo sobre la tolerancia y entierro de los católicos (Menandro, en Excerpt. Legat., p. 142). Nushizad, hijo de Nushirvan, era cristiano, rebelde, y—¿mártir? (D' Herbelot, p. 681).

(53) Sobre el idioma persa, y sus tres dialectos, consultese D' Anquetil (p. 339-343) y Jones (p. 153-185): ἀγρίᾳ τινὶ γλώττῃ καὶ ἀμουσοτάτῃ, es el carácter que Agatias (l. II, p. 66) atribuye á un idioma célebre en el Oriente por su suavidad poética.

(54) Agatias especifica el Gorjias, Fedon, Parménides, y Timeo. Renaudot Fabricio, Bibliot. Græc., tom. XII, p. 246-261) no menciona esta version bárbara de Aristóteles.

(55) De estas fábulas he visto tres copias en diferentes idiomas: 1. En *griego*, traducidas del árabe por Simeon Seth (A. 1.100), y publicadas por Starck en Berlin en 1697, en 12.º 2. En *latin*, version del griego, Sapientia Indorum, inserta por el Padre Poussin al fin de su edicion de Paquimero (p. 547-620, edic. Roman). 3. En *francés*, del turco, dedicada, en 1540, al sultan Soliman. Cuentos y Fábulas de Bidpai y de Lokman, por M. Galland y Cardona; París, 1778, 3 vol. en 12.º M. Warton (History of English Poetrg, vol. I, p. 129-131) toma un término mas largo (*).

(56) Véase la Historia Shahiludii del Dr. Hyde (Syntagm. Disertat., tom. II, p. 61-69).

(57) La paz eterna (Procopio, Persic., l. I, c. 21) se firmó ó ratificó en el año VI, y III consulado, de Justiniano (A. 533 entre enero 1 y abril 1. Pagi, tom. II, p. 550). Marcelino, en su Crónica, los denomina Medos ó Persas.

(58) Procopio, Persic., l. I, c. 26.

(59) Almondar, rey de Hira, fué depuesto por Kobad, y repuesto por Nushirvan. Su madre, por su estraordinaria hermosura, se la llamó *Agua celestial*, cuyo sobrenombre que se hizo hereditario, y se estendió, por una causa mas noble (liberalidad en la escasez) á los príncipes árabes de Siria (Pocock, Specimen Hist. Arab., p. 69, 70).

(60) Procopio, Persic., l. II, c. 1. Ignoramos el oríjen de esta *strata* ó camino empedrado, de diez jornadas desde Auranitis á Babilonia (Véase una nota latina en el Map. Imp. Orient. de Delisle). Wesse ling y D' Anville guardan silencio.

(*) La coleccion india mas antigua que existe es el Pancha-tautra (las cinco colecciones) analizado por M. Wilson en las transacciones de la Real Sociedad Asiática. Fué traducida en persa por Barsuyá, el médico de Nushirvan, bajo el título de Fábulas de Bidpai (Vidyâpriya, el Amigo de la Sabiduría, ó segun lo entienden los escritores orientales, el Amigo de la Medicina). Fué traducido en árabe por Abdalla Inb Mokaffa, bajo el nombre de Kalila y Dimná. Del árabe se vertió en los idiomas europeos. Compárase Wilson, in Trans. As. Soc. I, 52. Bohlen, das alte Indien, II, p. 386. Silvestre de Sacy, Mém. sur Kalila va Dimnach.—M.

(61) He entretejido en un corto razonamiento, las dos oraciones de Arsacides de Armenia y de los embajadores góticos. Procopio, en su historia pública, cree, y nos hace creer, que Justiniano fué el verdadero autor de la guerra (Persic., l. II, c. 2, 3),

(62) La invasion de Siria, la ruina de Antíoco, etc. se hallan referidas por series regulares en Procopio (Persic., l. II, c. 5-14). Pocas luces pueden sacarse de los Orientales; con todo, D' Herbelot (p. 680) deberia avergonzarse, cuando los culpa porque consideran á Justiniano y Nushirvan contemporáneos. Sobre la jeografía del sitio de la guerra, D' Anville (el Eufrates y el Tígris) se estiende bastante y satisfactoriamente.

(k) En Procopio dice *Sura*. ¿Es una errata de Gibbon?—M.

(l) Juan Lido atribuye el fácil alcance de Antíoco al deterioro de las fortificaciones que no se habian recompuesto desde el terremoto, l. III, c. 54, p. 246.—M.

(m) Lido asegura, que se llevó consigo todas las estatuas, cuadros, y mármoles que adornaban la ciudad, l. III, c. 54, p. 246.—M.

(63) En la historia pública de Procopio (Persic., l. II, c. 16, 18, 19, 20, 21, 24, 25, 26, 27, 28); y con algunas ligeras escepciones, no debemos dar oidos al malévolo razonamiento de las Anécdotas (c. 2, 3 con las notas, segun costumbre, de Alemano).

(64) La guerra lázica, y las contiendas de Roma y Persia sobre el Fasis, están redactados de una manera cansada por Procopio (Persic., l. II, c. 15, 17, 28, 29, 30. Gothic., l. IV, c. 7-16) y Agatias (l. II, III, y IV, p. 55-132, 141).

(65) El *Periplo*, ó navegacion del mar Euxino, la describió Salustio en latin, y Arriano en griego: 1. La primera obra, que ya no existe, ha sido renovada por el *orijinal* M. de Brosses, primer presidente del parlamento de Dijon (Hist. de la République Romaine, tom. II, l. III, p. 199-298), quien se atreve á apropiarse el carácter de un historiador romano. Su descripcion del Euxino está injeniosamente formada de *todos* los fragmentos del orijinal, y de *todos* los griegos y latinos que Salustio pudo copiar, ó por quienes pudo ser copiado, y el mérito de la ejecucion basta para disculpar la estravagancia de la idea. 2. El Periplo de Arriano está dedicado al emperador Adriano (in Geograph. Minor. Hudson, tom. I), y contiene todo lo que vió el gobernador del Ponto desde Trebizonda á Dioscurias; todo lo que habia oido de Dioscurias al Danubio; y todo lo que alcanzaba desde el Danubio á Trebizonda.

(66) Además de los muchos apuntes de los poetas, historiadores, etc. de la antigüedad, podemos consultar las descripciones jeógraficas de Colcos, por Estrabon (l. XI, p. 760-765) y Plinio (Hist. Natur. VI, 5, 19, etc.).

(67) Citaré tres descripciones modernas de Mingrelia y los paises adyacentes. 1. La del padre Archangeli Lamberti (Relations de Thevenot, part. I, p. 31-52, con un mapa), que tiene toda la sabiduría y preocupaciones de un misionero. 2. La de Chardino (Voyages en Perse, tom. I, p. 54, 68-168): sus observaciones son juiciosas; y sus propias aventuras en el pais son aun mas instructivas que sus observaciones. 3. La de Peyssonel (Observation sur les Peuples Barbares, p. 49, 50, 51, 58, 62, 64, 65, 71, etc., y un tratado mas reciente, Sur le Commerce de la Mer Noire, tom. II, p. 4-53): residió mucho tiempo en Caffa, como cónsul de Francia; y su erudicion es de menos valor que su esperiencia.

(68) Plinio, Hist. Natur., l. XXXIII, 15. Las minas de oro y plata de Colcos atrajeron los Argonantas (Estrabon, l. I, p. 77). El eficaz Chardino no pudo hallar oro en minas, rios, ni en ninguna otra parte. Con todo, un Mingreliano perdió la mano y el pié por haber enseñado algunas muestras de oro nativo en Constantinopla.

(69) Herodot., l. II, c. 104, 105, p. 150, 151. Diodor. Sicul., l. I, p. 33, edic. Wesseling, Dionys. Perieget. 689, y Eustath. ad loc. Scholiast. ad Apollonium Argonaut., l. IV, 282-291.

(70) Montesquieu, Esprit des Lois, l. XXI, c. 6. L' Isthme. . . . . couvert de villes et nations qui ne sont plus.

(71) Bougainville, Mémoires de l' Académie des Inscriptions, tomo XXVI, p. 33, sobre el viaje africano de Hanon y el comercio de la antigüedad, y Campomanes.

(72) Un historiador griego, Timóstenes, afirmó, in eam CCC nations dissimilibus linguis descendere; y el modesto Plinio se contenta con añadir, et postea a nostris CXXX interpretibus negotia ibi gesta (VI, 5); pero las palabras nunc deserta, encubren una multitud de ficciones pasadas.

(73) Buffon (Hist. Natur., tom. III, p. 433-437) recoje los dictámenes unánimes de los naturalistas y viajeros. Si, en el tiempo de Herodoto, eran verdaderamente μελάγχροες y οὐλότριχες (y los habia observado con esmero), este hecho precioso es un ejemplo de la influencia del clima en una colonia estranjera.

(74) El embajador mingreliano llegó á Constantinopla con doscientas personas; pero las vendió una tras otra, hasta que su séquito quedó reducido á un secretario y dos criados (Tavernier, tom. I, p. 365). Un caballero mingreliano, para recobrar su querida, vendió á los Turcos doce sacerdotes y su mujer (Chardino, tom. I, p. 66).

(75) Estrabon, l. XI, p. 765. Lamberti, Relation de la Mingrelie. Debemos con todo evitar el estremo opuesto de Chardino, quien no concede mas que 20.000 habitantes para suplir una esportacion anual de

12.000 esclavos: desatino impropio de aquel juicioso viajero.

(76) Herodoto, l. III, c. 97. Véase en el l. VII, c. 79 sus armas y servicio, en la espedicion de Jerjes contra Grecia.

(77) Jenofonte, que encontró á los Colcos en su retirada (Anábasis, l. IV, p. 320, 343, 348, edic. Hutchinson; y la Disertacion de Foster, p. LIII-LVIII, en la version inglesa de Spelman, vol. II), los llama αὐτόνομοι. Antes de la conquista de Mitrídates, Apiano los denomina. ἔθνος ἀρειμανὲς (Bell. Mithridatico, c. 15, tom. I, p. 661, de la última y mejor edicion, por Juan Schweighœuser, Lípsiæ, 1785, 8 vols. octavo mayor.).

(78) La conquista de Colcos por Mitrídates y Pompeyo está señalada por Apiano (de Bell. Mithridat). y Plutarco (in Vit. Pomp).

(79) Podemos seguir el encumbramiento y decadencia de la familia de Polemo, en Estrabon (l. XI, p. 755, l. XII, p. 867), Dion Casio ó Jifilino (p. 588, 593, 601, 719, 754, 915, 946, edic. Reimar), Suetonio (in Neron. c. 18 in Vespasian, c. 8) Eutropio (VII, 14), Josefo (Antiq. Judaic., l. XX, c. 7, p. 970, edic. Havercamp), y Eusebio (Chron. con Escalijero, Animadvers., p. 196).

(80) En tiempo de Procopio no habia fuertes romanos en el Fasis. Pitio y Sebastópolis quedaron evacuadas al saberse la llegada de los Persas (Goth., l. IV, c. 4); pero la última fué luego devuelta por Justiniano (de Edific., l. IV, c. 7).

(81) En tiempo de Plinio, Arriano y Tolomeo, los Lazios eran una tribu particular, establecida en los confines al norte de Colcos (Celario, Geograph. Antiq., tom. II, p. 222). Bajo Justiniano, se estendieron, ó al menos reinaron, sobre todo el pais. En el dia han emigrado por lo largo de la costa hácia Trebizonda, y forman una colonia de toscos pescadores, con su dialecto particular (Chardino, p. 149. Peyssonel, p. 64).

(82) Juan Malala, Chron., tom, II, p. 134, 137. Teofanes, p. 144. Hist. Miscell., l. XV, p. 103. El hecho es auténtico; pero la fecha parece demasiado reciente. Hablando de su alianza persa, los Lazios contemporáneos de Justiniano emplean las voces mas anticuadas= ἐν γράμμασι μνήμεια, πρόγονοι, ¿ Pertenecerian á un enlace que no habia sido disuelto hace veinte años?

(83) El único vestijio que queda de Petra está en los escritos de Procopio y Agatias. La mayor parte de las ciudades y castillos de Lazica pueden hallarse, comparando sus nombres y posicion con el mapa de Mingrelia en Lamberti.

(84) Véanse las cartas jocosas de Pietro della Valle, el viajero romano (Viaggi, tom. II, 207, 209, 213, 215, 266, 286, 300, tom. III, p. 54, 127). En los años 1618, 1619 y 1620, conversó con Shah Ab-

bas, y apoyó eficazmente un proyecto que hubiera podido unir Persia y Europa contra Turquía, su enemigo comun.

(85) Véase Herodoto (l. I, c. 140, p. 69), quien habla con desconfianza, Larcher (tom. I, p. 399-401. Notas sobre Herodoto), Procopio (Persic., l. I, c. 11), y Agatias (l. II, p. 61, 62). Esta costumbre, en armonía con el Zendavesta (Hyde, de Relig. Pers c. 34, p. 414-421), da á conocer que el entierro de los reyes persas (Jenofonte, Cyropœd., l. VIII, p. 658), τί γὰρ τούτου μακαριώτερον τοῦ τῇ γῇ μιχθῆναι, es una ficcion griega, y que sus sepulcros no podian ser otra cosa que cenotáfios.

(*n*) Este parece ser el mismo pueblo llamado Suanios, p. 179.—M.

(86) El castigo de desollar vivo, no puede haberse introducido en Persia por Saper (Brinsson, de Regn. Pers., l. II, p. 578), ni haberse copiado del necio cuento de Marsyas el flautista frijio, y aun mas neciamente citado como un antecedente por Agatias (l. IV, p. 132, 133).

(*o*) Segun Agatias, la muerte de Gubazes precedió á la derrota de Nacoragan. Las pruebas se verificaron tras la batalla.—M.

(87) En el palacio de Constantinopla habia treinta silencieros, que se llamaban hastati ante fores cubiculi, τῆς σίγης ἐπίστατα, título honroso, que conferia los honores de senador, sin los cargos de su desempeño (Cod. Theod., l. VI, tit. 23. Gofredo, Coment., tom. II, p. 129).

(88) Sobre estas oraciones judiciales, Agatias (l. III, p. 81-89, l. IV, p. 108-119) llena diez y ocho ó veinte pájinas de falsa y florida retórica. Su ignorancia ó abandono pasa por alto el argumento mas fuerte contra el rey de Lazica—su sublevacion primera (*).

(89) Procopio manifiesta la costumbre de la corte gótica de Ravena (Goth. l. I, c. 7); y embajadores estranjeros han sido tratados con el mismo rigor en Turquía (Rusbequio, epíst. III, p. 149, 242, etc.), Rusia (Voyage d' Olearius), y China (Narracion de M. de Lange, en los Viajes de Bell, vol. II, p. 189-311).

(90) Las negociaciones y tratados entre Justiniano y Cosroes están estensamente esplicados por Procopio (Persic., l. II, c. 10, 13, 26, 27, 28. Gothic., l. II, c. 11, 15). Agatias (l. IV, p. 141, 142), y Menandro (in Excerpt. Legat., p. 132-147). Consúltese Barbeyrac, Hist. des Anciens Traités, tom. II, p. 154, 181-184, 193-200.

(91) D' Herbelot, Bibliot. Orient., p. 680, 681, 294, 295.

(92) Véase Buffon, Hist. Nat., tom. III, p. 449. Las facciones y

(*) Las Oraciones en el tercer libro de Agatias no son judiciales, ni presentadas ante el tribunal romano: es un debate deliberativo entre los Colquios sobre las ventajas de adherirse á la alianza romana ó la persa.—M.

tez arábiga, que se han conservado 3,400 años (Ludolf., Hist. et Comment. Æthiopic., l. I, c. 4) en la colonia de Abisinia, abonan el concepto, que así la raza como el clima, deben haber contribuido á formar los negros de las rejiones parecidas y adyacentes (*).

(93) Los misioneros portugueses Alvarez (Ramusio, tom. I, fol. 204, rect. 274, vers.), Bermudez (Peregrinaciones de Purchas, vol. II, l. V, c. 7, p. 1149-1188), Lobo (Relacion, etc. por M. le Grand, con XV Disertaciones, París, 1728), y Tellez (Relation de Thevenot, part. IV), no podian referir mas de la moderna Abisinia que lo que habian visto ó inventado. La erudicion de Ludolfo (Hist. Æthiopica, Francofurt, 1681. Comentario, 1691, Apéndice, 1694), en veinte y cinco idiomas, podia añadir muy poco, con respecto á su historia antigua. Con todo la fama de Caled, ó Elisteo, el conquistador del Yemen, está celebrada en cantares y leyendas nacionales.

(94) Las negociaciones de Justiniano con los Axumitas ó Etíopes, las recuerdan Procopio (Persic., l. I, c. 19, 20) y Juan Malala (tom II, p. 163-165, 193-196). El historiador de Antíoco cita una narracion orijinal del embajador Nonoso, de la que Focio (Bibliot. cod. III) conservó un estracto curioso.

(95) El comercio de los Axumitas con la costa de la India, Africa, y la isla de Ceylan, se halla estensamente especificado por Cosmas Indicopleustes (Topograph. Christian., l. II, p. 132, 138, 139, 140, l. XI, p. 338, 339).

(p) Aparece, segun la importante inscripcion descubierta por M. Salt en Axum, y de una ley de Constancio (16 enero de 356, inserta en el Código Teodosiano, l. 12, c. 12) que á mediados del siglo cuarto de nuestra era los príncipes de los Axumitas unieron á sus títulos los de rey de los Homeritas. Las conquistas que hicieron á los Árabes en el siglo sexto, no fueron mas que la restauracion de su antiguo órden de cosas, San Martin vol. VIII, p. 46.—M.

(96) Ludolfo, Hist. et Comment. Æthiop., l. II, c. 3.

(97) La ciudad de Negra, ó Nag'ran, en el Yemen, está rodeada de palmeras, y situada en el camino entre Saana, la capital, y Meca; la primera á diez jornadas, la segunda á veinte de una caravana de camellos. (Abulfeda, Description Arabiæ, p. 52).

(98) El martirio de San Aretas, príncipe de Negra, y sus trescientos y cuarenta compañeros (**), está adornado con las leyendas de Metafrastes

(*) M. Salt. (Viajes, vol. II, p. 458) los considera como distintos de los Árabes, en facciones, color, usos y costumbres."—M.

(**) Segun Johannsen (Hist. Yemanæ, Præf., p. 89), Dunaan (Dsu Nowas)

y Nicéforo Calisto, copiadas por Baronio (A. 522, N.º 22-66 A. 525, N.º 16-29), refutadas, con muy poca claridad, por Basnage (Hist. des Juifs, tom. XII, l. VIII, c. II, p. 333-348), quien investiga el estado de los Judíos en Arabia y Etiopia.

(99) Alvarez (en Ramusio, tom. I, fol. 219, vers. 221, vers.) vió el estado floreciente de Axume en el año 1520—luogo molto buono é grande. Fué destruido en aquel mismo siglo por la invasion turca. Hoy en dia no existen mas que unas cien casas; pero aun se conserva el recuerdo de su pasada grandeza por la coronacion rejia (Ludolfo, Hist. et Comment., l. II, c. 11) (*).

(q) Al Nego se le llama indistintamente Eles-baan, Elesboas, Ellisthœus, probablemente el mismo nombre, ó mas bien una denominacion. Véase S. Martin, vol. VIII, p. 49.—M.

(r) Segun las autoridades arábigas (Johannsen, Hist. Yemanæ, p. 94, Bonn. 1828) Abraha era un Abisinio, rival de Ariato, hermano del rey de Abisinia: sorprendió y asesinó á Ariato, y con sus amaños logró aplacar el resentimiento de Nadjash, el rey Abisinio. Abraha era cristiano; hizo construir una magnífica iglesia en Sana, y disuadió á sus súbditos de sus peregrinaciones acostumbradas á la Meca. La iglesia fué violada, se supuso por los Koreishitas, y Abraha empuñó las armas para vengarse en el templo de la Meca. Fué repelido por un milagro: su elefante no quiso seguir, y se arrodilló ante el sitio sagrado: Abraha huyó á Sana derrotado y herido mortalmente.—M.

(100) Las revoluciones del Yemen en el siglo sexto pueden tomarse de Procopio (Persic. l. I, c. 19, 20), Teofanes Bizant. (apud Phot. cod. LXII, p. 80), San Teofanes (in Chronograph., p. 144, 145, 188, 189 206, 207, quien está lleno de mentiras), Procock (Specimen Hist. Arab. p; 62, 65), D' Herbelot (Bibliot. Orientale, p. 12, 477), y Alcoran y Discurso preliminar de Sale (c. 105). La sublevacion de Abraha está mencionada en Procopio; y su vuelco aunque enmarañado con milagros, es un hecho histórico (**).

(s) La mayor parte de las autoridades arábigas deslindan un período de sesenta y siete años al reino abisinio en Homeritis.—M.

asesinó 20.000 Cristianos, y los arrojó á un pozo, en donde fueron quemados. En el Alcoran se les llama los compañeros del pozo (socii fovea).—M.

(*) Los Viajes de lord Valentia y M. Salt dan una estensa noticia de las ruinas ds Axun.—M.

(**) A los autores que han ilustrado la oscura historia de los reinos judío y abisinio en Homeritis, puede añadirse Schultens, Hist. Joctanidarum; Walch, Historia rerum in Homerite gestarum, en el vol 4.º de las Transacciones de Gottingen: Viajes de Salt, vol. II, p. 466, etc.; Silvestre de Sacy, vol. I, Acad. des Inscrip.; Jost, Geschichte der Israeliter; Johannsen, Hist. Yemanæ; S. Martin, notas á Le Beau, tomo VIII, p. 42.—M.

CAPITULO XLIII.

Rebeliones en Africa.—Restablecimiento del reino godo por Estoza. —Pérdida y recobro de Roma.—Conquista cabal de Italia por Narsés.—Esterminio de los Ostrogodos.—Derrota de los Francos y Alemanes.—Postrera victoria; desventura y muerte de Belisario. —Muerte y retrato de Justiniano.—Cometa, terremotos, peste.

La reseña de las naciones desde el Danubio al Nilo, ha ido poniendo de manifiesto la flaqueza de los Romanos, y nos asombra con razon el verlos aferrados en su ahinco de ensanchar un imperio, cuyos ámbitos antiguos no alcanzaban á resguardar. Pero las guerras, conquistas y triunfos de Justiniano se cifran en los conatos desvalidos y azarosos de la ancianidad, que embargan los restos de pujanza y atropellan el menoscabo del jugo vital. Engreíase con el logro esclarecido de reincorporar el Africa y la Italia con la república; pero las desventuras que se agolparon tras la partida de Belisario, estaban retratando el desvalimiento del vencedor, y completó el esterminio de aquellos paises malhadados.

Estaba esperando Justiniano que tantas adquisiciones cebasen hasta lo sumo su codicia, al par de su orgullo. Iba pisando las huellas de Belisario un sediento ministro de hacienda, y como los Vándalos habian quemado los padrones antiguos del tributo, volaban los cómputos en alas de su albedrío, abultando sin tasa sus recargos sobre la riqueza del Africa (1). Aquel aumento de impuestos que arrebataba allá un soberano remoto, y el reembargo jeneral del patrimonio ú fincas de la corona, aventaron luego el embeleso del alborozo público, mas el emperador siempre empedernido para los lamentos del pueblo, se desaletargó y sobresaltó por fin con los clamores del alboroto militar. Muchos de los soldados Romanos estaban ya casados con las viudas é hijas de los Vándalos. Reclamaban como propios, tanto por derecho de conquista como de herencia, los haberes que habia señalado Jenserico á sus tropas victoriosas. Desoyeron las reconvenciones tibias ó interesadas de los oficiales sobre haberlos Justiniano redimido con sus larguezas, de la cerrilidad ó servidumbre en que yacian; que se habian enriquecido con los despojos del Africa, esclavos, tesoros y alhajas de los bárbaros vencidos, y que el patrimonio antiguo y lejíti-

timo de los emperadores, debia aplicarse al sostenimiento de aquel gobierno en que tenia que estribar siempre su seguridad y su recompensa. Fomentaban la asonada hasta mil soldados, la mayor parte Hérulos, empapados en la doctrina, é incitados por el clero de la secta Arriana, y las ínfulas dispensadoras del fanatismo iban santificando á los rebeldes y perjuros. Estaban los Arrianos deplorando el esterminio de su iglesia, triunfadora en Africa por mas de un siglo, y se enconaban fundadamente con las leyes del vencedor que vedaban el bautismo de sus niños y el ejercicio de todo culto. En cuanto á los Vándalos entresacados por Belisario, la mayor parte con los timbres de su servicio en Oriente, habian trascordado su patria y relijion; pero un cuerpo gallardo de cuatrocientos precisó á los marineros, estando á la vista de la isla de Lesbos, á variar el rumbo; arribaron al Peloponeso, encallaron en una costa desierta del Africa, y tremolaron denodadamente en el monte Aurasio su bandera de independencia y rebeldía. Mientras las tropas de la provincia desatendian el mando de sus jefes, se fraguó en Cartago una conspiracion contra la vida de Solomon, que desempeñaba decorosamente el puesto de Belisario, y los Arrianos acordaron relijiosamente sacrificar su tirano al pié del altar en medio de los augustos misterios de la festividad de Pascua. Contuvo la zozobra ó el arrepentimiento los aceros de aquellos asesinos, pero el sufrimiento de Solomon enardeció su desabrimiento, y á los diez dias se disparó una asonada violentísima en el circo, que luego estuvo asolando el Africa por mas de diez años; la lobreguez, el sueño y la embriaguez suspendieron un tanto el saqueo de la ciudad y la matanza del vecindario; huyó el gobernador con siete compañeros, entre ellos el historiador Procopio, á Sicilia: dos tercios del ejército estaban contajiados en la alevosía, y ocho mil alborotados, juntándose en el campo de Biela, nombraron por caudillo á Estoza, soldado raso, pero dotado de todos los arranques de un rebelde; pues socolor de libertad su persuasiva sabia mover ó disparar los ímpetus de sus iguales. Colocóse al nivel de Belisario y del sobrino del emperador, arrojándose á arrostrarlos en campaña, y los jenerales victoriosos tuvieron que confesar que Estoza era acreedor á empeño mas honrado y mando mas lejítimo. Vencido en batalla se esmeró en los ardides de su negociacion, llegando á cohechar á un ejército Romano, y haciendo matar en una iglesia de Numidia á los caudillos que habian confiado en su promesa fementida. Apurados ya todos los arbitrios de violencia y alevosía, se engolfó Estoza con algunos Vándalos desesperados en los yermos de la Mauritania, logró la hija de un príncipe bárbaro y burló el alcance de sus enemigos, tendiendo la voz de su muerte. La preponderancia personal de Belisario, la jerarquía, el denuedo, y la índole de Jermano, sobrino del emperador, y el empuje y tino de Solomon el eunuco en su segundo mando, restablecieron el recato en los

reales, y conservaron por algun tiempo el sosiego en Africa. Pero alcanzaban los achaques de la corte Bizantina hasta aquella provincia lejana; se quejaban las tropas de falta de paga y de relevo, y luego que los trastornos públicos estuvieron en el disparador, revivió Estoza, armado y sobre las puertas de Cartago. Feneció en una pelea particular, pero se sonrió agonizando al saber que su venablo habia traspasado el corazon de su contrario. (*a*). El ejemplar de Estoza y el concepto de que el primer rey habia sido un soldado venturoso, incitó al ambicioso Gontaris, y prometiendo partir al Africa por los Moros con un tratado particular, aspiró á entronizarse en Cartago con aquel arrimo tan azaroso. Ascendió al cargo de Exarca el endeble Arcobindo, tan lego en la paz como en la guerra, por su enlace con una sobrina de Justiniano. Su guardia se alborotó repentinamente y sus plegarias rastreras, moviendo su menosprecio, no ablandaron al inexorable tirano. Artabano (*b*) en un banquete traspasó al mismo Gontáris á los treinta dias de reinado, y se hace muy reparable que un príncipe Armenio, de la familia real de Arsaces, viniese á restablecer en Cartago la autoridad del imperio Romano. En la conspiracion que desenvainó la daga de Bruto contra la vida de Cesar, todos los pormenores abultan y halagan á la posteridad, pero la atrocidad ó el merecimiento de aquellos asesinos leales ó rebeldes, solo podian interesar á los contemporáneos de Procopio, quienes por sus esperanzas ó zozobras, sus intimidades ó enconos, se comprometian personalmente en las revoluciones del Africa (2).

Iba aquel país reempozándose aceleradamente en la rematada barbarie de donde lo habian desemponzoñado las colonias Fenicias y las leyes Romanas, y todos los pasos de sus discordias internas se encaminaban á la preponderancia del bozal sobre el civilizado. Eran los Moros (3), aunque idiotas en punto á justicia, mal sufridos para toda opresion: su vida errante y sus malezas interminables, frustraban las armas y burlaban las cadenas de todo vencedor, y luego se estuvo palpando que ni juramentos ni obligaciones afianzaban su lealtad. Sojuzgólos como atónitos momentáneamente la victoria del monte Auras, y aunque acataban el pundonor de Solomon, menospreciaban la altanería odiosa y el gran boato de sus dos sobrinos Ciro y Serjio, á quienes el tio habia á ciegas encargado los gobiernos provinciales de Trípoli y de Pentápolis. Acampó una tribu Mora junto á los muros de Septis, para renovar su alianza y recibir del gobernador los agasajos acostumbrados. Admitiéronse amistosamente ochenta de sus diputados en la ciudad, mas con la sospecha allá confusa de conspiracion, murieron de mano airada en la mesa de Serjio; y al punto retumbó el eco de armas y venganza por los valles del monte Atlas, desde entrambas Sirtes hasta el Océano Atlántico. Acarreáronse los Romanos la enemistad de Antalas, con la muerte ó eje-

cucion injusta de su hermano. Descolló ya por valeroso en la derrota de los Vándalos; sus asomos de justicia y despejo se hacian reparables en un Moro, y al reducir á Adrumeto á cenizas, avisó allá sosegadamente al emperador, que cabia afianzar el sosiego de Africa con el relevo de Solomon y de sus malvados sobrinos. Salió el Exarca con sus tropas de Cartago, pero á las seis jornadas, junto á Tebeste (4), quedó atónito al ver el número superior y la traza gallarda de los bárbaros. Propuso un tratado, entabló una reconciliacion y se brindó á obligarse con los juramentos mas solemnes. «¿Con qué juramentos se ha de sujetar?» interrumpieron airados los Moros «¿Jurará por los Evanjelios, que son los libros divinos de los Cristianos? Sobre los mismos libros estuvo vinculada la fé de Serjio con ochenta de nuestros hermanos inocentes y desventurados. Antes que nos fiemos segunda vez, á ver hasta donde llega su eficacia con el castigo del perjurio y el desagravio de su propio pundonor. Desagraviόse en el campo de Tebeste su pundonor, con la muerte de Solomon y el esterminio de su ejército (*c*). Llegaron nuevas tropas con caudillos mas intelijentes, enfrenaron el descoco de los Moros, matándoles hasta diez y siete de sus príncipes en una misma batalla; rendimiento pasajero y mal seguro que se celebró encarecidamente en Constantinopla. Correrías sin número habian ido estrechando la provincia de Africa á un tercio de la Italia, pero los emperadores Romanos siguieron reinando mas de un siglo en Cartago y costa principal del Mediterráneo. Las victorias y los descalabros de Justiniano venian á ser igualmente azarosas para el linaje humano, y tal fué la asolacion del Africa, que por muchas partes vagaba el viandante dias enteros sin encararse con un amigo ó con un estraño. Habia fenecido la nacion Vándala, pues abrigó algun tiempo hasta ciento y sesenta mil guerreros, sin comprender niños, mujeres y esclavos. Infinitamente mas crecido fué el número de las familias Moras esterminadas en una guerra sañuda, y luego caia igual descalabro sobre los Romanos y sus aliados, que iban pereciendo por el clima, por sus reencuentros mútuos y el desenfreno de los bárbaros. Procopio al desembarcar se estaba pasmando de ver el vecindario de las ciudades y aldeas, afanado todo en el comercio y la labranza; y en menos de veinte años se trocó aquel hervidero en soledad yerta; los pudientes se salvaron en Sicilia y Constantinopla, y el historiador reservado afirma sin reparo, que en las guerras y el gobierno de Justiniano vinieron á fenecer hasta cinco millones de Africanos (5).

Estorbaron los zelos de la corte Bizantina á Belisario el acabalar la conquista de Italia, y su rauda partida rehizo el denuedo de los Godos (6), quienes acataban su númen, su pundonor y hasta el motivo recomendable que le habia estrechado á engañarlos y desecharlos. Habian perdido su rey (quebranto baladí), su capital y sus tesoros, las

provincias desde la Sicilia hasta los Alpes y la fuerza militar de doscientos mil bárbaros, colmadamente equipados en armas y caballos. Mas aun no se habia malogrado todo, puesto que se estaba defendiendo Pavía con mil Godos pundonorosos, enamorados de la libertad y de su antigua prepotencia. Brindóse unánimemente con el mando supremo al valeroso Uraxas, y solo para él podia la desventura de su tio Vitijes motivar su esclusion. Su voto encaminó la eleccion hácia Hildibaldo, cuyo desempeño llevaba el realce de esperanzar allá que su deudo Teudis, el monarca español, acudiria al interés jeneral de la nacion goda. Abonaba al parecer la eleccion su acierto en el mando por Liguria y Venecia, pero luego manifestó al orbe entero, cuan incapaz era de perdonar ni mandar á su bienhechor. Lastimaban á la consorte de Hildibaldo la hermosura, los haberes y el engreimiento de la esposa de Uraxas; y la muerte de aquel patricio virtuoso airó sobremanera á un pueblo libre. Un asesino denodado ejecutó la sentencia, arrancando la cabeza de Hildibaldo en medio de un banquete. Los Perujios, tribu advenediza, tomaron á su cargo la eleccion, y Totila (*d*) sobrino del último rey, fué inducido por venganza á entregarse él mismo y la guarnicion de Trevigo al poder de los Romanos. Pero el mancebo gallardo y cabal prefirió desengañado el trono Godo al servicio de Justiniano, y purificado ya el palacio de Pavía de la usurpacion Perujiana, revistó las fuerzas nacionales de cinco mil soldados, y emprendió arrojadamente el restablecimiento del reino de Italia.

Los sucesores de Belisario hasta once jenerales de igual jerarquía desatendieron el trance de estrellar á los Godos todavía endebles y mal avenidos, dando lugar á que los progresos de Totila y las reconvenciones de Justiniano, los pusiese en movimiento. Abriéronse sijilosamente las puertas de Verona á Artabano, capitaneando cien Persas al servicio del emperador. Huyen los Godos de la ciudad; páranse los jenerales Romanos á media legua para repartirse el despojo, y en medio de sus reyertas, echa de ver el enemigo la cortedad de los vencedores, quedan los Persas arrollados, y Artabano se salva brincando de una valla, para luego fenecer del lanzazo de un bárbaro que lo habia retado particularmente. Adelántanse contra las fuerzas de Totila veinte mil Romanos, junto á Yuenza, por los cerros de Mujelo en el territorio Florentino. El ímpetu de hombres libres que pelean por el recobro de su patria se abalanzá á las tropas asalariadas y desfallecidas, que hasta carecen del brio de la servidumbre disciplinada. Desamparan al primer avance sus banderas, arrojan las armas y se dispersan con tal velocidad, que minoran la pérdida al paso que rematan la afrenta del vencimiento. El rey Godo, sonrojado con la ruindad de sus enemigos, sigue aceleradamente el rumbo del pundonor y la victoria; atraviesa el Pó (*e*) tramonta el Apenino, suspende la conquista

importante de Ravena, Florencia y Roma, y se interna por el corazon de Italia, para entablar el sitio, ú mas bien bloqueo, de Nápoles. Los caudillos Romanos, emparedados en sus ciudades respectivas, y reconviniéndose mútuamente por el desdoro jeneral, no se arrestan á entorpecerle el intento. Mas el emperador sobresaltado con el peligro y el conflicto de sus conquistas italianas, envia una escuadra con un cuerpo de soldados Tracios y Armenios, al socorro de Nápoles. Aportan en Sicilia para acopiar abastos; pero las demoras del nuevo jefe, majistrado desaguerrido, fueron dilatando los padecimientos de los sitiados, y los auxilios llegados allá tardía y apocadamente van cayendo en poder de los bajeles armados, dispuestos por Totila en la bahía de Nápoles. El jefe de los Romanos, arrastrado con una soga al cuello al pié de la muralla, exhorta desde allí con voz trémula á los ciudadanos para que imploren como él mismo la conmiseracion del vencedor. Piden tregua, comprometiéndose á rendir la ciudad, si no acude socorro ejecutivo en el plazo de treinta dias. En vez de un *mes* el osado bárbaro les concede tres, confiado fundadamente en que el hambre ha de anticipar el término de la capitulacion. Rendidos Nápoles y Cuma, las provincias de Lucania, Apulia y Calabria se sujetan al rey Godo, quien acaudilla su ejército hasta los umbrales de Roma, sienta el real en Tibur, ó Tivoli, á siete leguas de la capital, y encarga sosegadamente al senado y al pueblo, que vayan cotejando la tiranía de los Griegos con las dichas del reinado Godo (A 541 — 544).

El logro tan ejecutivo de Totila, debe en parte atribuirse, al vuelco que tres años de esperiencia habian causado en el concepto de los Italianos. Por mandato, ó á lo menos en nombre de un emperador católico, habian arrebatado el papa (7) su padre espiritual, de la iglesia Romana para morir de hambre, ó de mano airada, en una isla yerma (8). Reemplazaban las virtudes de Belisario con los vicios uniformes ó variados de once caudillos en Roma, Ravena, Florencia, Perujia, Espoleto, etc. quienes se valian de la autoridad para su desenfreno lujurioso ú avariento. Las mejoras de las rentas se habian encargado á un escribiente caviloso, Alejandro, consumado en las estafas y tropelías de la escuela Bizantina, y cuyo apodo de *Saliction*, ó la tijera (9), por su maña peregrina para cercenar una moneda de oro sin desfigurarla. En vez de dar treguas para el restablecimiento de la paz y la industria, impuso un gran recargo sobre los haberes de los Italianos. Estremó mas la odiosidad procesando arbitrariamente á cuantos allá, en el reinado, godo habian manejado los caudales públicos. Los súbditos de Justiniano que se libertaban de aquellas vejaciones parciales, padecian el sumo quebranto del mantenimiento descomedido de la soldadesca que Alejandro altaneramente defraudaba, y con sus correrías atropelladas en busca de caudales y abastos incitaba á los

campesinos, para anhelar y ajenciar su rescate con el pundonor de algun bárbaro. Era Totila (10) recatado y parco, y ante todo incapaz de engañar á compañeros ni enemigos, en acojiéndose á su palabra ó su clemencia. Pregonó halagüeñamente por las campiñas de Italia, que siguiesen los labradores con sus afanes de labranza sin zozobra, pues con pagar los impuestos corrientes, los resguardaria con sus disposiciones de las demasías de la guerra. Iba atacando las fortalezas, y en habiéndolas rendido, arrasaba las fortificaciones, para libertar al vecindario de los quebrantos de todo sitio, privar á los Romanos de aquel resguardo, y tranzar la contienda angustiosa de las dos naciones, con una refriega en campo raso. Cebaba su cortesanía á los cautivos y desertores Romanos para alistarse en su servicio; atraia á los esclavos con la promesa formal y valedera de que nunca se les entregaria á sus dueños, y con los mil guerreros de Pavía, se fué avecindando un nuevo pueblo, apellidado godo, en los reales de Totila. Cumplia puntualísimamente los artículos de toda capitulacion, sin escudriñar cavilosamente ventajas con espresiones dudosas ó acontecimientos imprevistos; habia pactado la guarnicion de Nápoles que se la trasportase por mar; la tenacidad de los vientos contrarió el viaje, pero se les suministraron jenerosamente caballos, abastos y una salvaguardia hasta las puertas de Roma. Se devolvieron sin rescate á sus maridos las mujeres de los senadores, sobrecojidas por las quintas de la Campania: se castigaba inexorablemente con pena de muerte toda tropelía contra el recato mujeril, y en el reparto del alimento provechoso á los hambrientos napolitanos, el vencedor manifestó el esmero y miramiento de un médico discreto. Las prendas de Totila se hacen igualmente recomendables como parto de la política, de la relijion, ó de la humanidad; solia arengar á sus tropas tomando siempre por tema que la relajacion nacional corre parejas con el esterminio, que la victoria es alumna de las virtudes morales al par que de la pujanza militar, y que el príncipe y aun el pueblo son responsables de las demasías que dejan de castigar.

Amigos y enemigos se aunaron para activar el regreso de Belisario para salvar el país que habia conquistado, y se le impuso la guerra goda como un feudo, ó un destierro. Héroe en las orillas del Eufrates y esclavo en el palacio de Constantinopla, admitió con repugnancia el encargo penosísimo de sostener su propia nombradía, y enmendar los yerros de los sucesores. Patente estaba el mar para los Romanos: reuniéronse bajeles y tropa en Salona, junto al palacio de Diocleciano; refrescó y revistó sus soldados en Pola de Istria, fué costeando hasta el estremo el Adriático, aportó en Ravena, y espidió órdenes mas bien que auxilios á las ciudades súbditas. Encaminó su primera oracion pública á Godos y Romanos, en nombre del emperador, que suspendia los afanes de la guerra Persa por acudir á los ruegos de los Italianos. Apuntaba de paso las causales y los fraguado-

res de los nuevos quebrantos, esmerándose en orillar toda zozobra por lo pasado y toda confianza de impunidad para lo venidero; y echando el resto, con mas ahinco que acierto, por hermanar á todos los individuos del gobierno en concordia entrañable de afecto y obediencia. Apetecia Justiniano, su graciable dueño, indultar y premiar, é interesaba y le correspondia el ir convocando á los hermanos alucinados, que habian seguido á ciegas los artificios del conquistador. No asomó un desertor de las banderas del rey Godo, y Belisario echó luego de ver que se le habia enviado á presenciar la gloria de un mancebo bárbaro, pues su propia carta está brotando arranques pundonorosos y pinceladas vivísimas de las angustias de un pecho esclarecido. «Mi escelente príncipe, hemos aportado en Italia faltos de pertrechos, jente, caballos, armas y dinero. En nuestra última vuelta por las aldeas de Trácia y el Ilírico, hemos ido recojiendo con sumo afan, como cuatro mil reclutas, desnudos é inhábiles en el manejo de las armas y los ejercicios de un campamento. La tropa ya de asiento en la provincia, se queja, teme y desfallece; al eco del enemigo, abandona los caballos y arroja las armas. No cabe recaudar impuestos, por cuanto la Italia está en manos de los bárbaros, y con la carencia de medios, ni nos queda mando, ni aun mera suposicion de autoridad. Tened entendido, Señor, que la mayor parte de vuestra tropa ha desertado ya á los Godos. Si cupiese llevar á cabo la guerra con la mera presencia de Belisario, cumplidos quedan vuestros deseos, puesto que Belisario se halla ya en Italia. Pero si anhelais vencer, otros preparativos se requieren, pues sin fuerza militar el dictado de jeneral es un eco sin fundamento. Seria del caso devolverme mis propios veteranos y mi guardia personal. Antes de salir á campaña, necesito un refuerzo competente de cuerpos de línea y tropas lijeras, y solo con dinero cabe proporcionarse el auxilio indispensable de un grueso de caballería de los Hunos (11).» Envió de Ravena Belisario un oficial de su confianza para activar y traerle los auxilios, mas desatendióse el mensaje, y se detuvo al enviado en Constantinopla con un desposorio aventajado. Apurado ya todo el sufrimiento con demoras y desaires, repasó el jeneral Romano el Adriático y estuvo en Dirraquía esperando la llegada de la tropa que se iba juntando pausadamente, entre los súbditos y aliados del imperio. No alcanzaban sus fuerzas á libertar á Roma estrechamente sitiada por el rey Godo. Cubrian los bárbaros la carretera Apia por espacio de cuarenta jornadas, y como el tino de Belisario tenia que sortear una batalla, antepuso la navegacion segura y espedita, de cinco dias desde la costa del Epiro, hasta la desembocadura del Tiber.

Avasallados ya, á viva fuerza ó por convenio, los pueblos de menor entidad por el interior de Italia, pasó Totila no á asaltar, sino á cercar y desabastecer, la antigua capital. Acosaba Besas con su codicia y resguardaba con su valor á Roma; caudillo veterano y de oríjen godo, tenia que

abarcar, con una guarnicion de tres mil hombres, el ámbito anchuroso de las quebrantadas murallas. Estaba negociando aventajadamente con las escaseces del pueblo, y se complacia allá interiormente con la duracion del sitio. Los acopios redundaron en su utilidad propia: el desprendimiento del papa Vijilio habia recojido y embarcado un crecido abasto de trigo de Sicilia, pero los bajeles salvos de las manos de los bárbaros, caian en las mas rapaces del gobernador, que iba repartiendo su racion cercenada á la tropa y vendiendo lo restante á los Romanos mas pudientes. Costábales el medimno, ú media fanega de centeno, siete piezas de oro; se daban cincuenta por un buey, precio estraño y casual; creció el hambre y al mismo paso esta exorbitancia; y la soldadesca solia privarse de su cuota, que apenas alcanzaba á sostenerle la vida. Una mezcla desabrida y nociva, en que el afrecho era tres tantos de la harina, aplacaba el hambre de los menesterosos; tuvieron luego que alimentarse de caballos muertos, perros, gatos, y ratas, y aun que arrebañar la yerbecilla y las ortigas que crecian por los escombros de la ciudad. (A. 546. Mayo). Una turba de vestiglos descarnados, enfermizos y desesperados, cercaron el palacio del gobernador, clamando verdadera pero inserviblemente, que debia el dueño mantener á sus esclavos, y amonestándole rendidamente á que acudiese á su mantenimiento, les franquease el paso, ú les mandase matar inmediatamente. Replicó Besas con empedernido sosiego, que le era imposible alimentar, mal seguro el despedir, é ilegal el matar á los súbditos del emperador. Pero el ejemplo de un ciudadano pudo enseñar á los demás que no cabe á un tirano el apear del privilejio de quitarse la vida. Traspasado con los alaridos de cinco niños que clamaban en vano al padre por pan, les mandó seguir sus pasos, se adelantó con silenciosa y pacífica desesperacion á uno de los puentes del Tíber, y tapándose el rostro se arrojó de cabeza al rio, á presencia de su familia y del pueblo Romano. (Besas) (12) á los ricos y apocados vendia el permiso de su salida, pero los mas de los fujitivos fueron pereciendo por las carreteras, ó á manos de las partidas volantes de los bárbaros. Entretanto iba el mañoso gobernador halagando y esperanzando al vecindario, con voces vagas de armadas y tropas que acudian á su socorro, desde los estremos de Levante. Confortólos mas la seguridad de que habia Belisario *aportado*, y sin pararse á contar sus fuerzas, descansaban entrañablemente con la humanidad, el denuedo y la maestría de su esclarecido libertador.

Advertido de suyo Totila, fué atravesando tropiezos á tamaño antagonista. A legua y media debajo de la ciudad, en lo mas estrecho del cauce, lo atajó todo con una presa, levantando á sus estremos dos torres empinadas y guarnecidas por los Godos mas esforzados, y surtidos de arrojadizas y máquinas ofensivas. Ceñia la inmediacion de la torre y malecon una cadena recia de hierro, y esta tenia á sus estremos una porcion de

flecheros selectos. Pero el empeño de arrollar la valla y rescatar la capital, manifiesta un rasgo descollante del arrojo y maestría de Belisario. Adelántase la caballería desde el puerto por la carretera, para enfrenar los intentos y distraer la atencion del enemigo; repártense la infantería y los abastos en doscientos lanchones, cada uno parapetado con tablones, y sus aspilleras para el tiro de las arrojadizas. A vanguardia van dos bajeles grandiosos encadenados sosteniendo en medio un castillo nadante que señorea las torres de la presa, y encierra un repuesto de lumbre, betun y azufre. Guia en persona todo el aparato, movido á viva fuerza contra la corriente del rio. Estalla la cadena al empuje, y los enemigos que guardaban las orillas quedan muertos ó dispersos. Al llegar á la valla principal, se aferra el barco incendiario á la presa: queda abrasada una de las torres con doscientos Godos; cantan victoria los asaltadores, y Roma está en salvo si los oficiales de Belisario no frustran con gran torpeza, su sabiduría. Habia de antemano dispuesto que Besas acudiese á esforzar la empresa con una salida oportuna de la ciudad, y habia terminantemente colocado á su teniente Isaac al resguardo del puerto. Tiene inmóvil á Besas su codicia, mientras el denuedo juvenil de Isaac, lo pone en manos de un enemigo superior. Llega de improviso el eco de su derrota muy abultado á los oidos de Belisario: se para; prorumpe en aquel único trance de su vida, en arranques de estrañeza é indecision, y dispone á su despecho la retirada por salvar á su mujer Antonina, sus tesoros y el único fondeadero que poseia en Toscana. El quebranto de su ánimo le acarreó una calentura aguda y casi mortal, y Roma quedó desahuciada, á la compasion ó las iras de Totila. Enconóse la enemiga nacional con la continuacion de las hostilidades; arrojaron afrentosamente al clero arriano de Roma, al arcediano Pelajio sin éxito de una embajada al campamento godo, y á un obispo Siciliano, enviado ú nuncio del papa, le cortaron ambas manos, por propasarse á afirmar falsedades, á favor de la iglesia y del estado.

Habia el hambre relajado la disciplina y pujanza de la guarnicion de Roma. No cabia emplear en el servicio un vecindario moribundo, y la codicia inhumana de traficante desvió á Besas de los desvelos del gobierno. Cuatro centinelas Isaurios, mientras los compañeros dormian y los oficiales faltaban, se descolgaron con una cuerda de la muralla, y propusieron reservadamente al rey Godo la introduccion de su tropa en la ciudad. Mereció tibieza y desconfianza la propuesta; volvieron en salvo, y repitieron luego la visita; se escudriñó dos veces el paraje; se supo y se desatendió la conspiracion, y apenas accedió Totila al intento, franquearon la puerta Asinaria á los Godos. Se mantuvieron en batalla hasta el amanecer, recelosos de alevosía ó celada, pero ya Besas habia huido con su tropa, y al estrechar al rey para seguirles el alcance, contestó cuerdamente, que no habia vista mas halagüeña que la de un enemigo huyendo. Los patri-

cios que todavía conservaban caballos', Decio, Basilio, etc. acompañaron al gobernador; sus hermanos, entre ellos Olibrio, Orestes y Máximo, espresa el historiador que se retrajeron á la iglesia de San Pedro, pero la afirmativa de que solas quinientas personas permanecieron en la capital, infunde dudas acerca de su relacion, ó del testo. Al ostentar el alba la victoria completa de los Godos, visitó el monarca devotamente el túmulo del príncipe de los apóstoles, mas al estar orando ante el altar, veinte y cinco soldados y sesenta ciudadanos fueron degollados en el atrio del templo. Encarósele el arcediano Pelajio (15) con los evanjelios en la mano. «O señor, apiadaos de vuestro servidor.» — « Pelajio, » dijo Totila, con insultante risa, « ese orgullo se allana ahora á ser suplicante. » — « Soy suplicante,» replicó el advertido Arcediano, «Dios nos ha hecho vuestros súbditos, y como tales somos acreedores á vuestra clemencia. » Perdonáronse las vidas á los Romanos á sus rendidas plegarias, y se mantuvo intacto el recato de doncellas y matronas de todo ímpetu de los hambrientos soldados, pero se les galardonó con la libertad del saqueo, luego que los despojos mas preciosos se hubieron reservado para el real tesoro. Rebosaban las casas de los Senadores de oro y plata, y la codicia de Besas se afanó tan atroz y desvergonzadamente para beneficio del vencedor. Cupo en este vuelco á los hijos y niñas de cónsules Romanos el sumo desamparo que habian menospreciado ú socorrido, pues iban cubiertos de andrajos de puerta en puerta mendigando el pan, tal vez en balde, á los umbrales mismos de sus moradas hereditarias. Abocó Rusticiana hija de Símaco y viuda de Boecio, jenerosamente sus riquezas, al alivio del hambre, pero embraveció á los bárbaros la voz de que habia movido al pueblo para que derribase las estatuas del gran Teodosio, y ya iba á quedar sacrificada á su memoria la vida de aquella matrona venerable, á no acatar Totila su nacimiento, sus virtudes, y aun el motivo entrañable de su venganza. El dia siguiente pronunció dos oraciones, para dar el parabien y enfrenar á los Godos victoriosos, y afear al senado, como á ínfimos esclavos, su perjurio, devaneo é ingratitud; manifestándole ceñudamente, que los apeaba de honores y estados, agraciando debidamente á sus compañeros de armas. Indultólos por fin, y los senadores correspondieron á su clemencia, oficiando á sus vasallos ó arrendadores en las provincias de Italia para que desamparasen las banderas de los Griegos, siguiesen cultivando las haciendas pacíficamente, y aprendiesen de sus amos á cumplir con la debida obediencia al soberano Godo. Mostróse inexorable con la ciudad que tanto habia estado atajando la carrera de sus victorias: demolióse alternadamente un tercio de las murallas, se dispuso fuego y máquinas para volcar las obras mas grandiosas de la antigüedad, y quedó atónito el orbe, con el decreto aciago de que Roma habia de parar en dehesa para el ganado. La entereza comedida de una representacion de Belisario suspendió

aquella ejecucion, recomendando al bárbaro que no tiznase su nombradía con el esterminio de monumentos que eran el blason de los difuntos y el embeleso de los vivos; y el dictámen de un enemigo recabó de Totila la conservacion de Roma, como gala de su reino y la prenda mas aventajada para la paz y reconciliacion. Despues de manifestar á los enviados de Belisario su ánimo de conservar á Roma, colocó á dos ó tres leguas un ejército para atalayar los movimientos del jeneral enemigo. Marchó con las fuerzas restantes á la Lucania, y la Apulia, y se aposentó sobre una de las cumbres del monte Gárgano (14) uno de los campamentos de Aníbal (15). Tuvieron que irle siguiendo los senadores, para luego dejarlos encerrados por las fortalezas de Campania; los ciudadanos con mujeres y niños fueron allá repartidos por destierros, y por cuarenta dias quedó Roma en el desamparo de una soledad pavorosa (16).

Resarcióse luego la pérdida de Roma con un arrojo (A 547. Febrero) el cual segun el éxito, el concepto público graduará de temeridad ó de heroismo. Tras la partida de Totila, sale el jeneral Romano del puerto, capitaneando mil caballos, destroza á cuantos enemigos se le atraviesan, y se asoma, condolido y reverente al ámbito solitario de la *ciudad eterna*. Tremola su estandarte en el Capitolio, y resuelto á mantenerse á todo trance en aquella cumbre esclarecida, convoca sus mayores fuerzas; acude el vecindario, á impulsos de su cariño patrio y esperanzado de alimento; y se envian de nuevo las llaves de Roma á Justiniano. Restablécense las murallas demolidas con materiales toscos ó desemejantes; se despeja el foso; se derraman sin tasa aguijones de hierro (17) por las carreteras para lastimar á la caballería, y como no cabia el rehabilitar ejecutivamente las puertas, se atajan las entradas con un antemural espartano de pechos valerosos. Acude Totila atropelladamente, á los veinte y cinco dias, de la Apulia, ansiando su desagravio. Espérale Belisario; rechaza repetidamente á los Godos en tres asaltos jenerales; pierden la flor de su tropa; el estandarte real peligra de caer en manos del enemigo, y se desploma como se habia encumbrado la nombradía de Totila con el estrellon de sus armas. Descolló el jeneral Romano por cuanto cabe en el denuedo y la maestría, y solo faltaba que Justiniano, echando oportunamente el resto, redondease la empresa que su ambicion habia entablado. La flojedad ó el desvalimiento de un príncipe despreciador de sus enemigos y envidioso de sus mismos sirvientes, fué dilatando los quebrantos de Italia. Tras largo silencio, dispone que Belisario deje guarnicion competente en Roma, y pase á la provincia de Lucania, cuyos moradores á impulsos de su catolicismo, habian sacudido el yugo de sus vencedores Arrianos. En estos desairados vaivenes, aquel héroe, invicto contra el poderío de los bárbaros, quedó ruinmente vencido con las demoras, la desobediencia y la cobardía de sus propios oficiales. Descansaba en su invernadero de Crotona, muy

confiado en que los dos tránsitos de la serranía Lucania, quedaban resguardados con su caballería. Vencidos ambos por flojedad ó alevosía, la marcha ejecutiva de los Godos apenas dió tregua á Belisario para salvarse en la costa de Sicilia. Juntóse por fin armada y ejército, para el rescate de Rusciano ú Rosano (18), fortaleza á legua y media de las ruinas de Silanis, adonde se habian refujiado los nobles de Lucania. Una tormenta desbarató en el primer avance las tropas Romanas, y al acercarse luego á la playa, estuvieron mirando los cerros cuajados de flecheros, y el desembocadero defendido con una línea de picas, y allá el rey Godo desalado por batallar. Retiróse el conquistador de Italia suspirando, y siguió entorpecido y desairado, hasta que Antonina, enviada á Constantinopla para ajenciar auxilios, logró, muerta ya la emperatriz, el permiso para el regreso de su marido.

Podian las cinco últimas campañas de Belisario, desenconar un tanto la envidia de sus competidores, cuyos ojos tenia deslumbrados y mal heridos su primera gloria. En vez de libertar á la Italia de los Godos, habia tenido que ir vagando fujitivamente por la costa, sin osar internarse ni admitir el reto denodado y repetido de Totila. Mas en el concepto de los pocos deslindadores de disposiciones y acontecimientos, cotejando medios y resultados, descolló con mayor maestría, en el arte de la guerra, entonces que en el auje de su prosperidad, cuando presentó dos reyes cautivos ante el solio de Justiniano. No resfrió la edad el denuedo de Belisario; la esperiencia realzó su tino, mas su humanidad y su justicia asoman algun tanto quebrantadas con los embates violentos de la necesidad. La mezquindad ó escasez del emperador, le precisaron á desviarse de la norma que le habia merecido el cariño y la confianza de los Italianos. Se acudia á la guerra acosando á Ravena, Sicilia y todos los súbditos leales del imperio, y la persecucion estremada contra Herodiano, arrebató al oficial reo ú agraviado, á entregar Espoleto en manos del enemigo. La codicia de Antonina, amainando á temporadas con sus amores, habia quedado á solas reinante en su corazon. Conceptuaba el mismo Belisario, que las riquezas en un siglo estragado, eran el cimiento y la gala del mérito personal, y no cabe suponer que se propasase á mancillar su pundonor por el servicio público, sin rozarse en algun despojo para sí mismo. Sorteó el héroe el acero de los bárbaros, pero los puñales de la conspiracion estaban acechando su regreso (19). Rebosando de riquezas y honores, el azote de la tiranía Africana, se lamentaba de la ingratitud de las cortes. Aspiró á desposarse con Proyecta, sobrina del emperador, la que ansiaba galardonar á su enamorado; pero Teodora devota esforzó el estorbo de su primer enlace. Enardecian lisonjas el engreimiento de su alcurnia rejia, y los servicios de que blasonaba, lo estaban habilitando para hechos desalmados y sanguinarios. Se acordó la muerte de Justiniano, mas aplazaron los cons-

piradores su ejecucion, hasta que pudieran sobrecojer á Belisario desarmado y desnudo en el palacio de Constantinopla. Desahuciados de cohecharlo, temian fundadamente la venganza, ó mas bien justicia, del jeneral veterano, capaz de juntar arrebatadamente un ejército en Tracia, para castigar á los asesinos, y tal vez paladear el fruto de su delito. La demora les facilitó comunicaciones temerarias y confesiones decorosas; condenó el senado á Artabano, mas la suma blandura de Justiniano los dejó en el arresto desahogado del palacio, hasta que vino á indultarlos de tamaña tentativa, contra su trono y su vida. Perdonando el emperador á sus enemigos, tenia que abrazar entrañablemente á un amigo cuyas victorias sonaban únicamente, y que debió estrecharse mas y mas con el príncipe, por la circunstancia reciente de su peligro comun. Iba Belisario descansando de sus afanes, allá en la jerarquía encumbrada de jeneral del Oriente y conde de los domésticos, y los cónsules y patricios mas antiguos cedian acatadamente la preferencia al mérito sin par, del primero entre los Romanos (20). Allanábase mas y mas este primero entre los Romanos á ser esclavo de su mujer, pero aquella servidumbre habitual y afectuosa era ya menos desairada, desde que la muerte de Teodora habia orillado el ruin influjo de la zozobra. Juanina su hija y heredera única de sus haberes, estaba ya apalabrada con Anastasio, nieto, ú mas bien sobrino de la emperatriz (21), cuyo intermedio propicio dió pábulo al incremento juvenil. Mas falleció con Teodora su poderío, regresaron los padres de Juanina, y su honor y tal vez su dicha, todo vino á quedar sacrificado á la venganza de una madre empedernida, que frustró los desposorios comprometidos, antes de ratificarse con las ceremonias eclesiásticas (22).

Quedaba ya á la partida de Belisario sitiada Perusia, y pocas ciudades se hacian inespugnables para las armas godas. Resistian aun Ravena, Ancona y Crotona, y al pedir Totila el desposorio con una de las hijas de Francia, padeció la reconvencion amarga de que el rey de Italia no era acreedor á su dictado, mientras no lo reconociese el pueblo Romano. Habian quedado, para la defensa de la capital, tres mil soldados sobresalientes, y maliciando monopolios degollaron, al gobernador, y participaron á Justiniano con una diputacion del clero, que no indultándoles su demasía y satisfaciéndoles sus atrasos, se abalanzarian á las ofertas ventajosas que les estaba haciendo Totila. Mas el oficial que tomó aquel mando (era Diójenes su nombre) merecia su aprecio y confianza, y los Godos en vez de lograr una conquista obvia, tropezaron con una resistencia porfiada de la tropa y el vecindario, quienes resignadamente aguantaban la carencia del puerto, y de todo suministro marítimo. Levantáran quizás el sitio de Roma, si las larguezas de Totila con los Isaurios, no cebara á algunos de sus paisanos para repetir sus alevosías. En la lobreguez de la noche, mientras el clarin godo resonaba por otra parte, abren sijilosamente la puerta de San

Pablo; dispáranse los bárbaros á la ciudad, y atajan la guarnicion fujitiva antes de cojer la bahía de Centumcella. Un alumno de Belisario, Pablo de Cilicia, se retiró con cuatrocientos hombres á la mole de Adriano; pero rechazando los Godos, acosados del hambre y repugnándoles la carne de caballo, se arrojaron al trance de una salida desesperada y decisiva. Amainó luego su teson algun tanto, y capitularon honoríficamente, pues se les abonaron sus atrasos y conservaron sus armas y caballos, alistándose al servicio de Totila. Se franqueó á los caudillos que alegaron su apego pundonoroso á las mujeres y niños que tenian en el Oriente, retirada decorosa; y la clemencia del vencedor salvó á cuatrocientos enemigos retraidos á los santuarios. No trató ya de arrasar los edificios de Roma (23) respetándolos ahora como solar del reino godo: devolvióse al senado y vecindario su patria: acudió eficazmente Totila á los abastos, y dió, con vestimenta pacífica, juegos ecuestres en el circo. Mientras estaba entreteniendo el jentío, disponia cuatrocientos bajeles para el embarque de sus tropas, que redujeron á Rejio y á Tarento; pasó luego á Sicilia; objeto de su encono implacable, y quedó la isla despojada de oro, plata y frutos de la tierra, con un sin número de caballos, y ganado lanar y vacuno. Siguieron Cerdeña y Córcega la suerte de Italia, y una armada de trescientas galeras fué infestando las costas de Grecia (24). Desembarcaron Godos en Corcira y en el antiguo Epiro; se internaron hasta Nicópolis, el trofeo de Aguria y Dodona (25), allá tan célebre por los oráculos de Júpiter. El atinado bárbaro, á cada paso victorioso, iba repitiendo á Justiniano su anhelo de paz, encarecia la concordia de sus antepasados, y brindaba con las armas godas para el servicio del imperio.

Sordo Justiniano á la propuesta de paz, desatendia las urjencias de la guerra, y la flojedad de su índole desairaba, hasta cierto punto, el ahinco de sus empeños. Desaletargaron al emperador de su embeleso el papa Vijilio y el patricio Cetego, que se presentó ante su solio, y le amonestó en nombre de Dios y del pueblo, que insistiese en la conquista y rescate de Italia. Alternaron el antojo y la sensatez en el nombramiento de jenerales. Dió la vela una armada en socorro de la Sicilia, al mando de Liberio (A 543.—551), pero luego se recapacitó su poca edad (*f*) y ninguna esperiencia, y antes de aportar en la isla le alcanzó el relevo. Apareció en su lugar aquel Artabano, el conspirador desaprisionado de su encierro para ostentar honores militares, dando graciablemente por supuesto, que el agradecimiento le enardeceria el denuedo, y robusteceria el vasallaje. Ociaba Belisario á la sombra de sus laureles, pero el mando del ejército principal se reservaba para Jermano (26), el sobrino del emperador, cuya jerarquía y merecimientos se habian estado ajando por zelos palaciegos. Habíale agraviado Teodora en los derechos de mero ciudadano, en los desposorios de sus hijos y en el testamento de su hermano,

y por mas pura é irreprensible que fuese su conducta, lastimaba á Justiniano el que se le conceptuase acreedor á la confianza de los mal contentos. Era la vida de Jermano un espejo de rendida obediencia; se desentendió dignísimamente de todo empeño en las lides del circo; su naturalidad placentèra amenizaba la formalidad de sus modales, y franqueaba su caudal sin asomo de interés al menesteroso y al amigo. Su denuedo habia ya triunfado de los Eslavones en el Danubio y de los rebeldes en Africa; al primer eco de su nombramiento esperanzó gozosamente la Italia, y se le aseguró particularmente, que á su nuevo asomo, un sin número de desertores Romanos desampararian las banderas de Totila. Recomendaba á Jermano para con los mismos Godos su segundo enlace con Malasunta, nieta de Teodorico, marchando con repugnancia contra el padre de un vástago real y postrero de la alcurnia de los Amalis (27). Asignóle el emperador un situado esplendoroso, y él abocó al intento sus haberes; eran sus dos hijos eficaces y populares, y sobrepujó en la prontitud y arreglo de sus reclutas la espectacion pública. Se le facilitó entresacar algunos escuadrones de caballería Tracia: alistábanse voluntariamente veteranos y bisoños en Constantinopla y por Europa, y aun hasta en el corazon de la Jermania, el eco de sus larguezas le acarreó el ausilio de los bárbaros (*g*). Adelantáronse los Romanos hasta Sárdica, y ahuyentaron una hueste de Eslavones; pero á los dos dias de estar todos en marcha, fenecen con el fallecimiento de Jermano todos sus intentos. Mas el empuje que habia dado al aparato de la guerra de Italia, siguió con su pujanza y resultado. Contrastaron los pueblos marítimos de Ancona, Crotona y Centumela los asaltos de Totila. La eficacia de Artabano allanó la Sicilia, y derrotó la armada goda sobre la costa del Adriático. Venian á ser iguales las fuerzas de cuarenta y siete galeras contra cincuenta; pero la maestría de los Griegos tranzó la victoria, enganchándose con tal estrechez que tan solas doce naves godas se salvaron de la azarosa refriega. Aparentaron menospreciar un elemento que desconocian; pero aquel desengaño corroboró la sentencia de que el dueño del mar lo ha de venir á ser de la tierra (28).

Con el malogro de Jermano, asomó la sonrisa por los labios de todos, al noticiarles que se habia encargado á un eunuco el mando de los ejércitos Romanos; pero descuella Narsés (29) entre los poquísimos que han libertado tan odioso nombre del menosprecio y enfado de las jentes, pues aquel cuerpecillo menguado y endeble atesoraba el alma de todo un guerrero y estadista. El manejo del torno y la rueca habian embargado su mocedad, como mujerilmente casera y oficiosa; pero mientras sus manos se atareaban en los realces del lujo, se dedicaba á solas á robustecer sus despejadas potencias. Ajeno de enseñanza pacífica y guerrera, se esmeró palaciegamente en el disimulo, la lisonja y la persua-

siva; y desde que se apersonó con el emperador, se granjeó su afecto y su pasmo, con los consejos varoniles que brotaban del labio de su camarero y mayordomo particular (50). Ejercitó y realzó Narsés su desempeño en repetidas embajadas; acaudilló una hueste en Italia, se amaestró en la guerra y en la topografía, y allá se encumbró á competir con la sobresalencia de Belisario; y á los doce años de su regreso, se le nombró para redondear la conquista descabalada del primer jeneral Romano. En vez de adolecer de vanagloria y de envidia, manifestó sin rebozo que á no entregarle fuerzas competentes, jamás se avendria á arriesgar su propio concepto y el de su soberano. Otorgó Justiniano á su valido lo que tal vez negara al héroe; revivió la guerra goda de su rescoldo, y sus preparativos correspondieron á la majestad antigua del imperio. Pusiéronle en la mano las llaves del erario, para acopios, reclutas, armas y caballos; para satisfacer atrasos de paga, y cohechar fujitivos y desertores. Seguia reunida la tropa de Jermano, y se detuvo esperando al nuevo caudillo, mientras la liberalidad notoria del eunuco Narsés, iba planteando nuevas lejiones de súbditos y aliados. El rey de los Lombardos (51) cumplió y aun sobrepujó los pactos de un tratado, franqueando hasta dos mil y doscientos guerreros sobresalientes, acompañados luego con tres mil de sus gallardos secuaces. Peleaban tres mil Hérulos á caballo bajo Telemuz, su caudillo patricio, y el esclarecido Arato, imbuido en la disciplina y costumbres de Roma, acaudillaba un cuerpo de veteranos de la misma nacion. Desencarcelaron á Dajisteo para mandar á los Hunos, y Kobad, nieto y sobrino del gran rey, allá descollaba con la tiara rejia, capitaneando á sus fieles Persas, comprometidos en la suerte de su príncipe (52). Arbitro en el ejercicio de su autoridad, y mas con el cariño de su tropa, acaudilló Narsés un ejército crecido y lozano de Filipópolis á Salona, y luego siguió por la playa oriental del Adriático hasta el confin de Italia. Tuvo que hacer alto, pues no alcanzaba el oriente á suministrarle trasportes para tal muchedumbre de hombres y caballos. Los Francos, que en la revuelta jeneral habian usurpado grandísima parte de la provincia Veneciana, atajaban el paso á unos amigos de los Lombardos; estaba aposentado Teyas en Verona, con la flor de las tropas godas, y su tino habia ido cubriendo de bosques y anegando todo el país inmediato (53). En tantísimo atolladero, propuso un oficial esperto una disposicion acertada con visos de temeridad, y el ejército Romano fué cautamente siguiendo la playa, mientras le antecedia la escuadra, para ir succesivamente planteando puentes á las desembocaduras de los rios Timavo, Brenta, Adije y Pó que desagua en el Adriático al norte de Ravena; descansó allí nueve dias, fué agolpando los trozos del ejército de Italia, y se encaminó á Rimini, para corresponder al reto, del enemigo insultante.

Era cordura en Narsés, la dilijencia en trabar una refriega terminante, pues habia el imperio echado el resto: el desembolso diario acrecia el costo con exorbitancia, y las naciones bisoñas en la disciplina y el trabajo, pudieran parar luego en batallar entre sí, ó contra su mismo bienhechor. Este concepto tan obvio debia enfrenar los ímpetus de Totila, mas estaba hecho cargo de que el clero y el pueblo de Italia trataban de segundo vuelco; advertia ó maliciaba los medros de aquella alevosía, y acordó aventurar el reino godo en el trance de una jornada, en que el valeroso se esforzase con la inminencia del peligro, y el desafecto careciese de noticias trastornadoras. El jeneral Romano, en su marcha desde Ravena, castigó á la guarnicion de Rimini, atravesó en línea recta los cerros de Urbino, y recobró el rumbo de la carretera Flaminia, tres leguas desviado del peñon horadado, atajadizo del arte y la naturaleza, que podia detener ó atrasar sus adelantos (54) (A. 552, Jul.). Juntáronse los Godos en las cercanías de Roma, arrebatándose en busca de un enemigo superior, y ambos ejércitos vinieron á encararse á distancia de dos leguas, entre Tajena (55) y los sepulcros de los Godos (56). El mensaje altanero de Narsés fué un brindis, no de paz sino de indulto. Contestó el rey Godo que trataba tan solo de vencer ó morir «¿Qué dia» esclamó el mensajero» ha de ser la refriega?»—«A los ocho dias» replicó Totila, y á la madrugada intentó sorprender á un enemigo receloso y escuadronado. Puso al centro diez mil Herulos y Lombardos descollantes en valor y dudosos en lealtad. Componianse cada ala de ocho mil Romanos; resguardaba la derecha la caballería Huna, y cubrian la izquierda mil y quinientos caballos selectos y dispuestos, segun la urjencia, para acudir á los compañeros, ó flanquear á los enemigos. Acaudillaba el eunuco, desde su punto competente, el ala derecha, y recorriendo la línea flechaba con su voz y su ademan la seguridad de su victoria; estimulaba á los soldados del emperador para castigar la demasía y el desvarío de una gavilla de salteadores, y ostentándoles cadenas, collares y brazaletes de oro, como galardones de la valentía. Medió el agüero propicio de una lid particular, viendo el arrojo de cincuenta flecheros que sostuvieron un cerrillo contra tres embestidas redobladas de la caballería goda. Pasaron los ejércitos á tiro de ballesta toda la mañana en detencion pavorosa, y los Romanos tomaron alguna refaccion precisa, sin desceñirse las corazas, ni desembridar los caballos. Esperó Narsés el avance y Totila lo fué dilatando hasta recibir el postrer auxilio de dos mil Godos. Mientras desperdiciaba el rato en hablas infructuosas, manifestó el rey en corto trecho su pujanza y desembarazo de guerrero. Centelleaba el oro en su armadura; tremolaba el viento su pendon de púrpura, arrojó la lanza al aire, la empuñó con la diestra, la pasó á la izquierda, cejó, volvió á su sitio y jineteó con maestría, como en un picador. Llegado

el refuerzo se retiró á su tienda, se armó y vistió como un soldado raso, y alzó la señal del avance. Arrojóse la primera línea con mas ímpetu que tino, pues rezagó la segunda línea de infantería. Quedaron luego encajonadas entre las puntas de la media luna que el enemigo habia ido arqueando, y les saludó por ambas partes la descarga de cuatro mil flecheros. Su denuedo y aun su conflicto los entrometió mas y mas en una refriega estrecha y desigual, en que tan solo acertaban á valerse de las lanzas contra un enemigo ambidestro, en todos los trances y jéneros de armas. Ardian en competencia gallarda Romanos y bárbaros sus aliados, y Narsés que estaba sosegadamente mirando y dirijiendo su denuedo, no acertaba á deslindar el mas sobresaliente. Quedó la caballería goda pasmada, descompuesta, volcada y rota, y luego la infantería, en vez de apuntar sus picas á abrir claros, se dejó atropellar por los jinetes fujitivos. Seis mil Godos yacieron muertos sin conmiseracion en el campo de Tanjena. Apresó al príncipe con cinco acompañantes, 'Asbad, de la alcurnia de los Jépidas, « alto con el rey de Italia » (*i*) clamó un labio leal, y Asbad traspasó con su lanza el cuerpo de Totila. Vengaron al golpe su muerte los fieles Godos; arrebataron al monarca moribundo á dos leguas del fracaso, y la presencia del enemigo no acibaró su postrer aliento. Lo resguardó la compasion en un túmulo arrinconado, mas los Romanos acérrimos no se dieron por satisfechos de su victoria, hasta ver el cadáver del rey Godo, cuyo sombrero, tachonado de perlas y manto sangriento, presentó luego á Justiniano el mensajero del triunfo (57).

Luego que Narsés tributó su hacimiento de gracias al autor de la victoria, y á la bienaventurada Vírjen su patrona especialísima (58), elojió, galardonó, y despidió á los Lombardos. Aquellos bozales valerosos incendiaban las aldeas, y atropellaban matronas y doncellas, sobre los altares; y un destacamento crecido fué acechando desveladamente su retirada, para que con su arreglo precaviese tamaños excesos. Continuó su marcha el eunuco victorioso por la Toscana, fué admitiendo rendimientos de Godos, y oyendo aclamaciones y lamentos de los Italianos, y luego cercó el recinto de Roma con toda su hueste formidable. Fué Narsés apropiándose á sí mismo y á sus tenientes, asaltos efectivos ú aparentes, mientras allá reservadamente estaba señalando el paraje obvio de una entrada desprevenida. Ni las fortificaciones de la mole Adriana, ni las del puerto, podian ya atajar al vencedor, y Justiniano vino á recibir por *quinta* vez las llaves de Roma (59). Pero el rescate de la ciudad fué la desventura mas rematada del pueblo Romano, pues los bárbaros aliados de Narsés, solian equivocar los fueros de la paz y de la guerra: la desesperacion de los Godos fujitivos, hallaba asomos de consuelo en venganzas sangrientas, y el sucesor de Totila, mató desapiadadamente á trescientos mancebos de las primeras familias; enviados en rehenes allende el Pó. La suerte

del senado suministra un documento grandioso de los vaivenes de la humanidad. Habia un oficial de Belisario, rescatado y trasladado de Campania á Sicilia, algunos senadores desterrados de su patria por Totila, al paso que otros por culpados desconfiaban de la clemencia de Justiniano, y algunos carecian de caballos y de medios para acudir á la playa. Cinco años estuvieron penando sus compañeros en el desamparo de su destierro; esperanzólos la victoria de Narsés, pero los Godos enfurecidos atajaron su regreso anticipado á la capital, y todas las fortalezas de Campania quedaron salpicadas de sangre patricia (40). Fenecció la planta de Rómulo á los trece siglos, y por mas que los nobles de Roma ostentasen el dictado de senadores, no hay quien rastree huella de consejo público, ú réjimen constitucional. ¡Rezaguémonos seis siglos y estarémos viendo á los reyes de la tierra aspirando á una audiencia, al par de los esclavos y libertos del senado Romano! (41).

Ardia mas y mas la guerra goda; retiráronse los valentones de la nacion allende el Pó, y todos unánimes nombraron á Teyas por sucesor y vengador del malogrado héroe. Envió luego el nuevo rey embajadores, para implorar, ó mas bien feriar el auxilio de los Francos, derramando desprendidamente por el bien público cuantas riquezas yacian depositadas en el alcázar de Pavía (A 553. Marzo). El residuo del real erario estaba custodiado por Alijermo en Cumas de Campania, pero las armas de Narsés cercaron estrechamente el poderoso castillo, fortificado por Totila. El rey Godo se adelantó á largas y sijilosas jornadas, al socorro de su hermano, desde los Alpes hasta las faldas del Vesubio, burlando el desvelo de los caudillos Romanos, y sentando sus reales á las márjenes del Sarno ú *Dracon* (42) que corre desde Nuceria á la bahía de Nápoles. Mediaba el rio entre los ejércitos, estuvieron dos meses con escaramuzas lejanas é inservibles, y Teyas conservó aquel punto importante, hasta que desamparado por su escuadra, quedó desahuciado de víveres. Subió desabridamente al monte *Lactancio;* adonde los médicos de Roma desde el tiempo de Galeno, solian enviar sus enfermos por la ventaja del ambiente y de la leche (43). Mas se aferraron luego los Godos en otro empeño mas gallardo; bajar del cerro, dejar los caballos, y morir con las armas en la mano, y con el goce de su libertad. Capitaneólos el rey empuñando en la diestra su lanza, y embrazando un broquel grandioso, en la izquierda: con la primera volcó muerto al primer asaltador, y con el otro contrastaba cuantas arrojadizas le estaban á porfía asestando. Tras una refriega de largas horas, yacia postrada su izquierda con el peso de doce venablos clavados en el escudo. Firme en su sitio, clamaba el héroe porque sus acompañantes le suministrasen otro broquel, pero en aquel trance, descubierto el costado, se lo atravesaron de un flechazo mortal. Cayó, y enarbolada su cabeza en una lanza, estuvo pregonando á las

naciones, que el reino godo habia fenecido. A su ejemplo se enardecieron los secuaces juramentados, para morir con su caudillo Siguieron peleando hasta que la lobreguez encapotó la tierra; durmieron sobre las armas, renovaron la lid al amanecer, y se mantuvieron incontrastables hasta la tarde del segundo dia. Con el descanso de la segunda noche, la falta de agua, y la pérdida de sus campeones sobresalientes, los Godos aun vivos, se allanaron á admitir la capitulacion decorosa que Narsés cuerdamente tuvo á bien proponerles. Se conformaron con la alternativa de permanecer en Italia como súbditos y soldados de Justiniano, ó bien marcharse con una porcion de sus haberes, en busca de algun pais independiente (44); pero mil Godos desecharon el juramento de fidelidad ó destierro y allá rompieron antes que se firmase el convenio, logrando retirarse denodadamente y en salvo, hasta los muros de Pavía. El aliento y la situacion de Alyemo le estimularon á remedar mas bien que á llorar á su hermano; como flechero brioso y atinado, traspasó al primer tiro la armadura y el pecho de su contrario, y su maestría militar estuvo defendiendo á Cumas (45) por mas de un año contra las fuerzas de los Romanos. Fué su maña barrenando la cueva de la Sibila (46), convirtiéndola en mina horrorosa; aplicáronle combustibles para abrasar los puntales interinos; empozáronse puerta y muros de Cumas en la caverna, pero resultó de las ruinas un precipicio hondo é inaccesible. Encaramóse Alijermo sobre la punta de un peñasco solo é inalterable, hasta hacerse sosegadamente cargo de la situacion desahuciada de su patria, y conceptuó mas decorosa la amistad con Narsés que la servidumbre con los Francos. Muerto Teyas, el jeneral Romano fué repartiendo sus tropas y sojuzgando las ciudades de Italia; sostuvo Luca un sitio largo y porfiado, y era tanta la humanidad ó la cordura de Narsés, que la alevosía repetida del vecindario no llegó á enojarle hasta el punto de imponer la muerte que tenian merecida sus rehenes. Despidióles en salvo; y su entrañable agradecimiento recabó de sus compatricios el desengaño de su tenacidad (47).

Antes de la rendicion de Luca, diluviaron nuevos bárbaros sobre la Italia. Estaba reinando un mancebillo endeble, nieto de Clodoveo, sobre los Francos Austrasios ú orientales. (A 555. Agos.) Los tutores de Teodebaldo correspondian con tibieza y repugnancia á las promesas ostentosas de los embajadores godos, mas el denuedo batallador del pueblo, arrolló las timideces de la corte; dos hermanos, Lotario y Bisetelino (48), duques de los Alemanes, encabezaron la guerra de Italia, y hasta setenta y cinco mil jermanos se descolgaron por otoño de los Alpes Recios, sobre la campiña de Milan. Hallábase aposentado el ejército Romano junto al Pó, al mando de Fulcaris, Hérulo denodado, que conceptuó temerariamente cifrado el desempeño de un caudillo, en su arrojo personal. Iba marchando, sin formacion ni cautela, por la carretera Emilia, le embiste repentina-

mente una celada de Francos desde el anfiteatro de Parma; huyó sobrecojida la tropa, mas no se movió el jefe, manifestando hasta el postrer aliento que se le hacia menos pavorosa la muerte que el semblante airado de Narsés (*j*). La muerte de Fulcaris, con la retirada de los demás caudillos tranzó los vaivenes y dudas de los Godos. Acudieron al vuelo á las banderas de sus libertadores, franqueándoles los pueblos, que estaban todavía contrastando las armas Romanas. El vencedor de Italia dejó el tránsito espédito al raudal irresistible de los bárbaros. Pasaron junto á los muros de Cesena, y contestaron con amagos y denuestos á la advertencia de Alijerno (*k*), de que ya los tesoros godos no alcanzaban á pagar los afanes de una invasion. La maestría y denuedo del mismo Narsés, arrojándose de Rimini con trescientos caballos, acabó con dos mil Francos, cebados en el desempeño de sus rapiñas. Dividieron los hermanos sus fuerzas en las cercanías de Samnia; Bucelino, con el ala derecha, se apropió el despojo de Campania, Lucania y Brescia; y Lotario con la izquierda, se abalanzó al saqueo de Apulia y Calabria. Fueron siguiendo la costa del Mediterráneo y del Adriático hasta Rejio y Otranto, y el remate de Italia fué el término de sus pasos asoladores. Los Francos, á fuer de Cristianos y Católicos, se contentaban con el mero robo y tal cual homicidio, pero las iglesias acatadas por su relijiosidad, cayeron en manos de los sacrílegos Alemanes, que andaban sacrificando cabezas de caballos á sus deidades nativas de selvas y rios (49); derretian ó profanaban los vasos sagrados, y los escombros de sagrarios y altares estaban salpicados con la sangre de los fieles. Ardia Buctelino en ambicion y Lotario en codicia; aspiraba aquel al restablecimiento del reino godo, y este prometiendo á su hermano auxilios ejecutivos, se volvió por el mismo camino á depositar su tesoro allende los Alpes. Estaban ya menoscabados sus ejércitos con la variacion del clima, y las epidemias: los Jermanos se desenfrenaban con los vinos de Italia, y su destemplanza desagravió en parte al pueblo indefenso, de tanta desdicha (*l*).

Juntáronse, al asomo de la primavera (554), por las cercanías de Roma, hasta diez y ocho mil imperiales, que habian estado resguardando los pueblos. No habian holgado en sus invernaderos, pues diariamente siguieron ejercitándose tanto á pié como á caballo, por disposicion y á ejemplo de Narsés; sonaba en sus oidos el clarin, y practicaban los pasos de la danza Pírrica. Movíase pausadamente Buctelino desde los estrechos de Sicilia hácia Cápua, con treinta mil Francos y Alemanes, afianzó con una torre de madera el puente de Casilino, resguardó su derecha con el rio Vulturno, y afianzó lo restante del campamento con estacada y carruajeria, cuyas ruedas estaban encalladas en la tierra. Vivia ansioso y pendiente del regreso de Lotario, ignorando el cuitado que nunca volveria su hermano, y que el caudillo de su ejército habia fallecido de dolencia muy estra-

ña (50) á las márjenes del lago Benaco, entre Verona y Trento. Tremolaban ya sobre el Vulturno las banderas de Narsés, y la Italia entera tenia ansiosa y clavada la vista en el paradero de tan decisiva contienda. Quizás el desempeño del jeneral Romano descolló mas en los antecedentes que en los vaivenes del trance de una batalla. Sus movimientos certeros atajaron al bárbaro toda subsistencia, le desposeyó de la ventaja del puente y el rio, y en cuanto al paraje y punto de la refriega, le precisó á dejarlo al albedrío de su enemigo. A la madrugada del memorable dia, escuadronada la tropa, un sirviente, por un leve descuido murió á manos de su dueño, uno de los caudillos de los Hérulos. Arrebatóse Narsés por justiciero ú por impetuoso, llamó al matador á su presencia, y sin dar oidos á sus disculpas, dió la señal de muerte al ejecutor. Destempláronse los Hérulos y se pararon, pues si el dueño, inhumano en verdad, no habia quebrantado las leyes de su nacion, esta disposicion era tan injusta como al parecer indiscreta; pero el jeneral Romano, sin aplacar su saña ni esperar su determinacion, voceó al sonar los clarines, que si no acudian luego, luego, á sus puestos, iban á malograr el blason de su victoria. Colocó su tropa en frente muy dilatado (51), la caballería sobre las alas; al centro la infantería de línea, y flecheros y honderos á retaguardia. Avanzaron los Jermanos en columna esquinada, ó de cuña maciza. Arrollan el centro endeble de Narsés, quien se sonrie al encajonarlos en su aciago lazo, disponiendo que las alas de caballería los fuese acorralando, hasta cerrarles la retaguardia. Era la hueste toda de Francos y Alemanes de infantería; colgábales al costado broquel y espada, y sus armas ofensivas eran una segur pesada, ó un venablo ganchudo, temibles únicamente en refriega cerrada y á cortísima distancia. Iba la flor de los flecheros Romanos á caballo y con armadura completa, escaramuzando á su salvo, en torno de la falanje inmoble: suplian la cortedad del número con la dilijencia de sus maniobras, y asestaban sus flechazos contra una chusma de bárbaros, que en vez de morrion y coraza, se cubrian con una vestidura holgada de piel ó de lienzo. Parados, trémulos, revueltos, llegan los Herulos en aquel trance decisivo, y anteponiendo la gloria á la venganza, se disparan sobre la cabeza de la columna. Su caudillo Sindal y Alijerno, el príncipe godo, descollaron en la valentía, y su ejemplo empujó á la tropa victoriosa para redondear con espada y lanza el esterminio del enemigo. Feneció Bucteliño con lo mas de su ejército en el campo de batalla, en las aguas del Vulturno, y á manos de los sañudos campesinos; mas parece increible que una victoria (52) á la que sobrevivieron tan solo cinco Alemanes, se feriase con el único malogro de ochenta Romanos. Siguieron siete mil Godos, reliquias de la guerra, defendiendo la fortaleza de Capua, hasta la primavera siguiente, y cada mensajero de Narsés participaba el allanamiento de ciudades Italianas,

cuyos nombres solia estragar la ignorancia ó la vanagloria de los Griegos (53). Entró Narsés, tras la batalla de Casilino, en la capital; ostentáronse las armas de Godos, Francos y Alemanes; la soldadesca tremolando guirnaldas, entonaba las alabanzas del vencedor, y Roma estuvo, por despedida, viendo el remedo de un triunfo.

Tras un reinado de sesenta años, siguió el Exarcado de Ravena ocupando el solio de los reyes Godos, y representando en paz y en guerra, al emperador de los Romanos. Redújose luego su jurisdiccion al ámbito estrecho de una provincia, pero el mismo Narsés, el primero y mas poderoso de todos los Exarcas, manejó por mas de quince años el reino entero de Italia. Otro Belisario, se hizo ya acreedor á los embates de la envidia, la calumnia y el desaire, pero el eunuco predilecto merecia mas y mas la confianza de Justiniano, ó sea que el caudillo de un ejército victorioso asombraba y contenia la ingratitud de una corte medrosa. Mas no cautivaba Narsés el ánimo de su tropa con endebles y dañinas condescendencias. Trascordada de lo pasado, y desatendiendo lo venidero, salia á buscar de los ensanches de la paz y la prosperidad. Resonaba por Italia el eco de danzas y embriagueces; consumíanse en sensualidades los despojos de la guerra, y nada quedaba (dice Agatias) sino que se trocasen escudos y morriones en laudes halagüeños y grandiosos azumbres (54). El eunuco hecho allá un censor Romano, desaprobó en una oracion varonil tamaños desbarros, que estaban mancillando su nombradía y esponiendo su seguridad. Sonrojóse y obedeció la soldadesca; se robusteció la disciplina, se repusieron las fortificaciones; se colocó un *duque* para la defensa y mando militar en cada ciudad principal (55), y la vista de Narsés de continuo estaba allá abarcando el ámbito anchuroso, desde Calabria hasta los Alpes. Los restos de los Godos, ó desampararon el país, ó se barajaron con el pueblo; los Francos en vez de vengar la muerte de Bucelino, abandonaron sus conquistas de Italia sin resistencia; y el rebelde Sindbal, caudillo de los Hérulos quedó subyugado, preso y ahorcado, en un cadalso empinado por el justiciero Exarca (56). Planteóse el estado civil de Italia, tras los vaivenes de tan larga tormenta, con una pragmática sancion, promulgada por el emperador, á instancias del papa. Introdujo su propia jurisprudencia Justiniano en las escuelas y tribunales del Occidente: revalidó las actas de Teodorico y sus inmediatos sucesores, mas quedó rescindido y anulado cuanto la violencia ó la zozobra habian venido á formar bajo la usurpacion de los Godos. Se entabló un sistema comedido para hermanar el derecho de propiedad con el resguardo de la posesion, las urgencias del estado con el desamparo del pueblo, y el indulto de agravios con los intereses de la virtud y el órden social. Quedó Roma, bajo los Exarcas de Ravena apeada á la segunda clase, mas se agasajó á los senadores con la franquicia de ir visitando sus estados por Italia, y de acercarse

sin reparo al solio de Constantinopla: encargóse al papa y al senado el arreglo de pesos y medidas, y se destinaron los sueldos de abogados y médicos, de oradores y gramáticos, para conservar ó revivir los destellos de la ciencia en la antigua capital. Allá dictaba Justiniano edictos benéficos (57), cooperaba á sus anhelos Narsés, restableciendo ciudades y ante todo iglesias; mas la potestad rejia tiene mas pujanza para la destruccion, y los veinte años de guerra goda habian sido por esencia dañinos y despobladores de Italia. Ya desde la cuarta campaña y contra la entereza del mismo Belisario, en el escaso territorio del Piceno (58), cincuenta mil labradores perecieron de hambre (59), y ateniéndose literalmente al testimonio de Procopio, se abultaria la pérdida de Italia hasta mayor suma que el total de los moradores actuales (60).

¡Ojalá se me hiciera creible, pues no lo afirmo, que Belisario se alegró entrañablemente del triunfo de Narsés! pero el concepto de sus propias hazañas debia labrar en él sumo aprecio y ninguna envidia de los merecimientos de su competidor, y el sosiego del guerrero anciano vino á coronarse con la postrera victoria que salvó al emperador y á la capital (A. 559). Los bárbaros que solian acudir anualmente á las provincias de Europa, escarmentaban menos con tal cual fracaso, que les incitaba la esperanza de subsidios y despojos. Helóse hondamente el Danubio en el invierno treinta y dos del reinado de Justiniano; acaudillaba Zabergan la caballería de los Búlgaros, y una muchedumbre revuelta de Eslavones iba siguiendo su estandarte (*m*). El jefe bravío atravesó sin tropiezo el rio y las sierras, desparramó su jente por la Macedonia y la Tracia, y se adelantó con solos siete mil caballos, hasta los largos muros que debieron resguardar el territorio de Constantinopla. Mas desfallecen los artefactos contra el empuje de la naturaleza: un terremoto habia recienconmovido los cimientos de la valla, y las fuerzas del imperio estaban allá embargadas por las fronteras lejanas de Italia, Africa y Persia. Las siete escuelas (61) ó compañías de guardias, ó tropas domésticas, se habian aumentado hasta cinco mil y quinientos hombres, que solian residir por las ciudades pacíficas del Asia. Pero las plazas de los valerosos Arminios se iban imperceptiblemente reponiendo con ciudadanos poltrones, que se ajenciaban la esencion de cargos civiles, sin esponerse á los peligros del servicio militar, pocos de ellos se arrestarian á salir fuera de las puertas, y de ninguno se recabaria el mantenerse en el campo mientras les quedaba brio y ajilidad para huir de los Búlgaros. Abultaban los fujitivos el número y la fiereza de un enemigo, mancillador de vírjenes sagradas, y arrojador de recien nacidos á los perros y buitres: una turba de campesinos clamando por alimento y amparo, estaba rematando el pavor de la ciudad, y Zabergan tenia sus tiendas plantadas á siete leguas (62), sobre las orillas de un riachuelo que ciñe á Melantias y luego desagua

en la Propóntida (65). Temblaba Justiniano, y cuantos lo habian conocido tan solo de anciano, daban por supuesto que habria *perdido* la pujanza y el despejo de su mocedad. Retiráronse por su órden vasos de oro y plata de las iglesias de las cercanías, y aun de los arrabales de Constantinopla: cuajaban los muros mirones despavoridos; agolpáronse á la puerta dorada jenerales y tribunos inservibles, y el senado estaba terciando en los afanes y zozobras de la plebe.

Pero los ojos del príncipe y del pueblo se clavaban en un veterano decaido, á quien el peligro público precisó á recojer la armadura, con que habia entrado en Cartago y defendido á Roma. Los caballos de las caballerizas reales, y aun los del circo, se aunaron atropelladamente: el nombre de Belisario enardeció á competencia ancianos y mozos; y su primer campamento se planteó en presencia de un enemigo victorioso. Su tino y el afan de sus intimos campesinos, afianzaron con foso y estacada el sosiego de aquella noche; se encendieron fogatas y se levantó inmensa polvareda, con el fin de abultar el concepto de sus fuerzas; su soldadesca desmayada se engrió repentinamente sobre manera, y al clamar diez mil voces por la batalla, estaba Belisario disimulando su convencimiento, de que llegado el trance, todo estribaria en el teson de trescientos veteranos. A la madrugada, la caballería búlgara dió su avance, pero luego oyó la gritería de gran muchedumbre y vió las armas y la formacion del frente; asaltáronla dos emboscadas que salieron de los bosques: los guerreros mas cercanos cayeron en manos del héroe anciano y de su guardia, y se les inutilizó la velocidad de sus evoluciones, con el ataque inmediato y alcance estrechísimo de los Romanos. Los Búlgaros (tan disparada fué su huida), solo perdieron cuatrocientos caballos en la refriega, pero se salvó Constantinopla, y Zabergan que esperimentó la maestría consumada del vencedor, se mantuvo desviado á distancia respetuosa. Pero abundaba de enemigos en los consejos del emperador, y Belisario obedeció á su pesar la órden de la envidia y de Justiniano que le vedaba el redondear el rescate de su patria. A su regreso, el vecindario, muy enterado de su peligro, lo vitoreó con ímpetus de alborozo y agradecimiento, que se achacaron como criminales al jeneral victorioso. Al llegar á la corte, enmudecieron los palaciegos, y el emperador tras un abrazo yerto y despegado, lo despidió para confundirlo en la comitiva de sus esclavos. Mas habia encarnado tanto su gloria en los ánimos, que Justiniano á los sesenta y siete años de edad, tuvo que avenirse á alejarse mas de doce leguas de la capital, á inspeccionar personalmente el restablecimiento de la muralla larga. Veranearon los Búlgaros por las llanuras de Tracia, y luego propendieron á la paz, por el malogro de su intento temerario, contra la Grecia y el Quersoneso. Avivaron el pago de subidos rescates con la amenaza de quitar la vida á sus prisioneros, y atropelló Zabergan su partida, con el aviso de que se habian construido

en el Danubio bajeles de dos proas para atajarle el tránsito. Quedó luego olvidado el peligro, y la ciudad ociosa se empapó en hablillas, sobre la sabiduría ó flaqueza de su soberano (64).

A los dos años de la última victoria, regresó el emperador de un viaje sanitario á Tracia, con visos de negocios y de devocion. Padecia jaquecas, y su entrada secreta dió márjen á rumores de fallecimiento. Antes de las nueve de la mañana, fueron saqueadas las tahonas; cerráronse las puertas, y todos los ciudadanos, esperanzados ó despavoridos, daban por cierta la asonada. (A. 561.) Juntáronse tambien medrosos y desconfiados los senadores, á las nueve, y mandaron al prefecto, que fuese por todos los barrios de la ciudad pregonando iluminacion jeneral por el restablecimiento del emperador. Aquietóse el hervidero, mas estaba en todo asomando el desvalimiento del gobierno y el destemple de la bandería: iban los guardias á prorumpir en alboroto, siempre que los desacuartelaban ó atrasaban la paga; la repeticion de plagas de incendios y terremotos, ocasionaba trastornos; las contiendas de azules y verdes, de católicos y herejes, paraban en refriegas sangrientas, y á presencia del embajador Persa, se estaba Justiniano sonrojando por sí mismo y por el pueblo. Indultos antojadizos y castigos arbitrarios acibaraban el desabrimiento y la congoja de un reinado larguísimo; fraguóse en palacio una conspiracion, y á menos que nos descarrien los nombres de Marcelo y de Serjio, se hermanaron pundonorosos y malvados en el propio intento. Estaba aplazada la ejecucion: su jerarquía les franqueaba la mesa imperial, y tenian ya apostados sus esclavos (65) negros en el atrio y los pórticos, para pregonar la muerte del tirano, y mover una asonada, pero la indiscrecion de un cómplice salvó los escasos dias de Justiniano. Se descubrió y arrestó á los conspiradores con dagas bajo la ropa, matóse Marcelo á sí mismo, y arrastraron á Serjio del santuario (66). A impulsos de su remordimiento, ú esperanzado de salvacion, nombró á dos dependientes de Belisario, y el tormento los precisó á declarar que obraban con arreglo á las instrucciones reservadas de su amo (67). No propenderá la posteridad á creer que un héroe quien allá en su lozanía habia orillado halagüeños ofrecimientos, de ambicion y venganza, se avillanase hasta el punto de matar á un príncipe, no pudiendo sobrevivirle sino cortísimo plazo. Ansiaban la huida sus secuaces, pero entonces tenia que acudir á la rebeldía, y harto habia vivido para su existencia y su nombradía. Mostróse Belisario en el consejo (A. 563. Dic. 5) mas airado que medroso; tras cuarenta años de servicio, se habia el emperador preocupado con su delito; y la presencia y autoridad del patriarca, estaba santificando la sinrazon. Se agració á Belisario con la vida, mas se le secuestraron sus haberes, y desde Diciembre hasta Julio se le estuvo guardando (A. 564. Jul. 19) en su propio palacio. Reconocióse por fin su inocencia, se le devolvieron libertad y honores, y á los ocho meses

la muerte que pudo abreviarse con el pesar y el enojo, lo apartó del mundo (A. 564. Mar. 13). No morirá el nombre de Belisario; pero en vez de exequias, monumentos y estatuas tan debidas á su memoria, tan solo leo que sus tesoros, despojos de Godos y Vándalos, quedaron inmediatamente confiscados por el emperador. Reservóse sin embargo una porcion decorosa para el uso de su viuda, y como Antonina tenia tantísimo campo para su arrepentimiento, dedicó los restos postreros de su vida y haberes á la fundacion de un convento. Tal es la relacion sencilla y castiza del vuelco de Belisario y de la ingratitud de Justiniano (68). Que la envidia lo cegó y redujo á pordiosear un ochavo, para el jeneral Belisario, es ficcion posterior (69) que ha merecido crédito y aun privanza, como ejemplar estraño de los vaivenes de la suerte (70).

Si cupo alguna complacencia al emperador con la muerte de Belisario, tan solos ocho meses pudo paladear ruindad tamaña, plazo final de un reinado de treinta y ocho años, y una vida de ochenta y tres (A. 565. Nov. 14). Es arduo delinear la índole de un príncipe que no es el objeto descollante de su propio siglo, pero la confesion de un enemigo bien podrá conceptuarse como testimonio positivo de sus prendas. Se acude malvadamente á la semejanza de Justiniano, con el busto de Domiciano (71), reconociéndole sin embargo una estampa proporcionada, tez sonrosada y ademan agradable. Era pues el emperador graciable en recibir y escuchar, cortesano y espresivo en el habla, y contenido en los ímpetus que suelen dispararse de los pechos despóticos. Táchale Procopio su crueldad yerta y deliberada, celebrando su comedimiento; pero en las conspiraciones contra su autoridad y persona, todo juez candoroso tendrá que aprobar la justicia y celebrar la clemencia de Justiniano. Descolló en virtudes caseras de recato y templanza, pero amores desapasionados de varias beldades fueran menos aciagos que su cariño conyugal con Teodora; y su mantenimiento escaso, no era parte de cordura filosófica; sino supersticion de vida monástica. Eran sus comidas breves y frugales; solia ayunar á verduras y agua, y era tal su fortaleza y su fervor, que pasaba á veces dos dias sin alimento. Tenia igualmente tasado el sueño, pues el alma despertaba al cuerpo tras una hora de descanso, y con asombro de los palaciegos se estaba paseando ú leyendo hasta el amanecer. Con aplicacion tan desalada, le sobró tiempo para instruirse colmadamente (72), y aun se le puede hacer el cargo de entorpecer, con su afan de calar los pormenores, el desempeño de los negocios. Blasonaba de músico y arquitecto, de poeta y filósofo, de letrado y teólogo, y si se le malogró el intento de hermanar las sectas cristianas, el arreglo de la jurisprudencia Romana es un esclarecido monumento de su despejo y actividad. No fué igual su cordura y acierto en el gobierno del imperio: fué su siglo malhadado; vivió el pueblo oprimido y descontento; abusó Teodora de su poderío; desatinó en la

eleccion de varios ministros, y así ni se le amó en vida, ni causó duelo en su muerte. Ansiaba en estremo la nombradia, mas se allanaba al rastrero afan de dictados, timbres y alabanzas contemporáneas; y mientras se desalaba por asombrar á los Romanos, desmerecia lastimosamente su aprecio. Ideó y ejecutó denodadamente las guerras de Italia y Africa, y su perspicacia desentrañó el desempeño de Belisario en el campamento, y el de Narsés en el palacio. Mas los nombres de aquellos jenerales anublan el suyo, y está todavía viviendo Belisario; y vituperando la envidia é ingratitud de su soberano. Se enamora el linaje humano del númen de un conquistador que habilita y acaudilla los súbditos, en el ejercicio de las armas; pero la índole de Felipe Segundo y de Justiniano, sobresale con la ambicion yerta que se complace en la guerra y sortea los peligros de la campaña. Estaba sin embargo una estatua colosal de bronce, representando al emperador á caballo, en ademan de embestir á los Persas, con el traje y la armadura de Aquiles. En la plaza grandiosa de la iglesia de Santa Sofía, se encumbraba aquel monumento sobre una columna de cobre, en un pedestal de siete gradas de piedra; y la codicia y vanagloria de Justiniano quitó del mismo sitio el pilar de Teodosio, que pesaba siete mil y cuatrocientas libras de plata. Los príncipes posteriores fueron mas equitativos ó condescendientes con su memoria, pues el primer Andrónico, al principio del siglo catorce, compuso y hermoseó la estatua ecuestre, mas los Turcos al vuelco del imperio, como victoriosos, la derritieron para su artillería (73).

Voy á concluir este capítulo con el cometa, los terremotos y la peste que asombraron, y estremerecieron el siglo de Justiniano.

I. Al quinto año de su reinado en el mes de setiembre, se estuvo viendo por veinte dias un cometa (A. 531.–539) (74) hácia la parte de Occidente, flechando sus destellos hácia el Norte. Ocho años despues, hallándose el sol en Capricornio, se apareció otro cometa encaminándose hácia el Sajitario; iba creciendo y abultando mas y mas su estension, con su frente á Levante y la cola al Ocaso; permaneciendo visible mas de cuarenta dias. Contemplábanlos con asombro las naciones aguardando guerras y desdichas con su ponzoñoso influjo, y se cumplieron colmadamente sus anuncios. Disimulaban los astrónomos su total ignorancia, acerca de aquellos astros centellantes, que aparentaban conceptuar como metéoros volanderos de la atmósfera, y eran poquísimos los que se atenian á la opinion de Séneca y los Caldeos, reputándolos únicamente como planetas de mayor período y movimientos mas estensivos (75). El tiempo y la ciencia han ido revalidando las conjeturas y predicciones del sabio Romano; el telescopio ha desentoldado nuevos mundos á la vista de los astrónomos (76), y en el reducido plazo de la historia y la fábula, se ha deslindado ya que un cometa idéntico ha venido á visitar la *tierra* en *siete* jiros iguales de

quinientos y setenta y cinco años. El *primero*, (77) que allá se remonta á mil setecientos sesenta y siete años tras la era cristiana, es contemporáneo de Ojijes, el padre de la antigüedad griega. Aquella aparicion concuerda con la voz que ha conservado Varron, de queen su reinado el planeta Venus varió de matiz, tamaño, figura, y carrera; portento sin ejemplar en las edades antepasadas y posteriores (78). La visita *segunda* en el año mil ciento noventa y tres, se viene enmarañadamente á rastrear por la fábula de Electra y las siete Pléyadas, que han quedado en seis desde la guerra de Troya. Aquella ninfa, esposa de Dárdano jamás pudo avenirse al esterminio de su patria; se soslayó á las danzas de sus hermanas, lucientes, huyó del zodíaco al polo, y le cupo en su desgreñada cabellera el nombre de *cometa*. Fenece el *tercer* período en el año de seiscientos diez y ocho, fecha que cabalmente concuerda con el cometa pavoroso de la Sibila, y quizás de Plinio, que asomó al Occidente dos jeneraciones antes del reinado de Ciro. La *cuarta* venida, cuarenta y cuatro años antes del nacimiento de Cristo, es la mas descollante y esplendorosa. Tras la muerte de César, un astro cabelludo y centellante embargó á Roma, y á las naciones, mientras estaba el jóven Octavio ostentando los juegos en obsequio de Venus, y de su tio. La relijiosidad del estadista fomentó y consagró la opinion vulgar de que se llevaba por el cielo el alma del dictador, al paso que su entrañable superstícion referia el cometa á la gloria de su propio reinado. (79). Ya se colocó la *quinta* visita en el año quinto de Justiniano, que corresponde al trescientos treinta y uno de la era cristiana; y es del caso recordar que en ambos trances el cometa llevó el acompañamiento de una palidez peregrina en el sol, con mas ó menos inmediacion. Las crónicas de Europa y de la China, mencionan su *sexta* venida en el año mil ciento y seis; y en el sumo acaloramiento de las Cruzadas; Cristianos y Mahometanos eran árbitros de soñar con igual fundamento, que estaba anunciando el esterminio de los infieles. El *séptimo* fenómeno de mil seiscientos ochenta, asomó en un siglo ilustrado (80); la filosofía de Bayle aventó una vulgaridad que la Musa de Milton acababa de engalanar: « que el cometa sacude guerras y pestes de su cabellera desgreñada » (81). Flamstead y Casini estuvieron deslindando su carrera por los espacios con estremada maestría, y la ciencia matemática de Bernulli, Newton y Halley desentrañaron las leyes de sus jiros. Quizás los astrónomos de alguna capital venidera de la Siberia ó de los páramos de América, comprobarán sus cálculos en el *octavo* período del año dos mil trescientos cincuenta y cinco.

II. Puede la cercanía inmediata de un cometa desquiciar ó echar al través el globo que habitamos, pero las alteraciones de su haz son hasta aquí obra de volcanes y terremotos (82). La calidad del sitio suele indicar los parajes mas espuestos á tan formidables vaivenes, puesto que son los

fuegos subterráneos sus causantes, encendiéndose todos con la fermentacion del hierro y del azufre. Mas el afan humano se queda muy corto para alcanzar sus períodos y resultados, y el filósofo atinado orillará la prediccion de terremotos, hasta que pueda computar la cantidad de agua que se va rezumando sobre el mineral inflamable, y logre arquear las cavernas cuya resistencia aumenta la esplosion del aire encarcelado. Sin desentrañar la causa, puede la historia ir deslindando los períodos y redobles de tan calamitosos acontecimientos, y se parará en especificar, que las violencias de la tierra menudearon con sumo ímpetu en el reinado de Justiniano (83). Casi todos los años remanecieron terremotos de tal duracion que estuvieron estremeciendo mas de cuarenta dias á Constantinopla, y con tanta estension que el vaiven se comunicó á toda la superficie del globo, ú á lo menos del imperio Romano. Percibíase ya un disparo, ya una conmocion: desencajábanse enormes ribazos; arrebatábanse por el aire cuerpos crecidos y pesadísimos; el mar se internaba ó se retraia alternativamente de sus linderos, y se desgajó del Líbano una montaña (84) que voló á las olas, donde á manera de malecon resguardó la bahía nueva de Botris (85) en Fenicia. El golpe que conmueve un hormigaero, puede estrellar millares de insectos en el polvo, pero hay que confesar cuan eficazmente se afanó el hombre para su propio esterminio. La planta de ciudades grandiosas que abarcaron naciones enteras, en su recinto, está casi realizando el anhelo de Calígula, de que el pueblo Romano tuviese una sola cerviz. Cuéntase haber fenecido hasta doscientas cincuenta mil personas en el terremoto de Antioquía (A. 529. Mayo 20) cuyo crecido vecindario se habia recargado con el concurso de forasteros á la festividad de la Ascension. No ascendió á tanto el fracaso de Berito (86) pero fué de mas cuantioso importe (A 551. Jul. 9). Pueblo esclarecido de la costa de Fenicia por el estudio de las leyes civiles, que eran el arrimo mas poderoso para medrar en caudales y señorío. Descollaban en la escuela de Berito los injenios de aquel siglo, y perecieron en el terremoto un sin número de mozos, que pudieran haber parado en azote, ó en blasones de su patria. En tales catástrofes el arquitecto es el enemigo del linaje humano. Cae la choza de un salvaje ó la tienda de un Arabe sin quebranto del morador, y acertaban los Peruanos, al escarnecer el devaneo de los Españoles sus conquistadores, que á tanta costa y afan encumbraban sus sepulcros. Los mármoles peregrinos de un patricio le estrellan su propia cabeza: un pueblo entero queda sepultado bajo los escombros de edificios públicos y particulares, y todo incendio cunde con las lumbres innumerables que se requieren, para la subsistencia y las manufacturas de una ciudad populosa. En vez del afecto mutuo que pudiera esplayar y auxiliar á los desvalidos, están de continuo padeciendo los achaques y quebrantos que acarrea el desenfreno: la codicia desaforada saquea las casas ruinosas; la

venganza aprovecha el trance y afianza la víctima, y suele la tierra sepultar al asesino y al salteador en el acto de su desafuero. La supersticion está enlutando mas y mas el amago presente con horrores invisibles, y si el asomo de la muerte enardece tal vez á la virtud y el arrepentimiento de los individuos, un pueblo despavorido se impresiona mas con la aprension del fin del mundo, y se postra mas rendidamente para aplacar las iras de la Deidad vengadora.

III. La Etiopía y el Ejipto llevaron en todos tiempos el borron de paises enjendradores primitivamente, y conservadores de la peste (87). Con su ambiente húmedo, cálido é inmoble, las sustancias animales ocasionan con su podredumbre las calenturas Africanas, y luego se aparecen allá enjambres de langostas, asoladoras del linaje humano, con su vida y con su muerte. La dolencia tan aciaga despobló la tierra (A. 542) en tiempo de Justiniano y succesores (88); asomó por las cercanías de Pelusio, entre el pantano Serbonio, y el cauce oriental del Nilo. Desde allí, como abriéndose dos rumbos, fué cundiendo al Oriente por Siria, Persia y las Indias, y se estendió al Occidente por la costa de Africa, y el continente de Europa. En la primavera del año segundo estuvo plagando por tres ó cuatro meses á Constantinopla, y Procopio escudriñador de sus progresos y síntomas con el ahinco de un médico (89), vino á competir, en esmero y maestría con Tucídides en la descripcion de la epidemia de Aténas (90). Solia asomar con desvaríos pavorosos, y quedaba desahuciado el paciente, oyendo allá el amago y percibiendo el golpe de un vestiglo invisible. Pero solia acometer á los mas una calenturilla leve en el lecho, en las calles ó en sus tareas, con tal benignidad, que ni el pulso, ni el color del paciente daban muestras de peligro cercano. El mismo dia, el siguiente, ó el tercero, se manifestaba por hinchazon de las glándulas con especialidad en la ingle, en los sobacos, y tras las orejas, y al abrir los bubones ó tumores, arrojaban una especie de *carbon*, ó sustancia negra, del tamañillo de una lenteja. Si la hinchazon era adecuada y venia á supurar, se salvaba el paciente con el desahogo suave y natural del humor maligno; mas cuando seguia dura y seca, sobrevenia luego la gangrena, y el quinto dia por lo mas era el plazo de su vida. Solia acompañar la calentura el letargo ú delirio; se cuajaba el cuerpo de diviesos ó carbuncos negros, síntomas de muerte ejecutiva, y en las complexiones endebles causando una erupcion y vómitos de sangre, se gangrenaban las entrañas. Solia su malignidad ser mortal para las embarazadas; se sacó sin embargo un niño del cadáver de su madre, y tres de estas sobrevivieron á sus dos fetos inficionados. La mocedad era espuestísima, y el sexo femenino padeció menos que el varonil; pero la saña de tal dolencia igualó jerarquías y profesiones, enmudeciendo muchos convalecientes, sin quedar afianzados de su repeticion (91). Echáron el resto los médicos de Constantino-

pla en afan y maestría, pero el enemigo con la variedad de sus síntomas y su intensa tenacidad, burlaba la ciencia, pues los idénticos específicos surtian efectos contrapuestos, y el resultado desairaba sus anuncios de vida ó muerte. Exequias y sepulcros eran por igual, y cuantos carecian de criados ó deudos, yacian insepultos por las calles ó en las casas solitarias, y se encargó á un majistrado el recojer los cadáveres hacinados, trasladarlos por agua ó por tierra, y empozarlos hondamente fuera del recinto de la ciudad. Peligraban los malvados con tantos ejemplares horrorosos y mostraron algun arrepentimiento volandero, para reengolfarse luego en sus desbarros, á los asomos de la jeneral convalecencia, pero la filosofía debe desentenderse del reparo de Procopio, de que la suerte ó la Providencia se esmeraron en conservarles la vida. Olvidó ú recapacitó reservadamente, que Justiniano, fué de los contajiados, pero la estrecha dieta del emperador puede suministrar, como en el caso de Sócrates, causal mas fundamental y decorosa para su restablecimiento (92). Se enlutó el vecindario, en muestra de duelo, durante su enfermedad, y con su ocio y su desaliento, se esperimentó suma escasez en la capital del Oriente.

La peste es de suyo contajiosa, por cuanto el aliento de los pulmones dañados inficiona el ambiente y el estómago de cuantos le rodean. Mientras el desengañado cree y tiembla, es muy estraño que un pueblo tan propenso á sustos, por fracasos necios y soñados, negase la existencia efectiva del peligro (93). Sin embargo, los conciudadanos de Procopio por algun ejemplar breve é infundado, afirmaban, que no se comunicaba el daño por la mas estrecha conversacion (94) y aquel concepto pudo favorecer á la esmerada asistencia de médicos y amigos con los enfermos, á quien el recelo humano hubiera podido entregar al desamparo y la desesperacion. Mas aquella confianza tan aciaga, como la predestinacion de los Turcos, debió fomentar el contajio, y cuantas precauciones saludables han preservado la Europa, yacian desconocidas bajo el gobierno de Justiniano. No se atajó el trato y roce entre las provincias: las naciones desde Persia á Francia se barajaban y plagaban con guerras y emigraciones, y el hedor pestilente que suele abrigarse por años en las pacas de algodon, se iba llevando con el afan del comercio á las rejiones mas lejanas. La advertencia del mismo Procopio nos esplica el rumbo de su propagacion, de que siempre cundia desde las playas al pais interior: y así fué alcanzando á las islas y serranías mas arrinconadas, y los sitios que se libertaron al primer asomo, eran los mas espuestos al embate del año siguiente. Podian los vientos desparramar la ponzoña sutil, mas no estando el ambiente predispuesto, luego feneciera la peste en los climas frios ó templados de la tierra. Pero llegó el aire á inficionarse en tal estremo, que habiéndose disparado el contajio en el año quinceno de Justiniano, allanó por igual las estaciones. Con el tiempo amainó su primera saña: revivió y

menguó luego, pero hasta el plazo de cincuenta y dos años, no recobró el acosado jénero humano su sanidad, ni el ambiente se purificó hasta su cabal acrisolamiento. No hay datos para cerciorarse y computar, ni aun para conjeturar, el número fenecido en mortandad tan estremada. Solo hallamos que por espacio de tres meses cinco mil, y luego hasta diez mil personas venian á fallecer diariamente en Constantinopla; que muchas ciudades del Oriente quedaron despobladas, y que en varios distritos de Italia, la miés y la vendimia se quedaron sin esquilmo. Los tres azotes de guerra, peste y hambre estuvieron acosando á los súbditos de Justiniano, y queda su reinado con el desdoro de la mengua notable de la especie humana, que no se ha llegado todavía á reponer en algunos de los paises sobresalientes del globo (95).

NOTAS

correspondientes al capítulo cuadrajésimotercero.

(1) Sobre las revueltas del Africa, no necesito ni deseo otro guia que Procopio, cuya vista contempló el cuadro, y cuyos oidos recojieron todos los dichos de los acontecimientos memorables de su época. En el segundo libro de la guerra vandálica refiere la sublevacion de Estoza (c. 14-24), la vuelta de Belisario (c. 15), la victoria de Jermano (c. 16, 17, 18), la segunda administracion de Solomon (c. 19, 20, 21), el gobierno de Serjio (c. 22, 23), de Areobindo (c. 24), la tiranía y muerte de Gontaris (c. 25, 26, 27, 28), y en todas sus descripciones no echo de ver ningun asomo de adulacion ó malevolencia.

(a) Coripo da una relacion diferente de la muerte de Estoza: fué traspasado por una flecha disparada por Juan (no el héroe de su poema), que cruzó desesperadamente por en medio de las tropas victoriosas del enemigo. Estoza se arrepintió, dice el poeta, de su traidora rebelion, y anticipó—otro Catilina—tormentos eternos como su castigo.

Reddam, improba, pænas
Quas merui. Furiis socius Catilina cruentis
Exagitatus adest. Video jam Tartara, fundo
Flammarumque globos, et clara incendia volvi.
Johannidos, libro IV, línea 211.

Todas las demás autoridades confirman la relacion de Gibbon sobre la muerte de Juan por mano de Estoza. Este poema de Coripo, ignorado de Gibbon, se publicó por primera vez por Mazzuchelli en el siglo actual, y está reimpreso en la nueva edicion de los escritores bizantinos.—M.

(b) Este asesinato fué comunicado inmediatamente al Armenio (segun Coripo) por el *bueno* de Atanasio (entónces prefecto de Africa).

Hunc placidus cana gravitate coegit
Immitem mactare virum.—Corippus, vol. IV, p. 237.—M.

(2) Con todo no debo negarle el mérito de retratar, con vivos colores, el asesinato de Gontario. Uno de los asesinos manifestó un arranque digno de un patriota romano. «Si yerro el primer golpe», dijo Artasires «matadme en el mismo sitio, porque el tormento pudiera obligarme á descubrir mis cómplices.»

(3) Las guerras moras están casualmente introducidas en la narracion de Procopio (Vandal., l. II, c. 19-23, 25, 27, 28. Gothic., l. IV, c. 17); y Teófanes añade algunos sucesos prósperos y adversos en los últimos años de Justiniano.

(4) Hoy dia Tibesh, en el reino de Argel. Está regada por un rio, el Sujeras, que desagua en el Mejerda (*Bagradas*). Tibesh es aun notable por sus grandiosas murallas de piedra (como el Coliseo de Roma), una fuente, y un bosque de avellanos; el pais abunda en fruta, y los vecinos Bereberes son guerreros. Segun se ve por una inscripcion, bajo el reinado de Adriano, la tercera lejion construyó el camino de Cartago á Tebeste, (Mármol, Description de l' Afrique, tom. II, p. 442, 443. Viajes de Shaw, p. 64, 65, 66).

(c) Coripo (Johannidos, lib. III, p. 417-441) describe la derrota y muerte de Solomon.—M.

(5) Procopio, Anecdot. c. 18. Las series de la historia africana confirman esta triste verdad.

(6) En los libros segundo (c. 30) y tercero (c. 1-40), Procopio continúa la historia de la guerra gótica, desde el año quinto hasta el décimo quinto de Justiniano. Como los sucesos son menos interesantes que en el primer período, no emplea mas que la mitad del espacio para doble tiempo. Jornandes, y las Crónicas de Marcelino, suministran algunos apuntes. Sigonio, Pagi, Muratori, Mascou, y De Buat, son muy útiles, y se ha echado mano de ellos.

(d) Su verdadero nombre, segun se ve por las medallas, era Baduilla ó Badiula. Totila significa inmortal; tod (en jermano) es muerte. Todilas, imperecedero. Compárese S. Martin, vol. IX, p. 37,—M.

(e) Esto no es enteramente exacto: habia atravesado el Pó antes de la batalla de Faenza.—M.

(7) Silverio obispo de Roma, fué trasportado primero á Patara, en Licia, y al fin muerto de hambre (sub eorum custodia inedia confectus) en la isla de Palmaria, A. 538, junio 20 (Liberat. in Breviar. c. 22. Anastasio, en Silverio. Baronio, A. 540, N.° 2, 3. Pagi, in Vist. Pont., tom. I, p. 285. 286). Procopio (Anécdot. c. 1) acusa únicamente á la emperatriz y Antonina.

(8) Palmaria, una pequeña isla, en la parte opuesta á Terracina y la costas de los Volcos (Cluver. Ital. Antig., l. III, c. 7, p. 1014).

(9) Como el Logotete Alejandro, y la mayor parte de los colegas civiles y militares, eran despreciados ó caian en desgracia, la tinta de las Anécdotas (c. 4, 15, 18) no es mucho mas negra que la de la Historia Gótica (l. III, c. 1, 3, 4, 9, 20, 21, etc.).

(10) Procopio (l. III, c. 2, 8, etc.) hace voluntaria justicia al mérito de Totila. Los historiadores romanos, de Salustio y Tácito, olvidan dichosamente los vicios de sus conciudadanos, en la contemplacion de la virtud bárbara.

(11) Procopio, l. III, c. 12. El alma de un héroe está profundamente retratada en la carta; ni podemos confundir semejantes hechos jenuinos y orijinales con los discursos esmerados y á menudo faltos de sentido de los historiadores bizantinos.

(12) La avaricia de Besas no la disimula Procopio (l. III, c. 17, 20). Espidió la pérdida de Roma con la gloriosa conquista de Petrea (Goth., l. IV, c. 12); pero los mismos vicios le siguieron desde el Tíber á Fasis (c. 13); y el historiador es completamente verídico sobre el mérito y defectos de su carácter. El castigo que impuso el autor de la novela del *Belisario* al opresor de Roma, cuadra mas bien con la justicia que con la historia.

(13) Durante el largo destierro, y tras la muerte de Vijilio, la iglesia romana fué gobernada, al principio por el arquidiácono, y al fin (A. 555) por el papa Pelajio, á quien no se miró como cómplice de los padecimientos de su predecesor. Véanse las vidas orijinales de los papas, bajo el nombre de Anastasio (Muratori, Script. Rer. Italicarum, tom. III, p. I, p. 130, 131), quien refiere varios incidentes curiosos de los sitios de Roma y las guerras de Italia.

(14) El monte Gárgano, hoy dia monte Sant Angelo, en el reino de Nápoles, se adelanta trescientos estadios en el mar Adriático (Estrabon, l. VI, p. 436) y en épocas mas oscuras fué ilustrado con la aparicion, milagros, é iglesia, de San Miguel Arcanjel. Horacio, natural de Apuleya ó Lucania, habia visto los olmos y encinas del Gárgano meciéndose

con el viento norte, que sopla en aquella elevada costa (Carm. II, p. 9. Epist. II, I, 202).

(15) No puedo puntualizar el campamento de Aníbal; pero los reales púnicos estuvieron bastante tiempo y á menudo en las cercanías de Arpi (T. Liv. XXII, p. 9, 12, XXIV, 3, etc.).

(16) Totila..... Romam ingreditur..... ac evertit muros, domos aliquantas igni comburens, ac omnes Romanorum res in prædam accepit, hos ipsos Romanos in Campaniam captivos abduxit. Post quam devastationem, XL aut amplius dies, Roma fuit ita desolata, ut nemo ibi hominum, (nisi *nullæ?*) bestiæ morarentur (Marcellin,. in Chron. p. 54).

(17) El *tribuli* son pequeñas máquinas con cuatro puntas, una fija en el suelo, las otras tres derechas ó atravesadas (Procopio, Gothic., l. III c. 24. Just. Lipsio, Poliorcet., l. V, c. 3). La metáfora está tomada del trebol yerba con un fruto espinoso, comun en Italia (Martin, ad Virjil Georgic. I, 153, vol. II, p. 33).

(18) Ruscia, el *navale Thuriorum*, se trasportó á la distancia de sesenta estadios de Rusciano, Rosano, un arzobispado sin sufragáneos. La república de Sibaris es ahora el estado del duque de Corigliano (Riedesel, Viajes en Magna Græcia y Sicilia, p. 166-171).

(19) Esta conspiracion la refiere Procopio (Gothic., l. III, c. 31, 32), con tal independencia y ardor, que nada le queda que añadir para igualar la libertad de las Anécdotas.

(20) Los honores de Belisario están alegremente celebrados por su secretario (Procopio, Gothic., l. III, c. 35, l. IV, c. 21). El título de Στράτηγος está mal traducido, al menos en esta ocasion, por præfectus prætorii, y con respecto al carácter militar, magister militum, es mas propio y adecuado (Ducange, Gloss. Græc., p. 1458, 1459).

(21) Alemano (ad Hist. Arcanam, p. 68), Ducange (Familiæ Bizant. p. 98) Heinecio (Hist. Juris Civilis, p. 434), los tres representan á Anastasio como hijo de la hija de Teodora; y su opinion se apoya en el ambiguo testimonio de Procopio, (Anecdot., c. 4, 5—θυγατρίδῳ repetido dos veces). Con todo observaré, 1. Que en el año 547, Teodora apenas podia tener un nieto en el estado de la pubertad; 2. Que esta hija y su marido nos son enteramente desconocidos; y 3. Que Teodora ocultaba sus bastardos, y que su nieto por Justiniano hubiera sido heredero presunto del imperio.

(22) Las ἁμαρτήματα, ó faltas del héroe en Italia, y despues de su regreso, están referidas ἀπαρακαλύπτως, y probablemente abultadas por el autor de las Anecdotas (c. 4, 5). La jurisprudencia fluctuante de Justiniano favorecia los proyectos de Antonina. Sobre la ley de casamientos y

divorcios, aquel emperador era trocho versatilior (Heinecio, Element. Juris Civilis ad Ordinem Pandect. P. IV, N.º 233).

(23) Los Romanos eran aun apasionados de los monumentos de sus antecesores; y segun Procopio (Goth., l. IV, c. 22), la galera de Eneas, de un solo órden de remos, 25 piés de ancho, 120 de largo, se conservó entera en el *navalia*, cerca del monte Testacco, al pié del Aventino (Nardini, Roma Antica, l. VII, c. 9, p. 466. Donato, Roma Antigua, l. IV, c. 13, p. 334). Pero esta reliquia es desconocida á la antigüedad,

(24) En estos mares, Procopio buscó inútilmente la isla de Calipso. En Feacia ó Corcira, le enseñaron el buque petrificado de Ulises (Odyss. XIII, 163); pero halló que era de construccion moderna de muchas piezas, dedicado por un comerciante á Júpiter Casio (l. IV; c. 22). Eustacio supuso que era la imitacion ideal de una peña.

(25) M. D' Anville (Mémoires de l' Académ., tom. XXXII, p. 513-528) ilustra el golfo de Ambracia; pero no puede fijar la situacion de Dodona. Un pais á la vista de Italia es menos conocido que las asperezas de América (*).

(f) Es una estraña mentira. Procopio le llama ἐσχατογέρως. Gibbon se apresuró á achacarlo á su inesperiencia y dedujo que debia ser por su juventud. Lord Mahon indicó el error, p. 401. Debo añadir que en la última 4.ª edicion, corregida por Gibbon, dice « falta de juventud y esperiencia; » — pero Gibbon apenas puede haber querido poner esta frase. —M.

(26) Véanse los hechos de Jermano en la historia pública (Vandal., l. II, c. 16, 17, 18. Goth., l. III, c. 31, 32), y privada (Anecdot., c. 5) y de los de su hijo Justiniano, en Agatias (l. IV, p. 130, 131). A pesar de una espresion ambigua de Jornandes, fratri suo, Alemano probó que era hijo del hermano del emperador.

(27) Conjuncta Aniciorum gens cum Amala stirpe spem adhuc utriusque generis promittit (Jornandes, c. 60, p. 703). Escribió en Ravena antes de la muerte de Totila.

(*g* Véase la nota (31), p. 210.—M.

(28) El tercer libro de Procopio termina con la muerte de Jermano (Add. l. IV, c. 23, 24, 25, 26).

(29) Procopio refiere todas las series de esta segunda guerra gótica, y

(*) Sobre la situacion de Dodona compárense los Viajes de Walpole al Oriente, vol. II, p. 473; Col. Grecia del Norte de Leake, vol. IV, p. 168; y una disertacion del actual obispo de Lichfield (Dr. Butler) en el Apéndice de los Viajes de Hughes, vol. I, p. 511.—M.

la victoria de Narsés (l. IV, c. 21, 26-35). ¡ Escena esplendorosa ! Entre los seis asuntos de poesía épica que Taso revolvió en su mente, titubeó entre las conquistas de Italia por Belisario y Narsés (Obras de Hayley, vol, IV, p. 70).

(30) El pais de Narsés es desconocido, puesto que no debe confundirsele con el Persarmenio (*). Procopio le llama (Goth., l. II, c. 13) βασιλικῶν χρημάτων ταμίας; Pablo Warmefrido (l. II, c. 3, p. 776), Cartulario : Marcelino añade el de Cubiculario. En una inscripcion que está en el puente Salario, se le titula Ex-cónsul, Ex-præpositus, Cubiculi Patricius (Mascou, Hist. de los Jermanos, l. XIII, c. 25). La ley de Teodosio contra los eunucos se echó en olvido ó se abolió (Anotacion XX); pero la profecia mentecata de los Romanos se conservó en todo su vigor (Procopio, l. IV, c. 21).

(31) Pablo Warmefrido, el Lombardo, recuerda con complacencia el socorro, servicio, y honrosa despedida de sus compatricios—reipublica Romana adversus æmulos adjutores fuerant (l. II, c. I, p. 774, edic. Grot.) Estraño que Alboin, el rey guerrero, no mandase en persona á sus súbditos (*).

(h) Gibbon siguió ciegamente la traduccion de Maltreto: Bis mille ducentos—en tanto que el orijinal griego dice terminantemente πεντακοσίους τε καὶ δισχιλίους (Goth., lib. IV, c. 26). Del mismo modo (p. 583) saca voluntarios de Jermania, apoyándose en la autoridad de Cousin, quien, en un pasaje, toma á Jermano por Jermania. Con todo, unas cuantas pájinas mas adelante, se halla que Gibbon zahiere á los lectores franceses y latinos de Procopio. Lord Mahon, p. 403. El primero de estos yerros queda incorrecto, en la nueva edicion de los Bizantinos.—M.

(32) Era, si no un impostor, el hijo del ciego Zames, salvado por compasion y educado en la corte bizantina, por varios motivos de política, orgullo y jenerosidad (Procopio, Persic., l. I, c. 23).

(33) En tiempo de Augusto y en la edad media, toda la estension de Aquileya á Ravena estaba cubierta de bosques, lagos y pantanos. El hombre subyugó la naturaleza, y desde entónces la tierra ha sido cultivada, una vez recojidas las aguas. Véanse las instruidas investigaciones de Muratori (Antiquitat. Italia medii Ævi, tom. I, disert. XXI, p. 253 254), de Vitruvio, Estrabon, Herodiano, antiguas cartas y sabiduría local.

(34) La carretera flaminia, correjida del Itinerario, y los mejores mapas modernos, por D'Anville (Analyse de l' Italie, p. 147-162), puede es-

(*) Los Lombardos estaban aun en guerra con los Jépidas. Véase Procopio, Goth. lib. IV, p. 25.--M.

tablecerse así: Roma á Narni, 51 millas romanas; Terni, 57; Espoleto, 75; Foliño, 88; Nocera, 103, Cagli, 142; Intercisa, 157; Fosombrone, 160; Fano, 176; Pesaro, 184; Rímini, 208; sobre 65 leguas españolas. No menciona la muerte de Totila; pero Wesseling (Itinerar. p. 614) cambia, por el campo de *Tajinas*, la denominacion desconocida *Ptanias*, á ocho millas de Nocera.

(35) Plinio menciona á Tajine, ó mas bien Tadine; pero en el año 1007, el obispado de una ciudad arrinconada, á una milla de Gualdo, en la llanura, se unió con el de Nocera. Las señales de la antigüedad se conservan en las denominaciones locales, *Fossato*, el campo; *Capraca*, Caprea, Bastia, Busta Gallorum. Véase Cluverio (Italia Antigua, l. II, c. 6, p. 615, 616, 617), Lucas Holstenio (Anotat. ad Cluver., p. 85, 86), Guazzesi (Dissertat., p. 177-217, una investigacion declarada), y los mapas del estado eclesiástico, y la marca de Ancona, por Le Maire y Majini.

(36) La batalla se dió en el año 458 de Roma; y el cónsul Decio, sacrificando su vida, aseguró el triunfo de su pais y el de su colega Fabio (T. Liv. X, 28, 29). Procopio atribuye á Camilo la victoria del *Busta Gallorum*; y Cluverio refuta este error con la reconvencion nacional de Græcorum nugamenta.

(*i*) «Perro, ¿quiéres pegar á tu señor?» fué la esclamacion mas propia del jóven godo. Procopio, lib. IV, p. 32.—M.

(37) Teófanes, Chron., p. 193. Hist. Miscell., l. XVI, p. 108.

(38) Evagrio, l. IV, c. 24. La inspiracion de la Vírgen reveló á Narsés el dia, y la palabra, de batalla (Pablo Diacon., l. II, c. 3, p. 776).

(39) Ἔπι τούτου βασιλεύοντος τὸ πέμμτον ἑάλω. (Procopio, Goth. lib. IV, p. 33). En el año 536 por Belisario, en 546 por Totila, en 547 por Belisario, en 549 por Totila y en 552 por Narsés. Matreto tradujo inadvertidamente *sextum*; equivocacion que luego rectificó; pero el mal ya estaba hecho; y Cousin y una porcion de lectores franceses y latinos han caido en el lazo.

(40) Compárense dos pasos de Procopio (l. III, c. 26, l. IV, c. 24), los que con algunos apuntes de Marcelino y Jornandes, ilustran el estado del senado espirante.

(41) Véase en el ejemplo de Prusias, segun está en los fragmentos de Polibio (Exerpt. Legat., XCVII, p. 927, 928), un cuadro curioso de un esclavo real.

(42) El Δράκων de Procopio (Goth., l. IV, c. 35) es claramente el Sarno. El texto está alterado, por la violencia de Cluverio (l. IV, c. 3, p. 1156): pero Camilo Pellegrini de Nápoles (Discorsi sopra la campa-

nia Felice, p. 330, 331, probó con algunos apuntes antiguos, que en el año 822 aquel rio se llamaba el Dracontio, ó Draconcello.

(43) Galeno (de Method. Medendi, l. V, apud Cluver., l. IV, c. 3, p. 1159, 1160, describe la posicion elevada, aire puro, y esquisita leche, del monte Lactario, cuyas virtudes medicinales eran conocidas y ansiadas en tiempo de Simaco (l. VI, epíst. 18), y Casiodoro (Var. XI, 10). Hoy en dia no queda mas que el nombre de la torre de *Lettere*.

(44) Buat (tom. XI, p. 2, etc.) conduce á su predilecta Baviera este resto de los Godos, el que otros entierran en el monte Uri, ó devuelven á su isla nativa de Gotlandia (Mascou, Anot. XXI).

(45) Dejo á Escalíjero (Animad. in Eusebio., p. 59) y Salmasio (Exercitat. Plinian., p. 51, 52) que disputen sobre el oríjen de Cuma, antigua colonia griega en Italia (Estrabon, l. V, p. 372. Veleyo Paterculo, l. I, c. 4), abandonada ya en tiempo de Juvenal (Satir. III), y hoy en dia arruinada.

(46) Agatias (l. I, c. 21) coloca la cueva de la Sibila bajo los muros de Cuma: concuerda con Serjio (ad. l. VI, Eneid.); pero no sé porque desecha su opinion Heyne, el escelente editor de Virjilio (tom. II, p. 650, 651). In urbe media secreta religio! Pero Cuma no estaba aun construida y los rengolnes (l. VI, 96, 97) serian aun mas ridículos, si Eneas estuviese ahora en una ciudad griega.

(47) Algo difícil es el concordar el capítulo 35 del libro cuarto de la guerra gótica de Procopio con el libro primero de la historia de Agatias. No debemos orillar á un político y soldado, para seguir los pasos de un poeta y retórico (l. I, p. 11. l. II, p. 51, edic. Louore).

(48) Entre los hechos fabulosos de Bucceliuo, derrotó y dió muerte á Belisario, conquistó la Italia y *Sicilia*, etc. Véanse los historiadores de Francia, Gregorio de Turs (tom. II, l. III, c. 32, p. 203) y Aimoin (tom. III, l. II, de Gestis Francorum, c. 23, p. 59).

(*j*) . . . τὴν γλῶτταν Ναρσοῦ μεμφομένην μοι τῆς ἀβουλίας.

(*k*) Alijermo, tras la rendicion de Cuma, fué enviado por Narsés á Casena. Agatias.—M.

(49) Agatias habla de su superisticion en un tono filosófico (l. I, p. 18). En el año 613 aun prevalecia la idolatría en Zug, en Suiza: San Columbano y San Gall eran los apóstoles de aquel bárbaro pais; y el último fundó una ermita, que se estendió á un principado eclesiástico, y á una ciudad populosa; la residencia de la libertad y el comercio.

(*l*) Un cuerpo de tropas de Lotario fué derrotado cerca de Fano, algunos fueron arrojados por los precipicios al mar, otros huyeron al campamento: muchos prisioneros aprovecharon la ocasion de fugarse; y los Bárbaros perdieron la mayor parte de su botin, en su retirada precipitada. Agatias.—M.

(50) Véase la muerte de Lotario en Agatias (l. II, p. 38) y Pablo Warmefrido, llamado el Diácono (l. II, c. 3, p. 775). El Griego dice que estaba desesperado. Habia saqueado las iglesias.

(51) El padre Daniel (Hist. de la Milice Françoise, tom. I, p. 17-21) dió una descripcion ideal de esta batalla, algo semejante á la del caballero Folard, el célebre editor de Polibio, que acomodaba á sus opiniones y costumbres todas las operaciones militares de la antigüedad.

(52) Agatias (l. II, p. 37) compuso una epigrama griega de seis líneas sobre esta victoria de Narsés, que está ventajosamente comparada á las batallas de Maraton y Platea (*). La diferencia principal está verdaderamente en sus consecuencias, tan trivial en el primer caso, tan permanente y gloriosa en el segundo.

(53) El Bercia y Brincas de Teófanes ó su copista (p. 201) debe leerse ó entenderse Verona y Brixia.

(54) Ἐλείπετο γὰρ, οἶμαι, αὐτοῖς ὑπὸ ἀβελτερίας τὰς ἀσπίδας τυχὸν καὶ τὰ κράνη ἀμφορέως οἴνου καὶ βαρβίτου ἀποδόσθαι (Agatias, l. II, p. 48). En la primera escena de Ricardo III, nuestro poeta inglés ha hermoseado y esplayado este arranque, por el que, con todo, nada tiene que agradecer al historiador bizantino.

(55) Maffei probó (Verona Illustrata, P. I, l. X, p. 257, 289), contra la opinion jeneral, que los duques de Italia habian sido instituidos por Narsés, antes de la conquista de los Lombardos. En la pragmática sancion (N.º 23), Justiniano restinjió los judices militares.

(56) Véase Paulo Diácono, l. III, c. 2, p. 776. Menandro (in Excerpt. Legat. p. 133) menciona algunos levantamientos en Italia por los Francos, y Teófanes (p. 201) apunta algunas rebeliones góticas.

(57) La Pragmática Sancion de Justiniano, que restablece y regula el estado civil de Italia, consta de XXVII artículos: está fechada el 15 de agosto (A. 554) dirijida á Narsés, V. J. Præpositus Sacri Cubiculi, y á Antíoco, Præfectus Prætorio Italiæ; y ha sido conservada por Juliano Antecesor, y en el Corpus Juris Civilis, tras las innovaciones y edictos de Justiniano, Justino y Tiberio.

(58) Mayor número aun pereció de hambre en las provincias occidentales, sin contar (ἔκτος) el golfo Ionio. Las bellotas se comian en lugar del pan. Procopio vió á un huérfano desamparado chupado por una cabra. Diez y siete pasajeros fueron hospedados por dos mujeres, que los asesinaron y comieron; pero el décimooctavo las mató, etc. (**).

(*) No en el epígrama, sino en las observaciones prévias.—M.

(**) Denina considera este mal que afligia la Italia por la reconquista griega, mucho mayor que el de ninguna otra invasion. Revoluz. d' Italia, tom. I, l. V, p. 247.—M.

(59) Quinta regio Piceni est; quondam uberrimæ multitudinis, CCCXL millia Picentium in fidem P. R. venere (Plin. Hist. Natur., III, 18). En tiempo de Vespasiano, esta antigua poblacion estaba muy disminuida.

(60) Quizás quince ó diez y seis millones. Procopio (Anecdot., c. 18) calcula que el Africa perdió cinco millones, que Italia era tres veces mas estensa, y que la despoblacion era mucho mayor en proporcion. Pero su computo es parcial y envuelto en dudas.

(*m*) Zaberjan era rey de los Cutrigures, tribu de Hunos, que ni bien eran Búlgaros ni Eslavones. San Martin, vol. IX, p. 408-420.—M.

(61) En la decadencia de estas escuelas militares, la sátira de Procopio (Anecdot., c. 24. Aleman. p. 102, 103), la confirma é ilustra Agatias (l. V, p. 159), á quien no puede mirarse como un testigo sospechoso.

(62) La distancia entre Constantinopla y Melantias, qiunta cesariana (Amian. Marcelin., XXX, 11) está fijada diferentemente en 102 ó 140 estadios (Suidas, tom. II, p. 522, 523. Agatias, l. V, p. 158) ó XVIII ó XIX millas (Itineraria, p. 138, 230, 323, 332, y Observaciones de Wesseling). Las doce millas primeras, hasta Rejio, estaban empedradas por órden de Justiniano, quien mandó construir un puente sobre un pantano, entre un lago y el mar (Procop. de Edif., l. IV, c. 8).

(63) El Atiras (Pompon. Mela, l. II, c. 2, p. 169, edic. Voss). A la embocadura del rio, una ciudad ó castillo del mismo nombre fué fortificado por Justiniano (Procop. de Edif., l. IV, c. 2. Itinerar. p. 570, y Wesseling).

(64) La guerra búlgara, y la última victoria de Belisario, están imperfectamente descritas en la prolija declamacion de Agatias (l. 5, p. 154-174) y la adusta crónica de Teófanes (p. 197, 198).

(65) Ἰνδους. Casi no podian ser verdaderos Indios; y los Etíopes conocidos á veces con este nombre, los antiguos nunca los emplearon en su guardia ó séquito; y eran únicamente objeto, aunque costoso, del lujo femenino ó real (Terent. Eunuch, act. I, escena II. Sueton. in August. c. 83, con una nota útil de Casaubon, en Calígula, c. 57).

(66) Los (*) Serjios (Vandal., l. II, c. 21, 22. Anecdot. c. 5) y Marcelos (Goth., l. III, c. 32) los menciona Procopio. Véase Teófanes, p. 197, 201.

(67) Alemano (p. 3) cita un antiguo manuscrito bizantino que ha sido impreso en el Imperium Orientale de Banduri.

(68) Sobre la desgracia y restauracion de Belisario, se conserva el apunte orinnal en el fragmento de Juan Malala (tom. II, p. 234-243) y la

(*) Algunas palabras, « los hechos de » ó « los crímenes de », parece que faltan en el texto. En todas las ediciones que he consultado hay la misma omision.—M.

exácta crónica de Teófanes (p. 194-204). Cedreno (Compend., p. 387, 388) y Zonaras (tom. II, l. XIV, p. 69) parecen titubear entre la verdad anticuada y la asomante mentira.

(*n*) Le Beau, siguiendo á Alemano, supone que Belisario se confundió con Juan de Capadocia, que fué así reducido á la mendiguez (vol. IX, p. 58, 449). Lord Mahon, con mucha sabiduría, y apoyándose en la autoridad de un escritor del siglo XI, que aun no se ha citado, trata de restablecer la antigua tradicion. No puedo confesar que me haya convencido, y me inclino mas bien á la teoría de Le Beau.—M.

(69) El oríjen de esta fábula puede derivarse de una obra miscelánea del siglo XII, las Chiliadas de Juan Tzetzes, fraile (*) (Basil. 1546, ad calcem Lycophront. Colon, Allobrog. 1614. in Corp. Poet. Græc.). Refiere la guerra y mendicidad de Belisario en diez versos vulgares (Chiliad III, N.° 88, 339-348 in Corp, Poet. Græc., tom. II, p. 311).

Ἔκπωμα ξύλινον κρατῶν, ἐβόα τῷ μιλίῳ,
Βελισαρίῳ ὀβολὸν δότε τῷ στρατηλάτῃ
Ὅν τύχη μὲν ἐδόξασεν, ἀποτυφλοῖ δ' ὁ φθόνος.

Este cuento moral ó romántico fué introducido en Italia con el idioma y manuscritos griegos; repetido á fines del siglo XV por Critino, Pontano, y Volaterrano; refutado por Alciato, en honor de la ley; y defendido por Baronio (A. 561, N.° 2, etc.) en honor de la Iglesia. Con todo Tretres leyó en *otras* crónicas, que Belisario no habia perdido la vista, y que habia recobrado su fama y fortuna.

(70) La estátua en la quinta Borghesa en Roma, sentada, con la mano abierta, que se dice vulgarmente estenderse á Belisario, puede atribuirse como mas dignidad á Augusto en el acto de posesionarse de Nemesis (Winkelman, Hist. de l' Art. tom. III, p. 266). Ex nocturno visu etiam stipem, quotannis, die certo, emendicabat a populo, cavna manum asses porrigentibus probens (Sueton en August., c. 91, con una escelente nota de Casaubon) (**).

(71) El *rubor* de Domiciano está bastante denigrado por la pluma de Tácito (in Vit. Agricol., c. 45); y tambien han hablado de él Plinio el Menor (Panegyr., c. 48) y Suetonio (in Domitian, c. 18, y Casaubon ad locum). Procopio (Anecdot., c. 8) cree neciamente que solo un busto de Domiciano alcanzó al siglo VI.

(72) Los estudios y ciencia de Justiniano están atestiguados por la con-

(*) No sé de donde ha sacado Gibbon que Tzetzes era fraile; supongo que miró sus malos versos como una prueba de su estado monástico. Compárese el prefacio de Jerbelio, en la edicion de Tzetzes, por Rieslin. M.

(**) Lord Mahon desecha la estatua, como enteramente irreconciliable con el estado de las artes en este periodo (p. 472).—M.

fesion (Anecdot., c. 8, 13) aun mas que por las alabanzas (Gothic., l. III, c. 31, de Edif., l. I, Proem. c. 7) de Procopio. Consúltese el estenso índice de Alemano, y léase la vida de Justiniano por Ludewig (p. 135-142).

(73) Véase en el C. P. Christiana de Ducange (l. I, c. 24, N.º 1) una cadena de testimonios orijinales, desde Procopio en el siglo VI, á Jilio en el XVI.

(74) El primer cometa lo menciona Juan Malala (tom. II. p. 190, 219) y Teófanes (p. 154); el segundo Procopio (Persic., l. II, c. 4) Con todo sospecho su identidad. La palidez del sol (Vandal l. II, c. 14) la aplica Teófanes (p. 158) á otro año (*).

(75) El libro VII de Séneca de las Cuestiones Naturales patentiza, en la teoría de los cometas, un entendimiento filosófico. Con todo no debemos muy cándidamente confundir una prediccion vaga, á veniet tempus, etc. con el mérito de los verdaderos descubrimientos.

(76) Los astrónomos pueden estudiar á Newton y Halley. Saco mi humilde ciencia del artículo COMÈTE, en la Enciclopedia francesa, por M. d' Alembert.

(77) Whiston, el honrado, piadoso y soñador Whiston, habia pensado, para la era del diluvio de Noé (2242 años antes de Cristo), una aparicion anterior del mismo cometa que inundó la tierra con su cola.

(78) Una disertacion de Fréret (Mémoires de l' Académie des Inscriptions, tom. X, p. 357-377) suministra un conjunto de erudicion y filosofía. El fenómeno de en tiempo de Ojijes fué conservado por Varron (apud Augustin de Civitate Dei, XXI, 8), quien cita á Castor, Dion de Nápoles, y Adrasto de Cizico—nobiles mathematici. Los dos períodos subsiguientes están conservados, por los mitolojistas griegos y los libros espúreos de versos sibilinos.

(79) Plinio (Hist. Nat. II, 23) copió el memorial orijinal de Augusto. Mairan en sus eruditas cartas al P. Parennin, misionero en la China, traslada los juegos y el cometa de setiembre, del año 44 al 43, antes de la era cristiana; pero no me convence enteramente la crítica del astrónomo (Opúsculos, p. 275-351).

(80) Este último cometa fué visible en el mes de diciembre de 1680. Baile que empezó sus Pensamientos sobre el Cometa en enero, 1681 (OEuvres, tom. III), tuvo que deducir que un cometa *sobrenatural* hubiera confirmado á los antiguos en su idolatría. Bernoulli (véase su

(*) Véase Lido de Ostentis, particularmente c. 15, en el que el autor empieza á demostrar la significacion de los cometas segun los puntos de la bóveda celeste en que aparecen, que bienes pronosticaron al imperio romano, y á sus enemigos los Persas. Con todo, el capítulo está imperfecto. (Edic. Niehuhr, p. 290).—M.

Elojio, en Fontenelle, tom. V, p. 99) confesó que la cola, aunque no la cabeza, era una *señal* de la cólera de Dios.

(81) El Paraiso Perdido publicado en el año 1667; y las célebres líneas (l. II, 708, etc.), que sorprendieron al censor, pueden aludir al último cometa de 1664, observado por Cassini en Roma, en presencia de la reina Cristina (Fontenelle, en su *Elojio*, tom. V, p. 338). ¿Habia Cárlos II dado algunos indicios de curiosidad ó miedo?

(o) Compárese Pingre, Histoire des Comètes.—M.

(82) Sobre los terremotos, véase Buffon (tom. I, p. 502-563. Supplément á l' Hist. Naturelle, tom. V, p. 382-390, edicion en 4.°), Valmont de Bomare (Dictionnaire d' Histoire Naturelle, *Tremblemens de Terre*, *Pyrites*), Watson (Ensayos Químicos, tom. I, p. 181-209).

(83) Los terremotos que conmovieron el mundo romano en el reinado de Justiniano están descritos ó mencionados por Procopio (Goth., l. IV, c. 25. Anecdot., c. 18), Agatias (l. II, p. 52, 53, 54, l. V, 145-152) Juan Malala (Chron., tom. II, p. 140-146, 176, 177, 183, 193, 220, 229, 231, 233, 234), y Teófanes (p. 151, 183, 189, 191-196) (*).

(84) Una elevacion empinada, un cabo perpendicular, entre Arado y Botris, llamado por los Griegos θεῶν πρόσωπον ó εὐπρόσωπον λιθοπρόσωπον por los escrupulosos cristianos (Polibio, l. V, p. 411. Pomponio Mela, l. I, c. 12, p. 87, cum Isaac Voss. Observat. Maundrell, Jornada, p. 32, 33. Descripcion de Pocock, vol. II, p. 99).

(85) Botris fué fundada (annante Christ. 935-903) por Itobal, rey de Tiro (Marsham, Canon Chron., p. 387, 388). Su mezquina suplente, la villa de Patrono, carece de puerto.

(86) La universidad, esplendor y ruina de Berito, han sido celebradas por Heinecio (p. 351-356) como una parte esencial de la historia de la ley romana. Fué derribada en el año XXV de Justiniano, A. 551, julio 9 (Teófanes, p. 192); pero Agatias (l. II, p. 51 52), suspende el terremoto hasta haber terminado la guerra italiana.

(87) He leido con gusto el corto, pero elegante tratado de Mead, sobre las Dolencias Pestilentes, VIII edicion, Lóndres, 1722.

(88) La gran plaga que reinó en 542 y en los años siguientes (Pagi, Crítica, tom. II, p. 518) puede verse descrita en Procopio (Persic., l. II, c. 22, 23), Agatias (l. V, p. 153, 154), Evagrio (l. IV, c. 29), Pablo Diácono (l. II, c. 4, p. 776, 777), Gregorio de Turs (tom. II, l. IV, c. 5, p. 205), quien le llama *Lues Inquinaria*, y las Crónicas de

(*) Compárese Daubeny sobre terremotos, y la Jeolojía de Lyell, vol. II, p. 181 y sig.—M.

Victor Turunensis (p. 9, in Thesaur. Temporum), de Marcelino (p. 54) y de Teófanes (p. 155).

(89) El Dr. Freind (Hist. Medicin. in Opp. p. 416-420. Lond 1735) supone que Procopio debia haber estudiado medicina, por su conocimiento y uso de las voces técnicas. Con todo, muchas de las voces que hoy en dia son científicas, eran comunes y populares en el idioma griego.

(90) Véase Tucídides, l. II, c. 47-54, p. 127-135, edic. Duker y la descripcion poética de la misma plaga por Lucrecio (l. VI, 1136-1284). Tengo que agradecer al Dr. Hunter un trabajo documentario sobre esta parte de Tucídides, un tomo en cuarto de 600 pájinas (Venet. 1603, apud Juntas), que fué pronunciado en la librería de San Márcos por Fabio Paulino Utinensis, médico y filósofo.

(91) Tucídides (c. 51) afirma, que la infeccion solo se tenia una vez; pero Evagrio que conocia por esperiencia la plaga, dice, que algunas personas que se habian salvado del primer ataque, yacieron al segundo; y Fabio Paulino (p. 588) confirma esta repeticion. Voto que sobre este punto los médicos no están acordes; y la clase y efectos de este mal pueden no ser siempre idénticos.

(92) Así se salvó Sócrates de la plaga de Aténas por su sobriedad (Aul. Gellius, Noct. Athic. II, 1). El Dr. Mead atribuye la salubridad particular de las casas relijiosas, á las dos ventajas de aislamiento y abstinencia (p. 18, 19).

(93) Mead prueba que la plaga era contajiosa, apoyándose en Tucídides, Lucrecio, Aristóteles, Galeno, y la esperiencia (p. 10-20), y refuta (Prefacio, p. II-XIII) la opinion contraria de los médicos franceses que visitaron á Marsella en el año 1720. Con todo eran los espectadores de una plaga que en pocos meses, habia arrebatado 50.000 habitantes (sobre la Peste de Marsella, Paris, 1786) de una ciudad, que hoy en dia en medio de la prosperidad y el comercio, encierra mas de 90.000 almas (Necker, sur les Finances, tom. I, p. 231).

(94) Las fuertes aserciones de Procopio—οὔτε γὰρ ἰατρῷ οὔτε ἰδιώτῃ—quedan deshechas por la esperiencia de Evagrio.

(95) Tras algunas figuras de retórica, las arenas del mar, etc. Procopio (Anecdot., c. 18) trata de dar una relacion mas circunstanciada: que μυριάδας, μυριάδων μυρίας, habian sido esterminados bajo el reinado del demonio imperial. La espresion es ambigua, tanto en gramática, como en aritmética; y una interpretacion literal produciria muchos millones de millones. Alemano (p. 80) y Cousin (tom. III, p. 178) traduce este pasaje «doscientos millones,» pero ignoro los motivos. Si separamos el μυριάδας el restante μυριάδων μυρίας una miriada de miriadas, producirá cien millones, número que es admisible.

CAPITULO XLIV.

Reseña de la Jurisprudencia Romana.—Leyes de los Reyes. — Las Doce Tablas de los Decemviros. —Leyes del Pueblo. — Decretos del Senado. — Edictos de los Majistrados y Emperadores. — Autoridad de los Letrados. — Código, Pandectas, Novelas é Instituta de Justiniano. —I. Derechos de las Personas —II. Derechos de las entidades. — III. Agravios particulares y Acciones. — IV. Delitos y Castigos.

Yacen por el suelo todos los dictados insustanciales de las victorias de Justiniano; pero vive estampado el nombre del lejislador en un monumento grandioso y sempiterno. En su reinado y por sus desvelos, se fué coordinando la jurisprudencia civil en las obras inmortales del Código, las Pandectas y la Instituta (1); el desempeño público de los Romanos, ha trascendido callada ó espresamente á las disposiciones caseras de Europa (2), y las leyes de Justiniano están todavía imponiendo acatamiento ú obediencia á las naciones independientes. Cuerdo ú venturoso será todo príncipe que hermane su nombradía y pundonor para siempre, con los intereses de los pudientes. La defensa de su fundador es el empeño que en todo tiempo han tomado á su cargo los letrados mas injeniosos y eficaces. Ensalzan entrañablemente sus prendas; encubren ó desmienten sus yerros, y escarmientan desaforadamente á cuantos se propasan, ciega ó malvadamente, á mancillar la majestad de la púrpura. Tan descompasada idolatría, como suele suceder, ha enconado á los contrarios, y zahirió la ojeriza cuanto ensalzó la lisonja la índole de Justiniano; pues la sinrazon de una secta (los Ante-Tribonianos) apea de toda alabanza y merecimiento al príncipe, á sus ministros y á sus leyes (3). Ajeno yo de toda parcialidad, amante tan solo de la verdad acendrada de la historia, y al arrimo de guias espertos y atinados (4), voy á entablar con fundada desconfianza el asunto de las leyes civiles, que ha estado embargando vidas enteras y eruditas, y sigue cuajando los estantes de tantísima grandiosa librería. En un capítulo solo, y si cabe harto breve, voy á eslabonar la jurisprudencia Romana, desde Rómulo hasta Justiniano (5), desentrañar los afanes de este, y esplayarme puntualizando los principios de una cien-

cia tan trascendental para la paz y felicidad de los hombres. Las leyes de toda nacion constituyen la parte mas instructiva de su historia; y aunque me he vinculado en escribir los anales de una monarquía menoscabada, me regalaré con la coyuntura de respirar el ambiente puro y entonador de la república.

Constaba el gobierno primitivo de Roma (6) con atinada disposicion estadística, de un rey electivo, un consejo de prohombres y junta jeneral del pueblo. Encabezaba el majistrado supremo la guerra y la relijion, compitiéndole la propuesta de las leyes que se desentrañaban en el senado, y se revalidaban ó desechaban, á mayoría de votos, en las treinta *curias* ó barrios de la ciudad. Se decantan á Rómulo, Numa y Servio Tulio como lejisladores primitivos, y á cada uno de ellos corresponde su particularidad, en la triple division de la jurisprudencia (7). Leyes matrimoniales, educacion de niños, y autoridad de los padres que al parecer dimana de la misma *naturaleza*, se atribuyen á la sabiduría innata de Rómulo. La ley de las *naciones* y del culto relijioso que planteó Numa, procedió de sus coloquios nocturnos con la ninfa Ejeria. La ley civil se conceptúa parto de la esperiencia de Servio; fué contrapesando los derechos y los haberes de las siete clases de ciudadanos, y afianzó con cincuenta observancias nuevas la fe de los contratos y el castigo de los delitos. Propendió en sus manos el estado á la democracia, y Tarquino lo trocó en desaforado despotismo; y al volcar luego la dignidad real, vincularon en sí los patricios los fueros de la libertad. Las leyes rejias pararon en odiosas ó anticuadas; nobles y sacerdotes estuvieron calladamente conservando el depósito misterioso, y á los sesenta años siguieron los ciudadanos de Roma lamentándose, de que los majistrados los avasallaban mas y mas con sus fallos arbitrarios. Sin embargo las instituciones de los reyes estaban ya barajadas con las costumbres públicas y particulares de la ciudad; el esmero de los anticuarios fué recopilando algunos trocillos (8) de aquella jurisprudencia venerable (9), y mas de veinte testos están todavía manifestando la tosquedad del dialecto pelásjico de los Latinos (10).

No he de repetir la historia tan sabida de los Decemviros (11), quienes mancillaron con sus actos el realce de estampar en bronce, madera ó marfil, las Doce Tablas de las leyes Romanas (12). Las dictó allá la zelosa tiranía de una aristocracia mal avenida con sus forzadas, concesiones al pueblo. Pero el contenido de las Doce Tablas conjeniaba con el temple del vecindario, y los Romanos iban descollando sobre la barbarie, pues eran ya capaces de estudiar y apetecer las instituciones de sus vecinos mas ilustrados (*b*). Logró la envidia ahuyentar de su patria á un Efesio despejado, quien antes de aportar por el Lácio, habia ido notando los diversos aspectos de la naturaleza humana, y de la sociedad civil; franqueó sus alcances á los lejisladores de Roma, y el foro ostentó luego una estatua á

la memoria perpetua de Hermodoro (13). Los nombres y los quebrados de las monedas de cobre; única de un estado en mantillas, eran de orijen Dórico (14). Acudian las cosechas de Campania y Sicilia al asomo de un pueblo, cuya labranza solia pobrear, acosada por guerras y bandos, y entablado ya el comercio (15), los diputados salidos del Tíber, podian volver de su encargo con una remesa mas apreciable de sabiduría política. Habian las colonias de la Grande Grecia traido y mejorado las artes de sus metrópolis Cuma y Rejio. Crotona y Tarento, Agrijento y Siracusa, se encumbraron á la jerarquía de las ciudades mas florecientes. Fueron los discípulos de Pitágoras aplicando la filosofía á la práctica del gobierno; las leyes verbales de Carondas se realzaban con la música y la poesía (16), y Zeleuco lejisló la república de los Locrios, que se mantuvo inalterable por mas de doscientos años (17). Por engreimiento tambien de arranque nacional, tanto Tito-Livio como Dionisio, abundan en la creencia, de que los diputados de Roma pasaron á Aténas bajo el réjimen atinado y esplendoroso de Péricles, y las leyes de Solon se vaciaron en las Doce Tablas. Si tal embajada llegara de parte de los bárbaros de la Hesperia, se vulgarizara entre los Griegos antes del reinado de Alejandro (18), y el testimonio mas escaso se rastreara despues y se decantara afanadamente. Enmudecen sin embargo los monumentos Atenienses, ni se conceptúa verosímil que los patricios emprendieran allá navegacion tan larga y arriesgada, en busca de una lejislacion popular. Asoman visos de semejanza entre las tablas de Solon y de los Decemviros, con máximas que la razon natural pone de manifiesto en toda sociedad, y tambien pruebas de entronques comunes con el Ejipto y la Fenicia (19); mas en los rasgos capitales de jurisprudencia pública y particular, se muestran los lejisladores de Roma y de Atenas muy ajenos y muy encontrados.

Prescindiendo ahora del orijen y mérito de las Doce Tablas; lograron (20) entre los Romanos aquel acatamiento ciego y desalado que se complacen los lejistas en profesar á sus instituciones solariegas. Ciceron (21) es un encarecedor ufano de su estudio, por halagüeño y por instructivo. Embelesan el ánimo con el recuerdo de voces anticuadas, y de costumbres ya lejanas; atesoran los principios mas certeros de moralidad y de gobierno, y afirmó desde luego que el parto brevecillo de los Decemviros, sobrepuja con castiza escelencia á las librerías de la filosofía griega. « ¡Cuan asombrosa » prorumpe Marco Tulio con preocupacion entrañable ó estudiada « es la sabiduría de nuestros antepasados! Solos nosotros somos los árbitros del acierto civil, y descollamos tanto mas, en tendiendo la vista por la jurisprudencia rastrera y casi ridícula de Dracon, Solon y Licurgo. » Encomendáronse las Doce Tablas á la memoria de los mozos y á las meditaciones de los ancianos; se estuvieron copiando y desentrañando con hábil ahinco: se libertaron de las llamas de los Ga

los, permanecian aun en tiempo de Justiniano, y los afanes de tanto crítico moderno han venido á restablecerlas descabaladamente (22). Pero si bien se acataban y engrandecian como la norma del derecho, y el manantial de la justicia, (23) las estaba ya anegando y oprimiendo un cúmulo de leyes nuevas, que al cabo de cinco siglos dejeneraron en una plaga mas insufrible que los vicios de la misma ciudad (24). Habia tres mil planchas de cobre con las actas del senado y del pueblo, depositadas en el Capitolio (25); y algunas de ellas, como la ley Julia contra las estafas, pasaban de cien capítulos (26). Desatendieron los Decemviros la disposicion de Zaleuco, que por tanto tiempo conservó cabal su república, pues todo Locrio que venia proponiendo una ley nueva, tenia que presentarse al consejo con un dogal enroscado al cuello, y desechándose la propuesta, quedaba el innovador inmediatamente ahorcado.

Se nombraron los Decemviros y se aprobaron sus Tablas por un consejo de *centurias*, en el cual predominaban los pudientes. A la primera clase de Romanos poseedores de quinientas mil libras de cobre (27), correspondian noventa y ocho votos, y solo quedaban noventa y cinco á las seis clases inferiores, repartidas por la política solapada de Servio, segun sus haberes. Pero luego los Tribunos plantearon otro sistema harto mas decoroso y popular, pues á cada ciudadano asistia igual derecho para lejislar aquello que estaba obligado á cumplir. Convocaban las *tribus*, en vez de las *centurias*, y los patricios, tras desvalidos conatos, tuvieron que doblegarse á los decretos de una junta, en que sus votos se barajaban con los del ínfimo plebeyo. Pero mientras las tribus siguieron en ir pasando por los puentecillos *angostos* (28) y votando á voces, todo ciudadano se patentizaba á los ojos y oidos de sus amigos y compatricios. Los deudores insolventes acataban los deseos de sus acreedores, los ahijados se sonrojaban de estrellarse con sus padrinos; se iban tras su jeneral los veteranos, y la gravedad de un majistrado aleccionaba á la muchedumbre. El nuevo sistema de bolas reservadas atajó zozobras, rubores y todo jénero de miramiento, y así el abuso de tanto ensanche redobló mas y mas los progresos de la anarquía y el despotismo (29). Habian aspirado los Romanos á la igualdad, y la lograron en el nivel de la servidumbre; dictaba Augusto, y acudian rendidamente tribus ó centurias á formalizar su consentimiento. Una vez, absolutamente sola, tropezó con resistencia entrañable y denodada. Se habian desprendido aquellos súbditos de toda libertad política, pero resguardaron los ensanches de la vida casera. Una ley que revalidaba la obligacion y robustecia los vínculos del matrimonio, quedó alborotadamente desechada: vitoreó Propercio desde el regazo de su Delia el triunfo del amor desahogado, y hubo que emplazar el intento hasta que fuese creciendo otra jeneracion mas avenible (30). Aun sin este ejemplar estaba aquel usurpador ladino hecho cargo del desman de toda

junta; popular y su esterminio labrado ya recónditamente por Augusto, quedó cumplido sin resistencia, y casi aun sin mencion, al advenimiento del sucesor (31). Seiscientos senadores, cuyos honores, haberes y vidas pendian de la clemencia del emperador, desbancaron á sesenta mil lejisladores plebeyos, formidables por su número y escudados con su desamparo. El don de la autoridad lejislativa, desacibaró el malogro de su poderío ejecutivo, y cupo á Ulpiano el afirmar tras la práctica de doscientos años, que los decretos del senado fueron válidos y vijentes al par de las leyes. Los acuerdos del pueblo solian ser, en tiempo de la libertad, disparos ó desaciertos de un instante; acudieron individuos solos con las leyes Cornelia, Pompelia y Julia, á enfrenar los desbarros desaforados; pero en tiempo de los Césares, el senado se componia de majistrados y lejistas, y en puntos de jurisprudencia privada, por maravilla llegaban á descarriar sus fallos, recelos ni intereses (32).

Los majistrados, revestidos con los *timbres* del estado, promulgaban edictos peculiares (*c*), para suplir á veces el silencio ú la ambigüedad de las leyes (33), regalía antigua que se traspasó luego á los cónsules y dictadores en sus cargos respectivos, como tambien á los censores y pretores; y aun los tribunos del pueblo ediles y procónsules, se fueron luego apropiando iguales derechos. Pregonábanse en Roma y en las provincias las obligaciones del súbdito y los intentos del superior, y el pretor de la ciudad seguia reformando la jurisprudencia civil, como juez supremo, con los edictos anuales (*d*). Trepaba al tribunal, publicaba á voz de pregon, y rasgueaba en una pared jabelgada, las máximas que trataba de observar en los casos dudosos, y el temple que estaba en ánimo de dar á la tirantez suma de los estatutos antiguos. Se introdujo en la república cierta ley del encaje mas apropiado á la monarquía; los pretores se fueron sucesivamente amañando mas y mas en el arbitrio de acatar el nombre y burlar lo sustancial de las leyes; se idearon allá sutilezas y ficciones para trastornar el sentido mas obvio de los Decemviros, y siendo el fin saludable solian ser desatinados los medios. El ánimo recóndito ú probable del difunto venia tal vez á prevalecer sobre el órden natural de la sucesion y las formalidades del testamento, y el demandante apeado del concepto de heredero, aceptaba con igual complacencia de un pretor bondadoso la posesion de los bienes de su difunto deudo ú bienhechor. Sustituíanse en los desagravios, compensaciones y multas á los rigores ya anticuados de las Doce Tablas; se orillaba el tiempo y el espacio con supuestos soñados, y el alegato de mocedad, engaño ú tropelía, anulaba la obligacion, ó descargaba del cumplimiento de un contrato incómodo. Jurisdiccion tan desahogada y arbitraria, estaba siempre en el disparador de rematados abusos: se solia sacrificar el quicio y la formalidad de la justicia al antecedente de la virtud, al ímpetu de cariño recomendable,

ó el cohecho torpe del interés ó del encono. Mas cesaban los desbarros y achaques de cada pretor con su cargo anual, y los jueces sucesores se atenian tan solo á las máximas de la racionalidad ó de la práctica; el rumbo de los procedimientos se patentizaba con el fallo de los casos nuevos, y toda propension al desafuero se zanjaba por la ley Cornelia, que precisaba al pretor de aquel año á conformarse con la letra y la mente de su primera proclama (34). Quedaba reservado para el teson y sabiduría de Adriano el realizar el intento ideado por la trascendencia del Cesar, y el pretorado de Salvio Juliano, letrado esclarecido, se inmortalizó con el parto de su edicto perpetuo. Revalidaron el emperador y el senado aquel código discretísimo; se zanjó ya el desvío dilatado de la equidad y la ley, y en vez de las Doce Tablas, el edicto perpetuo se planteó como la norma invariable de la jurisprudencia civil (35).

Desde Augusto hasta Trajano, los Césares comedidos se ciñeron á promulgar sus edictos, segun las varias jerarquías de majistrados Romanos (e) y se insertaban acatadamente lá *cartas* ó *arengas* del príncipe, en los decretos del senado. Adriano es el primero (36) que asoma revestido plenamente y sin rebozo de la potestad lejislativa. Le conjeniaba esta innovacion por su actividad, por el rendimiento de aquel tiempo y por su dilatada ausencia del solio del gobierno. Si siguieron su rumbo los monarcas sucesores; y segun el símil harto montaraz de Tertuliano «la segur de los mandatos rejios y las *Constituciones*, despejó la maleza lóbrega y enmarañada de las antiguas leyes (37).» En los cuatro siglos intermedios de Adriano á Justiniano, el albedrío del soberano fué el vaciador de la jurispudencía pública y privada, y fueron poquísimas las instituciones humanas ó divinas que vinieron á permanecer en su antigua planta. La obscuridad de los siglos y el pavor del despotismo armado encubrió el oríjen de la lejislacion imperial; el servilismo, y quizás la idiotez de los letrados que se empapaban en el boato de la corte Romana ó Bizantina, dieron en pregonar dos patrañas. 1.ª A instancias de los antiguos Césares, el pueblo ú el senado habian á veces concedido una franquicia personal de las obligaciones y penas de estatutos particulares, y cada otorgamiento venia á ser un acto de jurisdiccion, ejercido por la república sobre su primer ciudadano. Su regalía humilde paró despues en la prerogativa de un tirano, y la espresion latina de « descargado de las leyes (38), » se conceptuaba ensalzadora del emperador sobre, *todas* las trabas humanas, dejando á su conciencia y entendimiento la sagrada norma de su conducta. 2.ª Dependencia muy semejante se sobreentendia en los decretos del senado, que á cada reinado iba deslindando los dictados y la potestad de un majistrado electivo. Mas ya se habian estragado los conceptos y el idioma de los Romanos, cuando una ley *rejia* (39) y un don irrevocable del pueblo, se fraguó por el albedrío de Ulpiano, ú mas probablemente

por el mismo Triboniano (40), y el orijen de la potestad imperial, aunque falso en el hecho y servil en sus resultas, estribaba sobre un principio de libertad y de justicia. «El albedrío del emperador tiene el poderío y los efectos de la ley, puesto que el pueblo Romano con la ley rejia ha traspasado á su príncipe todos los ámbitos de su propia potestad y soberanía (41).» Y así quedaba convenido, que el albedrío de un individuo tal vez niño, se debia sobreponer á la sabiduría de los siglos y á la inclinacion de millones; y la bastardía de los Griegos se ufanaba en pregonar, que en una sola diestra se debia colocar en salvo el ejercicio arbitrario de la lejislacion. «¿Qué interés ó acaloramiento,» prorumpe Teófilo en la corte de Justiniano, «ha de alcanzar al encumbramiento bonancible y escelso del monarca? Es ya dueño de vidas y haciendas, y cuantos le desagradaron yacen allá con los difuntos (42).» Orillando lisonjas, confesará el historiador, que en puntos de jurisprudencia personal, el soberano absoluto de un imperio grandioso por maravilla se torcerá con desvíos particulares. El pundonor, y aun la racionalidad, estarán repitiendo á su ánimo desapasionado, que es el celador de la paz y la equidad, y que el interés de la sociedad vive inseparablemente hermanado con el suyo. En el reinado de la maldad y el devaneo, la sabiduría é integridad de Papiniano y Ulpiano (43) estuvieron sentados en el escaño de la justicia, y lo mas acendrado del Código y las Pandectas, está encabezado con los nombres de Caracalla y sus ministros (44). Solia el tirano de Roma ser el bienhechor de las provincias: una daga atajó las atrocidades de Domiciano; pero la cordura de Nerva revalidó las actas que, en alborozo del rescate, habian rescindido las iras del senado (45). Mas en los *rescriptos* (46) ó contestaciones á las consultas de los majistrados, una manifestacion parcial de los casos podia descarriar al príncipe mas mirado; y aquel abuso que ensalzaba sus decisiones atropelladas al nivel de las actas ventiladas y predispuestas de la lejislacion, y desechadas en balde por el tino y el ejemplo de Trajano. Los rescriptos del emperador, sus *otorgamientos* y *decretos* y *pragmáticas sanciones*, se firmaban con tinta encarnada (47), y se remitian á las provincias como leyes jenerales ó peculiares, que debian ejecutar los majistrados y obedecer los súbditos. Mas como se iban mas y mas agolpando, el rumbo de la obediencia se hacia diariamente mas dudoso y enmarañado, hasta que se despejó y puntualizó en los códigos Gregoriano, Hermojeniano y Teodosiano (*f*). Dos letrados particulares fueron los fraguadores de los primeros, de que solo quedan fragmentos, para conservar las constituciones de los emperadores paganos, desde Adriano hasta Constantino. El tercero, que existe todavia, se coordinó en diez y seis libros, por disposicion de Teodosio el menor, colocando las leyes de los príncipes cristianos desde Constantino hasta su reinado. Pero merecian igual autoridad los tres códigos en los tribunales, y

acta que no aparecia en el depósito sagrado, podia desatenderse por los jueces como espúrea ó anticuada (48).

Entre las naciones bravías se suple torpemente la carencia de letras con el uso de signos patentes, que llaman la atencion y perpetuan la memoria de los convenios públicos ó privados. Ofrecia la jurisprudencia de los Romanos un tablado pantomímico; correspondian los ademanes á las palabras, y el menor yerro ú descuidillo en las *formalidades* del procedimiento bastaba, para anular lo *sustancial* de la demanda mas terminante. El mancomun de la vida sociable se simbolizaba con los elementos imprescindibles del fuego y el agua (49), y la mujer divorciada devolvia el manojo de llaves, de que se la habia hecho entrega, al encargarse del manejo de la casa. El ahorramiento ú manumision del hijo ú del esclavo, se formalizaba haciéndole jirar con una bofetadilla lijera; quedaba vedada una obra tirándole una pedrada; en desgajando una rama cesaba la posesion; el puño apretado era emblema de una prenda ó depósito; y la diestra era un don de fé y confianza. El afianzamiento de los ajustes era una paja quebrada; en todo pago mediaban pesos y balanzas, y el heredero que aceptaba un testamento tenia á veces que castañetear con los dedos desarroparse, y brincar y danzar con jubilo entrañable ó aparente (50). Si un ciudadano se entrometia en pos de alhajas robadas en casa del vecino, tenia que arrebujar su desnudez con una tohalla de lienzo, y taparse el rostro con alguna mascarilla ó palangana, por temor de tropezar con una doncella ó matrona (51). En una accion civil, el querellante tocaba la oreja al testigo, afianzaba por el cuello al demandado repugnante, y se ponia á implorar solemne y lamentablemente el auxilio de sus conciudadanos. Entrambos contendientes se asian de la mano, en ademan de luchar ante el tribunal del pretor, quien les mandaba presentar el objeto del litijio; se marchaban y volvian con pasos muy acompasados, poniéndole luego á los piés un terron que representaba la heredad demandada. Esta ciencia oculta de palabras y ademanes forenses, estaba vinculada en los pontífices y patricios: anunciaban, al par de los astrólogos Caldeos, á sus clientes los dias de negocios ó feriados; y eran de tal entidad estas ridiculeces, que estaban embebidas en la relijion de Numa; y asi despues de la publicacion de las Doce Tablas, quedó el pueblo Romano esclavizado por su ignorancia de procedimientos judiciales. Por fin la alevosía de algunos dependientes plebeyos desenmarañó el arcano productivo: luego en siglos mas ilustrados, siguieron las acciones legales observadas, aunque escarnecidas, y la misma antigüedad santificadora de la práctica, fué borrando el uso y la significacion de aquel lenguaje primitivo (52).

Arte mas noble dieron luego en profesar los prohombres de Roma, quienes en suma pueden conceptuarse como autores de la ley civil. Variaron idioma y costumbres en Roma, y el estilo de las Doce Tablas siem-

pre mas y mas desusado, tenia que esplicarse trabajosamente con el estudio de los anticuarios lejistas. El despejar los laberintos, deslindar los ensanches, aplicar los principios, desentrañar las consecuencias y ajustar las contradicciones reales ó aparentes, era ya tarea mas airosa y trascedental, y allá los espositores de estatutos antiguos, asaltaron efectivamente los ámbitos de la lejislacion. Hermanáronse sus interpretaciones agudas con la equidad del pretor, para reformar la tiranía de siglos mas nublosos; estraños y enmarañados eran los medios, pero aquella jurisprudencia artificial se encaminaba á restablecer los dictámenes obvios de la razon natural, y los alcances de meros ciudadanos, se dedicaron provechosamente á socavar las instituciones públicas de su patria (*g*). El plazo de unos mil años, desde las Doce Tablas hasta el reinado de Justiniano, puede dividirse en tres períodos casi iguales, y deslindados entre sí por el jénero de instruccion y la índole de los letrados (55). Contribuyeron la soberbia y la ignorancia en el primer período, para emparedar en estrechos límites la ciencia de las leyes Romanas. (A. 505-648). En los dias públicos de mercado ú junta, asomaban allá los maestros del arte paseándose por el foro, prontos para franquear su dictámen urjente al ínfimo conciudadano, con cuyo voto á su tiempo pudieran quedar pagados. Al crecer en edad y en honores aparecian sentados en casa sobre un sillon ó trono, esperando con sufrida gravedad las visitas de sus ahijados, que desde el amanecer; desde el pueblo ú el campo, acudian á estremecer su puerta. El asunto jeneral de aquellas consultas solia versar sobre puntos de la vida social, ú ocurrencias de los procedimientos judiciales, y se formalizaba el parecer verbal ó escrito del *jurisconsulto*, con arreglo á su concepto legal ó prudencial. Admitian á los jóvenes de su jerarquía y familia en clase de oyentes; disfrutaban los hijos la ventaja de lecciones íntimas, y mereció suma nombradía la alcurnia Mucia, por su ciencia hereditaria de las leyes civiles. El período segundo (648 988), el tiempo sabio y esplendoroso de la jurisprudencia, viene á correr desde el nacimiento de Ciceron hasta el reinado de Severo Alejandro. Se entabló un sistema, se plantearon escuelas, se compusieron libros, y así vivos y muertos aprovecharon para la instruccion de los alumnos. La *Tripartita* de Elio Peto, apellidado Cato, ú el perspicaz se conservaba como la obra primitiva de jurisprudencia. Aumentó su nombradía Caton por sus estudios de leyes y los de su hijo: la alcurnia grandiosa de Mucio Escévola se realzó con tres sabios juristas, pero la ciencia se acabaló en manos de Servio Sulpicio, su discípulo y amigo de Ciceron, y la serie dilatada que descolló con igual esplendor bajo la república y los Césares, viene á cerrarse grandiosamente con los nombres esclarecidos de Papiniano, Paulo y Ulpiano. Apellidos y dictados, por sus varios partos, se conservan puntualísimamente, y el ejemplo de Labeon está suministrando algun con-

cepto de su afan y su fecundidad. Aquel descollante letrado repartia el año entre la ciudad y la campiña, entre los quehaceres y las composiciones, y se cuentan hasta cuatrocientas por el pruducto de su retiro. Cítase espresamente de las colecciones de su competidor Capiton el libro doscientos cincuenta y nueve, y pocos de aquella especie de catedráticos podian esplayar sus dictámenes en menos de un centenar de volúmenes. En el período tercero (A. de la fun. 988—1250) entre los reinados de Alejandro y de Justiniano, vinieron á enmudecer los oráculos de la jurisprudencia. Quedaba colmado el esmero: tiranos y bárbaros embargaban el solio, contiendas relijiosas cebaban el denuedo intelectual, y los catedráticos de Roma, Constantinopla y Berito se daban apocadamente por satisfechos, con ir repitiendo las lecciones de sus antecesores mas ilustrados. De los adelantamientos pausados y menoscabo ejecutivo de los estudios forenses, cabe inferir, que requieren una situacion pacífica y culta, pues se evidencia por el sin número de letrados voluminosos que cuajan las temporadas intermedias, que la carrera de tales estudios y escritos es dable desempeñarse con medianos alcances, práctica y ahinco. Descuella palpablemente mas el número que el de Cicerones ó el de Virjilios; en vista de la imposibilidad de segundarlos en larguísimos siglos, pero los maestros mas aventajados en leyes vivian seguros de sacar discípulos iguales ó superiores á ellos mismos en mérito y nombradía.

La jurisprudencia que se habia ido toscamente atemperando á las urjencias de los primeros Romanos, se fué limando y engrandeciendo en el siglo séptimo de la ciudad, con su hermandad de la filosofía griega. El ejercicio y la esperiencia amaestraron á los Escévolas, pero Servio Sulpicio (*h*) fué el primero que planteó su facultad sobre una teórica jeneral y positiva (54). Aplicó por pauta incontrastable la lójica de Aristóteles y de los Estoicos, á deslindar lo verdadero y lo falso, ajustó los casos particulares á principios grandiosos, y derramó sobre aquella mole monstruosa los reales del despejo, y la elocuencia. Ciceron su contemporáneo y amigo, se desentendió del concepto de letrado; pero su númen sin par engalanó la jurisprudencia de su patria, convirtiendo en oro cuanto iba tocando. Compuso al remedo de Platon, su república, y para el uso de ella un tratado de leyes, en el cual se empeña en apear de su oríjen la sabiduría y la justicia de la constitucion Romana. Segun su hipótesi sublime, el universo entero viene á formar una república inmensa, dioses y hombres partícipes de la misma esencia, son miembros de la propia comunidad; la razon está enseñando la ley de la naturaleza y de las naciones, y todas las instituciones positivas, por mas que las amolden los acasos y las costumbres, dimanan de la norma fundamental, estampada por la divinidad sobre todo pecho pundonoroso. Esclude de estos arcanos filosóficos los Escépticos que se niegan á creer, y los Epicú-

reos que no se avienen á obrar. Los últimos arrojan allá todo desvelo por la república, y así les aconseja que se adormezcan bajo las enramadas de sus pensiles. Mas ruega comedidamente á la nueva academia, que enmudezca, por cuanto sus reparos desaforados darian luego al travès con el grandioso y simétrico edificio de su encumbrado sistema (55). Tan solo ensalza á Platon, Aristóteles y Zenon, como los únicos maestros que instruyen y habilitan á un ciudadano, para el desempeño de su vida social. De los tres, la armadura de los Estoicos (56), es la que conceptua de mas subido temple, y alzada principalmente en las escuelas de jurisprudencia, por gala y por defensa. En el pórtico se enseñaban los letrados Romanos á vivir, á raciocinar y á morir; pero se empapaban mas ó menos en las vulgaridades de la secta, y se hacian paradojistas, disputadores y enamoradizos de meras palabras y distinciones inapeables. Se echó mano de la superioridad de la *forma* á la *materia*, para afianzar el derecho de propiedad: y una opinion de Trebacio (57), apoyaba la igualdad de los delitos, á saber, que quien toca una oreja está tocando todo el cuerpo, y que quien cercena de un monton de trigo, ó de una cuba de vino, es reo de robo por entero (58).

Las armas, la elocuencia ó la abogacía, ensalzaban un ciudadano á la cumbre del estado Romano; y resplandecian mas y mas las tres carreras, cuando descollaba en todas ellas un mismo individuo. Al estender un edicto, todo sabio pretor encabezaba sus propios arranques; el concepto de un censor ó de un cónsul, merecia acatamiento, y el pundonor y los triunfos de un letrado, abonaban una interpretacion dudosa de las leyes. Allá el recóndito misterio estuvo mucho tiempo entoldando las mañas de los patricios, y en tiempos ya mas ilustrados, el ensanche de las pesquisas planteó los principios jenerales de la jurisprudencia. Se despejaban los casos enmarañados y recónditos, con las contiendas del foro: se acudia á reglas, axiomas y definiciones (59), como partos castizos de la razon, y se fué interpolando el consentimiento de profesores legales en la práctica forense. Mas á estos intérpretes no les competia ni lejislar ni poner en ejecucion las leyes de la república, y cabia en los jueces el desatender la autoridad de los mismos Escévolas, que solia ir al través con la oratoria ó la sofistería de un abogado travieso (60). Augusto y Tiberio fueron los primeros en acudir, como una palanca poderosa á la ciencia de los letrados, y sus afanes serviles fueron ajustando el sistema antiguo al afan y á las miras del despotismo. Bajo el pretesto decoroso de escudar el señorío de su profesion, la regalía de firmar dictámenes legales y valederos se vinculó en los sabios de jerarquía senatoria ó ecuestre, aprobados de antemano por el concepto del príncipe; y siguió este monopolio, hasta que Adriano restableció la franquicia de la profesion á todo ciudadano satisfecho de su propio desempeño. Entonces ya el albedrío del

pretor tenia que doblegarse á los documentos de los alegantes; mandóse á los jueces obedecer al comentario, al par que al testo de la ley, y el uso de los codicilos fué una inovacion memorable que revalidó Augusto, con dictámen de los letrados (64) (*i*).

El mandato mas terminante no pasaba de exijir que los jueces se conformasen con los letrados, si estos estaban acordes. Mas las instituciones ya planteadas suelen ser partos de la costumbre y la preocupacion; las leyes y su idioma adolecen de antigüedad y descamino; cuando la razon no acierta á determinarse, media el afan de los argumentos, por la envidia de los competidores, el engreimiento de los maestros, y la ceguedad de los discípulos; y la jurisprudencia Romana se abanderizaba con las dos allá afamadas sectas de los *Proculianos* y *Sabilianos* (62). Dos consumados en las leyes, Ateyo Capiton y Antistio Labeon (63), avaloraron la paz del siglo augustano, el primero logró suma privanza, cuyo menosprecio ensalzó mas al segundo, contrastando adusta pero ilesamente al tirano de Roma. El sesgo diverso de su índole y principios trascendió á sus estudios jurídicos. Era Labeon republicano á la antigua, y su competidor se atuvo al auje sustancial de la nueva monarquía. Como todo palaciego se doblega y amansa, por maravilla se desviaba Capiton del rumbo, ú por lo menos, de las palabras de sus antecesores, al paso que el denodado independiente se disparaba con ínfulas de innovador y paradojista. Ceñíase este sin embargo con todos sus ímpetus á la estrechez de sus propias conclusiones, y tramaba literalmente, al tenor de la letra, las mismas dificultades que su compañero avenible se esplayaba con los ensanches de una equidad mas óbvia y perceptible á la jeneralidad de las jentes. Si se sustituia un trueque decoroso al pago en metálico, conceptuaba siempre Capiton el ajuste como venta legal (64), se atenia á la naturaleza para deslindar la mocedad, sin coartar su definicion al plazo terminante de doce, catorce ó mas años (65). Esta contraposicion de dictámenes, fué cundiendo por los escritos y lecciones de ambos fundadores; se aferraron las escuelas de Labeon y Capiton en su reñida lid, desde el tiempo de Augusto hasta el de Adriano (66); y se derivó la denominacion de sus sectas de *Sabino* y *Proculio*, sus catedráticos mas decantados. Apellidábanse tambien los mismos partidos, *Casianos* y *Pegasianos*, pero por un estraño trastorno, la causa popular estaba en manos de Pegaso (67), esclavo medroso de Domiciano; mientras Casio (68), que blasonaba de su descendencia del asesino patriota, abogaba por el sistema de los Césares. Zanjáronse en gran parte las desavenencias de las sectas con el edicto perpetuo, para cuyo desempeño el emperador Adriano antepuso al caudillo de los Sabinianos, preponderaron los monarquistas, pero el comedimiento de Salvio Juliano fué imperceptiblemente hermanando vencedores y vencidos. Los letrados del siglo de los Antoninos, al par de los

filósofos contemporáneos, se desentendieron de la autoridad de todo superior, y entresacaron de cada sistema las doctrinas mas selectas (69). Pero abultaron en demasía su coleccion, por carencia de unanimidad. Quedaba el ánimo del juez atascado con el número y el concepto de testimonios encontrados, y cuantas sentencias podia fulminar su interés, ó bien su acaloramiento, se sinceraban con el arrimo de algun nombre respetable. La blandura de un edicto de Teodosio el menor descargaba del afan de ir careando y contrapesando alegatos. Planteáronse por oráculos de la jurisprudencia, Cayo, Papiniano, Paulo, Ulpiano y Modestino; su mayoría tranzaba, mas empatados los votos, competia el desempate á la sabiduría descollante de Papiniano (70).

Al subir Justiniano al solio, la reforma de la jurisprudencia Romana, era siempre muy ardua, pero imprescindible. En el espacio de diez siglos, el cúmulo inapeable de leyes y opiniones legales cuajaba miles de volúmenes, que ningunos haberes podian adquirir, y ningun entendimiento abarcar. No habia libros á la mano, y los jueces, menesterosos en medio de sus riquezas, tenian que ceñirse al ejercicio de sus legos alcances. Ignoraban los súbditos de las provincias griegas el idioma que disponia de sus vidas y haciendas, y el dialecto ya *bárbaro* de los Latinos, se estudiaba escasamente en las academias de Berito y de Constantinopla. Aquel lenguaje fué familiar en su niñez para Justiniano; habia cursado en su mocedad la jurisprudencia, y su eleccion imparcial fué entresacando los letrados mas doctos del Oriente, para esmerarse con su soberano en el afan de la reforma (71) (A. 527) etc. Los abogados con su práctica y los majistrados con su esperiencia, alumbraron la teórica de los profesores, y el denuedo de Triboniano (72), abarcaba los ámbitos de la empresa. Aquel varon estraordinario, blanco de estremadas alabanzas y censuras, era natural de Side en la Panfilia, y su númen, cual el de otro Bacon, se prohijó todos los negocios y sabiduría de su siglo. Componia Triboniano, tanto en prosa como en verso, sobre indecible diversidad de asuntos recónditos y peregrinos (73); dos panejíricos de Justiniano, y la vida del filósofo Teodato: la naturaleza de la felicidad y las obligaciones del gobierno; el catálogo de Homero, y los veinte y cuatro jéneros de metro; la norma astronómica de Tolomeo; las mutaciones de los meses; las casas de los planetas, y el sistema armónico del universo. Juntó el uso de la lengua latina á la literatura griega; estaban depositados los letrados Romanos en su librería y en su entendimiento, y se dedicó ahincadamente á las facultades que franqueaban la carretera á los medros. Desde la jerarquía de los prefectos pretorianos, se encumbró á los blasones de escritor, de cónsul y de maestre de los oficios: escuchaba el consejo de Justiniano su elocuencia y sabiduría, y la suavidad y gracejo de sus modales acallaba la envidia. Las tachas de impiedad y de avaricia han man-

cillado el pundonor y la nombradía de Triboniano. Tildóse, en una corte devota y perseguidora, á todo un ministro principal de reservadamente desafecto á la Fé cristiana, y se le suponian arranques de ateista y de pagano, que se solian achacar con harta torpeza á los últimos filósofos de la Grecia. Mas comprobada y mas nociva se mostró su codicia. Si se dejó cohechar en el desempeño de la justicia, se atraviesa de nuevo el ejemplar de Bacon; ni alcanza todo el mérito de Triboniano á abonarle tantísima ruindad; si desdoró el sagrado de su profesion y se dejó cohechar hasta el punto de lejislar, cercenar ó revocar, á impulsos del vil interés. En la asonada de Constantinopla, se otorgó su remocion á los clamores, y tal vez á la ira justísima del vecindario; mas luego quedó repuesto el cuestor, y siguió hasta su muerte disfrutando veinte años la íntima privanza del emperador. El mismo Justiniano encarecidamente celebra su rendimiento finísimo, mas aquella presuncion agradecida no acertaba á deslindar tanta sumision de los estremos indecorosos de la lisonja. Triboniano idolatraba las escelencias de su graciable dueño: no era la tierra acreedora á tamaño príncipe, y andaba aparentando una zozobra cariñosa de que Justiniano, como Elías ó Rómulo, fuese arrebatado por los aires, y traspuesto en vida á la morada celestial de la gloria (74).

Si el César llegara á redondear la reforma de las leyes Romanas, su númen trascendental, ilustrado con el estudio y la reflexion, diera al orbe un sistema castizo y orijinal de jurisprudencia. Por mas que la adulacion lo endiosase, el emperador de Oriente se retrajo de plantear su concepto individual, como norma de equidad; dueño de la potestad lejislativa, acudió al arrimo del desengaño; y su recopilacion afanosa se atesora hoy mismo por los sabios y los lejisladores. En vez de una estatua vaciada en un mero molde por mano de un artista, el parto de Justiniano está retratando el pavimento ajedrezado de fragmentos antiguos y costosos, pero por lo mas inconexos. Desde el primer año de su reinado, encargó al leal Triboniano con nueve doctos asociados, que revisasen los ordenamientos de sus antecesores, cuales se hallaban, desde el tiempo de Adriano, en los códigos Gregoriano, Hermojeniano y Teodosiano, (A. 528. Feb. 13) (A. 529. Ab. 7) acrisolarlos de yerros y contradicciones; cercenar lo anticuado y superfluo, y entresacar las leyes atinadas y saludables, mas conformes con la práctica de los tribunales y el uso de los súbditos. Despachóse la obra en catorce meses, y los doce libros ó *tablas* que dieron á luz los nuevos Decemviros, parece que eran un remedo de las tareas de sus antecesores Romanos. Realza el nombre de Justiniano, el nuevo Código, revalidándolo con su rejia firma: dedicáronse los escribanos y pendolistas á estender copias auténticas: se remitieron á los majistrados de las provincias europeas, asiáticas y luego africanas, y se pregonó la lejislacion del imperio en las festividades solemnes por los atrios de las igle-

sias (Pand. ó Dijes. A. 530. Dic. 15. A. 533. D. 16). Restaba todavía un afan mas trabajoso, y era el ir apurando la mente de la verdadera jurisprudencia de las decisiones y conjeturas, de las cuestiones y contiendas, de los letrados Romanos. Nombró el emperador á diez y siete lejistas acaudillados por Trebonio, para ejercer un predominio absoluto sobre los partos de sus antecesores. Si cumplieran con su encargo en el término de diez años, quedara Justiniano pagado de su eficacia, y el arreglo ejecutivo de las Pandectas ó Dijesto (75), en tres años, se hace acreedor á elojio imparcial, segun su desempeño. Entresacaron de la librería de Treboniano cuarenta, de los letrados de nota de tiempos anteriores (76); compendiaron mil tratados en cincuenta libros, y se recordó esmeradamente, que tres millones de renglones ó sentencias (77), habian venido á reducirse al número comedido de ciento y cincuenta mil. Se dilató la publicacion de tan grandiosa obra, hasta un mes despues de la Instituta, y parecia fundado que los elementos antecedieran al cuerpo de la lejislacion Romana. Aprobado el conjunto por el emperador, revalidó con su potestad lejislativa, las aclaraciones de aquellos ciudadanos particulares: sus comentarios sobre las Doce Tablas, el edicto perpetuo, las leyes del pueblo y los decretos del senado, seguian en autoridad al testo, y aun este vino á quedar arrinconado, como allá un documento apreciable, pero inservible, de la antigüedad. Se declaró que el *Código*, las *Pandectas* y la *Instituta* eran el sistema lejítimo de la jurisprudencia civil, comprendiéndolos vinculadamente su cabida en los tribunales, y enseñándose únicamente en las academias de Roma, Constantinopla y Berito. Envió Justiniano al Senado y á las provincias sus *oráculos sempiternos*, y su orgullo, con el disfraz de relijiosidad, atribuyó la consumacion de aquel intento grandioso al amparo é inspiracion de la Divinidad.

Puesto que el emperador se soslayó á la nombradía y envidia de parto orijinal, tan solo le podemos exijir método, tino y fidelidad, prendas comedidas, pero imprescindibles, de un recopilador. Entre varios enlaces de conceptos, se hace arduo el atinar con los mas acertados, mas como la coordinacion de Justiniano, es diversa en las tres obras, cabe que las tres sean erradas, y desde luego es positivo que dos han de ser reprensibles. En la preferencia entre las leyes antiguas, parece que trató desapasionadamente á sus antecesores, no se encargó mas que hasta el reinado de Adriano, y el deslinde equívoco entre el paganismo y el cristianismo, que introdujo la superstición de Teodosio, quedaba trascordado con el consentimiento de las jentes. Pero la jurisprudencia de las Pandectas está ceñida al plazo de un siglo, desde el edicto perpetuo hasta la muerte de Alejandro Severo: los letrados del tiempo de los primeros Césares, por maravilla logran hablar, y solos tres nombres corresponden al tiempo de la república. Se ha alegado desaforadamente, que el privado de Justiniano temió

encontrarse con los destellos de la libertad, y el señorío de los sabios Romanos. Sentenció Treboniano al olvido la sabiduría castiza y solariega de Caton, los Escévolas y Sulpicio, al paso que estaba invocando pechos que se hermanaban con el suyo, los Siriacos, Griegos y Africanos que se agavillaban en la corte imperial, para estudiar el latin como idioma estranjero, y la jurisprudencia como profesion gananciosa. Mas encargóse á los comisionados de Justiniano (78), el esmerarse no en averiguaciones de anticuarios, sino en el provecho inmediato de los súbditos. Les incumbia el avalorar la parte práctica de las leyes Romanas, y los escritos allá de los republicanos, aunque discretos y sobresalientes, ya no cuadraban para el nuevo sistema de costumbres, relijion y gobierno. Tal vez si viviesen todavía los maestros y amigos de Ciceron, nuestra injenuidad tendria que manifestar cuan en zaga se quedaban, escepto en los primores del idioma (79), por el mérito esencial respecto á Papiniano, Ulpiniano y sus escuelas. Medra pausadamente la ciencia legal con el tiempo y la esperiencia, y los autores mas recientes descuellan naturalmente con el método y la sustancia. Los letrados del tiempo de los Antoninos habian estudiado los partos de sus antecesores: sus ánimos afilosofados habian ido despuntando los aceros de la antigüedad, simplificando las formalidades del procedimiento, y orillando competencias y zelos de las sectas encontradas. Quedó al juicio de Triboniano la eleccion de autoridades que constituyen las Pandectas, mas no cabia á todo el poderío del soberano, el descargarle de la obligacion sagrada de la certidumbre y la lealtad. Justiniano, como lejislador del imperio, podia revocar las actas de los Antoninos, y condenar por sediciosos los principios sostenidos por el último letrado *Romano* (80). Mas no abarca el despotismo la existencia de hechos ya pasados, y el emperador incurrió en el delito de fraudulento y falsario, si descabaló el testo, encabezó con nombres respetables las palabras y conceptos de su reinado servil (81), y cercenó de mano armada los ejemplares castizos y auténticos de sus dictámenes. Se disculpan los trastrueques é interpolaciones de Triboniano y sus compañeros, á pretesto de la uniformidad, mas fueron insuficientes sus desvelos, y las *antinomias* ó contradicciones del Código y Pandectas, están todavía ejercitando el ahinco y sufrimiento de los lejistas modernos (82).

Los enemigos de Justiniano cundieron la hablilla infundada, de haber reducido á cenizas la jurisprudencia de la antigua Roma, creyendo neciamente que era, ya ó falsa, ó superflua. Sin desdorarse con paso tan torpe, podia á su salvo el emperador dejar á cargo del tiempo y de la ignorancia aquel anhelado esterminio. Cabia solo á los ricos el arrostrar, antes del invento de la imprenta, y el papel el coste de los escritos, y prudencialmente se puede regular el importe de los libros á cien tantos del de ahora (83). Escaseaban y se conseguian recatadamente los traslados; el

cebo del interés movia á los pendolistas á ir raspando los caractéres antiguos (*j*), y un Sófocles ó un Tácito, tenian que tributar sus pergaminos á los misales, homílias y la leyenda dorada (84). Si tal suerte cabia á los partos esclarecidos del númen, ¿que consistencia se podia esperar de obras áridas y desabridas de una sabiduría anticuada? Los libros de jurisprudencia interesaban á poquísimos, y á nadie halagaban; su valor dependia del uso del dia, y allá se empozaban para siempre con las innovaciones de la práctica, el mérito descollante, ó la autoridad pública. En la gran temporada de paz y ciencia entre Ciceron y los Antoninos, se estaban ya padeciendo cuantiosos malogros, y algunas de las lumbreras de la escuela ó del foro, tan solo llegaban á noticia de los curiosos por la tradicion ó las citas. En trescientos y sesenta años de trastorno y menoscabo, se abocó mas y mas la lobreguez, y cabe suponer que de cuantos escritos se culpa á Justiniano haber desatendido, muchos no se hallaban ya en las librerías del Oriente (85). Los traslados de Papiniano y Ulpiano, vedados por el reformador, se conceptuaron indignos de mencion venidera; fueron mas y mas desapareciendo las Doce Tablas, y el edicto pretorio, y la envidia ó ignorancia de los Griegos arrinconó los monumentos de la antigua Roma. Peligraron en estremo las mismas Pandectas en el naufrajio jeneral, y la crítica ha venido á apurar que *todas* las ediciones y manuscritos del Occidente, dimanan de un orijinal *solo* (86). Copióse en Constantinopla á principios del siglo séptimo (87), paró al fin con los vaivenes de la guerra y del comercio en Amalfí (88), Pisa (89), y Florencia (90), y está depositado ahora, como reliquia sagrada (91), en el palacio antiguo de la república (92).

El esmero principal de todo reformador se cifra, en precaver cualquiera reforma venidera. Vedóse el uso de cifras y abreviaturas con sumo rigor, para conservar el testo de las Pandectas, Código é Instituta, y recapacitando Justiniano que el edicto perpetuo yacia sepultado en una mole de comentarios, fulminó sentencia de falsario, contra todo letrado temerario que usase interpretar, ó descarriar, la voluntad de su soberano. Los estudiantes de Acursio, Bartolo ó Cuyas, se sonrojarian de su redoblada demasía, á menos de arrojarse á apearle de todo derecho, para aherrojar el albedrío de sus sucesores, y la independencia fundamental del entendimiento. Mas no alcanzaba tampoco el emperador á parar su propia inconstancia, y mientras blasonaba de renovar el trueque de Diómedes, de cambiar el cobre en oro (93), advirtió la precision de acendrar su oro de la liga de su ínfima ley. Aun no mediaban seis años desde la publicacion del Código, cuando ya dió por descabalada la empresa, publicando una edicion nueva y mas esmerada de la misma obra (A. 534. Nov. 15) realzándola con doscientas leyes suyas, y cincuenta decisiones sobre los puntos mas recónditos y enmarañados de la jurisprudencia. Iba seña-

lando por años, y segun Procopio, por dias, su largo reinado con alguna innovacion legal. Solia ser el rescindidor de sus mismas actas; fuéronlo tambien los sucesores, y lo ha sido principalmente el tiempo; pero el número de diez y seis edictos y ciento sesenta y ocho novelas (94), ha tenido cabida en el cuerpo auténtico de la jurisprudencia civil. En el concepto de un filósofo sobrepuesto á las vulgaridades de su profesion, todas aquellas alteraciones incesantes, y por lo mas baladíes, solo caben interpretarse con el temple venal de un príncipe, que estaba descocadamente vendiendo sus sentencias y sus leyes (95). Es cargo del historiador secreto esterminante y vehementísimo, pero el único ejemplar que alega puede achacarse tanto á la devocion como á la codicia de Justiniano. Un acaudalado timorato habia dejado su herencia á la iglesia de Emesa, y su importe se abultó con la maña del pendolista que añadió confesiones de deudas y promesas de pago, bajo dos nombres de Siriacos riquísimos. Alegaron la posesion, reconocida de treinta á cuarenta años; mas quedó su defensa soterrada con un edicto retroactivo, que rezagaba la demanda de la iglesia hasta el plazo de un siglo; edicto tan plagado de sinrazon y trastorno, que tras aquel trance volandero, quedó cuerdamente abolido en el propio reinado (96). Ya que la imparcialidad descargue al emperador mismo, y traspase á su mujer y los privados aquel cohecho, la sospecha de torpeza tan fea desdora desde luego la majestad de sus leyes, y cuantos aboguen por Justiniano habrán de confesar, que liviandad tamaña, prescindiendo del móvil, es indigna de todo un lejislador, y aun de un hombre cualquiera.

Por maravilla se allanan los monarcas á ser catedráticos de sus vasallos, y así Justiniano es acreedor á cierta alabanza, por disponer que una gran mole quedase reducida á un tratadillo breve y elemental (A. 533. Nov. 34). Entre las varias instituciones de la lejislacion Romana (97), las mas populares en Levante y Poniente eran las de Cayo (98), y su práctica es un testimonio de su mérito. Entresacáronla los encargados Imperiales, Treboniano, Teófilo y Boroteo, y el desahogo castizo de los Antoninos quedó engastado en los materiales toscos de un siglo bastardo. El mismo tomo que encaminaba la juventud de Roma, Constantinopla y Berito al estudio sucesivo del Código y las Pandectas, se hace todavía apreciable al historiador, al filósofo y al majistrado. Divídense las Institutas de Justiniano en cuatro libros y van procediendo con método acertado por: I. Las *Personas* á II Las *Entidades* y de estas á III Las *Acciones* y el artículo IV de los *Agravios particulares* se termina con la ley *Criminal* (*h*).

I. La distincion de jerarquías y *personas*, es el quicio incontrastable de un gobierno misto y limitado. Viven y descuellan todavía en Francia los timbres de la libertad, al arrimo del denuedo, honores y aun preocupaciones de cincuenta mil nobles (99). La alcurnia de doscientas familias (*l*) va

suministrando, en la lejislatura inglesa, el segundo brazo entre el rey y los prohombres, y equilibran así la constitucion. Una gradería de patricios y plebeyos, de estranjeros y súbditos, ha ido sosteniendo la aristocracia de Jénova, de Venecia y aun de la antigua Roma. La igualdad cabal de los hombres, es el punto en que se equivocan los estremos de la democracia y el despotismo, puesto que la majestad del príncipe, ó del pueblo, quedaria lastimada, si descollase alguna sien sobre el nivel de sus consiervos ó conciudadanos. En el menoscabo del imperio Romano, fué amainando el esmerado deslinde, y el raciocinio ú el instinto de Justiniano, acabaló la estampa sencilla de una monarquía absoluta. No estaba en manos del emperador, el desarraigar el acatamiento popular que siempre acompaña al poseedor de riquezas hereditarias, y al descendiente de antepasados memorables. Se complacia en realzar con dictados y obvenciones á sus jenerales, majistrados y senadores, y su dignacion insubsistente estendia algunas ráfagas de su esclarecimiento, á sus consortes y niños. Pero todos los ciudadanos Romanos eran iguales ante la ley, y todos los súbditos del imperio eran ciudadanos de Roma. Aquel conotado inapeable, vino á parar en el desdoro de mera denominacion. Ya no competia al voto de un Romano lejislar, ó nombrar los encargados anuales de su poderío; sus fueros enfrenaban el albedrío de un juez, y el aventurero denodado de la Arabia y la Jermania tenia cabida con igual privanza al mando militar ó civil, que solo competia antes al ciudadano, sobre las conquistas de sus padres. Los primeros Césares habian seguido deslindando esmeradamente los de nacimiento *castizo* ú *servil*, conque *su* libertad se acreditase en cualquiera instante, entre su concepcion y su alumbramiento. Los esclavos libertados por la jenerosidad de sus dueños, se alistaban luego en la clase media de horros ó *libertos*, mas nunca se les descargaba de su obligacion de obediencia y agradecimiento; cualesquiera que fuesen los productos de su industria, el patron y su familia heredaban el tercio, y aun todos sus haberes, si morian intestados, ó sin hijos. Respetó Justiniano los derechos de los patrones, pero su flojedad orilló las prendas de mengua, de las dos clases inferiores de libertos: cuantos dejaban de ser esclavos, lograban sin reseña ni demora la regalía de ciudadanos; y al fin la recomendacion de nacimiento castizo que la naturaleza habia negado se suplia, ó se fraguaba, por la omnipotencia del emperador. Cuantas restricciones de edad, formalidades ó número se habian planteado en lo antiguo, para enfrenar el abuso de las manumisiones, y el acrecentamiento sobrado ejecutivo de los Romanos ruines y menesterosos, todo lo dejó abolido, y la mente de su lejislacion embebia la estension total de la servidumbre casera. Hervian con todo, en tiempo de Justiniano, las provincias orientales, con muchedumbre de esclavos, ó nacidos ó comprados para el uso de sus dueños, y el precio desde diez á setenta

piezas de oro, crecia ó menguaba, segun su edad, pujanza y educacion (100). Pero el influjo del gobierno y de la relijion iban aliviando mas y mas las penalidades de aquel estado, y ya el súbdito no podia engreirse con el señorío absoluto sobre la vida, y bien ó mal estar, de sus esclavos (101).

La ley natural está enseñando á los irracionales á amar y criar á sus hijos, y la razon natural está repitiendo al linaje humano el pago del cariño filial; pero el señorío absoluto, esclusivo y perpetuo del padre sobre su prole, se halla peculiarmente vinculado en la jurisprudencia Romana (102), y es al parecer coetáneo con la fundacion de la ciudad (103). El padrino paterno se sustituyó ú revalidó por el mismo Rómulo, y tras el ejercicio de tres siglos, se estampó en la tabla cuarta de los Decemviros. En el foro, en el senado y en el campamento, el hijo adulto de un ciudadano, disfrutaba los derechos públicos y particulares de una *persona;* en la casa paterna era meramente una *entidad*; *(m)* barajada en las leyes con los muebles, el ganado y los esclavos, á quienes un dueño antojadizo podia enajenar ó deshacer, sin la menor responsabilidad, ante tribunal ninguno de la tierra. La diestra repartidora del sustento diario, era árbitra de retraer su don voluntario, y cuanto el hijo se granjeaba con su afan ó su fortuna, se empozaba de improviso en los haberes del padre. Sus bienes robados, (sus bueyes ó sus hijos) podian recobrarse con la idéntica accion de robo (104); y si alguno habia incurrido en demasías, le quedaba el arbitrio de optar entre compensar el daño, ó entregar allá al agraviado, el viviente reo. El menesteroso ú el avariento podia recabar del padre de familia la cesion de sus hijos ó sus esclavos; pero la suerte de este solia ser mas aventurada, por cuanto al primer rescate, recobraba su enagenada independencia; el hijo retrocedia á su descastado padre, pudiéndolo condenar á la servidumbre, hasta dos y tres veces, y tan solo á la cuarta quedaba ya espedito de la potestad casera (105), de que tan repetidamente se abusaba. Castigaba el padre á su albedrío las culpas efectivas ó soñadas de sus hijos con azotes, cárcel, destierro, ó sujecion en el campo, para trabajar aherrojado en medio de los ínfimos sirvientes. Ejercia la majestad del padre la potestad de vida y muerte (106), y los ejemplares de ejecuciones tan sangrientas, celebradas á veces y jamás castigadas, asoman en los anales de Roma, aun mas acá de los tiempos de Pompeyo y de Augusto. Ni edad, ni jerarquía, ni cargo consular, ni el blason de un triunfo, eximian al ciudadano mas esclarecido de los vínculos filiales (107); embebíanse sus propios descendientes en la familia del padre mayor, y los fueros de la adopcion no eran menos sagrados é inexorables, que los de la misma naturaleza. Sin zozobra, aunque no sin peligro, de los abusos, los lejisladores Romanos habian cifrado una confianza suma en los arranques del cariño pa-

terno, y la certidumbre de que á cada jeneracion habia de llegarle la vez de ejercer el señorío augusto de padre y dueño, desacibaraba las amarguras de la opresion.

Atribúyese á la rectitud y humanidad de Numa, la primera coartacion de la potestad paterna; y la muchacha que con anuencia del padre se habia enlazado con un liberto, quedaba resguardada de la mengua de parar en esposa de un esclavo. En los primeros tiempos, cuando los Latinos y Toscanos inmediatos acosaban y desabastecian á la ciudad, se debió practicar con frecuencia la venta de niños, mas como no era lícito á un Romano el comprar la libertad de sus conciudadanos, iria escaseando tal jénero de feria, y las conquistas de la república estinguirian aquel comercio. Se hizo por fin partícipes á los hijos de cierta propiedad escasa, y se deslindó en el Código y en las Pandectas, el triple conotado de *profecticio, adventicio y profesional* (108). El padre tan solo otorgaba de sus pertenencias el uso, reservándose el señorío; mas vendiéndose los bienes se esceptuaba la cuota del hijo, con una interpretacion favorable, de las demandas del acreedor. En cuanto á gananciales por enlace, don ó herencia transversal, quedaba la propiedad afianzada al hijo, mas gozando, á no mediar esclusion formal, el usufructo durante su vida. El soldado solo adquiria, disfrutaba y testaba los despojos del enemigo, como galardon debido al denuedo militar; y la franquicia se estendia, por consecuencia obvia, á los productos de toda profesion liberal, á los sueldos del servicio público y á las sagradas larguezas de emperadores ó emperatrices. Estaba menos espuesta la vida de un ciudadano que sus haberes, á las demasías de la potestad paterna. Mas podia su vida contrarestar á los intereses ó propensiones de un padre descastado: el mismo desenfreno que procedia de la liviandad, en tiempo de Augusto, lastimaba ya mas á la humanidad, y el bárbaro Erixo que azotó á su hijo de muerte, se salvó, con el amparo de aquel emperador, de la saña justiciera de la muchedumbre (109). Un padre Romano, por las demasías de un señorío servil, tuvo que revestirse de la gravedad y comedimiento de un juez. La presencia y el dictámen de Augusto revalidó la sentencia de destierro, pronunciada contra un parricidio intentado, por el tribunal casero de Ario. Trasportó Adriano á una isla al padre zeloso que, á manera de salteador, se habia valido de la proporcion de una cacería, para asesinar á un jóven, amante incestuoso de su madrastra (110). Toda jurisdiccion particular implica con el sistema monárquico; de juez vino el padre á quedar en fiscal, y mandó Alejandro Severo á los majistrados que escuchasen su querella y ejecutasen su sentencia. Ya no le competia quitar la vida á su hijo, incurriendo en el delito y castigo de homicidio, y hasta la pena de parricidio descargada por ley Pompeyana, se impuso terminantemente por la jus-

ticia de Constantino (111). Correspondia igual amparo á todos los plazos de la existencia, y la racionalidad tiene que encarecer la humanidad de Paulo, por achacar el delito de homicidio á todo padre que ahoga ó desampara sin alimento á su reciennacido; ó bien le abandona en un sitio público, implorando la conmiseracion que él mismo le está negando. Mas era achaque dominante y empedernido en la antigüedad, el de los niños espósitos. Ya se mandaba, ya se consentia, y por lo mas se practicaba impunemente, aun por personas muy ajenas de conceptuar la potestad paterna á la Romana; y los poetas dramáticos, retratistas del corazon humano, están representando, con suma indiferencia, una costumbre popular, cohonestada con razones de economía y lástima (112). En aferrándose el padre en arrollar sus propios afectos, estaba en salvo si no de la crítica, por lo menos del castigo legal; y el imperio Romano siguió ensangrentándose con infanticidios, hasta que los homicidas quedaron comprendidos por Valentiniano y sus compañeros, en la letra y la mente de la ley Cornelia. No alcanzaron los documentos de la jurisprudencia (113) y del cristianismo, á desarraigar práctica tan inhumana, hasta que el pavor del castigo capital, acudió á robustecer aquel influjo halagüeño (114).

Se esperimenta que los bravíos andan siempre tiranizando al sexo femenino, y que los afectos de la vida social suavizan la suerte de las mujeres. Esperanzado de lograr descendencia pujante habia Licurgo atrasado el plazo conyugal. Numa lo planteó á la edad tempranísima de doce años, para que el marido Romano pudiera ir labrando á su albedrío, el ánimo candoroso de una doncella sumisa (115). Segun costumbre antigua, feriaba la novia de sus padres y ella acabalaba la venta, con tres piezas de cobre, como resguardo para su introduccion en el albergue, con sus dioses caseros. Tributaban los pontífices una ofrenda de frutos, en presencia de diez testigos; sentábanse los contrayentes en la misma zalea, cataban una torta salada de trigo y arroz, y esta *confaerracion* (116), que estaba demostrando el sustento antiguo de Italia, simbolizaba la union mística de cuerpo y alma. Pero esta union, por parte de la mujer, era estrecha y desigual, pues renunciaba el nombre y culto de la casa paterna, para empeñarse en nueva servidumbre, condecorada únicamente con el dictado de adopcion. Una ficcion legal, ni fundada ni airosa, otorgaba á la madre de una familia (117) (su denominacion propia) el concepto estraño de hermana de sus propios niños, é hija de su marido ú dueño, quien estaba revestido de toda la plenitud de la potestad paterna. Aprobaba, reprendia ó castigaba este su conducta, por reflexion ó por antojo, ejercia jurisdiccion de vida y muerte, y se suponia que en los casos de adulterio ú embriaguez (118), tenia mucha cabida la sentencia. Adquiria ó heredaba únicamente en beneficio de su señor, y tan terminante era la

definicion de la mujer, no como *persona*, sino como *entidad*, que en defecto del título fundamental, podia reclamarse como otras alhajas, con el *uso*, ú posesion de un año entero. El marido Romano segun su inclinacion se allanaba ó desentendia del débito conyugal, tan esmeradamente requerido en las leyes Judaicas y Atenienses (119), mas, siendo desconocida la poligamia, nunca podia hacer partícipe de su lecho á otra mas linda, ó mas apetecida, consorte.

Aspiraron las matronas Romanas, tras los triunfos con los Cartajineses, á las ventajas jenerales de una república rica y opulenta. Los padres y los amantes las agraciaron en sus anhelos, arrollando la gravedad de Caton el Censor (120). Se desentendieron del ceremonial antiguo de los desposorios, desbarataron el plazo anual con la ausencia de tres dias: y sin desprenderse de su nombre ó de su independencia, se avinieron á un contrato matrimonial decoroso y terminante. Alternaron en el uso de sus haberes propios, con reserva de su propiedad; un marido desarreglado no podia enajenar ni empuñar los haberes de la mujer; la solicitud de las leyes les vedó sus cesiones mutuas; y su desgobierno podia acarrear, para entrambos igualmente, una demanda de robo. No fueron ya de esencia de este convenio anchuroso y voluntario los ritos relijiosos, ni aun civiles, y entre personas de igual clase, la cohabitacion patente se suponia testimonio suficiente de su enlace. Restablecieron los Cristianos los reales del matrimonio, que cifraba toda su gracia espiritual en las plegarias de los fieles, y la bendicion del sacerdote ó del obispo. El oríjen, validez y obligaciones de institucion tan sagrada, se formalizaron con la tradicion de la sinagoga; los preceptos del Evanjelio y los cánones de los sínodos jenerales ó provinciales (121), y la conciencia de los Cristianos acataba, los decretos y censuras de los superiores eclesiásticos; mas los majistrados de Justiniano se desentendian de la autoridad de la Iglesia; el emperador consultaba con los letrados incrédulos de la antigüedad, y las leyes matrimoniales del Código y Pandecta, se fueron entresacando con respecto á los motivos terrestres de justicia, política y libertad nacional de ambos sexos (122).

Además del consentimiento de las partes, cimiento de todo contrato acordado, requeria el enlace Romano la anuencia previa de los padres. Se podia precisar á un padre, en virtud de nuevas leyes, á acudir á las urjencias de una hija casadera, pero aun la demencia no se conceptuaba suficiente para apearle de la necesidad de su consentimiento. Variaron mucho entre los Romanos (123) los motivos para la disolucion de un matrimonio, pero el sacramento mas solemne, y la misma consacracion, podian siempre anonadarse con los ritos contrapuestos. Allá en lo primitivo, el padre de familia era árbitro de feriar sus hijos, y la mujer entraba en la misma clase; podia el juez casero sentenciar á muerte al reo; ó

su dignacion lo podia arrojar de su lecho y casa; pero la esclavitud de la desventurada consorte, era desahuciada y perpetua, á menos que le acomodase su varonil prerogativa del divorcio (*n*). Hanse vitoreado hasta lo sumo las virtudes de los Romanos, que se abstuvieron de privilejio tan halagüeño voluntariamente por mas de cinco siglos (124); pero el mismo hecho está evidenciando la desigualdad de un enlace, en que el esclavo no era árbitro de esquivar á su tirano, ni este se avenia á soltar á su esclavo. Luego que las matronas Romanas pararon en compañeras iguales y voluntarias de sus dueños, se entabló una jurisprudencia nueva, el matrimonio á fuer de aparceria, podia disolverse, con el desvío de uno de sus asociados. En tres siglos de prosperidad y descarríos, aquel mismo principio se fué ampliando con la práctica, y paró en abuso pernicioso. A impulsos de acaloramiento, interés ó capricho, eran ya incesantes los divorcios; una palabra, una seña, un mensaje, una esquela, ó el recado por un liberto, declaraba la separacion y la intimidad humana mas entrañable se avillanó á mero enlace de ganancia ó deleite. Recayó alternativamente sobre entrambos sexos el desdoro y el quebranto, segun la jerarquía de los interesados, una esposa variable trasladaba su riqueza á una familia nueva, desamparando allá una prole crecida, y tal vez bastarda, en la autoridad paterna y los desvelos del anterior marido; podia una doncella linda verse al fin por el mundo, anciana, menesterosa y desvalida, pero la repugnancia de los Romanos, al estrecharlos Augusto con el matrimonio, está demostrando que las instituciones vijentes eran menos favorables para los varones. Toda teoría deslumbrante queda aventada con este esperimento libre é incontrastable, pues patentiza que la libertad del divorcio, no contribuye al recato y á la felicidad. Aquella facilidad para el desvío destronca la confianza recíproca, y encona la reyerta mas baladí: la escasa diferencia que asoma entre un marido y un estraño, y que tan obviamente se orilla, queda todavía mas fácilmente olvidada; y la matrona que en cinco años se aviene á estrecharse en los abrazos de ocho maridos, se desentenderá de todo miramiento recatado (125).

Se acudió á remediar tardía y flojamente aquel achaque jeneral y ejecutivo. El antiguo culto de los Romanos aprontaba una diosa especial para oir y hermanar á los consortes desavenidos; pero su dictado de aplaca-varones (126), harto está mostrando, por qué lado habia de aparecer la sumision y el arrepentimiento. Fiscalizaban los *censores* los actos de todo ciudadano, el primero que usó del privilejio del divorcio tuvo que acreditar sus motivos (127), y apearon á un senador, por despedir á su consorte vírjen, sin consultar con sus amigos. En llegando á entablar demanda por el recobro del dote, el *pretor* como zelador de la equidad, se enteraba de la causa y de las índoles, y solia inclinar suavemente la balanza á favor de la parte inocente y agraviada. Augusto reuniendo la po-

testad de ambos majistrados, se valió de sus diversos arbitrios, para contener ó castigar el desenfreno del divorcio (128). Requeríase la presencia de siete testigos Romanos, para la validez de acto tan solemne y deliberado; si el marido habia sido el provocador principal, en vez de la demora de dos años, tenia que reponer inmediatamente, ó en el término de seis meses la suma, mas si podia tildar el recato de su mujer, tenia esta que purgar su desliz ó liviandad, con la pérdida de la sexta ú octava parte de su dote. Los príncipes cristianos fueron los primeros especificadores de los motivos justos del divorcio; sus instituciones, desde Constantino hasta Justiniano, están allá en vaiven con la costumbre del imperio y los deseos de la Iglesia (129), y el autor de las Novelas suele andar reformando la jurisprudencia del Código y de las Pandectas. Aun en las leyes mas estremadas, quedaba la mujer condenada á aguantar á un jugador, un beodo y un mujeriego, á menos que resultase reo de homicidio, veneno ú sacrilejio, en cuyos casos parece que el matrimonio debia disolverse por mano del verdugo. Mas se sostenia el derecho sagrado del marido, por libertar su nombre y familia del borron del adulterio: la lista de los pecados *mortales* de marido ú de mujer, fué creciendo y menguando con varias disposiciones, y los tropiezos de impotencia incurable, ausencia dilatada y profesion monástica, rescindian terminantemente la obligacion matrimonial. Cuantos atropellaban los linderos de la ley, padecian varios y graves castigos. Quedaba la mujer despojada de sus galas y dijes, hasta del rasca-moños; si el marido contraia otro desposorio, la desterrada tenia opcion para embargar los haberes de la advenediza. Solia el embargo parar en multa, recargada á veces en traslacion á una isla ó emparedamiento en un monasterio; la parte agraviada quedaba suelta de los vínculos del matrimonio, pero el ofensor por toda la vida, ó por el término de diez años, quedaba inhábil para otro desposorio. Condescendió el sucesor de Justiniano con las instancias de sus desventurados súbditos, y restableció la libertad del divorcio por consentimiento mutuo: unánimes estaban los letrados (130), pero desavenidos los teólogos (131), y la voz ambigua que manifiesta el precepto de Cristo, se doblega á cualquiera interpretacion que acomode á la cordura de un lejislador.

Se coartaban entre los Romanos los ensanches del cariño y del matrimonio, con estorbos naturales y civiles. Parece que un instinto como innato y universal, está vedando el trato incestuoso (132), de padres con niños en la serie infinita de las jeneraciones ascendientes y posteriores. En cuanto á las ramas sesgas ó colaterales, la naturaleza se desentiende, la racionalidad enmudece, y la costumbre varia antojadizamente. No escrupulizaban los Ejipcios el enlace entre hermanos y hermanas: un Espartano se casaba con la hija de su padre, y un Ateniense con la de su

madre, y los desposorios de tio con sobrina, se recomendaban en Aténas como union venturosa de íntimos deudos. Ni el interés ni la supersticion inclinó á los lejisladores profanos de Roma á redoblar la prohibicion de grados, pero condenaron incontrastablemente el enlace de hermanos con hermanas, titubearon en abarcar con su veda á los primos hermanos; reverenciaron el estado inmediato de tios *(o)* y trataron la afinidad y la adopcion, como un remedo cabal de los vínculos de la sangre. Segun las máximas orgullosas de la república, tan solo ciudadanos libres podian contraer matrimonio legal; se requeria un nacimiento honrado, ú por lo menos castizo, para consorte de un senador, pero la sangre de reyes, nunca podia mezclarse en boda lejítima con la de un Romano; y el nombre de estranjeras desdoró á Cleopatra y Berenice (153), para vivir como *mancebas* de Marco Antonio y de Tito (154). Aque adjetivo, en verdad tan indecoroso para la majestad, no cabe aplicarse sin conmiseracion á las costumbres de aquellos reinos orientales. La manceba, segun el sentido estrecho de los lejistas, era mujer de nacimiento servil ó plebeyo, única y fiel compañera de un ciudadano Romano que vivia soltero. Su clase apocada, inferior al timbre de esposa, y superior á la afrenta de una ramera, estaba aprobada y reconocida por las leyes: desde el tiempo de Augusto hasta el siglo diez, era corriente el uso de este enlace secundario en levante y poniente, y se solian anteponer las prendas candorosas de una ramera, al boato y descoco de una matrona esclarecida. Con tal enlace, entrambos Antoninos, el blason de los príncipes y de los hombres, disfrutaron las conveniencias del cariño casero: remedaron su ejemplo varios ciudadanos, mal hallados con el celibato, pero deseosos de sucesion. En apeteciendo el lejitimar su prole, se procedió á celebrar aquel tránsito, por medio de un desposorio con una pareja fecunda y leal, por esperiencia *(p)*. Con el adjetivo *natural*, se deslindaban la descendencia de la manceba y la cria bastarda del adulterio, abandono é incesto, á la cual Justiniano concede, á su pesar, el alimento preciso para la vida; y estos hijos naturales eran tan solo capaces de heredar en la sexta parte, á su padre putativo. Segun las leyes, los bastardos tan solo eran acreedores á la esfera y nombre de la madre, de la cual podian recabar hasta la clase de ciudadanos. Los desechados de la familia se prohijaban sin tacha por el estado (155) *(q)*.

La relacion de padrino y ahijado, ú en voces Romanas de *tutor* y *pupilo*, que encabeza varios capítulos de la Instituta y las Pandectas (156), es de suyo muy sencilla y uniforme. La persona y haberes de un huérfano, se deben confiar siempre al resguardo de algun amigo intelijente. Si el padre difunto no espresó el nombramiento, los deudos ó parientes mas inmediatos suyos, tenian que proceder como padrinos naturales; recelaban los Atenienses de poner á los niños en manos de los in-

teresados en su fallecimiento, mas era axioma de la jurisprudencia Romana, que el gravámen de la tutoría debia invariablemente acompañar á las obvenciones de la succesion. Si el nombramiento del padre ó su alcurnia no suministraban tutor efectivo, se suplia la quiebra por la eleccion del pretor de la ciudad, ó el presidente de la provincia. Pero el nombrado para este encargo público, podia legalmente descargarse por demencia ó ceguedad, por ignorancia ó torpeza, por encono anterior ó intereses encontrados, por el número de niños ó tutorías con que estuviere ya recargado, y por las inmunidades concedidas á los afanes importantes de majistrados, lejistas, médicos y profesores. Hasta que el niño pudiese hablar y discurrir, lo representaba el tutor, cuya autoridad cesaba al entrar en la mocedad el interesado. Ningun acto del ahijado le obligaba en daño suyo, sin la intervencion del tutor, aunque sí podia obligar á otros en su beneficio. Es de mas el advertir, que el tutor debia estar afianzado, y tenia que rendir cuentas; y que la falta de eficacia ó pureza lo esponia á una accion civil y casi criminal, por violador de tan sagrado encargo. Los letrados deslindaron temerariamente la mocedad á los catorce años (*r*), y como el entendimiento es mas pausado de medros que el cuerpo, se interponia un *curador* para resguardar los haberes de un jóven Romano de su bisoñez y sus disparos. El pretor era al principio el elector de aquel encargado, para preservar la familia de los ciegos estragos de un pródigo ó un frenético; y las leyes precisaban al menor á solicitar aquel amparo para avalorar sus actos, hasta que fuese mayor de veinte y cinco años. Yacian las mujeres sentenciadas á la tutoría perpetua de padres, maridos ó tutores, dando por supuesto que un sexo nacido para agradar y obedecer, jamás llegaba á la edad de la razon y la esperiencia. Tal era á lo menos la adustez y la mente altanera de la lejislacion antigua, que se habia ido ya suavizando antes del tiempo de Justiniano.

II. El derecho fundamental de propiedad tan solo cabe sincerarse por el acaso ú por el mérito de la posicion primitiva; y los letrados lo fundan acertadamente sobre este cimiento (157). El bozal que ahueca, enmanga una piedra con un palo, ú ajusta una cuerda á la rama elástica, resulta en el estado natural dueño lejítimo de la canoa, del arco y del machete. Yacian los materiales bajo el albedrío de todos, la hechura, producto de su tiempo y su maña corresponde únicamente á él mismo. Sus hermanos hambrientos ya no pueden, sin percibir su propia injusticia, arrebatar al cazador la presa alcanzada ó muerta con su pujanza y su tino. Si sus próvidos desvelos amansan y multiplican vivientes, se granjea para siempre el uso y servicios de sus redobladas crias, que penden únicamente de su asistencia. Si acota y cultiva un campo, para el sustento propio y el de los suyos, queda un erial convertido en huerto, la semilla, el abono y el

afan, acarrean nuevo valor, y el galardon de la cosecha queda devengado colmadamente con las tareas del año entero. En los varios tránsitos de la sociedad, el cazador, el vaquero, y el arador, pueden resguardar sus haberes con dos razones que embargan eficazmente el concepto humano; que cuantos están disfrutando el parto de su industria, y que cuantos envidian sus logros tienen en su mano el granjeárselos igualmente con semejante ahinco. Cabe á la verdad tanto ensanche y esquilmo en una colonia aventajada por alguna isla pingüe, mas el jentío crece y el espacio es el mismo; los derechos comunes y la herencia igual de todos viene á vincularse en los traviesos y mañosos; campiña y bosque se acotan por el dueño receloso, y debe celebrarse con especialidad la jurisprudencia Romana, en ajustar el derecho de primer ocupante á las mismas fieras, el ambiente y el agua. En el camino desde la equidad primitiva hasta la suma injusticia, son callados los pasos, casi imperceptibles las diferencias, y al fin el estancamiento final se escuda con leyes terminantes y raciocinios estudiados. El móvil eficacísimo é insaciable del amor propio es el fomentador de las artes y el aspirante á los galardones de la industria, y en planteándose el gobierno civil, y la propiedad esclusiva, ya son imprescindibles para la existencia del linaje humano. Escepto en las instituciones singularísimas de Esparta, todo lejislador cuerdo desaprobó las leyes agrarias, como innovaciones fementidas y azarosas. Entre los Romanos la desproporcion descompasada de los haberes, arrolló el contraresto ideal de tradiciones dudosas y estatutos anticuados; era la vez de que al mas menesteroso secuaz de Rómulo le cupieron por herencia perpetua dos yugadas (138), y el estatuto reducia las fincas del ciudadano mas rico á quinientas yugadas. El territorio primitivo de Roma consistia únicamente en unas cuantas leguas de bosque y pradera, por las orillas del Tiber, y con los cambios caseros nada medraba la cuota nacional; pero los bienes de todo estraño ú enemigo estaban legalmente de manifiesto al ocupante de mano armada, se acaudalaba la ciudad con el tráfico provechoso de la guerra, y la sangre de los hijos era el precio único para feriar el ganado Volico, los esclavos Bretones, y la pedrería y el oro de los reinos asiáticos. En el idioma de la jurisprudencia antigua, corrompido y trascordado antes del tiempo de Justiniano, se apellidaban los despojos *mancipios*, asidos con la mano, y al venderlos ó *emanciparlos*, requeria el comprador el resguardo competente de haberse quitado al enemigo, no al conciudadano (139). Solo podia desmerecer su derecho un ciudadano por desamparo manifiesto, lo que no era de suponer de alhaja alguna. Mas segun las Doce Tablas, la posesion de un año por bienes muebles, y la de dos por los sitios, apeaba de todo derecho al poseedor antiguo, en adquiriéndolos el actual por contrato honrado de la persona que conceptuaba lejítimamente dueña (140). Esta injusticia corriente, sin

asomo de engaño ú tropelía, mal podia dañar á los individuos de una república reducida, pero los varios plazos de tres, diez y aun veinte años, dispuestos por Justiniano, cuadran mejor con los ámbitos de un imperio dilatado. En el plazo de esta posesion, han señalado los lejistas la distincion de haberes positivos ó personales, y su concepto jeneral de la propiedad es el de un dominio sencillo, uniforme y absoluto. Las escepciones derivadas de *uso, usufructo* (141), ú *servidumbres* (142), impuestas en beneficio de algun vecino de hacienda ó casa, están desmenuzadas por estremo en los jurisconsultos; desentrañando allá con sutilezas metafísicas, los fueros de la propiedad revueltos, divididos, ó transformados, en otras entidades.

La muerte determina el título personal del primer dueño, pero la posesion como invariable, sigue pacíficamente en sus hijos, como asociados en sus afanes y partícipes de sus haberes. Ampararon los lejisladores en todos tiempos y lugares un jénero de herencia tan obvio, y estimula al padre, en sus conatos eficaces y dilatados, la esperanza entrañable de que una posteridad crecida ha de disfrutar el producto de su teson. Universal es el *principio* de la sucesion hereditaria, pero varía el *método*, por la conveniencia ó el antojo, por el rumbo de las instituciones nacionales, ó con ejemplares parciales que allá primitivamente se planteasen con engaño ú violencia. Desvióse al parecer la jurisprudencia Romana de la igualdad natural, pero mucho menos que las instituciones Judaicas (143). Atenienses (144), ó Inglesas (145). A la muerte de un ciudadano, toda la descendencia, á menos que estuviese ya libre de la potestad paterna, acudia á la herencia. Desconocíase la engreida prerogativa de la primojenitura; nivelábanse los sexos; hijos é hijas eran todos acreedores á su cuota igual del patrimonio, y en sobreviniendo la temprana muerte de algun individuo, se repartia su porcion por los restantes. En faltando la línea recta, recaia la sucesion en las ramas colaterales. Van los letrados deslindando los grados de parentesco (146), ascendiendo desde el poseedor al padre comun, y descendiendo desde este al heredero inmediato; mi padre está en el primer grado, mi hermano en el segundo, sus hijos en el tercero, y los demás de la serie abarcan con el pensamiento, ó se retratan en el árbol jeneálojico. En esta regulacion, mediaba tambien otro deslinde esencial en las leyes, y aun en la constitucion de Roma, los *agnados* ó deudos por la línea masculina, eran llamados estando en el mismo grado, á igual cuota; pero la hembra era inhábil para trasladar el derecho lejítimo y los *cognados* de toda esfera, sin esceptuar la relacion entrañable de madre é hijo, quedaban desheredados por las Doce Tablas, como estraños y ajenos. Entre los Romanos una *alcurnia*, ó linaje, se hermanaba con el *nombre* comun y ritos caseros; los varios sobrenombres y apellidos de Escipiones, ó Marcelos, deslindaban mutuamente las ramas dependientes de

las familias Cornelia ó Claudia; la carencia de *agnados* del mismo apellido, se suplia con la denominacion mas anchurosa de deudos ó *jentiles*, y el desvelo de las leyes seguia conservando, bajo el mismo nombre, la descendencia perpetua de relijion y haberes. La ley Vocenia (147), procedia de un principio parecido, pues anulaba el derecho de la herencia femenina. Mientras las doncellas se siguieron dando ó vendiendo para el matrimonio, adoptada la mujer, quedaba desahuciada la hija, pero la sucesion independiente y aun igual de las matronas, sostenia su engreimiento y boato, y podian trasladar á una casa estraña las riquezas de sus padres. Mientras se acataron las máximas de Caton (148), se encaminaban á perpetuar en cada familia una mediania razonable y decorosa: hasta que las añagazas mujeriles fueron imperceptiblemente triunfando, y todo contenimiento saludable se disparó allá con la grandeza descompasada de la república. La equidad de los Pretores iba mitigando la tirantez de los Decemviros. Restablecieron sus edictos los derechos naturales á los niños póstumos y emancipados; y á falta de *agnados* anteponian la sangre de los *cognados* al nombre de los deudos, cuyo título y esfera se fué luego empozando en el olvido. La humanidad del senado planteó con los decretos Tertuliano y Orficiano, la herencia recíproca entre madres é hijos; pero se vino á introducir otro réjimen nuevo y mas imparcial, con las Novelas de Justiniano, que se esmeraba en resucitar la jurisprudencia de las Doce Tablas. Se barajaron las líneas masculina y femenina, se deslindaron escrupulosamente los eslabones ascendientes, descendientes y colaterales, y segun la inmediacion de parentesco y cariño, fué cada grado sucediendo á las posesiones vacantes de un ciudadano de Roma (149).

Naturaleza coordina de suyo las sucesiones, ó en su vez lo hace la racionalidad jeneral y permanente del lejislador; pero suele atropellarse aquel órden por el *albedrío* antojadizo y parcial que dilata el predominio del testador hasta mas allá de la huesa (150). En el estado sencillo de la sociedad, por maravilla asoma este uso ú abuso del derecho de propiedad; introdujéronlo en Aténas las leyes de Solon, y las Doce Tablas autorizan el testamento de un padre de familia. Antes de los Decemviros (151), un ciudadano manifestaba su ánimo ante el concejo de las treinta curias ó barrios, y motivándolo la ley jeneral de herencias, quedaba suspendido por un acto accidental de la lejislatura. Tras el permiso de los Decemviros, cada lejislador especial promulgaba su testamento de palabra ó por escrito, en presencia de cinco testigos, que estaban representando las cinco clases del pueblo Romano; el sexto testigo acreditaba su existencia, un séptimo pesaba la moneda de cobre, pagada por un comprador supuesto, y se rescatába el haber con una venta soñada y quedaba inmediatamente libre. Esta ceremonia (152), tan estraña que pasmaba á los Griegos, se seguia practicando todavía en tiempo de Severo; mas ya

los pretores habian dispuesto un testamento mas sencillo, para el cual requerian las firmas y sellos de siete testigos, libres de toda escepcion legal, y citados espresamente para el desempeño de aquel acto trascedental. Un monarca particular que estaba reinando sobre las vidas y haberes de sus hijos era árbitro de ir luego repartiendo sus respectivas cuotas segun los grados de sus merecimientos y su cariño ; y su desagrado voluntarioso castigaba á un hijo ruin con la pérdida de su herencia, y la amarguísima preferencia de un estraño. Pero el desengaño de ver muchos padres descastados acarreó algunos cercenes á la potestad testamentaria. Un hijo, y por las leyes de Justiniano, tambien una hija, no quedaban ya desheredados con el mero silencio ; tenian que nombrar al reo y especificar el agravio, y la justicia del emperador fué deslindando las causales únicas que podian sincerar tamaña contravencion á los principios fundamentales de la naturaleza y de la sociedad (153). A menos que se reservase la lejítima, esto es, la cuarta parte, para, los hijos, eran estos árbitros de querellarse de un testamento *inoficioso*, suponer que el entendimiento yacia menoscabado, por la edad ó por dolencia, y apelar acatadamente de sentencia tan violenta á la sabiduría circunspecta del majistrado. Mediaba en la jurisprudencia Romana distincion esencial entre la herencia y los legados. Los herederos de la unidad cabal, ó de algun doceavo de los haberes del testador, representaban su personalidad civil y relijiosa, resguardaban sus derechos, cumplian con sus cargas, y aprontaban las donaciones amistosas ó graciables que su voluntad postrera habia señalado, bajo el nombre de legados. Mas como la inconsideracion ó prodigalidad de un moribundo pudiera sobrepujar á la herencia, y dejar tan solo riesgos y afanes al sucesor, le cabia á este la cuota *Falcidia;* y rebajar antes del pago de los legados, la cuarta parte en su beneficio. Se franqueaba un plazo razonable para enterarse del balance entre deudas y haberes, para determinar si aceptaba ó se desentendia del testamento, y admitiéndole á beneficio de inventario, las peticiones de los acreedores no habian de esceder al justiprecio de las existencias. Podia la última voluntad de un ciudadano alterarse en vida, y alterarse en muerte : los sujetos que nombraba podian morir antes que él, orillar la herencia, ó estar espuestos á nulidades legales. En vista de tales acontecimientos, era árbitro de sustituir segundo ú tercer heredero, para irse colocando segun el órden del testamento ; y la incapacidad de un demente ó de un niño, para disponer de lo suyo, podia suplirse con una sustitucion semejante (154). Pero aceptado el testamento, fenecia la potestad del testador. Todo Romano adulto y cabal de razon, se entregaba con señorío absoluto de la herencia, sin que alterasen la sencillez de la ley gravámenes inapeables que cercenan el desahogo de la libertad, por largas jeneraciones.

Las conquistas, y luego los trámites de la ley, acarrearon el uso de los

codicilos. Si un Romano fallecia en provincia lejana del imperio, dirijia una esquela á su heredero lejítimo ú testamentario, quien desempeñaba pundonorosamente, ó trascordaba á su salvo, aquel encargo póstumo que los jueces no eran árbitros de exijir antes del tiempo de Augusto. Podia el codicilo estenderse en cualesquiera términos é idiomas, pero se requerian cinco firmas de testigos que lo abonasen. Solia ser su ánimo recomendable y adolecer de ilegalidad, y la invencion de los *fideicomisos*, ó padrinos, resultó del contraste de la justicia natural y la jurisprudencia positiva. Allá un estranjero de Grecia ó Africa, podia ser amigo ú bienhechor de un Romano sin hijos, pero nadie sino un conciudadano, podia obrar como su heredero. La ley Voconia, aboliendo la sucesion femenina, coartó el legado ú herencia de una mujer á la suma de cien mil sestercios, ó doce mil duros (155), y una hija sola quedaba como estraña en la casa solariega. El afan amistoso y el cariño de la sangre, idearon un ardid garboso; se nombraba en el testamento un ciudadano honrado, con el encargo encarecido de que devolviese la herencia á la persona verdaderamente acreedora. Variaban los padrinos en tal conflicto; habian jurado cumplir con las leyes patrias, y el pundonor los estaba incitando á atropellarlas; y si á vueltas de su patriotismo anteponian realmente su interés, se desconceptuaban con los sujetos delicados. Con la declaracion de Augusto se zanjaron sus dudas, y se desentrañaron comedidamente las formalidades y cortapisas de la jurisprudencia republicana (156), sancionando legalmente los testamentos judiciales. Pero como la nueva práctica de los padrinazgos vino á dejenerar en abuso, se le otorgó al padrino por los decretos Trebeliano y Pegasiano la reserva de una cuarta parte del haber, ó encabezar sobre el heredero efectivo todas las deudas y pleitos de la sucesion. Interpretábanse los testamentos llana y literalmente, pero el contesto de los codicilos y padrinazgos daba mas ensanche á los letrados que solian estremar su esmero facultativo y prolijo (157).

III. Las relaciones públicas y privadas imponen obligaciones jenerales á los hombres, pero estos *compromisos* específicos pueden tan solo resultar de, 1.° promesa, 2.° de beneficios, 3.° de agravio, ú cuando la ley revalida aquellas condiciones, la parte interesada acude á precisar á su desempeño, por medio de una *accion* judicial, la jurisprudencia de los letrados de todos los paises estriba sobre este principio, que es el paradero honesto de la racionalidad y la justicia (158.) 1.° La diosa de la buena fe, pues se trata de la humana y social, merecia cultos, no solo en sus templos, sino en el albergue de los Romanos, y si la nacion adolecia de suyo de egoismo y despego pasmaba á los Griegos, con el sencillo y entrañable cumplimiento de sus compromisos mas gravosos (159); en el mismo pueblo no obstante, segun el sistema adusto de los patricios y Decemviros, un *mero pacto*, una promesa, aun juramentada, no pro-

ducia obligacion civil, no corroborándose bajo la forma legal de un *convenio*. Prescindiendo de su etimolojía latina, siempre llevaba consigo el concepto de un contrato valedero é irrevocable, que se formalizaba invariablemente en preguntas y respuestas. ¿Me prometeis entregarme cien piezas de oro? era el interrogante entonado de Seyo; y,—lo prometo, era la contestacion de Sempronio. Los fiadores de Sempronio quedaban judicialmente responsables, segun el albedrío de Seyo, y el beneficio de descuento; y las resultas de pleitos recíprocos, se fueron desviando mas y mas del cimiento sólido del convenio. Requeríase un consentimiento recatado y detenido, para resguardar la validez de una promesa voluntaria, y el ciudadano que no se escudaba con su afianzamiento legal, quedaba indiciado de engaño, y pagaba el daño de su descuido. Mas cavilaban los lejistas, y lograban trocar los meros compromisos en convenios solemnes; los pretores, en calidad de celadores de la fe pública, admitian todo testimonio formal de un acto voluntario y reflejo, que venia á causar en su tribunal una obligacion equitativa, para la cual franqueaban accion y arbitrio (160).

2.° Las obligaciones de segunda clase, contraidas con la entrega de una cantidad, llevan para los letrados el dictado especial de efectivos (161). Débese agradecimiento á todo beneficiante, y el encargado de haberes ajenos, se ha vinculado á la correspondencia sagrada de la restitucion. En el caso de un rédito amistoso, el mérito de la generosidad es propio del prestamista, y el de un resguardo es peculiar del agraciado; pero en una *prenda*, y cuanto media en el trato interesado de la vida comun, el beneficio se compensa con su equivalente, y varia la obligacion del resarcimiento, segun los términos del contrato. El idioma latino espresa acertadamente la diferencia fundamental entre lo *aprontado* y *correspondido*, que nuestra escasez tiene que significar á bulto bajo el nombre de rédito. En el primer caso, el agraciado tenia que devolver idénticamente la entidad que le habian aprontado, para acudir á sus urjencias; en el segundo, se empleaba en su uso y consumo, sustituyendo el mismo valor específico, segun su justiprecio en número, peso y medida. En el contrato de *venta* se traslada el dominio absoluto al comprador, y correspondia al beneficio con la suma competente de oro ú plata precio y tipo universal de todo lo vendible. Mas complicado es el contrato de *arriendo*; pues toda finca, afan ó habilidad puede alquilarse á plazos, y cumplidos estos, puede la entidad idéntica devolverse al dueño, con el aumento de la ocupacion ó empleo beneficioso. En estos contratos gananciosos, á los cuales se pueden añadir los de aparcería y comisiones, andan los lejistas cavilando entregas de objetos, y á veces soñando el consentimiento de las partes. La prenda palpable ha venido á parar en los derechos invisibles de un empeño ú *hipoteca*, y el ajuste por de-

terminado precio, recarga desde aquel punto los acasos de quebranto ú ventaja, á cuenta del comprador. Se puede racionalmente suponer, que cada cual obra á impulsos de su interés, y en admitiendo el beneficio, tiene que arrostrar el desembolso del convenio. En asunto tan interminable, el historiador se parará á notar el *alquiler* de finca ó caudal, el producto de la primera, y el interés del segundo, por cuanto trasciende eficazmente á la prosperidad de la agricultura y el comercio. El hacendado solia tener que aprontar el caudal y los aperos de la labranza, y contentarse con la particion de sus frutos. Si el arrendador desvalido padecia quebrantos de esterilidad, epidemias y tropelías, acudia á las leyes, en pos de algun alivio proporcionado á sus desmanes; cinco años era el plazo corriente, y escasas mejoras cabian en el arrendador que, con la venta de la finca, estaba á toda hora espuesto á ser despedido (162). La usura (163), achaque inveterado en la ciudad, desalentada en las Doce Tablas (164), habia quedado abolida con el clamoreo del pueblo. Retoñó con los apuros de la ociosidad, toleróse con la cordura de los pretores, y por fin se deslindó en el código de Justiniano. Aun la jerarquía esclarecida, tuvo que ceñirse á la ganancia comedida del cuatro *por ciento*, se dispuso que el seis fuese la cuota corriente y legal del interés; otorgóse el ocho al fomento de manufacturas y tráfico; el doce á los seguros marítimos, que los antiguos mas cuerdos no trataron de fijar; pero escepto en este arriesgado empeño, se enfrenó severísimamente toda usura exorbitante (165). El clero, tanto de Levante como de Poniente, condenaba hasta el interés mas escaso (166) pero el concepto del mútuo beneficio, que prevaleció sobre las leyes de la república, contrastó con igual poderío y aun mayor, á las preocupaciones de las jentes (167).

3.° La naturaleza y la sociedad están clamando por la justicia del desagravio, y al paciente, por alguna sinrazon particular, le cabe el derecho personal de querella lejítima. Encargados de propiedad ajena, serian mas ó menos intensos nuestros desvelos, al par que crezca ó mengüe el producto de la posesion temporal; por maravilla respondemos de los acasos, pero las resultas del yerro voluntario, deben recaer sobre su cometedor (168). Entablaba un Romano su accion civil de robo, en demanda de bienes usurpados; pudieron ir pasando por manos puras é inculpables, pero se requeria la posesion de treinta años, para anular el derecho primitivo. Sentenciaba el pretor su devolucion, y se compensaba el quebranto duplicando, triplicando, y aun cuadruplicando el daño, segun se habia cometido la demasía, por fraude ó salteamiento, y segun se cojiera al delincuente infraganti, ó se le descubriera con las pesquisas. Resguardaba la ley Aquilia (169) la propiedad viviente del ciudadano, en esclavos y reses, de mano airada ó de desamparo: concedíase el precio sumo del año, en cualquiera punto antes del menoscabo; y se otor-

gaba proporcionalmente el ensanche de treinta dias á las alhajas. Todo agravio personal se acibara ó se mitiga con las costumbres reinantes y la sensibilidad del individuo, y no cabe justipreciar, con un equivalente pecuniario, la pena ó la afrenta de una espresion ó de un golpe. La jurisprudencia tosca de los Decemviros barajaba todas las tropelías que no llegasen á una lisiadura, multando indistintamente en veinte y cinco *ases*. Pero la misma moneda nominal se fué reduciendo en tres siglos, de una libra al peso de media onza, y el descoco de un Romano adinerado, se complacia disfrutando la baratura de golpear á diestro y siniestro, cumpliendo con la ley de las Doce Tablas. Corria Veracio por las calles apaleando ú abofeteando á los confiados transeuntes, y le seguia un pagador que inmediatamente desembolsaba la multa, y les acallaba con el brindis legal de veinte y cinco piezas de cobre, esto es, de cinco reales (170). La cordura del pretor iba escudriñando y deslindando el mérito de cada querella, pues al justipreciar los daños, procuraba enterarse de las circunstancias del tiempo, sitio, edad, y jerarquía, que podian agravar el rubor y padecimiento del agraviado; pero si se conformaba, ó si se ceñia á multa, ó castigo ejemplar, ya se entrometia en la competencia; y quizás cubria las nulidades de la ley criminal.

La ejecucion del dictador Albano, descuartizado por ocho caballos, es en concepto de Livio el ejemplar primero y último de crueldad Romana, en el castigo de los delitos mas atroces (171); pero aquella justicia ó venganza recayó sobre un enemigo estraño en el acaloramiento de la victoria, y por disposicion de un solo individuo. Las Doce Tablas suministran una prueba mas terminante del temple nacional, puesto que se arreglaron por lo mas selecto del senado, y se aceptaron libremente por el pueblo, y aquellas leyes, á semejanza de las de Dracon (172), estaban escritas con letras de sangre (173). Aprueban el principio inhumano y desigual de las represalias, y la lesiadura de ojo por ojo, diente por diente, y miembro por miembro, se exije inexorablemente, á menos que el ofensor ferie su indulto, con una multa de trescientas libras de cobre. Repartieron colmadamente los Decemviros las penas menores de azotes y servidumbre, imponiendo pena capital á nueve delitos de diversísimo temple. 1.º Todo acto de *alevosía* contra el estado, ú correspondencia con el enemigo público. Ajusticiaban al reo con martirio y afrenta; le velaban la cabeza, lo maniataban á la espalda, y azotado por un sayon, se le encaramaba en medio del foro sobre una cruz, ó algun árbol aciago. 2.º Reuniones nocturnas en la ciudad, bajo cualquiera pretesto de recreo, relijion, ó bien público. 3.º El homicidio de un ciudadano, por el cual los afectos naturales están pidiendo la sangre del matador. Es el veneno aun mas horroroso que la espada ó el puñal, y estrañamos el hallar, en dos casos afrentosos, cuan temprano plagó aquella maldad estudiada la

sencillez de la república, y las virtudes recatadas de las matronas Romanas (174). El parricida, violador de los impulsos de la naturaleza y del agradecimiento, era arrojado al rio ú al mar, cosido en un saco, y luego les fueron añadiendo sucesivamente un gallo, una víbora, un perro y un mono, como compañeros muy proporcionados (175). No hay monos en Italia, mas tampoco se pudieron echar menos hasta que, á mediados del siglo sexto, asomó la atrocidad de un parricidio (176). 4.º La bastardía de un *incendiario.* Tras la ceremonia de los azotes, lo aventaban á sus mismas llamas, y tan solo en este ejemplo, la racionalidad propende á celebrar la justicia de las represalias. 5.º *Perjurio judicial.* Despeñaban, al testigo cohechado ú perverso, del peñon Tarpeyo, para purgar su falsedad, que redundaba mas aciaga con la violencia de las leyes penales, y la falta de testimonios por escrito. 6.º El cohecho de un juez que admitia regalos, por sentenciar inicuamente. 7.º Libelos y sátiras, cuyo tosco destemple solia alterar el sosiego de una ciudad idiota. Machucaban al autor con una cachiporra, castigo dignísimo, mas no consta que espirase con la descarga de las mazadas del verdugo (177). 8.º La tala nocturna de la sementera de un vecino. Colgaban al reo como víctima grata á Ceres; mas no eran tan implacables los dioses silvanos, pues el desmoche de un árbol mucho mas apreciable, quedaba satisfecho con el pago moderadísimo de veinte y cinco libras de cobre. 9.º Ensalmos, que para la aprension de los vaqueros del Lacio, alcanzaban á postrar al enemigo, acabar con su vida, y desarraigarle sus lozanos plantíos. Queda por mencionar la crueldad de las Doce Tablas contra los deudores insolventes, y voy á preferir el sentido literal de la antigüedad, á los afeites vistosos de la crítica moderna (178) (*s*). Tras la prueba judicial del reconocimiento de la deuda, se daban treinta dias de tregua antes de entregar al reo á la potestad de su conciudadano. Suministrábanle en aquella cárcel casera, se le daban doce onzas de arroz de racion, se le podia aherrojar hasta el peso de quince libras, y se manifestaba, hasta tres veces, en el mercado su desamparo para mover la compasion á sus amigos y paisanos. A los sesenta dias se saldaba la deuda con la pérdida de la libertad ó la vida, pues el insolvente ó moria, ó era vendido para esclavitud estranjera allende el Tíber; pero si acudian varios acreedores igualmente pertinaces y empedernidos, podian legalmente descuartizarlos, y saciar su venganza con particion tan horrorosa. Cuantos abogan por ley tan irracional, alegan que su eficacia retraeria del engaño y de la ociosidad, y por consiguiente evitarian deudas impagables; pero la esperiencia anonada el pavor benéfico demostrando, que no asomaria acreedor que exijiera aquella pena inservible de la vida, ó de un miembro. Al paso que los Romanos se iban algun tanto civilizando, quedó mas y mas arrinconado el código de los Decemviros, con la humanidad de los querellantes,

jueces y testigos, y así la exorbitancia del rigor vino á redundar en impunidad. Las leyes Porcia y Valeria, vedaban á los majistrados el imponer á ningun ciudadano libre pena capital y aun corporal, y los estatutos anticuados de sangre se achacaron estudiada, y tal vez verdaderamente, á la violencia de la tiranía, no de los patricios, sino de los reyes.

Con la carencia de leyes penales, y la insuficiencia de las acciones civiles, se mantenian escasísimamente el sosiego y la justicia de la ciudad, con la jurisdiccion llana de los ciudadanos. Los malhechores que pueblan nuestras cárceles, son la hez de la sociedad, y las demasías que los apenan son abortos de ignorancia, de irracionalidad y desamparo. Para cometer desafueros semejantes, podia un plebeyo villano abusar del carácter sagrado de individuo de la républica, pero en mediando prueba ó sospecha de algun delito contra el esclavo ú el estranjero, se le clavaba á una cruz, y justicia tan sumaria y ejecutiva, se podia ejercer sin reparo sobre la mayor parte del jentío de Roma. Albergaba cada familia su tribunal casero que no se ceñia, como el del pretor á los actos esternos; la enseñanza planteaba semillas virtuosas y trascendentales, y el Padre Romano era responsable al estado de las costumbres de sus hijos; puesto que disponia sin apelacion de su vida, libertad y herencia, y en ciertas urjencias estrechas, cabia en el ciudadano el desagravio público y el privado. Concordaban las leyes judaicas, atenienses y romanas, en aprobar el homicidio de un salteador nocturno, aunque un ladron, en medio del dia, no se podia matar sin testimonio anterior de peligro y queja. Quien sorprendia al adúltero infraganti, podia libremente ejercitar en él su venganza (179); el provocador abonaba todo contraresto sangriento y antojadizo (180), y hasta el reinado de Augusto el marido prescindia de jerarquías y podia igualar á la que era hija de un padre poderoso con su seductor. Tras la espulsion de los Reyes, el Romano ambicioso que osase aspirar á su dictado ó remedar su tiranía, quedaba allá entregado á los dioses infernales: cada conciudadano esgrimia la espada de la justicia, y la accion de Bruto, tan repugnante al agradecimiento y á la racionalidad, quedaba ya de antemano santificado en el concepto de su patria (181). La práctica tan bárbara de usar armas en medio de la paz (182), y las máximas sangrientas del pundonor, eran desconocidas de los Romanos; y en la temporada mas castiza, desde el establecimiento de la libertad igual hasta el fin de las guerras púnicas, nunca se trastornó la ciudad con asonadas, ni apenas se mancilló con atrocidades. La carencia de leyes penales se fué mas y mas echando de ver por la sentina de vicios que emponzoñaron la ciudad, con los bandos en el interior y la dominacion por de fuera. En tiempo de Ciceron, todo ciudadano particular disfrutaba el ensanche de la anarquía; todo mandarin de la república allá se enardecia con ínfulas de poderío rejio, y sus virtudes se hacen acreedoras á sumo elojio, como frutos de

suyo de la naturaleza y la filosofía. Verres, tirano de Sicilia, despues de un trienio anchuroso de liviandad, rapiña y desenfreno, tan solo se le procesó por la restitucion de mas de un millon de duros, y tan estremada fué la templanza de las leyes, del juez, y quizás del fiscal mismo (183), que con devolver el décimotercio de sus robos, estuvo allá viviendo desahogada y lujosamente en su destierro (184).

El primer bosquejo de intento en proporcionar las penas con los delitos fué del dictador Sila, que en medio de su triunfo sangriento, trató de atajar el desenfreno, mas bien que de aherrojar la libertad de los Romanos. Blasonaba de la proscripcion arbitraria de cuatro mil y setecientos ciudadanos (185), pero encumbrado á lejislador, acataba las preocupaciones del siglo, y en vez de sentenciar á muerte al salteador ó asesino, al jeneral que vendia á su hueste y al majistrado arrinconado de una provincia, se contentó con recargar sobre los daños pecuniarios la pena de destierro, ú en lenguaje mas constitucional, la veda del fuego y del agua. La ley Cornelia, y despues la Pompeya y la Julia, entablaron un nuevo sistema de jurisprudencia criminal (186), y los emperadores, desde Augusto hasta Justiniano, fueron disfrazando la tirantez de sus rigores, bajo los nombres de sus autores primitivos. Sobrevino el invento y la repeticion de *penas estraordinarias*, dimanado del afan por dilatar y encubrir los vuelos del despotismo. Al condenar á Romanos esclarecidos, se mostraba siempre el senado propenso á barajar, al antojo de sus dueños, la potestad judicial con la lejislativa. Incumbia á los gobernadores el mantener en paz las provincias, administrando ejecutiva y arbitrariamente justicia, y el malhechor español que estuvo invocando su privilejio de Romano, logró que Galba lo hiciese empinar en cruz mas encumbrada y vistosa; y así los ensanches de la ciudad, desaparecieron por los ámbitos del imperio (187). Espedia allá el solio rescriptos oportunos, para tranzar dudas que por su novedad y trascendencia, se trasponian, al parecer, á las facultades y alcances de un procónsul. Eran reserva honorífica para personajes el estrañamiento y la degollacion, pues ahorcaban, empozaban en las minas, quemaban ó entregaban á las fieras en el anfiteatro, á los delincuentes ruines. Perseguian á los salteadores armados, esterminándolos como enemigos de la sociedad; se declaró delito capital el de cuatrero (188), pero el robo sencillo se conceptuó como agravio civil y personal. Se solian deslindar, á discrecion de los mandarines, los grados de maldad y el jénero de castigo, y el súbdito vivia á ciegas, en cuanto al peligro legal que le cabia por todos los pasos de su vida.

Pecados, vicios y delitos corresponden á la teolojía, á la moral y á la jurisprudencia. En estando acordes sus dictámenes, se robustecen mutuamente, mas en desaviniéndose, un lejislador atinado, va justipreciando el delito y el castigo, segun su trascendencia para la sociedad. Bajo este

concepto el arrojo mas desaforado contra la vida y haberes de un mero ciudadano, resulta menos atroz que el delito de traicion ó rebeldía, que desacata la *majestad* de la república : los letrados obsequiosos entonaron á una voz, que la república vive cifrada en la persona de su caudillo, y los filos de la ley Julia se fueron aguzando con el esmero desvelado de los emperadores. El roce desmandado de los sexos puede tolerarse como arranque natural, ó atajarse como manantial de trastorno y estrago, pero el concepto, los haberes y la familia del marido, quedan en gran manera lastimados con el adulterio de la mujer. La cordura de Augusto, despues de enfrenar los disparos de la venganza, aplicó el amago de las leyes á este descarrío interior ; y los partos criminales, tras el pago de crecidas multas y confiscaciones, fueron condenados á destierro dilatado ú perpetuo, en dos islas muy desviadas (189). La Relijion iguala, en sus censuras, á entrambos esposos infieles, mas como varian las resultas civiles, jamás cupo á la mujer disculpa formal (190), y la diferencia de adulterio sencillo ú duplicado, tan corriente, tan abultada en los cánones, no asoma en la jurisprudencia del Código ú de las Pandectas. Apuntaré á mi pesar, y terminaré con ansia, otro vicio mas odioso, cuyo nombre hasta repugna al recato, y su pensamiento estremece á la naturaleza. Emponzoñáronse los Romanos primitivos con el ejemplo de los Etruscos (191), y Griegos (192); enloquecidos y descarriados con la prosperidad y el poderío, empalagaba ya todo deleite candoroso, y la ley Escatinia (193), atropellada violentamente, se fué desusando con la sucesion del tiempo y el sin número de los reos. Por ella el robo, y quizás la seduccion, de un jóven honrado, se compensaba, como agravio personal, con el escaso quebranto de diez mil sestercios, ó doscientos duros; era lícito matar al atropellador en la resistencia ó venganza del recato, y me complazco en creer que así en Roma como en Aténas, el desertor voluntario y afeminado de su sexo, quedaba apeado del blason y los derechos de ciudadano (194). Mas no amainó el desbarro con la jeneralidad de la afrenta; el tiznon de la vileza se equivocó allá con los descarríos mas leves de la mancebía y el adulterio, ni el amante desenfrenado incurria en el mismo desdoro que su acompañante en el delito de uno ú otro sexo. Desde Catulo á Juvenal (195), andan los poetas tildando y vitoreando la bastardía de los tiempos, y el despejo y la autoridad de los letrados se empeñaron débilmente en reformar las costumbres, hasta que el sumamente virtuoso emperador vedó el pecado antinatural, como delito contra la sociedad (196).

Otro rumbo de lejislacion, apreciable aun en su desacierto, vino á formalizarse con la relijion de Constantino (197). Conceptuáronse las leyes de Moisés como la norma fundamental de la justicia, y los príncipes cristianos fueron ajustando sus estatutos penales á los grados de bastardía moral ó relijiosa. Declaróse ante todo el adulterio por desliz capital; igualóse

la frajilidad de ambos sexos, con el envenenamiento, asesinato, hechicería ó parricidio; impusiéronse las mismas penas al delito activo ú pasivo de sodomia, y todos los reos, de estado libre ó esclavo, fueron ahogados ó degollados, ó bien arrojados vivos á las llamas vengadoras. Se contempló á los adúlteros, por impulso natural de las jentes, pero los enamorados de su propio sexo, fueron acosados por la ira jeneral y relijiosa; reinaban todavía las costumbres deshonestas de la Grecia en las ciudades del Asia, y el celibato de los monjes y el clero, estaba dando pábulo á todos los vicios. Mitigó á lo menos Justiniano el castigo de la infidelidad femenil, pues condenaba á la delincuente á soledad y penitencia no mas, y á los dos años, podia volver á los brazos del marido bondadoso. Pero el mismo emperador se declaró enemigo implacable de la lujuria vedada, y apénas cabe disculpar la inhumanidad de su persecucion, á vueltas de la pureza de sus motivos (198).

Arrollando todo principio de justicia, abarcó allá con sus edictos demasías anteriores y venideras, dando treguas para la confesion ó el indulto. Imponíase muerte congojosa con el cercen del instrumento pecaminoso, ó el empuje de cañas agudas por los poros y conductos de sensibilidad mas estremada, y abonaba Justiniano su providencia, alegando que á todo sacrílego se le cortaban las manos. En tan rematada afrenta y agonía, dos obispos, Isaías de Rodas y Alejandro de Dróspoles, fueron arrastrados por las calles de Constantinopla, mientras se amonestaba á voz de pregon á sus hermanos, que escarmentasen para no mancillar la santidad de su carácter. Quizás eran inocentes los prelados. Solia la sentencia estribar en el testimonio leve de un niño ú de un sirviente, causando muerte ú afrenta: los jueces se atenian á un delito del bando verde, de los acaudalados y de los enemigos de Teodora; y la sodomía vino á ser la culpa de cuantos ninguna tenian. Un filósofo francés (199), ha osado advertir, que todo lo recóndito es dudoso, y el mismo horror natural del vicio, puede redundar, con el abuso, en palanca de tiranía. Pero el concepto propicio del mismo escritor de que un lejislador debe descansar en el tino y racionalidad del linaje humano, se desquicia con la averiguacion desabrida de la antigüedad, y estension del achaque (200).

Gozaban los ciudadanos libres de Atenas y de Roma en puntos criminales, la regalía inestimable de ser procesados por sus compatricios (201). I. La administracion de justicia es el cargo primitivo de un príncipe; ejercitáronlo allá los reyes Romanos, y abusó de él Tarquino, pronunciando, solo sin ley ni consejo, su sentencia arbitraria. Los reemplazaron los primeros cónsules en esta prerogativa rejia, pero el derecho sagrado de apelacion canceló luego la jurisdiccion del majistrado, y el tribunal supremo del pueblo, tranzaba todas las causas públicas. Pero una democracia desquiciada, orilla los principios fundamentales de la justicia; la

envidia plebeya enconaba la altanería despótica, y los héroes de Aténas pudieron, á veces, encarecer la dicha del Persa, cuya suerte pendió del antojo de un *solo* tirano. Algunas restricciones saludables, impuestas por el pueblo á sus propios ímpetus, fueron á un tiempo causa y efecto de la gravedad y templanza de los Romanos. Se vinculaba en los majistrados el derecho de acusacion, un voto de las treinta y cinco tribus podia imponer una multa, pero el conocimiento de todo delito capital estaba reservado por una ley fundamental á la junta de centurias, en la que el influjo de los pudientes no podia menos de preponderar. Mediaban repetidos pregones y plazos, para dar tiempo á que amainasen la preocupacion y el encono: todo el procedimiento podia anularse con un agüero oportuno ú la oposicion de un tribuno; y aquel jénero de causas solian ser menos temibles para la inocencia, que favorables á la maldad. Pero este enlace de la potestad lejislativa con la judicial, dejaba en duda si el reo quedaba ó no indultado ú bien descargado, y los oradores de Roma y Aténas abogando, por sus ahijados, acudian á la política y la benevolencia, no menos que á la justicia del soberano. 2. El afan de juntar los ciudadanos para el negocio de cada encausado, se iba dificultando mas y mas con tantísimo reo como se agolpaba diariamente, y se planteó el arbitrio muy óbvio, de subdelegar en nombre del pueblo, los majistrados ya establecidos, ó *pesquisadores* estraordinarios. Escaseaban en los primeros tiempos, estos disturbios accidentales. Se fueron perpetuando, al principio del siglo séptimo de Roma; autorizábase anualmente á cuatro pretores para entender en delitos de traicion contra el estado, tropelía, estafa y cohecho; y añadió Sila nuevos pretores y cuestores, para las demasías que mas directamente ofenden á la seguridad de los individuos. Aquellos pesquisadores venian á sustanciar la causa, pero tan solo podian pronunciar la sentencia de la mayoría de los *jueces* que, con alguna verdad y mas preocupacion, se han querido parangonar con los jurados ingleses (202). Para el desempeño de aquel cargo trascendental y gravoso, el pretor arreglaba su lista anual de ciudadanos antiguos y respetables. Tras varios vaivenes constitucionales, se nombraban en número igual del senado, del órden ecuestre y del pueblo; se apropiaban cuatrocientos y cincuenta para litijios particulares, y los varios catálogos, ó *decurias* de jueces, debieron contener los nombres de algunos miles de Romanos, que venian á representar la autoridad judicial del estado. Para cada pleito nuevo, se sacaba de la urna un número suficiente; se juramentaban; el escrutinio secreto resguardaba su independencia; se orillaba todo recelo de parcialidad, por las tachas mútuas que aprontaban el acusador y el defensor, y los jueces de Milon, con el cercen de quince por cada parte vinieron á quedar en cincuenta y un votos, ó tarjetas de descargo, condena, ó duda favorable (203). El pretor de la ciudad era positivamente un juez, y casi

un lejislador, en su jurisdiccion civil, mas luego que habia aplicado el caso de la ley, solia subdelegar la determinacion del hecho. Creciendo mas y mas los litijios, se granjeó mas concepto y predominio el tribunal de los centumviros que estaba presidiendo; pero ya actuase por sí solo, ú con el dictámen de su consejo, se confiaba un poderio absoluto á un majistrado elejido anualmente, por los votos del pueblo. Requerian algun despejo las reglas y cautelas de la libertad, pero el método del despotismo, es tan sencillo como yerto. Antes del tiempo de Justiniano, y quizás de Diocleciano, las decurias de los jueces Romanos yacian exánimes, con su mero dictado; podian aceptar ú orillar el dictámen rendido del asesor, y en todos los tribunales la jurisdiccion civil y criminal se desempeñaba por un majistrado solo, que se erguia ó se arrinconaba, segun el albedrío del emperador.

Todo Romano procesado por delito capital, tenia en su mano el sortear la sentencia con su destierro ú muerte voluntaria. Se le conceptuaba inocente, hasta que resultase comprobada la culpa, y entretanto vivia libre; y hasta tanto que se contasen y apurasen los votos de la última centuria podia sosegadamente retirarse, á alguna de las ciudades aliadas de Italia, Grecia ó Asia (204). Con esta muerte civil, quedaban ilesos su concepto y sus haberes, á lo menos para sus hijos; y le cabia holgarse honesta y aun sensualmente, si el ánimo, embullado con el estruendo ambicioso de Romano, podia ya aguantar la igualdad y el sosiego de Rodas ó de Aténas. Mayor denuedo se requeria para sortear la tiranía de los Césares, pero las máximas Estoicas conjeniaban con estos conatos, brindando con el partido legal del suicidio. Ostentábanse á la afrenta pública los cadáveres de los reos, y sus hijos, desman mucho mas amargo, quedaban reducidos al desamparo, con la confiscacion de sus bienes. Pero en anticipando una víctima de Neron ó de Tiberio el decreto del príncipe ó del senado, su arrojo terminante lograba el aplauso público, un entierro decoroso y la validez de sus testamentos (205). Parece que la suma codicia y crueldad rematada de Domiciano, defraudaban aun de este postrer consuelo al desventurado, y que lo siguió denegando hasta la misma clemencia de los Antoninos. La muerte voluntaria que en caso capital, mediaban entre la acusacion y la sentencia, se graduaba de confesion de la culpa, y la demanda inhumana del Erario, acudia en pos de los haberes del difunto (206). Pero siempre los letrados acataron el derecho sagrado de un ciudadano para disponer de su vida, y la afrenta póstuma inventada por Tarquino (207), para atajar la desesperacion en los súbditos, no mereció repeticion ó remedo, entre los tiranos posteriores. Desfallece todo poderío contra el que se aviene á la muerte, y tan solo el concepto relijioso de un estado venidero, alcanza á detenerle el brazo. Alista Virjilio á los suicidas entre los desventurados, mas bien que con los delincuentes (208), y las fá-

bulas poéticas de lobregueces infernales, no podian formalizar el menor reparo, en punto á creencias y prácticas del linaje humano. Pero los preceptos del Evanjelio ú de la Iglesia, han aherrojado por fin con esta servidumbre cristiana á los feligreses, condenándolos á estar aguardando el trance postrero de la dolencia, ó del verdugo.

Poquísimo abultan los estatutos penales en los sesenta y dos libros del Código y las Pandectas, y en la sustanciacion de causas se decide allá de la vida ó muerte de un ciudadano, con menos detenimiento y cautela, que el punto mas llano de contrato ú herencia. Esta diferencia tan estraña, aunque medie la necesidad imprescindible de resguardar el sosiego de la sociedad, dimana del juez de la jurisprudencia, tanto civil como criminal. Sencillas y uniformes son nuestras obligaciones con el estado; la ley que nos condena vive entallada, no solo en bronce y en mármol, sino en la conciencia del reo, y su demasía suele comprobarse con el testimonio de un solo hecho; pero nuestras relaciones mutuas varian en infinito; nuestra correspondencia nace, crece, se anonada con agrávios, finezas ó promesas, y la interpretacion de contratos voluntarios y testamento, que suelen ser abortos de ignorancia ó de engaño, acarrea sumo afan á la perspicacia del juez. El tráfago de la vida recrece con los ensanches del comercio y de las conquistas, y el residir las partes allá por las provincias lejanas de un imperio, causa dudas, demoras y apelaciones inevitables, desde los respectivos paraderos hasta el majistrado supremo. Justiniano, emperador Griego de Constantinopla y del Oriente, era succesor legal del vaquero latino, planteador de una colonia por las orillas del Tíber. En el plazo de trece siglos, las leyes habian tenido que ir siguiendo los vaivenes del gobierno y de las costumbres, y el afan recomendable de hermanar nombres antiguos con instituciones modernas, desquició la concordancia, y abultó el conjunto de un sistema nubloso y desencajado. Las leyes que suelen á veces ir disculpando la ignorancia de los súbditos, están confesando sus propios desaciertos; la jurisprudencia civil, compendiada por Justiniano siguió todavía siendo una ciencia recóndita y un tráfico aventajado, y la maña particular de los lejistas encapotaba mas y mas la lobreguez y revueltas intrincadas de aquel estudio. Solia el costo de pleitos sobrepujar á su contenido, y las escaseces ó miramientos de los litigantes, los precisaban á desentenderse de sus derechos patentes. Podia aquella exorbitancia retraer de toda propension á pleitos, pero la carga tan desigual fomenta el influjo de los pudientes, y agrava el desamparo de los menesterosos. Con procedimientos tan pausados y costosos, el litigante adinerado logra ventajas mas positivas, que cuantas le pudieran caber por el cohecho de los jueces. La esperiencia de un desman de que adolecen acá nuestro siglo y patria, hace á veces prorumpir en iras pundonorosas, y anhelar arrebatadamente el trueque de nuestra afanosa ju-

risprudencia, por los decretos sencillos y ejecutivos de un Cadi Turco, pero hay que hacerse cargo, de que estas formalidades y demoras conducen para resguardar la persona y haberes del ciudadano, y que la ley arbitraria del juez es la tramoya principal de la tiranía; y de que las leyes de un pueblo libre deben antever y deslindar cuantos pleitos pueden suscitarse, en el ejercicio de la potestad y los contratos de la industria. Pero el gobierno de Justiniano agolpó los achaques de la libertad y de la servidumbre, y el sin número de leyes y el albedrío del dueño, acosaban mas y mas á los Romanos.

NOTAS

correspondientes al capítulo cuadrajésimocuarto.

(*a*) En las notas de este importante capítulo, que está admitido en algunas universidades estranjeras, como el texto sobre la ley Civil, he consultado, I. Las Institutas de Gayo reciendescubiertas (Gaii Institutiones, ed. Goeschen, Berlin, 1824), con algunos otros fragmentos de la ley romana (Codicis Theodosiani Fragmenta inedita, ab Amadeo Peyron. Turin, 1824). II. La Historia de la ley Romana, por el profesor Hugo, en la traduccion francesa de M. Jourdan, París 1825. III. Savigny, Geschichte des Romischen Rechts im Mittelalter, 6 bande, Heidelber, 1815. IV. Walther, Romische Rechts-Geschichte, Bonn, 1834. Pero la que me ha sido de mayor utilidad es una edicion de la traduccion francesa de este capítulo, con notas adicionales, por uno de los jurisconsultos mas instruidos de Europa, el profesor Warnkonig, publicada en Lieja, 1821. He insertado la mayor parte de estas notas, que se distinguen por la letra W.—M.

(1) Los jurisconsultos de los tiempos casi desconocidos han establecido un absurdo y un modo incomprensible de citacion, que está apoyado por la autoridad y la costumbre. En sus referencias al Código, las Pandectas, y los Institutas, citan el número, no del *libro*, sino el de la *ley*; y se contentan con recitar las primeras palabras del *título* á que pertenece; y de estos títulos hay mas de mil. Ludewijio (Vit. Justiniani, p. 268) desea sacudir este yugo pedantesco; y yo me he atrevido á adoptar el mé-

todo mas sencillo y natural de numerar el libro, el título y la ley (*).

(2) Jermania, Bohemia, Hungría, Polonia y Escocia, las admitieron como ley usual; en Francia, Italia, etc. tenian una influencia directa ó indirecta; y en Inglaterra fueron respetadas desde Estefen hasta Eduardo I, nuestro Justiniano nacional (Duck, de Usu et Auctoritate Juris Civilis, l. II, c. 1, 8-15. Heinecio, Hist. Juris Germanici, c. 3, 4. N.º 55-124 y la historia legal de cada pais) (**).

(3) Francisco Hottoman, un instruido abogado del siglo XVI, trató de enojar á Cuyas, y complacer al c anciller de l' Hospital. Su Anti-Treibonianus (que nunca he podido ajenciarme) se publicó en francés en 1609; y su secta se propagó en Jermania (Heinecio, Op. tom. III, syllog. III, p. 171-183) (***).

(4) A la cabeza de estos guias, colocaré respetuosamente al instruido Heinecio, profesor aleman, que murió en Halle en el año 1741 (véase su Elojio en la Nouvelle Bibliothèque Germanique, tom. II, p. 51-64).

(*) M. Hugo y otros muchos jurisconsultos han seguido el ejemplo de Gibbon. — M.

(*) Aunque la restauracion de la ley romana, introducida por la renovacion de este estudio en Italia, sea una de las ramas mas importantes de la historia, se habia mirado con mucho descuido cuando Gibbon escribió su Historia. La de Arturo Duck es una obra muy baladí. Pero las sabias investigaciones han aclarado mucho el asunto. Los Sarti, Tiraboschi, Fantuzzi, Savioli, han hecho muchos descubrimientos interesantes; pero estaba reservado á M. Savegny, en una obra titulada «La Historia de la ley Romana durante la Edad Media», el descorrer el velo sobre esta parte de la historia. Demuestra incontrastablemente la conservacion de la ley Romana desde Justiniano hasta el tiempo de los Glosadores, quienes con su celo infatigable, propagaron por todos los paises de Europa el estudio de la jurisprudencia Romana. Seria de desear que el autor continuase tan interesante obra, y que los eruditos se dedicasen á investigar, de qué modo la ley Romana se introdujo, por sí misma, en sus respectivos paises, y la fuerza que adquiere progresivamente. Para Béljica, hay, sobre este asunto, (propuesto por la Academia de Bruselas en 1781), una Colleccion de Memorias, impresas en Bruselas en 4.º 1783, entre las que se distinguen las de M. de Berg. M. Berriat Saint-Prix nos ha esperanzado de que saldrá luego á luz una obra, en la que se tratará de esta cuestion, particularmente con respecto á Francia. M. Spangenberg, en su introduccion al Estudio del Corpus Juris Civilis, Hanover, 1817, 1 vol. 8.º, p. 86, 116, da un bosquejo jeneral de la historia de la ley Romana en diferentes partes de Europa. No podemos menos de mencionar una obra elemental por M. Hugo, en la que trata de la historia de la ley Somana desde Justiniano hasta el dia, 2.ª edic., Berlin, 1818. — W.

(*) Aunque siempre ha habido muchos detractores de la ley Romana, nunca asomó ninguna secta bajo el nombre de Anti-Trebonianos, como Gibbon quiere suponer. — M.

Sus estensas obras han sido recopiladas en ocho volúmenes en 4.º Jinebra, 1743-1748. Los tratados de que me he valido son, 1. Historia Juris Romani et Germanici, Lugd. Bataw. 1740, en 8.º 2. Syntagma Antiquitatum Romanam Jurisprudentiam illustrantium, 2 vols. en 8.º Traject. ad Rhenum. 3. Elementa Juris Civilis secundum Ordinem Institutionum, Lugd. ; Bat. 1751 en 8.º 4. Elementa J. C. secundum Ordinem Pandectarum, Traject. 1772, en 8.º 2 vols. (*).

(5) Nuestro texto orijinal es un fragmento del Origine Juris (Pandect. l. I, tít. II) de Pomponio, un abogado romano, que vivió bajo los Antoninos (Heinecio, tom; III, syl. III, p. 66-126). Ha sido abreviada y probablemente adulterada, por Triboniano, y desde entónces restablecida por Bynkershoek (Opp. tom. I, p. 279-304).

(6) La historia constitucional de los reyes de Roma puede estudiarse en el libro primero de Livio, y aun mas estensamente en Dionisio Halicarnaseo (l. II, p. 80-96. 119-130, l. IV, p. 198-220), quien á veces descubre el carácter de retórico y de Griego (**).

(7) Esta triple division de la ley la aplicó Justo Lipsio (Opp., tom. IV, p. 279) á los tres reyes romanos; adoptóla Gravina (Origines Juris Civilis, p. 28, edic. Lips. 1737); y Mascou, editor aleman, la admitió con repugnancia (***)

(*) Nuestro autor, que no era abogado, se vió precisado á contentarse con seguir la opinion de aquellos escritores que gozaban entónces de mas crédito; pero como Heinecio, á pesar de su gran fama para el estudio de la ley Romana, no conocia nada mas del asunto de que trataba, sino lo que habia aprendido en las compilaciones de varios autores, sucedió que, siguiendo las opiniones atrevidas de estos guias, Gibbon incurrió en muchos yerros, que procuraremos correjir en lo sucesivo.

La obra de Bach sobre la Historia de la Jurisprudencia Romana, desconocida á Gibbon, es muy superior á la de Heinecio; y desde entónces tenemos que agradecer á los *historiadores jurisconsultos* modernos, las infatigables investigaciones que han engrandecido la esfera de nuestros conocimientos, en este importante ramo de la historia. Necesitaríamos una pluma como la de Gibbon para dar á las nociones mas esmeradas que hemos adquirido desde entónces, la brillantez, vigor y animacion que derrama sobre las opiniones de Heinecio y sus contemporáneos. — W.

(**) M. Warnkonig se refiere á la obra de Beaufort, sobre la Incertidumbre de las cinco primeras épocas de la Historia Romana, la que sin duda conocia Gibbon, á Niebuhr, y al tomo no tan popular de Wachsmuth, "Aeltere Geschichte des Rom. Staats." A estas añadiré la Revista de Niebuhr por A. W. Sclhegel, y el tomo recien publicado por mi amigo el Dr. Arnold, del que el capítulo sobre la ley de las XII Tablas, es para mí uno de los mejores, si no el mejor.—M.

(***) Cualquiera que conozca las verdaderas nociones de los Romanos sobre el jus naturale, gentium et civile, no puede menos de desaprobar esta esplicacion

(8) El código mas antiguo, ó Dijesto se llamaba *Jus Papirianum*, del primer compilador, Papirio, que floreció algun tiempo antes ó despues del *Regifugium* (Pandect., l. I, tít. II). Los mejores críticos judiciales, aun Bynkershoek (tom. I, p. 284, 285) y Heinecio (Hist. J. C. R. l. I, c. 16, 17 y Opp. tom. III syl. IV, p. 1-8), dan crédito á este cuento de Pomponio, sin pararse bastante en el valor y rareza de semejante monumento, en el siglo tercero de una ciudad *iliterata*. Sospecho que el Cayo Papirio, el pontífice Máximo, que restableció las leyes de Numa (Dionisio Halicarnaseo, l. III, p. 171), no dejó mas que una tradicion verbal; y que el Jus Papinianum de Granio Flaco (Pandect., l. L, tít. XVI, ley 144) no era un comentario, sino una obra orijinal, compilada en tiempo de César (Censorino, de Die Natali, l. III, p. 13. Duker de Latinitate J. C. p. 157) (*).

(9) Una prueba pomposa, aunque débil, para restablecer el orijinal, se halla en la Historia de la Jurisprudencia Romana de Terrasson, p. 22-72, Paris, 1750, en folio; obra que promete mas de lo que es en sí.

(10) En el año 1444, se desenterraron siete ú ocho tablas de cobre entre Cortona y Gubio. Una parte de ellas, porque las demás son etruscas, representan el estado primitivo de las letras é idioma pelásjico, que Herodoto atribuye á aquel distrito de Italia (l. I, c. 56, 57, 58); aunque este pasaje difícil puede esplicarse de una Crestona en Tracia (Notas de Larcher, tom. I, p. 256-261). El dialecto salvaje de las tablas Eujubinas (**) ha ejercitado, y puede aun eludir, la adivinacion de la crítica; pero la raíz es indudablemente latina, de la misma época y carácter que el Saliare Cármen que, en tiempo de Horacio, ninguno podia entender. El idioma romano, con una tintura del dórico y griego eólico, fué gradualmente formándose en el estilo de las Doce Tablas, de la columna de Duilliano, de Enio, de Terencio y de Ciceron (Grutero, Inscript., tom. I, p. CXLII Escipion Maffei, Istoria Diplomática, p. 241-258. Bibliothèque Italique, tom. III, p. 30-41. 174-205, tom. XIV, p. 1-52).

(11) Compárese Livio (l. III, c. 31-59) con Dionisio Halicarnaseo (l. X, p. 644, XI, p. 691). ¡Cuán conciso y animado es el Romano!-

que no está en relacion con ellas, y puede tomarse por una mofa. Es ciertamente inútil el aumentar la confusion que reina ya entre los escritores modernos, sobre el verdadero sentido de estas especies. Hugo.— W.

(*) Niebuhr considera el Jus Papinianum por *Verrio* Flaco, ser de autenticidad indubitable. Rom. Geschichte, l. 257. — M. Compárese esto con la obra de M. Hugo. — W.

(**) Las tablas enjubinas han ejercitado el injenio de los críticos Italianos y Alemanes; parece que está admitido (O. Muller die Etrusker, II, 313), que son toscanas. Véanse las obras de Lanzi, Passeri. Dempter, y O. Muller. —M.

¡cuán prolijo é insulso el Griego! Con todo ha juzgado admirablemente los dueños, y definido las reglas, de la composicion histórica.

(12) De los historiadores, Heinecio (Hist. J. R. l. I, N.º 26) sostiene que las Doce Tablas eran de cobre—*æreas*: en el texto de Pomponio se lee *eboreas*, por lo que Escalíjero sustituyó *roboreas* (Bynkershoek, p. 286). Podia haber empleado madera, cobre y marfil (*).

(b) Compárese Niebuhr, vol. II, p. 349, etc.—M.

(13) Su destierro lo menciona Ciceron (Tusculan. Quæstion., v. 36); su estatua Plinio (Hist. Nat. XXXIV, 11). La carta, sueño y profecía de Heráclito, son tambien espúreos (Epistolæ Græc. Divers. p. 337) (**).

(14) Este intrincado asunto de la moneda siciliana y romana, está hábilmente discutido por el Dr. Bentley (Disertation sobre las epístolas de Falaris, p. 427-479), cuyos impulsos, en esta controversia, van guiados por el honor y el resentimiento.

(15) Los Romanos, ó sus aliados, navegaron hasta el promontorio de Africa (Polyb., l. III, p. 177, edic. Casaubon, en folio). Livio y Dionisio mencionan sus viajes á Cuma, etc.

(16) Esta circunstancia probaria únicamente la antigüedad del Charon-

(*) Compárese Niebuhr, 355, nota 720.—M. Es una cuestion mas importante el saber si verdaderamente las Doce Tablas contenian leyes introducidas de Grecia. La opinion negativa sostenida por nuestro autor, está adoptada casi jeneralmente, en particular por Niebuhr, Hugo y otros. Véanse mis Instituciones Juris Romani privati, Leodii, 1819, 311, 312. — W. El Dr. Arnold, p. 255, parece ser de la opinion contraria. Compárense algunas observaciones exactas en el Apéndice del Epítome de Niebuhr por M. Trávers Twiss, p. 347. Oxford, 1836. — M.

(**) Compárese Niebuhr, II, p. 209.—M. Véanse las Mem. de la Academ. des Inscript. XXII, p. 48. Seria difícil el refutar, que un tal Hermodoro tenia parte en la redaccion de las Leyes de las Doce Tablas. Pomponio añade que Hermodoro fué el autor de las dos últimas tablas. Plinio le llama, el Intérprete de los Decemviros, lo que nos da fundamento para suponer que trabajaba con ellos en la redaccion de esta ley. Pero es muy estraño. que M. Gratama en su Disertacion (De Hermodoro vero XII Fabularum Auctore, Annales Academiæ Groninganæ anni 1817, 1818) se aventurase á hacer dos proposiciones faltas enteramente de pruebas. "Decem priores tabulas ab ipsis Romanis non esse profectas, tota confirmat Decemviratus Historia," et "Hermodorum legum decemviralium *veri nominis* auctorem esse, qui eas composuerat suis ordinibus, disposuerit, suaque fecerit auctoritate, ut á decemviris reciperentur." ¡Esta era verdaderamente una época en que los patricios romanos consentirian en que sus leyes fuesen redactadas por un desterrado estranjero! M. Gratama no trata de probar la autenticidad de la supuesta carta de Heráclito. Se contenta con manifestar su estrañeza porque M. Bonamy (así como Gibbon) no la quiere admitir como verdadera. — W.

das, el lejislador de Rejio y Catana, quien, por un estraño yerro de Diodoro Siculo (tom. I, l, XII, p. 485-492), fué mucho tiempo despues ensalzado, como el autor de la policía de Turio.

(17) Zaleuco, cuya existencia ha sido fuertemente atacada, tenia el mérito y gloria de haber convertido una cuadrilla de rebeldes (los Locrianos) en los súbditos mas virtuosos y sumisos de las repúblicas griegas (Véanse dos memorias del Baron de Sainte Croix, sur la léjislation de la Grande Gréce; Mém. de l' Académie, tom. XLII, p. 276-333). Pero las leyes de Zaleuco y Charondas, que engañaron á Diodoro y Estobeo, eran la composicion espúrea de un sofista pitagórico, cuyo fraude fué descubierto por la sagacidad critica de Betley, p. 335-377.

(18) Aprovecho la ocasion de describir el progreso de esta correspondencia nacional: 1. Herodoto y Tucídides (A. 330-350) parecen ignorar el nombre y existencia de Roma (Joseph. contra Apion., tom. II, l. I, c. 12, p. 444, edic. Havercamp). 2, Teopompo (A. 400, Plin. III, 9) menciona la invasion de los Galos, que se halla referida en términos mas vagos por Heráclides Pontico (Plutarch. in Camillo, p. 292, edic. H. Stephan). 3. La embajada supuesta ó verdadera de los Romanos á Alejandro (A. 430) se halla confirmada por Clitarco (Plin. III, 9), por Aristo y Asclepíades (Arrian, l. VII, p. 294, 295), y por Memnon de Heraclea (apud Photium, cod. CCXXIV, p. 725), aunque negada tácitamente por Livio. 4. Teofrasto (A. 440) primus externorum aliqua de Romanis diligentius scripsit (Plin. III., 9). 5. Licofron (A. 480-500) sembró la primera semilla de una colonia troyana y la fábula de la Eneida (Casandra, 1226-1280):

> Γῆς καὶ θαλάσσης σκῆπτρα καὶ μοναρχίαν
> Λαβόντες.

¡ Prediccion osada antes del fin de la primera guerra púnica ! (*).

(19) La tabla doce, de modo sepulturæ, fué tomada de Solon (Ciceron de Legibus, II, 23-26): el furtem per lancem et licium conceptum, está derivada por Heinecio de las costumbres de Aténas (Antiquitat. Rom. tom. II, p. 167-175). El derecho de matar á un ladron nocturno está

(*) Compárese Niebuhr por entero. Niebuhr escribió una disertacion (Kleine Schriften, I, p. 438) arguyendo contra esta prediccion, y en otros términos mas concluyentes, que el Licofron el autor de la Casandra, no es el poeta alejandrino. Ya le habia anticipado en esta crítica perspicaz, como despues lo supo, un escritor de no menos distincion que Cárlos Jaime Fox. — Cartas á Wakefield. Y tambien por el autor de la traduccion estraordinaria de este poema, aquel estudiante tan aventajado, lord Royston. Véanse los Restos de lord Royston; por el Reo. Henry Pepys, Lóndres, 1838. — M.

declarado por Moisés, Solon, y los Decemviros (Exodus, XXII, 3. Demóstenes contra Timocratem, tom. I, p. 736, edic. Reiske. Macrob. Saturnalia, l. I, c. 4. Collatio Legum Mosaicarum et Romanarum, tit. VII, N.º 1, p. 218, edic. Cannegieter) (*).

(20) Βραχέως καὶ ἀπερίττως es la alabanza de Diodoro (tom. I, l. XII, p. 494) que puede traducirse muy bien por el eleganti atque absoluta brevitate verborum de Aulo Jelio (Noct. Attic. XXI, 1).

(21) Oigase á Ciceron (de Legibus, II, 23) y su representante Craso (de Oratore, I, 43, 44).

(22) Véase Heinecio (Hist. J. R. N.º 29-33). He seguido la restauracion de las Doce Tablas por Gravina (Origines J. C. p. 280-307) y Terrasson (Hist. de la Jurisprudence Romaine, p. 94-205) (**).

(23) Finis æqui juris (Tacit. Annal. III, 27) (***). Fons omnis publici et privati juris (T. Liv. III, 34).

(24) De principiis juris, et quibus modis ad hanc multitudinem infinitam ac varietatem legum perventum sit *altius* disseram (Tacit. Anal. III, 25). Esta profunda investigacion no ocupa mas que dos pájinas; pero son de las de Tácito. Con el mismo sentido, aunque con menos enerjía, Livio (III, 34) se habia quejado, in hoc inmenso aliarum super alias acerbaturum legum cumulo, etc.

(25) Suetonio en Vespasiano, c. 8.

(26) Ciceron ad Familiares, VIII, 8.

(27) Dionisio con Arbuthnot, y la mayor parte de los modernos (escepto Eisenschmid de Ponderibus, etc. p. 137-140) representan los 100.000 *asses* por 10.000 dracmas áticas ó algo mas de 1.500 duros. Pero su cálculo puede aplicarse únicamente á los últimos tiempos, cuando el *as* se redujo á 1/24 de su antiguo peso; ni puedo creer que en los tiempos primitivos, por mucho que escaseasen los metales preciosos, una sola onza de plata, se cambiase por setenta libras de cobre. El método mas sencillo y racional es, avalorar el cobre por sí solo con arreglo á la tarifa actual, y, luego comparar la acuñacion y el precio del mercado;

(*) ¿No están los mismos puntos de semejanza descubiertos en la lejislacion de todas las naciones, en las mantillas de su civilizacion? — W.

(**) El deseo manifestado por Warnkonig, de que el testo y las enmiendas conjeturales, sobre los fragmentos de las Doce Tablas, se sujetasen á una severa crítica, ha sido desempeñado por Dirksen, Uebersicht der bisherigen Versuche zur Kritik und Herstellung des Textes der Zevolf-Tafel-Fragmente, Leipzig, 1824. — M.

(***) Por el contexto de la frase en Tácito, "Nam secutæ leges, etsi aliquando in maleficos ex delicto; sæpiùs tamen dissensione ordinum.... latæ sunt," se ve que Gibbon ha desfigurado esta sentencia. Hugo, Hist. p. 62. — M.

el *as* primitivo, ó libra romana, de cobre puede justipreciarse en cinco reales vellon, y los 100.000 *asses* de la primera clase ascendian á 25.000 duros. Resulta de este mismo cálculo, que un buey se vendia en Roma, por veinte y cinco duros, un carnero, por cincuenta reales y una fanega de trigo, por ciento cincuenta reales (Festo, p. 330, edic. Dacier. Plin. Hist. Natur. XVIII, 4): ni veo razon alguna para desechar estas consecuencias, que moderan nuestras ideas de la pobreza de los primeros Romanos (*).

(28) Consúltense los escritores sobre el Roman Comitia, particularmente Sigonio y Beaufort. Spanheim (de Præstantia et Usu Numismatum, tom. II, disert. X, p 192, 193) enseña una medalla curiosa, el Cista, Pontes, Septa, Diribitor, etc.

(29) Ciceron (de Legibus, III, 16, 17, 18) ventila esta cuestion constitucional, y asigna á su hermano quinto la parte mas impopular.

(30) Præ tumultu recusantium, perferre non potuit (Sueton. in August. c. 34). Véase Propercio, l. II, eleg. 6. Heinecio en una historia separada, apuró el asunto de las leyes de Juliano y Papiano-Pop, pæan (Opp. tom. VII, P. I, p. 1-479).

(31) Tácit. Annal. I, 15. Lipsio, Excursus E en Tacitum (**).

(32) Non ambigitur senatum jus facere posse, es la decision de Ulpiano (l. XVI, ad Edict. in Pandect., l. 1, tít. III, ley 9). Pomponio trata el *comitia* del pueblo como una turba hominum (Pandect., l. 1, tít. II, ley 9) (***).

(*) Compárese Niebuhr, traduccion inglesa, vol. I, p. 448, etc. — M.

(**) Este yerro de Gibbon hace tiempo que se descubrió. El senado, bajo Tiberio, elijió efectivameute á los majistrados, que antes de este emperador, se elejian en los Comicios. Pero hallamos leyes puestas en planta por el pueblo, durante su reinado y el de Claudio. Por ejemplo: el de Julia Norbana, Vellea, y Claudia de tutelá fœminarum. Compárese la Hist. du Droit Romain, por M. Hugo, vol. II, p. 55, 57. Los comicios fueron cesando imperceptiblemente con la decadencia de la república. — W.

(***) El autor es de opinion, que solo bajo los emperadores, el senado habia terciado en la potestad lejislativo. Con todo tuvieron parte en él en tiempo de la república, puesto que se ha conservado el senado-consulto con referencia á los derechos civiles, que son mucho anteriores á los reinados de Augusto y Tiberio. Verdad es que, bajo los emperadores, el senado ejercia este derecho con mas frecuencia, y que las asambleas del pueblo eran mas escasas, aunque la ley todavía las permitia, en tiempo de Ulpiano). (Véanse los fragmentos de Ulpiano) Bach demostró claramente, que el senado gozaba del mismo poder en tiempo de la república. Es natural que los senado-consultos se celebrasen con mas frecuencia en tiempo de los emperadores, porque empleaban los medios de adular el orgullo de los senadores, concediéndoles el derecho de deliberar sobre

(c) Hay un curioso paso de Auleriano, un escritor sobre la Ley, del prefecto pretoriano, citado en Lido de Magistratibus, p. 32, edic. Hase. El prefecto pretoriano era al emperador, lo que el caballerizo al dictador en tiempo de la república. Era, pues, el delegado de toda la autoridad imperial. Sus edictos no tenian apelacion. No habia observado este pasaje, que hubiera estado mas adecuadamente colocado en el tomo tercero, á no haber estado ya impreso.—M.

(33) El jus honorarium de los pretores y otros majistrados está exactamente definido en el texto latino de la Instituta (l. I, tít. II, N.º 7) y esplicado mas estensamente en la paráfrasis griega de Teófilo (p. 33-38, edic. Reitz), quien añade la importante palabra *honorarium* (*).

todos los negocios que no fuesen privativos la potestad imperial. Compárense la discusiones de M. Hugo, vol. I, p. 284 y sig. — W.

(*) El autor aquí sigue la opinion de Heinecio, que, conforme al concepto de su maestro Tomasio, no queria suponer que los majistrados ejerciendo el poder judicial pudiesen tomar parte en el lejislativo. Por esta razon presenta los edictos de los pretores como un absurdo. (Véase su obra, Historia Juris Romani, 69, 74). Pero Heinecio habia conceptuado equivocadamente esta importante institucion de los Romanos, á la que debemos en gran parte la mejora de su jurisprudencia. Por consiguiente, Heinecio, en su tiempo, tuvo muchos opuestos á su sistema, entre otros el célebre Ritter, profesor de Witemberg, quien le contestó con notas añadidas á su misma obra, y conservadas en las subsiguientes ediciones de este libro. Tras Ritter, el instruido Bach tomó á su cargo la defensa de los pretores en su Historia Jurisprud. Rom. edit. 6, p. 218, 224. Pero estaba reservado para un jurisconsulto de nuestros tiempos el aclarar el espíritu y verdadero carácter de esta institucion. M. Hugo ha demostrado completamente, que los edictos pretorianos proporcionaban los medios saludables de hermanar perpetuamente la lejislacion con el espíritu de los tiempos. Los pretores eran los verdaderos órganos de la opinion pública. No eran árbitros de formar los reglamentos, sino con arreglo á las costumbres y la opinion de los abogados de su tiempo. Sabemos por Ciceron, que se tenia á mucha honra entre los Romanos la publicacion de un edicto, bien ideado y estendido. El pretor brindaba á los abogados mas célebres de Roma para aunarse á aparatar aquella ley anual, que segun sus principios, no era mas que la declaracion del pretor, anunciando al público las bases bajo las cuales administraria justicia, y escudarse contra cualquier cargo de parcialidad. Aquellos que tenian algunos motivos para recelar de sus decisiones, podian suspender su causa hasta el año siguiente.

El pretor era responsable de todas los yerros que cometiese. Los tribunos podian entablar una acusacion contra el pretor que daba un fallo parcial. Tenia que ceñirse cabalmente al reglamento que habia publicado á principios del año de su ejercicio, segun la ley Corneliana, por la que estos edictos se llaman perpetuos, y no podia alterar un reglamento una vez publicado. Tenia que seguir al pié de la letra su propio edicto, y juzgar los negocios con arreglo á sus ci-

(d) Compárese toda la breve, pero admirable descripcion del progreso y aumento de la jurisprudencia romana, la operacion imprescindible de jus gentium, cuando Roma fué la soberana de las naciones, sobre el jus civile de los ciudadanos de Roma, en el primer capítulo de Savigny, Geschichte des Römischen Rechts im Mittel-alter.—M.

(54) Dion Casio (tom. I, l. XXXVI, p. 100) fija los edictos perpetuos en el año de Roma 686. Con todo, esta institucion se atribuye al año 585 en el Acta Diurna, que se ha publicado por los papeles de Luis Vives. Su autenticidad está apoyada ó consentida por Pijio (Annal.

mientos. Estos majistrados no tenian facultades para separarse de las leyes fundamentales, ó las leyes de las Doce Tablas. El pueblo los miraba con mucha consideracion, porque rara vez publicaban leyes contrarias á sus bases, pero como se halló que algunas eran insuficientes, otras opuestas á las costumbres del pueblo y al espíritu de las épocas subsiguientes, los pretores, conservando aun el respeto á las leyes, trataron de hermanarlas con las necesidades de la época, por medio de tales ficciones que mejor cuadrasen con la naturaleza del caso. ¿En qué lejislacion no se hallan estas ficciones, que asoman aun, absurdas y ridículas como son, entre las antiguas leyes de las ciudades modernas? Estos edictos, siempre variados, comprendieron al fin toda la lejislatura romana, y fueron el asunto de los comentarios de los mas célebres abogados. Por consiguiente, deben considerarse como el cimiento de toda la jurisprudencia romana comprendida en el Dijesto de Justiniano.

En este sentido escribió M. Schrader sobre tan importante institucion, proponiéndola como modelo en cuanto fuese compatible con nuestras costumbres, y nuestras instituciones políticas, para evitar que la lejislacion prematura se convierta en un mal permanente. Véase la Historia de la Ley Romana por M. Hugo, vol. I, p. 296, etc., vol. III, p. 30 y sig. 78 y sig. y la nota en mi libro elemental sobre la Instituta, p. 313. Con respecto á las obras mas adecuadas para informarse de la redaccion y fórmula de estos edictos, véase Haubold, Instituciones Literariæ, t. I, p. 321, 368.

Cuanto dice Heinecio sobre la usurpacion del derecho de hacer estos edictos por los pretores es falso, y contrario á todos los testimonios históricos. Una multitud de autoridades prueban que estos majistrados tenian que publicar aquellos edictos. — W.

Con el mayor miramiento con estos escelentes jurisconsultos, no puedo menos considerar esta confusion de la autoridad judicial y lejislativa como un antecedente constitucional muy arraigado. Pudiera responder entre un pueblo tan estrañamente propenso, como lo eran los Romanos, por costumbre ó por carácter nacional, á reverenciar las instituciones legales, llegando á ser una aristocracia, sino un pueblo de lejisladores; pero en la mayor parte de las naciones la investidura de un majistrado en semejante autoridad, dejando á su eleccion los abogados ó quienes quiera consultar, y la parte que quiera adoptar de la opinion pública, no seria un resguardo suficiente para la recta administracion.—M.

Roman., tom. II, p. 377, 378), Grevio (ad Sueton., p. 778), Dodivell Prælection Cambroden, p. 665), y Heinecio: pero una sola palabra, Scutum *Cimbricum*, descubre la superchería (Obras de Moyle, vol. I, p. 303).

(35) La historia de los edictos está compuesta, y el texto del edicto perpetuo renovado, por la mano maestra de Heinecio (Opp. tom. VII, P. II, p. 1-564) (*) en cuyas investigaciones puedo descansar con toda seguridad. M. Bouchaud en la Academia de Inscripciones ha dado una serie de memorias sobre este interesante asunto de ley y literatura (**).

(*) Esta renovacion no era mas que el principio de una obra hallada entre los papeles de Heinecio, y publicada despues de su muerte. — G.

(**) Gibbon incurrió en un yerro, con Heinecio, y casi todo el mundo literario, con respecto al verdadero significado de lo que se llama el *edicto perpetuo* de Adriano. Desde la ley Cornelia, los edictos eran perpetuos, pero únicamente en este sentido, que los pretores no podian alterarlos durante el año de su majistratura. Y aunque parece, que bajo Adriano, el jurisconsulto Juliano formó ó ayudó á formar una coleccion completa de estos edictos (lo que seguramente se habria hecho tambien antes de Adriano, por ejemplo, por Ofilio, qui diligenter edictum composuit), carecemos de pruebas suficientes para admitir la opinion jeneral, de que el edicto pretoriano habia sido declarado por Adriano perpetuamente inalterable. Los escritores sobre leyes subsiguientes á Adriano (y entre ellos Pomponio, en su Sumario de la Jurisprudencia Romana), hablan del edicto como si ya existiese en tiempo de Ciceron. Ciertamente que no hubieran pasado en silencio un cambio tan notable, en el importante manantial de la ley civil. M. Hugo ha demostrado que los varios pasos en autores, como Eutropio, no bastan para fijar la opinion introducida por Heinecio. Compárese Hugo, vol. II, p. 78. Se halla de esto una nueva prueba en las Institutas de Gayo, quien, en los primeros libros de su obra, se espresa del mismo modo, sin mencionar ningun cambio hecho por Adriano. Con todo, si hubiera tenido efecto, hubiera hablado de él, como lo hace l. I, 8. con el responsa prudentum, con motivo de un rescripto de Adriano. No hay ninguna laguna en el texto. ¿Porqué pues habia Gayo de guardar silencio, con respecto á una innovacion mucho mas importante de la que habla? Al cabo, esta cuestion es de muy corto interés, puesto que, de hecho, no hallamos ninguna mudanza en el edicto perpetuo inserto en el Dijesto, desde el tiempo de Adriano hasta el fin de aquella época, escepto el hecho por Juliano (compárese Hugo, l. c). Los demás letrados han seguido, en sus comentarios, el mismo testo como sus predecesores. Es natural el suponer, que, tras los afanes de tantos varones descollantes en la jurisprudencia, la redaccion del edicto debia haber llegado á la perfeccion, que hubiera sido difícil el hacer ninguna innovacion. No hallamos en ninguna parte que los juristas de las Pandectas, disputasen sobre las palabras, ó la redaccion del edicto.

¿Qué diferencia vendria á resultar de esto en nuestros códigos, y nuestra lejislacion moderna? Compárese la erudita disertacion de M. Biener, De Salvii Juliani meritis in Edictum Prætorium rectè æstimandis. Lipsiæ, 1809, 4.°—W.

(e) Es una cuestion importante el saber de qué modo se investia á los emperadores con este poder lejislativo. El recien descubierto Gayo, manifiesta claramente que era en virtud de una ley.—Nec unquam dubitatum est, quin id legis vicem obtineat, cum ipse imperator per *legem* imperium accipiat. Pero es todavía dudoso si era una ley jeneral, pasada en la transicion del gobierno de la forma republicana á la monárquica. ó una ley otorgada en el ascenso de cada emperador. CompáreseHugo, Hist. du Droit Romain (traduccion francesa), vol. II, p. 8.—M.

(36) Sus leyes son las primeras en el Código. Véase Dodwell (Prælect. Cambden, p. 319-340), quien se estravia sobre este asunto en una lectura confusa y una paradoja débil (*).

(37) Totam illam veterem et squallentem sylvam legum, novis principalium rescriptorum et edictorum seculibus, truncatis et cœditis (Apolojet., c. 4, p. 50, edic Havercamp). Sigue alabando el teson reciente de Severo, que rechazó las leyes inútiles ó perniciosas, sin miramiento á su antigüedad ó autoridad.

(38) La denominacion constitucional de *Legibus Solutus*, está mal interpretada por la malicia ó ignorancia de Dion Casio (tom. I, l. LIII, p. 713). En esta ocasion su autor, Reimar, añade la censura universal que la independencia y la crítica, han pronunciado contra este historiador esclavo.

(39) La *palabra* (*Lex Regia*) era aun mas reciente que la *cosa*. Los esclavos de Cómodo ó Caracalla, se hubieran pasmado al oir el nombre rejio (**).

(40) Véase Gravina (Opp., p. 501-512) y Beaufort (Republique Romaine, tom. I, p. 255-274). Ha hecho un uso adecuado de dos disertaciones por Juan Federico Gronovio y Nodt, ambas traducidas, con notas apreciables, por Barbeyrac, 2 vols. 12.° 1731.

(*) Este es otro error de Gibbon, del que participa Heinecio y la mayor parte de los autores. Proviene de confundir el edicto baladi de Adriano, inserto en el Código de Justiniano lib. VI, tit. XXIII, c. 11) por el primero, Constitutio principis, sin atender al hecho, que las Pandectas contienen tantas constituciones de los emperadores, desde Julio Cesar (véase l. I, Dijesto 29, 1). M. Hugo observa atinadamente, que el *acta* de Sila, aprobada por el senado, era lo mismo que las constituciones de aquellos que tras él usurparon el poder soberano. Además, hallamos que Plinio, y otros autores antiguos, hablan de una multitud de rescriptos de los emperadores desde el tiempo de Augusto. Véase Hugo, Hist. du Droit Romain, vol. II, p. 24, 27.—W.

(**) Con todo, un siglo antes, Marcial, y hasta los documentos públicos, apellidan á Domiciano, Dominus et Deus Noster. Queton. Domit. cap. 13. Hugo.—W.

(41) Institut., l. I, tit. II, N.º 6. Pandect., l. I, tít. XVII, ley I, N.º 7. En sus Antigüedades y Elementos, Heinecio habló estensamente de constitutionibus principum, que están ilustrados por Gofredo (Comment. ad Cod. Teodos., l. I, tít. I, II, III) y Gravina (p. 87-90) (*).

(42) Teófilo, in Paraphras. Græc. Institut., p. 34, edic. Reitz. En cuanto á su persona, época y escritos, véase el Teófilo de J. H. Milio, Excurs. III, p. 1034-1073.

(43) Encierra mas envidia que razon la queja de Macrino (Jul. Capitolin., c. 13): Nefas esse leges videri Commodi et Caracallæ et hominum imperitorum voluntates. Cómodo fué hecho Divo por Severo (Dodwell, Prælect., VIII, p. 324, 325). Con todo, no ocurre mas que dos veces en las Pandectas.

(44) Solo de Antonino Caracalla hay en el Código 200 constituciones, y con su padre 160. Estos dos príncipes están citados cincuenta veces en las Pandectas, y ocho en la Instituta (Terrasson, p. 265).

(45) Plin. Secund. Epistol. X, 66. Sueton. in Domitian. c. 23.

(46) Era una máxima de Constantino, contra jus rescripta non valeant (Cod. Theodos. l. I, tít. II, ley 1). Los emperadores concedieron con repugnancia algun escrutinio en la ley y el hecho, alguna prórroga, peticion, etc. pero estos remedios insuficientes están demasiado, á discrecion y en perjuicio del juez.

(47) Una composicion de bermellon y cinabrio, con la que marcaban los diplomas imperiales desde Leon I (A. 470) hasta la caida del imperio griego (Bibliothèque Raisonnée de la Diplomatique, tom. I, p. 509-514 Lami, de Eruditione Apostolorum, tom. II, p. 720-726).

(f) Savigny dice lo siguiente, con las autoridades para la ley Romana al principio del siglo quinto: —

1. Los escritos de los juristas, segun los reglamentos de la Constitucion de Valentiniano tercero, promulgados primero en el Occidente, y establecidos tambien en el Oriente, por su admision en el Código Teodosiano. (Esta Constitucion estableció la autoridad de los cinco grandes juristas, Papiano, Paulo, Cayo, Ulpiano, y Mndestino, como intérpretes de la ley antigua... En caso de desavenencia entre los cinco, una pluralidad decidia el asunto; cuando estaban empatados, la opinion de Papiniano; y cuando él guardaba silencio, el juez; pero véase p. 40, y Hugo, vol. II, p. 89).

(*) Gayo (véase la nota *e* páj. 321) asegura, que el edicto imperial ó rescripto tiene y siempre tuvo la fuerza de ley, porque la autoridad imperial descansa en la ley. Constitutio principis est, quod imperator decreto vel edicto, vel epistola constituit, nec unquam dubitatum, quin id legis vicem obtineat, cum ipse imperator per legem imperium accipiat. Gayo, 6 Instit., 1, 2. — M.

2. La Coleccion Gregoriana y Hermojeniana de los Rescriptos Imperiales.
3. El Código de Teodosio el segundo.
4. La Novella particular, con adiciones y suplementos á este Código. Savigny, vol. I, p. 10.—M.

(48) Schulting, Jurisprudentia Ante-Justinianea, p. 681-718. Cuyacio atribuye á Gregorio los reinados desde Adriano hasta Galieno; y la continuacion á su compañero de tarea Hermójenes. Esta division jeneral puede ser exacta; pero con frecuencia el uno se introduce en el terreno del otro.

(49) Escévola, probablemente Q. Cervidio Escévola, el amo de Papiniano, considera esta aceptacion del fuego y el agua, como la ceremonia esencial del casamiento (Pandect., l. XXIV, tít. I, ley 66. Véase Heinecio, Hist. J. R. N.° 317).

(50) Ciceron (de Officiis, III, 19) puede hablar de un caso ideal, pero San Ambrosio (de Officiis, III, 2) acude al uso de su tiempo, que entendia como abogado y majistrado (Schulting ad Ulpian. Fragment., tít. XXII, N.° 28, p. 643, 644) (*).

(51) El furtum lance licioque conceptum, ya no se entendia en tiempo de los Antoninos (Aulo Jelio, XVI, 10). La derivacion ática de Heinecio (Antiquitat. Rom., l. VI, tít. I, N.° 13-21) está apoyada por el testimonio de Aristófanes, su escoliásta, y Polux (**).

(*) En este pasaje el autor ha tratado de recopilar todos los ejemplos de formularios judiciales que ha podido haber á las manos. El que añade como la fórmula de erectio hæreditatis es absolutamente falso. Basta echar una ojeada al paso de Ciceron de que habla, para ver que no tiene ninguna relacion con él. El autor apela á la opinion de Schulting, quien en el lugar citado, protesta contra la ridícula y absurda interpretacion del paso de Ciceron, y dice que Grevio habia ya esplicado el verdadero sentido. Véase en Gayo la fórmula del erectio hæreditatis, Institut., l. II, p. 166. — W.

(**) Nada mas se sabe de esta ceremonia; con todo hallamos que Gayo en sus dias ya la ridiculizó. Dice (lib. III, p. 192, § 293), prohibiti actio quadrupli, ex edicto pretoris introducta est; lex autem eo nomine nullam pœnam constituit. Hoc solum præcepit, ut qui quærere velit, nudus quærat, linteo cinctus, lancem habens; qui si quid invenerit, jubet id lex furtum manifestum esse. Quid sit autem linteum? quæsitum est. Sed Verius est consuti genus esse, quo necesariæ partes tegerentur. Quare lex tota ridicula est. Nam qui vestitum quærere prohibet, is et nudum quærere prohibiturus est; eo magis, quod ita quæsita res inventa majori pœnæ subjiciatur. Deinde quod lancem sive ideo haberi jubeat, ut manibus occupatis nihil subjiciatur, sive ideo, ut quod invenerit, ibi imponat, neutrum eorum procedit, si id quod quæratur, ejus magnitudinis aut naturæ sit ut neque subjici, neque ibi imponi possit. Certè non dubi-

(52) En su oracion para Murena (c. 9-13) Ciceron ridiculiza las fórmulas y misterios de los jurisconsultos, que están descritos con mucha sencillez por Aulo Jelio (Noct. Attic. XX, 10), Gravina (Opp. p. 265, 266, 267), y Heinecio (Antiquitat., l. IV, tít. VI) (*).

(g) Sobre el Responsa Prudentum, compárese Warkonig, Histoire externe du Droit Romain, Bruxelæ, 1836, p. 122.—M.

(53) Las series de los abogados civiles se deducen por Pomponio (de Origine Juris Pandect., l. I, tít. II). Los modernos han despejado, con erudicion y criterio, este ramo de historia literaria, y entre ellos he seguido únicamente á Gravina (p. 41-79) y Heinecio (Hist. J. R. N.º 113-351). Ciceron, particularmente en su libro de Oratore, de Claris Oratoribus, y Legibus, y del Clavis Ciceroniana de Ernesto (bajo los nombres de Mucio etc.) suministra muchos informes orijinales y agradables. Horacio alude á menudo á los afanes matutinales de los jurisconsultos (Serm. I, I, 10, Epist. II, I, 103, etc.).

Agricolam laudat juris legumque peritus
Sub galli cantum, consultor ubi ostia pulsat.
. . . .
Romæ dulce diu fuit et solemne, reclusa
Mane domo vigilare, clienti promere jura (**).

tatur, cujuscumque materiæ sit ea lanx, satis legi fieri. Además, vemos por este paso, como han supuesto muchos autores apoyándose en la autoridad de Festo, que el agua del estanque no acostumbraba á cubrir el cuerpo. — W. Gibbon dice el rostro, aunque equivocadamente. Debo notar, que este lugar de Gayo, así como otros en la obra de Warnkonig, están muy mal impresos. — M.

(*) Gibbon ha concebido una opinion demasiado terminante contra la forma de procedimiento en uso entre los Romanos. Con todo, estas formas solemnes han sido la basa de las leyes fundadas entre todas las naciones. Las de los Romanos estaban en íntima relacion con la relijion antigua, y deben precisamente haber desaparecido, al paso que Roma adquiria mayor grado de civilizacion. ¿Las naciones modernas, aun las mas civilizadas, no han recargado sus leyes con millares de formas, con frecuencia absurdas y casi siempre triviales? ¿Cuántos ejemplos no suministra la ley inglesa? Véase sobre esta clase de formas la obra de M. de Savigny sobre la Vocacion de nuestra Edad para la Lejislacion y Jurisprudencia, Heidelberg, 1814, p. 9, 10. — W. Esta obra de M. de Savigny ha sido traducida en inglés por M. Hoyuard. — M.

(**) Gibbon, particularmente en esta division jeneral de la historia, en la jurisprudencia romana en épocas, es donde evidenció su profundo conocimiento de las leyes de este pueblo. M. Hugo, adoptando esta division, encabezó estos tres períodos con la historia de los tiempos anteriores à la ley de las Doce Tablas, que son el embrion de la ley romana. — W.

(h) M. Hugo cree que este injenioso sistema de la Instituta prohijado por la mayor parte de los abogados antiguos, y por el mismo Justiniano, fecha del tiempo de Servio Sulpicio. Hist. du Droit Romain, vol. II, pájina 119.—W.

(54) Craso, ó mas bien Ciceron, propone (de Oratore, I, 41, 42) una idea del arte ó ciencia de la jurisprudencia, de la que el elocuente, pero lego, Antonio (I, 58) parece burlarse. Fué en parte ejecutado por Servio Sulpicio (en Bruto, c. 41), cuyas alabanzas están elegantemente variadas en la latinidad clásica del Romano Gravina (p. 60).

(55) Perturbatricem autem omnium harum rerum academiam, hanc ad Arcesila et Carneade recentem, exoremus ut sileat, nam si invaserit in hæc, quæ satis scite instructa et composita videantur, nimis edet ruinas, quam quidem ego placare cupio, submovere non audeo (de Legibus, I, 13). De este solo paso, puede Bentley (Observaciones sobre el modo libre de pensar, p. 250) haber conocido cuan firmemente creia Ciceron en las doctrinas vistosas que ha ido engalanando.

(56) La filosofía estoica se enseñó al principio en Roma por Panecio, el amigo de Escipion el Menor (véase su vida en las Mém. de l' Académie des Inscriptions, tom. X, p. 75-89).

(57) Segun está citado por Ulpiano (ley 40, ad Sabinum in Pandect., l. XLVII, tít. II, ley 21). Con todo, Trebacio, despues de ser un campeon jurisconsulto, qui familiam duxit, se hizo epicúreo (Ciceron ad Fam. VII, 5). Quizás no era constante ó sincero en su nueva secta (*).

(58) Véase Gravina (p. 45-51) y las cavilaciones ineficaces de Mascou. Heinecio (Hist. J. R- N.º 125) cita y aprueba una disertacion de Everardo Oton, de Stoica Jurisconsultorum Philosophia.

(59) Hemos oido hablar de la regla Catoniana, la estipulacion Aquiliana, y las fórmulas Manilianas, de 211 máximas y de 247 definiciones (Pandect., l. L, tít. XVI, XVII).

(60) Léase Ciceron, l. I, de Orotore, Topica, pro Murena.

(61) Véase Pomponio (de Origine Juris Pandect., l. I, tít. II, ley 2, N.º 47), Heinecio (ad Institut., l. I, tít. II, N º 8, l. II, tít. XXV,

(*) Gibbon ha equivocado enteramente esta frase de Ciceron. Unicamente desde su tiempo es cuando se conoce el verdadero sentido del autor. Enumerando Ciceron el talento de Trebacio, dice, accedit etiam, quod familiam ducit in jure civili, singularis memoria, summa scientia, lo que significa, que Trebacio tenia aun mas disposicion para estudiante de la ley civil, una memoria feliz, etc. Esta esplicacion conjeturada ya por G. Menaje, amænit. Juris Civilis, c. 14, se halla en el diccionario de Scheller, v. Familia, y en la Hist. de la ley Romana por M. Hugo. Muchos autores han asegurado, sin pruebas suficientes, que afiancen la conjetura, que Trebacio pertenecia á la escuela de Epicuro. — W.

in Element. et Antiquitat.), y Gravina (p. 41-45). Con todo el monopolio de Augusto, una providencia dura, apareceria algo mas suave en el testimonio contemporáneo, y probablemente estaba autorizada por un decreto del senado.

(i) Aquí el autor sigue la opinion, jeneralmente admitida, de Heinecio. Las pruebas que parecen confirmarla son l. 2, § 47. D. I, 2, y § 8, Institut. I, 2. El primero de estos pasos habla espresamente de un privilegio concedido á ciertos abogados hasta el tiempo de Adriano, publice respondendi jus ante Augusti tempora non dabatur. Primus Divus Augustus, ut major juris auctoritas haberetur, constituit, ut ex auctoritate ejus responderent. El lugar de la Instituta habla de las diferentes opiniones de aquellos, quibus est permissum jura condere. Verdad es que el primero de estos pasos no dice que la opinion de estos abogados privilejiados tuviese fuerza de ley para los jueces. Por esto M. Hugo desecha la opinion adoptada por Heinecio, por Bach, y en jeneral por todos los escritores que le precedieron. Comprende que el § 8 de las Institutas se refiere á la constitucion de Valentiniano III, que regulaba el respectivo valor que se debia dar á los diferentes escritos de los grandes jurisconsultos. Pero tenemos el siguiente paso en la Instituta de Gayo :—Responsa prudentum sunt sententiæ et opiniones eorum, quibus permissum est jura condere : quorum omnium si in unum sententiæ concurrunt, id quod ita sentiunt, legis vicem obtinet, si vero dissentiunt, judici licet, quam velit sententiam sequi, idque rescripto Divi Adriani significatur. No sé como la opinion de M. Hugo puede sostenerse en oposicion á este lugar. Debemos añadir á este el citado por Pomponio; y en vista de estas pruebas parece incontrastable, que los emperadores habian concedido alguna especie de privilejio á ciertos jurisconsultos, quibus permissum erat jura condere. Su opinion tenia á veces fuerza de ley, legis vicem. Queriendo M. Hugo hermanar esta frase con su sistema, le da una falsa interpretacion, que altera enteramente el sentido: supone, que el pasaje no contiene mas que lo que es puramente cierto, que debe respetarse la autoridad de los jurisconsultos, haciendo un privilegio de lo que era libre para todo el mundo. Parece indisputable, que los emperadores habian sancionado ciertas disposiciones relativas á la autoridad de estos letrados, consultados por los jueces ¿Pero hasta qué punto se daba valor á su consejo? Esta es una pregunta á la que es casi imposible contestar, por falta de testimonios históricos.

¿No seria posible que los emperadores hubiesen establecido una autoridad, á quien los jueces consultasen? y en este caso dicha autoridad debia emanar de ciertos jurisconsultos nombrados al intento por los emperadores. Véase Hugo, l. c. Además, el pasaje de Suetonio, en la Vida de

Calígula, donde dice, que el emperador no queria consentir por mas tiempo el que los letrados diesen su parecer, ¿no podria querer dar á entender que Calígula tenia intencion de suprimir esta institucion? Véase sobre este paso el Temis, vol. XI, p. 17, 36. Nuestro autor no hallándose enterado de las opiniones contrarias á Heinecio, no ha profundizado este asunto.—W.

(62) He recorrido la Diatriba de Gotfrido Mascovio, el instruido Mascou, de Sectis Jurisconsultorum (Lipsiæ, 1728, en 12.°, p. 276), un erudito tratado sobre un terreno estrecho é inculto.

(63) Véase el carácter de Antistio Labeon en Tácito (Anal. III, 75) y en una epístola de Ateyo Capiton (Aul. Jelio, XIII, 12), quien acusa á su contrario de libertas nimia et *vecors*. Sin embargo Horacio no hubiera azotado á un virtuoso y respetable senador, y debo adoptar la enmienda de Bentley, quien lee Labieno insanior (Serm. I, III, 82). Véase Mascou, de Sectis (c. 1, p. 1-24).

(64) Justiniano (Institut., l. III, tít. 23 y Teofil. Vers Græc., p. 677, 680) ha celebrado esta disputa, y los versos de Homero citados por ambas partes son autoridades legales. Paulo decidió (ley 33, ad Edic. in Pandect. l. XVIII, tít. I ley 1), puesto que, en un mero cambio, el comprador no podia ser distinguido del vendedor.

(65) Esta controversia quedó tambien abandonada á los Proculianos, para evitar la indecencia de una indagacion, y avenirse con el aforismo de Hipócrates, que era adicto al número septenario de semanas, de años ó 700 dias (Institut., l. I, tít. XXII). Plutarco y los Estoicos (de Placit. Philosoph., l. V, c. 24) apuntan una razon mas natural. Catorce años es la edad—περὶ ἣν ὁ σπερματικὸς κρίνεται' ὀῤῥός Véase el *vestigia* de las sectas en Mascou, c. IX, p. 145-276.

(66) Las séries y conclusion de las sectas están descritas por Mascou (c. II, VII, p. 24-120) y fuera casi ridículo el ensalzar su justicia, igual á estas sectas anticuadas (*).

(67) A los primeros avisos vuela al consejo del robalo; con todo Juvenal (Satir. IV, 75-81) llama al prefecto de Roma sanctissimus legum interpres. Por su ciencia, dice el antiguo escolástico, se le llamaba, no hombre, sino libro. Derivó el nombre singular de Pegaso, de la galera que mandaba su padre.

(68) Tacit. Annal. XVII, 7. Sueton in Nerone, c. XXXVII.

(*) La obra de Gayo, publicada luego de la época de Adriano, nos suministra algunos informes sobre este asunto. Las disputas suscitadas entre estas dos sectas, parecen haber sido frecuentes. Gayo confiesa ser discípulo de Sabino y de Cayo. Compárese Hugo, vol. II, p. 106. — W.

(69) Mascou, de Sectis, c. VIII, p. 120-144 de Herciscundis, un término legal que se aplicó á los abogados eclécticos: *herciscere* es sinónimo de dividere (*).

(70) Véase el Código Teodosiano, l. I, tít. IV con el Comentario de Gofredo, tom. I, p. 30-35 (**). Este decreto pudiera ocasionar disputas jesuíticas como las de las Cartas Provinciales, sobre si un juez estaba obligado á seguir la opinion de Papiano, ó de una mayor'a, en oposicion á su parecer, su conciencia, etc. Con todo, un legislador pudiera dar á esta opinion, aunque falsa, la validez, no de verdad, pero de ley (***).

(*) Esta palabra nunca existió. Cuyas es su autor, quien leyó las palabras terris condi in Servius ad Virg. herciscundi, á las que dió una falsa interpretacion. — W.

(**) Poseemos (desde 1824) algunos informes interesantes sobre la redaccion del Código Teodosiano, y su ratificacion en Roma, en el año 438. M. Closio, hoy dia profesor en Dorpart en Rusia, y M. Peyron, miembros de la academia de Turin, han descubierto, el uno en Milan y el otro en Turin, una gran parte de los cinco primeros libros del Código, que se necesitaban, y á mas de esto, las noticias (gesta) de la residencia del senado en Roma, en el que se publicó el Código, al año despues del casamiento de Valentiniano III. Entre estos apuntes se hallan las constituciones que nombran comisionados para la formacion del código, y aunque en estos documentos hay muchos puntos oscuros, comunican muchos hechos relativos á dicha lejislacion.

1. Que Teodosio hizo una gran reforma en la lejislacion, añadiendo á los códigos Gregoriano y Hermojeniano todas las nuevas constituciones desde, Constantino hasta su época; y redactando un segundo código para el uso comun, estractado de los tres códigos, y de las obras de los abogados civiles. Todas las leyes abolidas ó caidas en desuso, debian notarse bajo sus verdaderos títulos.

2. En 429 se publicó una órden para formar una comision á este intento, compuesta de nueve personas, de las que Antíoco, como cuestor y prefecto, era presidente. En 435 se formó una segunda de diez y seis miembros, bajo la misma presidencia.

3. Un código que poseemos con el nombre de Código Teodosiano, se terminó en 438, publicado en Oriente, en una ordenanza dirijida al prefecto pretoriano, Florentino, y que se pensó publicar en el Occidente.

4. Antes que se publicase en el Occidente, Valentiniano lo sujetó á la aprobacion del Senado. Hay una relacion de los procedimientos del senado, que terminaron con grandes aclamaciones y parabienes. — De Warkonig, Histoire du Droit Romain, 169. — Wenck publicó esta obra, Codicis Theodosiani libri priores. Leipsic, 1825. — M.

(***) Closio de Tubingen comunicó á M. Warnkoning las dos constituciones siguientes del emperador Constantino, que descubrió en la librería Ambrosiana en Milan.

I. Imper Constantinus Aug. ad Maximium Præf. Prætorio.

Perpetuas prudentum contentiones eruere cupientes, Ulpiani ac Pauli, in

(71) Para los afanes legales de Justiniano he estudiado el prefacio de la Instituta, el prólogo 1.º 2.º y 3.º de las Pandectas; el 1.º y 2.º del Código; y el mismo Código (l. I, tít. XVII de Veteri Jure enucleando). Despues de estos testimonios orijinales, he consultado entre los modernos, Heinecio (Hist. J. R. N.º 383-404), Terrason (Hist. de la Jurisprudence Romaine, p. 295-356), Gravina (Opp. p. 93-100) y Ludewijio, en su vida de Justiniano (p. 19-123, 318-321: para el Código y las Novelas, p. 209-261; para el Dijesto ó Pandectas, p. 262-317).

(72) Sobre el carácter de Triboniano, véanse los testimonios de Procopio (Persic. l. I, c. 23, 24. Anecdot. c. 13, 20) y Suidas (tom. III, p. 501, edic, Kuster). Ludewijio (in Vit. Justinian. p. 175-209) trabaja con afan, con mucho afan, para blanquear—el moro negro.

(73) Aplico los dos pasos de Suidas al mismo sujeto; le cuadra muy bien cada circunstancia. Con todo, los abogados parecen ignorarlo; y Fabricio se inclina á separar los dos caractéres (Bibliot. Græc., tom I, p. 341, II, p. 518, III, p. 418, XII, p. 346, 353, 474).

(74) Este cuento lo refiere Hesiquio (de Viris Illustribus), Procopio (Anecdot. c. 13), y Suidas (tom. III, p, 501). Semejante adulacion parece incrible

—Nihil est quod credere de se
Non possit, cum laudatur Diis æqua potestas.

Fontenelle (tom. I, p. 32-39) ha ridicularizado el descaro del modesto Virjilio. Pero el mismo Fontenelle coloca á su rey mucho mas alto que el divino Augusto, y el sabio Boileau no se avergonzó de decir, « Le destin á ses yeux n' oserait balancer. » Con todo, ni Augusto ni Luis XIV, eran locos.

(75) Πάνδεκται (recibidores jenerales), era un titulo comun de las miscelaneas griegas (Plin. Præf. ad Hist. Natur.). El *Digesta* de Escévola, Marcelino, Celso, era ya familiar á los jurisconsultos; pero Justiniano cometió un yerro usando las dos denominaciones como sinónimas. ¿La palabra *Pandectas* es griega ó latina—masculina ó femenina? El diligente

Pap'nianum notas, quidam ingenii laudem sectantur, non tam corrigere eum quam depravare maluerunt, aboleri præcepimus. Dat. III. Kalend. Octobr. et Cons. et Crispi (321).

Idem Aug. ad Maximium Præf. Præt.

Universa, quæ scriptura Pauli continentur, recepta auctoritate firmanda sunt, et omni veneratione celebranda. Ideoque sententiarum libros plenissimâ luce et perfectissimâ elocutione et justissimâ jurisratione succinctos in judiciis prolatos valere minime dubitatur. Dat. V. Kalend. Oct. Trevir. Const. et Max. Goss. (327).—W.

Brenckman no presumirá decidir estas controversias importantes (Hist. Pandect. Florentin., p. 30-304) (*).

(76) Angelo Policiano (l. V, Epist. últ.) calcula treinta y siete (p. 192-200) los jurisconsultos citados en las Pandectas—lista estraordinaria de sabios para su tiempo. El índice griego de las Pandectas enumera treinta y nueve, y el infatigable Fabricio cuenta hasta cuarenta (Bibliot. Græc., tom. III, p. 488-502). Dicen, que Antonino Augusto (de Nominibus Propriis Pandect. apud Ludewig p. 283) añadió cincuenta y cuatro nombres, pero deben ser vagas referencias, ó de segunda mano.

(77) El Στιχοὶ del antiguo manuscrito puede definirse exactamente como sentencias ó período de un sentido completo, que, en lo ancho de los rollos de pergamino ó volúmenes, componian otras tantas líneas de lonjitud desigual. El número de Στιχοὶ en cada libro servia para salvar las erratas de los escribientes (Ludewijio, p. 211-215; y su autor orijinal Suicer. Thesaur. Ecclesiast., tom. I, p. 1021-1036).

(78) Una oracion erudita é injeniosa de Escultinjio (Jurisprudentia Antoi-Justinianea, p. 883-907) sincera la eleccion de Triboniano, contra los cargos apasionados de Francisco Hottoman y sus sectarios.

(79) Arránquese la corteza de Triboniano, y concédase el uso de voces técnicas, y el latin de las Pandectas se hallará que no desmerece del de la edad de *oro*. Ha sido atacado con vehemencia por Lorenzo Valla(**) un gramático fastidioso del siglo XV, y por su apolojista Florido Sabino. Alciato lo defendió y un abogado desconocido (probablemente Jaime Capelo). Sus varios tratados están recopilados por Duker (Opuscula de Latinitate veterum Jurisconsultorum, Lugd. Bat. 1721, en 12.º).

(80) Nomina quidem veteribus servavimus, legum autem veritatem nostram fecimus. Itaque si quid erat in illis *seditiosum*, multa autem talia erant ibi reposita, hoc decisum est et definitum, et in perspicuum finem deducta est quæque lex (Cod. Justinian. l. I, tít. XVII, ley 3, N.º 10), ¡Franca confesion (***).!

(81) El número de estas *emblemata* (un nombre político para falseda-

(*) La palabra Pandectas estaba anteriormente en uso. Véase el prólogo de Aulo Jelio. — W.

(**) Gibbon se equivoca con respecto al Valla, quien, aunque afea el bárbaro estilo de los jurisconsultos de su tiempo, prorumpe en las mayores alabanzas á la admirable pureza del lenguaje de los antiguos escritores de la ley civil (M. Warnkoning cita un largo paso del Valla, en comprobacion de esta observacion). Desde entónces se ha reconocido esta verdad, por los hombres mas eminentes, como Erasmo, David Hume y Runkhenio. — W.

(***) Seditiosum en el lenguaje de Justiniano, no significa sedicioso, sino disputado. — W.

des) está muy reducido por Bynkershoek (en los cuatro últimos libros de sus Observaciones) quien sostiene muy débilmente el derecho de Justiniano y el deber de Triboniano.

(82) Las *antinomias* ó leyes opuestas del Código y las Pandectas, son à veces la causa, y con frecuencia la disculpa, de la gloriosa duda de la ley civil, que tan á menudo suministra lo que Montaigne llama « Questions pour l' Ami. » Véase un hermoso paso de Francisco Balduino en Justiniano (l. II, p. 259, etc. apud Ludewijio, p. 305, 306).

(83) Cuando Fust, ó Fausto, vendió en Paris sus primeras biblias impresas como manuscritos, el precio de cada copia en pergamino se redujo de doce mil quinientos y diez mil reales, á mil quinientos, mil trecientos y mil doscientos. El público al principio estaba muy contento de su baratura, y al fin enfadado con el descubrimiento del engaño (Mattaire, Anal. Tipograph., tom. I, p. 12; primera edicion).

(j) Entre las obras que se han recobrado, por el esmero tenaz y afortunado de M. Mayo, y los que le han seguido, en reproducir los caractéres casi borrados de los antiguos escritores de estos Palimpsestos, Gibbon hubiera mirado con asombro el recobro de las Institutas de Gayo, y los fragmentos del Código Teodosiano, publicados por M. Peyron de Turin.—M.

(84) Esta costumbre execrable prevaleció desde el siglo VIII, y particularmente desde el XII, en que se hizo casi universal (Montfaucon, en las Mémoires de l' Académie, tom. VI, p. 606, etc. Bibliothèque Raisonnée de la Diplomatique, tom. I, p. 476).

(85) Pomponio (Pandect., l. 1, tít. II, ley 2) dice, que de los tres fundadores de la ley civil, Mucio, Bruto y Manilio, extant volumina, scripta Manilii monumenta, que de algunos antiguos abogados, republicanos, hæc versantur eorum scripta inter manus hominum. Ocho de los sabios augustos quedaron reducidos á un compendio: de Cascelio, scripta non extant sed unus liber, etc.; de Trebacio, minus frecuentatur; de Tuberon, libri parum grati sunt. Muchas citas de las Pandectas están sacadas de libros que Triboniano nunca vió; y en el largo período del siglo VII al XIII de Roma, la lectura *aparente* de los modernos, depende sucesivamente de la sabiduría y veracidad de sus predecesores.

(86) *Todos*, en varios ejemplos, repiten las erratas del escribiente y la trasposicion de algunas hojas en las Pandectas Florentinas. Este hecho, si es verdadero, es decisivo. Con todo las Pandectas están citadas por Ivo de Chartres (que murió en 1117), por Teobaldo, arzobispo de Canterbury, y por Vacario, nuestro primer profesor, en el año 1140 (Selden ad Fletam, c. 7, tom. II, p. 1080-1085) ¿Han sido recopilados nuestros manuscritos ingleses de las Pandectas?

(87) Véase la descripcion de este orijinal en Brenckman (Hist. Pandect. Florent., l. I, c. 2, 3, p. 4-17 y l. II). Policieno, un entusiasta, lo reverenciaba como el verdedero estandarte del mismo Justiniano (p. 407, 488); pero esta paradoja está refutada por las abreviaciones del manuscrito florentino (l. II, c. 3, p. 117-130). Se compone de dos volúmenes en cuarto, con grandes márjenes, en pergamino fino, y los caractéres latinos descubren la mano de un escribiente griego.

(88) Brenckman, al fin de su historia, insertó dos disertaciones sobre la república de Amalfí y la guerra Pisana en el año 1135, etc.

(89) El descubrimiento de las Pandectas en Amalfí (A. 1137) está notado primero (en 1501) por Ludovico Bolognino (Brenckman, l. I, c. 11, p. 73, 74, l. IV, c. 2, p. 417-425), apoyándose en la autoridad de una Crónica Pisana (p. 409, 410), sin nombre ni fecha. Todo el cuento (*), aunque desconocido en el siglo XII, engalanado en las épocas ignorantes, y sospechoso á la ríjida crítica, no carece enteramente de probabilidad (l. I, c. 4-8, p. 17-50). El Liber Pandectarum de Pisa, fué indudablemente consultado en el siglo XIV por el gran Bartolo (p. 406, 407. Véase l. I, c. 9, p. 50-62).

(90) Pisa fué tomada por los Florentinos en el año 1406; y en 1411 las Pandectas se trasportaron á la capital. Estos sucesos son auténticos y célebres.

(91) Estaban encuadernadas en púrpura, depositadas en una rica caja, y se mostraban á los viajeros curiosos, por los frailes y majistrados, con la cabeza descubierta, y con hachas encendidas (Brenckman, l. I, c. 10, 11, 12, p. 62-93).

(92) Despues de las recopilaciones de Policiano, Bolognino, y Antonio Agustin, y la magnífica edicion de las Pandectas por Taurelo (en 1551), Henry Brenckman, un Sueco, emprendió una peregrinacion á Florencia, en donde empleó varios años en el estudio de un solo manuscrito. Su Historia Pandectarum Florentinarum (Utrecht, 1722, en 4.º), aunque un monumento de industria, no es mas que una pequeña parte de su primitivo plan.

(93) Χρύσεα χαλκείων, ἑκατόμβοι ἐννεαβοίων, apud Homerum patrem omnis virtutis (1.º Præfat. ad Pandec.). Una línea de Milton ó del Taso nos hubiera admirado en una acta del parlamento. Quæ omnia obtinere sancimus in omne ævum. Del primer código, dice (2.º Præfat.) in æternum valiturum. ¡Hombre y para siempre!

(94) *Novellæ* es un adjetivo clásico; pero un sustantivo bárbaro (Lu-

(*) Savigny, vol. III, p. 83, 89, desentraña y desecha todo el cuento. Véase tambien Hallam, vol. III, p. 514. —M.

dewijio, p. 245). Justiniano nunca las recopiló él mismo; las nueve colaciones, el modelo legal de los tribuna les modernos, se componen de noventa y ocho Novelas; pero su número se aumentó por la actividad de Juliano Haloander., y Concio (Ludewijio, p. 249, 258. Aleman. Not. in Anecdot., p. 98).

(95) Montesquieu, Considerations sur la Grandeur et la Décadence des Romain, c. 20 tom. III; p. 501; en 4.º En esta ocasion arroja á un lado la bata y gorro de présidente á Mortier.

(96) Procopio, Anecdot., c. 28. Un privilejio semejante, se concedió á la iglesia de Roma (Novel. IX). Sobre la abolicion jeneral de estas dañosas induljencias, véase Novel, CXI y Edict. V.

(97) Lactancio, en sus Instituciones de la Cristiandad, obra elegante y brillante, propone el imitar el título y método de los jurisconsultos. Quidam prudentes et arbitri æquitatis Institutiones Civilis Juris compositas ediderunt (Institut. Divin., l. I, c. 1). Tal como Ulpiano, Pablo, Florentino y Marciano.

(98) El emperador Justiniano le llama *suum*, aunque murió antes del fin del segundo siglo. Sus Institutas están citadas por Servio, Boecio, Prisciano, etc. y aun existe el Epítome por Arriano (Véase el Prolegomenea Notas á la edicion de Schulting, en la Jurisprudentia Ante-Justinianea, Lugd. Bat. 1717. Heinecio, Hist J. R. N.º 315. Ludewijio, in Vit. Just. p. 199).

(k) Gibbon, dividiendo las Institutas en cuatro partes, considera el apéndice de la ley criminal, en el último título como la cuarta parte. —W.

(99) Véanse los Annales Politiques de l' Abbé de Saint Pierre, tom. I p. 25, que trae la fecha del año 1735. Las familias mas antiguas reclaman la posesion inmemorial de armas y vasallos. Desde las Cruzadas, algunas las mas respetables, han sido creadas por el rey, por méritos y servicios. La muchedumbre vulgar y reciente dimana de la multitud de oficios venales, sin cargo ni dignidad, que ennoblecen continuamente á los plebeyos ricos.

(l) Desde el tiempo de Gibbon, la Cámara de los Pares se ha casi duplicado; son sobre 400, con esclusion de los pares espirituales: una disposicion muy sabia es la de aumentar la órden de los patricios en proporcion al incremento jeneral de la nacion.—M.

(100) Si la opcion de un esclavo estaba cedida en varios legados, se sacaban suertes; y los que perdian, tenian derecho á la parte que les correspondia de su valor: diez piezas de oro por un criado comun, ó una jóven menor de diez años; si era mayor, veinte; si sabian algun oficio, treinta; notarios ó escritores, cincuenta; parteras ó *Médicos*, sesenta;

eunucos menores de diez años, treinta; mayores, cincuenta; comerciantes, setenta (Cod. l. VI, tít, XLIII, ley 5). Estos precios legales son jeneralmente mas bajos que los del mercado.

(101) Sobre el estado de los esclavos y hombres libres, véase la Instituta, l. I, tít. III-VIII, l. II, tít. IX, l. III, tít. VIII, IX. Pandectas ó Dijesto. l. I, tit. V, VI, l. XXXVIII, tít. I-IV, y todo el libro XL. Código. l. VI tít. IV, V, l. VII, tít. I-XXIII. Entiéndase de aquí en adelante que, con el texto orijinal de la Instituta y Pandectas, los artículos correspondientes en las Antigüedades y Elementos de Heinecio, van implícitamente citados; y con el XXVII primeros libros de las Pandectas, los instruidos y racionales Comentarios de Jerardo Noodt (Opera, tom. II, p. 1-590 el fin, Lugd. Bat. 1724).

(102) Véase el patria potestas, en la Instituta (l. I, tit. IX), las Pandectas (l. I, tít. VI, VII) y el Código (l. VIII, tít. XLVII, XLVIII XLIX). Jus potestatis quod in liberos habemus proprium est civium Romanorum. Nulli enim alii sunt homines, qui talem in liberos habeant potestatem, qualem nos habemus (*).

(103) Dionisio Hal., l. II, p. 94, 95. Gravina (Opp. p. 286) reproduce las palabras de las XII tablas. Papiniano (in Collatione Legum Roman. et Mosaicarum, tít IV, p. 204) llama esta patria potestas, lex regia: Ulpiano (ad Sabin., l. XXVI, in Pandect., l. I, tít. VI, ley 8) dice, jus potestatis moribus receptum; y furiosus filium in potestate habebit. ¡Cuán sagrado!—ó mas bien, ¡cuán absurdo! (**).

(m) Este poder de parentesco se limitaba estrictamente al ciudadano romano. El estranjero, ó el que no tenia mas que jus Latii, no lo poseia. Si un ciudadano romano sin saberlo se casaba con una mujer latina ó estranjera, no podia ejercer este poder sobre su hijo, porque este siguiendo la condicion legal da la madre, no era ciudadano romano. Con todo, un hombre motivando su ignorancia, podia conseguir para madre é hijo los derechos de ciudadanía. Gayo, p. 30.—M.

(104) Pandect., l. XLVII, tít. II, ley 14, N.º 13, ley 38, N.º 1. Tal era la decision de Ulpiano y Pablo.

(105) El trina mancipatio está claramente definida por Ulpiano (Fragmento X, p. 591, 92, edic. Schulting); y mejor ilustrado en las Antigüedades de Heinecio (***).

(*) La recien descubierta Instituta de Gayo nombra una nacion en la que la misma potestad recaia en el pariente. Nec me præterit Galatarum gentem credere, in potestate parentum liberos esse. Gayo, Instit. edic. 1824, pájina 257.—M.

(**) Todo esto está en perfecta armonía con el carácter romano.—W.

(***) El hijo de familia vendido por su padre, no era considerado enteramente

eunucos menores de diez años, treinta; mayores, cincuenta; comerciantes, setenta (Cod. l. VI, tít, XLIII, ley 3). Estos precios legales son jeneralmente mas bajos que los del mercado.

(101) Sobre el estado de los esclavos y hombres libres, véase la Instituta, l. I, tít. III-VIII, l. II, tít. IX, l. III, tít. VIII, IX. Pandectas ó Dijesto. l. I, tit. V, VI, l. XXXVIII, tít. I-IV, y todo el libro XL. Código. l. VI tít. IV, V, l. VII, tít. I-XXIII. Entiéndase de aquí en adelante que, con el texto orijinal de la Instituta y Pandectas, los artículos correspondientes en las Antigüedades y Elementos de Heinecio, van implícitamente citados; y con el XXVII primeros libros de las Pandectas, los instruidos y racionales Comentarios de Jerardo Noodt (Opera, tom. II, p. 1-590 el fin, Lugd. Bat. 1724).

(102) Véase el patria potestas, en la Instituta (l. I, tit. IX), las Pandectas (l. I, tít. VI, VII) y el Código (l. VIII, tít. XLVII, XLVIII XLIX). Jus potestatis quod in liberos habemus proprium est civium Romanorum. Nulli enim alii sunt homines, qui talem in liberos habeant potestatem, qualem nos habemus (*).

(103) Dionisio Hal., l. II, p. 94, 95. Gravina (Opp. p. 286) reproduce las palabras de las XII tablas. Papiniano (in Collatione Legum Roman. et Mosaicarum, tít IV, p. 204) llama esta patria potestas, lex regia: Ulpiano (ad Sabin., l. XXVI, in Pandect., l. I, tít. VI, ley 8) dice, jus potestatis moribus receptum; y furiosus filium in potestate habebit. ¡Cuán sagrado!—ó mas bien, ¡cuán absurdo! (**).

(m) Este poder de parentesco se limitaba estrictamente al ciudadano romano. El estranjero, ó el que no tenia mas que jus Latii, no lo poseia. Si un ciudadano romano sin saberlo se casaba con una mujer latina ó estranjera, no podia ejercer este poder sobre su hijo, porque este siguiendo la condicion legal da la madre, no era ciudadano romano. Con todo, un hombre motivando su ignorancia, podia conseguir para madre é hijo los derechos de ciudadanía. Gayo, p. 30.—M.

(104) Pandect., l. XLVII, tít. II, ley 14, N.º 13, ley 38, N.º 1. Tal era la decision de Ulpiano y Pablo.

(105) El trina mancipatio está claramente definida por Ulpiano (Fragmento X, p. 591, 92, edic. Schulting); y mejor ilustrado en las Antigüedades de Heinecio (***).

(*) La recien descubierta Instituta de Gayo nombra una nacion en la que la misma potestad recaia en el pariente. Nec me præterit Galatarum gentem credere, in potestate parentum liberos esse. Gayo, Instit. edic. 1824, pájina 257.—M.

(**) Todo esto está en perfecta armonía con el carácter romano.—W.

(***) El hijo de familia vendido por su padre, no era considerado enteramente

(106) Justiniano habla y reprueba, la antigua ley, el jus necis del padre romano (Institut., l. IV, tít. IX, N.º 7). Aun quedan algunos vestijios legales en las Pandectas (l. XLIII, tít. XXIX, ley 3, N.º 4) y el Collatio Legum Romanarum et Mosaicarum (tít. II N.º 3, p. 189).

(107) Escepto en ocasiones públicas, y en el actual ejercicio de su oficio. In publicis locis atque muneribus, atque actionibus patrum, jura cum filiorum qui in magistratu sunt potestatibus collata, interquiescere paullulum et connivere, etc. (Aul. Gelliu, Loctes Atticæ, II, 2). Las lecciones del filósofo Tauro quedan abonadas con el antiguo y memorable ejemplo de Fabio; y podemos ver el mismo cuento, en el estilo de Livio (XXIV, 44) y el idioma grosero de Claudio Quadrigario el analista.

(108) Véase la gradual estension y seguridad del filial *peculium* en la Instituta (l. II, tít. IX), las Pandectas (l. XV, tít. 1, l. XLI, tít. I) y el Código (l. IV: tít. XXVI, XXVII).

(109) Los ejemplos de Erixo y Ario, están referidos por Seneca (de Clementia, I, 14, 15), el primero con horror, el segundo con aplauso.

(110) Quod latronis magis quam patris jure eum interfecit, nam patria potestas in pietate debet, non in atrocitate consistere (Marciano, Institut., l. XIV, in Pandect., l. XLVIII, tít. IX, ley 5).

(111) Las leyes Pompeya y Cornelia de *sicariis* y *parricidis*, están repetidas, ó mas bien compendiadas, con los últimos suplementos de Alejandro Severo, Constantino y Valentiniano, en las Pandectas (l. XLVIII, tít. VIII, IX) y el Código (l. IX, tít. XVI, XVII). Véase tambien el Código Teodosiano (l. IX, tít. XIV, XV) con el comentario de Gofredo (tom. III, p. 84-113), que suministran abundantes conocimientos antiguos y modernos, sobre las leyes penales.

(112) Cuando el Cremes de Terencio reconviene á su mujer, porque no obedece sus órdenes, esponiendo á su hijo, habla como padre y como dueño, y acalla los escrúpulos de una mujer loca. Véase Apuleyo (Metamorph., l. X, p. 337, edic. Delfin).

(113) La opinion de los abogados, y la discrecion de los májistrados, introdujo, en tiempo de Tácito, algunas restricciones legales, que pudiesen resistir el contraresto de los boni mores de los Jermanos, con el bonæ leges alibi esto es, en Roma (de Moribus Germanorum, c. 19) Tertuliano (ad Nationes, l. I, c. 15) refuta sus propios cargos, y los de sus hermanos contra la jurisprudencia pagana.

(114) La sabia y humana sentencia del jurisconsulto Paulo (l. II, Sententiarum in Pandect., l. XXV, tít. III, ley 4) está considerada como un precepto moral por Jerardo Noodt (Opp., tom. I in Julius Paulus,

como un esclavo: era estatu liber; esto es, que pagando la cantidad por la que habia sido vendido, quedaba completamente libre. Véase Hugo, Hist. § 61.—W.

p. 567-588, y Amica Responsio, p. 591-606), quien sostiene la opinion de Justo Lipsio (Opp., tom. II, p. 409, ad Belgas, cent. I, epíst. 85), y como una verdadera ley obligatoria, por Bynkersbock (de Jure occidendi Liberos, Opp. tom. I, p. 318-340. Curæ Secundæ, p. 391-427). En una controversia instruida, pero acalorada, los dos amigos se desvian en los estremos opuestos.

(115) Dionisio Hal., l. II, p. 92, 93. Plutarco, en Numa, p. 140, 141. Τὸ σῶμα καὶ τὸ ἦθος κάθαρον καὶ ἄθικτον ἐπὶ τῷ γαμοῦντι γένεσθαι·

(116) En el invierno *frumenta*, el *triticum* ó trigo barbudo; el *siligo* ó sin barbas; el *far adorea, oryza*; cuya descripcion se aviene tanto con el arroz de España é Italia. Prohijo esta identidad, apoyándome en el testimonio de M. Paucton en su útil y laboriosa Metrolojía (p. 517-529).

(117) Aulo Jelio (Noctes Atticæ, XVIII, 6) da una ridícula definicion de Elio Meliso, Matrona, quæ semel, *materfamilias*, quæ sæpius peperit, como porcetra y scropha en el jénero de semilla. Luego añade el verdadero significado, quæ in matrimonium vel in manum convenerat.

(118) Bastaba el haber probado vino, ó robado la llave de la bodega (Plin. Hist. Nat. XIV, 14).

(119) Solon exijia tres pagos por mes. Segun el Misna, á un marido jóven, robusto y holgazan se le imponia una contribucion diaria; dos veces por semana á un ciudadano, una á un labrador; una al mes al trajinante; y cada seis meses á un marino. Pero el estudiante y el doctor estaban libres de este tributo; y *ninguna* mujer, si se la satisfacia *semanalmente*, podia solicitar el divorcio: se concedia un voto de abstinencia por una semana. La poligamia dividia, sin multiplicar, los deberes de marido (Selden, Uxor Ebraica, l. III, c. 6, en sus obras, vol. II, p. 717-720).

(120) En la ley opia, se puede ver el discurso suavizador de Valerio Flaco, y la oracion severa y censurante de Caton el mayor (Liv. XXXIV 1-8). Pero mas bien oiremos al pulido historiador del siglo octavo, que á los oradores ásperos del sexto de Roma. Los principios, y hasta el estilo, de Caton, están mas esmeradamente conservados por Aulo Jelio (X, 23).

(121) Sobre el sistema del matrimonio católico y judío, véase Selden (Uxor Ebraica. Opp., vol. II, p. 529-860), Biginham (Antigüedades Cristianas, l. XXII), y Chardon (Hist. des Sacremens, tom. VI).

(122) Las leyes civiles del casamiento están espuestas en las Institutas (l. I, tít. X), las Pandectas (l. XXIII, XXIV, XXV), y el Código (l. V); pero como el título de ritu nuptiarum está imperfecto, tenemos que escuadriñar los fragmentos de Ulpiano (tít. IX, p. 590, 591) y el Collatio Legum Mosaicarum (tít. XVI, p. 790, 791) con las

notas de Piteo y Schulting. Hallan en el Comentario de Servio (en la 1.ª Jeórjica y la 4.ª Eneida), dos pasos curiosos.

(123) Segun Plutarco (p. 57) Rómulo no admitia mas que tres causas para el divorcio: —embriaguez, adulterio y llaves falsas. De cualquier otro modo, el marido que abusaba de su supremacia, tenia que entregar la mitad de sus bienes á su mujer, y la mitad á la diosa Ceres, y ofrecer un sacrificio (¿con lo restante?) á las deidades terrestres. Esta estraña ley fué, ó bien imajinaria, ó transitoria.

(n) Montesquieu refiere y esplica este hecho de un modo bien diferente. Esprit des Lois, l. XVI, c. 16.—G.

(124) En el año de Roma 523, Espurio Carvilio Ruga repudió una mujer hermosa buena, pero estéril (Dionisio Hal., l. II, p. 93. Plutarco, en Numa, p. 141. Valerio Máximo, l. II, c. 1. Aulo Jelio, IV, 3). Fué interrogado por los censores, y aborrecido por el pueblo; pero su divorcio se apoyaba en la ley.

(125) —Sic fiunt octo mariti,
Quinque per autumnos.
(Juvenal, Sátira VI, 20)

Una rápida sucesion, que todavía puede creerse, así como el non consulum numero, sed maritorum annos suos computant, de Séneca (de Beneficiis, III, 16). Jerónimo vió en Roma un marido triunfante, enterrar á su vijésima prima mujer, quien habia hecho otro tanto con veinte y dos de sus predecesores, menos robustos (Opp., tom. I, p. 90, ad Gerontiam). Pero los diez maridos en un mes del poeta Marcial, es una estravagante hipérbole (l. VI, epigrama 7).

(126) Sacellum Viriplacæ (Valerio Máximo, l. II, c. 1), en la rejion palatina, aparece en el tiempo de Teodosio, en la description de Roma por Publio Victor.

(127) Valerio Máximo, l. II, c. 9. Con fundamento juzga el divorcio mas criminal que el celibato: illo namque conjugalia sacra spreta, tantùm hoc etiam injuriose tractata.

(128) Véanse las leyes de Augusto y sus sucesores, en Heinecio, ad Legem Papiam-Poppæam, c. 19 in Opp., tom. VI. P. I, p. 323-333.

(129) Aliæ sunt leges Cæsarum, aliæ Christi; aliud Papinianus, aliud Paulus *noster* præcipit (Jeron., tom I, p. 198. Selden, Uxor Ebraica, l. III, c. 31, p. 847-853).

(130) La Instituta guarda silencio; pero podemos consultar los Códigos de Teodosio (l. III, tít. XVI, con el Comentario de Gofredo, tom I, p. 310-315) y Justiniano (l. V, tít. XVII), las Pandectas (l. XXIV, y las Novelas (XXII, CXVII, CXXVII, CXXXIV, tít. II) CXL). Justiniano hasta el fin fluctuó, entre la ley civil y la eclesiástica.

(131) En griego puro, πορνεία no es una palabra comun, ni su verdadero significado, fornicacion, puede aplicarse exactamente al pecado matrimonial. En sentido figurado, ¿cuán lejos, y á qué ofensas, no podria estenderse? ¿Hablaba Cristo el idioma aárbico ó siríaco? ¿De qué palabra orijinal es πορνεία la traduccion? ¡Cuán varia es aquella palabra griega traducida en las versiones antigua y moderna! Son dos (Marcks, X, 11. Luchs, XVI, 18) para uno (Mateo, XIX, 9), que semejante punto de divorcio no fué esceptuado por Jesús. Algunos críticos han creido, que por medio de una contestacion evasiva, evitaba el ofender bien á la escuela de Sammai ó á la de Hillel (Selden, Uxor Ebraica, l. III, c. 18-22, 28, 31) (*).

(132) Los principios de la jurisprudencia romana están espuestos por Justiniano (Institut., l. I, tit. X); y las leyes y costumbres de los diferentes naciones de la antigüedad, respecto á los grados prohibidos, etc. están estensamente esplicados por el Dr. Taylor en sus Elementos de la Ley Civil (p. 108, 314-339), una obra de entretenimiento, con lectura variada; pero que no puede ensalzarse por su despejo filosófico.

(*o*) Segun la ley tempraua (Gayo Instit., p. 27), un hombre podia casarse con su sobrina, por parte de hermano; pero no de hermana. El emperador Claudio dió el primer ejemplo. En las Institutas fué abolida esta distincion, y ambos declarados ilegales. —M.

(133) Cuando su padre Agripa murió (A. 64), Berenice no tenia mas que diez y seis años (Joseph., tom. I, Antiquit. Judaic., l. XIX, c. 9, p. 952, edic. Havercamp. Tenia pues sobre cincuenta años, cuando Tito (A. 79) invitus invitam invisit. Esta fecha no hubiera adornado la trajedia, ó pastoral del tierno Racine.

(134) El *Ægyptia conjux* de Virjilio (Aneid., VIII, 688) parece contarse entre los monstruos que batallaron con Marco Antonio contra Augusto, el senado, y los dioses de Italia.

(*p*) El edicto de Constantino confirió primero este derecho; porque Augusto habia prohibido el tomar como concubina una mujer que podia recibirse como esposa; y si el casamiento se efectuaba despues, esto en nada cambiaba los derechos de los hijos nacidos anteriormente; entónces se recurria á la adopcion, llamada propiamente arrogacion. —G.

(135) Los derechos humildes, pero legales, de las concubinas é hijos naturales, están deslindados en la Instituta (l. I, tít. X) las Pandectas (l. I, tít. VII), el Código (l. V. tít. XXV) y las Novelas (LXXIV, LXXXIX). Las investigaciones de Heinecio y Guiannone (ad Legem Juliam et Pa-

(*) Pero esto nada tenia que ver con la cuestion de un divorcio, hecho por la autoridad judicial. — Hugo.

piam Poppæam, c. IV, p. 164-175. Opere Posthume, p. 108-158) ilustra este asunto interesante y doméstico.

(*q*) Con todo, véanse los dos fragmentos de ley en los estractos recien descubiertos del Código Teodosiano, publicados por M. A. Peyron en Turin. Por la primera ley de Constantino, solo podia heredar el vástago lejítimo; en donde no lo habia, la herencia pasaba al fisco. El hijo de un tal Liciniano, que habia heredado la propiedad de su padre, bajo la suposicion de que estaba lejitimado, y que habia sido promovido á un puesto honroso, tuvo que ser apeado, confiscada su propiedad; y azotado y encarcelado. Por la segunda, todas las personas, aun de la clase mas elevada, senadores, perfectissimios, decemviros, debian ser declarados infames, y aun fuera de la proteccion de la ley Romana, si fuesen nacidos ex ancilla, vel ancillæ filia, vel liberta, vel libertæ filia, sive Romana facta, seu Latina, vel scænicæ filia, vel ex tabernaria, vel ex tabernariæ filia, vel humili, vel abjecta, vel lenonis, aut arenarii filia, vel quæ mercimoniis publicis præfint. Todo lo que un padre cariñoso pudiese haber dado á tal hijo, era revocado y bien devuelto al hijo lejitimado, ó confiscado para el estado; á las madres que eran delincuentes de *descarriar* así la voluntad de los padres, se les daba tormento (tormentis subici jubemus). El desgraciado hijo de Liciniano, segun esta segunda ley, habiendo huido, fué apresado, y encadenado sentenciado á trabajor en el Jinaceo de Cartago, Cod. Theod. ab A. Peyron, 87-90. — M.

(136) Véase el artículo de guardias y gobernadores en la Instituta (l. I, tít. XIII-XVI), las Pandectas (l. XXVII, XXVI) y el Código (l. V, tít. XXVIII-LXX).

(*r*) Gibbon acusa á los jurisconsultos de haber « atrevidamente fijado la edad de la pubertad á doce ó catorce años. » No era así: antes de Justiniano no existia ninguna ley sobre este punto. Ulpiano refiere las discusiones que se entablaron sobre este asunto, entre las diferentes sectas de jurisconsultos. Véanse las Institutas, l. tít. 22 y los fragmentos de Ulpiano. Ni era la curaduria obligatoria para todos los menores. — W.

(137) Institut., l. II, tít. I, II. Compárese el raciocinio puro y cabal de Cayo y Heinecio (l. II, tít. I, p. 69-91) con la prolijidad de Teofilo (p. 207 265). La opinion de Ulpiano se conserva en las Pandectas (l. I, tít. VIII, ley 41, N.º 1).

(138) El *heredium* de los primeros Romanos, está definido por Varron (de Re Rustica, l. I, c. II, p. 141, c. X, p. 160, 161, edic. Gesner) y obscurecido por la declamacion de Plinio (Hist. Natur. XVIII, 2). Se ha dado un comentario exacto é instruido de la Administration des Terres chez les Romains (p. 12-66) (*).

(*) En el duo jugera, compárese Niebuhr, vol. I, p. 337. M.

139 El *res mancipi* está esplicado por apuntes débiles y remotos por Ulpiano (Fragment. tít. XVIII, p. 618, 619) y Bynkershaek (Opp. t. I, p. 306-315). La definicion es algo arbitraria; y como ninguno, escepto yo, ha dado una razon, quedo desconfiado.

(140) De esta corta prescripcion Hume (Ensayos, vol. I, p. 423) infiere, que no podia *entonces* haber mas órden y estabilidad en Italia que *ahora* entre los Tártaros. Reconviénele el letrado de su contrario Wallace, y no sin fundamento, por pasar por alto las condiciones (Institut., l. II, tít. VI) (*).

(*) Gibbon confiesa, en esta nota, su falta de conocimientos con respecto al res mancipi. Los intérpretes que le precedieron, no concuerdan en este punto, uno de los mas difíciles de la antigua ley Romana. Las conclusiones de Hume, de que habla aquí el autor, están fundadas sobre bases falsas. Gibbon habia concebido nociones muy inexactas de la *Propiedad*, entre los Romanos, y las de otros muchos autores en el dia, no son menos erróneas. Creemos un deber, el desarrollar aquí el sistema de propiedad entre los Romanos, como resultado del estudio de las autoridades orijinales que hay sobre la ley antigua, y segun ha sido demostrado, reconocido y adoptado por los mas instruidos intérpretes de la ley romana. Además de las autoridades conocidas ya, como los Fragmentos de Ulpiano, tom. XIX, y tom. I, § 16. Theoph. Paraph. I, 5, § 4, puede consultarse las Institutas de Gayo, I, § 54, y II, § 40 y sig.

Las leyes romanas apadrinan toda propiedad adquirida de un modo legal. Imponen al que la invade, la obligacion de restitucion y reparo de todos los daños causados; además la castigan, en muchos casos, con una multa. Pero no siempre concedian el recobro contra una tercera persona, que era bona fidea poseedora de la propiedad. Aquel que habia obtenido posesion de una cosa perteneciente á otro, ignorando los derechos de aquella persona, conservaba la propiedad. La ley habia determinado espresamente los casos, en que podia ser reclamada la propiedad de un poseedor inocente. En estos casos tenian el carácter de propiedad absoluta, llamada mancipium, jus Quiritium. Para tener este derecho no bastaba el haber tomado posesion de la cosa *de cualquier modo*; la adquisicion debia tener el carácter de pública, lo que se conseguia por medio de la observancia de ciertas fórmulas solemnes, prescritas por las leyes, ó la no interrumpida posesion, por un tiempo determinado: solo el ciudadano romano podia adquirir este derecho. Cualquiera otra clase de posesion, que pudiera llamarse impropiamente propiedad, se denominaba in bonis habere.» Hasta despues de la época de Ciceron, no se dió el nombre jeneral de Domiciano á toda propiedad.

Era pues la publicidad la que constituia el carácter distintivo de dominio absoluto. Esta publicidad se fundaba en el modo de hacer la adquisicion, que los modernos han llamado civil (Modi adquirendi civiles). Estas maneras de adqui-
[illegible] eran, 1.ª. Mancipium ó mancipio, que no era mas que la entrega solemne
sicion [illegible] presencia de un número determinado de testigos, y un empleado
del objeto, [illegible] [illegible]nte de esto vino que se llamase propiedad. 2.ª. In jure ces-
público: probablem[illegible] [illegible]ne ante el pretor. 3.ª. Adjudicatio, que se hacia ante
sio, que era la entrega sole[illegible]

(141) Véase la Instituta (l. I, tít. IV, V) y las Pandectas (l. VII). Noodt compuso un tratado claro é instructivo *de Usufructu* (Opp. tom. I, p. 387-478).

el juez, en caso de particion. 4.ª. Lex, que comprende las maneras de adquirir determinadas por la ley, en casos particulares; probablemente la ley de las Doce Tablas; por ejemplo, el *sub corona emptio*, y el *legatum*. 5.ª. Usus, llamado luego usucapio, y por los modernos prescripcion. Esto era un año solo para las cosas movibles; dos para las no movibles. El objeto primitivo era enteramente diferente del de la prescripcion en el dia. Estaba jeneralmente admitido el trasformar la simple posesion de una cosa (in bonis habere) en propiedad romana. La posesion pública y no interrumpida de una cosa, disfrutada por espacio de uno ú dos años, bastaba para que los habitantes de Roma supiesen á quien pertenecia Este último modo de adquisicion completaba el sistema civil, legalizando, como era, cualquiera otra clase de adquisicion que no estaba conferida, desde un principio, por el Jus Quiritium. V. Ulpiano, Fragon. I, § 16. Gayo, II, § 14. Creemos, segun Gayo, § 43, que esta usucapion se estendia hasta el caso en que una cosa se hubiese adquirido de una persona que no fuese el verdadero propietario; y que segun el tiempo prescrito, daba al poseedor romano la propiedad. Pero esta no parece haber sido la intencion primitiva de dicha Institucion. Cæterum etiam earum rerum usucapio nobis competit, quæ non a domino nobis tradita fuerit, si modo eas bona fide acceperimus. Gayo, l. II, § 43.

En cosas de poco valor, ó aquellas que era difícil el distinguirlas unas de otras, no se requerian estos requisitos de que hablamos, para obtener la propiedad legal. En este caso bastaba la simple entrega.

En proporcion del engrandecimiento de la república, este último principio se hizo mas importante, por el aumento del comercio y la riqueza del estado. Era indispensable el saber cuales eran las cosas de que se podia adquirir propiedad absoluta con la simple entrega, y por el contrario, aquellas, cuya adquisicion debia ser sancionada por estas solemnidades. Esta cuestion era preciso decidirla por medio de una regla jeneral; y esta es la regla que establece la distincion entre res mancipi y nec mancipi, distincion sobre la que difieren tanto los jurisconsultos modernos, que hay unos diez sistemas opuestos sobre este punto. El sistema que mas se aviene con la verdadera interpretacion de las leyes romanas, es el propuesto por M. Trekel de Hamburgo, y aun mas dessarrollado por M. Hugo, quien lo ha estractado en el Magazine of Civil Laco, vol. II, p. 7. Este es el sistema adoptado casi universalmente. Res mancipi (por contraccion de mancipii) en donde se podia adquirir la Propiedad absoluta (Jus Quiritium) únicamente con las solemnidades arriba mencionadas, ó al menos por la de mancipation, que era, sin duda alguna, la mas fácil y usual. Gayo II, § 25. En cuanto á las demás cosas, cuya adquisicion no estaba sujeta á estas formalidades, para conferir el derecho absoluto, se llamaban res nec mancipi. Véase Ulpiano, Fragm. XIX, § 1, 3, 7.

Ulpiano y Varron enumeran los diferentes jéneros del res mancipi. Sus enumeraciones no concuerdan enteramente, y se han probado varios métodos para conciliarlas. Con todo, la autoridad de Ulpiano, que escribió como letrado, debe ser de gran peso en este asunto.

(142) Las cuestiones *de Servitutibus* están ventiladas en la Instituta (l. II, tít. III), y Pandectas (l. VIII). Ciceron (pro Murena, c. 9) y Lactancio (Institut. Divin., l. I, c. 1) afecta reirse de la doctrina baladí de aqua pluvia arcenda, etc. Con todo puede ser de alguna utilidad entre vecinos litigantes, tanto en las ciudades como en el campo.

(143) Entre los patriarcas, el que habia nacido primero disfrutaba una primojenitura mística y espiritual (Jénesis, XXV, 31). En la tierra de Canaan tenia derecho á una doble porcion de herencia (Deuteronomio, XXI, 17 con el juicioso comentario de Le Clerc).

(144) En Aténas los hijos eran todos iguales; pero las pobres hijas quedaban dotadas segun la voluntad de sus hermanos. Véase el κλήρικοι pleitos de Iseo (en el vol. VII de los Oradores Griegos), ilustrados por la version y el comentario de S. Guillermo Jones, estudiante, abogado y hombre de talento.

(145) En Inglaterra solo el hijo mayor hereda *todas* las tierras; ley, dice el ortodojo juez Blackstone (Comentarios sobre las Leyes de Inglaterra, vol. II, p. 215) injusta únicamente en concepto de los hermanos menores. Puede ser de alguna utilidad política aguzando su industria.

(146) Las tablas de Blackstone (vol. II, p. 202) copian y comparan

¿ Pero porqué solo estas cosas son res mancipi? Esta es una de las cuestiones, que han sido ventiladas mas á menudo, y en la que la opinion de los letrados está mas dividida. M. Hugo la ha resuelto del modo mas natural y satisfactorio. « Todas las cosas que era fácil el conocerlas individualmente, que eran de gran valor, de las que los Romanos estaban enterados, y que apreciaban en mucho, eran res mancipi. Para la adquisicion de estas cosas se requeria antigua esclavitud ó alguna otra fórmula solemne, en razon de su importancia. La esclavitud servia para probar su adquisicion, porque se distinguian fácilmente uno de otro. » En esta grande discusion histórica, consúltese el Magazine of Civil Laco por M. Hugo, vol. II, p. 37, 38. La disertacion de M. J. M. Zachariæ, de Rebus Mancipi Conjecturæ, p. 11. Lipsiæ, 1807. The History of Civil Laco por M. Hugo; y mis Institutiones Juris Romani Privati, p. 108, 110.

Como regla jeneral se puede afirmar que todas las cosas son res nec mancipi, el res mancipi es la escepcion de este principio.

Los pretores cambiaron el sistema de propiedad, concediendo á una persona, que tenia un objeto en bonis, el derecho de recobrar antes que el término prescrito de usucapion, le hubiese conferido la propiedad absoluta. (Pauliana in rem actio). Justiniano fue aun mas allá, en tiempos que ya no se hacia ninguna distincion entre un ciudadano romano y un estranjero. Concedió el derecho de recobrar todas las cosas que habian sido adquiridas, bien por lo que se llamaba formas naturales ó civiles de adquisicion. Cod., l. VII, tom. 25, 31. Y de tal modo alteró la teoría de Gayo en su Instituta, II, 1, que no han quedado vestijios de la doctrina enseñada por aquel jurisconsulto. — W.

los decretos de la ley civil con los del cánon ó ley comun. Un tratado separado de Julio Paulo, de gradibus et affinibus, está inserto ó compendiado en las Pandectas (l. XXXVIII, tít. X). En el VII grado calcula (N.º 18) 1024 personas.

(147) La ley Vocanio se publicó en el año 584 de Roma. El jóven Escipion, que tenia entónces diez y siete años (Frenshemio, Supplement. Livian. XLVI, 40), halló una ocasion de ejercitar su jenerosidad, con su madre y hermanos, etc. (Polibio, tom. II, l. XXXI, p. 1453-1464, edic. Gronov. un testigo doméstico).

(148) Legem Voconiam (Ernesto, Clavis Ciceroniana) magna voce bonis lateribus (á los LXV años) suasissem, dice el antiguo Caton (de Senectute, c. 5). Aulo Jelio (VII, 13, XVII, 6) ha salvado algunos pasajes.

(149) Vease la ley de sucesion en la Instituta de Cayo (l. II, tít. VIII, p. 130-144), y Justiniano (l. III, tít. I-VI con la version griega de Teofilo, p. 515-575, 588-600), las Pandectas (l. XXXVIII, tít. VI-XVII) el Código (l. VI, tít. LV-LX) y las Novelas (CXVIII).

(150) Aquella sucesion era la *regla*, el testamento la *escepcion*, está probado por Taylor (Elementos de la Ley Civil, p. 519-527), un escritor instruido, y de numen. En los libros II y III el método de la Instituta está indudablemente mal colocado; y el canciller Daguesseau (OEuvres, tom. I, p. 275) desea ver á su compatricio Domat en lugar de Triboniano. Con todo *contratos* antes de *sucesiones* no es seguramente *el órden natural de las leyes civiles*.

(151) Los ejemplos anteriores de los testamentos son quizá fabulosos. En Aténas un padre sin *hijos,* no podia hacer mas que un solo legado. (Plutarch., in Solone, tom. I, p. 164. Véase Iseo y Jones).

(152) El testamento de Augusto está especificado por Suetonio (in August. c. 101, in Neron. c. 4) á quien puede estudiarse como un código de antigüedades romanas. Plutarco (Opuscul., tom. II, p. 976 se pasma ὅταν δὲ διαθήκας γράφωσιν, ἑτέρους μὲν απολείπουσι κληρονόμους, ἕτεροι δὲ πωλοῦσι τὰς οὐσίας. El lenguaje de Ulpiano (Fragment. tít. XX, p. 627, edic. Schulting) es casi demasiado esclusivo—solum in usu est.

(153) Justiniano (Novell. CXV, N.º 3, 4) enumera únicamente los crímenes públicos y privados, por los que un hijo puede tambien desheredar á su padre (*).

(154) Las *substitutions fidei—commissaires* de la ley civil moderna, es una idea feudal, injerida en la jurisprudencia romana, y que apenas guar-

(*) Gibbon tiene unas nociones muy estrañas sobre las provisiones de Novell. CXV, c. 3, 4; que probablemente no entendió bien.—W.

da ninguna semejanza con la antigua fidei-commissa (Institutions du Droit Français, tom. I, p. 347-383. Denissart, Decisions de Jurisprudence, tom. IV, p. 577-604). Se estendian hasta el cuarto grado por un abuso de la Novela CLIX; una ley parcial, perpleja y declamatoria.

(155) Dion Casio (tom. II, l. LVI, p. 814 con las notas de Reimar) especifica en moneda griega la suma de 25.000 dracmas.

(156) Las revoluciones de las leyes romanas sobre herencias, están muy bien deducidas, aunque algunas veces imajinariamente, por Montesquieu (Esprit des Lois, l. XXVII).

(157) Sobre la jurisprudencia civil de las sucesiones, testamentos, codicilos, y legados, los principios están fijados en la Instituta de Cayo (l. II, tít. II-IX, p. 91-144) Justiniano (l. II, tít. X-XXV) y Teófanes (p. 328-514); y el estenso pormenor cuaja hasta doce libros (XXVIII-XXXIX) de las Pandectas.

(158) La Instituta de Gayo (l. II, tít. IX, X, p. 144-214), de Justiniano (l. III, tít. XIV-XXX, l. IV, tít. I-VI) y de Teófilo (p. 616-837), distinguen cuatro clases de obligaciones—aut *re*, aut *verbis*, aut *litteris*, aut *consensu*, pero confieso que soy parcial de mi propia division (*).

(159) Cuan superior es el frio y racional testimonio de Polibio (l. VI, p. 693, l. XXXI, p. 1459, 1460) al aplauso confuso y vago—omnium maxime et præcipue fidem coluit (A. Jelio, XX, 1).

(160) El Jus Prætorium de Pactis et Transactionibus es un tratado separado y satisfactorio de Jerardo Noodt (Opp., tom. I, p. 483-564). Haré aquí notar que en las universidades de Holanda y Brandemburgo, á principios del siglo présente, parece haberse estudiado la ley civil, bajo los principios mas justos y liberales (**).

(161) El asunto hermoso y variado de los contratos por consentimiento anda desparramado por cuatro libros de las Pandectas (XVII-XX) y es una de las partes que deben llamar mas la atencion de un estudiante inglés (***).

(*) Es del todo inesplicable el sistema de los contratos romanos, aun cuando se concediese el ser bueno. — M.

(**) Los meros convenios (pacta), hacian una obligacion tan válida como un contrato solemne. Una accion solamente, ó el derecho directo á una prosecucion judicial, no cabia en cualquier caso de pacto. En todos los demás respectos, el juez tenia que ceñirse á sostener un convenio hecho por un pacto. La estipulacion era una fórmula comun á todo jénero de convenio, por la cual se daba el derecho de accion. — W.

(***) Esto está erróneamente llamado « beneficios. » Gibbon enumera várions jéneros de contratos, de los que solo algunos están debidamente llamados beneficios. — W.

(162) Los contratos de renta están definidos en las Pandectas (l. XIX) y el Código (l. IV, tít. LXV). El quinquenio parece mas bien haber sido una costumbre que una ley; pero en Francia todos los arriendos de tierras se terminaban á los nueve años. Esta traba se quitó únicamente en el año 1775 (Encyclopédie Methodique, tom. I de la Jurisprudence, p. 668, 669); siento el tener que decir, que aun se observa en el hermoso y dichoso pais en que me es dado el residir.

(163) Pudiera conformarme implícitamente con el sentido y erudicion de los tres libros de G. Noodt; de fænore et usuris (Opp. tom. I, p. 175-268). La interpretacion de los *asses* ó *centecimæ usuræ* por doce, el *unciariæ* por uno por ciento, está sostenida por los mejores críticos y letrados, Noodt (l. II, c. 2, p. 207), Gravina (Opp. 205, etc. 210), Heinecio (Antiquitat. ad Institut., l. III, tít. XV) Montesquieu (Esprit des Lois, l. XXII, c. 22, tom. II, p. 36. Défense de l' Esprit des Lois, tom. III, p. 478, etc.) y sobre todos Juan Federico Gronovio (de Pecunia Vetere, l. III, c. 13, p. 213-227 y sus tres Antexejeses, p. 455-655), el fundador, ó al menos el campeon, de esta opinion probable; que con todo, está dudosa con algunas dificultades.

(164) Primo XII Tabulis sancitum est ne quis unciario fænore amplius exerceret (Tácit. Annal. VI, 16) Pour peu (dice Montesquieu, Esprit des Lois, l. XXII, c. 22) qu' on soit versé dans l' histoire de Rome, on verra qu' une pareille loi ne doit pas être l' ouvrage des décemvirs. ¿Era Tácito ignorante ó mentecato? Pero los patricios mas sabios y virtuosos, podian sacrificar su avaricia á su ambicion, y probar de reprimir la costumbre odiosa, por un interés que no aceptase ningun prestamista, y tales penas que ningun deudor incurriese en ellas (*).

(165) Justiniano no quiso avenirse á colocar la usura en su Instituta; pero las reglas y restricciones necesarias se hallan en las Pandectas (l. XXII, tít. I, II) y el Código (l. IV, tít. XXXII, XXXIII).

(166) Los padres están unánimes (Barbeyrac, Morale des Pères p. 144, etc.): Cipriano, Lactancio, Basilio, Crisóstomo (véanse su frívolos argumentos en Noodt, l. I, c. 7, p. 188), Gregorio de Nisa, Ambrosio, Jerónimo, Agustin, y una caterva de concilios y casuistas.

(167) Caton, Séneca y Plutarco, han clamado contra la costumbre ó abuso de la usura. Segun la etimolojía de *fænus* y τοκὸς el principal se su-

(*) Se ha probado el verdadero significado del fænus unciarium: ascendia á diez por ciento al año, de doce meses. Véase en el Magazine of Civil Laco por M. Hugo, vol. V, p. 180, 184, un artículo de M. Schrader, siguiendo las conjeturas de Niebuhr, Hist. Rom., tom. II, p. 431 — W.

Compárese una relacion clara sobre esta cuestion, en el apéndice de Niebuhr al Epítome de M. Travers Tiviss, vol. II, p. 257. — M.

pone haber *producido* el interés: una cria de estéril metal, esclama Shakspeare—y el escenario es el eco de la voz pública.

(168) M. Guillermo Jones ha dado un ensayo injenioso y racional sobre la ley de fianzas (Lóndres, 1781, p. 127, en 8.º). Quizás es el único letrado igualmente versado, con los libros anuales de Westminster, los Comentarios de Ulpiano, los pleitos áticos de Iseo, y las sentencias de los cadís árabes y persas.

(169) Noodt (Opp., tom. I, p. 137-172) ha compuesto un tratado separado, ad Legem Aquiliam (Pandect. l. IX, tít. II).

(170) Aulo Jelio (Noct. Attic. XX, I) tomó este cuento de los Comentarios de Q. Labeon sobre las Doce Tablas.

(171) La narracion de Livio (I, 28) es fundada y solemne. At tu dictis, Albane, maneres, es una osada reflexion, impropia de la humanidad de Virjilio (Æneid. VIII, 643). Heyne, con su usual criterio, dice que el asunto era demasiado horrible para el escudo de Eneas (tom. III, p. 229).

(172) La edad de Dracon (Olympiad. XXXIX, 1) está fijada por M. Juan Marsham (Canon Chronicus, p. 593-596) y Corsini (Fasti Attici, tom. III, p. 62). Para sus leyes, véanse los escritores sobre el gobierno de Aténas, Sigonio, Meursio, Potter, etc.

(173) El VII, de delictis, de las Doce Tablas está descrito por Gravina (Opp., p. 292, 293 con un comentario, p. 214-230). Aulo Jelio (XX, 1) y el Collatio Legum Mossaicarum et Romanorum, suministra muchas especies originales.

(174) Livio menciona dos eras malas y notables, de 3000 personas acusadas, y 190 matronas nobles convictas, del crímen de envenenamiento (XL, 48, VIII, 18). M. Hume distingue las épocas de virtudes públicas y privadas (Ensayos, vol. I, p. 22, 23). Mas bien diria, que semejantes arrebatos de maldad (como en Francia en el año 1680) son acaecimientos y prodijios que no dejan ningunos rastros en una nacion.

(175) Las Doce Tablas y Ciceron (pro Roscio Amerino, c. 25, 26) se contentan con el saco; Séneca (Excerpt. Controvers. v. 4) lo adorna con serpientes; Juvenal compadece al jimio inocente (innoxia simia—Satir. XIII, 156), Adriano (apud Dositheum Magistrum, l. III, c. 16, p. 874-876 con la nota de Schulting), Modestino (Pandect. XLVIII, tít. IX, ley 9), Constantino (Cod., l. IX, tít. XVII) y Justiniano (Institut., l. IV, tít. XVIII), enumera todos los compañeros del parricidio. Pero esta ejecucion imajinaria se simplificó en la práctica, Hodie tamen vivi exuruntur, vel ad bestias dantur (Paul. Sentent. Recept., l. V, tít. XXIV, p. 512, edic. Schulting).

(176) El primer parricida en Roma fué L. Ostio, despues de la segunda guerra púnica (Plutarco in Romulo, tom. I, p. 57). Durante la Címbrica, P. Maleolo fué el primer matricida (Liv. Epitom., l. LXVIII).

(177) Horacio habla del formidine fustis (l. II, epíst. II, 154); pero Ciceron (de República, l. IV, apud Augustin de Civitat. Dei, IX, 6 in Fragment. Philosoph., tom. III, p. 393, edic. Olivet) afirma que los Decemviros hacian libelos en alto grado ofensivos: cum perpaucas res capite sanxissent— ¡*perpaucas*!

(178) Bynkershoek (Observat. Juris Rom. l. I, c. 1 in Opp., tom. I p. 9, 10, 11) se afana en probar, que los acreedores dividian no el *cuerpo*, sino el *precio*, del deudor insolvente. Con todo, su interpretacion es una metáfora violenta y perpétua; ni puede tampoco sobreponerse á la autoridad romana de Quintiliano, Cecilio, Favonio y Tertuliano. Véase Aulo Jelio, Noct. Attic. XXI.

(s) Hugo (Histoire du Droit Romain, tom. I, 234) está acorde con Gibbon. Véase Niebuhr, vol. II, p. 313.—M.

(179) El primer discurso de Lisias (Reiske, Orator. Græc., tom. V, p. 2—48) es en defensa de un marido que habia muerto al adúltero. El derecho de los maridos y padres, en Roma y Aténas está deslindado con mucha erudicion por el Doctor Taylor (Lectiones Lysiacæ, c. XI in Reiske, tom. VI, p. 301-308).

(180) Véase Casaubon ad Athenæum, l. I, c. 5, p. 19. Percurrent raphanique mugilesque (Catull., p. 41, 42, edic. Vossian.). Hunc mugilis intrat (Juvenal, Satir. X, 317). Hunc perminxere calones (Horat., l. I, Satir. II, 44). Familiæ stuprandum dedit... fraudi non fuit (Val. Maxim. l. VI, c. 1, N.º 13).

(181) Esta ley la menciona Livio (II, 8) y Plutarco (in Publícola, tom I, p. 187) y abona plenamente la opinion pública sobre la muerte de César, que Suetonio podia publicar bajo el gobierno imperial. Jure cæsus existimatur (in Julio, c. 76). Léanse las cartas entre Ciceron y Macio, pocos meses despues de los idus de Marzo (ad Fam. XI, 27, 28).

(182) Πρῶτοι δὲ Αθηναῖοι τόν τε σίδηρον κατέθεντο. Tucídides, l. I, c. 6. El historiador, que considera esta circunstancia como el modelo de la civilizacion, despreciaria el barbarismo de una corte europea.

(283) Al principio fija en *millies* (4,000.000 de pesos) los daños de Sicilia (Divinatio in Cæcilium, c. 5), que luego reduce á *quadringenties* (1.600,000 pesos.—1 Actio in Verrem, c. 18) y al fin se contentó con *tricies* (1.200,000 pesos). Plutarco (in Ciceron, tom. III, 1584) no ha desfigurado la tradicion, ó la conceptua popular.

(184) Verres vivió cerca de treinta años despues de su prueba, hasta

el segundo triunvirato, cuando fué proscrito por el afan de Marco Antonio, en consideracion á su vajilla corintia (Plin. Hist. Natur. XXXIV, 3).

(185) Tal es el número asignado por Valerio Máximo (l. IX, c. 2, N.º 1). Floro (IV, 21) distingue 2.000 senadores y caballeros. Apiano de (Bell. Civil., l. I, c. 95, tom. II, p. 133 edic. Schweighauser) mas exactamente computa 40 las víctimas de la clase senatoria y 1600 del órden ecuestre.

(186) Sobre las leyes penales (Leyes Corneliæ, Pompeiæ, Juliæ, de Sila, Pompeyo y los Césares) véanse las sentencias de Paulo (l. IV, tít. XVIII, XXX, p. 497-528 edic. Schulting), el Código Gregoriano (Fragment., l. XIX, p. 705, 706 en Schulting), el Collatio Legum Mosaicarum et Romanorum (tít. I-XV), el Código Teodosiano (l. IX), el Código Justiniano (l. IX), las Pandectas (XLVIII), la Instituta (l. IV, tít. XVIII) y la version griega de Teófilo (p. 917-926).

(187) Era un guardian que habia envenenado á su pupilo. El crímen fué atroz; con todo el castigo lo coloca Suetonio (c. 9) entre los actos en que Galba se mostró enérjico, vehemens, et in delictis coercendis immodicus.

(188) Los abactores ó abijeatores, que conducian un caballo, ó dos yeguas ó bueyes, ó cinco cerdos, ó diez cabras, estaban sujetos á la pena capital (Paul. Sentent. Recept. l. IV, tít. XVIII, p. 497, 498). Adriano (ad Concil. Bæticæ) mas severo en donde la ofensa es mas frecuente, condena á los criminales, ad gladium, ludi damnationem (Ulpiano, de Officio Proconsulis, l. VIII, in Collatione Legum Mossaic. et Rom. tít. XI, p. 235).

(189) Hasta la publicacion de Julio Paulo de Schulting (l. II, tít. XXVI, p. 317-323), se habia asegurado y se creia, que las leyes de Juliano castigaban el adulterio con la muerte; y la equivocacion provino del fraude ó error del Triboniano. Con todo, Lipsio habia sospechado la verdad por las narraciones de Tácito (Anal. II, 50, III, 24, IV, 42) y aun por la práctica de Augusto, que distinguió las frajilidades *traidoras* de sus parientas.

(190) En caso de adulterio, Severo conferia al marido el derecho de acusacion pública (Cod. Justinian., l. IX, tít. IX, ley 1) Ni este privilejio es injusto—tan diferentes son los efectos de las infidelidades de los hombres, ó de las mujeres.

(191) Timon (l. I) y Teopompo (l. XLIII, apud Athenæum, l. XII, p. 517) describen la lujuria y concupiscencia de los Etruscos: πολὺ μέν τοι γε χάιρουσι συνόντες τοῖς παισὶ καὶ τοῖς μειραχίοις. Sobre el mismo período (A. 445) la juventud romana estudiaba en Etruria (Liv. IX, 36).

(192) Los Persas habian sido corrompidos en la misma escuela: ἀπ’

Ἑλλήνον μαθόντες παισὶ μίσγονται (Herodot., l. I, c. 135). Pudiera formarse una curiosa disertacion sobre la introduccion de la sodomía despues del tiempo de Homero, sus progresos entre los Griegos de Asia y Europa, la vehemencia de sus pasiones, y la sutíl invencion de virtud y amistad que divertia á los filósofos de Aténas, pero, scelera ostendi oportet dum puniuntur, abscondi flagitia.

(193) El nombre, la fecha, y las provisiones de esta ley son igualmente dudosos (Gravina, Opp. p. 432, 433. Heinecio, Hist. Jur. Rom. N.º 108. Ernesti, Clav. Ciceron, in Indice Legum). Pero notaré, que el *nefanda* Venus del honrado jermano, la llama *aversa* el Italiano mas político.

(194) Véase la oracion de Eschines contra Timarco (in Reiske Orator. Græc., tom. III, p. 21-184).

(195) Una multitud de pasos desairados se agolparán en la mente de un lector clásico: le recordaré únicamente la fria declaracion de Ovidio: —

Odi concubitus qui non utrumque resolvunt.
Hoc est quod puerúm tangar amore *minus*.

(196) Elio Lampridio, in Vit. Heliogabal. in Hist. August. p. 112. Aurelio Victor, in Philippo, Codex Theodos. l. IX, tít. VII, ley 7 y el Comentario de Gofredo, tom. III, p. 63. Teodosio abolió los burdeles subterráneos de Roma, en los que se ejercia la prostitucion de ambos sexos con impunidad.

(197) Véanse las leyes de Constantino y sus sucesores contra el adulterio, la sodomía, etc. en los Códigos Teodosiano (l. IX, tít. VII, l. 7, l. XI, tít. XXXVI, ley 1, 4) y Justiniano (l. IX, tít. IX, l. 30, 31), Estos príncipes hablan el idioma colérico, así como el de la justicia, y atribuyen fraudulentamente su propia severidad á los primeros Césares.

(198) Justiniano, Novel. LXXVII, CXXXIV, CXLI. Procopio in Anecdot. c. 11, 16 con las notas de Alemano. Teófanes, p. 151. Cedreno, p. 368. Zonaras, l. XIV, p. 64.

(199) Montesquieu, Esprit des Lois, l. XII, c. 6. Aquel elocuente filósofo concilia los derechos de libertad y de la naturaleza, que nunca se deben poner en oposicion uno de otro.

(200) Para la corrupcion de la Palestina, 2000 años antes de la era cristiana, véase la historia y la ley de Moisés. La antigua Galia está denigrada por Diodoro Sículo (tom. I, l. V, p. 356), la China por los viajeros cristianos y mahometanos (Antiguas Relaciones de la India y la China, p. 34, traducidas por Renaudot, y su crítica mas amarga el Padre Premare, Lettres Edifiantes, tom. XIX, p. 435) y la primitiva América por los historiadores españoles (Garcilaso de la Vega, l. III,

c. 13. traduccion de Rycaut; y Diccionario de Bayle, tom. III, p. 88). Creo y espero, que los negros, en su propio país, estaban libres de esta enfermedad moral.

(201) El importante punto de las cuestiones y juicios públicos en Roma, está esplicado con mucha erudicion, y en un estilo clásico, por Cárlos Sigonio (l. III, de Judiciis, in Opp. tom. III, p. 679-864), y un buen compendio se halla en la République Romaine de Beaufort (tom. II l. V, p. 1-121). Aquellos que quieran profundizar mas esta ley, pueden estudiar á Noodt (de Jurisdictione et Imperio Libri duo, tom. I, p. 93-134) Heinecio (ad Pandect., l. I y II ad Institut., l. IV, tít. XVII. Element. ad Antiquitat.), y Gravina (Opp. 230-251).

(202) El empleo, tanto en Roma como en Inglaterra, debe considerarse como un cargo momentáneo, y no una profesion ó majistratura. Pero la obligacion de un juicio unánime, es peculiar á nuestras leyes, que condenan al juez, á sufrir la pena del tormento de la que han eximido al criminal.

(203) Debemos este interesante hecho á un fragmento de Asconio Pediano, que vivió bajo el reinado de Tiberio. La pérdida de sus Comentarios sobre las Oraciones de Ciceron nos ha privado de un caudal imponderable de sabiduría histórica y legal.

(204) Polibio, l. VI, p. 643. La estension del imperio y *ciudad* de Roma obligaron al desterrado á buscar un retiro mas distante.

(205) Qui de se statuebant, humabantur corpora, manebant testamenta; pretium festinandi. Tácit. Anal. VI, 25, con las notas de Lipsio.

(206) Julio Paulo (Sentent. Recept., l. V, tít. XII, p. 476) las Pandectas (l. XLVIII, tít. XXI), el Código (l. IX, tít. L), Bynkershoek (tom. I, p. 59. Observat. J. C. R. VI, 4) y Montesquieu (Esprit des Lois, l. XXIX, c. 9), definen los límites civiles de la libertad y los privilejios del suicidio. Las penalidades criminales, son el aborto de una época menos civilizada y mas moderna.

(207) Plin. Hist. Natur. XXXVI, 24. Despues de haber cansado á sus súbditos en la construccion del Capitolio, se provocó á muchos de estos trabajadores para que se diesen la muerte: clavó sus cadáveres en cruces.

(208) Tan solo la semejanza de una muerte violenta y prematura empeñó á Virjilio (Æneid, VI, 434-439) á confundir los suicidios con niños, amantes, y personas condenadas injustamente. Heyne, el mejor de sus editores, se vé perplejo para deslindar la idea, ó fijar la jurisprudencia, del Poeta romano.

CAPITULO XLV.

Reinado de Justino el menor. — Embajada de los Avaros. — Su establecimiento sobre el Danubio. — Conquista de Italia por los Lombardos. — Adopcion y reinado de Tiberio. — De Mauricio. — Estado de Italia, bajo los Lombardos y Exarcas. — De Ravena. — Conflicto de Roma. — Indole y pontificado de Gregorio primero.

Justiniano, quebrantado de ánimo en sus postreros años, empapándose todo en contemplaciones celestes, desatendia las incumbencias del bajo mundo. Se despechaban ya los súbditos con tantísima duracion de su vida y reino, mas estaban zozobrosos los sensatos, de que el trance de su fallecimiento disparase asonadas en la capital y trastornos por el imperio. Siete sobrinos del monarca sin sucesion (1) hijos ó nietos de su hermano ó su hermana, se habian educado con el boato de sangre rejia; habian ya ejercido mandos esclarecidos en las provincias y en los ejércitos; eran sus prendas notorias, sus secuaces ansiosos, y como el tedio de la edad orilló su declaracion de sucesor, estaban igualmente esperanzados de la herencia del tio. Espiró en su palacio (A. 565. Nov. 14), tras un reinado de treinta y ocho años, y los allegados de Justino, hijo de Vijilancia, se abalanzaron á la coyuntura (2). Atronó su puerta á deshora el tropel arrebatado, y dispertando á los sirvientes, lograron audiencia, manifestándose individuos principales del senado. Participáronle halagüeñamente el secreto importantísimo del fallecimiento del emperador; espresaron, ó quizás fraguaron su eleccion al morir del mas amado y mas acreedor de sus sobrinos, y amonestaron á Justino para que precaviese las demasías de la muchedumbre, en amaneciendo y cundiendo la voz, de que se hallaban sin dueño. Amañando su semblante con estrañeza, desconsuelo y decoro, se avino, con el dictámen de su esposa Sofía, á la autoridad del Senado. Condujéronle arrebatada y silenciosamente al palacio, saludó la guardia al nuevo soberano, y se celebraron ejecutivamente los ritos relijiosos y marciales de la coronacion. Los palaciegos dilijentes, le revistieron con el manto imperial de púrpura, sobre la túnica blanca y borceguíes encarnados. Un soldado venturoso, á quien inmediatamente ascendió á la jerarquía de tribuno, enroscó á su cerviz el collar de la milicia; cuatro

mancebos lozanos lo elevaron sobre un broquel: se mantuvo erguido é inmoble para ir recibiendo la adoracion de los súbditos, y santificaron su eleccion las bendiciones del patriarca, quien ciñó la diadema en las sienes de un príncipe católico. El jentío innumerable cuajó el hipodromo, y al asomar el emperador en su sólio, se confundió la vocería de entrambos partidos, el verde y el azul. En las arengas al Senado y al pueblo, ofreció Justino (A. 565. Nov. 15.) (A. 574 Diciembre) atajar los abusos que desdoraron la ancianidad de su antecesor, ostentó máximas de un gobierno justo y benéfico, y protestó que en las calendas inmediatas de Enero, resucitaria en su persona el nombre y el liberalismo de un cónsul romano (3). El pago ejecutivo de las deudas de su tio, estuvo manifestando una prenda positiva de su garboso desempeño (A. 566. En. 1.º); una comparsa de empleados con sus talegas de oro al hombro, se adelantó al centro del hipodromo, y los acreedores desahuciados de Justiniano, recibieron, á fuer de don gratúito, aquel pago equitativo. Aun no cumplido el trienio, la emperatriz Sofía imitó y sobrepujó su ejemplo, redimiendo á muchos ciudadanos menesterosos de los ahogos de atrasos y de usuras; rasgo de benevolencia dignísimo de sumo agradecimiento, como que socorre la urjencia mas intolerable, pero en el cual es la fineza muy resbaladiza, por las instancias de la prodigalidad y el engaño (4).

El séptimo dia de su reinado (A. 566.) dió Justino audiencia á los embajadores de los Avaros, y se echó el resto en el boato, para dejar á los bárbaros sumisos, asombrados y despavoridos. Desde las verjas del palacio, patios y pórticos estaban guarnecidos con los empinados airones y broqueles dorados de la guardia, que presentaban lanzas y hachas, con mayor garbo que si se hallasen en el campo de batalla. Los palaciegos que ejercian el poderío, ú acompañaban la persona del príncipe, se erguian engalanados con todos sus arreos, y colocados por el órden civil ó militar de sus graduaciones. Descorrido el velo del Santuario, cupo á los embajadores el mirar al emperador de Oriente en su sólio, bajo un dosel ó cimborio, sostenido por cuatro columnas, y coronado con una efijie alada de la Victoria. En el primer ímpetu de su pasmo, se allanaron á la postracion servil de la corte Bizantina; mas puestos luego en pié, Tarjecio, principal de la embajada, manifestó el engreimiento y desahogo de un bárbaro. Encumbró, por boca del intérprete, la grandeza del Chagan, cuya clemencia dejaba existir todavía los reinos del Sur, cuyos súbditos victoriosos habian atravesado los rios helados de la Escitia, y que á la sazon estaban cuajando las orillas del Danubio, con sus tiendas innumerables. Habia el difunto emperador cultivado con regalos anuales y costosos la amistad del monarca agradecido, y los enemigos de Roma habian estado respetando á los aliados de los Avaros. Igual cordura debia enseñar al sobrino de Justiniano, á imitar las larguezas de su tio, y feriar así las dichas de la paz

con un pueblo invicto que se complacia y descollaba en el ejercicio de la guerra. Prorumpió el emperador, contestando con el mismo desentono de retos altaneros, y cifró su confianza en el Dios de los Cristianos, en la gloria antigua de Roma y en los triunfos aun recientes de Justiniano. «Rebosa,» dijo, «el imperio de jente y caballos, con armas suficientes para escudar nuestra raya y escarmentar á los bárbaros. Brindais con hermandad, y amagais con hostilidades, uno y otro despreciamos. Solicitan los vencedores de los Avaros nuestra alianza, ¿hemos de temer á sus fujitivos y desterrados (5)? Franqueó nuestro tio finezas á vuestro desamparo y á vuestras plegarias rendidas; y así ahora nos deberéis otro agasajo de mayor valía, que el desengaño de vuestra flaqueza. Despejad... en salvo quedan las vidas de unos embajadores, y si volveis para implorar nuestro indulto, tal vez os haréis acreedores á nuestro agrado (6)» El Chagan con la relacion de sus embajadores, acató la entereza aparente del emperador Romano, cuyá índole y recursos ignoraba. En vez de cumplir sus amenazas con el imperio oriental, se encaminó á los yermos áridos de la Jermania, avasallados por los Francos. Tras dos refriegas indecisas, accedió á retirarse, y el rey de Austrasia acudió á las escaseces de su campamento, con un suministro ejecutivo de trigo y ganados (7). Tanto desman quebrantó el denuedo de los Avaros, y su poderío se disipara por los desiertos de Sarmacia, si la alianza de Alboin, rey de los Lombardos, no proporcionara nuevo objeto á sus armas, y un establecimiento duradero á sus atropellados descarríos.

Mientras Alboin servia en las banderas de su padre, se encontró en la lid, y atravesó con su lanza al príncipe competidor de los Jépidas. Los Lombardos, en sus vítores á tan temprana gallardía, rogaron al padre, que el mancebo heróico, partícipe de los peligros de la campaña, lo fuese igualmente en el triunfal banquete. «No trascordeis,» replicó inexorable Alboin, «las costumbres atinadas de nuestros antepasados. Por esclarecido que sea su mérito, ningun príncipe puede sentarse á la mesa con el padre, hasta haber recibido sus armas de mano réjia y estranjera.» Hizo Alboin su acatamiento á las instituciones de su patria, entresacó cuarenta camaradas, y se encaminó arrojadamente á la corte de Turisundo rey de los Jépidas, que abrazó y agasajó, segun ley de hospedaje, al matador de su propio hijo. Ocupaba Alboin en el banquete el asiento del mancebo malogrado, y embargó á Turisundo un recuerdo entrañable. «¡Ay sitio del alma» prorumpe suspirando el airado padre, «cuán aborrecible es quien te goza!» Aquel arranque disparó el encono nacional de los Jépidas y el vino, ú el cariño fraternal arrebataron á Cusimundo en ímpetus de venganza. «Los Lombardos,» dijo el bárbaro cerril, «son en la figura y en el color, como las yeguas de las llanuras de Sarmacia,» y aquel desacato aludia á las fajas blancas con que solian ceñir sus piernas.

« Hay que añadir otra semejanza, » replica un Lombardo arrojado « ya habeis esperimentado cuan reciamente cocean. Andad á las vegas de Asfeld, en busca de los huesos del hermano, revueltos allí con los de los irracionales mas inmundos. » Los Jépidas, nacion guerrera, saltan de sus asientos, y el denodado Alboin y sus cuarenta compañeros empuñan las espadas; pero media luego Turisundo, y aplaca aseñoradamente el alboroto, salvando así su pundonor y la vida del huésped, le da en seguida solemnemente la investidura, y lo despide con las armas sangrientas del hijo, regalo de un padre lloroso. Regresa triunfante Alboin, y los Lombardos, encareciendo su denuedo sin par, tuvieron que elojiar tambien el rasgo de un enemigo (8). Vió probablemente en aquella visita estraordinaria á la hija de Cusimundo, que subió luego al trono de los Jépidas. Era su nombre Rosamunda, dictado que simboliza una beldad, y que nuestras historias anoveladas tienen vinculado en relaciones amorosas. El ya rey de los Lombardos, pues habia fallecido el padre, estaba apalabrado con la nieta de Clodoveo, mas se orillaron miramientos pundonorosos y políticos, con la esperanza de atesorar á la hermosa Rosamunda, é insultar así á su familia y á su nacion. Se estrelló toda persuasiva, y el amante desalado, con ardides ó violencias, logró el objeto de sus ansias. Guerra fué el resultado que preveia y anhelaba; mas los Lombardos no podian seguir contrastando el avance disparado de los Jépidas, con el arrimo de un ejército Romano: y como el ofrecimiento de su enlace mereció menosprecio, tuvo Alboin que devolver su presa, y alternar con el desdoro que habia acarreado á la alcurnia de Cusimundo (9).

Cuando agravios particulares enconan mas y mas una contienda pública; y golpe que no es mortal y decisivo trae cuando mas una breve tregua, que proporciona al lidiador despechado el aguzar las armas para nueva refriega. No alcanzaba la pujanza de Alboin para saciar su cariño, su ambicion y su venganza, allanóse á implorar el auxilio formidable del Chagan (A. 566), y las razones de que se valió, están mostrando los ardides y la política de los bárbaros. Incitóle á guerrear contra los Jépidas el fundado anhelo de esterminar un pueblo, á quien su alianza con el imperio Romano, constituia enemigo comun de las naciones, y contrarios personales del Chagan. En juntándose las fuerzas de Avaros y Lombardos para la esclarecida contienda, era segura la victoria, y el galardon imponderable, pues el Danubio, el Ebro, la Italia y Constantinopla quedaban, sin la menor valla, á la merced de sus armas incontrastables; pero si titubeaban ó dilataban el atajar la enemiga de los Romanos, el mismo desenfreno que habia insultado, seguiria acosando á los Avaros hasta los confines del orbe. Oyó el Chagan con tibieza y menosprecio aquel alegato relumbrante, detuvo en sus reales á los embajadores Lombar-

dos, fué alargando la negociacion ; y ora mostraba su desafecto, ora su escaso desempeño; para tan grandiosa empresa. Manifestó por fin el galardon imprescindible de su alianza, á saber, que le aprontasen desde luego los Lombardos el diezmo de sus ganados: que se partiesen por igual despojos y cautivos, pero las tierras de los Jépidas habian de ser patrimonio á solas de los Avaros. Aceptó el afan de Alboin á ciegas condiciones tan violentas, y desabridos los Romanos con la ingratitud y alevosía de los Jépidas, allá entregó Justiniano aquel pueblo incorrejible á su estrella, y estuvo sosegadamente presenciando aquella lid tan desproporcionada. Era eficaz y azarosa la desesperacion de Cusimundo, y sabedor de que los Avaros habian atropellado sus linderos, pero satisfecho de que tras el descalabro de los Lombardos, pronto rechazaria á aquellos advenedizos, allá se disparó al encuentro del enemigo implacable de su nombre y alcurnia. Pero el denuedo de los Jépidas tan solo les afianzaba una muerte honorífica; yacieron en el campo de batalla los prohombres de la nacion ; el rey de los Lombardos se estuvo deleitando en contemplar la cabeza de Cusimundo, y su cráneo se trocó en copa que saciase el encono del vencedor, ó quizás para seguir la costumbre bravía de su pais (10) se franqueó con esta victoria el camino á los confederados, quienes cumplieron fielmente los términos de su convenio (11). Las campiñas pingües de Valaquia, Moldavia, Transilvania y la parte de la Hungría allende el Danubio, quedaron ocupadas sin resistencia por una colonia nueva de Escitas, y descolló el imperio feroz de los Chaganes mas de doscientos y treinta años. Se desvaneció la nacion Jépida, pero en el reparto de los cautivos, fueron mas desventurados los esclavos de los Avaros que los compañeros de los Lombardos, cuya jenerosidad prohijó á un enemigo valeroso, y cuyos arranques no daban cabida á una tiranía estudiada y empedernida. La mitad del despojo hacinó, en los reales de Alboin, mas riquezas de las que un bárbaro podia regular. La hermosa Rosamunda, por persuasiva ó por precision, vino á reconocer los derechos de su amante victorioso, y aparentó indultar demasías que se pudieran achacar á su embeleso irresistible.

El esterminio de un reino poderoso encumbró la nombradía de Alboin. En tiempo de Carlomagno, los Bávaros, Sajones, y otras tribus del idioma teutónico, andaban todavía entonando los cantares que vitoreaban los rasgos heroicos, el denuedo, el agasajo y las dichas del rey de los Lombardos (12). Mas no quedaba satisfecha su ambicion, y el vencedor de los Jépidas se encaró, allá desde el Danubio, con las orillas mas pingües del Pó y del Tíber. Aun no mediaban quince años (A. 567) desde que sus mismos súbditos, confederados de Narsés, se habian ragalado con el clima halagüeño de Italia; rios, cerros, carreteras, todo lo estaba aun presenciando ; la memoria de sus logros, quizás á vista de los

despojos habia enardecido á la jeneracion viniente, con la llama de la competencia emprendedora. El denuedo y elocuencia de Alboin esperanzaron mas y mas á todos, y se afirma que les habló á los sentidos; presentando en la funcion réjia la fruta mas vistosa y esquisita que se cria de suyo en el jardin del mundo. Tremoló su bandera, y al vuelo acudieron á reforzarle los mancebos mas gallardos de Alemania y Escitia. El paisanaje membrudo de Nórico y Panonia habian cejado á las costumbres bárbaras; y los nombres de los Jépidas, Búlgaros, Sármatas y Bávaros suenan perceptiblemente todavía por las provincias de Italia (13). Hasta veinte mil guerreros Sajones, aliados antiguos de los Lombardos, con mujeres y niños, correspondieron al llamamiento de Alboin; y su valentía contribuyó á la victoria, pero en hueste tan crecida no se echaba de ver aquel aumento. Las varias relijiones lograban culto anchuroso, por sus respectivos secuaces. Educóse el rey Lombardo en la herejía Arriana, pero estaba concedido á los católicos el suplicar en las plegarias públicas por su conversion, al paso que los bárbaros mas bozales sacrificaban una cabra, ó quizás un cautivo, á los dioses de sus padres (14). Enlazaba á los Lombardos y á los confederados el apego sumo al caudillo que descollaba en todas las prendas y desbarros de un héroe bravío, y los desvelos de Alboin acopiaron un surtido colmado de pertrechos para el desempeño de la espedicion. Seguian la marcha las riquezas portátiles de los Lombardos, desamparando gozosamente su territorio para los Avaros, bajo la promesa solemne hecha y recibida risueñamente, de que si se les malograba la conquista de Italia, aquellos desterrados voluntarios se restablecerian á su patria.

Pudieran zozobrar, si se hallara Narsés de enemigo de los Lombardos, y los guerreros veteranos, socios de sus victorias godas, muy mal de su grado arrostraron un contrario tan apreciable como temible. Mas la flaqueza de la corte Bizantina se ponia de parte de la barbarie, y si el emperador dió alguna vez oidos á las quejas de los súbditos, fué para el esterminio de Italia. Tiznaba la codicia las escelencias de Narsés, y atesoró, en su reinado provincial de quince años, un caudal exorbitante para un mero particular. Era su réjimen atropellador y malquisto, y los diputados de Roma estuvieron manifestando sin rebozo el desabrimiento jeneral. Declararon osadamente ante el sólio de Justiniano, que se les hacia mas llevadera su servidumbre goda, que el despotismo de un eunuco griego, y á menos que no se retirase al tirano, tendrian que acudir en busca de otro dueño, para el logro de su bienestar. Zahirió la envidia, que poco antes habia triunfado de Belisario, reforzando las zozobras de una rebeldía, el mérito de Narsés, y se nombró el nuevo exarca Lonjino, para desposeerlo; y los motivos ruines de su deposicion, sonaban en el mandato insultante de la emperatriz Sofía « que dejase á los varones el

ejercicio de las armas, y regresase á su estancia proporcionada entre las damas palaciegas, donde se restableceria la rueca en manos del eunuco.» «Les hilaré, tal hebra que no acertarán á desenmarañarla» se cuenta que fué la contestacion en que la ira de su pundonor atropellado hizo prorumpir al héroe. En vez de estar como víctima ó esclavo, esperando á la puerta del palacio de Constantinopla, se retiró á Nápoles, desde donde (segun se creyó por entonces) brindó á los Lombardos, para castigar la ingratitud del príncipe y del pueblo (15). Pero son los ímpetus de la plebe disparados y variables, y luego los Romanos recapacitaron los merecimientos, ó temieron el encono de su jeneral victorioso. Con la mediacion del Papa, que pasó de intento á Nápoles, quedó admitido su arrepentimiento, y Narsés amainando sus iras, se avino, en lenguaje comedido, á avecindarse en el Capitolio (16). Su muerte, aunque ya en su postrer plazo de vida, fué temprana é intempestiva, pues tan solo su númen acertaria á enmendar el yerro último y aciago de su carrera. La realidad, ó sospecha, de una conjuracion desarmó y dividió á los Italianos. La soldadesca se desconsoló con el desdoro y mas con el malogro de su jeneral, desconociendo al nuevo exarca, quien ignoraba igualmente el estado del ejército y de la provincia. Las plagas de peste y hambre habian estado asolando la Italia, en el año anterior, y el pueblo, ya desafecto, achacaba los azotes naturales, á la culpa, ó desvarío, de sus mandarines (17).

Prescindiendo ahora del fundamento de su confianza, Alboin ni esperó ni buscó á los Romanos en campo raso. Trepó á los Alpes Julianos, y estuvo oteando, con desden y anhelo, las pingües llanuras que se apellidaron para siempre de Lombardía, con su victoria. (A. 568—570). Aposentó un caudillo fiel con tropa selecta en Foro-Julio, en el dia Fruili, para atajar los desfiladeros. Respetaban los Lombardos la fortaleza de Pavía, y escucharon la demanda de los Trevisanos; su muchedumbre, pausada y revuelta, se adelantó á ocupar el palacio y ciudad de Verona, y á los cinco meses de la salida de Panonia, Alboin, con todo su poderío, cercó á Milan que estaba resucitando de sus cenizas. Iba el pavor despejándole la carrera, y por donde quiera hallaba, ó dejaba, una soledad horrorosa; y los cobardes Italianos, daban por invencible al advenedizo, sin asomo de escaramuza. El jentío despavorido, huyendo por lagos, pantanos y breñas, iba ocultando alguna porcion de sus haberes, y alejando el plazo de su servidumbre. Trasladó Paulino, patriarca de Aquileya, sus alhajas sagradas y profanas á la isla de Grado (18), y la república de Venecia, medrando siempre con los quebrantos públicos, fué prohijando á los sucesores. Honorato que estaba ocupando la silla de San Ambrosio, habia admitido crédulamente el brindis fementido de capitulacion, y tanto el arzobispo como el clero y la nobleza de Milan, fueron arrojados con la

alevosía de Alboin, en busca de resguardo menos accesible, tras los muros de Jénova. La facilidad de abastos, la esperanza de rescate y el ensanche para la huida, alentaban algun tanto á los pueblos marítimos; pero desde los cerros Trentinos hasta las puertas de Ravena, y de Roma, el interior de Italia quedó todo, sin batalla ni sitio, para perpetuo patrimonio de los Lombardos. Brindaba el rendimiento del pueblo al bárbaro con las ínfulas de soberano lejítimo, y el exarca desvalido tuvo que reducirse al cargo de anunciador á su amo Justiniano, de la pérdida ejecutiva é irreparable de ciudades y provincias (19). Una ciudad esmeradamente fortificada por los Godos, contrastó las armas de un nuevo invasor, y mientras yacia la Italia sojuzgada por los destacamentos volantes de los Lombardos, se mantuvieron los reales clavados por mas de tres años, ante la puerta occidental de Ticino, de Pavía. El mismo denuedo que se granjea el aprecio de un enemigo civilizado, ensaña mas y mas á un bozal, y el sitiador impaciente se habia pavorosamente juramentado para allá barajar, edad, sexo y jerarquía en la matanza jeneral. El hambre le proporcionó al fin el cumplir su voto sangriento; pero al entrar Alboin por la puerta, tropezó su caballo, y no pudo ya levantarse del suelo. Uno de los acompañantes, á impulsos de su lástima ó relijiosidad, interpretó aquella señal milagrosa á ira del cielo: detúvose el vencedor y se condolió; envainó su espada, y descansando apaciblemente en el palacio de Teodorico, pregonó á la trémula muchedumbre, que debia vivir y obedecer. Embelesado con la situacion de un pueblo que halagaba á su orgullo, por la dificultad de su logro, menospreció los timbres antiguos de Milan, y Pavía mereció por siglos, acatamientos de capital del reino de Italia (20).

Esplendoroso pero volátil fué el reinado del fundador, y antes de entonar el réjimen de sus conquistas, yació Alboin, sacrificado por traicion casera y venganza mujeril. En un palacio que no se habia construido para bárbaros, junto á Verona, estuvo agasajando á sus compañeros de armas; era la embriaguez el galardon de la nombradía, y el mismo rey se propasó por vanagloria ó apetito, á su acostumbrada destemplanza (A. 573. Jun. 28.). Tras de apurar grandiosas copas del vino de Ricia y de Falerno, pidió el cráneo de Cusimundo, la gala mas noble y preciosa de su vajilla. La cuadrilla de caudillos Lombardos vitoreó á la copa triunfal con horrenda algazara. « Llenadla de nuevo » esclamó el vencedor inhumano « cuajadla hasta que rebose; llenadle el vaso á la reina y decidle que se regale con el padre. » Traspasada de quebranto y saña, tuvo Rosamunda brio para prorumpir: « Cúmplase la voluntad de mi señor » y articuló calladamente la imprecacion, de que el insulto se habia de lavar con la sangre de Alboin. Acreedor es el enojo de una hija, si ya no hubiera quebrantado el recato; pero implacable en su encono, ú variable en su cariño, la reina de Italia se habia apeado del sólio en los bra-

zos de un súbdito, y Helmiquis, escudero del Rey, fue á sus solas, el ministro de sus deleites y su venganza. No cabia escrupulizar sobre lealtad ó agradecimiento contra la propuesta del homicidio, mas estremeciase. Helmiquis, recapacitando el peligro y la bastardía de la empresa contra aquella pujanza incontrastable que solia presenciar en las refriegas, instó y logró que uno de los campeones mas esforzados de la nacion se asociase al intento, mas tan solo se pudo conseguir el compromiso de la reserva del gallardo Pesedeo, y el jénero de seduccion á que apeló Rosamunda está manifestando su descocada insensibilidad, tanto de pundonor como de cariño. Hizo veces de una de sus sirvientas amada de Pesedeo, é ideó disculpas de lobreguez y silencio, hasta que pudiese enterar á su amigo, de que habia gozado á la reina de los Lombardos, y que su propia muerte, ó la de Alboin, habia de ser el paradero de aquel alevoso adulterio. En tal alternativa, antepuso ser cómplice al parar en víctima de Rosamunda (24), cuyo teson incontrastable no daba cabida á la zozobra ni al remordimiento. Se puso en acecho, y luego se le rodeó el trance favorable, cuando el rey, empapado en vino, se levantó de la mesa para ir á sestear desahogadamente. La fiel consorte, zelosísima por su salud y descanso, con el palacio cerrado y desviadas las armas y la servidumbre, adormeciéndolo halagüeñamente, franquea el dormitorio, estrechando á los conspiradores reacios á realizar ejecutivamente el intento. Sobresáltase al punto el guerrero, empuña la espada, no acierta á desenvainarla, por cuanto Rosamunda la habia atado á la misma vaina, y un banquillo, su arma única, mal podia escudarlo contra los chuzos de sus enemigos. Sonrióse la hija de Cusimundo, al verle caer; enterraron el cadáver bajo la escalera del palacio, y la posteridad agradecida de los Lombardos, reverenció el túmulo y la memoria de su caudillo victorioso.

Aspiró la ambiciosa Rosamunda á reinar, bajo el nombre de su amante, enmudecieron la ciudad y el palacio de Verona á su poderío, y una cuadrilla leal de sus paisanos los Jépidas, estaba ya dispuesta para vitorear la venganza, y esforzar los anhelos de su soberana. Pero los caudillos Lombardos que huyeron en el primer sobresalto y trastorno, se habian ya rehecho é incorporado con sus fuerzas, y la nacion, en vez de sujetarse á su reinado, pidió con unánimes alaridos que se ajusticiase la esposa criminal y los matadores de su monarca. Se refugió Rosamunda entre los enemigos de su patria, y la delincuente merecedora del aborrecimiento universal, logró acojida en la política interesada del exarca. Se llevó por el Adije y el Pó abajo á su hija heredera del sólio Lombardo, con sus dos amantes, los Jépidas leales, y los despojos del palacio de Verona, y un bajel griego la transportó luego á la bahía segurísima de Ravena. Se embelesó Lonjino con el atractivo y los tesoros de la

viuda de Alboin, abonaban su situacion y su conducta anterior toda propuesta desmandada, y luego se avino á los amores de un empleado que aun en el menoscabo último, se acataba al par de los reyes. Sacrificio llano y halagüeño fue el de la muerte de un amante zeloso, y al salir este del baño, tuvo que sorber la copa emponzoñada que le alargó su dueña. El sabor del brebaje, su operacion ejecutiva, y sus desengaños acerca de la índole de Rosamunda, le dieron á entender que estaba envenenado; la puso una daga al pecho, la precisó á apurar la copa, y espiró á pocos minutos con el consuelo de que la malvada no llegaria á disfrutar las resultas de su atrocidad. Embarcóse la hija de Rosamunda con las preseas principales de los Lombardos para Constantinopla; el brio asombroso de Pesedeo entretuvo y amedrentó á la corte imperial *(a)*, pues ciego y vengativo era allá un remedo escaso del antiguo Sanson. Nombró el consejo de la nacion en Pavía por sucesor de Alboin á Clefo, uno de sus caudillos mas esclarecidos (A 573. Ag.), pero antes de año y medio, nuevo asesinato mancilló el sólio; pues un sirviente mató á Clefo, y asi quedó suspendido el cargo réjio por diez años, durante la menoría de su hijo Autarot, y asi quedó la Italia dividida y acosada por una aristocracia ducal de treinta tiranos (22).

Al entronizarse el sobrino de Justiniano, pregonó un siglo nuevo de dichas y blasones, y sus anales rebosan de afrenta esterior y desventura interna (23). Al Occidente padeció el imperio Romano la pérdida de Italia y la asolacion del Africa, y al Oriente las conquistas de los Persas. Campeaba la sinrazon en la capital y en las provincias; temblaban los pudientes por sus haberes, los menesterosos por su existencia; eran los majistrados por lo mas idiotas ó venales; los remedios eventuales resultaban arbitrarios y violentos, y los dictados esplendorosos de lejislador y triunfante, no podian acallar los lamentos del pueblo. El concepto de los achacadores de cuantas calamidades del tiempo, merece la comprobacion de la historia, como verdad positiva y vulgaridad provechosa. Mas cabe presumir que era Justino candoroso y benéfico, y que acudiera al desempeño de aquel sumo cargo si sus achaques no le menoscabaran las potencias, imposibilitándole de andar y emparedándolo en su palacio, ajenísimo de las quejas del pueblo, y los desbarros del gobierno, el conocimiento tardío de su propia inhabilidad, le movieron á orillar el peso de la diadema, y en la eleccion de un digno sustituto, manifestó asomos de tino y magnanimidad. Murió de niño el hijo único de Justino y Sofía; su hija Arabia estaba casada con Baduario (24), superintendente del palacio, y luego jefe de los ejércitos italianos, que aspiró en vano á corroborar sus derechos por el matrimonio con una adopcion espresa. Mientras aparecia el imperio objeto apetecible, solia Justino mirar con zelos y odio á sus hermanos y primos, competidores de sus esperanzas, ni le cabia descansar

en el agradecimiento de cuantos aceptarian la púrpura como una restitucion, y no como dádiva. Habíase quitado de en medio á uno de aquellos, al pronto por destierro, luego por muerte; y el mismo emperador habia prorumpido en insultos tan violentos con el otro, que debia temer su ojeriza, ó desestimar su apocamiento. Estos enconos caseros acrisolaron su ánimo para acudir á la república, no á su familia, en busca de un sucesor, y la taimada Sofía le recomendó á Tiberio (25), su fiel capitan de la guardia, cuyas prendas y haberes pudieran entusiasmar al emperador como parto de su eleccion atinada. Celebróse la ceremonia de su ensalzamiento á la jerarquía de César, ó de Augusto, en el pórtico del palacio, á presencia del patriarca, ó del senado (A. 574. Dic.) Estremó Justino sus escasas fuerzas de cuerpo y alma; pero la creencia popular de que la divinidad le habia dictado su arenga, trae consigo un concepto humildísimo del individuo y de su siglo (26). « Estais viendo, » dijo el emperador, « las insignias de la potestad suprema, y vais á recibirlas, no de mi mano, sino de la diestra del Señor; dadles realce, y recibidlo. Acatad á la emperatríz, vuestra madre, pues sois ya su hijo, si erais antes sirviente suyo. No os empapeis en sangre, retraeos de toda venganza, evitad los pasos que me han acarreado el ódio público, y ateneos á la esperiencia, y no al ejemplo, de vuestro antecesor. Pequé como hombre, y como pecador me ha cabido, ya en esta vida, el escarmiento; pero esos sirvientes (apuntando á los ministros) que han abusado de mi confianza y acalorado mis ímpetus, tendrán que comparecer como yo, ante el tribunal de Cristo. Me deslumbraron los destellos de la diadema; sed cuerdo y comedido, recordad lo que habeis sido, recapacitad lo que sois. Estais viendo en torno vuestros esclavos y vuestros hijos, hermanad con la autoridad el cariño de un padre. Amad al pueblo como á vos mismo; cultivad el afecto y conservad la disciplina en el ejército; escudad los haberes de los pudientes, y acudid á las urjencias de los menesterosos (27). » La concurrencia muda y llorosa, celebró los consejos, y participó del arrepentimiento del príncipe: recitó el patriarca las plegarias eclesiásticas; recibió Tiberio la diadema de rodillas, y Justino que apareció en la renuncia acreedor al cetro, habló en estos términos al nuevo monarca: « Si lo llevais á bien, vivo, y si no, muero; ¡ así el Dios de cielo y tierra encarne en vuestras entrañas cuanto he desatendido ú olvidado! » Pasó Justino los cuatro últimos años de su vida en arrinconado sosiego; ya no le remordia su conciencia con los afanes que no acertaba á desempeñar, y quedó airoso en su nombramiento, con el respeto filial y el agradecimiento de Tiberio (578. Oc. 5).

Entre las prendas de Tiberio (28), su lindeza (era uno de los Romanos mas gallardos y hermosos) pudo merecerle su privanza con Sofía, y conceptuaba la viuda de Justino, que seguiria gozando su encumbra-

miento é influjo en el reinado de su segundo y jóven marido. Mas aun cuando el ambicioso coronado se esmerase en disimular y encarecer su logro, no estaba en su mano el complacerla colmadamente, cumpliendo sus promesas.

Mostráronse impacientes los bandos del hipodromo, por saber el nombre de la nueva emperatriz: y tanto el pueblo como Sofía, quedaron atónitos al oir que Anastasia era la esposa encubierta pero lejítima de Tiberio. Su hijo adoptivo aprontó á Sofía, honores imperiales, alcázar lujoso, crecida servidumbre, cuanto podia aliviar su desconsuelo amarguísimo; solia sobre asuntos de trascendencia asesorarse con la viuda de su bienhechor, mas aquel pecho ambicioso menospreciaba el oropel del solio, y el dictado atentísimo de madre, lo airaba mas y mas en vez de halagarlo. Al paso que admitia risueñamente las muestras decorosas de confidencia y miramiento, se hermanó reservadamente con sus enemigos antiguos, y se valieron de Justiniano, hijo de Jermano, para su venganza. El engreimiento de la casa reinante llevaba á mal el señorío de un advenedizo: era el mancebo merecidamente popular: habia sonado su nombre, despues de la muerte de Justiniano, en los vaivenes de los bandos; y el brindis rendido de su cabeza, con un tesoro de trescientos mil duros, traia visos de bastardía, ó por lo menos de zozobra. Cúpole indulto con el mando del ejército oriental; huyó el monarca Persa de sus aceros, y los vítores que resonaron en su triunfo, lo pregonaban digno de la púrpura. Su astuta madrina escojió la temporada de la vendimia, cuando el emperador, en su soledad campestre, lograba disfrutar los ensanches de un súbdito. Al primer aviso del intento, regresó á Constantinopla, y su presencia y entereza desvanecieron la conspiracion. Apeada Sofía del boato y honores que habia desmerecido, disfrutó un situado decoroso; despidió Tiberio su comitiva, le atajó la correspondencia, y la hizo custodiar por guardia de toda confianza. El príncipe garboso, en vez de acriminar á Justiniano sus servicios efectivos, tras una reconvencion apacible, se desentendió de su traicion y desagradecimiento, y corria valido, que trataba el emperador de entablar un doble enlace con su competidor al solio. La voz de un ánjel (cundió esta fábula) pudo revelar al emperador, que vendria siempre á triunfar de sus enemigos caseros, mas Tiberio cifraba su resguardo en la inocencia y jenerosidad de su pecho.

Con el nombre odiosísimo de Tiberio, se apellidó mas popularmente Constantino, y fué remedando las virtudes acendradas de los Antoninos. Tras de haber estado historiando el devaneo y desenfreno de tantísimos príncipes Romanos, se hace halagüeño el pararse á contemplar un varon descollante con las altas prendas de humanidad, justicia, templanza y fortaleza; espejarse en un soberano afable en el palacio, reverente en la iglesia, imparcial en el escaño, y victorioso, á lo menos por sus je-

nerales en la guerra de Persia. El trofeo mas esclarecido se cifró en un sin número de cautivos que alimentó, rescató y devolvió á sus hogares, con ánimo cristiano y heróico. Méritos y desventuras de sus propios súbditos, merecian mas todavía sus larguezas, y solia medirlas no tanto por la espectativa de los menesterosos, como por los ensanches de su propio espíritu. Tal sistema, si bien azaroso en el fiador de los caudales públicos, se contrapesaba con los arranques de humanidad y justicia, que le estaban enseñando á menospreciar como un oro de ínfima ley, el que mana de los lloros del pueblo. Ansiaba remediar sus quebrantos naturales ó advenedizos, descargándolo de atrasos y recargos para lo venidero: rechazaba con ceño las ofrendas rastreras de sus ministros, que se reintegrarian en diez tantos con redobladas tropelías, y las leyes atinadas y equitativas movieron en lo succesivo alabanzas y duelos, por largo tiempo. Soñaba Constantinopla que el emperador habia desenterrado algun tesoro: mas este se cifraba todo en su desahogada economía, y en el menosprecio de todo gasto escusado y vanaglorioso. Felicísimos fueran los Romanos orientales, si el don mas escelso de los cielos, un rey muy patricio, pudiera afianzarse como logro incontrastable. Mas á los cuatro años escasos, el dignísimo sucesor de Justiniano se postró con dolencia mortal, para devolver la diadema, en los términos que le habia cabido, al mas acreedor de sus conciudadanos (A. 576. Set. 26—582. Ag. 14). Entresacó á Mauricio del jentío, nombramiento mas precioso que la misma púrpura, citaron al patriarca y al senado junto al lecho del príncipe moribundo, otorgó la hija y el imperio, y el cuestor manifestó á voces, con toda solemnidad, su disposicion postrera. Esclamó esperanzado de que las prendas de su hijo y succesor, alzarian el monumento mas esclarecido á su memoria. Embalsamada quedó esta con el duelo público, mas todo pesar se exhala luego con el alborozo del nuevo reinado, y así la vista como las aclamaciones del vecindario entero, se asestaron al vuelo hácia el sol en su Oriente.

Era el emperador Mauricio oriundo de Roma (29) antigua, pero sus padres moraban en Arabico de Capadocia, y su dicha peregrina les conservó la vida, hasta presenciar y gozar el logro de su *augusto* hijo. Militó Mauricio en su mocedad; lo promovió Tiberio al mando de una lejion nueva y predilecta, de doce mil confederados; descolló con su desempeño en la guerra de Persia, y volvió á Constantinopla, para admitir como galardon debido, la herencia del imperio (A. 582. Ag. 1.º–602. Nov.27). Subió al solio Mauricio en su madurez de cuarenta y tres años, y reinó mas de veinte años sobre el Oriente y sobre sí mismo (30), desprendiendo de su ánimo la democracia desmandada de las pasiones, y planteando (segun la espresion melindrosa de Evagrio) la aristocracia cabal de la racionalidad y de la virtud. Hay que maliciar algun tanto, en mengua de

testimonio de un súbdito, por mas protestas suyas de que sus alabanzas reservadas nunca habian de llegar á oidos del soberano (51), y hay deslices que desnivelan á Mauricio respecto, su mas acendrado antecesor. Su porte despegado y recóndito traia visos de engreimiento; rayaba de justiciero en inhumano, y de avenible en apocado, y ante todo de económico en avariento. Pero los anhelos atinados de un monarca absoluto, deben concentrarse en la dicha de su pueblo, y campeaban en Mauricio racionalidad y denuedo para fomentar aquella felicidad, encaminando su réjimen por el rumbo, y al remedo, de Tiberio. La cobardía griega acarreó un desvío tan estremado entre los cargos de rey y de jeneral, que habiendo desde ínfimo soldado venido á merecer y lograr la púrpura, por maravilla se le vió acaudillar sus ejércitos. Alcanzó sin embargo el emperador Mauricio el blason, de reponer en su solio al monarca persa; guerrearon sus Lugartenientes, con repetidos vaivenes contra los Avaros del Danubio, y allá se condolió inserviblemente del estado lastimoso y postracion rematada, de sus provincias italianas.

Acosaban de continuo á los emperadores, mensajeros de Italia con relaciones llorosas y demandas urjentísimas de auxilio, que les hacia prorumpir en muestras indecorosas de su propio desvalimiento. Estaba ya agonizando aquel sumo señorío de Roma, que tan solo asomaba en el desahogo y pujanza de sus lamentos. « Ya que no alcanzais, » decia, « á rescatarnos de la espada lombarda, libertadnos á lo menos de la plaga del hambre. » Se desentendió Tiberio de la reconvencion, y acudió al socorro; un suministro de trigo pasó del Ejipto al Tiber, y los Romanos invocando, no á Camilo, sino á San Pedro, rechazaron á los bárbaros de sus murallas. Pero fué el alivio pasajero y el riesgo perenne y ejecutivo; y el clero y el senado recojiendo los restos de su antigua opulencia, que ascendian á tres mil libras de oro, enviaron al patricio Pamfronio, para que pusiese dones y quejas al umbral del solio. Embargaba la guerra de Persia la atencion y las fuerzas del Oriente, mas el emperador justiciero aplicó el producto de la ciudad á su propia defensa, y despidió al patricio encargándole únicamente que, ó viesen de cohechar á los caudillos Lombardos, ó de feriar el auxilio de los reyes de Francia. A pesar de arbitrios tan baladíes, siguió la Italia atropellada y Roma fué sitiada de nuevo: y hasta el arrabal de Clase, á una legua de Ravena, fué saqueado y ocupado, por la tropa de un mero duque de Espoleto. Dió Mauricio audiencia á una segunda diputacion de sacerdotes y senadores; esforzaban con vehemencia, las cartas del pontífice romano, las obligaciones y amenazas de la Relijion, y su nuncio, el diácono Gregorio, iba igualmente autorizado para implorar auxilios terrestres y celestiales. Acudió el emperador con mas eficaz resultado á las disposiciones de su antecesor; se recabó de algunos caudillos poderosos el amistarse con los Romanos,

y uno de ellos, leal y apacible aunque bárbaro, vivió y murió en el servicio del exarca: franqueáronse los Alpes á los Francos, y los alentó el papa, á fin de que contraviniesen á compromisos juramentados con los infieles. Se recabó tambien de Jildeberto, biznieto de Clodoveo, el invadir la Italia por medio de cincuenta mil piezas; mas por cuanto habia visto con embeleso monedas de una libra de oro con el cuño bizantino, adelantóse á pactar que se haria mas halagüeño y digno de aprecio, si alternasen con la cantidad algunos de aquellos medallones. Los duques Lombardos habian estado enojando, con redobladas correrías, á sus vecinos poderosos de la Galia. Con la zozobra de justísimas represalias, se desentendieron de su independencia desvalida y desconcertada; se vitorearon á una voz las ventajas del gobierno rejio, por union, reserva y pujanza, y ya Antaris, hijo de Clefo, se habia robustecido, y granjeado el concepto de guerrero. Bajo las banderas del nuevo rey, contrastaron los vencedores de Italia tres invasiones succesivas (A. 582—590.), una de ellas acaudillada por Jildeberto, el postrer Merovingio que bajó de los Alpes. Zozobró la espedicion primera por los enconados zelos entre Francos y Alemanes; en la segunda padecieron descalabro mas sangriento y afrentoso, que cuantos les sobrevinieron desde la fundacion de su monarquía. Desalados tras la venganza, volvieron por tercera vez con mayores fuerzas, y tuvo Antaris que desviarse del ímpetu arrollador, repartiendo tropa y tesoros por los pueblos murados, entre el Apenino y los Alpes. Nacion mas avenible al peligro que al afan y la demora, se puso á zaherir el devaneo de los veinte jefes, y los ardores de Italia plagaron de enfermedades aquellos cuerpos advenedizos y quebrantados ya con escaseces y demasías. Las fuerzas inhábiles, para la conquista, sobraron para la asolacion del país, y los naturales trémulos, no acertaban á deslindar los enemigos y sus defensores. Si se incorporaran imperiales y Francos junto á Milan, quizás dieran al través con el trono Lombardo; mas los Francos, estuvieron contemplando seis dias las llamaradas de una aldea, y las armas griegas se emplearon en reducir á Parma y Módena, que luego les arrebataron con la retirada de sus aliados transalpinos. Antaris victorioso, afianzó su empeño de avasallar la Italia. Al pié de los Alpes Recios doblegó la resistencia, y apresó los tesoros ocultos de una islilla arrinconada en el lago de Como. Al estremo peñascoso de Calabria, tocó una columna sobre las playas de Regio (52), pregonando que aquel padron antiguo, habia de ser el lindero incontrastable de su reino (53).

Por espacio de dos siglos estuvo la Italia dividida desigualmente entre el reino Lombardo y el exarcato de Ravena. La condescendencia de Justiniano juntó los cargos y profesiones que Constantino habia separado, y diez y ocho exarcas consecutivos, ejercieron los restos cabales de la potestad civil, militar y aun eclesiástica. Su jurisdiccion inmediata que des-

pues se consagró al patrimonio de San Pedro, abarcaba la Romania moderna, los pantanos ó valles de Ferrara y Comaquio (54), cinco ciudades marítimas, desde Rímini hasta Ancona, y una segunda Pentápolis interior, entre la costa Adriática y los cerros del Apenino. Tres provincias subordinadas de Roma, Venecia y Nápoles, deslindadas por tierras enemigas, desde el palacio de Ravena, reconocian en paz y en guerra la primacía del exarca. Parece que el distrito de Roma comprendia las conquistas de Toscana, Sabina y Lacio, en los cuatro siglos primeros de la capital y sus linderos se dejan obviamente rastrear por la costa desde Civita-Vechia á Terracina, y con el cauce del Tiber, desde Améria y Narní, hasta el pueblo de Ostia. Las islas repetidas desde Grado á Chiozza, componian el señorío en mantillas de Venecia, pero los pueblos mas accesibles del continente, quedaron arrasados por los Lombardos, que estuvieron mirando con saña desvalida una nueva capital descollando sobre las olas. Ceñian el señorío de los duques de Nápoles la bahía y sus islas adjuntas, el territorio enemigo de Cápua, y la colonia Romana de Amalfí (55) cuyos ciudadanos industriosos desentoldaron el orbe con su invencion de la brújula. Seguian afectas al imperio las tres islas de Cerdeña, Córcega y Sicilia, y con la adquisicion de la Calabria ulterior, se alejó el padron de Antaris, desde la playa de Rejio al istmo de Consencia. Conservaban en Cerdeña los montañeses bozales la libertad y relijion de sus mayores, mas los labriegos de Sicilia vivian clavados á su pingüe y aprovechado suelo. Desangraba á Roma con cetro de hierro un exarca, y tal vez algun eunuco, insultando á su salvo los escombros del Capitolio. Pero Nápoles se granjeó luego la regalía de nombrar sus propios duques (56); la independencia de Amalfí fué parto de su comercio, y el apego voluntario de Venecia paró al fin en el realce de una alianza por igual con el imperio de Oriente. El espacio del exarcato abulta poquísimo en el mapa de Italia, pero abarcaba una porcion considerable de industria, riqueza y poblacion. Los súbditos mas fieles y apreciables huyeron del yugo bárbaro, y tremolaban las banderas de Pavía y Verona, de Milan y Padua en sus barrios respectivos, por los nuevos habitantes de Ravena. Los Lombardos estaban poseyendo lo restante de Italia, y desde su sólio en Pavía, su reino se estendia por Levante Norte y Poniente hasta el confin de los Avaros y Bávaros, y de los Francos de Austrasia y Borgoña. En la jeografía moderna le corresponden la tierra firme del Veneciano, el Tirol, el Milanés, Piamonte, Costa de Jénova, Mantua, Parma y Módena, el gran Ducado de Toscana, y un trozo grandioso del estado eclesiástico, desde Penua hasta el Adriático. Los duques, luego príncipes de Benevento, sobrevivieron á la monarquía y dilataron el nombre de los Lombardos. Reinaron cerca de cinco siglos, desde Cápua hasta Tarento, sobre la mayor parte del reino actual de Nápoles (57).

Al ajustar la proporcion de vencedores y vencidos, la ilacion mas fundada estriba en la mudanza de idioma. Bajo esta pauta resulta, que los Lombardos en Italia y Visigodos en España, eran menos que los Francos y Borgoñones, y estos conquistadores de la Galia, menguan luego respecto del sin número de Sajones y Anglos, que casi desarraigaron los dialectos de la Bretaña. El Italiano moderno se ha ido fraguando con la mezcla de mil naciones; la torpeza de los bárbaros en el uso esmerado de conjugaciones y declinaciones, los precisó al arrimo de los artículos y verbos auxiliares, y espresaron varios conceptos nuevos con nombres teutónicos. Mas el caudal de voces familiares y artísticas se deriva fundamentalmente del latin (58), y si estuviesemos impuestos en los dialectos anticuados, campesinos y lugareños de Italia, rastrearíamos el arranque de muchos vocablos ajenísimos del castizo y clásico Romano. Una hueste crecida escasea para el concepto de nacion, y menguó luego el poderío de los Lombardos con la retirada de veinte mil Sajones, mal hallados con su clase de dependientes, y regresaron, tras repetidas y osadísimas aventuras, á su patria (59). Anchurosos en estremo eran los reales de Alboin, pero todo campamento queda ceñido en el recinto de una ciudad, y sus habitantes belicosos clarean desde luego hasta lo sumo, en esplayándose por un campo dilatado. Al bajar Alboin de los Alpes, revistió á su sobrino, primer duque de Friuli, con el mando de la provincia y del paisanaje, pero cuerdo Jisulf, se desentendiera del cargo azaroso, sin el permiso de entresacar de los nobles Lombardos un número suficiente de familias (40), para formar una colonia perpetua de soldados y súbditos. Progresando la conquista, no cabia el mismo ensanche con los duques de Brescia ó Bérgamo, de Pavía ó Turin, de Espoleto ó Benevento; mas cada uno de estos y demás compañeros se avecindó en su distrito señalado, con una comitiva que acudia á sus banderas en la guerra, y á su tribunal en la paz. Era su afecto libre y honorífico; árbitros de ir devolviendo sus dones y repartos, lo eran tambien de pasar con sus familias á otra jurisdiccion, pero el ausentarse del reino se castigaba con pena capital, como desercion militar. La posteridad de los primeros conquistadores fincó y se arraigó hondamente en el pais, que debian defender á todo trance, por su pundonor y su interés. Nacia un Lombardo soldado de su rey y de su duque, y los concejos de la nacion desplegaban las banderas y se apellidaban ejércitos. Las provincias conquistadas suministraban las pagas y galardones, y el reparto, que no se realizó hasta despues del fallecimiento de Alboin, estaba manifestando el torpe borron de robos y tropelías. Los Italianos acaudalados padecieron muerte ó destierro; los demás se iban apropiando á los advenedizos, y se impuso un feudo, bajo el nombre de hospitalidad, de pagar á los Lombardos el tercio de los productos de la tierra. En menos de setenta años quedó abolido este sistema con

un arriendo mas sencillo y permanente (42). O el hacendado Romano iba fuera por el demandado huésped, ó aquel tercio del producto ánnuo se trocaba en un equivalente mas equitativo en las mismas fincas. Con estos dueños advenedizos, las faenas agricultoras de sementera viñedo y olivares quedaron torpe y flojamente desempeñadas por los brazos de esclavos ó jornaleros, pero la vida pastoril conjeniaba mas con la holgazanería de los bárbaros. En las praderas lozanas de Venecia, restablecieron y mejoraron las crias de caballos tan celebrados en la antigüedad (43), y los Italianos estuvieron mirando con asombro una casta advenediza de bueyes y búfalos (44). La despoblacion de Lombardía, y el aumento de bosques, proporcionaban ámbitos espaciosos al recreo de la caza (45). El arte peregrino que enseña á las aves á conocer la voz y ejecutar las órdenes del dueño, fué absolutamente desconocido á la injeniosidad de Griegos y Romanos (46). La Escandinavia y la Escitia crian los halcones mas arrojados y mansos (47); los domesticaban y educaban corriendo siempre á caballo por las campiñas; y así los bárbaros fueron los introductores, en las provincias Romanas, del pasatiempo predilecto de nuestros antepasados, y las leyes de Italia conceptuan la espada y el halcon, de igual realce y entidad, en manos de un Lombardo noble (48).

Fueron el clima y el ejemplo tan ejecutivos con los Lombardos, que á la cuarta jeneracion, curioseaban despavoridos los retratos de sus montaraces antepasados (49). Se afeitaban el pescuezo, pero melenudos por delante se emboscaban ojos y boca, y luego una barba cumplidísima era característica de la nacion. Su ropaje de lino era anchuroso, al modo de los Anglo-Sajones, que se condecoraban, en su concepto, con listas grandiosas y matizadas. Cubrian pies y piernas con pantalones, arrastrando sandalias abiertas, ciñendo siempre el resguardo de su espada, aun en medio de la paz. Pero aquel traje estrambótico y aspecto horroroso, tal vez encubria un temple blando y aseñorado, pues en amainando la saña de la refriega solian los cautivos y los súbditos pasmarse con la humanidad del vencedor. Los desbarros de los Lombardos eran disparos de arrebato; ignorancia ó embriaguez, y sus prendas eran tanto mas recomendables, cuanto no adolecian de los dobleces de la sociedad, ni las reprimia la violencia de las leyes ó de la educacion. No conceptuaria ajeno de mi instituto, si me cupiese desentrañar la vida íntima de los conquistadores de Italia, y voy á esplayarme gustoso en el galanteo caballeresco de Antaris, que es un espejo del temple aseñorado de los andantes posteriores (50). Tras el malogro de su novia Merovinjia, aspiró al desposorio con la hija del Rey de Baviera, y aceptó Garibaldo el enlace con el monarca italiano. Mál hallado con las demoras de la negociacion, arde el amante, huye de sú palacio y visita la corte de Baviera en la comitiva de su propia embajada. Adelántase el advenedizo en la audiencia pública al sólio, y partici-

pa á Garibaldo, que el embajador es positivamente el ministro de estado, pero que solo él era el íntimo de Antaris, que le habia confiado el encargo delicadísimo, de darle noticia cabal de los primores de su novia. Llaman á Teudelinda para allanarse al escrutinio importante, y tras una pausa de mudo embeleso, la saluda como reina de Italia, y le ruega rendidamente, que segun estilo de su nacion, tenga á bien brindar con una copa de vino al primero de sus nuevos súbditos. Obedece por mandato del padre, toma luego Antaris la copa, y al devolvérsela á la princesa, le toca disimuladamente la mano, y le pasa el dedo por el rostro y los labios. Anochece y Teudelinda comunica á su nodriza la familiaridad descomedida del advenedizo, mas queda consolada al ver que tanta llaneza no cabia sino en el rey su marido que segun su jentileza y bizarría, era acreedor al desposorio. Despídense los embajadores, y al hollar el confin de Italia, Antaris empinándose sobre su caballo, asesta su hacha contra un árbol con suma pujanza y maestría. «Tales,» dice, «son los golpes que descarga el rey de los Lombardos» quedan atónitos los Bávaros. Se acerca un ejército Franco, Garibaldo y su hija se refujian en los dominios de sus aliados, y se consuma el desposorio en el palacio de Verona. Quedó disuelto al año con el fallecimiento de Antaris, mas embelesó Teudelinda con sus virtudes á la nacion (51), y se le permitió el conceder con su diestra el cetro del reino de Italia.

Así este hecho como otros parecidos, nos cercioran (52), de que los Lombardos estaban en posesion de elejir sus soberanos, pero con el tino de escasear sus nombramientos. Las rentas públicas se cifraban en el producto de la tierra, y las obvenciones de la justicia. Cuando los duques independientes acordaron que Antaris subiese al solio del padre, dotaron el cargo réjio con la mitad de sus respectivas pertenencias. Los nobles mas engreidos aspiraban al timbre de la servidumbre, junto á la persona de su príncipe; quien por su parte galardonaba la lealtad de sus vasallos con dádivas y feudos, y compensaba los quebrantos de la guerra, con fundaciones pingües de monasterios é iglesias. Juez en la paz y caudillo en la guerra, jamás usurpaba la potestad de lejislador único y absoluto. Juntaba el rey de Italia el concejo nacional en su palacio, ú mas probablemente en la campiña de Pavía: componíase su concejo sumo de sujetos eminentes por su nacimiento y empleos, pero la validez y ejecucion de sus decretos se cifraba en la aprobacion del pueblo *leal*, y el ejército *venturoso* de los Lombardos. Como ochenta años despues de la conquista de Italia, sus costumbres y fueros se tradujeron en latin teutónico (53), (A. 643 etc.) y se ratificaron con la anuencia del príncipe y el pueblo; algunos arreglos nuevos fueron sobreviniendo, mas conformes con su situacion actual; los sucesores mas atinados siguieron el ejemplo de Rotaris, y las leyes de los Lombardos se han conceptuado siempre como las menos

desacertadas del código de los bárbaros (54). Afianzados en el regazo de la libertad con su denuedo, lejisladores tan toscos y atropellados no alcanzaban á equilibrar las potestades de una constitucion, ni á despejar los trámites políticos de un gobierno. Declarábanse delitos capitales los que se cometian contra la vida del soberano, ú la seguridad del estado; mas clavaron su ahinco en el resguardo de la persona y haberes del súbdito. Segun la jurisprudencia estraña de aquel tiempo, el atentado de sangre podia redimirse con una multa, pero el alto precio de novecientas piezas de oro, está demostrando el concepto atinado del valor de un mero ciudadano. Agravios menos atroces, como herida lisiadura, golpe dicho afrentoso, se iban midiendo y escrupulizando con esmero casi ridículo; y la cordura del lejislador fomentó la práctica ruin de feriar el pundonor y la venganza, con una compensacion pecuniaria. La idiotez de los Lombardos, ya de paganos, ya de cristianos daba crédito á ciegas á la maldad y á los daños de la hechicería; pero los jueces del siglo diez y siete pudieran instruirse y abochonarse, con la sabiduría de Rotaris, quien escarnece supersticion tan absurda, y escuda las víctimas de la crueldad popular ó judicial (55). Se debe atribuir la misma sabiduría de todo un lejislador á Luitprando, que sobreponiéndose á su siglo tolera y condena el abuso impío é inveterado de los desafíos (56), hecho cargo, por su propia esperiencia que la causa justa habia zozobrado hartas veces á manos de la poderosa violencia. Cuanto mérito pueda asomar en la lejislacion Lombarda, será parto castizo del alcance de los bárbaros, que nunca dieron cabida á los obispos de Italia en sus concejos lejislativos. Pero descuella la sucesion de sus reyes con pundonor y maestría; alternan en sus anales temporadas de turbulencias y de sosiego, acierto y felicidad, y estuvieron gozando los Italianos gobierno mas suave y equitativo, que todos los demas reinos fundados sobre los escombros del imperio occidental (57).

Entre las armas de los Lombardos y bajo el despotismo de los Griegos volvemos siempre á curiosear la suerte de Roma (58), que á fines del siglo sesto, se habia apeado hasta su ínfimo desamparo. Arrebatado el sólio del imperio y perdidas tantas provincias, se agotaron los manantiales de la opulencia pública y particular; el árbol empinado cobijador de naciones, agonizaba desenramado y deshojado, y el tronco marchito y árido yacia por el suelo. No se tropezaban ya en la carretera Apia ó Flaminia los mensajeros yentes y vinientes con decretos nuevos, y con albricias de la victoria; padeciendo a veces correrías, y siempre zozobras de Lombardos. El vecindario de una capital pacífica y poderosa, al veranear desahogadamente por la campiña enramada, no acierta á recapacitar el conflicto de los Romanos; cerraban ó abrian las puertas con trémula diestra, y luego estaban mirando desde las almenas, las llamaradas de sus quintas, y oyendo los alaridos de sus hermanos, apedreados á fuer de canes, y arrastra-

dos allá por esclavos, allende el mar ó las cumbres. Sobresaltos tan incesantes acibaraban los recreos, é interrumpian las faenas campesinas, y así la campiña de Roma en breve fué toda una maleza pavorosa, de terreno estéril, aguas inmundas y ambiente emponzoñado. Desfalleció el móvil de la curiosidad ó la ambicion, acarreadoras de naciones enteras á la capital del mundo; y si el acaso ú la precision encaminaban los pasos del advenedizo, se horrorizaba al ver el vacío y soledad del recinto, y se paraba en ademan de preguntar: ¿dónde está el senado? ¿dónde el vecindario? Una otoñada lluviosa, rebosando el Tiber se derramó disparadamente por las cañadas de los siete cerros, sobrevino epidemia con el estancamiento de aquel diluvio, y fué tan ejecutiva su malignidad, que en una hora fallecieron ochenta personas en medio de una procesion solemne, para implorar la clemencia del cielo (59). En toda sociedad que fomenta los matrimonios y promueve la industria, pronto quedan repuestos los quebrantos de una guerra ó de un contagio, mas como la mayor parte de los Romanos yacian desahuciados de alimentos, é imposibilitados de enlazarse, era la despoblacion incesante y palpable, y allá los adustos Jeremías andaban fundadamente presagiando el esterminio inmediato del linaje humano (60). Escedia sin embargo el vecindario á los alcances de los abastos; suministrábanlos á temporadas las cosechas de la Sicilia y del Ejipto, y desmayaba la provincia desatendida por el emperador, segun sus frecuentes padecimientos de hambre. Desmoronábanse al par los edificios, volcándolos á carrera, avenidas, huracanes y terremotos, y los monjes encumbrados hasta lo sumo, se engreian con su ruín triunfo sobre las ruinas de la antigüedad (61). Fué Gregorio primero quien asaltó los templos, y desmoronó las estatuas de la ciudad, que por mandato del bárbaro, quedó la librería Palatina reducida á cenizas, y que la historia de Tito Livio fué con especialidad el ito, adonde asestó su frenesí esterminador. Los mismos escritos de Gregorio rebosan de aversion implacable á los monumentos del númen clásico, y dispara una censura severísima, contra la erudicion profana de un obispo que estaba enseñando la gramática, estudiaba los poetas latinos, y entonaba con los mismos labios las alabanzas de Júpiter y las de Jesucristo. Pero el testimonio de su saña asoladora es moderno y dudoso: el templo de la paz ó el teatro de Marcelo se ha ido pausadamente deteriorando con el tiempo, y aquella veda formal, hubiera ido redoblando las copias de Virgilio y de Livio, en los países ajenos del dictador eclesiástico (62).

Al par de Tebas, Babilonia ó Cartago, pudo el nombre de Roma quedar arrasado sobre la tierra, á no vivificar á la ciudad un impulso fundamental que la encumbró de nuevo á los blasones y al señorío. Corrió valida la hablilla de que dos predicadores judíos, uno fabricante de tiendas y otro pescador, habian sido ajusticiados públicamente en el circo

de Nêron, y al cabo de quinientos años su religion castiza, ó embelesadora, se adoraba como el paladio de Roma cristiana. Acudian peregrinos de Levante y Poniente al umbral sagrado, pero los sagrarios particulares de los apóstoles se resguardaban, con milagros y horrores invisibles; acercándose siempre con zozobra el católico timorato al objeto de su culto. Azaroso era el contacto, espuestísima la mirada de los cadáveres santos, y cuantos osaban, aun con motivos acendrados, alterar el sosiego del santuario, adolecian y finaban con visiones pavorosas. El empeño desatinado de una emperatriz, en defraudar á los Romanos de su tesoro sacrosanto, la cabeza de San Pablo, se desechó horrorizadamente, y afirmó el papa, muy probablemente con verdad, que lienzos tocados en su cuerpo, y las limaduras de su cadera, que á veces se lograban sin reparo, y á veces se hacian inasequibles, atesoraban un grado igual de pujanza milagrosa (63). Pero la potestad y aun la virtud de los apóstoles, vivia esforzadamente cifrada en el pecho de sus sucesores, y la cátedra de San Pedro estaba poseida, bajo el reinado de Mauricio, por el primero y el mayor de los Gregorios (64). Habia sido tambien papa su abuelo Félix, y como los obispos estaban ya sujetos á la ley del celibato, la muerte de su mujer precederia á su consagracion. La alcurnia de Gregorio por Silvia y por Gordiano, sobresalia en el senado y en la iglesia de Roma; la parentela mujeril era toda de vírjenes y de santas, y su propia estampa y la de su padre y madre, se estuvieron representando cerca de trescientos años, en un retrato de familia (65) que ofreció al monasterio de San Andrés. El dibujo y matiz de la pintura suministran un testimonio honorífico de que los Italianos seguian dedicándose al arte de la pintura en el siglo sesto, pero se forma concepto muy rastrero de su gusto é instruccion, por las cartas, sermones y diálogos, como partos de quien á ningun contemporáneo iba en zaga, por el ramo de erudicion (66), su nacimiento y desempeño lo habian encumbrado al cargo de prefecto de la ciudad, y logró la recomendacion de orillar el boato y las vanidades del mundo. Abocó su pingüe patrimonio á la fundacion de siete monasterios (67), uno en Roma (68) y seis en Sicilia, anhelando mas y mas Gregorio arrinconarse en esta vida y esclarecerse en la otra. Pero su devocion, que seria entrañable, siguió el rumbo entablado por un estadista astuto y ambicioso. El despejo de Gregorio y la gloria que le acarreó su retiro, le redundó en cariño y utilidad de la iglesia; y obediencia rendida es siempre el primer atributo de todo monje. Ordenado de diácono, pasó de nuncio ú ministro de la silla apostólica á la corte Bizantina, y desde luego se entonó con ínfulas de independiente, en nombre de San Pedro, en términos criminales y espuestísimos, para todo seglar del imperio. Vuelto á Roma, mucho mas conceptuado, tras una temporadilla de vida claustral, lo arrebató la voz unánime del clero, senado y vecindario al sólio papal.

Tan solo él se opuso, ú lo aparentó, á su encumbramiento, y su demanda abatida á Mauricio para que rechazase el nombramiento de los Romanos, tan solo condujo para realzarle en el ánimo del emperador y del público. Pregonado el azaroso decreto, se valió de traficantes amigos, para que lo sacasen dentro de un año fuera de las puertas de Roma, y se emboscó avergonzadamente por las sierras, hasta que, segun cuentan, un destello celeste, descubrió su retiro.

El pontificado de Gregorio el *Grande* que duró trece años, seis meses y diez dias, es uno de los plazos mas edificativos de la historia de la Iglesia (A. 520. Febr. 8—604. Mar. 12). Sus prendas, y aun sus nulidades, mezcla estraña de sencillez y solapa, de engreimiento y humildad, de tino y desbarro, eran adecuadísimas para su elevacion y el temple del siglo. Tildó en su competidor el patriarca de Constantinopla, el dictado anti-cristiano de obispo universal, que la altanería del sucesor de S. Pedro no le podia otorgar, ni tampoco le cabia apropiárselo por su debilidad, ciñendose la jurisdiccion de Gregorio al triple realce de obispo de Roma, primado de Italia, y apóstol del Occidente. Frecuentaba el púlpito y enardecia con su tosca, pero arrebatada elocuencia, los ímpetus ya aparejados de su auditorio, interpretaba y aplicaba testos de los profetas judíos, y el ánimo del pueblo abatido de suyo con sus quebrantos repetidos, tomaba alas para esperanzar ó temer al mundo invisible. Sus preceptos y su ejemplo deslindaron la norma del rezo Romano (69); el arreglo de las parroquias, el calendario de las festividades, la disposicion de las procesiones, el desempeño de los presbíteros y diáconos, y la variedad y alternativa de las vestiduras sacerdotales. Siguió hasta el fin de su vida oficiando en la misa solemne, que duraba mas de tres horas; el canto Gregoriano (70) es el conservador de la música instrumental y vocal del teatro, y las voces broncas de los bárbaros, allá se empeñaban en remedar la melodía de la escuela Romana (71). Le tenia su esperiencia enseñada la suma eficacia de aquellos ritos grandiosos y entonados, para embalsamar los conflictos, robustecer la fe, desembravecer el destemple y aventar las lóbregas aprensiones del vulgo; y les soltó gustoso la rienda en cuanto fomentaban el reinado del sacerdocio y la supersticion. Los obispos de Italia é islas adyacentes, reconocian al pontífice Romano por su metropolitano especial. Disponía tambien á su albedrío de la existencia, incorporacion ó traslacion de las sillas episcopales, y sus entrometimientos por las provincias de Grecia, España y Galia, dieron alas para los impulsos mas arrojados de los papas posteriores. Se interpuso para precaver abusos de elecciones populares, su desvelo solícito mantuvo la fe y la disciplina en su tersa pureza, zelando una y otra, á fuer de pastor apostólico, en los rabadanes subordinados. Bajo su reinado, los Arrianos de Italia y España se hermanaron con la Iglesia católica, y la

conquista de Bretaña destella menos gloria sobre el nombre del César, que sobre el de Gregorio primero. Embarcáronse, en vez de seis legiones, cuarenta monjes para aquella isla lejana, lamentándose el pontífice, de que su desempeño sagrado le imposibilitase el alternar en los peligros de aquella campaña espiritual. Participó, á los dos años, al arzobispo de Alejandría, que habia bautizado al rey de Kent con diez mil de sus Anglo-Sajones, y que los misioneros Romanos, al par de los primitivos, solo iban pertrechados con potestad espiritual y sobrehumana. La credulidad ó el arte de Gregorio, estaban siempre en ademan de corroborar las verdades de la Religion, con el testimonio de duendes, milagros y resurrecciones (72); y la posteridad le ha devuelto el tributo que estuvo anchamente franqueando á las virtudes de su propia jeneracion, ó de la antecedente. Se han concedido colmadamente los timbres celestiales, por la autoridad de los papas, mas es Gregorio el postrero de su propia jerarquía, que han tenido á bien alistar en el calendario de los Santos.

Su poderío temporal fué mas y mas descollando con los conflictos de aquel tiempo, y los obispos Romanos que han estado diluviando sangre sobre la Europa y el Asia, tuvieron que reinar, como ministros de cariño y de paz. I. La iglesia de Roma, como ya se ha manifestado, estaba dotada de fincas pingües en Italia, en Sicilia y aun en las provincias mas lejanas, y sus ajentes que solian ser subdiáconos, se habian granjeado jurisdiccion civil, y hasta criminal, sobre sus inquilinos y labriegos. El sucesor de San Pedro manejaba su patrimonio, con el tino de un hacendado solícito y comedido (73); y las cartas de Gregorio están rebosando de encargos para prescindir de pleitos dudosos y atropelladores; conservar cabales los pesos y medidas; dar largas razonables; reducir el impuesto á los esclavos del clero, que feriaban el derecho de casarse con el pago de una multa arbitraria (74). Trasportábase el rédito, ú el producto, á la embocadura del Tiber, de cuenta y riesgo del papa; administraba el caudal, á fuer de mayordomo fiel de la Iglesia y de los pobres, y franqueaba gallardamente á sus urjencias, cuantos ahorros le proporcionaban su economía estremada y metódica. Estuvo archivada mas de tres siglos en el Laterano su abultada cuenta y razon de las entradas y desembolsos, como pauta de mayordomía cristiana. Repartia en las cuatro festividades mayores el cupo del trimestre, al clero, á los criados, á los monasterios, iglesias, cementerios, hospitales y hospicios de Roma y de toda la diócesis. Racionaba á los pobres, segun las estaciones, con queso, trigo, vino, verduras, aceite, pescado, abastos frescos, ropa y dinero, y sus ecónomos tenian que andar de contínuo acudiendo á socorrer, de su órden, á los menesterosos y merecedores. Todos los dias y á toda hora, estaba su anhelo remediando al doliente, al desvalido, al estraño, al peregrino, sin sentarse á tomar su comida lijerísima, hasta

que de su propia mesa enviase algun manjar á personas acreedoras á sus finezas. La desdicha de los tiempos tenia reducido el señorío á haber de aceptar sin sonrojo el amparo de la iglesia: la diestra del bienhechor estaba vistiendo y alimentando á tres mil vírjenes, y varios obispos de Italia, huyeron de las manos de los bárbaros, á la hospedería jeneral del Vaticano. Padre de la patria debia justísimamente apellidarse Gregorio, y escrupulizaba tantísimo su conciencia, que por haber fallecido en la calle un mendigo, se impuso por varios dias entredicho, en sus funciones sacerdotales. II. Los quebrantos de Roma empeñaron al pastor espiritual en los afanes de la paz y de la guerra, y ni él mismo acertaria á deslindar, si fué la relijiosidad ó la ambicion, el móvil de su esmero en suplir la ausencia del soberano. Desaletargó por fin Gregorio al emperador, le manifestó la maldad ó torpeza del exarca y sus dependientes, se quejó de que se sacaran los veteranos para acudir á la defensa de Espoleto, alentó á los Italianos para resguardar sus ciudades y altares, y se estendia, en los trances, á nombrar los tribunos y disponer las operaciones de las tropas provinciales. Pero los escrúpulos de la humanidad y de la Relijion enfrenaban los ímpetus marciales del papa; abominaba sin rebozo de la imposicion de tributos, como odiosa y desangradora, aun cuando se emplease en la guerra de Italia; abrigando contra los edictos imperiales la cobardía timorata de la soldadesca, que orillaba la vida militar por la monástica. Se hacia muy obvio á Gregorio, si damos crédito á sus mismas protestas, el esterminio de todo Lombardo con sus propios bandos, sin dejar un rey, un duque, ó un conde, para salvar aquella nacion desventurada de la venganza de sus enemigos. Como obispo cristiano, antepuso los afanes benéficos de la paz; su mediacion aplacó el desenfreno de las armas, pero le constaban los ardides de los Griegos y los ímpetus de los Lombardos, para comprometer su sagrada promesa en el cumplimiento de la tregua. Desesperanzado de todo ajuste jeneral y permanente, se adelantó á salvar su patria, prescindiendo del emperador y del exarca. Enarbolada estaba sobre Roma la espada enemiga, y quedó soslayada con la elocuencia apacible y los agasajos oportunos del pontífice, quien infundia respeto á herejes y bárbaros. Tantos realces merecieron á la corte Bizantina tan solo reconvenciones y aun insultos, pero halló en el cariño de un pueblo agradecido, el galardon mas acendrado de un ciudadano, y el derecho mas lejítimo de un monarca (75).

NOTAS

correspondientes al capítulo cuadrajésimoquinto.

(1) Véase la familia de Justino y Justiniano en el Familiæ Byzantinæ de Ducange, p. 89-101. Los devotos jurisconsultos, Ludevijio (in Vit. Justinian, p. 131) y Heineccio (Hist. Juris. Roman., p. 374) han ilustrado la jenealojía de su príncipe predilecto.

(2) En la historia del encumbramiento de Justino, he traducido en prosa sencilla y concisa los ochocientos versos de los dos primeros libros de Coripo, De Laudibus Justini, Apéndice Hist. Bizant. p. 401-416, Roma, 1777.

(3) Es muy estraño; que Pagi (Critica in Annal. Baron., tom. II, p. 639) se dejase embelesar por cualquiera crónica, para contradecir el testo llano y decisivo de Coripo (vicina dona, l. II, 354, vicina dies, l. IV, 1), y posponer, hasta el A. 567, el consulado de Justino.

(4) Theophan. Chronograph., p. 205. Es demás el citar el testimonio de Cedreno y Zonaras, cuando son meros copiantes.

(5) Coripo, l. III, 300. El sentido incomprensible se refiere á los Turcos, los conquistadores de los Avaros; pero la palabra *scultor* no tiene significado conceptuoso y el único manuscrito de Coripo, de donde se imprimió al primera edicion (1581, apud Plantin.), ya no existe. El último editor, Foggini de Roma, insertó la enmienda conjetural de *soldan*; pero las pruebas de Ducange (Joinville, Disert. XVI, p. 238-240), para el temprano uso de este dictado entre los Turcos y Persas, son débiles ó ambiguas. Yo me adhiero á la opinion de D' Herbelot (Bibliothèque Orient., p. 825), quien atribuye la voz á los idiomas arábigo y caldeo, y la fecha á principios del siglo XI, cuando el califa de Bagdad se lo confirió á Mahamud, príncipe de Gazna, y conquistador de la India.

(6) Sobre estos discursos característicos, compárese el verso de Coripo (l. III, 251-401) con la prosa de Menandro (Excerpt. Legation., p. 102-103). Su diversidad prueba que no se copiaron uno á otro; su semejanza, que lo tomaron de un mismo orijinal.

(7) En cuanto á la guerra austrasia, véase Menandro (Excerpt. Le-

gat., p. 110), Gregorio de Turs (Hist. Franc., l. IV, c. 29) y Pablo el diácono (de Gest. Langobard., l. II, c. 10).

(8) Pablo Warmefrido, el diácono de Fruili, de Gest. Langobard., l. I, c. 23, 24. Sus descripciones de las costumbres nacionales, aunque toscamente delineadas; son mas vistosas y exactas que las de Bedes y Gregorio de Turs.

(9) El cuento lo refiere un impostor (Theophylact. Simocrat., l. VI, c. 10); pero tuvo bastante injenio, para apoyar estas ficciones, en hechos públicos y notorios.

(10) Segun Estrabon, Plineo y Ameano Marcelino, parece que se observaba la misma costumbre entre las tribus escitias (Muratori, Scriptores Rer. Italic. tom. I, p. 424). Los cráneos del Norte de América son tambien trofeos de valor. El de Cusimundo se conservó sobre doscientos años entre los Lombardos; y el mismo Pablo fué uno de los convidados á quienes el duque Ratchis presentó esta copa, en unas grandes fiestas (l. II, c. 28).

(11) Pablo, l. I, c. 27. Menandro, in Excerpt. Legat. p. 110, 111.

(12) Ut hactenus etiam, tam apud Bajoariorum gentem, quâm et Saxonum, sed et alios ejusdem linguœ homines.... in eorum carminibus celebretur. Pablo l. I, c. 27. Murió A. 799 (Muratori, in Præfat., tom. I, p. 397). Estos cantares jermanos, algunos de los que pueden ser tan antiguos como Tácito (de Moribus Germ. c. 2), fueron compilados y copiados por Carlomagno. Barbara et antiquissima carmina, quibus veterum regum actus et bella canebantur, scripsit memoriœque mandavit (Ejinardo, in Vit. Carol. Magn. c. 29, p. 130, 131). Los poemas que recomienda Goldasto (Animadvers. ad Eginard., p. 207), parecen ser romances recientes y despreciables.

(13) Las otras naciones están descritas por Paulo (l. II, c. 6, 26). Muratori (Antichita Italiane, tom. I, disert. I, p. 4) descubrió la aldea de los Bávaros, á tres millas de Módena.

(14) Gregorio el Romano (Dialog., l. III, c. 27, 28, apud Baron. Anal. Eccles. A. 579, N.º 10) supone que tambien adoraban una cabra. No conozco mas que una relijion, en que el Dios y la víctima son lo mismo.

(15) Los cargos que el diácono hace á Narsés (l. II, c. 5), pueden ser infundados; pero la débil apolojía del cardenal (Baron. Anal. Eccles. A. 567, N.º 8-12), está desechada por los mejores críticos—Pagi (tom. II, p. 639, 640), Muratori (Annali d' Italia, tom. V, p. 160-163), y los últimos editores, Horacio Blanco (Script. Rerum. Italic, tom. I. p. 427, 428) y Felipe Arjelato (Sigon. Opera, tom. II, p. 11, 12). El Narsés

que asistió á la coronacion de Justino (Coripo, l. III, 221), se comprende claramente, que era una persona diferente.

(16) La muerte de Narsés la menciona Paulo, l. II, c. 11. Anastas. in Vit. Johan. III, p. 43, Agnello, Liber Pontifical. Raven. in Script. Rer. Italicarum, tom. II, p. I, p. 114, 124. Con todo, no puedo avenirme con Agnello en que Narsés tuviese noventa y cinco años. ¿Es probable que sus victorias las ganaría á los cuarenta?

(17) Los intentos de Narsés y de los Lombardos en la invasion de Italia se hallan de manifiesto en el último capítulo del primer libro, y los siete capítulos primeros del libro segundo, de Paulo el diácono.

(18) La que, por esta traslacion, se llamó Nueva Aquileya (Chron. Venet. p. 3). El patriarca de Grade luego fué el primer ciudadano de la república (p. 9, etc.); pero su silla no se trasladó á Venecia, hasta el año 1450. Se halla hoy en dia condecorado con dictado y honores; pero el rumbo de la iglesia ha tenido que avenirse al del estado, y el gobierno de una ciudad católica, es enteramente presbiteriano. Tomasin, Discipline de l' Eglise, tom. I, p. 156, 157, 161, 165. Amelot de la Houssaye, Gouvernement de Venise, tom. I, p. 256-261.

(19) Paulo dió una descripcion de Italia, como estaba á la sazon dividida, en diez y ocho rejiones (l. II, c. 14-24). La Disertatio Chorographica de Italia Medii Ævi, por el padre Beriti monje benedictino, y regius professor en Pavía, se ha tenido muy presente.

(20) Sobre la conquista de Italia, véanse los materiales orijinales de Paulo (l. II, c. 9-10, 12, 14, 25, 26, 27), la elocuente narracion de Sigonio (tom. II, de Regno Italiæ, l. I, p. 13-19), y la reseña esmerada y crítica de Muratori (Annali d' Italia, tom. V, p. 164-180).

(21) El lector clásico recordará la mujer y asesinato de Candaules, tan agradablemente referido en el primer libro de Herodoto. La eleccion de Gyges, αἱρέεται αὐτὸς περιεῖναι, puede servir de escusa á Peredeo: y esta suave insinuacion de un concepto odioso ha sido imitada por los mejores escritores de la antigüedad (Grevio, ad Ciceron, Orat. pro Milone. c. 10).

(a) Mató un leon. Le arrancaron los ojos por órden del cobarde Justino. Peredeo solicitó un avistamiento, y Justino sustituyó dos patricios, á quienes el ciego bárbaro clavó dos puñales en el corazon. Véase Le Beau, vol. X, p. 99.—M.

(22) Véase la historia de Paulo, l. II, c. 28-32. He tomado algunas circunstancias interesantes del Liber Pontificalis de Agnello, en Script. Rer. Ital. tom. II, p. 124. De todos los guias cronolójicos, Muratori es el mas seguro.

(23) Los autores orijinales, para el reinado de Justino el Menor son

Evagrio, Hist. Eccles. l. V, c. 1-12. Teófanes, in Chronograph. p. 204, 210. Zonaras, tom. II, l. XIV, p. 70-72. Cedreno, in Compend., p. 388-392.

(24) Dispositorque novus sacræ Baduarius aulæ,
Succesor soceri mox factus Cura-palati.—Corrippus.

Baduario se cita entre los decendientes y aliados de la casa de Justiniano. Una familia de Venecianos nobles (Casa *Badoero*) construyó iglesias, y dió duques á la república en el siglo noveno; y si se admite su alcurnia, ningun rey en Europa puede presentar una jenealojía tan antigua é ilustre. Ducange, Fam. Byzantin., p. 99. Amelot de la Houssaye, Gouvernement de Venise, tom. II, p. 555.

(25) Las alabanzas tributadas á los príncipes antes de su elevacion, son las mas puras y apreciables. Coripo ensalzó á Tiberio en la época del encumbramiento de Justino (l. I, 212-222). Con todo, hasta un capitan de los guardias, podia lograr adulacion en un destierro africano.

(26) Evagrio (l. V, c. 13) añadió las reconvenciones á sus ministros. Aplica este discurso á la ceremonia, cuando Tiberio fué revestido con la dignidad de César. La espresion suelta, mas bien que el verdadero error, de Teófanes, etc. retardó su investidura *Augusta*, hasta poco antes de la muerte de Justino.

(27) Teofilacto Simocatta (l. III, c. 11) dice, que legará á la posteridad el discurso de Justino, tal cual lo pronunció, sin tratar de correjir las imperfecciones del lenguaje ó de retórica. Quizá el engreido sofista hubiera sido incapaz de prorrumpir en tales arranques.

(28) Sobre el caracter y reinado de Tiberio, véase Evagrio, l. V, c. 13. Teofilacto, l. III, c. 12, etc. Teófanes, in Chron., p. 210-213. Zonaras, tom. II, l. XIV, p. 72. Cedreno, p. 392. Pablo Warnefrido de Gestis Langobard. l. III, c. 11, 12. El diácono del Forum Julii parece haber ajenciado algunos hechos curiosos y auténticos.

(29) Es por consiguiente bastante estraño, que Paulo (l. III, c. 15) le distinguiera como el primer emperador griego—primus ex Græcorum genere in Imperio constitutus. Sus sucesores inmediatos habian seguramente nacido en las provincias latinas de Europa; y diferentes lectores, in Græcorum Imperio, aplicarian la espresion, mas bien al imperio que al príncipe.

(30) Sobre el carácter y reinado de Mauricio, consúltense los libros quinto y sexto de Evagrio, particularmente l. VI, c. 1; los ocho libros de la historia prolija y florida por Teofilacto Simocatta; Teófanes, p. 213 etc. Zonaras, tom. II, l. XIV, p. 73. Cedreno, p. 394.

(31) Αὐτοκράτωρ ὄντως γενόμενος τὴν μὲν ὀχλοκρατείαν τῶν παθῶν ἐκ τῆς οἰκείας ἐξενηλάτησε ψυχῆς· ἀριστοκρατείαν δὲ ἐν τοῖς ἑαυτοῦ λογισμοῖς καταστησάμενος.

Evagrio compuso su historia en el año doce de Mauricio; y habia sido tan sabiamente indiscreto que el emperador supo y recompensó su opinion favorable (l. VI, c. 24).

(32) La jeografía antigua menciona con frecuencia la columna Réjia, en el paso mas estrecho del Faro de Mesina, á cien estadios del mismo Rejio. Cluver. Ital. Antig., tom. II, p. 1295. Lucas Holst. Annotat. ad Cluver., p. 301. Wesseling, Itiner. p. 106.

(33) Los historiadores griegos suministran algunos apuntes sobre las guerras de Italia (Menandro, in Excerpt. Legat., p. 124, 126. Teofilacto, l. III, c. 4). Los latinos son mas satisfactorios; y particularmente Paulo Warnefrido (l. III, c. 13-34), quien habia leido las historias mas antiguas de Secundo y Gregorio de Turs. Baronio presenta algunas cartas de los papas, etc. y las épocas están medidas con la escala puntualísima de Pagi y Muratori.

(34) Los abogados, Zacagni y Fontanini, podian con fundamento reclamar el valle ó pantano de Comaquio, como parte del exarcado. Pero la ambicion de incluir á Módena, Rejio, Parma y Placencia, ha empeorado una cuestion jeográfica algo dudosa y confusa. Aun Muratori, como dependiente de la casa de Este, no está libre de preocupacion y parcialidad.

(35) Véase Brencmann, Disert. 1.ª de República Amalphitana, p. 1, 42 ad calcem Hist. Pandect. Florent.

(36) Gregor. Magn. l. III, epist. 23, 25.

(37) He descrito el estado de la Italia de la escelenta disertacion de Beretti. Giannone (Istoria Civile, tom. I, p. 374-387) ha seguido el instruido Camilo Pellegrini, en la jeografía del reino de Nápoles. Tras la pérdida de la verdadera Calabria, la vanidad de los Griegos substituyó aquel nombre, en lugar de la denominacion mas humildilla de Brucio, y el trueque parece haberse verificado, antes del tiempo de Carlomagno (Ejinardo, p. 75).

(38) Maffei (Verona Illustrata, part. I, p. 310-321), y Muratori (Antichita Italiane, tom. II, Dissertazione XXXII, XXXIII, p. 71-365) han deslindado los lejítimos derechos del idioma italiano: el primero con entusiasmo, el segundo con discrecion, y ambos con injenuidad, verdad y sabiduría (*).

(39) Paulo, de Gest. Langobard., l. III, c. 5, 6, 7.

(40) Paulo, l. II, c. 9. Apellida á estas familias ó jeneraciones, con el nombre teutónico de *Faras*, usado tambien en las leyes lombardas.

(*) Compárese el admirable bosquejo de la dejeneracion de la lengua latina y la formacion de la italiana en Hallam, Edad Media, vol. III, p. 317, 329.—M.

El humilde diácono no se desentendia de la nobleza de su casta. Véase l. IV, c. 39.

(41) Compárese N.º 3 y 177 de las leyes de Rotario.

(42) Paulo, l. II, c. 31, 32, l. III, c. 16. Las leyes de Rotario, promulgadas A. 643, no contienen el menor vestijio de este pagamento de tercios; pero conservan muchas circunstancias curiosas del estado de Italia, y de las costumbres de los Lombardos.

(43) La yeguacería de Dionisio de Siracusa, y sus frecuentes victorias en los juegos olímpicos, habia difundido entre los Griegos la fama de los caballos venecianos; pero se perdió la cria en tiempo de Estrabon (l. V, p. 325). Jisulfo logró de su tio generosarum equarum greges. Pablo, l. II, c. 9. Los Lombardos introdujeron despues caballi sylvatici—caballos bravíos. Paulo, l. IV, c. 11.

(44) Tunc (A. 596) primum, *bubali* in Italiam delati, Italiæ populis miracula fuere (Paulo Warmefrido, l. IV, c. 11). Los búfalos, cuyo clima nativo parece ser la India y Africa, son desconocidos en Europa escepto en Italia, en donde abundan y son muy útiles. Los antiguos no conocian estos animales, menos Aristóteles (Hist. Animal., l. II, c. 1, p. 58, Paris, 1783) que los describió como los bueyes bravíos de la Aracosia. Véase Buffon, Hist. Naturelle, tom. XI y Suplemento tom. VI, Hist. Générale des Voyages, tom. I, p. 7, 481, II, 105, III, 291, IV, 234, 461, V, 193, VI, 491, VIII, 400, X, 666. Quadrúpedos de Pennant, p. 24. Dictionnaire d' Hist. Naturelle, par Valmont de Bomare, tom. II, p. 74. Sin embargo no debe encubrir el recelo de que Paulo, con yerro vulgar, puede haber aplicado el nombre de *bubalus* á los uros ó toros bravíos, de la antigua Jermania.

(45) Consúltese la disertacion XXI de Muratori.

(46) Comprueba su ignorancia el silencio, hasta de aquellos que han tratado especialmente del arte de la caza, y de la historia de los animales. Aristóteles (Hist. Animal., l. IX, c. 36, tom. I, p. 586 las notas de su último editor M. Cames, tom. II, p. 314), Plinio (Hist. Natur., l. X, c. 10), Eliano (de Natur. Animal., l. II, c. 42), y quizás Homero (Odis. XXII, 302-306), describe con pasmo un convenio tácito, y una cacería comun entre los halcones y los cazadores tracios.

(47) Particularmente el jirifalte, del tamaño de una pequeña aguililla. Véase la briosa descripcion de M. de Buffon, Hist. Naturelle, tom. XVI p. 239, etc.

(48) Script. Rerum Italicarum, tom. I, part. II, p. 129. Esta es la ley XVI del emperador Luis el Piadoso. Su padre Carlomagno tenia en su servicio halconeros y cazadores (Mémoires sur l' ancienne Chevalerie, par M. de St. Palaye, tom. III, p. 175). Noto en las leyes de Rotario

una mencion anterior del arte de la caza (N.º 322); y en la Galia, en el siglo quinto, Sidonio Apolinar la ensalza entre los talentos de Avito (202-207) (*).

(49) El epitafio de Droctulfo (Paulo, l. III, c. 19) puede aplicarse á muchos de sus compatricios: —

Terribilis visu facies, sed corda benignus
Longaque robusto pectore barba fuit.

Los retratos de los antiguos Lombardos pueden verse aun en el palacio de Monza, á doce millas de Milan, que habia sido fundado, ú restaurado, por la reina Teudelinda (l. IV, 22, 23). Véase Muratori, tom. I, disert. XXIII, p. 300.

(50) Paulo, l. III, c. 29, 34, refiere el cuento de Autario y Teudelinda; y ningun fragmento de la antigüedad bávara escitó tanto la infatigable actividad del conde de Buat, Hist. des Peuples de l' Europe, tom. XI, p. 595-635, tom. XII, p. 1-53.

(51) Giannone (Istoria Civile di Napoli, tom. I, p. 263) ha censurado con fundamento el desacato de Boccaccio (Gio. III, Novel 2) quien, sin derecho, ni verdad, ha encenagado á la piadosa reina Teudelinda en brazos de un arriero.

(52) Paulo, l. III, c. 16. Sobre el estado del reino en Italia, pueden consultarse las primeras disertaciones de Muratori, y el volúmen primero de la historia de Giannone.

(53) La edicion mas esmerada de las Leyes de los Lombardos se halla en el Scriptores Rerum Italicarum, tom. I, part. II, p. 1-181, tomadas de los manuscritos mas antiguos é ilustrada por las notas críticas de Muratori.

(54) Montesquieu, Esprit des Lois, l. XXVIII, c. 1. Les lois des Bourguignons sont assez judicieuses; celles de Rotharis et des autres princes lombards, le son encore plus.

(55) Véase Leges Rotharis, N.º 379, p. 47. Striga se emplea como el nombre de una bruja. Es del oríjen mas puro y clásico (Horat. Epod. v. 20. Petron. c. 134); y de las palabras de Petronio (¿quæ striges comederunt nervos tuos?) puede inferirse que la preocupacion era mas bien de estraccion italiana que bárbara.

(56) Quia incerti sumus de judicio Dei, et multos audivimus per pugnam sine justa causa suam causam perdere. Sed propter consuetudinem gentem nostram Langobardorum legem impiam vetare non possumus. Véase p. 74 N.º 65 de las leyes de Luitprando, promulgadas A. 724.

(*) Véase Beckman, Hist. de las Invenciones, vol. I, p. 319. —M.

(57) Léase la historia de Paulo Warnefrido; particularmente l. III, c. 16. Baronio desecha la alabanza, que parece contradecir las invectivas, del papa Gregorio el Grande; pero Muratori (Annali d' Italia, tom. V, p. 217) insinúa que el santo podia haber borrado demasías de los enemigos y arrianos.

(58) Los pasos de las homilias de Gregorio, representan el estado miserable de la ciudad y del pais, están copiados en los Anales de Baronio, A. 590, N.º 16. A. 595, N.º 2, etc.

(59) La inundacion y la plaga las refirió un diácono, á quien su obispo, Gregorio de Turs, habia enviado á Roma, en busca de reliquias. El injenioso mensajero engalanó su cuento y el rio, con un gran dragon, y un sinnúmero de sierpecillas (Greg. Turon., l. X, c. 1).

(60) Gregorio de Roma (Dialog., l. II, c. 15) hace referencia á una memorable prediccion de San Benito. Roma á Gentilibus non exterminabitur, sed tempestatibus, coruscis turbinibus, ac terræ motu, in semetipse marcescet. Semejante profecía se confunde en la verdadera historia, y viene á ser el testimonio del hecho que motivó su invencion.

(61) Quia in uno se ore cum Jovis laudibus, Christi laudes non capiunt, et quam grave nefandumque sit episcopis, canere quod nec laico religioso conveniat, ipse considera (l. IX, ep. 4). Los escritos del mismo Gregorio atestiguan su carencia de gusto clásico ó literario.

(62) Bayle (Dictionnaire Critique, tom. II, p. 598, 599) en un buen artículo de *Gregorio I*, ha citado, para los edificios y estatuas, á Platina en Gregorio I; para la librería palatina, Juan de Salisbury (de Nugis Curialium, l. II, c. 26); y para Livio, Antonino de Florencia; el mas anciano de los tres vivió en el siglo XII.

(63) Gregor., l. III, epist. 24, edict. 12, etc. Por las epístolas de Gregorio, y el volúmen VIII de los Anales de Baronio, puede el lector devoto conceptuar las partículas de hierro santo que se engastaron en llaves y cruces de oro, y se distribuyeron en Bretaña, Galia, España, África, Constantinopla y Ejipto. El herrero pontificio que manejó la lima, debia estar enterado de los milagros que estaba en su mano conceder ó negar; circunstancia que rebaja mucho la supersticion de Gregorio con menoscabo de su veracidad.

(64) Además de las Epístolas de Gregorio, coordinadas por Dupin (Bibliothèque Eccles., tom. V, p. 103-126) tenemos tres vidas del papa; las dos primeras escritas en los siglos VIII y IX (de Triplici Vita St. Greg. Prefacio al volúmen IV de la edicion benedictina) por los diáconos Paulo (p. 1-18) y Juan (p. 19-188), contienen muchos testimonios orijinales, aunque dudosos; la tercera una larga y trabajosa compilacion de los editores benedictinos (p. 199-305). Los Anales de Baronio

son una historia estensa, pero parcial. Sus preocupaciones papales amainan en el criterio de Fleury, (Hist. Ecclés., tom. VIII) y su crónica queda rectificada por Pagi y Muratori.

(65) Juan el diácono los ha descrito, como testigo ocular (l. IV, c. 83 84); y su relacion está ilustrada por Angelo Rocca, un anticuario romano (St. Greg. Opera, tom. IV, p. 312-326), quien dice, que algunos mosáicos de los papas del siglo VII, se conservan aun en las antiguas iglesias de Roma (p. 321-323). Las mismas paredes que representaban la familia de Gregorio, están ahora adornadas con el martirio de San Andrés, el noble contexto de Dominiquino y Guido.

(66) Disciplinis vero liberalibus, hoc est grammatica, rhetorica, dialectica, ita á puero est institutus, ut quamvis eo tempore florerent adhuc Romæ studia literarum tamen nulli urbe ipsa secundus putaretur. Paulo, Diacon. in Vit. S. Gregor., c. 2.

(67) Los Benedictinos (Vit. Greg., l. I, 205-208) trabajaron para reducir á los monasterios de Gregorio á la regla de su órden; pero como está admitido que la cuestion es dudosa, claro está que estos poderosos monges tienen la culpa. Véase Butler, Vidas de los Santos, vol. III, p. 145; obra de mérito: el sentido y sabiduría pertenecen al autor—sus preocupaciones son las de su profesion.

(68) Monasterium Gregorianum in ejusdem Beati Gregorii ædibus ad divum Scauri prope ecclesiam S. S. Johannis et Pauli in honorem St. Andreæ (Juan, in Vit. Greg., l. I, c. 6. Greg., l. VII, epíst. 13). Esta casa y monasterio estaban situadas en la parte del monte Celio que está encarado con el Palatino; hoy en dia están ocupados por los Camaldulenses: San Gregorio triunfa, y San Andrés se ha retirado á una pequeña capilla. Nardini, Roma Antica, l. III, c. 6 p. 100. Descrizzione di Roma, tom. I, p. 442-446.

(69) La oracion consiste en media docena de líneas; los Sacramentarios y Antifonarios de Gregorio llenan 880 pájinas en folio (tom. III, p. I, p. 1-889); con todo esto, no compone mas que parte del *Ordo Romanus*, que Mabillon ha ilustrado y Fleury abreviado (Hist. Ecclés., tom. VIII, p. 139-152).

(70) Sé por el abate Dubos (Reflexions sur la Poésie et la Peinture, tom. III, p. 174, 175), que la sencillez del canto Ambrosiano se reducia á cuatro tonos en tanto que el Gregoriano mas armonioso comprendia ocho tonos ó quince metros de la música antigua. Dice (p. 332), que los intelijentes admiran el prefacio y muchos pasos del oficio gregoriano.

(71) Juan el diácono (in Vit. Gregor., l. II, c. 7) espresa el desprecio, ya muy antiguo, que los Italianos profesaban al canto tramontano.

Alpina scilicet corpora, vocum suarum tonitrius altisone prestrepentia, susceptæ modulationis dulcedinem proprie non resultant: quia bibuli gutturis barbara feritas dum inflexionibus et repercussionibus mitem nititur edere cantilenam, naturali quodam fragore, quasi plaustra per gradus confuse sonantia, rigidas voces jactat, etc. En tiempo de Carlomagno, los Francos, aunque con repugnancia, admitieron la justicia de la reconvencion. Muratori, Disert. XXV.

(72) Un crítico francés (Petros Gussanvillus, Opera, tom. II, p. 105 112) vindicó el derecho de Gregorio á los fastidiosos diálogos. Dupin (tom. V, p. 138) supone, que ninguno dudará de la verdad de todos estos milagros: quisiera saber *cuantos* cree él.

(73) Baronio no quiere estenderse sobre el cuidado de los patrimonios, por temor de descubrir, que no consistian en reinos sino en *haciendas*. Los escritores franceses, los editores benedictinos (tom. IV, l. III, p. 272, etc.) y Fleury (tom. VIII, p. 29, etc.), se avienen á estos humildillos pero realmente provechosos pormenores; y la humanidad de Fleury se vincula en las virtudes sociales de Gregorio.

(74) Malicio que este tributo pecuniario, en los casamientos de los campesinos, produjo el célebre derecho, y muchas veces fabulosos, *de cuissage*, *de marquette*, etc. Con anuencia de su marido, una novia hermosa podia conmutar el pago en brazos de un joven señor, y el favor mútuo podia servir de antecedente á una tiranía local mas bien que legal.

(75) El reinado temporal de Gregorio I, está habilmente descrito por Sigonio, en el libro primero, de Regno Italiæ, Véanse sus obras, tom. II, p. 44-75.

CAPITULO XLVI.

Revolucion de Persia, despues del fallecimiento de Cosroes, ó Nushirvan.—Su hijo Hormuz, tirano, queda depuesto.—Usurpacion de Bahram.—Huida y restablecimiento de Cosroes II.—Su agradecimiento con los Romanos.—El Chagan de los Avaros.—Rebelion del ejército contra Mauricio.—Su muerte.—Tiranía de Focas.—Ensalzamiento de Heraclio.—La guerra de Persia.—Cosroes sojuzga la Siria, el Ejipto y el Asia Menor.—Sitio de Constantinopla por los Persas y Avaros.—Espediciones Persas.—Victorias y triunfo de Heraclio.

La contienda entre Roma y Persia se fué dilatando, desde la muerte

de Craso al reinado de Heraclio. Bien podia el desengaño de siete siglos, evidenciar á entrambas naciones la imposibilidad de afianzar sus conquistas allende los linderos aciagos del Tigris y el Eufrates; pero los trofeos de Alejandro enardecieron la emulacion de Trajano y Juliano, y allá los soberanos de Persia, se empapaban en su esperanza ambiciosa de restablecer el imperio de Ciro (1). Conatos tan descomunales de poderío y denuedo embargarán siempre los ánimos de la posteridad; pero los acontecimientos que no mudan trascendentalmente la suerte de las naciones no se estampan duraderamente en los ámbitos de la historia; y se abusaria de la paciencia del lector con la repeticion de las mismas hostilidades, emprendidas sin motivo, continuadas sin gloria y fenecidas sin resultado. Los príncipes Bizantinos se dedicaron con ahinco á las tramoyas de la negociacion, desconocidas de la grandiosidad sencilla del Senado y los Césares, y las memorias de tantísima embajada (2), están repitiendo, con la misma uniformidad difusa, arranques fementidos y desentonados, insolencias de los bárbaros y rendimientos rastreros de los Griegos tributarios. Lamentándome de la superfluidad esterilísima de los materiales, he tenido que esmerarme en compendiar el pormenor de estos vaivenes desabridos: mas suena todavía Nushirvan el Justo, como dechado de los reyes orientales, y la ambicion de su nieto Cosroes fué labrando aquella revolucion del Oriente, que se redondeó atropelladamente con las armas y la relijion de los succesores de Mahometo.

En las reyertas infructuosas que anteceden y abonan las contiendas de los príncipes, Griegos y bárbaros se zaherian mutuamente, por estar quebrantando la paz ajustada entre los dos imperios, cuatro años antes del fallecimiento de Justiniano. Aspiraba el soberano de la Persia y la India al avasallamiento del Yemen ó Arabia Feliz (3), la patria lejana del incienso y la mirra, que se habia soslayado, mas bien que opuesto, á los conquistadores del Oriente. Derrotado Alnahan, junto á los muros de la Meca, la desavenencia de sus hijos y hermanos franqueó la entrada á los Persas: aventaron á los advenedizos de Abisinia allende el mar Rojo, restableciendo en el solio á un príncipe natural de los antiguos Homenitas, como vasallo ú virey del gran Nushirvan (4). Mas pregonó el sobrino de Justiniano su ánimo de ir á desagraviar al príncipe de Abisinia su aliado, valiéndose de aquel pretesto decoroso, para retener el *tributo* anual mezquinamente disfrazado, bajo el nombre de pension. Los Magos intolerantes acosaban á los feligreses de la Persarmenia (*a*) que estaban implorando el amparo de los Cristianos, y tras la muerte de sus sátrapas, los rebeldes se acojian á guarecerse como hermanos y súbditos del emperador de los Romanos. Desatendió la corte Bizantina las quejas de Nushirvan; allanóse Justiniano á las instancias de los Turcos, que le brindaban con su alianza contra el enemigo comun, y amagaban á un tiempo las fuerzas de Euro-

pa, Etiopía y Escitia, á la monarquía Persa. A los ochenta años, el soberano de Oriente antepusiera quizá el goce pacífico de su gloria y encumbramiento, mas una vez que fué inevitable la guerra (A. 570—572.), salió á campaña con el denuedo de la mocedad, mientras el agresor estaba temblando en su palacio de Constantinopla. Dispuso personalmente Nushirvan ó Cosroes el sitio de Dara, y aunque carecia, de prevencion importantísima, de acopios y guarnicion, el teson del vecindario contrastó por cinco meses á los flecheros, á los elefantes y á las máquinas militares del gran rey. Entretanto su jeneral Adarman sale de Babilonia, atraviesa el desierto, pasa el Eufrates, insulta á los arrabales de Antioquía, reduce á cenizas la ciudad de Apamea, y rinde á los piés de su dueño los despojos de Siria, estrema su perseverancia hasta que se posesiona, en medio del invierno, del baluarte del Oriente. Mas estos quebrantos aterradores para las provincias y la corte, surtieron un resultado ventajoso con el arrepentimiento y renuncia del emperador Justiniano: descolló nueva pujanza en los arranques del consejo Bizantino, y se logró con la cordura, de Tiberio una tregua de tres años. Se dedicó aquel intermedio oportuno á los preparativos de guerra, y allá las hablillas ruidosas pregonaron que desde los países lejanos de los Alpes y el Rin, desde Escitia, Mesia, Panonia, Ilírico é Isauria, el poderío de la caballería imperial, se reforzaba con ciento y cincuenta mil soldados. Pero el rey de Persia, orillando zozobras ó miramientos, acordó anticiparse al enemigo; atraviesa de nuevo el Eufrates y despidiendo á los embajadores de Tiberio, les manda engreidamente aguardarle en Cesarea, cabeza de la provincia de Capadocia. Se encuentran y batallan los ejércitos en Militena (*d*); los bárbaros nublando el aire con miles de flechas, alargan mas y mas la línea y ciñen la llanura con sus alas, mientras los Romanos están sólidamente escuadronados, esperando empeñar y afianzar la refriega, con el poderío de sus espadas y lanzas. Un caudillo Escita que mandaba su derecha, sortea de improviso el costado enemigo, le asalta la retaguardia, á presencia de Cosroes, se interna en sus reales, saquea la tienda rejia, profana el fuego eterno, carga una recua de camellos con los despojos del Asia, rompe por medio de la hueste Persa, y vuelve, entonando cantares victoriosos, al regazo de sus amigos, que habian empleado la jornada en reencuentros parciales y escaramuzas inservibles. Anocheció, se desviaron los Romanos, y el monarca Persa asió de los cabellos la oportunidad del desquite, asaltando y señoreando desaforadamente uno de sus campamentos; mas hecho cargo de su descalabro y de su gran peligro, se retiró atropelladamente, quemando al paso el pueblo desierto de Militena, y prescindiendo de la tropa, despasó arrojadamente el Eufrates, sobre un elefante. Tras el malogro de esta campaña, falto de acopios y quizás hostigado por los Turcos, tuvo que dispersar ó repartir sus fuerzas, y quedando los Romanos due-

ños del campo, se adelantó su jeneral Justiniano al auxilio de los rebeldes en Persarmenia, y tremoló su estandarte en las orillas del Araxes. Allá Pompeyo se detuvo á tres jornadas del mar Caspio (5), y una escuadra enemiga (6) escudriñó sus ámbitos la vez primera, arrebatando setenta mil cautivos de Hircania, para la isla de Chipre. Justiniano, á los asomos de la primavera, bajó á las llanuras pingües de Hircania, y las llamaradas de la guerra, se iban acercando á la residencia de Nushirvan, cuando con el ímpetu de sus iras, se empozó en la huesa (A. 579), encargando en su postrer edicto á los succesores, que no espusiesen sus personas en refriegas contra los Romanos (c). Mas la memoria de aquel desdoro volandero desapareció en los timbres de un reinado larguísimo, y sus enemigos tan formidables, tras el embeleso de su triunfo, volvieron á solicitar un breve desahogo de los quebrantos de la guerra (7).

Se encumbró al solio de Cosroes Nushirvan, Hormuz ú Ormeidas, el primojénito ú el predilecto de sus hijos. Heredó, con los reinos de Persia, la nombradía y el ejemplo de su padre, el desempeño en todas las clases de sus oficiales atinados y valerosos, y un sistema jeneral de gobierno entonado con la práctica reflexiva, para promover la felicidad del príncipe y del pueblo. Mas cupo al mancebo real otra dicha de mayores quilates y fué la intimidad de su ayo consumado que siempre antepuso el pundonor al interés del alumno, y el interés á sus propias inclinaciones. En una contienda con filósofos Griegos é Indios, sostuvo Buzurg (8), que la desventura mas amarga de la vida es una ancianidad sin recuerdos de virtud, y damos candorosamente por supuesto, que este mismo arranque lo estuvo guiando por tres años en el timon del imperio Persa. El agradecimiento y la docilidad de Hormuz premiaron tantos afanes, reconociéndose mas deudor á su maestro que á su padre; pero menoscabadas ya, con la edad y los desvelos, las fuerzas y quizás las potencias del consejero consumado, se retiró de la corte y dejó al monarca mozo en manos de sus privados, y en el disparador de sus propios ímpetus (A. 579-590). En el aciago vaiven de los negocios humanos, sobrevinieron iguales lances en Ctesifonte á los que acaecieron en Roma, tras el fallecimiento de Marco Antonino. Los lisonjeros y estragadores, desterrados por el padre, acudieron al llamamiento, y se apoderaron del ánimo de su hijo, orillando y persiguiendo á los íntimos de Nushirvan, para plantear su tiranía, y la virtud fué huyendo mas y mas del pecho de Hormuz, de su palacio y del gobierno del estado. Los dependientes leales, los ojos y oidos del rey, le enteraron del nuevo desenfreno, con el cual los gobernadores de las provincias se abalanzaban embravecidos, al par de leones ó águilas, á su presa, y que sus robos y tropelías precisarian á los súbditos mas fieles á horrorizarse con el nombre y la autoridad de su soberano. Muerte ejecutiva fué el pago de tanta lealtad, se menospreciaron las hablas de las

ciudades, ejecuciones militares aplacaron los alborotos, se anonadó toda potestad intermedia desde el pueblo hasta el solio, y la vanagloria aniñada de Hormuz, con su tiara de continuo encasquetada, andaba pregonando, que solo él era el juez, así como el dueño de su reino. Voces y acciones, todo bastardeaba, respecto á las prendas de su padre. Su codicia defraudaba á la tropa; sus antojos envidiosos desdoraban á los sátrapas, la sangre inocente estaba manchando, palacios, tribunales y rios, y se engreia el tirano, con los padecimientos y la ejecucion de trece mil víctimas. Cohonestaba su crueldad manifestando, que las zozobras de sus Persas, pararian en odio y este en rebeldía, pero trascordaba, que su propia maldad y desvarío eran los causantes de los arranques mismos que estaba tildando, y de aquel acontecimiento que tan fundadamente recelaba. Desahuciadas y embravecidas, con tantísima tropelía las provincias, de Babilonia, Sara y Carmania enarbolaron el estandarte de la rebelion, y los príncipes de Arabia, India y Escitia, denegaron su tributo acostumbrado al sucesor indignísimo de Nushirvan. Las armas de los Romanos, con pausados sitios y correrías redobladas, estaban acosando los confines de Mesopotamia y Asiria; uno de sus jenerales se profesaba discípulo de Escipcion, y la soldadesca se enardecia con una efijie milagrosa de Cristo, cuyo aspecto apacible nunca debió tremolarse al frente de una refriega (9). Al mismo tiempo, el gran Khan invadió las provincias de Persia, atravesando el Oxo al frente de trescientos ó cuatrocientos mil Turcos. El desalentado Hormuz aceptó aquel auxilio alevoso, se mandó á las ciudades del Khorozan ó Bactriana, que abriesen sus puertas, la marcha de los bárbaros hácia las sierras de Hircania patentizó la correspondencia de las armas Turcas, con las Romanas, y su reunion no podia menos de volcar el sólio de la alcurnia de Sasan.

Perdió un rey la Persia, y la salvó un héroe (A. 590). El hijo de Hormuz, déspota allá desaforado, tiznó á Voranes ó Bahram, como esclavo desagradecido, despues de su rebelion, aunque descendia positivamente de los príncipes antiguos de Reis (10), una de las siete familias, cuyas regalías sólidas y esplendorosas, las encumbraban sobre la mayor nobleza Persa (11). Descolló Bahram con su denuedo, á presencia de Nushirvan, en el sitio de Dara, y tanto el padre como el hijo, lo fueron promoviendo, al mando de las armas, al gobierno de la Media, y á la superintendencia del palacio. Sus victorias anteriores y personalidad estraordinaria, pudieron ocasionarle el anuncio popular de libertador de la Persia: el dictado de Jiubin (*d*) espresa *madera seca;* su estatura y sus fuerzas eran ajigantadas, y su estampa montaráz se solia parangonar antojadizamente á un gato montés. Mientras la nacion estaba temblando, y disfrazaba Hormuz su pavor bajo el nombre de recelo, y los sirvientes encubrian su fementimiento, con capa de zozobra, solo Bahram ostentaba su denuedo indó-

mito y su lealtad aparente; y luego que tan solos doce mil soldados trataban de seguirle contra el enemigo, manifestó sabiamente, que el cielo habia reservado los timbres del triunfo á aquel número selecto (e). El descenso angosto y tajado del Pule Rudbar (12), ó peñasco Hircanio, es el único tránsito por donde se puede internar un ejército, hasta el territorio de Rú y las llanuras de la Media. Desde sus cumbres dominantes, una partida arrestada podia sepultar con piedras y derrumbos á las millaradas de la hueste Turca; dos flechazos traspasaron al emperador y á su hijo, y los fujitivos quedaron sin caudillos ni víveres, á merced de un pueblo agraviado. El afecto á la ciudad de sus antepasados enardeció el patriotismo del jeneral Persa; á los asomos de la victoria todo labriego fue soldado y todo soldado un héroe, inflamándose mas y mas su arrojo presenciando el aparato lujoso de techos, sillones y mesas de oro macizo, despojos del Asia, y preseas del campamento enemigo. Aun príncipes de índole menos malvada no perdonarian de suyo al bienhechor, pero envenenó el ódio de Hormuz allá una hablilla siniestra de que Bahram se habia reservadamente apropiado los frutos mas preciosos de la victoria Turca. Mas desembocando ya un ejército romano sobre el Araxes, tuvo que vitorear tambien y sonreirse el tirano implacable, y premió los afanes de Bahram con el permiso de arrostrar un nuevo enemigo, con disciplina y maestría mas formidable que una muchedumbre escita. Engreido con su logro reciente, envió allá un heraldo con su osado reto al campamento Romano, emplazándolo para la refriega, y escojer entre pasar el rio, ú franquear el tránsito á las armas del gran rey. El Lugarteniente del emperador Mauricio antepuso el partido mas seguro, y esta circunstancia local, que hubiera realzado la victoria de los Persas, ensangrentó mas la derrota y dificultó su salvamento; pero la pérdida de súbditos y el peligro de su reino quedaron, en el concepto de Hormuz, preponderados con el desdoro de su enemigo personal, y apenas Bahram recojió y revistó su tropa, se halló con un mensajero real portador de una rueca, un torno de hilar y un traje galano y cabal de mujer. En obediencia á la disposicion del soberano, se presentó á los soldados bajo aquel disfraz afrentoso; les amargó igualmente el baldon, prorumpieron de fila en fila en alaridos de rebeldía, y recibióles el juramento de fidelidad y los raptos de venganza. El segundo mensajero, encargado de aherrojar y prender al rebelde, quedó hollado por un elefante; volaron manifiestos exhortando á los Persas á volver por su libertad contra un tirano ruin y despreciable. Alzáronse todos á una voz; sus esclavos leales fenecieron á manos de la plebe sañuda; desertó la tropa á las banderas de Bahram, y luego las provincias saludaron al libertador de la patria. Estando los tránsitos atajados, Hormuz podia tan solo computar el número de sus enemigos por el testimonio de su conciencia criminal, y por el desvío diario de cuantos, al

presenciar su conflicto, se desagraviaban, ú olvidaban sus compromisos. Tremolaba allá altaneramente las insignias de su jerarquía, pero la ciudad y el alcazar de Modain se desentendian ya del mando del tirano. Entre las víctimas de su crueldad, Bindoes, príncipe Sasánito, yacia empozado en una mazmorra; un hermano con su afan y su denuedo lo habia desaherrojado, y arrostró al rey capitaneando á la guardia leal escojida como ministro de su encierro y tal vez de su muerte. Sobresaltado con el atropellamiento y cargos vehementes del encarcelado, Hormuz mira en torno y en balde tras algun arrimo de obra ó de palabra, echa de ver que todo su poderío se cifraba en la obediencia ajena, y se allana sufridamente á la diestra única de Bindoes, que lo lleva arrastrando desde el solio al propio calabozo en donde acababa de yacer él mismo. Huye de la ciudad Cosroes, primojénito de Hormuz al arranque del alboroto, pero recaba Bindoes que vuelva prometiéndole sentarlo en el solio de su padre, y esperanzado de reinar bajo el nombre de un mozo bisoño. Bajo el concepto positivo de que sus cómplices ni podian perdonar, ni esperar ser indultados, y de que todo Persa pudiera desempeñar el cargo de Juez y enemigo de un tirano, entabló un procedimiento público sin antecedente y sin remedo, en los anales del Oriente. El hijo de Nushirvan, que habia solicitado el litigar en defensa propia, fué traido como reo á la junta jeneral de nobles y sátrapas (13). Se le estuvo oyendo comedidamente, mientras se esplayó sobre las ventajas del órden y la obediencia, el peligro de toda innovacion y la desavenencia inevitable entre cuantos se habian incitado mútuamente, para hollar á su hereditario y lejítimo soberano. Con un arranque afectuoso hácia la humanidad del auditorio, recabó la conmiseracion que por maravilla cabe á las desventuras de un rey; y al mirar el ademan rastrero y la estampa desencajada del reo, sus lágrimas, sus cadenas y los cardenales de azotes, no cupo olvidar cuan poco antes estuvieron adorando la brillantez sobrehumana de su púrpura y su diadema. Mas al querer sincerar su conducta y decantar las victorias de su reinado, un susurro sañudo se disparó en la concurrencia. Se puso á deslindar el instituto de un rey, y le escucharon los Persas nobles con cierta sonrisa de menosprecio; ardieron en ira cuando osó motejar la índole de Cosroes, y con el brindis indiscreto de renunciar el cetro en su hijo segundo, firmó su propia condena y sacrificó la vida del inocente predilecto. Colgáronse á la vista del pueblo los cadáveres descuartizados del niño y de su madre; barrenaron los ojos á Hormuz con una aguja caldeada, y al castigo del padre siguió la coronacion del primojénito. Ascendió Cosroes al sólio sin mancilla, y su cariño se esmeró en mitigar los quebrantos del apeado monarca, trasladándolo del calabozo á una estancia en el palacio, suministrándole anchamente cuanto podia halagarle el apetito, y sufriendo resignadamente sus ímpetus furibundos de encono y

desesperacion. Cabíale el menospreciar los disparos de un tirano ciego y malquisto, mas le temblaba tambien la tiara en las sienes, hasta que volcase el poderío, ú se granjease la intimidad del grande Bahram, que tachaba reciamente de impropia revolucion, en que ni él ni sus soldados, los verdaderos representantes de Persia habian tenido parte. A la oferta de indulto jeneral y de segundo lugar en el reino, contestó con su carta Bahram, íntimo de los dioses, vencedor de los hombres y enemigo de los tiranos, sátrapa de los sátrapas, jeneral de los ejércitos Persas, y príncipe realzado con el dictado de las once virtudes (14). Encarga á Cosroes hijo de Hormuz, que evite el ejemplo y la suerte de su padre, que encarcele á los traidores descargados de sus cadenas, que deposite en algun lugar sagrado la diadema usurpada, y acepte de su bienhechor graciable el perdon de sus yerros y el gobierno de una provincia. Quizá no se engrió el rebelde, y el rey no era por cierto humilde, mas el uno estaba muy enterado de su propio poderío, el otro de su flaqueza, y aun el tenor comedido de su contestacion, dejó todavía lugar para contratar y hermanarse. Sacó á campaña Cosroes la servidumbre palaciega, y la chusma de la capital; aterráronse al presenciar las banderas de un ejército veterano, les acorraló y asombró el jeneral con sus evoluciones, y los sátrapas volcadores de Hormuz tuvieron el castigo de su rebelion, ó purgaron la traicion primera con otro acto mas criminal de infidelidad. Salvó Cosroes su vida, mas tuvo que acudir al amparo de estraños, y el implacable Bindoes, con el afan de afianzar su título indisputable, corrió atropelladamente al palacio, y remató con un flechazo la desventurada existencia del hijo de Nushirvan (15) (A. 590).

Al providenciar Cosroes los preparativos de su retirada, se paró á deliberar con sus amigos restantes (16), si se emboscaria por las breñas del Monte Cáucaso, ó huiria á las tiendas de los Turcos, ó bien imploraria el amparo del emperador. La competencia dilatada entre los sucesores de Artajerjes y de Constantino, reforzaba su repugnancia en asomar como suplicante por una corte enemiga, mas se hizo cargo de las fuerzas de los Romanos y de que la inmediacion de Siria facilitaba su salvamento y sus auxilios. Acompañado únicamente por sus concubinas, y una escolta de treinta guardias, salió encubiertamente de la capital, siguió el cauce del Eufrates, atravesó el desierto, y se detuvo á tres leguas de Circesio. Participaron á deshora al Prefecto Romano su llegada, y al amanecer introdujo al real advenedizo en la fortaleza. Condujéronle luego á la residencia mas decorosa de Hierápolis, y Mauricio encubrió su infamia y ostentó su agasajo, al recibo de las cartas y embajadores de Nushirvan. Se esplayaron rendidamente en los vaivenes de la suerte y el interés comun de los príncipes, abultaron la ingratitud de Bahram, ajente del mal principio, y esforzaron con razones decorosas las ventajas de los mismos Romanos en

sostener ambas monarquías, árbitras del orbe, como lumbreras, á cuyo influjo benéfico se vivifica y engalana. Desahogaron la angustia de Cosroes, asegurándole que el emperador tomaba á su cargo la causa de la justicia y del cetro; pero Mauricio se desentendió cuerdamente del costo y la permanencia de aquella visita inservible para Constantinopla. Regaló el bienhechor garboso una diadema preciosísima al príncipe fujitivo, con un agasajo imponderable de joyas y de oro; juntóse un ejército poderoso en el confin de Siria y Armenia, al mando del valeroso y leal Narsés (17) y aquel jeneral de su propia nacion y nombramiento debia atravesar el Tígris y nunca envainar la espada, hasta dejar restablecido á Cosroes en el sloio de sus antepasados. Empresa esplendorosa, mas no tan ardua como parecia (*f*). Estaba ya la Persia arrepentida de su aciaga temeridad, que vendia al heredero de la casa de Sasan á la ambicion de un súbdito rebelde; y la denegacion osada de los Magos á consagrar la usurpacion, precisó á Bahram á empuñar el cetro, desentendiéndose de las leyes y preocupaciones de la Nacion. Desencajaron luego conspiraciones el palacio, alborotos la ciudad y asonadas las provincias, y el ir ajusticiando cruelmente á los reos ó sospechosos, condujo tan solo á embravecer, en vez de doblegar, el desabrimiento público. Al tremolar el nieto de Nushirvan sus banderas y las Romanas allende el Tígris, acudieron á raudales nobleza y pueblo, y al ir adelantando recibia de continuo las llaves de sus ciudades oficiosas, con las cabezas de sus enemigos. Libre ya Modain de la presencia del usurpador, su vecindario leal obedeció al primer llamamiento de Metodes, capitaneando tan solos dos mil caballos, y admitió Cosroes los realces preciosos y sagrados del palacio, como prenda de su veracidad y agüero de las venideras dichas. Incorporadas, á pesar de las vanas dilijencias de Bahram, las tropas imperiales, se tranzó la contienda en dos batallas sobre las orillas del Zab á la raya de la Media. Ascendian los Romanos á sesenta mil con los súbditos fieles de la Persia, al paso que se reducia á cuarenta mil hombres la fuerza del usurpador; descollaron con su denuedo y maestría entrambos jenerales; pero el número y la disciplina alcanzaron por fin la victoria. Bahram, tras el descalabro, huyó con sus residuos, hácia las provincias orientales del Oxó: la enemistad de Persia lo hermanó con los Turcos, mas el veneno, quizás el mas incurable, de los remordimientos y la desesperacion, acibarados con el recuerdo de la gloria perdida, acortaron su existencia. Mencionan sin embargo todavía los Persas modernos las proezas de Bahram, y algunas leyes escelentes han dilatado los breves dias de su reinado revuelto y transitorio (*g*).

Festejos y ejecuciones celebraron el restablecimiento de Cosroes, y en los intermedios de música del real banquete, sonaban alaridos de infinitos ajusticiados (A. 591.-603). Un indulto consolara y aquietara aquel pais conmovido con tantos vaivenes, pero antes de tildar la índole sangui

naria de Cosroes, hay que apurar si los Persas prescindian ó no de rigores, tachando siempre de flaqueza, la blandura de sus soberanos. La rebeldía de Bahram y la conspiracion de los sátrapas, quedaron vengadas imparcialmente por la justicia ó la venganza del vencedor; ni aun los merecimientos de Bindoes alcanzaron á purificar sus manos del delito de la sangre real, pues el hijo de Hormuz ansiaba comprobar su inocencia y desagraviar la santidad de los reyes. Durante la pujanza del poderío de Roma, las armas y la autoridad de los Césares solian entronizar á los príncipes de Persia, mas luego sus nuevos súbditos se desazonaban con los desbarros, ó las prendas, que traian de tierras estrañas, y la insubsistencia de su mando ocasionó el dicho vulgar de que, la liviandad antojadiza de la servidumbre oriental apetecia y orillaba con igual afan las elecciones de Roma (18). Pero sobresalió la gloria de Mauricio en el reinado cumplido y venturoso de su *hijo* y su aliado. Un cuerpo de mil Romanos que siguieron guardando la persona de Cosroes, estaba pregonando su confianza en la lealtad de los estranjeros; al paso que se fue robusteciendo su poderío se desentendió de aquel arrimo malquisto; pero continuó profesando el mismo agradecimiento y atencion á su padre adoptivo, y hasta la muerte de Mauricio se conservaron incontrastables la paz y la alianza entre ambos imperios. Mas la amistad mercenaria del príncipe Romano se habia feriado con dones costosos é importantes: restableciéronse devueltas las ciudades poderosas de Martirópolis y Dara (*h*), y los Persarmenios se constituyeron súbditos voluntarios de un imperio, cuyos linderos orientales, se estendian sin ejemplar, en los tiempos anteriores, hasta las mismas orillas del Araxes y las cercanías del mar Caspio. Se esperanzaba devotamente que la iglesia y el estado triunfasen en esta revolucion, mas cuanto Cosroes habia escuchado de los obispos cristianos, quedó borrado con el afan y elocuencia de los Magos: si le cupo allá cierta indiferencia filosófica, iba ajustando su creencia, ó mas bien sus protestas, á las diversas circunstancias de un desterrado ú de un soberano. La soñada conversion del rey de Persia, se redujo á una veneracion local y supersticiosa de Serjio (19), uno de los santos de Antioquía, que oyó sus plegarias y se le apareció en sueños; enriqueció su sagrario con ofrendas de oro y plata, y atribuyó á aquel patron invisible, el éxito de sus armas y la preñez de Sira, cristiana devota y la predilecta de todas sus consortes (20). La lindeza de Sira ó Shirin (21), su agudeza y su habilidad en la música, suenan todavía en la historia, ó mas bien en las novelas del Oriente; hasta su nombre espresa en la lengua Persa suavidad y gracejo, y el dictado de *Parviz* alude á la justicia de su amante real. Mas Sira nunca correspondió colmadamente á Cosroes, cuya pasion estuvo siempre acibarada de una desconfianza zelosa, de que atesorando su persona, se hallaba prendada de un ruin predilecto (22).

Revivia en Oriente la majestad del nombre Romano, pero se enmarañaba la perspectiva de Europa. Quedó en el Danubio desnivelada la potestad con la ida de los Lombardos y el esterminio de los Jépidas, y los Avaros fueron estendiendo su señorío, desde las faldas de los Alpes hasta la costa del Euxino (A. 570-600). Su temporada mas esclarecida es la del reinado de Bayano; su Chagan aposentado en el palacio montaraz de Atila, parece que fué su remedo en índole y en policía (23); pero como vinieron á repetirse los mismos lances en campo mas estrecho, un traslado individual del que ya lo era, careceria de la grandiosidad y del atractivo del orijinal. Un bárbaro altanero holló las ínfulas del segundo Justino, de Tiberio y de Mauricio, con la proporcion de guerrear á su albedrío, dañando y poniéndose en salvo; y en amenazando la Persia al Asia, acosaban los Avaros la Europa con sus correrías asoladoras, ó su amistad costosísima. Al asomar los enviados Romanos á la presencia del Chagan, tenian que estar esperando á la puerta de su tienda, hasta que al cabo tal vez de diez ó doce dias, se allanaba á recibirlos. Si le disonaba en el modo ú la sustancia el mensaje, se disparaba real ó afectadamente, prorumpia en desacatos contra ellos mismos ó contra sus príncipes, se apropiaba los equipajes y solo salvaban su vida, con la promesa de regalos mas subidos y presentacion mas sumisa. Pero sus embajadores sagrados gozaban y abusaban de todo su desenfreno, en medio de Constantinopla; se aferraban á gritos descompasados, en el aumento del tributo ú la devolucion de cautivos ó desertores, y la majestad del imperio venia á quedar igualmente ajada con las condescendencias rastreras y con las disculpas fementidas y medrosas, con que se desentendian de tan desmandadas peticiones. Nunca habia visto el Chagan un elefante, y el retrato tal vez fabuloso de aquel cuadrúpedo peregrino enardeció su curiosidad. Mandó que se le enjaezase y condujese uno de los elefantes mas ajigantados de las caballerizas imperiales, con crecida comitiva, á la aldea rejia por los llanos de la Hungría. Estuvo mirando con asombro aquel irracional enorme, y se sonrió del necio afan de los Romanos, que andaban escudriñando los rincones de la tierra y de los mares en pos de aquellas estrañezas inservibles. Ansió descansar sobre un lecho de oro, á costa del emperador. Abocáronse riquezas y esmeros de artífices eminentes de Constantinopla, para satisfacerle aquel antojo; mas concluida la obra, desechó con ceño un regalo tan impropio, para la majestad suma de un gran rey (24). Estos eran disparos accidentales de sus ínfulas, pero la codicia del Chagan era otra pasion mas tenaz y manejable, un suministro arreglado y riquísimo de sederías, alhajas y muebles fue introduciendo los asomos del arte y del lujo por las tiendas de los Escitas; se avivaba su apetito con la pimienta y el cinamomo de la India (25); el subsidio anual fue subiendo de ochenta mil á ciento y veinte mil piezas de oro, y á cada suspension, por

enemistades, se acrecia el pago de atrasos, con intereses exorbitantes, segun la primera condicion de todo tratado nuevo. A su modo bárbaro allá sin rebozo, el principe de los Avaros aparentaba lastimarse de la doblez de los Griegos (26), mas no iba en zaga á las naciones civilizadas en los ardides del disimulo y la alevosía. Como sucesor de los Lombardos, alegó el Chagan su derecho á la ciudad grandiosa de Sirmio, baluarte antiguo de las provincias ilíricas (27). Cuajó los llanos de la Hungría inferior con su caballería, y se construyó una escuadra de barcas crecidas en la selva Hercinia, para bajar por el Danubio y trasportar al Save los materiales de un puente; mas por cuanto la guarnicion crecida de Senjiduno, que señoreaba la confluencia de ambos rios, podia atajarle el paso y burlar sus intentos, desvaneció todo recelo, jurando solemnemente que sus miras no eran de hostilizar al imperio. Se juramentó por su espada, símbolo del dios de la guerra, de que no trataba de construir un puente sobre el Save, como enemigo de Roma. « Si quebranto mi juramento, » continuó el denodado Bayano, « ¡ así yo, y hasta el último de mi nacion fenezcamos á los filos de la espada! ¡así el cielo, el fuego y la Deidad suprema, caigan sobre nuestras cabezas! ¡así montes y selvas nos sepulten bajo sus ruinas! » Tras esta imprecacion bravía se informó sosegadamente del juramento mas sagrado y venerable de los Cristianos, y qué delitos de perjuros era mas temible; presentóle el obispo de Sirfiduro el Evanjelio que recibió el Chagan : « Juro, » prorumpió, « por el Dios que habla en este libro sagrado, que no se abriga ni falsedad en la lengua, ni alevosía en mi pecho. » Luego que se levantó de estar de rodillas, activó el afan de su puente, y despachó un enviado para pregonar lo que ya no trataba de encubrir. « Participad al emperador, » esclamó el aleve, « que Sirmio queda cercado. Encargad á su cordura que recoja ciudadanos y efectos, y se desentienda de pueblo que no acertará á socorrer ni resguardar. » Sirmio aunque desahuciada resistió por mas de tres años : estaban todavía intactos los muros ; pero aguantaba el hambre , hasta que una capitulacion compasiva franqueó la salida al vecindario desnudo y hambriento. Sinjiduno, distante doce leguas, padeció suerte mas azarosa, pues le arrasaron los edificios, y los moradores yacieron en destierro y servidumbre. Mas desaparecieron ya los escombros de Sirmio, y la situacion ventajosa de Sinjiduno le atrajo luego una colonia de Eslavones, resguardando todavía aquella confluencia del Save y del Danubio las fortificaciones de Belgrado, ó *Ciudad blanca*, combatida tantas y tan empeñadas veces por las armas turcas y cristianas (28). Dista Belgrado como doscientas leguas de Constantinopla : sangre y llamaradas iban señalando aquella linea ; bañábase alternativamente la caballería de los Avaros en el Euxino y el Adriático, y el pontífice romano sobresaltado con los asomos de un enemigo mas bravío (29), tuvo que halagar á los Lombardos, como amparadores de Italia. La desespe-

racion de un cautivo, á quien su patria le negó el rescate, patentizó á los Avaros el invento y práctica de máquinas militares (30), mas toscamente fabricadas y torpemente servidas, con la resistencia de Dioclecianópolis, Beria, Filipópolis y Andrinópolis, quedó exhausta la habilidad, al par del sufrimiento de los sitiadores. Guerreaba allá Bayano á lo Tártaro, pero cabian en su pecho arranques de humanidad garbosa; conservó á Anquialo, cuyas aguas saludables, habian curado á su consorte predilecta, y confiesan los Romanos, que la jenerosidad de un enemigo alimentó y despidió á su ejército hambriento. Abarcaba su imperio la Hungría, Polonia y Prusia, desde la embocadura del Danubio á la del Oder (31), y sus nuevos súbditos quedaron divididos y traspuestos, por la política recelosa del vencedor (32). Las rejiones orientales de la Jermania, vacantes con la emigracion de los Vándalos, se poblaron con colonos Eslavones; hállanse las idénticas tribus en las inmediaciones del Báltico y del Adriático, y todavía en el corazon de la Silesia, se tropieza con las ciudades ilíricas de Necis y Sisa, apellidadas del mismo Basano. Esponia el Chagan tropas y provincias al primer asalto, pues en la colocacion se desentendia de sus vidas (33), y así quedaban embotados los aceros del enemigo antes de encontrarse con el denuedo nativo de los Avaros.

Con la alianza de Persia acudió la tropa del Oriente al resguardo de Europa, y Mauricio tras de aguantar diez años los desacatos del Chagan, blasonó de salir personalmente al encuentro de los bárbaros. En dos siglos ninguno de los sucesores de Teodosio habia asomado en campaña, apoltronándose todos de por vida, en el palacio de Constantinopla, y los Griegos no acababan de comprender, que el dictado de *emperador*, en su sentido primitivo, llevaba sobreentendido el mando de los ejércitos de la república. Contrastaron el ímpetu de Mauricio la lisonja circunspecta del Senado, la superticion medrosa del patriarca, y los lloros de la emperatriz Constantina, y todos juntos le amonestaron, que traspasara á otro jeneral inferior los afanes y peligros de una campaña escítica. Ensordeció á todo ruego y advertencia, se adelantó á dos leguas de la capital (34), tremoló denodadamente, á vanguardia, la insignia sacrosanta de la cruz, y fué revistando engreidamente las armas y el número de los veteranos, batalladores y vencedores allende el Tígris. Anquialo fué el último paradero de su marcha por mar y tierra, andaba ansioso, aunque en balde, de una contestacion milagrosa á sus plegarias nocturnas; acongójose su ánimo con la muerte de un caballo predilecto, el tropiezo con un jabalí, de un temporal, y del nacimiento de un niño monstruoso, olvidando que el sumo agüero se cifra en desenvainar con brio la espada en defensa de la patria (35). Volvióse á Constantinopla, bajo el pretesto de recibir á los embajadores de Persia; trocó los arranques guerreros con los devotos, y desesperanzó á todos con su ausencia y el nombramiento de su lugarte-

niente. El cariño fraternal pudiera disculpar la ciega promocion de su hermano Pedro, que huyó con igual desdoro de los bárbaros, de su propia tropa, y del vecindario de una ciudad Romana. Esta, rastreándola por la semejanza del nombre y circunstancias, fué el decantado Arimuncio (56) que por si sola rechazó el huracan de Atila. El ejemplar de su juventud belicosa fué cundiendo por sus jeneraciones posteriores, y lograron por Justino primero ú segundo la regalía honorífica, de que su denuedo se reservase siempre para la defensa de su patria. Intentó el hermano de Mauricio arrollar este privilejio, y barajar un tercio patriótico allá con los mercenarios de sus reales; retiráronse á la iglesia, mas no le contuvo aquel sagrado; sublevóse el pueblo todo, se cerraron las puertas, se guarneció la muralla, y la cobardía de Pedro resultó igual á su arrogancia y tropelía. La nombradía militar de Comentiolo (57), es el tema de una sátira ó comedia mas bien que historia formal; puesto que carecia aun de la prenda tan vulgar y baladí del valor personal. Sus consejos ostentosos, evoluciones desconcertadas y órdenes secretas, daban siempre campo para la huida ó la dilacion. Si se encaminaba al enemigo, las vegas placenteras del monte Hemo, le oponian una valla incontrastable, pero al retirarse, iba escudriñando con esmero confiado los senderos mas recónditos y trabajosos, de que apenas tenian la menor noticia los ancianos del pais. La única sangre que llegó á derramar fué la de una vena en su dolencia efectiva ó aparente, por la lanceta del sangrador, y su sanidad que se accidentaba en estremo, al asomo de los bárbaros, se restableció cumplidamente con el sosiego y el resguardo de la invernada. Príncipe que encumbraba y sostenia á un privado tan ruin, ningun mérito puede alegar, por el desempeño casual de su compañero Prisco (58). En cinco refriegas consecutivas y dispuestas al parecer con tino y denuedo, quedaron prisioneros hasta diez y siete mil y doscientos bárbaros, muertos cerca de sesenta mil, con cuatro hijos del chagan; sorprendió el jeneral Romano un distrito pacífico de los Jépidas, que yacian al amparo de los Avaros, ensalzando allá sus últimos trofeos sobre las orillas del Danubio y del Tesis. Las armas del imperio, desde el tiempo de Trajano, ya no se habian internado tanto por la antigua Dácia. Mas tan crecidos logros de Prisco fueron momentáneos é inservibles, llamándole luego con la zozobra de que, Bayano con su denuedo indómito y huestes reforzadas, se aparejaba para desagraviarse á las puertas de Constantinopla (59).

No florecia mas la teórica de la guerra en los campamentos del Cesar ó de Trajano, que en los de Justiniano y Mauricio (40). La maestría de los artífices Bizantinos daba subido temple á los aceros de Toscana y del Ponto. Rebosaban de pertrechos los almacenes ó parques. En cuanto á la construccion de bajeles, máquinas y fortificaciones, se pasmaban los bárbaros con la injeniosidad de un pueblo que tantas veces habian vencido en el

campo. La táctica sublime, el sistema, evoluciones y ardides de la antigüedad, se escribian y estudiaban en los libros de los Griegos y Romanos. Mas la despoblacion y la bastardía de las provincias, no aprontaban ya varones membrudos para empuñar aquellas armas, defender aquellos muros, gobernar aquellas naves, y para plantear prácticamente, con desalado denuedo, la especulativa grandiosa de la guerra. El númen de Belisario, y al par el de Narsés, descollaron sin maestros y fenecieron sin discípulos. Ni pundonor, ni patriotismo, ni supersticion gallarda, podian enardecer á los miembros yertos de esclavos y advenedizos, que estaban ostentando los timbres de las legiones: tan solo en sus reales debian los emperadores ejercitar su mando despótico; y allí tan solo se desairaba y escarnecia su autoridad; aquietaba con oro, é inflamaba el desenfreno de la tropa, pero el achaque era perpetuo, la victoria casual; y su mantenimiento costosísimo desangraba un estado que no acertaban á defender. Intentó Mauricio desarraigar aquellos resabios tan inveterados, pero la empresa desatinada que recayó sobre su cabeza, vino á agravar la dolencia. Debe todo reformador vivir ajeno de recelo de interés, y tiene que merecer el aprecio y confianza de los reformados. Las tropas de Mauricio escucharian tal vez los acentos de un caudillo victorioso, pero desestimaban las advertencias de un estadista ó de un escolar, y al escuchar un edicto que rebajaba de su paga el importe de sus armas y su ropa, todas prorumpieron en abominaciones, contra la codicia de un príncipe empedernido y ajeno de sus peligros y fatigas. Menudeaban las asonadas por los campamentos de Asia y de Europa (41), la soldadesca disparada de Édesa fué persiguiendo con baldones, amenazas y aun heridas, á sus trémulos jenerales; derribó las estatuas del emperador, apedreó la efijie milagrosa de Cristo, y ó bien sacudió el yugo de toda ley civil y militar, ó entabló el sistema azaroso de subordinacion voluntariosa. El monarca siempre lejano, y por lo mas engañado, no acertaba á ceder á contrarestar, segun las urjencias del trance; pero la zozobra de una sublevacion jeneral le inclinaba atropelladamente á conceptuar cualquiera ímpetu denodado, ú demostracion de lealtad, como un arranque de rematada demasía; anulóse la reforma tan arrebatadamente como se habia participado, y la tropa, en vez de escarmiento y estrechez, quedó absorta de gozo, con el hallazgo de nuevas inmunidades y galardones. Mas desagradeció la soldadesca el agasajo tardío y violento del emperador; se remató mas y mas su descoco, al presenciar aquella flaqueza, y su propia prepotencia, y se enconaron mas los odios mútuos fuera del alcance de todo indulto y esperanza de reconciliacion. Los historiadores contemporáneos maliciaron, al par del vulgo, que Mauricio se empeñaba en acabar con la tropa que se habia afanado por reformar, achacando el desgobierno y la privanza de Comentiolo á tan ruin y malvado intento, y en todo tiempo se tildará la inhu-

manidad y avaricia (42) de un príncipe, que por el rescate baladí de seis mil piezas de oro, pudiera haber precavido la muerte de doce mil prisioneros en manos del chagan. En el ímpetu de la ira, se comunicó al ejército del Danubio una órden, para que se ahorrasen los acopios de la provincia, y se invernase en el pais enemigo de los Avaros. Rebosó la medida de sus quebrantos, declararon á Mauricio indigno de reinar, arrojaron ó mataron á sus íntimos, y volvieron á marchas forzadas, á las órdenes de Focas, mero Centurion, á las cercanías de Constantinopla. Tras larga serie de sucesiones legales, retoñaron los disturbios militares del siglo tercero; mas fué tan estremada la novedad del intento, que su misma temeridad asombró á los acometedores. Titubeaban en revestir á su predilecto con la púrpura vacante, y al desechar todo convenio con el mismo Mauricio, entablaron correspondencia amistosa con su hijo Teodosio, y con Jermano, suegro del jóven real. Fueron tan ruines los principios de Focas, que el emperador ni aun noticia tenia del nombre y graduacion de su competidor, mas apenas supo que el Centurion, arrojado en la asonada, era medroso en los trances: «¡Ay de mí!» esclamó abatido el príncipe, «si és cobarde, será indudablemente matador.»

Mas si Constantinopla se mantuviera fiel y tenaz, el desalmado se desahogara estrellándose contra los muros, y el ejército rebelde se fuera allanando ú deshaciendo con la cordura del emperador. En los juegos del circo, repetidos con desusado boato, encubria Mauricio su congoja interior, con sonrisas y visos de confianza, se allanó á solicitar vítores de los *bandos*, y halagó su vanagloria, admitiendo de sus respectivos tribunos una lista de novecientos *azules*, y mil y quinientos *verdes*, á quienes aparentó apreciar, como columnas de su solio. Este arrimo endeble y fementido desentrañó su flaqueza y atropelló su vuelco; el bando verde era reservadamente cómplice de los rebeldes, y los azules le encargaban commedimiento y cordura, en contienda con sus hermanos de Roma. Las virtudes adustas y mezquinas de Mauricio, habian por fin desmerecido los corazones del vecindario: asaltáronle á pedradas al ir descalzo en una procesion solemne, y tuvo la guardia que enarbolar sus mazas de hierro para defender su persona. Un monje fanático iba corriendo con un estoque desenvainado, pregonando contra él la ira y la sentencia de Dios, y un plebeyo soez, representando su traza y su boato, iba sentado sobre un jumento, y acompañado con las imprecaciones de la muchedumbre (43). Malició el emperador la popularidad de Jermano con la soldadesca, y el vecindario; temió y amenazó, pero suspendió el golpe, huyó el patricio al sagrado de la iglesia; alborotóse el pueblo en su defensa, la guardia desamparó las murallas, y la ciudad entera quedó entregada al incendio y al saqueo, en una asonada nocturna. Huyó el desventurado Mauricio en una barquilla, con su esposa y nueve niños al continente de Asia, pero la

violencia del viento le precisó á aportar en la iglesia de San Autónimo (44), junto á Calcedonia, desde donde envió su primojénito Teodosio, para implorar el agradecimiento y el amparo del monarca Persa. No trató de huir, pues adolecia de ciática (45), y la supersticion le tenia quebrantado el ánimo; se mantuvo aguardando el paradero de la revuelta, encomendándose pública y fervorosamente al Todopoderoso, para que le descargase el castigo de sus pecados en este mundo, mas bien que en el venidero. Depuesto Mauricio del trono, los bandos se empeñaron en escojer cada uno su emperador, mas el predilecto de los azules fué desechado por los zelos de sus contrarios, y al mismo Jermano arrebató la chusma disparada, hasta mas de dos leguas de la ciudad, al palacio del Hebdomon, para adorar la majestad del centurion Focas (A. 602. Oct.) Su demostracion modesta de ceder la púrpura á la jerarquia y el mérito de Jermano, tropezó con la resolucion de este mas pertinaz é igualmente injénuo: el senado y el clero acudieron á su llamamiento; y cerciorado el patriarca de su creencia católica, consagró al usurpador venturoso, en la iglesia de San Juan Bautista. Al tercer dia hizo Focas su entrada pública, vitoreado por un populacho insensato, en una carroza tirada por cuatro caballos blancos, premió la rebelion de su tropa con un donativo cuantioso, y el nuevo soberano, despues de visitar el palacio, estuvo mirando desde su sólio los juegos del hipodromo. Ocurrió una contienda de precedencia entre los bandos, y su sentencia parcial se inclinó á favor de los verdes. « Mira que todavía vive Mauricio » retumbó por la parte contrapuesta, y el alboroto descompasado de los azules avivó y encrudeció la crueldad del tirano. Pasaron los ejecutores á Calcedonia, arrastraron al emperador de su santuario, y fueron matando hasta cinco hijos suyos, en medio de su agonía. A cada golpe que le traspasaba el corazon, aun recojia fuerzas para recitar su jaculatoria devota. « Eres justo Señor, y tus juicios son santos, » (A. 602 Nov. 27); y tal fué en el último trance su apego incontrastable á la verdad y la justicia, que reveló á la soldadesca la falsedad relijiosa de una nodriza que presentó su propio niño en lugar del muchacho réjio (46). Se terminó la trajedia ajusticiando al mismo emperador á los veinte años de su reinado y sesenta y tres de edad. Arrojaron los cadáveres del padre y los hijos al mar, espusieron sus cabezas á los desacatos, ó á la compasion, de la muchedumbre, y hasta que asomó la podredumbre, no consintió Focas en que se enterrasen privadamente aquellos restos venerables. Allí quedaron sepultados los delitos y desaciertos de Mauricio, pues tan solo se recordó su cruda suerte, y á los veinte años, al recitar la historia de Teofilacto, la relacion lastimosa fué interrumpida por las lágrimas del auditorio (47).

Reservadas serian semejantes lágrimas, pues tanta lástima fuera criminalísima bajo el reinado de Focas, quien quedó pacíficamente reconocido en las provincias de Levante y Poniente. Las efíjies del emperador y de su

esposa Leoncia, se ostentaron en el Laterano para la veneracion del clero y del senado de Roma, y se depositaron luego en el palacio de los Césares, entre las de Constantino y Teodosio. (A. 602. Nov. 23. A. 610. Oct. 4).
Cumplia á Gregorio, como súbdito y cristiano el avenirse con el gobierno ya establecido, mas el encarecimiento gozosísimo, con que vitorea las venturas del asesino ha tiznado, con un borron indeleble, el concepto del santo. Bien pudiera todo un sucesor de los apóstoles, manifestar con decorosa entereza la demasía sangrienta y la precision del arrepentimiento: se afana encareciendo el rescate del pueblo y el vuelco del atropellador; se congratula de que la relijiosidad y blandura de Focas mereciera á la Providencia el encumbramiento al sólio, para rogar que robustezca aquellas manos contra todos sus enemigos, y prorumpe en anhelos, tal vez proféticos, de que tras un reinado largo y triunfador, se traslade allá de un reino temporal á otro sempiterno (48). He ido ya delineando una revolucion, tan preciosa en concepto de Gregorio para el cielo y la tierra, y Focas no aparece menos aborrecible en el desempeño que en el logro de su poderío. Un historiador imparcial va retratando en él un aborto (49) menguadillo y contrahecho, cejijunto y emboscado por las sienes, barbilampiño, con una mejilla macilenta y surcada de horrorosas cicatrices. Lego en letras, leyes y armas, allá se encenagó desde la cumbre del sólio en la torpeza y la embriaguez, y sus deleites irracionales, atropellando á los súbditos, afrentaban á su misma persona. Sin revestirse del cargo de príncipe, se desentendió de la profesion de soldado, y el reinado de Focas desconsoló la Europa con una paz indecorosa, y el Asia con una guerra asoladora. Su destemple bravío se enardecia con la resistencia ó la reconvencion. Alcanzaron á Teodosio en su huida á la corte de Persia, ó lo atrajeron con engaño; lo degollaron en Niza y los consuelos de la relijion y la pureza de su conciencia embalsamaron sus últimos instantes. Aquel vestiglo acosaba sin embargo al usurpador, y habiendo corrido por el Oriente la hablilla de que el hijo de Mauricio estaba viviendo, ansiaba el pueblo á su vengador, y la viuda é hijos del difunto soberano, prohijaron y se hermanaron con el ínfimo del linaje humano. En el esterminio de la familia imperial (50), la compasion, ó sea el discernimiento, de Focas habia esceptuado á las desventuradas mujeres, teniéndolas decorosamente encerradas, en una casa particular; pero la entereza de la emperatríz Constantina, recapacitando mas y mas al padre, marido é hijos, se desalaba dia y noche por libertad y venganza. Huyó á deshora al santuario de Santa Sofía, mas ni sus lágrimas, ni el oro de su asociado Jermano, alcanzaron á recabar una asonada. Se habia acarreado venganza y justicia, pero el patriarca logró juramentándose salvarla; se la encarceló en un monasterio, y la viuda de Mauricio se pagó y abusó de la mansedumbre de su asesino. Se descubrió, ú se malició, nueva conspiracion, y quedó disuelto el compromiso, de-

senfrenándose de nuevo la saña de Focas. Una matrona que imponia acatamiento y conmiseracion al jénero humano, fué martirizada, toda una hija, esposa y madre de emperadores, como el malhechor mas rematado, para desencajarle una confesion de sus intentos y sus asociados, y la emperatríz Constantina, con sus tres inocentes niñas, quedó degollada en el mismo sitio, ya manchado con la sangre de su marido y sus cinco hijos. Tras aquel ejemplar, se hace de mas el ir refiriendo nombres y padecimientos de víctimas menores. Por maravilla se dejaba de prescindir de toda formalidad judicial, y acibarábanse los castigos con estremos imponderables de crueldad estudiada ; les barrenaban los ojos, les sajaban la lengua, les cercenaban pies y manos; quien espiraba al rigor del azote, quien al ardor de las llamas, quien traspasado á saetazos, y una muerte sencilla y pronta era fineza que por milagro se alcanzaba. El hipodromo, asilo sagrado del recreo y la libertad de los Romanos, se mancilló con cabezas y miembros de cadáveres descuartizados, y los compañeros de Focas eran los mas desengañados, de que ni privanza ni servicios podian escudarlos contra un tirano, digno competidor de los Calígulas y los Domicianos de los primeros siglos del imperio (51).

Enlazó Focas su hija única con el patricio Crispo (52), y los retratos rejios de los novios, se colocaron inadvertidamente en el circo, al lado del emperador. Ansiaba el padre que su descendencia disfrutase el logro de sus maldades, mas se agravió de aquella hermandad temprana y popular: los tribunos de los verdes, aunque se descargaban con la oficiosidad de los artistas, fueron inmediatamente sentenciados á muerte ; á instancias del pueblo se les perdonó la vida, mas Crispo debia fundadamente dudar de que el usurpador zeloso viniese á olvidar la competencia involuntaria. Se malquistó con el bando verde por la ingratitud de Focas y el atropellamiento de sus regalías; todas las provincias estaban en el disparador para rebelarse, y Heraclio exarca de Africa, se aferró mas de dos años en negar todo tributo y obediencia al Centurion, que estaba afrentando el sólio de Constantinopla. Los emisarios encubiertos de Crispo y del Senado estimularon al exarca independiente, para que redimiese y gobernase su patria, mas la edad le habia resfriado la ambicion, y traspasó la aventurada empresa á su hijo Heraclio y á Nicetas, que lo era de Gregorio, su amigo y lugarteniente. Dos muchachos traviesos armaron el poderío de Africa, y se convinieron en pasar el uno con la escuadra de Cartago á Constantinopla, y acaudillar el otro un ejército por el Ejipto y el Asia, revistiéndose la púrpura imperial quien acudiese mas pronta y acertadamente al intento. Llegó algun eco á los oidos de Focas, y afianzó á la esposa y á la madre, como rehenes de la lealtad del mozo Heraclio; mas la maña fementida de Crispo estuvo apocando aquel peligro tan remoto, se desatendieron ó dilataron los medios de defensa, y aun yacia apoltronado y

adormecido el tirano, cuando ancló ya la armada Africana en el Helesponto. Acudieron á su estandarte en Abido desterrados y fujitivos, sedientos de venganza; las naves de Heraclio, cuya arboladura empinada estaba tremolando los símbolos sagrados de la Relijion (53), surcaron triunfalmente la Propóntida, y Focas desde las ventanas del Palacio miró su paradero inevitable y ejecutivo (A. 610 Oct. 4). Recabó de la faccion verde, con dádivas y promesas que contrarestase endeble é infructuosamente el desembarco de los Africanos; pero el vecindario y la guardia, con el oportuno desengaño de Crispo, se pusieron de su parte, y un enemigo particular, asaltando denodadamente el palacio solitario, prendió al tirano. Despojado de púrpura y diadema, en traje ruin, y aherrojado, lo arrebataron, en un barquichuelo, á la galera imperial de Heraclio, quien le reconvino con sus maldades y su reinado abominable. «¿Gobernarás tú mejor?» fueron las últimas palabras de Focas en su desesperacion. Tras mil insultos y tormentos, lo degollaron, arrojaron á las llamas su cadáver descuartizado, como igualmente sus estatuas y la bandera sediciosa del bando verde. La voz del clero, del senado y del pueblo estuvo brindando á Heraclio con el sólio que habia purificado de iniquidades y afrentas, y tras un rato de agraciada demora, se avino á sus instancias. Acompañóle en la coronacion su consorte Eudocia, y siguió reinando su descendencia en Oriente hasta la cuarta jeneracion (A. 610. Oct. 5. 642. Feb. 11). Llano y próspero habia sido el viaje de Heraclio, pero la marcha cansada de Nicetas no se acabaló sino terminada ya la contienda, mas se allanó sin querella á las venturas de su amigo, quien premió su loable intento con una estatua ecuestre y una hija del emperador. Se hacia mas árduo el fiarse de la lealtad de Crispo, cuyos servicios recientes se recompensaron con el mando del ejército de Capadocia. Su desentono acarreó luego y disculpó la ingratitud de su nuevo soberano, pues el yerno de Focas se vió reducido ante el senado á seguir la vida monástica, y corroboró la sentencia el dicho concluyente de Heraclio, de que quien habia sido desleal con el padre, mal podria guardar fidelidad con el amigo (54).

Muerto ya Focas, aun adoleció la república por sus maldades, pues armó en su causa decorosamente á su enemigo mas formidable. Segun las formalidades mútuas y amistosas de la corte Bizantina y la Persa, participó su ascenso al trono, y su embajador Lilio presentador de las cabezas de Mauricio y sus hijos, estaba muy enterado de las circunstancias de la catástrofe (55). Por mas que le cohonestasen el finjimiento y la sutileza, se horrorizó Cosroes con el asesino, encarceló al supuesto enviado, vengador de su bienhechor y padre. Se hermanaban á la sazon los arranques de humanidad y pesar con los intereses de Persia, abultados todavía con las preocupaciones nacionales y relijiosas de los Magos y los Sátrapas. En un ímpetu lisonjero, con visos de confianza, le tildaron aque-

llas sobras de agradecimiento y amistad que derramaba con los Griegos; nacion con quien peligraban la paz y alianza; cuya superstición carecia de verdad y de rectitud, y aun de todo jénero de pundonor; puesto que llegaban á cometer la suma atrocidad, cual era el asesinato impío de su soberano (56). Por el delito de un centurion ambicioso, padeció la nacion el azote de la guerra, y este mismo descargó en igual grado á los veinte años, y con redobles, sobre los mismos Persas (57). Todavía estaba mandando en Oriente el mismo jeneral que restableciera á Cosroes en su sólio, y el nombre de Narsés seguia siendo el eco espantoso con que las madres Asirias solian asustar á sus niños. Desde luego un súbdito solariego de Persia alentaria á su dueño y amigo, para que á viva fuerza, se posesionase de las provincias del Asia, y desde luego tambien Cosroes enardeceria á su tropa, asegurándole que la espada mas temida por ellos quedaria envainada, ó se esgrimiria á su lado. Mal podia el héroe ponerse en las garras de un tirano, y este se hacia cargo de su desmerecimiento de la obediencia de un héroe: removieron á Narsés de su mando; tremoló su estandarte de independencia en Hierápolis de Siria; fué vendido con promesas fementidas, y quemado vivo en el mercado de Constantinopla. Privados ya del caudillo único, á quien pudieran temer ó apreciar, los tercios triunfadores con él, quedaron dos veces arrollados por la caballería, hollados por los elefantes, ó traspasados á flechazos por los bárbaros; y fueron muchos cautivos degollados en el campo de batalla, por mandato del vencedor, quien justicieramente podia condenar á tan sediciosos mercenarios, como autores ó cómplices de la muerte de Mauricio. Bajo el reinado de Focas, fueron padeciendo sitios las fortalezas de Merdin, Dara, Amida y Edesa, y todas quedaron esterminadas por el monarca Persa; atravesó el Eufrates, allanó las ciudades Siríacas, Hierápolis, Calcis, Berea y otros, y cercó luego con sus armas irresistibles á Alepo. Aquella oleada de felicidades nos está manifestando el menoscabo del imperio, la inhabilidad de Focas y el desamor de los súbditos; y Cosroes llevaba consigo una apolojia decorosa, para tantas rendiciones con un impostor en sus reales, como hijo de Mauricio y heredero lejítimo de la monarquía (58).

Las primeras noticias que llegaron á Heraclio del Oriente (59), fueron las de la pérdida de Antioquía, mas la caduca metrópoli acosada por terremotos y enemigos, poco caudal de sangre pudo suministrar en su quebranto. Logro mas aventajado para los Persas fué el saqueo de Cesarea, capital de la Capadocia, y al internarse trasponiendo el antemural de la raya antigua, tropezaban con menos resistencia y mayor esquilmo. Siempre descolló una ciudad réjia en la vega placentera de Damasco; sus dichas arrinconadas, se ocultaron hasta aquí, al historiador del imperio Romano, pero Cosroes se regaló por aquel paraíso, antes de trepar á las

cumbres del Líbano, ú acometer á las ciudades de la costa fenicia. La conquista de Jerusalen (60) ideada ya por Nushirvan, se realizó (A. 614), por el afan y codicia de su nieto; los Magos le estrecharon desaforadamente al esterminio del monumento mas grandioso de la Cristiandad, y pudo alistar para aquella campaña un ejército de veinte y seis mil Judios, cuyo fanatismo suplia hasta cierto punto la falta de valor y disciplina (*i*). Reducida la Galilea y la rejion allende el Jordan, cuya resistencia parece que dilató la suerte de la capital, quedó la misma Jerusalen tomada por asalto. Las llamas asolaron ó menoscabaron en gran manera el sepulcro de Cristo y las iglesias ostentosas de Helena y Constantino, las ofrendas devotas de tres siglos fenecieron en el sacrilejio de un dia; el patriarca Zacarías y la *verdadera cruz* fueron á parar á Persia, y se achaca la matanza de noventa mil cristianos, á los Judios y Arabes que estremaban el desenfreno de las correrías Persas. Juan el arzobispo estuvo piadosamente manteniendo en Alejandría á los fujitivos de Palestina, y así se llamó por escelencia el limosnero (61); y las rentas de la iglesia y un tesoro de mas de un millon de duros, se devolvieron á sus verdaderos dueños, á los menesterosos de todos paises y calidades. Pero hasta el mismo Ejipto, única provincia esenta desde el tiempo de Diocleciano, de toda guerra esterior é interna, volvió á sojuzgarse por los sucesores de Ciro. La caballería Persa sorprendió á Pelusio, llave de aquel país intransitable (A. 616); atravesó luego á mansalva los cauces inumerables del Delta y fué escudriñando el valle larguísimo del Nilo, desde las pirámides de Menfis hasta el confin de Etiopia. Pudiera una fuerza naval socorrer á Alepo, pero el arzobispo y prefecto se embarcaron para Chipre, y Cosroes se aposentó en la segunda ciudad del imperio, que conservaba todavía riquísimos restos de industria y comercio. Enarboló su trofeo occidental, no sobre las almenas de Cartago (62), sino en las cercanías de Trípoli: quedaron totalmente esterminadas las colonias griegas de Cirene, y el conquistador pisando las huellas de Alejandro, regreso triunfalmente por los arenales desiertos de la Libia. Se adelantó en la misma campaña otro ejército desde el Eufrates hasta el Bósforo Tracio: rindióse Calcedonia tras dilatado sitio, y se mantuvieron los reales Persas, presenciándolos Constantinopla, mas de diez años. Cuéntanse entre las últimas conquistas del gran Rey, la costa del Ponto, la ciudad de Ancira y la isla de Rodas, y si Cosroes poseyera fuerzas marítimas, su ambicion ilimitada asolara y aherrojara las provincias de Europa.

Desde el lindero tan largo y aferradamente batallado del Tigris y el Eufrates, el nieto de Nurhirvan se esplayó hasta el Helesponto y el Nilo repentinamente, límites antiguos de la monarquía Persa, mas las provincias amoldadas con los hábitos de seiscientos años á los aciertos y desbarros del gobierno Romano, aguantaban á su pesar el yugo de los bárbaros.

Vivia mas y mas aquella estampa de República con las instituciones, ó á lo menos con los escritos de Griegos y Romanos, y los súbditos de Heraclio se habian criado articulando los nombres de libertad y de leyes; mas siempre las ínfulas y el sistema de los príncipes orientales ostentaron allá los dictados y atributos de su omnipotencia, tiznando á una nacion de esclavos con su verdadero nombre y condicion rastrera, y corroborando con amagos crueles y descompasados las tropelías de su despotismo. Escandalizábanse los Cristianos de Oriente con el culto del fuego y la doctrina ímpia de los dos príncipios; no eran menos intolerantes los Magos que los obispos, y el martirio de algunos Persas renegados de la religion de Zoroastro (63), se conceptuó como preliminar de una persecucion jeneral y pavorosa. Las leyes violentas de Justiniano, calificaban á los contrarios de la iglesia de enemigos del estado; la alianza de Judios, Nestorianos y Jacobitas, habia contribuido para el éxito de Cosroes, y su parcialidad á las sectas, le habia acarreado el recelo y el odio de los Católicos. Enterado de aquella zozobra y encono, gobernaba el conquistador Persa con cetro de hierro, y como estaba maliciando la insubsistencia de su dominio, desangraba con la exorbitancia de los tributos; y el desenfreno de las rapiñas, fué despojando y demoliendo los templos del Oriente, para trasportar á sus reinos hereditarios el oro, la plata, cuantás preseas, mármoles preciosos, y artes y artistas habia en las ciudades asiáticas. En el cuadro enmarañado de los quebrantos del imperio (64), no cabe deslindar la estampa del mismo Cosroes, de sus lugartenientes y acciones respectivas, ni puntualizar su mérito efectivo en el resplandor general de su gloria y magnificencia. Estuvo paladeando ostentosamente el fruto de sus victorias, y solia retraerse de los afanes de la guerra, para empaparse en el lujo de su palacio; pero en el discurso de veinte y cuatro años, la supersticion ó el encono le alejaron de las puertas de Ctesifonte, y su residencia capital de Artemisa y Bastagerd, estaba situada allende el Tigris, á veinte leguas al norte de la capital (65). Cuajaba la ganadería las praderas antiguas: revolaban por su verjel ó paraíso faisanes, pavones, avestruces, y se espaciaban venados y jabalíes, y se franqueaban los leones y tigres para ejercitarse en su cacería mas noble y arriesgada. Se mantenian hasta novecientos y sesenta elefantes, para el uso ú el boato del gran rey; doce mil camellos mayores y ocho mil menores (66) cargaban en campaña con las tiendas y el bagaje, y los establos réjios encerraban seis mil mulos ó caballos, entre los cuales sobresalian el Shebdiz y el Barid, por su docilidad y hermosura (j). Turnaban seis mil guardias en la puerta del palacio: doce mil esclavos desempeñaban el servicio de las estancias interiores, y en el número de tres mil vírjenes, las primeras beldades del Asia, alguna venturosa manceba, solia consolar á su dueño del despego á la edad de Sira. Los varios tesoros de oro, plata, joyas, sedas y de-

mas, se depositaron en cien sótanos, y la cámara *Badavere* estaba denotando el agasajo casual de los vientos, que acarrearon los despojos de Heraclio á una de las bahias Siriacas de su contrario. La lisonja ó quizás la ficcion, estuvo descaradamente pregonando el cómputo de treinta mil alfombras riquísimas que engalanaban las paredes; las cuarenta mil columnas de plata, ó mas probablemente de mármol y madera entallada, que sostenian la techumbre, y los mil globos de oro colgados en el cimborio, para representar los movimientos de los planetas y las constelaciones del zodíaco (67). Mientras el monarca Persa se embelesaba con tanto primor del arte y de su poderío, recibió una carta de un ciudadano desconocido de la Meca, brindándole para que reconociese á Mahometo por apóstol de Dios. Desechó la oferta y rasgó la carta. « Así mismo, » esclamó el profeta Arabe, « destrozará Dios al reino, y menospreciará las plegarias de Cosroes (68) (*k*). » Colocado al confin de ambos imperios del Oriente, se complacia Mahometo con su mútuo esterminio, y en medio de los triunfos Persas, se adelantó á predecir, que á los pocos años, volveria la victoria á ponerse en las banderas Romanas (69).

A la sazon no cabia por cierto profecía mas remota de su cumplimiento, pues los doce años primeros de Heraclio estuvieron anunciando el pronto desquicio del imperio. Si obrara Cosroes pundonorosamente, debió á la muerte de Focas terminar su contienda, y abrazar, como aliado íntimo, al Africano venturoso que tan gallardamente habia desagraviado á su bienhechor Mauricio. La continuacion de la guerra patentizó la verdadera índole del bárbaro; y las embajadas suplicantes de Heraclio implorando su clemencia, y abogando por los inocentes, con el brindis de un tributo para que pacificase el orbe, quedaron desechadas con silencio despreciante ó descompasada amenaza. Yacian sojuzgadas por las armas Persas la Siria, el Ejipto y las provincias de Asia, mientras la Europa, desde el confin de Istria hasta el valladar dilatado de Tracia, se hallaba acosada por los Avaros, mal satisfechos con la sangre y el saqueo de la guerra de Italia. Habian degollado á sangre fria sus varones cautivos en el campo sagrado de Panonia; mujeres y niños fueron reducidos á servidumbre, y las doncellas mas principales fueron pasto del desenfreno lujurioso de todo bárbaro. La matrona enamorada que franqueó las puertas de Friuli, pasó una breve noche en los brazos de su amante real, la siguiente tuvo Romilda que recibir los abrazos de doce Avaros, y el dia tercero la princesa Lombarda fué empalada á la vista del campamento, mientras el Chagan con inhumana sonrisa advirtió que tal marido era galardon muy adecuado de su liviandad y alevosía (70). Heraclio estaba padeciendo insultos y sitios de tan implacables enemigos; y el imperio Romano quedaba reducido al recinto de Constantinopla con los restos de Grecia, Italia y Africa, y las ciudades algunas marítimas desde Tiro á Trebisonda, en la costa asiáti-

ca. Perdido el Ejipto, hambre y empidemias estuvieron aquejando á la capital; y el emperador desvalido y desahuciado, tenia dispuesto trasladar su persona y gobierno á la residencia mas resguardada de Cartago. Ya estaban embarcados los tesoros del palacio, cuando el patriarca ataja al fugitivo, acudiendo con la potestad de la religion á la defensa de la patria, conduce á Heraclio al atrio de santa Sofía y lo juramenta solemnemente, para que viva y muera con el pueblo que Dios fió á su cuidado. Acampaba el Chagan por las llanuras de Tracia, encubriendo sus intentos fementidos, y solicitando avistarse con el emperador, junto á Heraclea. Celébrase aquella reconciliacion con juegos ecuestres, vuelan galanos, senado y pueblo á la funcion pacífica, y los Avaros están mirando carcomidos de envidia y de anhelos el boato romano. De improviso la caballeria Escita cerca el hipodromo, venida de noche y á marchas forzadas, el eco aterrador del látigo del Chagan da la señal del asalto, y Heraclio ciñéndose la diadema al brazo se salva muy casualmente, con la velocidad del caballo. Es el alcance tan ejecutivo que casi se entrometen los Avaros por la puerta dorada de Constantinopla, revueltos con el tropel (71); pero el saqueo de los arrabales premia su traicion, y arrebatan allende el Danubio doscientos y setenta mil cautivos. Tuvo el emperador en la playa de Calcedonia conferencia segura con enemigo mas pundonoroso, quien antes que Heraclio se apearse de la galera, saludó con acatamiento y lástima la majestad de la púrpura. Brindóse amistosamente Sain, el jeneral Persa, á escoltar una embajada hasta la presencia del gran rey; aceptóse con entrañable agradecimiento, y el prefecto del pretorio presentó rendidamente su peticion de indulto y paz, acompañado del prefecto de la ciudad y de uno de los primeros eclesiásticos de la iglesia patriarcal (72). Pero el lugarteniente de Cosroes habia azarosamente equivocado el ánimo de su dueño. «No embajada, prorumpió el tirano del Asia, sino el mismísimo Heraclio aherrojado debia traerme al umbral de mi sólio. Jamás concederé la paz al emperador de Roma, hasta que reniegue de su Dios crucificado, y abrace el culto del Sol.» Fué Sain desollado vivo, segun la práctica inhumanísima de su pais, y el encierro separado y estrecho de los embajadores, atropelló la ley de las naciones, y la fé de un convenio espreso. Mas con el desengaño de seis años, el monarca Persa tuvo que desentenderse de la conquista de Constantinopla, y especificar el tributo anual ó rescate del imperio Romano; mil talentos de oro, otros mil de plata, mil mantos de seda, mil caballos y otras tantas doncellas. Allanóse Heraclio á tratado tan afrentoso, pero el plazo dilatado que pudo obtener para ir recaudando tamaños tesoros de las escaseces del Oriente, lo empleó ahincadamente en sus preparativos, para un ataque brioso y desesperado.

La índole de Heraclio, es una de las mas peregrinas y variables que asoman en los ámbitos de la historia. En los años primeros y últimos

de su largo reinado, yace esclavo de la poltronería, del deleite y de la superstición, desentendiéndose adormecido y exánime, de las desventuras que está presenciando, pero aquellos lóbregos nubarrones que encapotan su Oriente y su ocaso, dejan un intermedio de sol esplendoroso en el centro de su carrera: el Arcadio del palacio se encumbra un César en sus reales, y los timbres de Heraclio y de Roma quedan esclarecidamente rescatados, con las hazañas y trofeos de sus campañas gloriosísimas. Correspondia á los historiadores Bizantinos el desentrañar las causas de tanto letargo, y de tantísimo desvelo, pues acá tan distantes solamente nos cabe conjeturar, que abrigaba mas denuedo personal que disposicion política, que lo embelesaban los primores y ardides de Martina, su parienta, con quien, á la muerte de Eudoxia, contrajo matrimonio incestuoso (73), y que se atenia al dictámen de sus consejeros que le manifestaban, como ley fundamental, que nunca la vida del emperador debia aventurarse en campaña (74). Quizás lo desaletargó la peticion postrera é insolentísima del vencedor Persa, pero en el trance de dispararse Heraclio con su bizarría heróica, vinculaban los Romanos sus esperanzas en los vaivenes de la suerte, que podian alcanzar á las prosperidades hechiceras de Cosroes, y debian ya favores á cuantos se hallaban en su ínfimo abatimiento (75). El primer afan del emperador, fué providenciar disposiciones para la guerra, y á fin de realizar los tributos acudió al cariño de las provincias orientales; mas no corrian ya las rentas por su acostumbrado cauce, pues siempre el poderío de la arbitrariedad anonada el crédito, y el denuedo de Heraclio descolló ante todo, en valerse de las riquezas consagradas en las iglesias, juramentándose solemnemente á devolver con usura cuanto se veia precisado á emplear, en servicio de la Relijion y del imperio. Parece que hasta el clero se condolió del conflicto jeneral, y que el atinado patriarca de Alejandría, sin dar cabida á cargos de sacrilejio, favoreció al soberano con revelaciones milagrosas ú oportunas, de recónditos tesoros (76). De los soldados conspiradores con Focas, tan solos dos se hallaron salvos de los vaivenes del tiempo y de los bárbaros (77); su pérdida y aun la de aquellos veteranos sediciosos, quedó mal reemplazada con las reclutas de Heraclio, y el oro del santuario reunió en los mismos reales los nombres, armas é idiomas de Levante y Poniente. Contentábase con la neutralidad respecto á los Avaros, y su instancia amistosa para que el Chagan procediese, no como enemigo sino como guardian del imperio, fué acompañada con un agasajo mucho mas persuasivo de doscientas mil piezas de oro. Dos dias despues de la festividad de la Pascua, el emperador; trocando la púrpura por el traje sencillo de un penitente y un guerrero (78), dió la señal de la partida. Encargó Heraclio sus hijos á la lealtad del pueblo, revistió á los varones mas beneméritos con la potestad civil y militar, y quedó á direccion del patriarca y del senado, el salvar ó

rendir la ciudad, si en tanto grado los acosaba, durante su ausencia, la superioridad del enemigo.

Cuajaban armas y tiendas los cerros de Calcedonia (A. 622), mas si Heraclio condujera sus bisoños á la refriega, la victoria de los Persas á la vista de Constantinopla, aquel fuera tal vez el postrer dia del imperio Romano; no menos desacordado resultara el internarse por las provincias del Asia, franqueando á su innumerable caballería la interceptacion de convoyes, y el alcance incesante sobre la retaguardia postrada y sin formacion. Mas señoreaban el mar todavía los Griegos; juntóse una escuadra de galeras, trasportes y acopios en la bahía, los bárbaros se avinieron al embarque; propicio el viento arrebató la armada por el Helesponto y dejó á la izquierda las costas orientales y occidentales del Asia menor. Descolló la gallardía del caudillo en una tormenta, y su ejemplo estuvo incitando hasta á los eunucos, para aguantar y afanar en la maniobra. Desembarcó al confin de Siria y Cilicia en el golfo de Escunderan, donde la costa se arrumba repentinamente hácia el mediodía (79), escojiendo atinadamente aquel punto importante (80). Las guarniciones dispersas por las ciudades y serranías, podian á diestro y siniestro ir acudiendo en dilijencia y á su salvo, al estandarte imperial. Las fortificaciones naturales de Cicilia escudaban y aun encubrian el campamento de Heraclio, sentado junto al Iliso, sobre el mismo sitio donde Alejandro habia vencido la hueste de Darío, y el ángulo que formaba se internaba en anchísimo semicírculo por las provincias Asiática, Armenia y Siriaca; y por cualquiera de sus puntos que encaminase un avance, le era muy obvio el disfrazar sus movimientos y precaver los del enemigo. El jeneral Romano reformó en sus reales de Iso á los veteranos apoltronados, y fué amoldando los reclutas á la práctica de la disciplina militar. Enarbolando la efijie milagrosa de Cristo, los amonestó á *vengar* los altares sagrados de su profanacion por los idólatras del fuego; arengándolos con los dictados cariñosos de hijos y hermanos, estaba plañendo los agravios públicos de un monarca, vinieron á creer que estaban peleando por la causa de la libertad, cundiendo el entusiasmo por los mercenarios advenedizos, que mirarian con igual indiferencia los intereses de Roma que los de Persia. El mismo Heraclio, con la maestría y aguante de un centurion, los iba imponiendo en el pormenor y mecanismo de la táctica, ejercitando perennemente á la soldadesca en el manejo de sus armas, y en los movimientos y evoluciones de campaña. Caballería é infantería, así lijera como de línea, se dividia en dos porciones; se plantaban los trompetas en un sitio, y sus toques señalaban la marcha, la carga, la retirada ó el alcance; el abance directo ú oblícuo, la falanje cerrada ó estendida, representando mas y mas, en simulacros, las operaciones formales de la guerra. Promediaba los afanes con el ínfimo soldado, pautando el emperador fatigas,

rancho, sueño; todo se sujetaba á severísimas reglas; y sin menosprecio del enemigo, iban granjeando total confianza en su denuedo y en el desempeño de su caudillo. Acorralaron luego las armas Persas la Cilicia, mas titubeaba la caballería al embocar las gargantas del monte Tauro, hasta que vinieron á quedar cercados con las evoluciones de Heraclio, quien fué imperceptiblemente cojiéndole la retaguardia, mientras conceptuabale tenerlo escuadronado á su frente. Con un movimiento falso, aparentando amagar á la Armenia, los comprometió contra su albedrío, en refriega jeneral; cebólos con la revuelta estudiada de su propio campamento, pero al trabar la pelea, el terreno, el sol, y la espectativa de ambos ejércitos, fueron desfavorables á los bárbaros; repitieron acertadamente los Romanos su táctica, en medio de la batalla (81), y el resultado pregonó al orbe, que no eran invencibles los Persas, y que era todo un héroe quien vestia la púrpura. En alas de su gloria y nombradía, trepó Heraclio denodadamente á las cumbres del monte Tauro, tomó su rumbo por las llanuras de Capadocia, y planteó á su salvo el invernadero, para la tropa, en las pingües campiñas del rio Halis (82). Su espíritu se sobreponia á la vanagloria de embelesar á Constantinopla con un triunfo á medias, pero se requeria indispensablemente la presencia del emperador, para aplacar el desasosiego rapaz de los Avaros.

Desde los tiempos de Aníbal y Escipion, no asoma intento mas arrojado que el emprendido y redondeado por Heraclio para el rescate del imperio (83). Consintió en que los Persas estuviesen por larga temporada avasallando las provincias, y aun insultando á su salvo la capital del Oriente; mientras el emperador iba escudriñando su arriesgado rumbo por el mar Negro (84), desde, las montañas de Armenia y hasta el corazon de la Persia (85), tuvieron los ejércitos del gran rey que acudir á la defensa de su patria ensangrentada. Da Heraclio la vela con cinco mil hombres selectos de Constantinopla para Trebisonda; incorpora sus fuerzas del invernadero en las rejiones Pónticas, y desde la embocadura del Tasis hasta el mar Caspio va enardeciendo á súbditos y aliados, para marchar con el sucesor de Constantino bajo la bandera fiel y victoriosa de la Cruz. Sonrojáronse allá las lejiones de Luculo y de Pompeyo, apenas atravesaron el Eufrates, con el allanamiento tan obvio de la Armenia entera; pero las dilatadas guerras habian ido fortaleciendo aquel pueblo, antes afeminado: su afan y denuedo descollaron en la decadencia del imperio; estaban temiendo y odiando la usurpacion de la alcurnia de Sain, y el recuerdo de tantas persecuciones, enconaba mas y mas su aborrecimiento relijioso á los enemigos de Cristo. Deslindaba el Araxes la Armenia cedida á Mauricio; tuvo el rio que sobrellevar la afrenta de un puente (86), y Heraclio siguiendo las huellas de Marco Antonio, se adelanta hasta la ciudad de Tauris ó Gandraca (87), capital antigua y moderna de una de las provincias

de la Media. Acude Cosroes con cuarenta mil hombres de otra espedicion remota, para atajar á los Romanos, mas se retira á los asomos de Heraclio, desentendiéndose de la gallarda alternativa, de paz ó refriega. En vez de un millon que se suponia en Tauris, bajo el reinado de los Sofies, quedaba reducida la ciudad á tres mil casas, mas se encarecia el importe de un tesoro real, con la tradicion de ser parte de aquel de Creso, trasladado por Ciro de la ciudadela de Sardes. Tan solo la temporada de invierno ataja la rapidez de Heraclio, motivos cuerdos, ó superticiosos (88), causan su retirada á la provincia de Albania por las playas del Caspio, y coloca muy probablemente sus tiendas en las llanuras de Mogan (89), campamento predilecto de los príncipes orientales. Fué durante aquella correría, ostentando el afan y la venganza de un emperador cristiano; los soldados iban, por su mandato, apagando el fuego y derribando los templos de los Magos; consumian las llamas cuantas estatuas de Cosroes se alzaran aspirando á obsequios sobrehumanos, y el esterminio de Tebarmas ú Ormia (90), nacedero del mismo Zoroastro, desagravió algun tanto los desacatos al santo sepulcro. Arranque mas acendrado de relijion fué el alivio y rescate de cincuenta mil cautivos, cuyos lloros y vítores entrañables premiaron á Heraclio; disposicion sabia que ocasionó las hablillas de los Persas contra el engreimiento y terquedad de su propio soberano.

Entre los esclarecidos de la campaña siguiente, allá se traspone Heraclio á nuestra vista y á la de los historiadores Bizantinos (91). El emperador parece que desde las llanuras pingües y anchurosas de la Albania, fué siguiendo la cordillera Hircania, para bajar á la provincia de Media ó Irak y llevar sus armas victoriosas hasta las ciudades rejias de Cosbin é Ispahan, que nunca tuvieron á la vista conquistadores Romanos. Sobresaltado Cosroes con el peligro de su reino, fué agolpando huestes desde el Nilo y el Bósforo, y hasta tres muy poderosas se empeñaron en acorralar, allá en rejion lejana y enemiga los reales del emperador. Ya los aliados de Colcos se aparejaban á la desercion; y la zozobra de los veteranos estaba retratada mas bien que encubierta, con su desmayado silencio. «Nada de estremecerse,» esclamó el denodado Heraclio, «con tantísimo enemigo. «Con el auxilio del cielo, un Romano ha de dar al través con mil bárbaros; y aun cuando sacrifiquemos nuestras vidas, por salvar á los hermanos, alcanzarémos la corona del martirio, y Dios y la posteridad van á galardonarnos con nombradía inmortal.» El brio de sus operaciones correspondia á tan grandiosos arranques; rechazó tres avances de los Persas, utilizó las desavenencias de sus caudillos, y con sus acertados pasos de marchas, contramarchas y reencuentros ventajosos, los arrojó por fin del campo raso, y los arrinconó en las fortalezas de Asiria y Media. Con la crudeza del invierno, se conceptuaba Larabaza seguro tras las murallas de Salban; sobrecojióle el ímpetu de Heraclio, dividiendo su tropa y eje-

cutando una marcha penosísima en medio de la noche, pues aunque defendidos los terrados con teson inservible contra las descargas y hachones de los Romanos, sátrapas y nobles de Persia, con sus mujeres y niños y la flor de su juventud bizarra, quedaron muertos ó prisioneros. Huyó precipitadamente el jeneral, pero su armadura de oro fué el premio del vencedor, y los soldados de Heraclio se regalaron con las riquezas y el descanso que tan gallardamente habian merecido. A los asomos de la primavera, el emperador tramontó en siete dias las cumbres del Curdistan, y atravesó sin tropiezo el raudal del Tígris. El ejército Romano, abrumado con tanto despojo y cautivo, hizo alto bajo los muros de Amida, y Heraclio participó al senado de Constantinopla su éxito y salvamento, como lo habian allí palpado con la retirada de los sitiadores. Cortaron los Persas los puentes del Eufrates, mas apenas halló el emperador un vado, se fueron atropelladamente á defender las márjenes del Saro en Cilicia (92). Tenia este rio, ú torrente rapidísimo, trescientos pies de cauce, estaba el puente fortificado con gruesos torreones, y los saeteros bárbaros guarnecian la orilla. Tras una refriega sangrienta que se dilató hasta la noche, preponderaron los Romanos en el asalto, y un Persa ajigantado, fué muerto y arrojado al Sara por el emperador mismo. Quedaron los enemigos dispersos y exánimes; Heraclio siguió su marcha á Libarte en Capadocia, y á los tres años la propia costa del Euxino, vitoreó su regreso de espedicion tan larga y victoriosa (93).

Ambos monarcas batalladores por el imperio del Oriente, en vez de escaramuzas por los confines, asestaban desesperadamente sus embates al corazon de su contrario. Menoscabada yacia la fuerza militar de Persia, con marchas y peleas, por espacio de veinte años, y muchos de los veteranos que sobrevivieron á los peligros del acero y del clima, estaban todavía encerrados en las fortalezas de la Siria y del Ejipto. Pero la venganza y la ambicion de Cosroes desangraban su reino, y los reclutas de súbditos, estraños y esclavos formaban tres cuerpos diversos y formidables (94). El primero, de cincuenta mil hombres, esclarecidos con sus galas, el dictado de chuzos de oro, debia embestir á Heraclio; el segundo debia apostarse para precaver su incorporacion con su hermano Teodoro, y el tercero tenia á su cargo el cerco de Constantinopla, dándose la mano con el Chagan, con quien el Persa habia revalidado su convenio de alianza y particion. Sarbar, jeneral del tercer ejercito se internó por las provincias del Asia, hasta el campamento consabido de Calcedonia, y se fué entreteniendo con el derribo de los edificios profanos y sagrados de los arrabales Asiáticos, aguardando con ansia la llegada de sus amigos los Escitas, por la parte contrapuesta del Bósforo. El veinte y nueve de Junio (A. 626), treinta mil bárbaros, la vanguardia de los Avaros, arrollaron el valladar largo, y fueron aventando para la capital

una turba revuelta de campesinos, ciudadanos y soldados. Ochenta mil (95), de sus naturales súbditos y de las tribus vasallas de Jépidas, Rusos, Búlgaros y Eslavones se adelantaron á las órdenes del Chagan; emplearon un mes en marchas y negociaciones, pero la ciudad entera quedó cercada el treinta y uno de Julio, desde los arrabales de Pera y Gálata á las Blaquernas ó Siete torres, y el vecindario despavorido estuvo mirando las llamaradas de señales de las playas asiáticas y europeas. Se afanaban entretanto de dia y de noche los majistrados de Constantinopla por feriar la retirada del Chagan, mas desechaba con insulto á los diputados, y consintió que los patricios permaneciesen en pie junto á su sólio mientras los enviados Persas con ropajes de seda estaban sentados al lado suyo «Estais viendo,» prorumpió el descompasado bárbaro, «las muestras de mi concordia cabal con el gran rey, y su lugarteniente va á enviarme tres mil guerreros escojidos. No oseis mas cohechar á vuestro dueño con un rescate parcial y descabalado; vuesta riqueza y vuestra ciudad son los únicos presentes merecedores de mi dignacion. En cuanto á vosotros, voy á franquearos el tránsito con una tuniquilla y una camisa cada uno, y mi amigo Sarbar os dará á mis instancias paso tambien por sus líneas. Vuestro príncipe ausente, cautivo ya ó fujitivo, desamparó Constantinopla á merced de la suerte, ni acertareis á evitar las armas de los Avaros ó de los Persas, á menos que sepais volar por los aires como aves, ó buzear como peces por las aguas (96).» Estuvieron los Avaros asaltando la ciudad diez dias consecutivos; con algun conocimiento ya de la ciencia de los ataques, adelantáronse á socavar ó batir la muralla, cubriéndose con zarzos ó conchas impenetrables; disparaban sus máquinas descargas incesantes de piedras y dardos, y doce torres de madera empinadas estaban encumbrando los combatientes al nivel de la muralla inmediata. Pero el teson de Heraclio habia trascendido al senado, y al vecindario, á cuyo socorro acudia un cuerpo de doce mil coraceros: el fuego y la maquinaria echaban el resto con maestría en la defensa de Constantinopla, y las galeras de dos ó tres órdenes de remos, señoreaban el Bósforo, y redujeron los Persas á mirones de la derrota de los Avaros. Quedaron estos rechazados y destruida en el puerto una escuadrilla de canoas eslavonas; los vasallos del Chagan amagaban desampararlo, se vió desabastecido y quemando sus máquinas enarboló la señal de su retirada lenta y pavorosa. La devocion de los Romanos atribuyó su rescate á la Vírjen María, pero seguramente reprobara la Madre de Jesucristo el homicidio inhumano de los enviados Persas, acreedores á los fueros de la humanidad, ya que no á los de la ley de las naciones (97).

Desmembrado su ejército, Heraclio se retiró cuerdamente á las orillas del Tasis, y desde allí continuó su guerra defensiva contra los cincuenta mil chuzos dorados de Persia. Se desahogó su congoja con la redencion

de Constantinopla; esplayó mas y mas sus esperanzas una victoria de su hermano Teodoro, y contrapuso á la liga enemiga de Avaros y Persas, su alianza honorífica y provechosa con los Turcos. Brindó con galantería á las rancherías de los Chezares (98), á que trasladasen sus tiendas á las serranías de la Jeorjia, recibiólos en la inmediacion de Teflis, y Khan con su nobleza, se apeó si damos credito á los Griegos, y se postraron en tierra para adorar la púrpura del emperador. Acreedor se hacia aquel rendimiento voluntario, con su auxilio apreciable á un reconocimiento entrañable, y así Heraclio desciñéndose de su sien la diadema la colocó en la del príncipe turco, saludándole con un abrazo amistoso, y apellidándole hijo. Tras un espléndido banquete, regaló á Ziebel la vajilla, los ramilletes, el oro, joyas y sedas que habian servido en la mesa imperial, y fué con su misma diestra, repartiendo preseas y pendientes á sus aliados nuevos. En conferencia reservada le mostró el retrato de su hija Eudocia (99), se allanó á lisonjear al bárbaro con la promesa de una novia hermosa y *augusta*, consiguió un refuerzo de cuarenta mil caballos, y arregló una llamada poderosa de los Turcos por la parte del Oxô (100). Los Persas en cambio, se retiraron atropelladamente; revistó Heraclio en sus reales de Edesa un ejército de sesenta mil Romanos y estranjeros, y empleó venturosamente algunos meses, en el recobro de las ciudades de Siria, Mesopotamia y Armenia, cuyas fortificaciones yacian desmejoradas. Manteníase aun Sabar en el apostadero trascedental de Calcedonia, pero zelos de Cosroes, ó ardides de Heraclio, malquistaron luego al sátrapa poderoso, que desamparó á su rey y á su patria. Interceptóse al portador de un mensaje, efectivo ó supuesto, al Cadrigan ó segundo en el mando, encargándole que remitiese sin demora al solio la cabeza de un caudillo criminal ó desventurado. Llegó el mandato á manos del mismo Sabar, y al leer su sentencia de muerte, incluyó mañosamente los nombres de cuatrocientos oficiales, juntó consejo de guerra, y preguntó al *Cadrigan*, si estaba en ánimo de cumplir las órdenes de su tirano. Declararon los Persas á una voz, que Cosroes habia desmerecido el cetro; se ajustó un convenio separado con el gobierno de Constantinopla, y aunque ciertos reparos pundonorosos y políticos, retrajeron á Sarbar de incorporarse con las banderas de Heraclio, se le aseguró desde luego, que podia continuar sin zozobra en sus intentos de victoria y de paz.

Defraudado de su mayor arrimo, y desconfiado ya de los súbditos, todavía descollaba Cosroes en medio de sus quebrantos. Puede considerarse el guarismo de quinientos mil, como metáfora oriental, describiendo los hombres, armas, caballos y elefantes que cuajaron la Media y la Asiria, contra la invasion de Heraclio. Pero los Romanos se adelantaron denodadamente del Araxes al Tigris, y la cordura medrosa de Razates, se contentó con irlos siguiendo á marchas forzadas por un país asolado,

hasta que recibió órden terminante de arriesgar la suerte de Persia en el trance de refriega jeneral. Al oriente del Tigris, al estremo del puente de Moral, descolló la grandiosa Nínive antiguamente (101); ni rastro quedaba ya de la ciudad (102), y su solar franqueaba desahogo para las operaciones de ambos ejércitos. Pero los historiadores Bizantinos desatienden á las evoluciones, al par de poetas épicos ó noveleros, atribuyendo la victoria, no á la maestría, sino al valor personal de su héroe predilecto. En aquella jornada memorable, Heraclio, cabalgando su Falas, sobrepujó á todos los valentones de su ejército (A. 627. D. 1, etc.). Un chuzo le traspasó el labio, y herido su caballo en una anca, siguió arrebatando al dueño salvo y victorioso, por la falanje triple de los bárbaros. En lo recio de la refriega, la espada ó lanza del emperador, fueron matando sucesivamente á tres caudillos valerosos, y entre ellos al mismo Razates; cayó como un soldado, mas la vista de su cabeza, aterró y desahució las filas, ya desmayadas, de los Persas. Su armadura de oro purísimo y macizo, su escudo de ciento y veinte chapas, espada, tahalí, silla y coraza engalanaron el triunfo de Heraclio, y á no ser tan fiel á Jesucristo y su madre, el campeon Romano pudiera ofrecer el cuarto despojo *ópimo*, al Júpiter del Capitolio (103). En la batalla de Nínive, trabada desesperadamente, desde el amanecer hasta las once del dia, se cojieron á los Persas veinte y ocho estandartes, fuera de los rotos ó destrozados en la pelea; la mayor parte del ejército quedó sajado, y los vencedores, encubriendo su propio quebranto, pasaron la noche sobre el mismo campo. Confiesan que en tal empeño era mas obvio el matar que el desbaratar á los soldados de Cosroes; en medio de sus amigos difuntos, á solos dos tiros de ballesta, se mantuvo incontrastable el resto de la caballería Persa, hasta las siete de la noche; y á las ocho se retiró á su campamento intacto, recojió su bagaje y se dispersó en torno, mas por falta de órdenes, que de aliento. No fué menos asombroso Heraclio en su alcance; con una marcha de quince leguas, en veinte y cuatro horas, su vanguardia afianzó los puentes del Zab mayor y menor, y las ciudades y alcázares de Asiria se franquearon, por primera vez á los Romanos. Por una gradería de grandiosas perspectivas, se internaron hasta el sitio real de Dastargerd (*l*), y si bien se habia estraido y gastado gran parte del tesoro, parece que el caudal restante sobrepujó á sus esperanzas, y aun sació su codicia. Abrasaron cuanto no era portátil, para que Cosroes viniese á padecer el martirio que habia estado imponiendo á las provincias del imperio; y la equidad los disculpara, si la asolacion se ciñera á las obras de boato réjio, si la antipatía nacional, el desenfreno militar y el afan relijioso, no hubieran derribado con igual saña, las moradas y los templos del súbdito inculpable. El recobro de trescientos estandartes Romanos, y el rescate de los muchísimos cautivos de Edesa y Alejandría, realzan con mayor timbre las armas de Heraclio.

Continuó su marcha del palacio de Dastargerd, á cortas leguas de Modain ó Ctesifonte, hasta que, á las orillas del Arba, quedó atajado por la dificultad del tránsito, la crudeza de la estacion y quizá la nombradía de una capital inespugnable. Señala el regreso del emperador el nombre moderno de la ciudad de Sherhzour; atravesó venturosamente el monte Zara, antes que la nieve que estuvo cayendo incesantemente hasta treinta y cuatro dias lo estorbase, y el vecindario de Gandzaca ó Tauris, tuvo que agasajar con esmero soldados y caballos (104).

Reducidas ya las ínfulas de Cosroes á la mera defensa de su reino hereditario, el pundonor y aun el empacho, debian arrebatarle el encuentro de su contrario en campaña. En la batalla de Nínive su denuedo podia enseñar los Persas á vencer, ó fenecer con blason por el acero de un emperador Romano. Antepuso el sucesor de Ciro el esperar, desde distancia segura, el éxito del trance é irse retirando mas ó menos pausadamente del rumbo de Heraclio, hasta que estuvo mirando con suspiros, mientras recojia las reliquias de su derrota, la mansion idolatrada de Dastargerd. Amigos y enemigos conceptuaban, que el intento de Cosroes era el sepultarse en los escombros de su ciudad y palacio: y como si uno y otro le contrarestaran igualmente la huida, el monarca del Asia, con Sira *(m)* y tres mancebas, escaparon, por un portillo en la pared, nueve dias antes de la llegada de los Romanos. La procesion pausada y grandiosa en que se habia mostrado á la muchedumbre postrada, se trocó en viaje oculto y atropellado, y la primera noche se apeó en la choza de un campesino, cuya escasa puerta apénas franqueaba entrada para el gran rey (105). El temor le avasallaba la superisticion: al tercer dia se internó gozoso en las fortificaciones de Ctesifonte, pero desconfiaba todavía de su salvamento hasta que opuso el raudal del Tigris al veloz alcance de los Romanos (A. 627. Dic. 29). Sabida su fuga quedaron despavoridos y atumultuados el palacio, la ciudad y el campamento de Dastargerd. No apuraban los sátrapas si debian temer mas á su soberano que al enemigo, y las beldades del haren se mostraban atónitas y complacidas en presencia del linaje humano, hasta que el marido celoso de tres mil mujeres, las encerró de nuevo en otra fortaleza mas lejana. El ejército de Dastargerd se retiró por su órden á mayor distancia, resguardando el campamento reciente, con el Arla y una línea de doscientos elefantes; fueron llegando tropas de provincias estraviadas, y se alistaron los sirvientes ínfimos del rey y los sátrapas para la postrera defensa del solio. En manos de Cosroes estaba todavía el conseguir una paz decorosa, y los mensajeros de Heraclio, le fueron repetidamente estrechando, para que ahorrase la sangre de tanto súbdito suyo, y descargase á un vencedor humano de la precision de seguir asolando, á fuego y sangre, las provincias mas pingües del Asia. Mas las ínfulas del Persa, aun no habian amainado al par de su estrella; desa-

hogóse un momento con la retirada del emperador, lloró con saña desvalida por el derribo de sus palacios Asirios, y seguia mas y mas desatendiendo el dilatado y vehemente murmullo de la nacion entera, que se lamentaba de que se estaban sacrificando sus vidas y haberes, por la terquedad de un anciano. Aquejaban tambien á este mismo anciano quebrantos mortales de cuerpo y alma, y hecho cargo de que iba por puntos á finar su existencia, acordó ceñir la tiara en las sienes de Mirdaza su hijo predilecto. Mas ya el albedrío de Cosroes zozobraba, y Siroca (*n*) que blasonaba de la jerarquía y timbres de su madre Sira, habia conspirado con los mal contentos, para esforzar y anticipar sus derechos de primojenitura (106). Veinte y dos sátrapas, que se apellidaban patriotas, se cebaron con los honores y la riqueza de un reinado nuevo; prometió el hijo de Cosroes, á la soldadesca, aumento de paga; á los Cristianos el ejercicio libre de su Relijion; á los cautivos libertad y premios, y á la nacion paz inmediata y rebaja de impuestos. Acordaron los conjurados, con sus insignias reales se apareciese en el campamento, y si se malograse el intento, estaba ya dispuesta su fuga á la corte imperial. Pero todos á una voz, vitorearon al nuevo monarca; se atajó la huida á Cosroes (¿y adonde podia huir?) (A. 628. Feb. 25), matáronle (*o*) á su presencia diez y ocho hijos, y le empozaron en una mazmorra donde espiró al quinto dia. Los Griegos y los Persas modernos se esplayan desmenuzando cuantísimo se insultó á Cosroes, hambreó y se le martirizó por mandato de un hijo inhumano, que sobrepujaba en tanto grado al ejemplo de su padre, pero en el trance de su muerte, ¿qué lengua podrá historiar su muerte? ¿qué vista ha de calar por la *torre de la lobreguez?* Segun la creencia y lástima de sus enemigos Cristianos, allá se derrocó sin esperanza á otro abismo mas hondo (107), y no cabe duda en que los tiranos de todos tiempos y sectas, son los mas acreedores á la mansion infernal. Finó la gloria de la casa de Sasan con la vida de Cosroes, pues su hijo descastado tan solos ocho meses llegó á gozar el fruto de sus maldades, y en el espacio de cuatro años, hasta nueve aspirantes enarbolaron el dictado réjio, batallando á todo trance por los destrozos de una monarquía exhausta. Cada provincia y cada ciudad de Persia, fué presenciando vaivenes de independendencia, de discordia y de sangre, prevaleciendo por ocho años mas aquella anarquía (*p*), hasta que los bandos enmudecieron, y se hermanaron bajo el yugo comun de los califas árabes (108).

Apenas estuvieron transitables las cumbres, quedó el emperador halagüeñamente asombrado del éxito de la conspiracion, de la muerte de Cosroes, y del ensalzamiento del primojénito al solio de Persia (A. 628. Mar. etc.). Los autores de la revolucion desalados por ostentar su merecimiento, en la corte ó los reales de Tauris, se adelantaron á los embajadores de Sirves, y entregaron las credenciales y cartas de su dueño al *hermano*

emperador de los Romanos (109). Al estilo de todos los usurpadores, achaca sus propias demasías á la divinidad, y sin desdorar su majestad sin igual, se brinda á zanjar la discordia dilatada de ambas naciones, con un tratado de paz y alianza, mas duradero que el hierro y el bronce. Sus condiciones quedaron desde luego deslindadas, y fielmente cumplidas; y en cuanto al recobro de los estandartes y prisioneros que paraban en manos de los Persas, siguió el emperador el ejemplo de Augusto; el esmero de entrambos por el señorío nacional, fué vitoreado por los poetas contemporáneos, pero el menoscabo del númen se está palpando por el trecho que media entre Horacio y Jorge de Peridia; quedaron los súbditos y hermanos de Heraclio escudados de persecucion, esclavitud y destierro, pero en vez de las águilas Romanas, se devolvió el verdadero leño de la sacrosanta cruz, á los encarecidos ruegos del sucesor de Constantino. No ansiaba el vencedor ensanchar la endeblez del imperio; el hijo de Cosroes se desprendió sin pesar de las conquistas del padre; los Persas al evacuar las ciudades de Siria y Ejipto, fueron acompañados decorosamente hasta la raya, y una guerra que habia llegado hasta las íntimas entrañas de entrambas monarquias, ninguna variacion acarreó en su situacion esterna y relativa. El regreso de Heraclio, desde Tauris hasta Constantinopla, fué un triunfo incesante, y tras tantísima proeza en seis campañas, pudo pacíficamente empaparse en el descanso de sus afanes. A cual mas impaciente, senado, clero, vecindario, allá se arrojó todo al encuentro de su héroe; con lágrimas, vitores, ramos de olivos, é innumerables antorchas, entró en la capital en una carroza tirada por cuatro elefantes, y luego que el emperador pudo desahogarse del alboroto de tamaño regocijo, paladeó una satisfaccion mas entrañable con los abrazos de su madre y de su hijo (110).

El año siguiente fué muy esclarecido con un triunfo de bien diverso jaez; la restitucion de la verdadera cruz al santo sepulcro. Peregrinó Heraclio á Jerusalen, y el advertido patriarca, comprobó la identidad de la reliquia (111): ceremonia augusta cuya conmemoracion anual es la festividad de la exaltacion de la Cruz. Encargóse al emperador que antes de entrar en el solar sagrado, se despojase de la diadema y la púrpura, boato y vanagloria mundana; pero en concepto del clero, la persecucion de los judíos se hermanaba mejor con los preceptos del Evanjelio (*q*). Trepó luego á su solio, para recibir los parabienes de los embajadores de la Francia y de la India, y la nombradía de Moisés, Alejandro y Hércules, quedó eclipsada, con el blason y la gloria mas esclarecida del grande Heraclio (112). Pero el libertador del Oriente era endeble y menesteroso, pues la porcion principal de los despojos de Persia se habian consumido en los gastos de la guerra, repartido á la tropa, ó sepultado en las olas del Euxino. Estaba la conciencia del emperador acosada con la obligacion de restituir la riqueza del clero, prestada por él para su propia defensa, requeríanse

fondos perpetuos, para ir reintegrando á acreedores tan inexorables; las provincias, estragadas ya con la codicia y las armas de los Persas, tuvieron que pagar á viva fuerza los mismos impuestos, y los atrasos de un solo ciudadano, el tesorero de Damasco, se comutaron en una multa de cien piezas de oro. La pérdida de doscientos mil soldados (115), fenecidos en la guerra era de trascendencia menos aciaga que tantísimo menoscabo en las artes, la agricultura y la poblacion, en tan dilatada y destructora plaga, y aunque Heraclio planteó un ejercito victorioso, aquel ahinco estremado, parece que apuró, en vez de robustecer, su pujanza. Mientras el emperador estaba triunfando en Constantinopla, un pueblo de menor monta fué saqueado por los Sarracenos, quienes destrozaron alguna tropa que se adelantó por la Siria, en auxilio de los ciudadanos; ocurrencia vulgar y baladí, si no encabezase una revolucion grandísima. Aquellos salteadores eran los apóstoles de Mahometo, disparóse su denuedo fanático de los arenales del desierto, y en los ocho años últimos de su reinado, perdió Heraclio con los Arabes las mismas provincias que habia rescatado de los Persas.

NOTAS

correspondientes al capítulo cuadrajésimosexto.

(1) Missis qui . . . . reposcerent . . . . veteres Persarum ac Macedonum terminos, seque invasurum possessa Cyro et post Alexandro, per vaniloquentiam ac minas jaciebat. Tacit. Annal. VI, 31. Tal era el lenguaje de los *Arsácides*: he demostrado repetidas veces los justos clamores de los *Sasanianos*.

(2) Véanse las embajadas de Menandro, estractadas y conservadas en el siglo X, por órden de Constantino Porfirojénito.

(3) La independencia jeneral de los Árabes, que no puede admitirse sin muchas escepciones, queda ciegamente afianzada en una disertacion, por separado, de los autores de la Historia Universal, vol. XX, p. 196-250. Se supone que un milagro perpetuo conservó la profecía en favor de la posteridad de Ismael; y estos instruidos fanáticos, no temen arriesgar la verdad del Cristianismo en un fundamento tan frájil y resbaladizo (*).

(*) Se presenta bastante difícil el estractar una prediccion de la *perpetua* in–

(4) D' Herbelot, Biblioth. Orient., p. 477. Pocock, Especimen Hist. Arabum, p. 64, 65. El padre Pagi (Critica, tom. II, p. 646) ha probado que, tras diez años de paz, la guerra Persa, que continuó por veinte años, se renovó A. 571. Mahoma nació A. 569, en el año del elefante, ó la derrota de Abrahá (Gagnier, Vie de Mahomet, tom. I, p. 89, 90, 98); y esta cuenta concede dos años para la conquista del Yemen (*).

(a) La Persarmenia se mantuvo mucho tiempo en paz, por la tolerante administracion de Mejej, príncipe de los Gnunios. A su muerte le sucedió un perseguidor, un Persa, llamado Ten-Schahpur, que trató de propagar el Zoroastrianismo por la fuerza. Nushirvan, al llamamiento del clero armenio al trono, reemplazó á Ten-Schahpur en 552 con Veschnas-Vahram. El nuevo marzban, ó gobernador, tenia instrucciones para reprimir las persecuciones de los fanáticos magos; pero los Persas convertidos al Cristianismo, estaban aun espuestos á crueles padecimientos. El mas descollante, Izdbuzid, fué crucificado en Dovin, á presencia de inmensa muchedumbre. La fama de este martirio, se estendió por todo el Occidente. Menandro, el historiador, no solo, segun parece por un fragmento publicado por Mayo, refiere este suceso en su historia, sino que, segun San Martin, escribió una trajedia sobre el asunto. Con todo, esta es una deduccion impropia de la frase τραγωδίαν θέμενος, que meramente significa que refirió el suceso trájico en su historia. Un epigrama sobre el mismo asunto, conservado en la Antolojía, Jacob, Ant. Palat. I, 27, pertenece al historiador. Sin embargo la Armenia permaneció tranquila, bajo el gobierno de Veschnas-Vahram y su sucesor Varazdat. La tiranía de su sucesor Surena acarreó una asonada, bajo Vartan, el Mamigoniano, quien vengó la muerte de su hermano, en el marzban Surena, sorpren-

dependencia de los Arabes del testo en el Jénesis, que se hubiese ampliado estensamente, durante tantos siglos de una libertad no interrumpida. Pero los contrincantes parecen olvidar la conexion inseparable en la prediccion entre los bravíos, las costumbres beduinas de los Ismaelitas, con su independencia nacional. El civilizado y estacionario descendiente de Ismael, olvidó su nacimiento, y dejó de ser el hijo verdadero del «hombre bravío». La frase, «viviendo en presencia de sus hermanos», está interpretada por Rosenmüller (in loc) y otros, con arreglo á la jeografía hebrea, «al Oriente», de sus hermanos, la lejitimada de Abrahan. — M.

(*) A Abrahá, segun algunas relaciones, le sucedió su hijo Taksum, quien reinó diez y siete años; su hermano Mascou, que fué muerto en una batalla contra los Persas, doce. Pero esta cronolojía no se aviene con las conquistas arábigas de Nushirvan el Grande. Ben Seif, ó su hijo Maadi Karb, era el príncipe lejítimo, colocado en el trono por los Persas. San Martin, vol. X, p. 78. Véase tambien Johannsen, Hist. Yemanæ. — M.

dió á Dovin, y pasó á cuchillo al gobernador, los soldados y los magos. De San Martin, vol. X, p. 79 á 89. — M.

(b) Malatía. Estaba en la baja Armenia. — M.

(5) Habia vencido á los Albanos, que presentaron en el campo 12.000 hombres de á caballo y 60.000 de á pié; pero temia el sin número de réptiles venenosos, de cuya existencia puede dudarse, así como de la vecindad de las Amazonas. Plutarco in Pompeio, tom. II, p. 1165, 1166.

(6) En la historia del mundo, solo hallo dos navíos en el mar Caspio: 1. De los Macedonios, cuando Patrocles, el almirante de los reyes de Siria, Seleuco y Antíoco, bajaron probablemente por el rio Oxô, desde los confines de la India (Plin. Hist. Natur. VI, 21.) 2. De los Rusos, cuando Pedro primero condujo una escuadra y ejército desde las cercanías de Moscou á la costa de Persia (Viajes de Bell, vol. II, p. 325-352 Dice con fundamento, que nunca se ostentó tanta pompa en el Volga.

(c) Esta circunstancia estriba en los fundamentos de Evagrio y Teofilacto Simocatta. No son autoridades suficientes, para comprobar un hecho tan inverosímil. San Martin, vol. X, p. 140. — M.

(7) Sobre estas guerras persas y tratados, véase Menandro, in Excerpt. Legat., p. 113-125. Teófanes Byzant. apud Photium, cod. LXIV, p. 77, 80, 81. Evagrio, l. V, c. 7-15. Teofilacto, l. III, c. 9-16. Agatias, l. IV, p. 140.

(8) Buzurg Mihir puede considerarse, en su carácter y situacion, como el Séneca del Oriente; pero sus prendas y quizá sus nulidades, son menos conocidas que las de los Romanos; quienes parecen haber sido mucho mas locuaces. El sabio Persa fué quien introdujo de la India el juego de ajedrez y las fábulas de Pilpay. Ha sido tal la fama de sus virtudes y sabiduría, que los Cristianos le miran como un creyente del Evanjelio; y los Mahometanos reverencian á Buzurg, como un musulman anticipado. D' Herbelot, Bibliothèque Orientale, p. 218.

(9) Véase la imitacion de Escipion en Teofilacto, l. I, c. 14; la imájen de Cristo, l. II, c. 3. De aqui en adelante hablaré mas estensamente de las *imájenes* cristianas, — casi hubiera dicho *ídolos*. Esta, si no me equivoco, es la antigua efijie de construccion divina; pero en los mil años siguientes, otras muchas han salido del mismo taller.

(10) Ragæ ó Rei, se halla mencionada en el libro apócrifo de Tobías, como floreciente, 700 años antes de Cristo, en el imperio asirio. Esta ciudad, 500 estadios al sur de las puertas caspias, bajo los nombres estranjeros de Europo y Arsacia, fué alternativamente realzada por los Macedonios y los Partos (Estrabon, l. XI, p. 796). Su grandeza y poblacion en el siglo IX se exajeró mas allá de lo creible; pero desde entónces Rey ha quedado arruinada por las guerras y la insalubridad del aire.

Chardint, Voyage en Porse, tom. I, p. 279, 280. D'Herbelot, Bibliothéque Orientale, p. 714.

(11) Teofilacto, tom. III, c. 18. El cuento de los siete Persas se halla referido en el libro tercero de Herodoto; y sus nobles descendientes están á menudo citados, particularmente en los fragmentos de Ctesias. Con todo, la independencia de Otanes (Herodot., l. III, c. 83, 84) está en oposicion con el espíritu de despotismo, y no parece probable, que las siete familias pudiesen sobrevivir á las revoluciones de mil y cien años. Sin embargo pueden quedar representadas por los siete ministros (Brisson, de Regno Persico. l. I, p. 190); y algunos Persas nobles, como los reyes del Ponto (Polib., l. V, p. 540), y Capadocia (Diodor. Sicul., l. XXXI, tom. II, p. 517), podia entroncar su alcurnia con los denodados compañeros de Dario.

(d) Jeneralmente se le llama Baharam Choubeen, Baharam, *el palo*, probablemente por su traza. Malcolm, vol. I, p. 120.—M.

(e) Los historiadores persas dicen, que Hormuz pidió á su jeneral que aumentase el ejército; pero Bahram respondió, que la esperiencia le habia enseñado, que era la calidad, no el número de soldados, la que daba la victoria. . . . . Ninguno en su ejército bajaba de cuarenta años, ni pasaba de cincuenta. Malcolm, vol. I, p. 121.—M.

(12) Véase una esmerada descripcion de esta montaña por Oleario (Voyage en Perse, p. 997, 998) quien la subió con mucha dificultad y peligro, en su vuelta de Ispahan al mar Caspio.

(13) Los Orientales suponen, que Bahram juntó esta asamblea y proclamó á Cosroes; pero Teofilacto en este punto, es mas claro y verídico (*).

(14) Véanse las palabras de Teofilacto, l. IV, c. 7. Βαρὰμ φίλος τοῖς θεοῖς, νικητὴς ἀπιφανὴς, τυράννων ἔχθρος, σατράπης μεγιστάνων, τῆς Περσικῆς ἄρχων δυνάμεως, etc. En su contestacion, Cosroes se titula τῇ μυκτὶ χαριζόμενος ὄμματα... ὁ τοὺς Ασωνας (el jenio) μιςθούμενος Esta es una verdadera fanfarronada oriental.

(15) Teofilacto (l. IV, c. 7) imputa la muerte de Hormuz á su hijo, por cuya órden fué acabado á palos. He seguido la relacion mas moderada de Khondemir y Eutiquio, y siempre aprovecharé el menor testimonio para atenuar el crímen de parricidio (**).

(*) Con todo Teofilacto parece haber aprovechado la ocasion de satisfacer su propension de escribir oraciones; y estas parecen mas bien produccion de un sofista griego que de una junta oriental. — M.

(**) Malcolm concuerda, atribuyendo su muerte á Bundaweé (Bindoes), vol. I, p. 123. Los escritores orientales jeneralmente achacan la muerte á los tios. San Martin, vol. X, p. 300. — M.

(16) Tras la batalla de Farsalia, el Pompeyo de Lucano (l. VIII, 256-455) sostiene un debate semejante. Deseaba entablar relaciones con los Partos; pero sus compañeros aborrecian esta alianza; y las preocupaciones contrarias podian predominar en Cosroes y sus compañeros, quienes podian, con igual vehemencia, describir la contraposicion de leyes, relijion y costumbres, entre el Oriente y Occidente.

(17) En esta época habia tres guerreros con el nombre de *Narsés*, que han sido á menudo equivocados (Pagi Critica, tom. II, p. 640): 1. Un Persarmenio, el hermano de Isaac y Armacio, quien tras un encuentro glorioso contra Belisario, desertó de su soberano persa, y luego sirvió en la guerra de Italia. = 2. El eunuco que conquistó la Italia. = 3. El restaurador de Cosroes, que suena tanto en el poema de Coripo (l. III, 220-227), como excelsus super omnia vertice agmina. . . . . habitu modestus. . . . . morum probitate placens, virtute verendus; fulmineus, cautus, vigilans, etc.

(f) Los Armenios se adhirieron á Cosroes. San Martin, vol. X, pájina 312. — M.

(g) Segun Mirkhond y los escritores orientales, Bahram recibió en casamiento la hija del Khakan, y mandó una partida de Turcos en una invasion de Persia. Algunos dicen que fué asesinado; Malcolm opina, que fué envenenado. Su hermana Gurdie, su compañera de huida, está celebrada en el Shah Nameh. Fué despues una de las mujeres de Cosroes. San Martin, vol. X, p. 331. — M.

(18) Experimentis cognitum est, Barbaros malle Roma petere reges quam habere. Estos esperimentos están admirablemente representados en la invitacion y espulsion de Vonones (Anal. II, 1-3), Tirídates (Anal. VI, 32-44) y Meherdates (Anal. XI, 10. XII, 10-14). Parece que el ojo de Tácito, habia traspasado el campamento de los Partos, y las murallas del haren.

(h) Con respecto á Nisibis. Véase San Martin y sus autoridades armenias, vol. X, p. 332 y Mémoires sur l' Arménie, tom. I, p. 25. — M.

(19) Serjio y su compañero Baco, de quienes se dice que les cupo la persecucion de Maximiano, lograron honores divinos en Francia, Italia, Constantinopla y el Oriente. Su sepulcro en Ransafe era célebre para milagros, y la ciudad siria se granjeó el honroso nombre de Serjiópolis. Tillemont, Mém. Eccles., tom. V, p. 491-496. Santos de Butler, vol. X, p. 155.

(20) Evagrio (l. VI, c. 21), y Teofilacto (l. V, c. 13, 14), han conservado las cartas orijinales de Cosroes, escritas en griego (*), firma-

(*) San Martin opina, que primero fueron escritas en siríaco, y luego traducidas en el mal griego en que están, vol. X, p. 334. — M.

das de su propio puño, y luego inscritas en cruces y cajas de oro, que se depositaron en la iglesia de Serpópolis. Habian sido enviadas al obispo de Antioquía, como primado de Siria.

(21) Los Griegos no hacen mas descripcion de ella, que era Romana de nacimiento y de relijion cristiana; pero en los romances persas y turcos, está calificada de hija del emperador Mauricio, los que ensalzan el cariño de Kosru á Eschirina, de esta á Ferchad, el jóven mas hermoso de Oriente, D' Herbelot, Biblioth. Orient. p. 789, 997, 998 (*).

(22) Todas las series de la tiranía de Hormuz, la sublevacion de Bahram, y la huida y restauracion de Cosroes, están referidas por dos Griegos contemporáneos—mas concisamente por Evagrio (l. VI, c. 16, 17, 18, 19) — y mas difusamente por Teofilacto Simocatta (l. III, c. 6-18, l. IV, c. 1-16, l. V, c. 1-15): á los compiladores siguientes Zonaras y Cedreno, no le cupo mas que compendiar ó copiar. Los Arabes cristianos Eutiquio (Anal., tom. II, p. 200-208) y Abulfarajio (Dinast., p. 96 98), parece consultaron algunas memorias particulares. Los grandes historiadores persas del siglo XV, Mirkhond y Khondemir, solo me son conocidos por los estractos imperfectos de Schikard (Tarikh, p. 150-155), Texeira, ó mas bien Stevens (Hist. de Persia, p. 182-186), un manuscrito turco traducido por el abate Fourmont (Hist. de la Académie des Inscriptions, tom. VII, p. 325-334), y D' Herbelot (aux mots, *Hormouz*, p. 457-459. Bahram, p. 174. Khosrou Parviz, p. 996). Si estuviese enteramente satisfecho de su autoridad, hubiera deseado que estos materiales orientales hubiesen sido mas copiosos.

(23) Puede formarse cierto concepto en globo del engreimiento y poderío del chagan en Menandro (Except. Legat., p. 117, etc.) y Teofilacto (l. I, c. 3, l. VII, c. 15), cuyos ocho libros hacen mas honor al príncipe ávaro que al romano. Los predecesores de Bayano habian participado de la liberalidad de Roma, y *él* sobrevivió al reinado de Mauricio (Buat, Hist. des Peuples Barbares, tom. XI, p. 545). El Chagan que invadió la Italia A. 611 (Muratori, Annali, tom. V, p. 305), era entonces juvenili ætate florentem (Pablo Warnefrido, de Gest. Langobard. l. V, c. 38), quizás el hijo, ó el nieto de Bayano.

(24) Teofilacto, l. I, c. 5, 6.

(25) Aun en el campamento, el chagan se deleitaba con el uso de estos aromas. Solicitó, como una prenda ἰνδικὰς καρυκίας, y recibió πέπερι καὶ φύλλον Ἰνδῶν, κασίαν τε καὶ τόν λεγόμενον κόστον. Teofilacto, l. VII, c. 13. Los

(*) Compárese el prefacio de M. von Hammer y el poema de Eschirina, en el que hace una relacion de los diferentes poemas persas, de los que ha tratado de estractar lo esencial para su obra. — M.

europeos de épocas menos civilizadas gastaban mas especias en sus manjares y bebidas de las que son compatibles con la delicadeza del paladar moderno. Vie privée des Français, tom. II, p. 162, 163.

(26) Teofilacto, l. VI, c. 6, l. VII, c. 15. El historiador griego confiesa la verdad y justicia de su reconvencion.

(27) Menandro (in Excerpt. Legat., p. 126-132, 174, 175) describe el perjurio de Bayano, la rendicion de Sirmio. Hemos perdido su relacion del sitio, que está comentada por Teofilacto, l. I, c. 3. Τὸ δ' ὅπως Μενάνδρῳ τῷ περιφανεῖ σαφῶς διηγόρευται (*).

(28) Véase D' Anville, en las Mémoires de l'Académie des Inscriptions, tom. XXVIII; p. 412-443. El nombre esclavon de *Belgrado*, lo menciona Constantino Porfirojenito, en el siglo X, la denominacion latina de *Alba Græca* la usaron los Francos, á principios del IX (p. 414).

(29) Baron. Annal. Eccles. A. 600 N.º 1. Paulo Warnefrido (l. IV, c. 38) refiere su irupcion en el Friulio, y la cautividad de sus antecesores (c. 39) sobre el A. 632. Los Esclavones atravesaron el Adriático, cum multitudine navium, y bajó al territorio de Siponto (c. 47).

(30) Hasta el Helepolis, ó torre movediza. Teofilacto, l. II, 16, 17.

(31) Las armas y alianzas del Chagan, se estendieron hasta las cercanías del mar occidental, á quince meses de viaje de Constantinopla. El emperador Mauricio conversó con algunos músicos ambulantes de aquel remoto pais, y solo parece haber equivocado un comercio, con una nacion. Teofilacto, l. VI, c. 2.

(32) Esta es una de las conjeturas mas probables y despejadoras del instruido conde de Buat (Hist. des Peuples Barbares, tom. XI, p. 546-568). Los Tzequios y Serbios se hallan juntos cerca del monte Cáucaso, en Ilírico y en el Bajo Elba. Hasta las tradiciones selváticas de los Bohemios, etc. dan algun apoyo á su hipótesis.

(33) Véase Fredegario, en los Historiadores de Francia, tom. II, p. 432. Bayano no ocultó su orgullosa insensibilidad. Ο τι τοιουτοῦς (no τοσουτοῦς, segun una enmienda disparatada) ἐπαφήσω τῇ Ῥωμαϊκῇ, ὡς ει καὶ συμβαίη γε σφισὶ θανατῶι ἁλωναι, ἄλλ' εμοὶ γε μὴ γένεσθαι συναίσθησιν.

(34) Véase la marcha y regreso de Mauricio, en Teofilacto, l. V, c. 16, l. VI, c. 1, 2, 3. Si fuese un escritor de gusto é injenio, le podriamos maliciar una elegante ironía: pero Teofilacto no es temible.

(35) Εἷς οἰωνὸς ἄριστος ἀμύνεσθαι περὶ πάτρης.

Iliad, XII. 243.

Este noble verso, que reune el ánimo de un héroe con la prudencia de

(*) Compárese Schlozer, Nordische Geschichte, p. 362-372. — H.

un sabio, prueba que Homero era, á todas luces, muy superior á su época y pais.

(36) Teofilacto, l. VII, c. 3. Apoyándose en el testimonio de este hecho, que no habia ocurrido á mi memoria, el lector benévolo puede correjir y disimular una nota en el tomo cuarto de esta historia páj. 374 que anticipa la decadencia de Asimo ó Azimuncio, con semejante confesion, se adquiere á poca costa otro siglo de patriotismo y valor.

(37) Véase la vergonzosa conducta de Comenciolo, en Teofilacto, l. II, c. 10-15, l. VII, c. 13, 14, l. VIII, c. 2, 4.

(38) Véanse las victorias de Prisco, l. VIII, c. 2, 3.

(39) El pormenor jeneral de la guerra contra los Avaros, puede seguirse en los libros primero, segundo, sexto, séptimo y octavo de la historia del emperador Muricio, por Teofilacto Simocatta. Como escribió en el reinado de Heraclio, no podia tentarle la adulacion; pero su ningun criterio lo esplaya en fruslerías y lo estrecha en los puntos mas interesantes.

(40) El mismo Mauricio compuso XII libros sobre el arte militar, que aun existen, y se han publicado (Upsul, 1664) por Juan Scheffer al fin de las Tácticas de Arriano (Fabricio, Bibliot. Græca, l. IV, c. 8, tom. III, p. 278), quien prometió hablar mas estensamente de su obra en coyuntura mas propia.

(41) Veanse los motines bajo el reinado de Mauricio en Teofilacto, l. III, c. 1-4, l. VI, c. 7, 8, 10, l. VII, c. 1, l. VIII, c. 6, etc.

(42) Teofilacto y Teófanes al parecer ignoran, la conspiracion y avaricia de Mauricio. Estos cargos, tan poco honrosos, para la memoria de un emperador, se hallan mencionados, primero por el autor de la Crónica de Pascal (p. 379, 380); desde entónces Zonaras (tom. II, l. XIV p. 77, 78) los ha copiado. Cedreno (p. 399) ha seguido otro cómputo del rescate.

(43) El pueblo de Constantinopla, en sus quejas contra Mauricio, le tildó con el nombre de Marcionita ó Marcionista; una herejía (dice Teofilacto, l. VIII, c. 9) μετά τινος μωρᾶς εὐλαβείας, εὐήθης τε καὶ καταγέλαστος. ¿Era una vaga reconvencion—ó habia realmente el emperador dado oidos á algun instructor desconocido de aquellos antiguos gnosticos?

(44) La iglesia de San Autonomo (á quien no tengo el honor de conocer) estaba á 150 estadios de Constantinopla (Teofilacto, l. VIII, c. 9). El puerto de Eutropio, en donde Mauricio y sus hijos fueron asesinados, lo describe Jilio (de Bósfoso Tracio, l. III, c. XI), como una de las dos bahías de Calcedonia.

(45) Los habitantes de Constantinopla estaban jeneralmente sujetos al νόσοι ἀρθρήτιδες; y Teofilacto insinua (l. VIII, c. 9) que si se aviniese con las reglas de la historia; podria denotar la causa médica. Con todo, se-

mejante digresion no hubiera sido mas inoportuna que su investigacion; (l. VII, c. 16, 17) de las inundaciones anuales del Nilo, y todas las opiniones de los filósofos griegos sobre este asunto.

(46) De tan jenerosa tentativa, dedujo Corneille el intrincado tejido de su trajedia de *Heraclio*, que requiere verse mas de una vez, para entenderla bien (Corneille de Voltaire, tom. V, p. 500); y de la que se dice, que tras un intervalo de algunos años, atajó al mismo autor (Anécdotes Drammatiques, tom. I, p. 422).

(47) La revolucion de Focas, y la muerte de Mauricio, se hallan en Teofilacto Simocatta (l. VIII, c. 7-12), la Crónica de Pascal (p. 379, 380) Teófanes (Chronograph., p. 238-244), Zonaras (tom. II, l. XIV, p. 77-80) y Cedreno (p. 399-404).

(48) Gregor., l. XI, epist. 38, indict. VI. Benignitatem vestræ pietatis, ad Imperiale fastigium pervenisse gaudemus. Lætentur cæli et exultet terra, et de vestris benignis actibus universæ reipublicæ populus nunc usque vehementer afflictus hilarescat, etc. Esta ruin adulacion, el cúmulo de la invectiva protestante, está justamente censurada por el filósofo Bayle (Dictionnaire Critique, Grégoire I, Not. H. tom. II, p. 597 598). El cardenal Baronio sincera el papa á costa del destronado emperador.

(49) Las efijies de Focas quedaron destrozadas y la malicia de sus enemigos ni aun consintió en que se librase de las llamas una copia de semejante retrato ó caricatura (Cedreno, p. 404).

(50) La familia de Mauricio está descrita por Ducange (Familiæ Byzantinæ, p. 106, 107, 108): su hijo mayor Teodosio, habia sido coronado emperador, cuando no tenia mas que cuatro años y medio; y en las salutaciones de Gregorio siempre va unido á su padre. Con las hijas cristianas, Anastasia y Teocteste, estraño mucho el hallar el nombre pagano de Cleopatra.

(51) Algunas de las crueldades de Focas están tildadas por Teofilacto, l. VIII, c. 12, 14, 15. Jorje de Pisidia, el poeta de Heraclio, le llama (Bell. Avaricum, p. 46, Roma, 1777) τῆς τυραννίδος ὁ δυσκάθεκτος καὶ βιοφθόρος δράκων. El último epiteto está bien aplicado;—pero el corruptor de la vida fué facilmente vencido.

(52) En los escritores, y en sus copias, se titubea tanto entre los nombres de *Prisco* y *Crispo* (Ducange, Fam. Byzant., p. 111), que he estado tentado de identificar el hijastro de Focas, con el héroe cinco veces vencedor de los Ávaros.

(53) Segun Teófanes, κιβώτια y εἰκόνας θεομήτορος. Cedreno añade un ἀχειροποίητον εἴκονα τοῦ κυρίου, que Heraclio llevó, como una bandera, en la primera espedicion persa. Véase Jorje Pisidia, Acroas. I, 140. La ma-

nufactura parece haber adelantado, pero Foggini, el editor romano (p. 26) se ve cortado, para decidir, si esta pintura era orijinal, ó una copia.

(54) Véase la tiranía de Focas, y la elevacion de Heraclio, in Chron. Paschal, p. 380-383. Teófanes, p. 242-250. Nicéforo, p. 3-7. Cedreno, p. 404-407. Zonaras, tom. II, l. XIV, p. 80-82.

(55) Teofilacto, l. VIII, c. 15. La vida de Mauricio se compuso sobre el año 628 (l. VIII, c. 13) por Teofilacto Simocatta, ex prefecto, y natural de Ejipto. Focio, que da un estenso estracto de la obra (cod. LXV, p. 81-100), reprueba con tino la afectacion y alegoría del estilo. Su prólogo es un diálogo entre la Filosofía y la Historia, se sientan juntas debajo de un árbol, y la última toca su lira.

(56) Christianis nec pactum esse, nec fidem, nec fædus... quod si ulla illis fides fuisset, regem suum non occidissent. Eutych. Annal., tom. II, p. 211, vers Pocock.

(57) Ahora debemos, por algunas épocas, despedirnos de los historiadores contemporáneos, y descender, si es una descension, de la afectacion retórica, á la ruda sencillez de las crónicas y compendios. Los de Teófanes (Chronograph., p. 244-279) y Nicéforo (p. 3-16) suplen una parte aunque imperfectamente, de las series de la guerra de Persia; y para cualquier hecho adicional, cito mis autoridades respectivas. Teófanes, un cortesano que se hizo fraile, nació A. 748; Nicéforo, patriarca de Constantinopla, que murió A. 829, era algo mas jóven; ambos padecieron en la causa de las imágenes. Hankius, de Scriptoribus Byzantinis, p. 200-246.

(58) Los historiadores persas se equivocaron; pero Teófanes (p. 244) acusa á Cosroes de fraude y falsedad; y Eutiquio cree (Anal., tom. II, p. 211), que el hijo de Mauricio, que se salvó de los asesinos, vivió y murió fraile en el monte Sinaí.

(59) Eutiquio fecha todas las pérdidas del imperio, bajo el reinado de Focas; yerro que salva el honor de Heraclio, á quien hace salir, no de Cartago, sino de Salónica, con una escuadra cargada con hortalizas, para socorrer á Constantinopla (Anal., tom. II, p. 223, 224). Los otros Cristianos del Oriente, Barhebreo (apud Asseman, Bibliothec. Oriental, tom. III, p. 412, 413), Elmacin (Hist. Sarracen., p. 13-16), Abulfarajio (Dynast., p. 98, 99), son mas sinceros y puntuales. Los años de la guerra persa están arreglados en la cronolojía de Pagi.

(60) Sobre la conquista de Jerusalen, un acontecimiento tan interesante para la Iglesia, véanse los Anales de Eutiquio (tom. II, p. 212-223), y las lamentaciones del fraile Antíoco (apud Baronium, Annal. Eclés. A. 614, N.° 16-26), cuyas ciento veinte y nueve homilías aun existen,

si puede decirse que existe una produccion que nadie lee.

(i) Véase Hist. de los Judíos, vol. III, p. 240.—M.

(61) La vida de este apeciable santo, está compuesta por Leoncio, un obispo contemporáneo; y en Baronio (Annal. Ecclés. A. 610, N.º 10, etc.) y Fleury (tom. VIII, p. 235-242) hallo bastantes estractos de esta obra edificativa.

(62) El yerro de Baronio y otros muchos que han llevado las armas de Cosroes hasta Cartago, en vez de Calcedonia, se funda en la mucha semejanza de las palabras griegas Καλχηδονα y Καρχηδονα, en el texto de Teófanes, etc. que algunas veces se han confundido por los copistas, y otras por los críticos.

(63) Los actos *jenuinos* de San Anastasio, se han publicado en los del VII concilio jeneral, de donde Baronio (Annal. Ecclés. A. 644, 626, 627) y Butler (Vidas de los Santos, vol. I, p, 242-248) han tomado su relacion. El santo mártir desertó del ejército persa al romano, se hizo fraile de Jerusalen, é insultó la adoracion de los Magos, que estaba á la sazon planteada en Cesarea, Palestina.

(64) Abulfarajio, Dynast. p. 99. Elmacin, Hist. Sarracen., p. 14.

(65) D' Anville, Mém. de la Académie des Inscriptions, tom. XXXII, p. 568-571.

(66) La diferencia entre las dos castas consiste en una ó dos prominencias; el dromedario no tiene mas que una; el tamaño del verdadero camello es mayor; el país de donde vienen es el Turkistan ó la Bactriana, el dromedario no se halla mas que en Arabia y Africa. Buffon, Hist. Naturelle, tom. XI, p. 211, etc. Aristot. Hist. Animal., tom. I, l. II, c. 1, tom. II, p. 185.

(j) Las ruinas de estas escenas de la magnificencia de Khoosroo han sido visitadas por el S. R. K. Porter. En las ruinas de Tokht ó Bostan, vió una pintura hermosa de una cacería, que ilustra mucho este paso. Viajes, vol. II, p. 204. Kisra Shirene, que luego examinó, parece haber sido el palacio de Dastajerd. Vol. II, p. 173-175.—M.

(67) Teófanes, Chronograph, p. 268. D' Herbelot, Bibliothèque Orientale, p. 997. Los Griegos describen la decadencia de Dastajerd, y los Persas su magnificencia; pero los primeros hablan por el modesto testimonio de vista; y los últimos por el vago de oidas.

(68) Los historiadores de Mahoma, Abulfeda (in Vit Mahomed, p. 92, 93) y Gagnier (Vie de Mahomet, tom. II, p. 247), fechan esta embajada en el año VII, de la hejira, que empieza A. 628, mayo 11. Su cronolojía es errónea, puesto que Cosroes murió en el mes de febrero del mismo año (Pagi, Critica, tom. II, p. 779). El conde de Boulainvilliers (Vie de Mahomed, p. 327, 328) coloca esta embajada sobre el año 615,

poco despues de la conquista de Palestina. Con todo; Mahoma apenas se hubiera aventurado tan pronto á un paso tan osado y espuesto.

(k) Khoosroo Purveez estaba acampado en las orillas del rio Karasoo, cuando recibió la carta de Mahoma. Rompióla á trozos, y la arrojó al Karasoo. Por este hecho, el moderado autor del Zeenut-ul-Tuarikh le llama desastrado, y se regocija de todas sus desventuras posteriores. Estas impresiones todavía permanecen. Hice notar á un Persa, cuando estábamos acampados cerca del Karasoo, en 1800, que las orillas estaban muy elevadas, lo que debia hacer muy trabajoso el riego. « Antes fertilizaba todo el pais, » dijo el celoso mahometano, « pero el rio se hundió horrorizado, cuando el loco, Khoosroo, arrojó en sus aguas la carta de nuestro santo Profeta; y desde entónces está escomulgado é inútil. » Persia de Malcolm, vol. I, p. 126.—M.

(69) Véase el capítulo XXX del Alcoran, intitulado *los Griegos*. Nuestro honrado é instruido traductor, Sale (p. 330, 331), establece claramente esta conjetura, suposicion ó apuesta de Mahoma; pero Boulainvilliers (p. 329-344), con dañada intencion, se afana en evidenciar esta profecía patente de un acontecimiento venidero, que debe, segun su opinion, entorpecer las contiendas cristianas.

(70) Paulo Warnefrido, de Gestis Langobardorum, l. IV, c. 38, 42. Muratori, Annali d' Italia, tom. V, p. 305, etc.

(71) La Crónica de Pascal, que á veces introduce fragmentos de historia en una lista falta de nombres y fechas, da la mejor relacion de la traicion de los Ávaros, p. 389, 390. El número de cautivos está añadido por Nicéforo.

(72) Algunos trozos orijinales, tal como el discurso, ó carta, de los embajadores romanos (p. 386-388), forma tambien el mérito de la Crónica de Pascal, que fué compuesta, quizá en Alejandría, bajo el reinado de Heraclio.

(73) Nicéforo (p. 10, 11), que denigra este casamiento con los nombres de ἄθεσμον, y ἀθέμιτον, dice con deleite, que de dos hijos, frutos de aquel incesto, el mayor fué señalado por la providencia, con el cuello sin movimiento, y el mas jóven con la falta de oido.

(74) Jorje de Pisidia (Acroas. I, 112-125, p. 5), que sienta las opiniones, disculpa á los pusilánimes consejeros á toda mira siniestra. ¿Hubiera disimulado la admonestacion orgullosa de Crispo? Ἐπιθωπτάζων οὐκ ἔξον βασιλεῖ ἔφασκε καταλιμπάνειν βασίλεια, καὶ τοῖς πόῤῥω ἐπιχωαιάζειν δυνάμεσιν.

(75) Εἰ τᾶς ἐπ' ἄκρον ἠρμένας εὐεξίας
Ἐσφαλμενας λέγουσιν οὐκ ἀπεικότως,
Κείσθω τὸ λοιπὸν ἐν κακοῖς τὰ Πέρσιδος,
Ἀντιστρόφως δε, etc. Jorg. Pisid. Acroas. I. 51. etc. p. 4.

Los Orientales no son menos aficionados á notar este estraño vaiven; y me acuerdo de un cuento de Khosrou Parviz, que no dista mucho del anillo de Polícrates de Samos.

(76) Baronio refiere circunspectamente aquel descubrimiento, ó mas bien trasmutacion, de barriles, no de miel sino de oro (Annal. Ecclés. A. 620, N.° 3, etc.). Con todo, el prest era arbitrario, puesto que estaba recaudado por soldados, quienes tenian la órden de no dejar al patriarca de Alejandría mas que cien libras de oro. Nicéforo (p. 11), doscientos años despues, habla con enfado de esta contribucion, que todavía podría sentir la iglesia de Constantinopla.

(77) Teofilacto Simocatta, l. VIII, c. 12. Esta circunstancia no debe admirarnos. La lista de revista de un rejimiento, aun en tiempo de paz, se renovaba en menos de veinte ó veinte y cinco años.

(78) Cambió sus borceguíes de púrpura por otros negros, y los tiñó con la sangre de los Persas (Georg. Pisit. Acroas. III, 118, 121, 122. Véanse las notas de Foggini, p. 35).

(79) Jorje de Pisidia (Acroas. II, 10, p. 8) deslindó este importante punto de las puertas sirias y cilicias. Jenofonte las describe elegantemente, quien pasó por ellas cien años antes. Un tránsito angosto de tres estadios entre altísimos peñascos (πέτραι ἠλίβατοι) y el Mediterráneo, estaba cerrado á cada estremo por fuertes verjas; inespugnable por tierra (παρελθεῖν οὐκ ἦν βίᾳ), inaccesible por mar (Anabasis, l. I, p. 35, 36, con la Disertacion Jeográfica de Hutchinson, p. VI). Las puertas estaban á treinta y cinco parasanjes, ó leguas, de Tarso (Anabasis, l. I, p. 33, 34) y ocho ó diez de Antioquía. Compárese Itinerar. Wasseling, p. 580 581. Schultens, Index Geograph. ad calcem Vit. Saladin., p. 9. Voyage en Turquie et en Perse, par M. Otter, tom. I, p. 78, 79).

(80) Heraclio podia escribir á un amigo en los términos modestos de Ciceron: «Castra habuimus ea ipsa quæ contra Darium habuerat apud Issum Alexander, imperator, haud paulo melior, quam aut tu, aut ego.» Ad Atticum, v. 20. Iso, una rica y floreciente ciudad en tiempo de Jenofonte, se arruinó por la prosperidad de Alejandría ó Escanderoon, á la otra parte de la bahía.

(81) Foggini (Annotat., p. 31) malicia que los Persas habian sido engañados por el φάλαγξ πεπληγμένη de Eliano (Tactic., c. 48), un movimiento en espiral muy intrincado del ejército. Dice (p. 28), que las descripciones militares de Jorje de Pisidia, están copiadas en las Tácticas del emperador Leon.

(82) Jorje de Pisidia, testigo de vista (Acroas. II, 422, etc., describe, en tres acroascis ó cantos, la primera espedicion de Heraclio. El poema ha sido publicado (1777) en Roma; perouna alabanza tan vaga y

declamatoria dista mucho de corresponder á los vehementes deseos de Pagi, D' Anville, etc.

(83) Teófanes (p. 236) lleva á Heraclio rápidamente (κατὰ ταχὸς) á Armenia. Nicéforo (p. 11), aunque confunde las dos espediciones, define la provincia de Lázica. Eutiquio (Anal., tom. II, p. 231) ha dado los 5.000 hombres, con la situacion mas probable de Trebisonda.

(84) Desde Constantinopla á Trebisonda, con viento favorable, cuatro ó cinco dias; de allí á Erzerom, cinco; á Erivan, doce; á Tauris, diez; en todo treinta y dos. Este es el Itinerario de Tavernier (Voyages, tom. I, p. 12-56), quien estaba perfectamente enterado de los caminos de Asia. Tournefort, que viajaba con un bajá, empleó diez ó doce dias de Trebisonda á Erzerom (Voyage du Levant, tom. III, lettre XVIII); y Chardino (Voyages, tom. I, p. 249-254) da la distancia mas esmerada de cincuenta y tres pasaranjes, cada una de 5.000 pasos (¿qué pasos?) entre Crivan y Tauris.

(85) La espedicion de Heraclio á Persia, está delicadamente ilustrada por M. D' Anville (Mémoires de l' Academie des Inscriptions, t. XXVIII, p. 559-573), Descubre la situacion de Gandzaca, Tebarma, Dastajerd, etc. con admirable perspicacia é instruccion; pero pasa en silencio la confusa campaña de 624.

(86) Et pontem indignatus Araxes.

Virgili, Æneid, VIII, 728.

El rio Araxes es bullicioso, rápido, arrollador, y con el derretimiento de la nieve, irresistible: los puentes mas fnertes y macizos los arrebata la corriente; y atestiguan su *furia* muchas ruinas de arcos cerca de la antigua ciudad de Zulfa. Voyages de Chardin, tom. I, p. 252.

(87) Chardin, tom. I, p. 255-259. Como los Orientales (D' Herbelot, Biblioth. Orient. p. 834), atribuye la fundacion de Tauris ó Tebris á Zobeida, la esposa del célebre califa Harun Alrashid; pero parece haber sido mas antigua, y los nombres de Gandzaca, Gazaca, Gaza, espresan el real tesoro. Chardin reduce á 550.000 el número de habitantes, que el cálculo popular subia hasta 1,100.000.

(88) Abrió el Evangelio, y aplicó, ó interpretó el primer paso que le deparó la casualidad, al nombre y situacion de Albania. Teófanes, p. 258.

(89) El páramo de Mogan, entre el Ciro y el Araxes, tiene sesenta parasanjes de largo y veinte de ancho (Oleario, p. 1023, 1024), abundante de aguas y de prados con frutales (Hist. de Nadir Shah, traducida por M. Jones de un manuscrito persa, part. II, p. 2, 3). Véase el campamento de Timur (Hist. par Shereffeddin Ali, l. V, c. 37, l. VI, c. 13) y la coronacion de Nadir Shah (Hist. Persane, p. 3-13 y la Vida Inglesa por M. Jones, p. 64, 65).

(90) Tebarma y Ormia, cerca del lago Espauta, está probado por D'Anville que es la misma ciudad (Mémoires de l'Académie, tom. XXVIII p. 564, 565). Se honra como el lugar del nacimiento de Zoroastro, segun los Persas (Schultens, Index Geograph., p. 48); y su tradicion se corrobora en M. Perron de Anquetil (Mém. de l'Académie des Inscriptions, tom. XXXI, p. 375); con algunos textos de su ó sus, Zendavesta (*).

(91) No puedo hallar, y (lo que es mas) M. D'Anville no trata de indagar, el Salban (**), Taranto, territorio de los Hunos, etc. mencionado por Teófanes (p. 260-262). Eutiquio (Anal., tom. II, p. 231, 232) autor insuficiente, nombra Aspahan; y Casbin es probablemente la ciudad de Sapor, Ispahan está á veinte y cuatro jornadas de Tauris, y Casbin á medio camino (Voyages de Tavernier, tom. I, p. 63-82).

(92) A diez parasanjes de Tarso, el ejército del jóven Ciro pasó el Saro (*), tres pletras de ancho; el Piramo, un estadio de ancho, corria cinco parasanjes mas al oriente (Jenofonte, Anabas., l. I, p. 33, 34).

(93) Jorje de Pisidia (Bell. Abaricum, 246-265, p. 49) ensalza de corazon en el ánimo perseverante en las tres campañas (τρεῖς περιδρόμους) contra los Persas.

(94) Petavio (Annotationes ad Nicephorum, p. 62, 63, 64) disfama los nombres y acciones de cinco jenerales Persas, que fueron enviados sucesivamente contra Heraclio.

(95) Este número de ocho miriadas está especificado por Jorje de Pisidia (Bell. Abar. 219). El poeta (50-88) indica claramente, que el antiguo chagan vivió hasta el reinado de Heraclio, y que su hijo y sucesor nació de una madre estranjera. Con todo Foggini (Annotat. p. 57) ha dado otra interpretacion á este paso.

(96) Un pájaro, una rana, un raton y cinco flechas, fué el presente del rey escita á Dario (Herodot., l. IV, c. 131, 132). Substituez une lettre á ces signes (dice Rousseau, con bastante tino), plus elle será menaçante, moins elle effrayera: ce ne sera qu' une fanfaronnade, dont Darius n' eut fait que rire (Emile, tom. III, p. 146). Con todo debo preguntar si el senado y pueblo de Constantinopla se *burló* de este mensaje del Chagan.

(*) D' Anville (Mém. de l' Acad. des Inscript. tom XXXII, p. 560) se afanó en probar la identidad de estas dos ciudades; pero segun M San. Martin, vol. XI, p. 97, no con mucho éxito. Ormía, llamada Ariema en los antiguos libros pehlvios, se mira, tanto por los imitadores de Zoroastro, como por los mahometanos, como el lugar de su nacimiento. Está situado en la parte sur del Aderbidjan. — M,

(**) Hoy en dia el Sihan. — M.

(97) La Crónica de Pascal (p. 392-397) da una relacion harto individual y auténtica del sitio y salvamento de Constantinopla. Teófanes (p. 264) añade algunas circunstancias, y solo chispea una escasa luz de los leves arranques de Jorje de Pisidia, quien compuso un poema (de Bello Abarico, p. 45-54) para celebrar este felíz suceso.

(98) La potestad de los Cozares prevalecia en los siglos VII, VIII, y IX. Eran conocidos de los Griegos, los Árabes, y bajo el nombre de *Kosa*, hasta los mismos Chinos. De Guignes, Hist. des Huns, tom. II, part. II, p. 507-509 (*).

(99) Epifania ó Eudocia, la única hija de Heraclio y su primera mujer Eudocia, nació en Constantinopla el 7 de julio, A. 611, bautizada el 15 de agosto y coronada (en palacio en el oratorio de San Estevan) el 4 de octubre del mismo año. En la sazon tenia sobre quince años. Eudocia fué luego enviada á su marido turco; pero la noticia de su muerte la detuvo en su viaje, é imposibilitó la consumacion (Ducange, Familiæ Byzantin. p. 118).

(100) Elmacin (Hist. Sarracen., p. 13-16) trae algunos hechos curiosos y probables; pero sus números son demasiado crecidos 300.000 Romanos reunidos en Edesa—500.000 Persas muertos en Nínive. El corte de un ciprés, apenas bastaria para devolverle su sanidad.

(101) Ctesias (apud Diodor. Sicul., tom. I, l. II, p. 115, edic. Wesseling) asigna 480 estadios (quizás solo 32 millas) á la circunferencia de Nineve. Jonás habla de tres dias de viaje: las 120.000 personas descritas por el Profeta, como incapaces de distinguir su propia derecha de su izquierda, haria ascender á 700.000 personas de todas edades, los habitantes de aquella antigua capital (Goguet, Origines des Lois, etc. tomo III, part. I, p. 92, 93), que dejó de existir 600 años antes de Cristo. El arrabal occidental aun subsiste, y en la primera época de los califas árabes, se menciona bajo el nombre de Mosul.

(102) Niebuhr (Voyage en Arabie, etc. tom. II, p. 286) pasó por Nínive sin notarlo. Conceptuó una línea de montecitos la antigua muralla

(*) Moses de Chorene habla de una invasion de Armenia por los Kazures en el siglo II, l. II, c. 62. M. San Martin supone que son los mismos que los de la nacion huna de los Acatires ó Agaz-zires. Los historiadores griegos los llaman, Turcos orientales; como los Madjares y otras tribus hunas ó fenicias, que probablemente habian recibido alguna mezcla de las castas jenuinas turcas. Ibn Hankal (Jeografía Oriental) dice que su idioma era como el búlgaro, y los considera un pueblo de ralea huna ó fenicia. Klaproth, Tabl. Hist., p. 268-273. Abel Remusat, Rech. sur les Langues Tartares, tom. I, p. 315, 316. San Martin, vol. IX, p. 115.—M.

de ladrillo ó tierra. Se dice que tenia 100 piés de elevacion, cercada de 1.500 torres, cada una de 200 piés.

(103) Rex regia arma fero (dice Rómulo en su primera consagracion) . . . bina postea (continúa Livio, I, 10) inter tot bella, opima parta sunt spolia, adeo rara ejus fortuna decoris. Si Varron (apud Pomp. Festum, pájina 306, edic. Dacier) pudiese sincerar su liberalidad en conceder los *ópimos* despojos hasta á un soldado que hubiese muerto al rey ó al jeneral enemigo, el honor hubiera sido mucho mas barato y comun.

(l) Macdonald Kinnier coloca á Dastajerd en Kasr é Shirin, el palacio de Sira en las orillas del Diala, entre Holivan y Kanabee. Kinneir, Geograph. Mem. p. 306. — M.

(104) Al describir esta última espedicion de Heraclio, son tan auténticos y exactos los hechos, los sitios y las fechas de Teófanes (p. 265-271), que debe haber seguido las cartas orijinales del emperador, de las que la Crónica de Pascal ha conservado (p. 398-402) una parte muy curiosa.

(m) El Eschirin de la poesía persa. El amor de Chosru y Esohirin competidores en la novela persa, el de José con Zuleika, la mujer de Putifar, el de Salomon con la reina de Saba, y el de Mejnun y Leila. El número de estos poemas persas, sobre este asunto, puede verse en M. von Hammer en su prólogo al poema de Eschirin. — M.

(105) Las palabras de Teófanes son notables: εἰσῆλθεν Χοσρόης εἰς οἶκον γεώργου μηδαμινοῦ μεῖναι, μόλις χωρηθεὶς ἐν τῇ τούτου θύρᾳ, ἣν ἰδὼν ἔσχατων Ἡράκλειος ἐθαύμασεν Los jóvenes príncipes que tienen una propension á la guerra, deberian copiar y traducir á menudo estas máximas saludables.

(n) Su nombre era Kabad (segun aparece de un parte de oficio en la Crónica de Pascal, p. 402). San Martin considera los nombres Siroes, Schironieh ó Schirwey, derivados de la palabra schir, real. San Martin, XI, 153. — M.

(106) La narracion auténtica del vuelco de Cosroes se halla en la carta de Heraclio (Chron. Paschal, p. 398) y la historia de Teófanes (p. 271).

(o) Segun Le Beau este asesinato se cometió en Mahuza en Babilonia, no en la presencia de Cosroes. El historiador sirio, Tomás de Maraga, da á Cosroes veinte y cuatro hijos; Mirkhond (traducido por De Sacy), quince; el inédito Modjmel-altewarikh, que concuerda con Gibbon, diez y ocho, con sus nombres. Le Beau y San Martin, XI, 146. — M.

(107) Al primer rumor de la muerte de Cosroes, se publicó inmediatamente en Constantinopla una Heracliada en dos cantos por Jorje de Pisidia (97-105). Un cura y poeta podia muy adecuadamente regocijarse con la condenacion del enemigo público (ἐμπεσὼν τῷ ταρτάρῳ), pero una venganza tan mezquina, no es propia de un rey y de un conquistador; y siento tropezar con tan torpe y ruin supersticion (θεομάχος Χοσρόης ἔπεσεν κα

ἐπτωματίσθη εἰς τὰ καταχθόνια... εἰς τὸ πῦρ τὸ ἀκατάσβεστον, etc.) en la carta de Heraclio: casi vitorea el parricidio de Siroes como un acto de piedad y justicia (*).

(p) Con todo, Gibbon coloca la huida y muerte de Yesdejirdo III, el último rey de Persia en 651. La famosa era de Yesdejirdo fecha desde su ascencion, junio 16, 632. — M.

(108) Las mejores relaciones orientales de este último período de los reyes Sasanianos, se hallan en Eutiquio (Anal., tom. II, p. 251-256), quien refiere el parricidio de Siroes, D' Herbelot (Bibliothèque Orientale, p. 789) y Assemanni (Bibliothec. Oriental., tom. III, p. 415-420).

(109) La carta de Siroes en la Crónica de Pascal (p. 402) por desgracia termina antes que entre en materia (**). El tratado aparece puesto en ejecucion en las historias de Teófanes y Nicéforo.

(110) El del canto de Corneille

« Montrez Héraclius au peuple qui l'attend, »

es mucho mas adecuado en esta ocasion. Véase su triunfo en Teófanes (página 272, 273) y Nicéforo (p. 15, 16). La vida de la madre y la ternura del hijo están atestiguadas por Jorje de Pisidia (Bell. Abar. 255, etc. página 49). La metáfora del Sabbath se usa, algo profanamente, por estos cristianos bizantinos.

(111) Véase Baronio (Annal. Eccles. A. 628, N.º 1-4) Eutiquio (Annal., tom. II, p. 240-248), Nicéforo (Brev., p. 15). Los sellos de la caja nunca se habian roto; y esta conservacion de la cruz se atribuye (bajo Dios) á la devocion de la reina Sira.

(q) Si el clero imponia al penitente emperador la persecucion de los Judíos, debe confesarse, que no se necesitaba la provocacion; porque cuantos habrán presenciado y padecido, las tremendas atrocidades cometidas en la toma de la ciudad. Con todo no tenemos ninguna relacion auténtica de los castigos impuestos por Heraclio. Revalidóse la ley de Adriano, que prohibia á los Judíos el acercarse de tres millas á la ciudad — ley que en el actual estado desahuciado de los Cristianos, podria ser una medida de seguridad ó compasion, mas bien que de opresion. Milman, Hist. de los Judíos, III. 242. — M.

(112) Jorje de Pisidia, Acroas. III de Expedit. contra Persas, 415, etc.

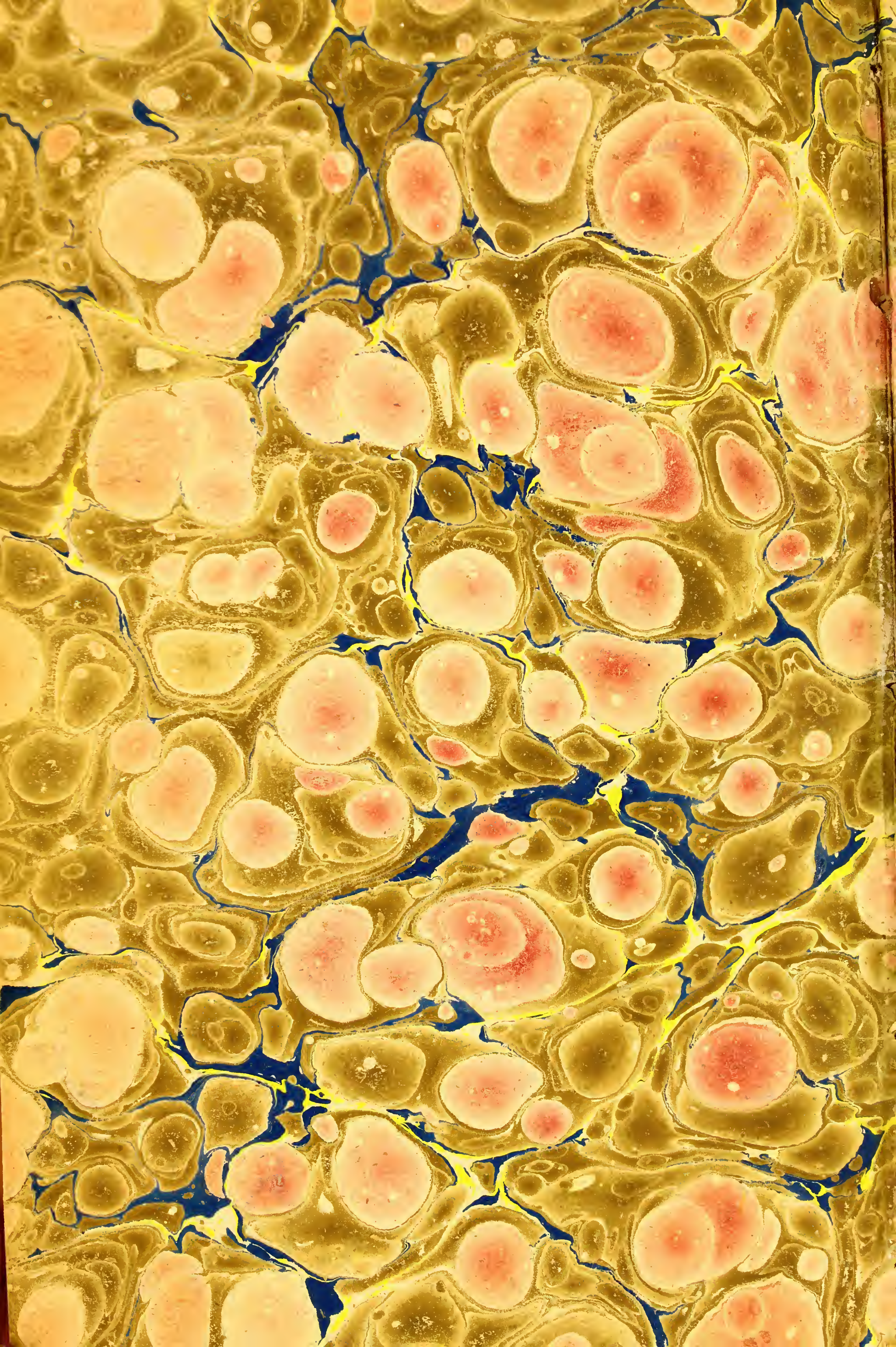
(*) Los mahometanos no demuestran mas caridad para con la memoria de Cosroes ó Khoosroo Purveez. Todos sus reveses se atribuian á la justa indignacion de Dios, sobre un monarca, que con impía mano, se habia atrevido á rasgar la carta del Santo Profeta Mahoma. — M.

(**) M. Mayo, Script. Vet. Nova Collectio, vol. I, P. 2, p. 223, ha añadido algunas líneas, pero no se puede sacar ningun sentido del fragmento. — M.

y Heracleid. Acroas. I, 65-158. Descuido los paralelos mas esmerados de Daniel, Timoteo, etc. Cosroes y el Chagan eran por consiguiente comparados á Belsharzar, Faraon, la antigua serpiente, etc.

(115) Suidas (in Excerpt. Hist. Byzant , p. 46) da este número; pero ó bien debe leerse la guerra *persa* por *isauria*, ó este pasaje no pertenece al *emperador* Heraclio.

FIN DEL TOMO V.




A 035 (312)/202-5
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
BUS
600159922
i 25370376

